Los Años

Por

Virginia Woolf

Freeditorial

1880

Era una primavera vacilante. El tiempo, siempre cambiante, mandaba nubes azules y purpúreas que se deslizaban sobre la tierra. En el campo, los campesinos contemplaban con aprensión sus cultivos; en Londres, la gente alzaba la vista al cielo y abría y cerraba el paraguas. Pero en el mes de abril cabía esperar aquel tiempo. Miles de dependientes hacían este comentario al entregar la mercancía envuelta con esmero a las señoras de adornados vestidos que se hallaban al otro lado del mostrador, en Whiteley y en los almacenes Army and Navy. Interminables procesiones de compradores en el West End, y de hombres de negocios en el East End, circulaban por las aceras, como caravanas en una marcha perpetua, o al menos eso les parecía a aquellos que se detenían por alguna razón, ya fuera para echar una carta, o en el ventanal de un club de Piccadilly. La corriente de landós, victorias y cabriolés era incesante, ya que la temporada social acababa de comenzar. En las calles más tranquilas, los músicos callejeros ofrecían su frágil y casi siempre melancólico sonido de gaita, que tenía su eco, o su parodia, ya en los árboles de Hyde Park, ya en Saint James, en el parloteo de los gorriones y en los bruscos arrebatos del amoroso aunque intermitente tordo. En las plazas, las palomas revoloteaban en las copas de los árboles, desgajando alguna que otra ramita, y zureaban una y otra vez una nana que siempre quedaba interrumpida. Por la tarde, en las puertas de Marble Arch y Apsley House se aglomeraban señoras ataviadas con vestidos multicolores con polisón, y caballeros de chaqué, con bastón y luciendo un clavel. Ahora llegaba la princesa, y a su paso se alzaban los sombreros. En los sótanos de las largas avenidas de los barrios residenciales, criadas con delantal y cofia preparaban el té. Después de ascender sinuosamente desde el sótano, la tetera de plata era depositada en la mesa, y vírgenes y solteronas, cuyas manos habían restañado las heridas de Bermondsey y Hoxton, medían cuidadosamente una, dos, tres cucharaditas de té. Cuando el sol se ponía, un millón de lucecitas de gas, como los ojos pintados en las plumas del pavo real, se abrían en sus jaulas de cristal, pero a pesar de ello en las aceras quedaban amplias zonas oscuras. La mezcla de la luz de las farolas y la del sol poniente se reflejaba por igual en el Round Pond y en la Serpentine. Quienes habían salido a cenar fuera de casa contemplaban durante un instante el encantador espectáculo cuando su cabriolé pasaba al trote por el puente. Por fin, se alzaba la luna que, como una reluciente moneda, aunque oscurecida de vez en cuando por nubes deshilachadas, brillaba con serenidad, con severidad, o quizá con total indiferencia. Girando lentamente, como los rayos de un faro, los días, las semanas, los años, cruzaban el cielo uno tras otro.

El coronel Abel Pargiter estaba sentado en su club, charlando después de almorzar. Sus compañeros, acomodados en sillones de cuero, eran hombres de su misma clase, hombres que habían sido militares o funcionarios públicos, hombres que ya estaban retirados, revivían con viejos chistes e historietas su pasado en la India, África, Egipto, y entonces, en una transición natural, pasaron a hablar del presente. Se trataba de un nombramiento, de un posible nombramiento.

De repente, el más joven y lozano de los tres se inclinó hacia delante. Ayer había almorzado con… En este punto, la voz del que hablaba bajó de tono. Los otros se acercaron a él; con un leve ademán, el coronel Abel despidió al criado que estaba retirando las tazas de café. Las tres cabezas grises y de escaso cabello permanecieron juntas durante unos minutos. Luego el coronel se recostó en su sillón. El curioso brillo que había aparecido en los ojos de los tres cuando el mayor Elkin comenzó su relato había desaparecido totalmente del rostro del coronel Pargiter. Se quedó quieto, mirando al frente, sus ojos de vivo azul parecían un poco achicados, como si el resplandor de Oriente estuviera todavía en ellos, y los párpados entrecerrados, como si aún les molestara el polvo. Le había venido a la mente algún pensamiento que le hizo perder el interés por lo que los otros decían; en realidad, le resultaba desagradable. Se levantó y miró hacia Piccadilly por la ventana. Sosteniendo el cigarro en el aire, contemplaba desde lo alto los techos de los ómnibus, los cabriolés, las victorias, los landós y los carros. Su actitud parecía decir que él no tenía nada que ver con aquello, que ya no estaba metido en aquel asunto. Mientras miraba hacia fuera, la tristeza se instaló en su rostro rojizo y bien parecido. De repente, se le ocurrió una idea. Tenía una pregunta que hacer; se dio media vuelta para preguntar; pero sus amigos ya no estaban. El pequeño grupo se había dispersado. Elkin ya se dirigía presuroso hacia la puerta; Brand se había alejado para hablar con otro hombre. El coronel Pargiter cerró la boca, calló lo que se disponía a decir y regresó a la ventana que daba a Piccadilly. En la atestada calle todo el mundo parecía animado por un propósito concreto. Todos iban deprisa para llegar puntualmente a una cita. Incluso las señoras, en sus victorias y berlinas, pasaban al trote por Piccadilly haciendo sus recados. La gente regresaba a Londres; se instalaba en la ciudad preparada para la temporada social. Sin embargo, para el coronel Pargiter no habría tal temporada; para él no había nada que hacer. Su esposa se estaba muriendo, pero no se moría. Hoy se encontraba mejor; quizá mañana se encontraría peor; esperaban la llegada de una nueva enfermera; y así iban las cosas. Cogió un periódico y lo hojeó. Miró un grabado que reproducía la fachada occidental de la catedral de Colonia. Arrojó el periódico al montón de donde lo había cogido. Cualquier día —ese era el eufemismo con que el coronel se refería al día en que su esposa muriese— abandonaría Londres, pensó, y se iría a vivir al campo. Pero tenía que pensar en la casa, tenía que

pensar en los hijos, y también tenía que pensar en… La expresión de su rostro cambió. Perdió parte de su aflicción, pero se volvió un poco furtiva e inquieta.

Tenía un sitio al que ir, a fin de cuentas. Mientras estuvo charlando con sus amigos, el coronel mantuvo este pensamiento en lo más profundo de su mente. Cuando se volvió y advirtió que sus amigos se habían ido, ese pensamiento fue el bálsamo que aplicó a su herida. Visitaría a Mira; Mira, por lo menos, se alegraría de verle. Así que, cuando salió del club, no fue hacia el este, que era hacia donde iban los hombres ajetreados, ni tampoco hacia el oeste, donde estaba su casa, en Abercorn Terrace, sino que se encaminó hacia Westminster por los endurecidos senderos que cruzan Green Park. El césped estaba muy verde; las hojas comenzaban a desplegarse; unas menudas garras verdes, como de pájaro, surgían de las ramas; había un chisporroteo, una animación en todas partes; el aire fresco olía a limpio. Pero el coronel Pargiter no veía el césped ni los árboles. Cruzaba el parque a paso rápido, con la chaqueta abrochada, bien ajustada, fija la vista al frente. Sin embargo, cuando llegó a Westminster, se detuvo. Esta parte del asunto no le gustaba en absoluto. Siempre que se acercaba a la callejuela extendida al pie de la gran mole de la abadía, la calle de sórdidas casitas, con cortinas amarillas y cartones en las ventanas, la calle donde parecía que el vendedor ambulante de bollos estuviera tocando siempre la campanilla, donde los niños chillaban al saltar a uno y otro lado de unas rayas pintadas con yeso en la acera, el coronel se detenía y miraba a derecha e izquierda; luego avanzaba muy decidido hasta el número treinta y llamaba a la puerta. Miraba fijamente la puerta mientras esperaba con la cabeza algo gacha. No quería que le vieran ante aquella puerta. No le gustaba tener que esperar a que le dejaran entrar. No le gustaba que fuera la señora Sims quien le abriera. Siempre flotaba cierto tufillo en aquella casa, siempre había ropa sucia tendida en el patio trasero. Subió la escalera, enfurruñado, con pasos pesados, y entró en la sala de estar.

No había nadie. Había llegado demasiado pronto. Miró la estancia con desagrado. Allí sobraban pequeños objetos. Se sentía fuera de lugar y, sin duda, excesivamente voluminoso de pie ante la chimenea con cortinillas, cubierta con una pantalla que tenía pintado un martín pescador posándose entre unos juncos. En el piso superior sonaban pasos apresurados que iban de un lado para otro. Aguzando el oído, el coronel se preguntó si habría alguien con ella. Fuera, en la calle, los niños chillaban. Era sórdido, era triste, era furtivo. Cualquier día, se dijo… Pero se abrió la puerta y su amante, Mira, entró.

—¡Oh, Bogy, querido! —exclamó.

Iba muy despeinada; tenía un aspecto un poco fofo; pero era mucho más joven que él, y realmente se alegraba de verle, pensó el coronel. El perrito saltaba alrededor de Mira.

—Lulu, Lulu, ven aquí y deja que el tío Bogy te vea —dijo cogiéndolo con una mano mientras con la otra se tocaba el cabello.

El coronel se acomodó en el gimiente sillón de mimbre. Mira puso el perrito en las rodillas del coronel. Detrás de una oreja, tenía una mancha roja, probablemente de eczema. El coronel se caló las gafas y se inclinó para examinar la oreja del perro. Mira besó al coronel donde el cuello surgía de la camisa. Entonces a él se le cayeron las gafas. Mira las cogió al vuelo y se las puso al perro. Le pareció que el pobre hombre no estaba de muy buen humor aquel día. Algo malo había ocurrido en aquel misterioso mundo de vida familiar y de clubes del que jamás le hablaba. Había llegado antes de que Mira tuviera tiempo de peinarse, lo cual resultaba irritante. Pero su deber era distraer al coronel. Así que comenzó a revolotear —a pesar de estar engordando todavía podía deslizarse entre la silla y la mesa— de un lado para otro. Apartó la pantalla de la chimenea y, antes de que el coronel pudiera evitarlo, encendió la renuente lumbre de la casa de huéspedes. Luego se sentó en el brazo del sillón del coronel:

—Oh, Mira —dijo mirándose al espejo y cambiando la posición de las horquillas del cabello—, eres una chica terriblemente descuidada.

Se soltó un largo tirabuzón y dejó que le cayera sobre los hombros. Su cabello todavía era hermoso, dorado, a pesar de que se acercaba a los cuarenta años y tenía, aunque no se supiera, una hija de ocho que vivía a pensión en casa de unos amigos, en Bedford. El cabello comenzó a caer espontáneamente, por su propio peso, y Bogy, al ver cómo se desplegaba, se inclinó y lo besó. En la calle había comenzado a sonar un organillo, y todos los chiquillos corrieron hacia allí, dejando un brusco silencio. El coronel empezó a acariciar el cuello de Mira. Comenzó a toquetear, con la mano que había perdido dos dedos, más abajo, allí donde el cuello se une a los hombros. Mira se deslizó al suelo y apoyó la espalda en una rodilla del coronel.

Se oyó un crujido en la escalera. Alguien, una mujer, dio un par de sonoros pasos, como para advertirlos de su presencia. Inmediatamente, Mira se recogió el cabello con las horquillas, salió y cerró la puerta.

El coronel, con su aire metódico, comenzó de nuevo a examinar la oreja del perro. ¿Era eczema, o no era eczema? Miró la mancha roja, luego dejó al perro de pie en su cesto y esperó. No le gustaba aquel prolongado cuchicheo en el descansillo, detrás de la puerta. Por fin Mira regresó. Parecía preocupada; y cuando parecía preocupada parecía vieja. Mira empezó a buscar debajo de almohadones y tapetes. Dijo que necesitaba su bolso; ¿dónde había metido el bolso? El coronel pensó que, con tantos y tan desordenados pequeños objetos, el bolso podía estar en cualquier sitio. Cuando Mira lo encontró, debajo de los almohadones que había en el extremo del sofá, resultó

ser un bolso flaco, víctima de la pobreza. Lo abrió y lo puso boca abajo. Al sacudirlo cayeron pañuelos, papelitos arrugados y monedas de plata y cobre. Allí hubiera debido haber un soberano, dijo.

—Estoy segura de que ayer tenía un soberano —murmuró.

—¿Cuánto necesitas? —preguntó el coronel.

Resultó que necesitaba una libra. No, se trataba de una libra, ocho chelines y seis peniques, dijo Mira, mascullando algo acerca de la lavandería. El coronel sacó dos soberanos de su pequeño monedero de oro y los entregó a Mira. Ella los cogió y se oyeron más cuchicheos en el descansillo.

¿Lavandería?, se preguntó el coronel mientras echaba una ojeada al cuarto. Era una sucia covacha. Pero, al ser él mucho mayor que ella, resultaba inadecuado que le preguntara sobre la lavandería. Mira regresó. Cruzó ágilmente la estancia, se sentó en el suelo y apoyó la cabeza en la rodilla del coronel. La renuente lumbre, que había lanzado débiles llamas, ahora se había extinguido. Mira cogió el atizador, y el coronel dijo con impaciencia:

—Déjalo. Deja que se apague.

Mira soltó el atizador. El perro roncaba; el organillo seguía tocando. La mano del coronel empezó a recorrer arriba y abajo el cuello de Mira, a entrar y salir de la larga y espesa cabellera. En aquella pequeña estancia, tan cercana a las otras casas, el ocaso llegaba deprisa, y las cortinas estaban medio corridas. El coronel atrajo a Mira hacia sí; la besó en la nuca, y luego la mano que había perdido dos dedos comenzó a tentar más abajo, allí donde el cuello se une a los hombros.

Un súbito chaparrón se abatió sobre la acera, y los niños que habían estado saltando dentro y fuera de sus rayuelas se desperdigaron todos camino de sus casas. El viejo cantor callejero que se balanceaba junto al bordillo, con la gorra de pescador echada hacia atrás con desenfado, cantaba con pasión «Agradece lo que tienes, agradece lo que tienes…», se levantó el cuello de la chaqueta, se refugió bajo el toldillo de una taberna, y terminó su consejo: «Agradece lo que tienes. Todo lo que tienes». Entonces volvió a brillar el sol, y secó el suelo.

—No hierve —dijo Milly Pargiter, con la vista fija en el hervidor.

Estaba sentada ante la mesa de tablero circular, en la sala de estar delantera de la casa de Abercorn Terrace.

—No hierve, ni mucho menos —repitió.

El hervidor era antiguo, de latón, con un dibujo de rosas casi borrado. Una débil llama se alzaba y descendía bajo el recipiente de latón. Delia, la hermana de Milly, recostada en un sillón junto de esta, también miraba el hervidor. Un

instante después, como si no esperara respuesta, preguntó:

—¿Es preciso que hierva?

Y Milly no contestó. Siguieron sentadas en silencio, contemplando la llamita que surgía de un resto de mecha amarilla. Había muchos platos y tazas, como si se esperase la llegada de más gente. Pero de momento las dos hermanas estaban solas. Los muebles atestaban la estancia. Ante ellas se alzaba un aparador de tipo holandés, con porcelana azul en las estanterías; el sol de la tarde de abril resaltaba manchas brillantes en los cristales, aquí y allá. Sobre la chimenea, el retrato de una joven pelirroja, vestida de muselina blanca, que sostenía un cesto con flores en el regazo, sonreía desde lo alto a las dos hermanas.

Milly se quitó una horquilla del cabello y con ella comenzó a hurgar en la mecha, para separar los hilos a fin de que diera más llama.

—Esto no sirve de nada —dijo Delia con tono irritado mientras contemplaba la operación.

Estaba nerviosa. Al parecer, todo costaba un tiempo intolerablemente largo. Entonces entró Crosby y preguntó si querían que pusiera a hervir el agua en la cocina, y Milly dijo que no. ¿Cómo puedo poner fin a tanto toqueteo y tanta tontería?, se preguntó, mientras golpeaba la mesa con un cuchillo, sin dejar de contemplar la débil llama que su hermana provocaba con una horquilla. Una vocecilla de mosquito comenzó a gemir bajo el hervidor; en ese momento la puerta volvió a abrirse bruscamente y entró una niña de corta edad, con un vestido almidonado de color de rosa.

—Creo que la niñera debería haberte puesto un vestido limpio —dijo Milly con severidad, imitando el tono de una persona mayor.

El vestido tenía una mancha verde, como si la niña hubiera estado trepando a los árboles.

—Lo han lavado y no se ha ido —repuso Rose, la chiquilla enfurruñada. Miró la mesa, pero vio que el té aún tardaría en estar listo.

Milly hurgó otra vez la mecha con la horquilla. Delia se reclinó y, volviéndose, dirigió la mirada a través de la ventana por encima del hombro. Desde donde se encontraba veía los peldaños de la entrada a la casa.

—Ahí viene Martin —dijo con voz lúgubre.

La puerta se cerró de golpe; los libros fueron arrojados sobre la mesa del vestíbulo y Martin, un muchacho de unos doce años, entró. Tenía el cabello pelirrojo, como la mujer del cuadro, pero lo llevaba alborotado.

—Ve a arreglarte un poco —le dijo Delia con severidad, y añadió—:

Tienes tiempo de sobras. El agua no hierve aún.

Todos miraron el hervidor. Seguía emitiendo su débil y melancólica canción, mientras la llamita oscilaba bajo el recipiente de latón que se balanceaba.

—Que se vaya al cuerno ese trasto —dijo Martin volviéndose violentamente.

—A mamá no le gustaría oírte hablar así. —Milly reprendió a Martin imitando el modo de hablar de una persona mayor, pues su madre había estado gravemente enferma durante tanto tiempo que las dos hermanas habían adoptado su manera de dirigirse a los hijos. La puerta volvió a abrirse.

—La bandeja, señorita… —dijo Crosby, manteniendo la puerta abierta con el pie. Llevaba en las manos una bandeja para comer en la cama.

—La bandeja… —repitió Milly—. Bueno, ¿quién va a subir la bandeja?

Una vez más, imitó la manera de hablar de una persona mayor que desea ser amable con los niños.

—Tú no, Rose. Pesa demasiado. Que la lleve Martin, y tú le acompañas. Pero no te quedes. Solo le dices a mamá lo que hemos estado haciendo. Y que el hervidor…, el hervidor…

Volvió a meter la horquilla en la mecha. Una débil bocanada de vapor surgió del pitorro en forma de serpiente. Al principio, salió intermitentemente, luego cada vez con más fuerza, hasta que, cuando oyeron pasos en la escalera, un poderoso chorro de vapor escapó por el pitorro.

—¡Hierve! ¡Hierve! —exclamó Milly.

Tomaron el té en silencio. A juzgar por la luz cambiante en los cristales del aparador holandés, el sol aparecía y desaparecía. A veces, un bol brillaba con un profundo resplandor azul; luego palidecía. Las luces reposaban furtivamente en los muebles, en la otra estancia. Aquí formaban un trazado, allí una mancha pelada. En algún lugar hay belleza, pensaba Delia, en algún lugar hay libertad, y en algún lugar está él, con su blanca flor… Pero un bastón rascó el suelo del vestíbulo.

—¡Es papá! —exclamó Milly con tono de aviso.

Martin saltó al instante del sillón de su padre; Delia se irguió. Enseguida Milly adelantó en la mesa una taza muy grande, decorada con rosas, que no armonizaba con las otras. El coronel, de pie en el marco de la puerta, inspeccionó el grupo con aire un tanto feroz. Sus pequeños ojos azules lo escrutaron todo como si buscaran algún defecto; en aquel momento no cabía encontrar defectos; pero el coronel estaba de mal humor; todos supieron de

inmediato, antes de que hablara, que el coronel estaba de mal humor.

Al pasar junto a Rose, el coronel le tiró de una oreja y dijo:

—Sucia golfilla.

Rose puso la mano sobre la mancha del vestido.

—¿Cómo se encuentra madre? —preguntó el coronel mientras se dejaba caer como si fuera de una sólida pieza en el gran sillón.

El coronel detestaba el té, pero siempre tomaba unos sorbos en la taza grande y vieja que había pertenecido a su padre. Levantó la taza y sorbió displicentemente.

—¿Y qué habéis estado haciendo? —preguntó.

Miró a su alrededor, con aquella mirada velada y astuta, que podía ser cordial pero que ahora era malhumorada.

—Delia ha asistido a su clase de música, y yo he ido a Whiteley's —comenzó Milly, como si fuera una niña recitando una lección.

—Conque gastando dinero, ¿eh? —dijo su padre secamente aunque no sin bondad.

—No, padre; ya se lo dije. Se equivocaron al mandar las sábanas…

—¿Y tú, Martin? —preguntó el coronel Pargiter, interrumpiendo bruscamente a su hija—. ¿El último de la clase, como de costumbre?

—¡El primero! —gritó Martin, soltando la palabra como si hasta entonces a duras penas hubiese podido contenerla.

—Vaya… No lo esperaba —dijo su padre.

Su lúgubre humor mejoró un poco. Se metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó un puñado de monedas de plata. Sus hijos le observaron mientras intentaba separar una moneda de seis peniques de las restantes, que eran florines. Había perdido dos dedos de la mano derecha en el motín, por lo que los músculos se habían retraído y la mano parecía la garra de un pájaro viejo. Buscaba con movimientos vacilantes e inseguros, pero, como sea que siempre hacía caso omiso de su mutilación, sus hijos no osaban ayudarle. Los relucientes muñones de los dedos amputados fascinaban a Rose.

Por fin, mientras entregaba seis peniques a su hijo, el coronel dijo:

—Toma, Martin.

Luego tomó otro sorbo de té y se limpió el bigote.

—¿Dónde está Eleanor? —preguntó por fin, como para romper el silencio.

—Es su día de visitas de caridad —le recordó Milly.

—Sus visitas de caridad… —murmuró el coronel.

Revolvió el azúcar en el fondo de la taza una y otra vez, como si quisiera triturarlo.

—Sí, los pobres Levy —dijo Delia, tanteando el terreno.

Era la hija favorita del coronel, sin embargo, Delia no sabía con certeza hasta qué punto podía aventurarse, habida cuenta del humor de su padre.

El coronel no dijo nada.

—Bertie Levy tiene seis dedos en un pie —dijo de repente Rose con su débil vocecilla.

Todos los hermanos rieron. Pero el coronel cortó las risas.

—Más vale que te des prisa y vayas a estudiar las lecciones de mañana, muchacho —dijo con la vista fija en Martin, que aún comía.

—Deje que termine el té, padre —intervino Milly, imitando de nuevo los modales de una persona mayor.

—¿Y la nueva niñera? —preguntó el coronel, tabaleando con los dedos en el borde de la mesa—. ¿Ha venido?

—Sí… —empezó a decir Milly.

Pero se oyó un rumor en el vestíbulo y entró Eleanor. Su llegada fue un gran alivio, principalmente para Milly. Gracias a Dios que ha llegado Eleanor, pensó Milly alzando la vista; la tranquilizadora, la pacificadora en las disputas, la protección que amortiguaba los choques entre ella y las intensidades y tensiones de la vida familiar. Milly adoraba a su hermana. De buena gana la hubiera elevado a la categoría de su diosa protectora, la hubiera dotado de una belleza que no tenía y la hubiese ataviado con unas ropas que no eran las que llevaba, si Eleanor no hubiera llegado cargada con un montón de libros de sórdido aspecto y un par de guantes negros. Mientras ofrecía a Eleanor una taza de té, Milly pensó: Protégeme, ya que no soy más que una chica insignificante, ratonil, pisoteada e ineficaz, en comparación con Delia, que siempre consigue lo que se propone, en tanto que papá, que hoy está de mal humor por razones que él sabrá, siempre me riñe. El coronel sonrió a Eleanor. Y el perro pelirrojo tendido ante el hogar también levantó la cabeza y meneó el rabo, como si reconociera en Eleanor a una de esas amables mujeres que le dan a uno un hueso, aunque luego se laven las manos. Era la mayor de las hermanas, tenía unos veintidós años, no era una belleza, pero sí saludable y de carácter alegre, incluso ahora que estaba cansada.

—Siento haber llegado tarde —dijo—. Me entretuvieron. Y, además, no

esperaba…

Miró a su padre. Este se apresuró a decir:

—He terminado antes de lo que creía. La reunión… —Y se calló. Había tenido otra pelea con Mira—. ¿Y cómo han ido tus visitas caritativas? —preguntó.

Eleanor repitió las últimas palabras:

—Mis visitas caritativas…

Milly le entregó el plato cubierto con un paño.

—Me entretuvieron —dijo de nuevo Eleanor mientras se servía.

Comenzó a comer. El ambiente se tornó más ligero.

—Vamos, padre —dijo audazmente Delia, la hija favorita del coronel—, cuéntenos qué ha hecho. ¿Ha tenido muchas aventuras?

La pregunta fue inoportuna.

—¿Qué aventuras puede tener un pobre viejo como yo? —repuso lúgubremente el coronel.

Aplastó los granos de azúcar contra las paredes de la taza. Después pareció arrepentirse de sus palabras hurañas. Meditó unos instantes.

—He visto al viejo Burke en el club —dijo—. Me ha dicho que fuera a cenar a su casa con una de vosotras. Robin ha regresado, de permiso.

Apuró el té. Unas gotas cayeron sobre su corta y puntiaguda barba. Sacó su gran pañuelo de seda y se la secó con gesto impaciente. Eleanor, sentada en una silla baja, advirtió una curiosa expresión primero en el rostro de Milly, y luego en el de Delia. Parecía que hubiera surgido cierta hostilidad entre las dos. Pero no dijeron nada. Siguieron comiendo y tomando té hasta que el coronel cogió su taza, vio que estaba vacía y la dejó con firmeza y un leve tintineo. El ceremonial del té había terminado.

—Y, ahora, querido muchacho —le dijo el coronel a Martin—, vete ya a estudiar las lecciones.

Martin retiró la mano que estaba alargando hacia un plato.

—¡Andando! —insistió el coronel con tono de mando.

Martin se levantó y se fue, arrastrando de mala gana la mano sobre sillas y mesas, intentando demorar su salida. Cerró la puerta con cierta violencia a su espalda. El coronel se levantó y se quedó de pie entre sus hijas, con el chaqué prietamente abrochado.

—También yo debo irme —dijo.

Pero permaneció indeciso unos instantes, como si no tuviera una razón concreta para irse. Muy tieso entre ellas, parecía que quisiera dar una orden, aunque no se le ocurriera nada que ordenar, por el momento. Entonces recapacitó.

—Me gustaría que alguna de vosotras se acordase de escribir a Edward —dijo dirigiéndose a todas sus hijas—. Decidle que escriba a vuestra madre.

—Sí —contestó Eleanor.

El coronel fue hacia la puerta. Pero se detuvo.

—Y cuando madre quiera verme, decídmelo.

Después guardó unos instantes de silencio y tiró levemente de la oreja de su hija menor.

—Sucia golfilla —le dijo señalando la mancha verde del vestido.

La niña cubrió la mancha con la mano. Al llegar ante la puerta, el coronel volvió a detenerse.

—No lo olvidéis, no olvidéis escribir a Edward —dijo mientras toqueteaba el pomo.

Por fin, dio vuelta al pomo de la puerta y se fue.

Estaban en silencio. Había cierta tensión en el ambiente, advirtió Eleanor. Cogió uno de los pequeños libros que había dejado sobre la mesa y, abriéndolo, se lo puso sobre una rodilla. Pero no lo miró. La mirada de Eleanor, un tanto abstraída, estaba fija en la estancia contigua. En el jardín trasero los árboles comenzaban a brotar. Y los arbustos ya tenían pequeñas hojas, en forma de oreja. El sol brillaba intermitentemente; aparecía y desaparecía, ahora iluminaba esto, ahora aquello…

Rose rompió el silencio.

—Eleanor.

Rose tenía una postura extrañamente parecida a la de su padre.

—Eleanor —repitió en voz baja, pues su hermana no le había hecho caso.

—¿Sí? —preguntó Eleanor mirándola.

—Quiero ir a Lamley —dijo Rose.

La niña era la viva imagen de su padre, de pie con las manos a la espalda.

—Es demasiado tarde para ir a Lamley —le dijo Eleanor.

—Hasta las siete no cierran —replicó Rose.

—Dile a Martin que te acompañe —concedió Eleanor.

La niña se dirigió despacio hacia la puerta. Eleanor volvió a coger sus libros de contabilidad.

—Pero no puedes ir sola, Rose. Sola, no —dijo mirando por encima de ellos cuando Rose llegaba a la puerta.

Con un silencioso movimiento afirmativo de la cabeza, Rose desapareció.

Rose subió al piso superior. Se detuvo ante el dormitorio de su madre y olisqueó el olor agridulce que parecía envolver las jarras, los vasos, los cuencos cubiertos en la mesa situada junto a la puerta. Siguió subiendo, y se detuvo ante la puerta del cuarto de estudio. No quería entrar, porque se había peleado con Martin. Se habían peleado primero por Erridge y el microscopio, y luego por el asunto de disparar contra los gatos de la señorita Pym, que vivía en la casa contigua. Pero Eleanor le había dicho que se lo pidiera a Martin. Rose abrió la puerta.

—Hola, Martin… —comenzó.

Estaba sentado a la mesa, con un libro ante sí, murmurando palabras. Quizá fuera griego, quizá fuera latín.

—Eleanor me ha dicho… —volvió a comenzar, advirtiendo cuán congestionado estaba Martin y cómo su mano se cerraba sobre una hojita de papel como si fuera a estrujarla— que te pida… —siguió, y reunió valor y se quedó quieta, con la espalda apoyada contra la pared.

Eleanor se reclinó en la silla. Ahora el sol volvía a dar en los árboles del jardín trasero. Los capullos comenzaban a abrirse. Desde luego, la luz de la primavera revelaba el mal estado de la tapicería de las sillas. El gran sillón tenía una mancha oscura donde su padre solía apoyar la cabeza, observó Eleanor. Sin embargo, cuántas sillas había, cuán espaciosa, cuán aireada era la estancia, en comparación con el dormitorio donde la vieja señora Levy… Pero Milly y Delia guardaban silencio. Eleanor recordó que se debía al asunto de la invitación para cenar. ¿Cuál de las dos iría a la cena? Ambas querían ir. Eleanor deseó que la gente no dijera: «Y trae a una de tus hijas». Le hubiera gustado que dijeran: «Trae a Eleanor», o «Trae a Milly», o «Trae a Delia», en vez de unirlas en un conjunto. Entonces no habría problemas.

—Bueno —dijo Delia bruscamente—, voy a…

Se levantó como si se dispusiera a ir a algún sitio. Pero se detuvo. Después se acercó a la ventana que daba a la calle. Todas las casas de enfrente tenían idénticos jardines delanteros, los mismos peldaños, las mismas columnas, las mismas ventanas ojivales. Ahora que anochecía todas parecían espectrales e inmateriales en la penumbra. Estaban encendiendo las lámparas; brillaba una

luz en la sala de estar de enfrente; corrieron las cortinas, y la estancia desapareció. Delia se quedó de pie, mirando fijamente la calle. Una mujer de clase baja empujaba un cochecito de niño. Un viejo caminaba a sacudidas, con las manos a la espalda. Luego la calle quedó desierta. Hubo un vacío. Y he aquí que apareció un cabriolé, bajando alegremente por la calzada. Por un instante despertó el interés de Delia. ¿Se detendría el cabriolé ante la puerta de su casa o no lo haría? Lo miró con más atención. Pero, con la consiguiente desilusión de Delia, el cochero sacudió las riendas y el caballo pasó al trote, cansino, ante su casa. El coche se detuvo dos puertas más allá.

—Alguien visita a los Stapleton —dijo hacia atrás, manteniendo separadas las cortinillas de muselina.

Milly se puso al lado de su hermana y, juntas, vieron por la rendija de las cortinas cómo un hombre joven y con sombrero de copa bajaba del cabriolé. Alargó la mano para pagar al cochero.

—Que no os descubran espiando —advirtió Eleanor.

El joven subió corriendo los peldaños y entró en la casa; la puerta se cerró tras él y el coche se alejó.

Pero durante un momento las dos hermanas se quedaron junto a la ventana, mirando la calle. En los jardines delanteros, las plantas de azafrán estaban amarillas y púrpuras. Motas verdes cubrían los almendros y los ligustros. Un súbito soplo de viento recorrió la calle y arrastró un papel sobre el pavimento; un pequeño remolino de polvo reseco siguió al papel. Por encima de los tejados se extendía uno de esos rojos y cambiantes ocasos londinenses que encienden con reflejos dorados una ventana tras otra. El ocaso primaveral tenía un tono selvático. Incluso aquí, en Abercorn Terrace, la luz cambiaba del dorado al negro y del negro al dorado. Delia soltó la cortina, dio media vuelta y, regresando a la sala de estar, dijo de repente:

—¡Oh, Dios mío!

Eleanor, que había vuelto a coger sus libros, levantó la vista preocupada.

—Ocho por ocho… —dijo en voz alta—. ¿Cuántos son ocho por ocho?

Poniendo el dedo en la página, a modo de punto, Eleanor miró a su hermana. Con la cabeza echada hacia atrás y su cabello pelirrojo iluminado por el resplandor del ocaso, Delia tenía en aquel instante un aspecto retador, incluso bello. A su lado Milly parecía de un color pardo y carecía de personalidad.

—Oye, Delia —dijo Eleanor cerrando el libro—, lo único que tienes que hacer es esperar…

Eleanor quería decir «esperar a que mamá muera», pero no podía hacerlo.

—No, no, no… —exclamó Delia extendiendo los brazos—. Es inútil… —comenzó a decir. Pero se calló, porque Crosby entró en la estancia. Llevaba una bandeja. Uno a uno, con un exasperante tintineo, Crosby puso en la bandeja los platos, las tazas, los cuchillos, los tarros de mermelada, los platos con pastelillos y los que contenían pan y mantequilla. Luego, con la bandeja cuidadosamente equilibrada ante ella, se fue. Hubo un momento de espera. Crosby volvió a entrar, dobló el mantel y separó las mesas. Hubo otro momento de espera. Poco después, Crosby volvía a entrar con dos lámparas de pantalla de seda. Puso una de ellas en la habitación delantera y otra en la trasera. Después, con sus zapatos baratos crujiendo a cada paso, se dirigió hacia la ventana y corrió las cortinas. Estas se deslizaron con el familiar chasquido de los aros en la barra de latón, y las ventanas quedaron oscurecidas por los gruesos y esculpidos pliegues de terciopelo color burdeos. Cuando Crosby hubo corrido las cortinas de las dos estancias pareció que un profundo silencio descendiera en la sala de estar. El mundo exterior tras una separación densa y total. A lo lejos, en la otra calle, oyeron la voz quejumbrosa de un vendedor ambulante. Los pesados cascos de los caballos de tiro golpeaban lentamente el pavimento, recorriendo la calle. Durante unos instantes se oyó el chirrido de las ruedas. Luego estos sonidos murieron y el silencio fue total.

Bajo las lámparas se proyectaban dos discos amarillos de luz. Eleanor arrastró su silla hasta dejarla bajo uno de ellos, inclinó la cabeza y siguió con la parte de su trabajo que siempre dejaba para el final, debido a lo mucho que le desagradaba: sumar cifras. Sus labios se movían y el lápiz trazaba menudas anotaciones en el papel a medida que sumaba ochos con seises y cincos con cuatros.

—¡Ya está! —dijo por fin—. ¡Hecho! Ahora iré a hacer compañía a mamá. —Se inclinó para coger sus guantes.

—No —replicó Milly, arrojando a un lado una revista ilustrada que había estado hojeando—. Iré yo.

Delia salió de repente de la habitación trasera, a la que había estado yendo y viniendo.

—No tengo otra cosa que hacer —dijo secamente—. Iré yo.

Subió muy despacio, peldaño a peldaño. Cuando llegó a la puerta del dormitorio, con las jarras y los vasos en la mesa, se detuvo. El agridulce olor de la enfermedad la mareaba un poco. No se sentía con fuerzas para entrar. A través de la angosta ventana del final del pasillo veía las rizadas nubes color rosa, quietas en el cielo azul pálido. Después del ocaso en la sala de estar, sus ojos quedaron deslumbrados. Por un instante tuvo la impresión de que la luz la dejaba inmovilizada. Luego, en el piso superior, oyó voces infantiles. Martin y Rose se peleaban.

Oyó que Rose decía: «¡Pues no lo hagas!». Sonó un portazo. Se quedó quieta. Después respiró profundamente, miró otra vez el cielo enrojecido y llamó a la puerta del dormitorio.

La enfermera se levantó en silencio, se llevó un dedo a los labios y salió de la habitación. La señora Pargiter dormía. Recostada en una hendidura de las almohadas, con una mano bajo la mejilla, la señora Pargiter gemía levemente, como si anduviera vagando en un mundo donde, incluso en sueños, su camino estuviera lleno de pequeños obstáculos. Tenía el rostro hinchado y de aspecto pesado; la piel moteada de manchas parduzcas; el cabello, que había sido pelirrojo, ahora era blanco, menos en unas raras zonas amarillas, como si algunos de sus mechones hubieran sido mojados en yema de huevo. Desnudos de anillos, salvo el de la alianza, solo sus dedos parecían indicar que se había adentrado en el particular mundo de la enfermedad. Pero por su aspecto nadie diría que se estuviera muriendo, sino que podía seguir existiendo eternamente, en aquel mundo fronterizo entre la vida y la muerte. Delia no advirtió cambio alguno en su madre. Cuando se sentó, tuvo la impresión de que para ella todo estuviera en un momento de plenitud. En un alto y estrecho vaso que había en la mesilla de noche se reflejaba una porción de cielo; en aquellos instantes el vaso deslumbraba con su luz rojiza. La mesilla de noche estaba iluminada. La luz incidía en los recipientes de plata y de cristal, todos dispuestos en el perfecto orden de los objetos que no se usan. A esa hora de la tarde el dormitorio de la enferma tenía una limpieza, una serenidad y un orden irreales. Junto a la cama había una mesa con unas gafas, un libro de oraciones y un jarrón con muguete. También las flores parecían irreales. Nada se podía hacer, salvo mirar.

Delia observó el dibujo amarillo que representaba a su abuelo, con la nariz iluminada; luego la fotografía del tío Horace vestido de uniforme y la flaca y retorcida figura en la cruz, a la derecha.

—¡Pero tú no crees en esto! ¡No quieres morir! —dijo Delia violentamente, mirando a su madre entregada al sueño.

Ansiaba que muriese. Y allí estaba, suave y marchita, pero imperecedera, recostada en una hendidura entre las almohadas, como un obstáculo, un impedimento, una barrera, a cuanto fuera vida. Se esforzó en evocar cierto sentimiento de afecto, de lástima. Por ejemplo, aquel verano, se dijo Delia, en Sidmouth, cuando me llamó desde lo alto de la escalinata del jardín… Pero la escena se esfumó en cuanto Delia intentó fijar su vista en ella. Desde luego, estaba aquella otra escena, la del hombre con chaqué y una flor en el ojal. Pero Delia había jurado no pensar en ella hasta que se acostara. ¿En qué debía pensar pues? ¿En el abuelo con la luz blanca en la nariz? ¿En el libro de oraciones? ¿En el muguete? ¿O en el espejo? El sol se había puesto; el vidrio estaba mate y ahora solo reflejaba una porción de cielo color pardo. Delia no

pudo resistir más.

Comenzó: «Luciendo una flor blanca en el ojal». Necesitaba unos minutos de preparación. Necesitaba un salón; macetas con palmeras; y bajo las palmeras, un suelo atestado de cabezas. La mágica evocación comenzaba a producir sus efectos. Delia quedó inmersa en deliciosos atisbos de emociones halagadoras y emocionantes. Ella se encontraba en el estrado; tenía un público inmenso; todos gritaban, flameaban pañuelos, siseaban y silbaban. Entonces Delia se puso en pie. Se levantó, toda de blanco, en medio del estrado. El señor Parnell estaba a su lado.

—Hablo en defensa de la causa de la libertad —comenzó, y al decir estas palabras extendió las manos—. De la causa de la justicia.

Estaban uno junto al otro. Él, muy pálido, pero sus ojos oscuros llameaban. Se volvió hacia ella y musitó…

Hubo una interrupción. La señora Pargiter se había incorporado apoyándose en las almohadas.

—¿Dónde estoy? —gritó. Estaba desorientada y atemorizada, como a menudo le ocurría al despertar. Levantó la mano; parecía pedir ayuda—. ¿Dónde estoy? —repitió. Por un instante Delia también se sintió aturdida. ¿Dónde estaba?

—¡Aquí, madre! ¡Aquí! —dijo atolondradamente—. Aquí en su dormitorio.

Delia puso la mano en el embozo. La señora Pargiter se la cogió con gesto nervioso. Miró a su alrededor, como si buscase a alguien. No parecía haber reconocido a su hija.

—¿Qué ocurre? ¿Dónde estoy? —preguntó. Luego miró a Delia y recordó —. Oh, Delia… Estaba soñando —murmuró casi pidiendo disculpas.

Volvió a recostarse un momento, con la vista fija en la ventana. Estaban encendiendo las farolas y una súbita oleada de luz llegó de la calle.

—Ha sido un hermoso día de… —dijo la señora Pargiter, dubitativa.

Al parecer no recordaba de qué.

—Un hermoso día, sí, madre —repitió Delia con mecánico optimismo.

Su madre lo intentó una vez más:

—De…

¿Qué día era? Delia no lo recordaba.

—De cumpleaños de tu tío Digby —dijo por fin la señora Pargiter, y

añadió—: Díselo, dile de mi parte lo mucho que me alegro.

—Se lo diré —respondió Delia.

Ella había olvidado el cumpleaños de su tío, pero su madre era minuciosa en esos asuntos.

—La tía Eugénie… —dijo Delia.

Pero su madre tenía la vista fija en el tocador. Un rayo de la farola de la calle daba al blanco tapete que lo cubría una blancura extraordinaria.

—¡Otro tapete limpio! —murmuró apenada la señora Pargiter—. ¡Cuánto gasto, Delia, cuánto gasto! Eso es lo que me preocupa.

—No tiene importancia, mamá —observó Delia con tono aburrido.

Delia miraba con atención el retrato de su abuelo, y se preguntaba a santo de qué el artista le había dado un toque de yeso blanco en la punta de la nariz.

—La tía Eugénie le ha traído flores —dijo.

Por alguna razón, la señora Pargiter pareció contenta. Sus ojos descansaron contemplando el limpio tapete que momentos antes le había recordado la cuenta de la lavandería.

—La tía Eugénie… —dijo—. Qué bien recuerdo… —la voz de la señora Pargiter adquirió fuerza y rotundidad—: el día en que se anunció el compromiso. Estábamos todos en el jardín cuando llegó la carta. —Hizo una pausa y repitió—: Cuando llegó la carta. —Luego estuvo callada un rato. Parecía que rememorase algo—. El niño murió, pero con esa salvedad…

Volvió a callar. Delia pensó que su madre parecía más débil esa noche. Y una oleada de alegría recorrió su ser. Las frases de su madre se interrumpían más a menudo de lo habitual. ¿Quién era el niño que había muerto? Delia comenzó a contar los trenzados que adornaban la colcha mientras esperaba que su madre volviese a hablar.

—Bueno, ya sabes que todos los primos solíamos reunirnos, en verano —prosiguió su madre de repente—. Allí estaba tu tío Horace…

—El del ojo de vidrio —dijo Delia.

—Sí, se hirió en el ojo jugando con el caballito de balancín. Las tías tenían a Horace en gran aprecio. Decían… —Hubo otra larga pausa. Parecía buscar a tientas las palabras exactas—: Cuando venga Horace, recordad que debéis preguntarle lo de la puerta del comedor.

Un curioso regocijo pareció apoderarse de la señora Pargiter. Incluso se rió. Seguramente recordaba algún viejo chiste familiar, pensó Delia mientras observaba cómo la sonrisa vacilaba y se extinguía. Se hizo un silencio

absoluto. Su madre yacía con los ojos cerrados; la mano con un solo anillo, la mano marchita descansaba sobre la colcha. En el silencio podían oír el crepitar del carbón en el hogar y la voz monótona de un vendedor ambulante en la calle. La señora Pargiter no dijo nada más. Estaba totalmente inmóvil. Después exhaló un profundo suspiró:

Se abrió la puerta y entró la enfermera. Delia se levantó y se fue. ¿Dónde estoy?, se preguntó con la vista fija en la jarra blanca que el sol teñía de rosa. Por un instante tuvo la impresión de hallarse en un territorio fronterizo entre la vida y la muerte. ¿Dónde estoy?, se repitió mirando la jarra rosada; todo le parecía extraño. Después oyó ruido de agua y pasos sordos en el piso superior.

—Hola, Rosie —dijo la niñera, levantando la vista de la rueda de la máquina de coser cuando Rose entró.

El cuarto de juegos estaba muy iluminado; sobre la mesa había una lámpara sin pantalla. La señora C., que todas las semanas iba con la colada, estaba sentada en un sillón con una taza en la mano.

—Anda, Rosie, sé buena niña y coge el hilo y la aguja —añadió la niñera mientras Rose estrechaba la mano de la señora C.—. O no lo terminarás a tiempo para el cumpleaños de tu padre. —Y continuó despejando una parte de la mesa del cuarto de juegos.

Rose abrió el cajón de la mesa y sacó la bolsa para los zapatos que estaba bordando con un dibujo de flores azules y rojas para el cumpleaños de su padre. Quedaban por bordar varios ramilletes de florecillas dibujadas a lápiz. Rose extendió sobre la mesa la bolsa y la examinó, mientras la niñera retomaba la conversación con la señora C. sobre la hija de la señora Kirby. Pero Rose no escuchó.

En este caso tendré que ir sola, decidió Rose mientras estiraba la bolsa para los zapatos. Si Martin no quiere acompañarme, iré sola.

—He olvidado el costurero en la sala —dijo en voz alta.

—Pues ve a buscarlo —respondió la niñera sin prestar atención.

Quería seguir contándole a la señora C. lo de la hija del dueño del colmado.

Ahora ha comenzado la aventura, se dijo Rose mientras entraba de puntillas en el dormitorio. Tenía que procurarse munición y provisiones, tenía que hurtar la llave de la niñera, pero ¿dónde estaba? Todas las noches la escondía en un sitio diferente, por temor a los ladrones. Podía estar debajo de la caja de los pañuelos o en la cajita donde la niñera guardaba la cadena del reloj de oro de su madre. Allí estaba. Ahora ya tenía su pistola y su munición, pensó Rose mientras sacaba de un cajón su monedero, y provisiones

suficientes, pensó también, cogiendo el sombrero y echándose el abrigo al brazo, para vivir dos semanas.

Pasó furtivamente por delante del cuarto de juegos y bajó la escalera. Al pasar ante el cuarto de estudio aguzó el oído. Debía tener cuidado de no pisar una rama seca y evitar que una ramita se quebrase bajo sus pies, se dijo mientras seguía adelante de puntillas. Al pasar ante la puerta del dormitorio de su madre, volvió a detenerse y escuchar. Estaba en silencio. Después se detuvo unos instantes en el descansillo, miró abajo, al vestíbulo. El perro dormía en el felpudo; no había moros en la costa; el vestíbulo estaba desierto. Oyó un murmullo de voces en la sala de estar.

Con gran suavidad dio la vuelta a la llave que abría la puerta de la calle, y la cerró tras ella sin apenas un chasquido. Hasta doblar la esquina avanzó encorvada y pegada a la pared, para que nadie la viera. Al llegar a la esquina, junto al codeso, se irguió.

—Soy Pargiter, de Pargiter's Horse —dijo agitando la mano, en un floreo—, cabalgando en misión de rescate.

Cabalgaba de noche, en una misión temeraria, hacia una guarnición sitiada, se dijo. Llevaba un mensaje secreto —oprimió el monedero con la mano— que debía entregar personalmente al general. La vida de aquella gente dependía de ello. La bandera de Gran Bretaña aún ondeaba en la torre central. La tienda de Lamley era la torre central. El general se hallaba en la azotea de la tienda de Lamley, con un telescopio delante de un ojo. Todas aquellas vidas dependían de que Rose pudiera cabalgar hasta ellos cruzando las filas enemigas. Ahora Rose galopaba por el desierto. Pasó al trote. Estaba oscureciendo. Encendían las farolas callejeras. El farolero metía la punta del palo en la puertecilla. Los árboles de los jardines delanteros proyectaban un oscilante dibujo de sombras en forma de red sobre la acera. La acera se extendía ante Rose, ancha y oscura. Luego vino el cruce, y allí estaba la tienda de Lamley, en la islilla de tiendas de enfrente. Solo tenía que cruzar el desierto y vadear el río para estar a salvo. Agitó el brazo en cuya mano sostenía la pistola, picó espuelas y descendió al galope por Melrose Avenue. Al pasar junto al buzón, la figura de un hombre apareció bruscamente bajo la luz de la farola de gas.

«¡El enemigo! ¡El enemigo! ¡Bang!», gritó Rose para sus adentros. Oprimió el gatillo de la pistola y miró al hombre a la cara cuando se cruzó con él. Era una cara horrible: blanca, pelada y picada de viruela; dirigió una sonrisa repulsiva a Rose. Alargó el brazo como si quisiera detenerla. Rose pasó veloz ante él. Y el juego terminó.

Rose volvía a ser ella, una niña de corta edad que había desobedecido a su hermana y que, calzada con los zapatos de estar por casa, buscaba la seguridad

en la tienda de Lamley.

La señora Lamley, de rostro lozano, estaba detrás del mostrador doblando los periódicos. Entre sus relojes de dos peniques, sus cartones de herramientas, sus barquitas de juguete y sus cajas de cartas y sobres baratos, la señora Lamley parecía pensar en algo agradable, ya que sonreía. Entonces Rose entró en tromba. La señora Lamley levantó la vista con curiosidad.

—¡Hola, Rosie! —exclamó—. ¿Qué quieres, pequeña?

La señora Lamley siguió con la mano sobre la pila de periódicos. Rose se quedó quieta, jadeando. Había olvidado por qué había ido allí.

—Quiero la caja de patos del escaparate —recordó por fin.

La señora Lamley fue balanceándose a por ella.

—¿No es un poco tarde para que una niña tan pequeña salga sola? —preguntó mirando a Rose como si supiera que había salido con los zapatos de estar por casa y desobedeciendo a su hermana.

—Buenas noches, pequeña, y vuelve corriendo a casa —añadió al entregarle el paquete.

En la puerta la niña pareció dudar. Se quedó allí, mirando los juguetes bajo la lámpara colgante de aceite. Luego se fue con desgana.

He entregado el mensaje al general en persona, se dijo cuando ya volvía a estar en la acera. Y esto es el trofeo, pensó, cogiendo con la mano el paquete que llevaba bajo el brazo. Regreso triunfante, con la cabeza del jefe rebelde, se dijo mientras miraba el tramo de Melrose Avenue que se extendía ante ella. Debo picar espuelas y ponerme al galope. Pero la fantasía ya había perdido toda vida. Melrose Avenue era Melrose Avenue. Rose la miró. Frente a ella se extendía el largo y desierto tramo. Los árboles proyectaban sus sombras temblorosas sobre el pavimento. Las farolas estaban muy separadas, y entre una y otra había charcos de tinieblas. Rose se puso al trote. De repente, al pasar junto a una farola volvió a ver a aquel hombre. Apoyaba la espalda en la farola, y la luz de gas vacilaba sobre su cara. Cuando Rose pasó, el hombre se lamió los labios. Emitió una especie de maullido. Pero no alargó las manos hacia Rose; estaba desabrochando su ropa.

Rose pasó volando ante él. Le dio la impresión de que el hombre la seguía. Oyó sus pasos en la acera. Todo se estremecía, mientras Rose corría; ante su vista bailaban puntos negros y rosas cuando subió corriendo los peldaños de su casa, metió la llave en la cerradura y abrió la puerta del vestíbulo. No le importaba hacer ruido. Albergaba esperanzas de que apareciera alguien y le hablara. Pero nadie la oyó. El vestíbulo estaba desierto. El perro dormía en el felpudo. El murmullo de voces continuaba en la sala de estar.

—Y cuando prenda dará demasiado calor —afirmaba Eleanor.

Crosby había apilado el carbón de modo que formaba un gran promontorio negro. Una voluta de humo amarillo iba surgiendo tristemente a su alrededor. Comenzaba a arder y, cuando ardiera, daría demasiado calor.

—Dice que ve cómo la enfermera roba el azúcar. Ve la sombra de la enfermera en la pared —decía Milly.

Hablaban de su madre.

—Y encima Edward sigue olvidándose de escribir —añadió.

—Esto me lo recuerda —dijo Eleanor.

Sí, debía acordarse de escribir a Edward. Tendría tiempo después de cenar. No quería escribir; no quería hablar; siempre que regresaba de las visitas de caridad se sentía como si varias cosas ocurrieran al mismo tiempo. Las palabras se repetían solas en su mente, palabras e imágenes. Pensaba en la vieja señora Levy, sentada en la cama, con su densa mata de cabello blanco como una peluca y su rostro agrietado como una vieja vasija barnizada.

«De quienes han sido buenos conmigo, de esos sí me acuerdo… De quienes iban en sus coches cuando yo era una pobre viuda que no hacía más que fregar y trabajar…». En ese momento la señora Levy extendía un brazo blanco y nervudo como la raíz de un árbol. De quienes han sido buenos conmigo, de esos sí me acuerdo…, se repitió Eleanor, mientras miraba la lumbre. Luego llegó la hija que trabajaba en una sastrería. Lucía unas perlas grandes como huevos de gallina; se había acostumbrado a maquillarse; era maravillosamente hermosa. Pero Milly hizo un leve movimiento.

—Pensaba —dijo Eleanor, dejándose llevar por las sensaciones del momento— que los pobres se divierten más que nosotros.

—¿Los Levy? —preguntó Milly, distraída. Luego se le iluminó el rostro—. Háblame de los Levy.

Las relaciones de Eleanor con «los pobres» —los Levy, los Grubb, los Paravicini, los Zwingler y los Cobb— siempre divertían a Milly. Pero a Eleanor no le gustaba hablar de «los pobres» como si se tratara de personajes de un libro. Sentía una gran admiración por la señora Levy, que estaba muriéndose de cáncer.

—Bueno, son gente normal —declaró Eleanor secamente.

Milly la miró. Eleanor está pensativa, se dijo. El chiste familiar era: «Andad con cuidado que Eleanor está pensativa, hoy es su día de visitas de caridad». Eleanor se avergonzaba de ello, pero, por una razón u otra, siempre estaba irritable cuando regresaba de sus visitas de caridad; le pasaban tantas

cosas diferentes por la cabeza al mismo tiempo: Canning Place; Abercorn Terrace; esta habitación; aquella estancia. Allí estaba la vieja judía, sentada en la cama, en su pequeño dormitorio; luego una regresaba aquí, y aquí estaba mamá enferma; papá ceñudo; y Delia y Milly peleándose por ir a una fiesta… Pero Eleanor se contuvo. Debía esforzarse en contar algo para divertir a su hermana.

—De milagro —dijo— la señora Levy tenía ya el dinero para pagar el alquiler. Lily la ayuda. Lily trabaja en una sastrería de Shoreditch. Ha llegado cubierta de perlas y adornos. A los judíos les gustan los adornos —añadió.

—¿Judíos? —preguntó Milly. Pareció analizar los gustos de los judíos, y luego abandonar el tema—. Sí. Cosas relucientes.

—Es extraordinariamente hermosa —dijo Eleanor recordando las rojas mejillas y las perlas blancas.

Milly sonrió. Eleanor siempre se ponía de parte de los pobres. Pensaba que Eleanor era la mejor, la más sabia, la persona más extraordinaria que conocía.

—Me parece que ir a esos sitios es lo que más te gusta —dijo—. Creo que irías a vivir allí, si pudieras —añadió con un suspiro.

Eleanor se rebulló en su silla. Tenía sus sueños, sus proyectos, desde luego, pero no quería hablar de ellos.

—Y a lo mejor lo haces, cuando te cases —dijo Milly. Había un deje de fastidio y de queja en su voz.

La invitación a la cena; la cena de los Burke, pensó Eleanor. Ella deseaba que Milly no acabara siempre metiendo el matrimonio en la conversación. ¿Y qué sabían acerca del matrimonio?, se preguntó Eleanor. Pasan demasiado tiempo en casa, pensó; no ven a nadie que no pertenezca a su propio grupo. Aquí están, encerradas, día tras día… Esa era la razón por la que había dicho: «Los pobres se divierten más que nosotros». Se le había ocurrido al volver a entrar en esa sala de estar, con todos sus muebles y flores y enfermeras de hospital… Una vez más se contuvo. Debía esperar a encontrarse sola, debía esperar el momento de cepillarse los dientes por la noche. Mientras estuviera acompañada, debía evitar pensar en dos cosas al mismo tiempo. Cogió el atizador y removió el carbón.

—¡Mira qué bonito! —exclamó.

Una llama bailaba en lo alto del montón de carbón, una llama esbelta y sutil. Era como aquellas que provocaban cuando eran niñas arrojando sal al fuego. Volvió a atizar la lumbre y una multitud de chispas doradas ascendió por la chimenea.

—¿Te acuerdas de cuando jugábamos a bomberos, y Morris y yo

incendiamos la chimenea? —preguntó.

—Y Pippy fue a buscar a papá —respondió Milly.

Milly calló. Se oyó un ruido en el vestíbulo. Un bastón rascó el suelo; alguien colgaba un abrigo. Los ojos de Eleanor se iluminaron. Era Morris, sí, reconocía los sonidos que hacía. Ahora entraría Morris. Eleanor miró a su alrededor con una sonrisa en los labios mientras la puerta se abría. Milly se puso en pie de un salto.

Morris intentó detenerla.

—No te vayas… —comenzó.

—¡Sí! ¡Me voy! —exclamó Milly—. Voy a bañarme —añadió llevada por un impulso.

Y les dejó solos.

Morris se sentó en el sillón que Milly había dejado vacío. Le gustaba estar a solas con Eleanor. Al principio ninguno de los dos habló. Contemplaron la voluta amarilla de humo y la llamita que bailaba esbelta y sutil, aquí y allá, sobre el negro montón de carbón. Entonces Morris formuló la pregunta habitual:

—¿Cómo está mamá?

Eleanor se lo dijo; sin novedad.

—Con la excepción de que duerme más —añadió.

Morris frunció el entrecejo. Estaba perdiendo su aspecto de muchacho, pensó Eleanor. Eso era lo peor de la abogacía, decían todos; se tenía que esperar. Morris trabajaba duramente para Sanders Curry; y era un trabajo muy pesado, todo el día en los tribunales, esperando.

—¿Cómo está el viejo Curry? —preguntó Eleanor.

El viejo Curry tenía mal genio.

—Un poco tocado del hígado —respondió Morris con tono grave.

—¿Y qué has hecho hoy? —siguió Eleanor.

—Nada de particular —replicó él.

—¿Sigues con Evans contra Carter?

—Sí —repuso Morris brevemente.

—¿Y quién va a ganar? —preguntó Eleanor.

—Carter, naturalmente —contestó Morris.

¿Por qué «naturalmente»?, querría preguntar Eleanor. Pero hacía unos días había dicho una tontería, algo que demostraba que no había prestado atención. Se armaba líos. Por ejemplo, ¿cuál era la diferencia entre el derecho civil y el otro derecho? No dijo nada. Se quedaron sentados en silencio, contemplando la llama que jugueteaba con el carbón. Era una llama verde, esbelta, sutil.

—Seguramente piensas que me he portado como un horrible insensato —exclamó de repente Morris—. Con esta enfermedad, y los gastos de Edward y Martin… Papá ha de andar bastante apurado.

Morris frunció el entrecejo del modo en que a Eleanor le hacía pensar que estaba perdiendo su aspecto de muchacho.

—No, desde luego que no —repuso Eleanor enfáticamente.

Desde luego, hubiera sido absurdo que Morris se dedicara a los negocios, cuando su pasión era la abogacía.

—Un día de estos —dijo Eleanor— te nombrarán Lord Canciller. Estoy segura.

Morris, sonriente, negó con la cabeza.

—Estoy absolutamente segura —insistió Eleanor mirándole como solía hacerlo cuando regresaba de la escuela y Edward se había llevado todos los premios, y él, sentado en silencio (Eleanor parecía estar viéndolo) comía vorazmente, sin que nadie le hiciera caso. Pero incluso mientras miraba a Morris, le asaltó una duda. Había dicho Lord Canciller. ¿No hubiera debido decir Lord Primer Juez? Eleanor no podía recordar cuál era el cargo, y por eso Morris no quería comentar con ella el caso de Evans contra Carter.

Por otra parte, Eleanor jamás hablaba a Morris de los Levy, como no fuera para bromear. Esto era lo malo de hacerse mayor, pensó Eleanor; no podían compartir las cosas como antes. Cuando se reunían, nunca tenían tiempo de hablar como en el pasado sobre las cosas en general, y solo hablaban de asuntos sin importancia. Eleanor atizó el fuego. De repente un recio sonido estremeció la estancia. Era Crosby golpeando el gong del vestíbulo. En esto, Crosby se comportaba como una salvaje vengándose de una víctima inocente. Las ondas del brusco sonido recorrieron la sala.

—¡Dios mío, es el aviso de que hay que vestirse para cenar! —dijo Morris.

Se levantó y se desperezó. Levantó los brazos y los mantuvo un instante extendidos por encima de su cabeza. Este será el aspecto que tendrá cuando sea padre de familia, pensó Eleanor. Morris dejó caer los brazos a los costados y salió de la habitación. Eleanor se quedó un momento sentada, pensativa. Después salió de su ensimismamiento. ¿Qué debo recordar?, se preguntó. Escribir a Edward, caviló mientras avanzaba hacia el escritorio de su madre.

Ahora será mi escritorio, pensó mirando el candelabro de plata, la miniatura de su abuelo, los libros de cuentas —uno de ellos tenía una vaca dorada estampada en la cubierta— y la morsa moteada, con un cepillo en la espalda, que era el regalo que Martin le había hecho a su madre en su último cumpleaños.

Crosby mantenía abierta la puerta del comedor en espera de que los comensales bajaran a cenar. Merece la pena sacarle brillo a la plata, pensó. Los cuchillos y los tenedores destellaban alrededor de la mesa. La estancia entera, con sus sillas de madera labrada, los cuadros al óleo, las dos dagas en la repisa de la chimenea y el hermoso aparador —todos los pesados objetos a los que Crosby quitaba el polvo y sacaba brillo todos los días— lucían más por la noche. Con olor a carne y cortinas de sarga durante el día, por la noche tenía un aspecto luminoso y semitransparente. Y, además, formaban una hermosa familia, pensó Crosby a medida que sus miembros iban entrando, las jóvenes señoritas con sus bonitos vestidos de muselina blanca y azul; los caballeros tan atildados con sus chaquetas de vestir. Crosby separó un poco la silla del coronel para que se sentara. El mejor momento del coronel era la hora de la cena; disfrutaba cenando; por una razón u otra su lúgubre humor se había desvanecido. Estaba jovial. Sus hijos se animaron cuando lo advirtieron.

—Llevas un bonito vestido —le dijo el coronel a Delia al sentarse.

—¿Se refiere a este tan viejo? —preguntó Delia tocando la muselina azul.

A Delia le gustaba especialmente la opulencia, la tranquilidad y el encanto que irradiaba el coronel cuando estaba de buen humor. La gente siempre decía que ella se parecía a su padre; a veces se alegraba de ello, como por ejemplo esa noche. El coronel tenía un aspecto sonrosado, pulcro y afable con su chaqueta de vestir. Sus hijos volvían a ser como niños siempre que estaba de buen talante, y se sentían impulsados a gastar bromas familiares que hacían reír a todos sin ningún motivo en particular.

—Eleanor está pensativa —dijo el coronel guiñando el ojo a sus hijos—. Hoy es su día de visitas caritativas.

Todos rieron. Eleanor había creído que su padre hablaba de Rover, el perro, cuando en realidad estaba hablando de la señora Egerton. Crosby, que servía la sopa, tensó la expresión porque también tenía ganas de reír. A veces el coronel le hacía reír tanto que debía alejarse y fingir que hacía algo en el aparador.

—Ah, la señora Egerton… —dijo Eleanor comenzando a tomar la sopa.

—Sí, la señora Egerton —repitió su padre. Y siguió contando la historia de la señora Egerton—: De quien dicen las malas lenguas que su dorado cabello no era todo suyo.

A Delia le gustaba oír a su padre contar historias de la India. Eran ágiles y, al mismo tiempo, románticas. Evocaban el ambiente de los oficiales del ejército reunidos para cenar, con sus chaquetas de vestir, una noche ardiente, con un gran trofeo de plata en medio de la mesa.

Siempre era así cuando éramos pequeños, pensó Delia. Saltaba por encima de la hoguera el día de su cumpleaños, recordó. Le observaba mientras iba sirviendo hábilmente, con la mano izquierda, chuletas en los platos. Delia admiraba la decisión y el sentido común de su padre. Sin dejar de repartir chuletas, el coronel prosiguió:

—Y hablar de la bella señora Egerton me ha hecho recordar otra cosa. No sé si os he contado la historia del viejo Badger Parkes…

—Señorita… —susurró Crosby abriendo la puerta a la espalda de Eleanor.

Bisbiseó unas breves palabras a Eleanor.

—Voy —dijo Eleanor, y se levantó.

—¿Qué pasa, qué pasa? —intervino el coronel interrumpiendo una frase.

Eleanor salió del comedor.

—Un recado de la enfermera —dijo Milly.

El coronel, que acababa de servirse chuletas, sostenía el cuchillo en una mano y el tenedor en la otra. Todos se quedaron con el cuchillo en el aire. Nadie deseaba continuar comiendo.

—Bien, sigamos cenando —dijo el coronel atacando bruscamente una chuleta.

Había perdido el buen humor. Morris, dubitativo, se sirvió patatas. Entonces Crosby reapareció. Se quedó en el marco de la puerta, con sus ojos azul pálido muy prominentes.

—¿Qué pasa, Crosby? ¿Qué pasa? —repuntó el coronel.

—La señora, señor, ha empeorado, me parece, señor —contestó ella con un curioso gemido en la voz.

Todos se levantaron.

—Esperad. Voy a ver —dijo Morris.

Todos le siguieron al vestíbulo. El coronel aún sostenía la servilleta. Morris subió corriendo la escalera. Regresó casi al instante.

—Madre se ha desvanecido —le dijo al coronel—. Voy a buscar a Prentice.

Cogió el sombrero y el abrigo y bajó corriendo los peldaños de la puerta de la calle. Le oyeron silbar para llamar un coche de alquiler, mientras permanecían indecisos en el vestíbulo.

—Acabad de cenar, chicas —dijo el coronel con tono perentorio.

Pero él se quedó paseando por la sala de estar, con la servilleta en la mano.

Ha llegado se dijo Delia, ¡ha llegado! Se sintió poseída por una extraordinaria sensación de alivio y emoción. Su padre iba despacio de una sala a otra; ella le siguió, pero él la evitó. Se parecían demasiado; cada uno de ellos sabía lo que sentía el otro. Delia se detuvo delante de la ventana y observó la calle. Había llovido. La calle estaba mojada; los tejados brillaban. Nubes oscuras surcaban el cielo; las ramas se balanceaban arriba y abajo a la luz de las farolas. También algo en su interior se balanceaba arriba y abajo. Algo desconocido parecía aproximarse. Entonces el sonido de un sollozo detrás de ella hizo que se volviera. Era Milly. Estaba junto a la chimenea, debajo del cuadro de la chica de blanco con el cesto de flores, y unas lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Delia avanzó hacia ella; tenía que haberse acercado a ella y rodearle los hombros con sus brazos; pero no pudo hacerlo. Lágrimas auténticas se deslizaban por las mejillas de Milly. Pero los ojos de Delia estaban secos. Volvió a la ventana. La calle estaba vacía, solo las ramas se balanceaban arriba y abajo a la luz de las farolas. El coronel caminaba de un lado a otro; de pronto golpeó la mesa y dijo: «¡Malditos!». Oyeron unos pasos de la habitación de arriba. Oyeron voces murmurando. Delia se volvió hacia la ventana.

Un cabriolé apareció trotando por la calle. Morris saltó en cuanto el coche se detuvo. El doctor Prentice lo siguió. Subió directamente las escaleras y Morris se reunió con ellos en el salón.

—¿Por qué no termináis la cena? —dijo el coronel, ceñudo, parándose muy tieso delante de sus hijos.

—Cuando el doctor Prentice se haya ido —repuso Morris, irritado.

El coronel volvió a pasearse de un extremo a otro.

Se detuvo, y se quedó con las manos a la espalda ante la lumbre. Parecía tenso, como si estuviera dispuesto a actuar en caso de emergencia.

Los dos fingimos, se dijo Delia dirigiendo una mirada furtiva a su padre, aunque él finge mejor que yo.

Volvió a mirar por la ventana. Llovía. Cuando la lluvia cruzaba la luz de la farola brillaba como largos hilos de luz plateada.

—Llueve —dijo Delia en voz baja.

Nadie hizo comentario alguno.

Al fin oyeron pasos en la escalera y apareció el doctor Prentice. Cerró la puerta silenciosamente, pero no dijo nada.

—¿Y bien? —preguntó el coronel encarándose al doctor.

Se hizo un largo silencio.

—¿Cómo la ha encontrado? —insistió el coronel.

El doctor Prentice encogió levemente los hombros.

—Ha reaccionado —contestó—. De momento —añadió.

Las palabras del médico fueron para Delia como un violento mazazo en la cabeza. Se dejó caer en el brazo de un sillón.

De modo que no va usted a morirse, se dijo Delia mirando a la muchacha apoyada en el tronco de un árbol; la muchacha parecía mirar de arriba abajo a su hija, con sonriente malicia. ¡No va a morirse, nunca, nunca!, gritó Delia retorciéndose las manos bajo el retrato de su madre.

—Bueno, ¿acabamos de cenar? —dijo el coronel cogiendo la servilleta que había arrojado a la mesa de la sala de estar.

Era una lástima, la cena se había estropeado, pensó Crosby mientras llevaba de nuevo las chuletas de la cocina al comedor. La carne se había resecado, y sobre las patatas se había formado una costra castaña. Además, una de las velas estaba tostando la pantalla, advirtió Crosby al poner el plato delante del coronel. Después Crosby cerró la puerta y empezaron a comer.

En la casa reinaba una quietud absoluta. El perro dormía sobre su manta, al pie de la escalera. Había calma fuera del dormitorio de la enferma. Unos leves ronquidos surgían de la habitación donde dormía Martin. En el cuarto de juegos, la señora C. y la niñera reanudaron la cena que habían interrumpido al oír ruido abajo, en el vestíbulo. Rose dormía en su habitación infantil. Durante un rato durmió profundamente, acurrucada, con las mantas cubriéndole bien la cabeza. Luego se agitó y sacó los brazos del embozo. Algo había ascendido nadando a lo alto de la oscuridad. Una forma blanca y ovalada pendía ante Rose, como sostenida por un cordel. Rose entreabrió los ojos y la miró. Tenía unos puntos grises que aparecían y desaparecían burbujeando. Rose despertó del todo. Una cara flotaba junto a la suya, como pendiente de un cordel. Rose cerró los ojos. Pero la cara seguía allí, burbujeando, gris, blanca, purpúrea y picada de viruela. Rose alargó la mano para tocar la cama grande, junto a la suya. Estaba vacía. Aguzó al oído. Oyó el ruido de los cuchillos y el parloteo de las voces en el cuarto de juegos, al otro lado del pasillo. Pero Rose no pudo volver a dormirse.

Se obligó a pensar en un rebaño de corderos dentro de un vallado en el campo. Uno de los corderos saltó la valla. Uno, dos, tres, cuatro. Saltaban la valla. Pero el quinto cordero no quiso saltar. Daba vueltas y vueltas, y miraba a Rose. Su cara larga y estrecha era gris; sus labios se movían; era el rostro del hombre junto al buzón, y Rose estaba sola con él. Si cerraba los ojos, allí estaba. Si los abría, seguía allí.

Se sentó en la cama y gritó:

—¡Niñera! ¡Niñera!

Había un silencio mortal en todas partes. El entrechocar de cuchillos y tenedores había cesado en la estancia contigua. Rose estaba sola con algo horrible. Oyó unos pasos apagados en el pasillo. Se acercaban cada vez más. Era aquel hombre. Había puesto ya la mano en la puerta. La puerta se abrió. Un haz de luz cayó sobre el aguamanil. El jarro y la jofaina se iluminaron. El hombre estaba realmente en la habitación con ella… pero era Eleanor.

—¿No duermes? —dijo Eleanor. Dejó la vela y comenzó a arreglar la ropa de la cama. Estaba toda revuelta. Miró a Rose. Tenía los ojos brillantes y las mejillas rojas. ¿Qué le pasaba? ¿La habían despertado yendo de un lado para otro, abajo, en el dormitorio de mamá?

—¿Por qué no duermes? —preguntó Eleanor.

Rose volvió a bostezar, pero fue un suspiro más que un bostezo. No podía decirle a Eleanor lo que había visto. Tenía un profundo sentimiento de culpa. Por alguna razón tenía que mentir sobre el rostro que había visto.

—He tenido una pesadilla —dijo Rose—. Me he asustado.

Cuando Rose se sentó en la cama, una extraña sacudida nerviosa estremeció su cuerpo. ¿Qué le pasaba?, se preguntó Eleanor. ¿Se había peleado con Martin? ¿Había vuelto a perseguir gatos en el jardín de la señora Pym?

—¿Has perseguido gatos otra vez? —le preguntó, y añadió—: Pobres gatos. Les molesta tanto como te molestaría a ti.

Pero Eleanor sabía que el miedo de Rose nada tenía que ver con los gatos. Rose se agarraba con fuerza un dedo, tenía la vista fija al frente, una extraña expresión en los ojos.

—¿Qué has soñado? —le preguntó Eleanor, sentándose en el borde de la cama.

Rose la miró; no podía decírselo; no obstante, tenía que hacer lo que fuera para que Eleanor se quedara con ella.

—Me ha parecido oír a un hombre en el cuarto —consiguió decir por fin —. Un ladrón —agregó.

—¿Un ladrón? ¿Aquí? Pero, Rose, ¿cómo va a entrar un ladrón en tu habitación? Está papá, está Morris… Jamás permitirían que entrara un ladrón en tu dormitorio.

—No —dijo Rose—. Papá lo mataría.

Había algo raro en la manera en que Rose se estremecía.

—Pero ¿qué hacéis? —preguntó la niña, inquieta—. ¿Cómo es que no os habéis acostado? ¿No es muy tarde?

—¿Qué hacemos? —respondió Eleanor—. Estamos en la sala de estar. No es muy tarde todavía.

Mientras hablaban un lejano sonido invadió la estancia. Según soplara el viento, se oían las campanas de Saint Paul. Los suaves círculos se extendieron en el aire; uno, dos, tres, cuatro… Eleanor contó, ocho, nueve, diez. Se sorprendió de que las campanadas terminaran tan pronto.

—¿Ves? Solo son las diez —dijo.

Le parecía que era mucho más tarde. Pero la última campanada se había disuelto ya en el aire.

—Anda, duérmete —dijo.

Rose le agarró la mano.

—No te vayas, Eleanor. No, todavía no —le suplicó.

—Dime, ¿qué te ha asustado? —comenzó a decir Eleanor.

—He visto… —Rose hizo un gran esfuerzo para decir la verdad, para hablar del hombre junto al buzón—. He visto… —repitió.

Entonces se abrió la puerta y entró la niñera.

—No sé qué le pasa a Rosie esta noche —dijo adentrándose en la habitación.

Se sentía un poco culpable. Se había quedado abajo, con el resto de la servidumbre, hablando de la señora.

—Por lo general, duerme muy bien —continuó, y se acercó a la cama.

—Bueno, ya tienes a la niñera —dijo Eleanor—, que ahora se va a acostar. No volverás a tener miedo, ¿verdad?

Eleanor alisó la ropa de la cama y dio un beso a su hermana. Se levantó y cogió la vela.

—Buenas noches, niñera —se despidió dando media vuelta para salir del dormitorio.

—Buenas noches, señorita Eleanor —repuso la niñera con cierta simpatía en la voz, pues abajo se decía que la señora no podía durar mucho más—. Date la vuelta y duerme, querida —dijo besando a Rose en la frente.

Le daba lástima aquella niña que pronto quedaría huérfana de madre. Luego se quitó los gemelos de plata de los puños de la camisa, y comenzó a sacarse las horquillas de la cabeza, en enaguas, de pie ante la cómoda amarilla.

«He visto…», repitió Eleanor al cerrar la puerta del cuarto de su hermana. He visto… ¿Qué había visto? Algo horrible, algo oculto. Sí, pero ¿qué? Allí estaba, escondido detrás de sus ojos fatigados. Eleanor sostenía la vela un poco inclinada. Tres gotas de cera cayeron sobre el barnizado rodapié sin que ella se diera cuenta. Aguzó el oído mientras andaba. Había silencio. Martin dormía. Su madre dormía. A medida que pasaba ante las puertas y bajaba las escaleras, sentía que un peso caía sobre ella. Se detuvo y miró el vestíbulo. Notó un vacío a su alrededor. ¿Dónde estoy?, se preguntó mirando fijamente un pesado marco. ¿Qué es esto? Le parecía estar sola en medio de la nada. Sin embargo, debo bajar, debo llevar la carga. Eleanor levantó un poco los brazos, como si llevara una jarra, una jarra de barro sobre la cabeza. Se detuvo otra vez. El borde de un cuenco se delineó con claridad frente a sus ojos; en el cuenco había agua; y algo amarillo. Era el cuenco del perro, advirtió Eleanor; era el azufre en el cuenco del perro; este yacía enroscado al pie de la escalera. Con cuidado, Eleanor pasó por encima del cuerpo del perro dormido y entró en la sala de estar.

Todos levantaron la vista cuando Eleanor entró. Morris tenía un libro en la mano, pero no leía. Milly sostenía un paño, pero no cosía. Delia estaba reclinada en el sillón, sin hacer absolutamente nada. Eleanor vaciló un instante. Luego se volvió hacia el escritorio y murmuró:

—Voy a escribir a Edward.

Cogió la pluma, luego dudó. Le costaba escribir a Edward, lo veía ante ella cuando cogía la pluma, cuando alisaba el papel sobre la mesa. Edward tenía los ojos excesivamente juntos, se alisaba el cabello delante del espejo del vestíbulo de una manera que la irritaba. El mote de Edward era Nigs. Eleanor comenzó a escribir: «Querido Edward»; en esta ocasión prefirió «Edward» a «Nigs».

Morris levantó la vista del libro que intentaba leer. El sonido de la pluma de Eleanor rascando el papel le irritaba. Eleanor se detuvo; luego escribió; después se llevó la mano a la cabeza. Le echaban encima todas las preocupaciones, desde luego. Sin embargo, aun así le irritaba. Siempre le hacía preguntas, y nunca escuchaba las respuestas. Morris volvió a fijar la vista en su libro. Pero ¿de qué le servía esforzarse en leer? El ambiente de emoción reprimida le desagradaba. Nadie podía hacer nada, salvo estar todos sentados

en actitudes de emoción reprimida. Las puntadas que daba Milly le molestaban, igual que Delia, reclinada en el sillón sin hacer nada, como de costumbre. Y allí estaba él, con todas aquellas mujeres, en un ambiente de emoción irreal. Y Eleanor seguía escribiendo, escribiendo, escribiendo. No tenía nada que escribir, pero he aquí que Eleanor lamió el sobre y pegó el sello.

—¿Quieres que la eche al buzón? —preguntó Morris, dejando el libro.

Se levantó como si se alegrase de tener algo que hacer. Eleanor lo acompañó hasta la puerta de la calle, y la mantuvo abierta mientras Morris iba al buzón. Llovía suavemente, y Eleanor, de pie en la puerta, respiraba el tibio aire húmedo y contemplaba las curiosas sombras que temblaban en el pavimento bajo las copas de los árboles. Morris desapareció en las sombras de la esquina. Eleanor recordó que antes se quedaba en la puerta, cuando Morris era un niño y salía de casa para ir a la escuela con una cartera en la mano. Eleanor lo despedía con un ademán, y cuando él llegaba a la esquina siempre se volvía y contestaba agitando la mano. Era una pequeña y curiosa ceremonia que, ahora, mayores ya los dos, habían abandonado. Las sombras se estremecieron mientras Eleanor esperaba. Un instante después Morris surgió de las sombras. Avanzó por la calle y subió los peldaños.

—La recibirá mañana —dijo—. En la segunda entrega del correo, a más tardar.

Morris cerró la puerta y se inclinó para poner la cadena. A Eleanor le pareció, al oír el crujido de la cadena, que tanto ella como Morris habían aceptado que nada más iba a ocurrir aquella noche. Evitaron mirarse; ninguno de los dos quería más emociones de momento. Regresaron a la sala de estar.

—Bueno —dijo Eleanor mirando a su alrededor—, me parece que voy a acostarme. La enfermera llamará, si necesita algo.

—Sí, más vale que nos acostemos todos —convino Morris.

Milly comenzó a recoger su labor de bordado. Morris empezó a desperdigar el carbón para apagar la lumbre.

—Qué fuego tan absurdo… —exclamó irritado.

El carbón se había pegado. Ardía con furia.

De repente sonó una campanilla.

—¡La enfermera! —exclamó Eleanor.

Miró a Morris. Eleanor salió de la sala apresuradamente. Morris la siguió.

¿Para qué?, pensó Delia. Es otra falsa alarma. Se levantó.

—Solo es la enfermera —le dijo a Milly, que estaba de pie con expresión alarmada.

No volverá a echarse a llorar, pensó Delia, y pasó a la estancia delantera. Sobre la repisa de la chimenea ardían unas velas; iluminaban el retrato de su madre. Delia contempló la imagen de su madre. La muchacha vestida de blanco parecía presidir el lento proceso de su muerte, con una sonrisa de indiferencia que indignaba a su hija.

—¡No se va usted a morir, no se va a morir! —dijo con amargura mirando a su madre.

Su padre, alarmado por la campanilla, había entrado en la sala. Llevaba un gorro casero rojo, adornado con una absurda borla.

Pero no ocurre nada, dijo Delia en silencio mirando a su padre. Sabía que los dos debían contener su creciente emoción.

—No va a ocurrir nada, absolutamente nada —aseguró Delia mirando a su padre.

En este instante Eleanor entró en la habitación. Estaba muy pálida.

—¿Dónde está padre? —preguntó mirando a su alrededor. Le vio—. Venga, padre, venga —dijo ofreciéndole la mano—. Madre se está muriendo… Y los pequeños —le dijo a Milly por encima del hombro.

Delia advirtió que sobre las orejas de su padre aparecían dos manchitas blancas. Tenía la mirada fija. Se sobrepuso. Adelantándose a los demás, se dirigió hacia la escalera. Todos le siguieron formando una breve procesión. Delia vio que el perro pretendía subir con ellos la escalera, pero Morris le alejó. El coronel fue el primero en entrar en el dormitorio; luego lo hizo Eleanor; después Morris; entonces bajó Martin poniéndose una bata; luego Milly llevó a Rose envuelta en un chal. Pero Delia se quedó detrás de todos ellos. Había tanta gente en el dormitorio que tuvo que quedarse junto a la puerta. Podía ver a dos enfermeras de espaldas a la pared situada frente ella. Delia observó que una lloraba, era la que había ido por primera vez aquella tarde. Desde donde estaba no veía la cama. Pero sí vio que Morris se había arrodillado. ¿Debo arrodillarme yo también?, se preguntó. En el pasillo no, decidió. Apartó la vista; vio la ventanilla al final del pasillo. Llovía; en algún lugar había una luz que hacía brillar las gotas de lluvia. Una tras otra, las gotas resbalaban por el vidrio; resbalaban y se detenían. Una gota se juntaba con otra y volvían a resbalar. En el dormitorio reinaba un silencio absoluto.

¿Es esto la muerte?, se preguntó Delia. Por un instante pareció que hubiera algo allí. Un muro de agua pareció rajarse por la mitad; los dos muros quedaron separados. Escuchó. El silencio era total. Luego hubo una agitación,

pies que se arrastraban por la habitación, y salió su padre, tambaleándose.

—¡Rose! ¡Rose! ¡Rose! —gritó el coronel.

Extendió los brazos con los puños apretados.

Lo ha hecho usted muy bien, dijo Delia cuando el coronel pasó junto a ella. Había sido como una escena teatral. Con total desapasionamiento observó que las gotas seguían cayendo. Una gota resbalaba, se unía a otra, y las dos juntas rodaban hasta la base del vidrio.

Llovía. Una lluvia fina, una suave llovizna espolvoreaba las aceras y las dejaba resbaladizas. ¿Realmente valía la pena abrir el paraguas?, ¿sería necesario llamar un cabriolé?, se preguntaba la gente que salía de los teatros, alzando la vista al plácido cielo lechoso donde lucían las estrellas borrosas. La lluvia que caía en campos, huertos y jardines intensificaba el olor de la tierra. Aquí, una gota se posaba sobre una brizna de hierba; allí, llenaba una flor silvestre, hasta que se reanimaba la brisa y la lluvia se desbordaba. Merecía la pena cobijarse debajo de la mata de espino, debajo del arbusto, parecían decirse los corderos. Y las vacas, ya de nuevo sueltas en los grises campos, bajo los oscuros setos, seguían rumiando, masticando adormiladas, con gotas de lluvia en la piel. La lluvia caía sobre los tejados aquí, en Westminster, allá, en Ladbroke Grove. En el amplio mar un millón de puntos acribillaba el monstruo azul, como una ducha innumerable. Sobre las vastas cúpulas, en las altas agujas de las adormecidas ciudades universitarias, sobre las pesadas bibliotecas y los museos, ahora envueltos en parda holanda, resbalaba suave la lluvia, hasta que, alcanzando las bocas de fantásticas risas, las gárgolas de múltiple garra, saltaba sobre mil extraños relieves. Un borracho, al resbalar en la estrecha callejuela de la taberna, maldijo la lluvia. Las parturientas oyeron al médico decir a la comadrona: «Llueve». Y las contundentes campanas de Oxford, doblando y doblando como lentas marsopas en un mar de aceite, contemplativas, entonaron su musical invocación. La lluvia fina, la suave llovizna caía por igual sobre cabezas mitradas y cabezas desnudas, con una imparcialidad que parecía decir lo que el dios de la lluvia, si es que tal dios existía, pensaba: No quiero que quede limitada a los muy sabios, a los muy grandes; quiero que todas las especies que respiran, que rumian y mastican, los ignorantes, los desdichados, los que se afanan ante el horno para hacer infinitos ejemplares de la misma vasija, quienes descifran con mente ardiente retorcidas misivas y también la señora Jones en su callejuela compartan mi riqueza.

En Oxford llovía. La lluvia caía suave y persistente, produciendo un leve rumor, susurrante en los albañales. Edward, asomado a la ventana, podía ver aún los árboles del jardín del college, a los que la lluvia daba una tonalidad blanquecina. Salvo por el murmullo de los árboles y de la lluvia, había un

silencio perfecto. De la tierra mojada surgía un olor húmedo. Aquí y allá se encendían luces en la oscura masa del college, y en un ángulo había un pequeño montículo donde la luz de una farola caía sobre un árbol en flor. El césped se tornaba visible, fluido, gris, como el agua.

Edward aspiró una larga bocanada de satisfacción. De todos los momentos del día este era el que más le gustaba, el momento en que, de pie junto a la ventana, contemplaba el jardín. Aspiró de nuevo el fresco aire húmedo, después se irguió y se volvió hacia el interior de la habitación. Trabajaba duramente. Siguiendo el consejo de su tutor, había dividido el día en horas y medias horas, pero aún tenía cinco minutos libres antes de verse obligado a comenzar. Encendió la lámpara de lectura. A la luz verde se debía en buena parte el aspecto pálido y delgado de Edward, que en realidad era muy apuesto. De facciones limpiamente modeladas y un cabello rubio que al pasar los dedos por él se levantaba en la parte delantera, parecía un adolescente griego esculpido en un friso. Sonrió. Mientras contemplaba la lluvia recordó que su padre, después de entrevistarse con el tutor de Edward —el viejo Harbottle había dicho: «Su hijo tiene posibilidades»—, había insistido en visitar las habitaciones que su propio padre había ocupado cuando estudiaba en el college. Irrumpieron en esas habitaciones y encontraron a un muchacho llamado Thompson, arrodillado en el suelo, avivando la lumbre con un fuelle.

A modo de disculpa, el coronel había dicho: «Mi padre ocupó estas habitaciones, señor». El muchacho se puso muy colorado y dijo: «De nada». Edward sonrió. Repitió: «De nada». Era hora de comenzar. Subió un poco la luz de la lámpara. Cuando lo hizo, vio su trabajo delimitado en un brillante círculo de luz que lo aislaba del resto de la habitación en penumbra. Miró los libros de texto y los diccionarios que tenía delante. Siempre le asaltaban ciertas dudas antes de empezar. Su padre se sentiría sumamente decepcionado si Edward fracasaba. Había depositado grandes esperanzas en él. Le había enviado una decena de botellas de excelente oporto viejo, «para que te tomes esa copa que levanta el ánimo», le dijo. Aunque, a fin de cuentas, Edward tenía que competir con Marsham, y también estaba el menudo e inteligente judío de Birmingham. Pero había llegado el momento de comenzar. Una tras otra, las campanas de Oxford empezaron a lanzar sus lentas campanadas al aire. Sonaban grandiosas, desiguales, como si tuvieran que apartar el aire de su camino, y este fuera pesado. A Edward le gustaba el sonido de las campanas. Escuchó hasta la última campanada. Después acercó la silla a la mesa; había llegado el momento; ahora debía trabajar.

Una leve arruga se marcó entre sus cejas. Fruncía el entrecejo al leer. Leyó; y tomó una nota; luego volvió a leer. Todos los ruidos se habían extinguido. Nada veía, salvo el griego que tenía delante. Pero a medida que leía su cerebro se calentaba; cada vez más; era consciente de que algo se tensaba y vivificaba

en su frente. Captaba frase tras frase con exactitud, con firmeza, con más exactitud que la noche anterior, observó mientras hacía una anotación al margen. Las palabras pequeñas y sin importancia revelaban ahora un matiz de significado que lo alteraba. Hizo otra anotación; este era el significado. Su destreza en atrapar la frase plenamente le producía un estremecimiento de satisfacción. Allí estaba, limpia y entera. Pero debía ser preciso, exacto, incluso las notas que garrapateaba debían ser tan claras como la letra impresa. Fijaba la atención en este libro, luego en aquel. Después se reclinó en la silla, con los ojos cerrados. No debía permitir que nada se le escapara y quedara vago. Los relojes comenzaron a dar las horas. Los escuchó. Los relojes seguían dando las horas. Las arrugas que se le habían marcado en la cara se suavizaron; se reclinó más; sus músculos se relajaron; levantó la vista de los libros y la dirigió hacia la penumbra. Tenía la impresión de haberse dejado caer tendido en la hierba, después de una carrera. Pero por unos instantes le pareció que seguía corriendo; su mente seguía avanzando por su cuenta, sin el libro. Viajaba sola, sin impedimentos, en un mundo de puro significado. Sin embargo, poco a poco ese mundo perdió su significado. En la pared destacaban los lomos de los libros; vio los paneles de color crema, y un ramillete de amapolas en un jarrón azul. Había sonado la última campanada de los relojes. Suspiró y se levantó de la mesa.

Se acercó de nuevo a la ventana. Llovía, pero aquel tono blanquecino se había disipado. Con excepción de alguna que otra hoja mojada que brillaba aquí y allá, el jardín estaba ahora en total oscuridad; el pequeño montículo amarillo y el árbol en flor habían desaparecido. Los edificios del college rodeaban el jardín formando una mole baja y agazapada, con una mancha roja aquí, otra amarilla allá, donde las lámparas ardían detrás de las cortinas. Y allí estaba la capilla, cuya estructura destacaba contra el cielo, que debido a la lluvia parecía temblar levemente. Sin embargo, ya no había silencio. Edward aguzó el oído; no le llegaba un sonido determinado; pero mientras miraba hacia fuera el edificio zumbaba lleno de vida. Sonó el súbito rugido de unas carcajadas; luego los sones de un piano; después un confuso estrépito de vajilla y parloteo, una reunión con tazas; más tarde otra vez el sonido de la lluvia cayendo, y los murmullos y susurros de las cloacas al tragar el agua. Se volvió hacia el interior de la habitación.

El aire se había enfriado; la lumbre casi se había extinguido; solo se veía un leve resplandor rojizo bajo la ceniza gris. Edward recordó a tiempo el regalo de su padre, el vino que había recibido aquella mañana. Se acercó a la mesa auxiliar y se sirvió un vaso de oporto. Al levantarlo al trasluz sonrió. Volvió a ver la mano de su padre, con dos suaves muñones en el lugar de los dos dedos, sosteniendo la copa al trasluz, como siempre hacía antes de beber.

Recordó que su padre decía: «No puedes atravesar el cuerpo de un hombre

con una bayoneta a sangre fría».

Edward dijo: «Y no puedes prepararte para un examen sin beber». Dudó; sostenía el vaso al trasluz, imitando a su padre. Luego tomó un sorbo. Dejó la copa ante él, en la mesa. Volvió a fijar su atención en Antígona. Leyó; tomó un sorbo; volvió a leer; tomó otro sorbo. Un suave calorcillo se extendió por su espina dorsal y la nuca. Tenía la impresión de que el vino abría menudas puertas divisorias en su cerebro. Y ya fuera debido al vino, a las palabras o a ambas cosas, se formó una concha luminosa, una niebla purpúrea, de donde surgió una muchacha griega; sin embargo, era inglesa. Allí estaba la muchacha entre mármoles y asfódelos, pero también entre el papel de pared de estilo Morris y los armarios, su prima Kitty, tal como la había visto la última vez que cenó en el pabellón. La muchacha era las dos: Antígona y Kitty; estaba aquí, en el libro; estaba allí, en la habitación; iluminada, realzada, como una flor de púrpura. ¡No, exclamó Edward, en modo alguno como una flor! Porque si alguna vez hubo una muchacha que se mantuviera erguida, viva, que hablara y respirase, esa era Kitty, con el vestido blanco y azul que llevaba la última vez que Edward cenó en el pabellón. Cruzó la habitación hacia la ventana. A través de los árboles se veían cuadrados rojos. Había una fiesta en el pabellón. ¿Con quién hablaba Kitty? ¿Qué decía Kitty? Edward regresó a la mesa.

—¡Oh, maldición! —exclamó, pinchando el papel con el lápiz.

La punta del lápiz se quebró. Entonces sonó un golpe en la puerta, un golpe suave, no un golpe imperativo, el golpe que da alguien al pasar, no alguien que entra. Edward se acercó a la puerta y la abrió. Allí, en la escalera, unos peldaños más arriba, se cernía la figura de un corpulento muchacho inclinado sobre la barandilla.

—Entra —dijo Edward.

El corpulento muchacho bajó despacio los peldaños. Era muy grande. Sus ojos, prominentes, se inquietaron cuando vieron los libros sobre la mesa. Miró los libros que había sobre la mesa. Eran de griego. Pero, a fin de cuentas, también había vino.

Edward sirvió vino. Al lado de Gibbs, Edward tenía un aspecto «delicado», como diría Eleanor. El propio Edward se daba cuenta del contraste. La mano con que levantó la copa parecía la de una muchacha al lado de la gran zarpa rojiza de Gibbs. La mano de Gibbs era de un escarlata vivo y ardiente, como carne cruda.

La caza era el tema que tenían en común. Hablaron de caza. Edward se reclinó en su asiento y dejó que fuera Gibbs quien hablara. Resultaba muy agradable escucharlo mientras cabalgaba por aquellos caminos ingleses. Habló de la caza del zorro en septiembre; habló de un potro que aún no estaba a

punto pero era muy manejable. Decía: «¿Te acuerdas de aquella granja a la derecha, según se va a Stapleys? ¿Y de la chica guapa?». Gibbs guiñó un ojo. «Pues malas noticias, se ha casado con un guardabosques». Dijo —y Edward le observó mientras se echaba al coleto el oporto— que ojalá el maldito verano hubiera terminado ya. Después volvió a contar la vieja historia de la perra spaniel. «En septiembre tienes que pasar unos días en mi casa», decía Gibbs cuando la puerta se abrió tan silenciosamente que no lo oyó, y deslizándose entró otro hombre, un hombre muy diferente.

Se trataba de Ashley. Era todo lo contrario de Gibbs. No era alto ni bajo, ni moreno ni rubio. Pero en modo alguno pasaba inadvertido, ni mucho menos. Ello se debía, en parte, a su manera de moverse, como si la silla y la mesa irradiaran cierta influencia que él percibiera a través de invisibles antenas o a un erizado bigote como el de los gatos. Ahora se sentó con cautela, delicadamente, miró hacia la mesa y leyó media línea de un libro. Gibbs interrumpió su charla a mitad de una frase.

—Hola, Ashley —dijo Gibbs con cierta sequedad.

Alargó el brazo y se sirvió otra copa del oporto del coronel. El decantador se había vaciado.

—Lo siento —exclamó Gibbs, mirando a Ashley.

—No abráis otra botella por mí —dijo Ashley rápidamente.

Su voz sonó un poco chillona, como si se sintiera incómodo.

—Es que también nosotros vamos a beber un poco más —observó Edward sin dar importancia a sus palabras. Y pasó al comedor para coger otra botella.

¡Qué pesadez!, pensó Edward cuando se detuvo entre las botellas. Eso significaba, pensó con tristeza al escoger otra botella, otra pelea con Ashley, y ya había tenido dos peleas con Ashley a causa de Gibbs aquel trimestre.

Edward regresó con la botella y se sentó en un taburete bajo, entre los otros dos. Descorchó la botella y sirvió vino. Los dos le miraron con admiración, mientras él estaba sentado allí en medio. La vanidad de Edward, de la que Eleanor siempre se reía, quedó halagada. A Edward le gustaba sentir la mirada de los dos en su persona. Y, sin embargo, se encontraba completamente a sus anchas con ambos, pensó. Este pensamiento le gustó; podía hablar de caza con Gibbs y de libros con Ashley. Pero este solo sabía hablar de libros, y Gibbs —Edward sonrió— solo sabía hablar de muchachas. De muchachas y de caballos. Edward escanció vino en tres copas.

Ashley sorbió delicadamente, y Gibbs, con sus grandes y rojas manos en la copa, tragó más que sorbió. Hablaron de carreras; y luego de exámenes. Después Ashley, con la mirada fija en los libros que había sobre la mesa, dijo:

—Y a ti, ¿cómo te va?

—No tengo la más mínima posibilidad —repuso Edward.

Su indiferencia era fingida. Fingía despreciar los exámenes, pero no era así. Con estas palabras engañó a Gibbs, pero Ashley percibió la verdad. Ashley a menudo pillaba a Edward en pequeños actos de vanidad, como este; pero eso solo hacía que lo apreciara más. Qué hermoso es, pensaba Ashley. Allí, sentado entre los dos, con la luz cayendo sobre su cabello rubio; como un adolescente griego; fuerte; aunque, en cierta manera, débil, necesitado de su protección.

Era preciso rescatarle de las manos de brutos como Gibbs, pensó Ashley con furia. Porque no se explicaba cómo era posible que Edward tolerase a aquel torpe bruto, se dijo mirándolo, que siempre parecía oler a cerveza y a caballos (a quien estaba escuchando). Al entrar, Ashley había oído el final de una frase indignante, una frase que parecía indicar que aquellos dos habían hecho planes.

—Bueno, pues veré a Storey y le hablaré del asunto del jaco —decía Gibbs ahora como si diera fin a una conversación que habían mantenido antes de que Ashley entrara.

Un espasmo de celos estremeció a Ashley. Para ocultarlo, alargó la mano y cogió un libro que reposaba abierto sobre la mesa. Fingió leer.

Gibbs pensó que Ashley hacía aquello para insultarle. Le constaba que Ashley lo consideraba un bestia corpulento; aquel sucio y pequeño puerco había entrado, había estropeado la conversación con Edward y ahora se daba aires de importancia a su costa. Muy bien. Había tenido la intención de irse, pero no, ahora se quedaría. Y haría rabiar a Ashley, sabía cómo lograrlo. Volviéndose hacia Edward, siguió hablando:

—No tendrás que hacer cumplidos, porque mi familia estará en Escocia.

Ashley volvió una página con ademán furioso. Estarán solos, ese par. Edward comenzó a disfrutar de la situación; y, con malicia, siguió el juego de Gibbs:

—Muy bien, de acuerdo. —Y añadió—: Pero tendrás que procurar que no quede en ridículo.

—Bueno, es solo una cacería de crías —dijo Gibbs.

Ashley volvió otra página. Edward le echó una ojeada al libro. Ashley lo sostenía al revés. Pero, al mirar a Ashley, vio su cabeza sobre el fondo de paneles y amapolas. Qué civilizado parecía, pensó Edward, en comparación con Gibbs; y qué irónico. Edward respetaba inmensamente a Ashley. Gibbs había perdido todo su encanto. Repetía una vez más la misma vieja historia de

siempre sobre la perra spaniel. Mañana tendría una pelea demoníaca, pensó Edward mirando subrepticiamente el reloj. Eran las once, y tenía que trabajar durante una hora antes del desayuno. Bebió las últimas gotas de su copa de vino, se desperezó, bostezó ostentosamente y se puso en pie.

—Me voy a la cama —dijo.

Ashley le dirigió una mirada suplicante. Edward sabía infligirle unas torturas terribles. Edward comenzó a desabrocharse el chaleco. Tenía una figura perfecta, pensó Ashley mientras le miraba, allí de pie entre los dos.

—Pero no hace falta que os deis prisa. —Edward volvió a bostezar—. Podéis terminar vuestras copas.

Sonrió al pensar en Ashley y Gibbs terminando juntos sus copas.

—Si queréis más, hay vino de sobras —dijo Edward señalando la habitación contigua, y se fue.

Mientras cerraba la puerta de su dormitorio, Edward pensó: Que se desfoguen peleando ellos dos. Él tendría su propia pelea muy pronto; le constaba por la expresión del rostro de Ashley. Sus celos eran infernales. Edward comenzó a desnudarse. Metódicamente, formó dos montones con su dinero, cada montón a un lado del espejo, ya que era cuidadoso en lo tocante al dinero; dejó el chaleco doblado con esmero sobre una silla; después se miró al espejo y se peinó el cabello, levantando la parte delantera, con aquel ademán levemente pedante que irritaba a su hermana. Luego aguzó el oído.

Una puerta se cerró de golpe. Uno de los dos se había ido, o Gibbs, o Ashley. Pero Edward se sintió inclinado a pensar que el otro se había quedado. Escuchó atentamente. Oyó que alguien se movía en el cuarto de estar. Edward, muy deprisa, con gran firmeza, cerró con llave la puerta de su dormitorio. Un instante después el pomo se movía.

—¡Edward! —dijo Ashley en voz baja y segura.

Edward no contestó.

—¡Edward! —repitió Ashley sacudiendo el pomo.

Su voz era áspera y suplicante.

—Buenas noches —dijo Edward con sequedad.

Aguzó el oído. Se hizo un silencio. Después oyó cómo se cerraba la puerta. Ashley se había ido.

¡Dios mío! ¡Menuda pelea tendré mañana!, se dijo Edward acercándose a la ventana y contemplando la lluvia que seguía cayendo.

La fiesta en el pabellón había terminado. Las señoras se encontraban junto

a la puerta, ataviadas con sus largos vestidos, y miraban el cielo del que caía la fina lluvia.

—¿Es un ruiseñor? —preguntó la señora Larpent al oír el canto de un pájaro entre los arbustos.

Entonces, el viejo Chuffy —el gran doctor Andrews—, que se hallaba un poco rezagado con respecto a la señora Larpent, con su cabeza terminada en forma de cúpula bajo la llovizna, y su rostro hirsuto y poderoso, aunque no atractivo, mirando hacia arriba, soltó una carcajada. Era un tordo, dijo. Su risa tuvo un eco, como la risa de la hiena que ríe junto a una pétrea muralla. Entonces, con un deferente movimiento de la mano, dictado por siglos de tradición, la señora Larpent echó un pie hacia atrás, como si hubiera pisado una de esas marcas de yeso que decoran los académicos dinteles, y, dando a entender que la señora Lathom, la esposa del profesor de teología, debía precederla, avanzaron todos bajo la lluvia.

En la alargada sala de estar del pabellón todos estaban de pie.

—No saben cuánto me alegro de que Chuffy (el doctor Andrews) no les haya decepcionado —decía la señora Malone con su acento cortés.

Aunque los residentes llamaban Chuffy al gran doctor, para los visitantes norteamericanos era el doctor Andrews.

Los demás invitados se habían ido. Pero los Fripp, los norteamericanos, se alojaban en la casa. La esposa de Howard Fripp decía que el doctor Andrews se había mostrado absolutamente encantador con ella. Y su marido, el profesor, decía algo asimismo cortés al director. Kitty, la hija, un poco rezagada, deseaba que la reunión terminara y se fueran todos a la cama. Pero tenía que estar allí hasta que su madre diera la señal para ponerse en marcha.

—Sí —continuó el padre de Kitty—, jamás había visto a Chuffy en mejor forma.

Con estas palabras, el padre de Kitty dirigía un implícito cumplido a la pequeña señora norteamericana que había hecho semejante conquista. La señora era menuda y vivaz, y a Chuffy le gustaban las señoras menudas y vivaces.

—Adoro sus obras —dijo la mujer con una extraña voz nasal—. Pero jamás hubiera dicho que llegaría a tener el placer de sentarme a su lado en una cena.

¿Realmente te gusta que Chuffy suelte salivazos cuando habla?, pensó Kitty mirando a la señora Fripp. Era extraordinariamente hermosa y alegre. Las otras mujeres tenían un aspecto desaliñado y triste en comparación con ella, salvo su madre. Sí, ya que la señora Malone, delante de la chimenea con

un pie en el guardafuegos, su blanco y crujiente cabello rígidamente rizado, jamás parecía ir a la moda o pasada de moda. En cambio, la señora Fripp iba muy a la moda.

Y aun así se reían de ella, pensó Kitty. Había pillado a las señoras de Oxford levantando las cejas ante alguna de las frases norteamericanas de la señora Fripp. A Kitty le gustaban sus frases, eran muy diferentes de lo que solía oír. Ella era norteamericana, una verdadera norteamericana; pero nadie hubiera dicho que su marido fuera norteamericano, pensó Kitty mientras lo miraba. Podía ser profesor de cualquier universidad, se dijo, con su cara arrugada y distinguida, su puntiaguda barbita y la negra cinta del monóculo cruzándole la pechera de la camisa como si de una orden extranjera se tratase. Hablaba sin acento, por lo menos sin acento norteamericano. Sin embargo, en cierta manera era diferente. A Kitty se le había caído el pañuelo. Y el profesor se agachó de inmediato y se lo entregó con una reverencia casi excesivamente cortés, lo que intimidó a Kitty. Inclinó la cabeza y sonrió al profesor con notable timidez cuando cogió el pañuelo.

—Muchas gracias —dijo Kitty.

El profesor había conseguido que Kitty se sintiera inhibida. Al lado de la señora Fripp, Kitty se sentía incluso más voluminosa de lo habitual. Su cabello, del verdadero pelirrojo de Rigby, jamás caía con la suavidad que debería hacerlo; el cabello de la señora Fripp era hermoso, reluciente y estaba bien peinado.

Pero ahora la señora Malone, mirando a la señora Fripp dijo:

—Bueno, señoras… —y agitó la mano.

El gesto de la señora Malone expresó cierta autoridad, como si lo hubiera hecho muchas veces y siempre hubiese sido obedecida. Fueron hacia la puerta. Esa noche hubo una pequeña ceremonia ante la puerta; el profesor Fripp se inclinó profundamente sobre la mano de la señora Malone, se inclinó un poco menos sobre la de Kitty y mantuvo la puerta abierta para que la cruzaran.

Exagera un poco, pensó Kitty al salir.

Las señoras cogieron sus velas y ascendieron en fila por la ancha escalera de bajos peldaños. Los retratos de anteriores directores de Katharine les miraban desde lo alto mientras subían. La luz de las velas bailoteaba sobre las oscuras caras enmarcadas en oro mientras las señoras subían peldaño tras peldaño.

Ahora la señora Fripp se detendrá, pensó Kitty, que iba detrás de ella, y preguntará quién es este.

Pero la señora Fripp no se detuvo. Por eso, Kitty le dio una alta

calificación. En comparación con la mayoría del resto de las visitantes, la señora Fripp quedaba en un puesto muy alto, pensó Kitty. Jamás había recorrido tan deprisa la Biblioteca Bodleiana como aquella mañana. Sí, hasta el punto de que había tenido remordimientos de conciencia. Había muchísimas más cosas que ver, si lo hubieran deseado. Pero antes de que pasara una hora, la señora Fripp se volvió hacia Kitty y con su voz nasal pero fascinante, dijo:

—Bueno, querida, me parece que ya está un poco cansada de tanto ver cosas, ¿qué le parece si fuéramos a tomarnos un helado en esa antigua y agradable confitería con ventanas arqueadas?

Y se tomaron sendos helados cuando hubieran debido dar vueltas por la Bodleiana.

La procesión había llegado al primer descansillo y la señora Malone se detuvo ante la puerta del famoso dormitorio donde dormían los invitados distinguidos cuando se alojaban en el pabellón. La señora Malone miró alrededor sujetando la puerta abierta.

—Esta es la cama en la que no durmió la reina Isabel —dijo la señora Malone, haciendo el chistecito de rigor mientras los Fripp observaban la gran cama con dosel.

La lumbre ardía en el hogar; la jarra con agua estaba envuelta en paños como una vieja con dolor de muelas, y las velas ardían en el tocador. Pero aquella noche había algo raro en el dormitorio, pensó Kitty, que miraba por encima del hombro de su madre; una bata reluciente, verde y plateada, sobre la cama. Y en el tocador había numerosos frascos y botellitas, y una gran borla para aplicar polvos, manchada de rosa. ¿Cabía la posibilidad de que la razón por la que la señora Fripp tuviera aquel aspecto tan brillante y por la que las señoras de Oxford parecieran tan apagadas residiera en que la señora Fripp…? Pero la señora Malone preguntaba:

—¿Tienen cuanto necesitan?

Y lo dijo con tan extremada cortesía que Kitty intuyó que también se había fijado en el tocador. Kitty alargó la mano. Con la consiguiente sorpresa de Kitty, la señora Fripp, en vez de tomarle la mano, la atrajo hacia sí y la besó.

—Mil gracias por haberme mostrado tantas cosas —dijo—: Y recuerde que debe venir a pasar una temporada con nosotros en Norteamérica —añadió.

Pues la corpulenta y tímida muchacha que, de forma tan patente, había preferido tomar helados a mostrarle la Biblioteca Bodleiana le inspiraba simpatía, y, por alguna razón, también la compadecía.

—Buenas noches, Kitty —le dijo su madre al cerrar la puerta, y se rozaron las mejillas.

Kitty subió a su dormitorio. Aún sentía el lugar donde la señora Fripp la había besado; el beso había dejado un leve calorcillo en su cara.

Cerró la puerta. El ambiente del dormitorio era muy denso y caluroso. Hacía una noche cálida, pero siempre cerraban las ventanas y corrían las cortinas. Kitty abrió las ventanas y replegó las cortinas. Como de costumbre, llovía. Flechas de lluvia plateada cruzaban ante los oscuros árboles del jardín. Entonces Kitty se quitó los zapatos empujándolos con el otro pie. Esto era lo peor de ser tan corpulenta, los zapatos siempre le iban estrechos, principalmente los de satén blanco. Luego comenzó a desabrocharse el vestido. Era difícil; había muchos corchetes, y todos en la espalda; pero por fin se despojó del vestido de satén blanco y lo dejó cuidadosamente sobre una silla. Después comenzó a cepillarse el cabello. Pensó que había sido un típico jueves, y de los peores; visitas a monumentos por la mañana; invitados a almorzar; estudiantes a tomar el té; e invitados a cenar.

De todas maneras, pensó Kitty mientras se pasaba el cepillo por el cabello, ya se ha acabado…, ya se ha acabado.

Las llamas de las velas vacilaron, y el estor de muselina, hinchado por el viento, formó un globo blanco que casi tocó las llamas. Sobresaltada, Kitty abrió los ojos. Estaba delante de la ventana abierta, con una luz a su lado y en ropa interior.

—Cualquiera puede verte —le había dicho su madre, regañándola, hacía muy pocos días.

Ahora, se dijo Kitty trasladando las velas a una mesa a su derecha, nadie puede verme.

Volvió a cepillarse el cabello. Pero, con la luz a un lado, en vez de delante, veía su rostro desde otro ángulo.

¿Soy hermosa?, se preguntó dejando el cepillo y mirándose al espejo. Tenía los pómulos demasiado pronunciados; los ojos demasiado separados. No era hermosa, no. Y su corpulencia la perjudicaba. ¿Qué habrá pensado de mí la señora Fripp?, pensó.

Me ha besado, recordó bruscamente con un estremecimiento de placer, volviendo a sentir el calorcillo en la mejilla. Me ha invitado a pasar una temporada con ellos en Norteamérica. ¡Qué divertido sería!, pensó Kitty. ¡Qué divertido salir de Oxford e ir a Norteamérica! Deslizó el cepillo por su cabello, que formaba una tupida mata.

Pero las campanas tocaban con el alboroto habitual. Kitty detestaba el sonido de las campanas; siempre le había parecido un sonido lamentable, y justamente cuando una callaba, comenzaba otra. Iban sonando una tras otra,

una tras otra, como si jamás fueran a terminar. Kitty contó once, doce, y luego siguieron, trece, catorce… Cada reloj imitaba a otro, a través del aire húmedo, cruzado por la llovizna. Era tarde. Comenzó a cepillarse los dientes. Echó una ojeada al calendario de encima del aguamanil, arrancó el jueves y lo estrujó formando una pelota como si estuviera diciendo: «¡Ha terminado!». Ante ella tenía el viernes, en grandes letras rojas. El viernes era un buen día; el viernes tenía su clase con Lucy; tomaría el té con los Robson. «Dichoso aquel que ha encontrado su tarea», leyó en el calendario. Los calendarios siempre parecían decirle algo a la gente. Kitty no había hecho su tarea. Echó un vistazo a una fila de libros azules, Historia constitucional de Inglaterra, del doctor Andrews. Entre las hojas del tercer volumen había un papelito. Debería haber terminado el capítulo en vistas a su clase con Lucy, pero no lo haría esta noche. Estaba muy cansada. Se volvió hacia la ventana. Unas sonoras carcajadas salieron flotando del alojamiento de los estudiantes. De qué se reirán, se preguntó Kitty de pie ante la ventana. Parecía que estuvieran divirtiéndose. Nunca se ríen así cuando vienen a tomar el té al pabellón, pensó Kitty a la vez que las carcajadas se extinguían. El hombrecillo de Balliol estaba sentado retorciéndose los dedos sin parar. No hablaba, pero no se iba. Entonces Kitty sopló la vela y se metió en la cama. Me gusta, pensó mientras estiraba su cuerpo entre las frescas sábanas, a pesar de que se retuerce los dedos. En cuanto a Tony Ashton, se dijo volviendo la cara sobre la almohada, no me gusta. Tony Ashton siempre la estaba interrogando sobre Edward, a quien Eleanor, pensaba Kitty, llama Nigs. Tenía los ojos muy juntos, era un poco pesado. La había seguido en la merienda campestre del otro día, cuando una hormiga se metió debajo de la falda de la señora Lathom. Siempre estaba a su lado. Pero Kitty no quería casarse con él. No quería casarse con un profesor y vivir toda la vida en Oxford. ¡No, no, no! Bostezó, volvió la cara sobre la almohada, oyó una tardía campana cuyo sonido anduvo avanzando lentamente, como una lenta marsopa, al través del denso aire lluvioso, bostezó una vez más y se sumió en el sueño.

La lluvia cayó sin parar durante toda la noche, creando una leve neblina sobre los campos, murmurando y susurrando en los albañales. En los jardines cayó sobre las matas de lilas y codeso en flor. Resbalaba suavemente sobre las pesadas cúpulas de las bibliotecas, y saltaba de las risueñas bocas de las gárgolas. Humedecía la ventana junto a la que el muchacho judío de Birmingham estaba sentado empollando griego, con una toalla mojada alrededor de la cabeza; y aquella otra tras la que el doctor Malone estuvo sentado hasta muy tarde, escribiendo otro capítulo de su monumental historia del college. Y en el jardín del pabellón, ante la ventana de Kitty, resbalaba por el viejo árbol bajo cuya copa reyes y poetas se habían sentado a beber tres siglos atrás, pero que ahora estaba medio caído y necesitaba una estaca en el medio para sostenerse.

—¿El paraguas, señorita? —dijo Hiscock ofreciendo un paraguas a Kitty cuando esta salía de casa la tarde siguiente, con bastante retraso.

El aire era un tanto frío, así que, mientras se fijaba en un grupo ataviado de blanco y amarillo, con almohadones bajo el brazo, que se dirigía al río, Kitty se alegró de no tener que ir en barca ese día. Hoy no habrá reuniones, pensó Kitty, no habrá reuniones. Pero el reloj le advirtió que se estaba retrasando.

Avanzó hasta llegar a las baratas casas rojas que desagradaban a su padre hasta el punto de dar siempre un rodeo para evitarlas. Pero, como en una de ellas vivía la señorita Craddock, Kitty las veía rodeadas de una aureola de romanticismo. El corazón le latió más deprisa cuando dobló la esquina de la capilla nueva y vio los empinados peldaños de la casa donde vivía la señorita Craddock. Lucy subía y bajaba esos peldaños todos los días; esa era su ventana; esa era su campanilla. La campanilla se salió de sitio con una sacudida cuando Kitty tiró de ella, pero no volvió a su sitio, ya que en casa de Lucy todo estaba desvencijado; aun así, todo era romántico. En el paragüero estaba el paraguas de Lucy, y tampoco era como los otros; tenía la empuñadura en forma de cabeza de loro. Pero a medida que Kitty subía los empinados y relucientes peldaños su emoción se mezcló con el temor: esta vez tampoco había hecho su trabajo, tampoco «había aplicado su mente al trabajo» esa semana.

¡Ya ha llegado!, pensó la señorita Craddock con la pluma en el aire. Tenía la punta de la nariz colorada, y cierta expresión de lechuza en los ojos, alrededor de los cuales se veía una pálida y hueca depresión. Había sonado la campanilla. La pluma estaba mojada en tinta roja; la señorita Craddock había estado corrigiendo el ensayo de Kitty. Ahora oyó sus pasos en la escalera. ¡Ha llegado!, pensó con el aliento entrecortado, dejando la pluma.

—Lo siento muchísimo, señorita Craddock —dijo Kitty mientras dejaba sus cosas y se sentaba a la mesa—, pero hemos tenido invitados en casa.

La señorita Craddock se pasó la mano por los labios, como solía hacer cuando se sentía decepcionada.

—Comprendo —dijo—. Lo cual significa que esta semana tampoco has trabajado.

La señorita Craddock cogió la pluma y la mojó en la tinta roja. Se concentró en el ensayo.

—Ni siquiera merece ser corregido —observó levantando la pluma—. Una niña de diez años se avergonzaría de él.

Kitty se puso como la grana.

—Y lo curioso —dijo la señorita Craddock dejando la pluma cuando

finalizó la lección— es que tienes una mente muy original.

Kitty volvió a ruborizarse, esta vez de placer.

—Pero no la empleas —dijo la señorita Craddock—. ¿Por qué no la empleas? —añadió mirando a Kitty con sus hermosos ojos grises.

—Señorita Craddock, es que mi madre… —comenzó a decir Kitty ansiosamente.

—Ejem, ejem, ejem… —la interrumpió la señorita Craddock.

El doctor Malone no le pagaba para recibir confidencias. La señorita Craddock se levantó.

—Mira mis flores —dijo la señorita Craddock con la impresión de que había tratado a Kitty con excesiva severidad.

Sobre la mesa había un jarrón con flores; flores silvestres, azules y blancas, clavadas en un cojín de musgo verde y húmedo.

—Mi hermana me las ha mandado del páramo —dijo.

—¿Qué páramo? ¿Qué páramo? —preguntó Kitty.

Se inclinó y tocó tiernamente las florecillas. Qué adorable es, pensó la señorita Craddock; se ponía muy sentimental con Kitty. Pero no seré sentimental, se dijo.

—El páramo de Scarborough —dijo en voz alta—. Si conservas el musgo húmedo, aunque no demasiado, las flores duran semanas —agregó mirándolas.

—Húmedo pero no demasiado —observó sonriente Kitty—. Me parece que resulta fácil en Oxford. Aquí siempre llueve.

Miró por la ventana. Caía una lluvia suave.

—Si yo viviese allí arriba, señorita Craddock… —empezó a decir mientras cogía el paraguas.

Pero se detuvo. La lección había terminado.

—Lo encontrarías muy aburrido —dijo la señorita Craddock, mirando a Kitty.

Kitty se estaba poniendo la capa. Sin duda estaba adorable mientras lo hacía. La señorita Craddock recordó su función de profesora y prosiguió:

—Cuando tenía tu edad hubiera dado un ojo de la cara para tener las oportunidades que tú tienes, para tratar a la gente que tratas, para conocer a la gente que conoces.

—¿El viejo Chuffy? —preguntó Kitty, al recordar la profunda admiración

que la señorita Craddock sentía por aquella lumbrera.

—¡Muchacha irreverente! —exclamó la señorita Craddock—. ¡El más grande historiador de su tiempo!

Kitty se acordó del húmedo contacto de una pesada mano sobre su rodilla.

—Bueno, conmigo no habla de historia —dijo.

Kitty dudó; pero la clase había terminado; iba a llegar otro alumno. Había una fuente con naranjas encima de un montón de relucientes libretas de ejercicios; una caja que parecía contener galletas. ¿Solo tenía esa habitación la señorita Craddock?, se preguntó Kitty. ¿Dormía en ese sofá de aspecto monstruoso sobre el que había arrojado el chal? No había espejos, y Kitty se encasquetó el sombrero un poco inclinado a un lado, mientras pensaba que la señorita Craddock despreciaba los vestidos. Pero la señorita Craddock pensaba en lo maravilloso que era ser joven y bella y conocer a hombres brillantes.

—Voy a tomar el té con los Robson —dijo Kitty ofreciendo la mano a la señorita Craddock.

La muchacha, Nelly Robson, era la alumna favorita de la señorita Craddock; la única muchacha, solía decir, que sabía lo que significaba trabajar.

—¿Vas andando? —preguntó la señorita Craddock mirando la ropa de Kitty—. No sé si sabes que está un poco lejos. En Ringmer Road, pasada la fábrica de gas.

—Sí, voy caminando —respondió Kitty, mientras estrechaba la mano de la señorita Craddock—. Y esta semana me esforzaré en trabajar mucho —dijo mirándola desde lo alto, con ojos rebosantes de cariño y admiración.

Entonces bajó los empinados peldaños cubiertos por un encerado que relucía de romanticismo; y echó una ojeada al paraguas con empuñadura de cabeza de loro.

El hijo del profesor, que lo hacía todo solo, «comportamiento merecedor de todos los elogios», en palabras del doctor Malone, estaba arreglando el gallinero del huerto trasero de la destartalada casucha de Prestwich Terrace. Martillazo tras martillazo, el hijo del profesor seguía clavando una tabla en el podrido tejado. A diferencia de su padre, tenía las manos blancas y, además, los dedos largos. No le gustaba hacer trabajos como ese. Pero su padre remendaba los zapatos los domingos. Golpeó con el martillo. Siguió golpeando los largos y relucientes clavos que a veces partían la madera y otras se desprendían, porque estaba podrida. También detestaba las gallinas, aves imbéciles, bolas de plumas, que le contemplaban con sus ojos rojos como cuentas. Las gallinas arañaban el sendero; dejaban plumitas rizadas aquí y allá, en las camas, lo cual era más de lo que el hijo del profesor podía soportar. Y

allí no había ni una sola planta. ¿Cómo se podía cultivar flores, como los demás, si uno criaba gallinas? Sonó una campanilla.

—¡Maldición! ¡Alguna vieja que viene a tomar el té! —dijo el hijo del profesor sosteniendo el martillo en el aire.

Y entonces lo bajó para golpear el clavo.

En el descansillo, fijándose en las baratas cortinas de encaje y en el vidrio de color azul y anaranjado, Kitty intentaba recordar lo que su padre había dicho sobre el padre de Nelly. Pero una pequeña doncella le abrió. Soy demasiado corpulenta, pensó Kitty mientras aguardaba en la sala donde la doncella la había hecho pasar. Era un cuarto pequeño, atestado de objetos. Voy demasiado vestida, pensó Kitty mirándose en el espejo de encima del hogar. Pero he aquí que entró su amiga Nelly. Era desaliñada; ante sus grandes ojos grises llevaba gafas con montura de acero, y la bata de holanda de color castaño parecía aumentar su aire de intransigente veracidad.

—Estamos tomando el té en el cuarto de atrás —dijo Nelly observando a Kitty de arriba abajo.

¿Qué ha estado haciendo? ¿Por qué va en bata?, pensó Kitty mientras la seguía al cuarto donde ya estaban tomando el té.

—Es un placer verla —dijo la señora Robson con tono formal, mirando por encima del hombro.

Sin embargo, nadie parecía en modo alguno complacido de verla. Dos niños ya estaban comiendo. Tenían unas rebanadas de pan con mantequilla en las manos, pero dejaron de prestar atención al pan para mirar a Kitty mientras se sentaba.

Kitty tuvo la impresión de ver al cuarto entero de un solo vistazo. Era inhóspito, pero estaba atestado. La mesa resultaba demasiado grande; había duras sillas tapizadas con terciopelo verde; sin embargo, el mantel era de tela burda, zurcido en medio; y la porcelana era barata, decorada con rosas rojas. La luz era extremadamente fuerte para los ojos de Kitty. Y del jardín contiguo llegaba un sonido de martilleo. Kitty miró el jardín. Se trataba de un terreno sin flores, todo tierra escarbada, y, al fondo, había un cobertizo de donde procedían los martillazos.

Son todos demasiado bajos, pensó Kitty mirando a la señora Robson. Solamente sus hombros rebasaban el servicio de té, pero eran fornidos. Se parecía un poco a Bigge, la cocinera del pabellón, aunque era más recia. Kitty dirigió una breve mirada a la señora Robson y comenzó a quitarse los guantes a hurtadillas, deprisa, con las manos ocultas por el mantel. Pero ¿por qué no habla nadie?, pensó Kitty, nerviosa. Los niños mantenían la vista fija en ella,

con expresión de solemne pasmo. Sus miradas de lechuza recorrían a Kitty de arriba abajo, implacablemente. Por suerte, antes de que los niños pudieran expresar su desaprobación, la señora Robson les dijo con sequedad que siguieran tomando el té. Y el pan con mantequilla volvió a subir lentamente hacia sus bocas.

¿Por qué no dicen algo?, pensó Kitty otra vez, mirando a Nelly. Esta se disponía a decir algo cuando se oyó el golpe de un paraguas contra el suelo del vestíbulo. La señora Robson alzó la vista y dijo a su hija:

—¡Ha llegado papá!

Enseguida, entró al trote un hombrecillo tan bajo que su chaqueta hubiera podido pertenecer a un chico de Eton; el cuello de su camisa era redondeado. También lucía una cadena de reloj de plata, muy gruesa, como la de un colegial. Pero sus ojos eran penetrantes y altivos, su bigote erizado, y hablaba con un curioso acento.

—Es un placer verla —declaró.

Y estrechó con fuerza la mano de Kitty. Se sentó y se puso una servilleta debajo de la barbilla, de modo que la pesada cadena de plata quedó oculta bajo el blanco y rígido escudo. Desde el cobertizo del jardín llegaban martillazos, martillazos, martillazos.

—Dile a Jo que el té está servido —le dijo la señora Robson a Nelly, que acababa de dejar una fuente cubierta.

Destaparon la fuente. En realidad, iban a comer pescado frito con patatas, a la hora del té, comprobó Kitty. El señor Robson tenía los ojos, de un azul un tanto alarmante, fijos en Kitty. Ella esperaba que el señor Robson le preguntara: «¿Cómo está su padre, señorita Malone?». Pero dijo:

—¿Usted estudia historia con Lucy Craddock?

—Sí —repuso Kitty.

Le gustó la manera en que había dicho Lucy Craddock, como con respeto. Eran muchos los profesores que la trataban con un desprecio burlón. También le gustaba que aquel hombre la hiciera sentirse como si no fuera hija de nadie en particular.

—¿Le interesa la historia? —le preguntó el señor Robson al tiempo que atacaba su pescado frito con patatas.

—Me entusiasma.

Los luminosos ojos azules del hombre, mirándola fijamente y con cierta ferocidad, parecían obligarle a decir en muy pocas palabras lo que significaba su anterior respuesta.

—Pero soy terriblemente perezosa —añadió Kitty.

En ese momento la señora Robson la miró con notable severidad y le ofreció una gruesa rebanada de pan clavada en la punta de un cuchillo.

De todas maneras, esta gente tiene un gusto horroroso, se dijo Kitty para vengarse de la reprimenda que, a su juicio, habían querido dirigirle. Clavó los ojos en un cuadro que tenía enfrente, un paisaje al óleo en un pesado marco dorado. A uno y otro lado del cuadro había sendos platos japoneses azules y rojos. Todo era feo, principalmente los cuadros.

—El páramo detrás de nuestra casa —dijo el señor Robson al ver que Kitty estaba mirando el cuadro.

Kitty se dio cuenta de que el acento con que hablaba era de Yorkshire.

—¿En Yorkshire? —dijo Kitty—. Nosotros también procedemos de allí. La familia de mi madre, quiero decir —añadió.

—¿La familia de su madre? —preguntó el señor Robson.

—Rigby —respondió, y se ruborizó.

—¿Rigby? Antes de casarme, trrrabajé con cierta señorita Rigby —dijo la señora Robson alzando la vista.

¿Qué clase de trrrabajo había realizado la señora Robson?, se preguntó Kitty. Sam se lo dijo:

—Antes de casarse, mi esposa era cocinera, señorita Malone.

Una vez más el señor Robson exageró su acento, como si estuviera orgulloso de él. Un tío abuelo mío fue caballista de circo, tuvo Kitty la tentación de decir; y una tía mía se casó con… Pero la señora Robson la interrumpió:

—Con las Holly, dos señoras muy ancianas. La señorita Ann y la señorita Matilda. —Ahora la señora Robson hablaba con más suavidad—. Seguramente murieron hace ya mucho tiempo —concluyó.

Por primera vez, la señora Robson se reclinó en su asiento y removió el té exactamente igual que la vieja Snap en la granja, pensó Kitty. Removía el té dando vueltas y vueltas y vueltas con la cucharilla.

—Dile a Jo que nos estamos comiendo el pastel —dijo la señora Robson.

Y cortó y se sirvió una porción del pastel, que parecía un mazacote. Nell salió del cuarto una vez más. El martilleo en el jardín cesó. Se abrió la puerta. Kitty, que había alterado el enfoque de su vista para acomodarla a la pequeñez de la familia Robson, se sorprendió. Aquel muchacho parecía inmenso en la pequeña habitación. Era un joven apuesto. Al entrar se pasó la mano por el

cabello, ya que se le había metido una astilla en él.

—Nuestro Jo —dijo la señora Robson a modo de presentación—. Anda, ve y trae el hervidor, Jo.

El muchacho se fue al instante, como si estuviera habituado a ello. Cuando regresó con el hervidor, Sam comenzó a darle la lata acerca de un gallinero:

—Te lleva mucho tiempo, hijo mío, reparar un gallinero.

Las palabras de Sam entrañaban una broma de la familia referente a remendar botas y gallineros. Kitty observó al muchacho, que no dejaba de comer mientras su padre le hacía reproches. El muchacho no era de Eton, ni de Harrow, ni de Rugby, ni de Winchester. Ni leía, ni remataba. Le recordó a Alf, el bracero de Carter, que la había besado bajo la sombra del pajar, cuando ella tenía quince años, y entonces apareció el viejo Carter, llevando a un buey con un anillo en la nariz, y dijo: «¡Basta ya!». Kitty volvió a bajar la vista. Le gustaría que Jo la besara; le gustaría más que la besara Jo que Edward, pensó Kitty de repente. Recordó su aspecto, del que se había olvidado. Jo le gustaba. Sí, todos ellos le gustaban mucho, se dijo; verdaderamente mucho. Kitty se sentía igual que si hubiese dado esquinazo a la niñera y hubiera salido sola.

Entonces los niños comenzaron a bajar de sus sillas; el té había terminado. Kitty buscó los guantes debajo de la mesa.

—¿Son estos? —le dijo Jo recogiéndolos del suelo.

Kitty los cogió y los estrujó en la mano.

Jo le lanzó una rápida y ceñuda mirada, mientras ella estaba junto a la puerta. Es guapísima, pensó, pero, Dios mío, se da mucha importancia.

La señora Robson la llevó a la pequeña habitación donde se había mirado en el espejo antes del té. Estaba atestada de objetos. Había mesas de bambú, libros forrados de terciopelo y con visagras de latón, gladiadores de mármol dispuestos en la repisa de la chimenea, innumerables cuadros… Pero la señora Robson, exactamente con el mismo gesto que hacía la señora Malone cuando señalaba el Gainsborough que no se sabía con toda certeza si era un Gainsborough, le mostró una gran bandeja de plata con una inscripción.

—La bandeja que le regalaron a mi marido sus alumnos —dijo la señora Robson señalando la inscripción.

Kitty comenzó a leerla. Cuando terminó, la señora Robson indicó un documento enmarcado, como un título, en la pared.

—Y esto…

Pero entonces Sam, que se había quedado en segundo término, toqueteando la cadena de plata del reloj, avanzó y apuntó con su gordezuelo

dedo índice el retrato de una anciana que parecía de tamaño superior al normal, sentada en la silla del fotógrafo.

—Mi madre —dijo. Luego soltó una risita un tanto extraña.

—¿Su madre? —repitió Kitty, inclinándose para mirar.

La inamovible y anciana señora, sentada con toda la rigidez que le daban sus mejores ropas, era bastante corriente. Sin embargo, Kitty sintió que se esperaba de ella que mostrase admiración.

—Se parece mucho a ella, señor Robson —fue todo lo que se le ocurrió decir.

Ciertamente, tenían en común parte de aquel aspecto de fortaleza; los mismos ojos penetrantes; y los dos eran muy corrientes. El señor Robson soltó otra risita.

—Me alegra que lo piense —dijo—. Nos crió a todos. Sin embargo, ninguno de nosotros fue una carga para ella.

Y de nuevo soltó su curiosa risita. Después se volvió hacia su hija, que había entrado en la pequeña habitación y estaba de pie en bata.

—Ninguno fue una carga para ella —repitió, dando a Nell un pellizco en el hombro.

Mientras Nell estaba con la mano de su padre en el hombro debajo del retrato de su abuela, una súbita oleada de autocompasión invadió a Kitty. Si hubiera sido hija de gente como los Robson, pensó, si hubiese vivido en el norte… Pero era evidente que deseaban que se fuera. Nadie se sentaba en aquella estancia. Todos estaban de pie. Nadie la invitaba a quedarse. Cuando dijo que debía irse, la acompañaron al pequeño vestíbulo. Kitty tuvo la impresión de que todos se disponían a continuar con sus tareas. Nell iría a la cocina a lavar el servicio del té. Jo regresaría al gallinero, la madre acostaría a los niños. Y Sam… ¿qué se disponía a hacer? Kitty lo miró, con su pesada cadena de reloj, como la de un colegial. Usted es el hombre más agradable que he conocido, pensó Kitty mientras le ofrecía la mano.

—Ha sido un placer conocerla —dijo la señora Robson con su aire solemne.

—Espero que vuelva a visitarnos pronto —dijo el señor Robson estrechando con fuerza la mano de Kitty.

—¡Oh, me encantaría! —exclamó Kitty apretando sus manos con energía.

¿Sabían cuánto les admiraba?, hubiera dicho Kitty de buena gana. ¿La aceptarían a pesar de su sombrero y sus guantes?, deseaba preguntarles. Pero todos iban a volver a su trabajo. Y yo me voy a casa, a vestirme para la cena,

pensó Kitty mientras descendía los pequeños peldaños hacia la calle, oprimiendo sus guantes de cabritilla.

El sol volvía a brillar; las húmedas aceras relucían; un soplo de viento levantó las mojadas ramas de los almendros en los jardines de las casas; algunos brotes y capullos cayeron en remolino y se quedaron pegados al suelo. Parada por un segundo en un cruce, tuvo la impresión de que a ella también la levantaban y la alejaban de sus entornos habituales. Kitty olvidó quién era. El cielo, que el viento había transformado en un abierto espacio azul, parecía mirar no aquí, a las calles y casas, sino al campo abierto, donde el viento barría los páramos, y donde los corderos, cuyas lanas grises se agitaban, se cobijaban entre muros de piedra. Kitty casi podía ver los páramos, iluminándose y oscureciéndose a medida que pasaban las nubes.

Pero en dos pasos la calle desconocida se convirtió en la calle que Kitty siempre había conocido. Volvía a encontrarse en la callejuela adoquinada; allí estaban las viejas tiendas de diversos objetos, con sus porcelanas azules y sus hervidores de latón, y al instante Kitty se encontraba en la famosa calle tortuosa, con sus cúpulas y agujas. El sol caía en anchas franjas de través. Allí estaban los coches de alquiler, las marquesinas y las librerías; los ancianos con negras togas al viento; las muchachas con vestidos vaporosos, azules y de color rosa; los jóvenes con sombrero de paja, que llevaban almohadones bajo el brazo. Pero, por un momento, a Kitty todo le pareció anticuado, frívolo, estéril. El estudiante de siempre, con birrete y toga, y libros bajo el brazo, le parecía tonto. Y los portentosos ancianos, con sus marcadas facciones, tenían aspecto de gárgolas esculpidas, medievales, irreales. Todos eran como gente disfrazada que representanba un papel, pensó Kitty. Ahora se encontraba ante la puerta de su casa, esperando que Hiscock, el mayordomo, levantara los pies del guardafuegos y subiera torpemente. ¿Por qué no puedes hablar como un ser humano?, pensó Kitty mientras Hiscock se hacía cargo de su paraguas y farfullaba su habitual comentario acerca del tiempo.

Despacio, como si también le pesaran los pies, Kitty subió la escalera, viendo por las ventanas y las puertas abiertas el suave césped, el árbol inclinado y los descoloridos cortinajes. Se dejó caer en el borde de la cama. El aire estaba muy cargado. Una mosca daba vueltas y vueltas, zumbando; la segadora de césped gemía abajo en el jardín. A lo lejos las palomas zureaban. Toma dos zureos, zum, zum, toma dos zureos. Tom… Se le cerraban los ojos. Tenía la impresión de estar sentada en la terraza de una posada italiana. Su padre estaba oprimiendo gencianas contra una áspera hoja de papel secante. El lago que había más abajo deslumbraba, y leves olas alteraban la lisura de su superficie. Kitty hizo acopio de valor y dijo a su padre:

—Padre…

Su padre la miró muy dulcemente por encima de sus gafas. Sostenía la pequeña flor azul con el índice y el pulgar.

—Quiero… —comenzó Kitty, dejándose resbalar de la balustrada donde estaba sentada.

Entonces sonó una campana. Kitty se levantó, cruzó el cuarto y se puso junto al aguamanil. ¿Qué opinaría Nell de esto?, pensó, mientras inclinaba la hermosa jarra de reluciente latón y hundía las manos en el agua caliente. Sonó otra campana. Kitty fue al tocador. Fuera el aire del jardín era todo murmullos y zureos. Astillas, dijo Kitty mientras cogía el peine y el cepillo, astillas en el pelo de Jo. Pasó una criada con una pila de platos de hojalata sobre la cabeza. Las palomas zureaban. Toma dos zureos, zum, zum. Toma dos zureos… Pero repicó la campanilla de la cena. Kitty se colocó deprisa las horquillas que le levantaban el cabello, se abrochó el vestido y bajó corriendo la resbaladiza escalera, pasando la palma de la mano por la barandilla, como hacía de pequeña cuando tenía prisa. Y allí estaban todos.

Sus padres se hallaban de pie en el vestíbulo. Un hombre alto iba con ellos. Llevaba la toga echada a la espalda, y un último rayo de sol iluminaba su rostro afable y autoritario. ¿Quién era? Kitty no podía recordarlo.

—¡Dios mío! —exclamó el hombre mirándola con admiración—. ¿Es Kitty, verdad? —Cogió la mano de Kitty y se la estrechó—. ¡Cuánto ha crecido!

La miraba como si en vez de verla a ella, contemplara su propio pasado.

—¿No se acuerda de mí? —añadió.

—¡Chingachgook! —exclamó Kitty evocando un recuerdo infantil.

—Sí, pero ahora es sir Richard Norton —dijo su madre dándole con orgullo una palmadita en el hombro.

Y se fueron, porque los caballeros cenaban en la gran sala.

El pescado era insípido, pensó Kitty; los platos estaban casi fríos. El pan estaba pasado, se dijo, cortado en delgados cuadraditos; aún tenía en los ojos y en los oídos el color y la alegría de Prestwich Terrace. Al mirar alrededor, reconoció la superioridad de la porcelana y la plata del pabellón; y los platos japoneses y el cuadro eran horrorosos. Pero este comedor, con sus enredaderas colgantes y sus grandes lienzos agrietados, era muy oscuro. En Prestwich Terrace la estancia rebosaba luz; los martillazos resonaban todavía en sus oídos. Kitty miró el verdor que se apagaba en el jardín. Por milésima vez, se repitió su infantil deseo de que el árbol se mantuviera en pie o se cayera, en vez de no hacer ninguna de las dos cosas. En realidad, no llovía, pero unas ráfagas de blancura parecían cruzar el jardín cuando el viento agitaba el denso

follaje de los laureles.

—¿No notas nada? —De repente, la señora Malone llamó la atención de Kitty.

—¿Qué, madre? —preguntó Kitty, que había estado distraída.

—El pescado tiene un sabor extraño.

—No me había dado cuenta.

La señora Malone habló con el mayordomo. Cambiaron las fuentes; sirvieron otro plato. Pero Kitty no tenía apetito. Mordisqueó uno de los dulces verdes que le ofrecieron, y después la modesta cena, preparada para las señoras con los restos de la fiesta de la noche anterior, terminó, y Kitty siguió a su madre a la sala de estar.

Era demasiado grande cuando estaban solas, pero siempre se sentaban allí. Daba la impresión de que los retratos miraban los sillones vacíos, y estos miraban los retratos. El anciano caballero que había dirigido el college hacía más de cien años parecía esfumarse a la luz del día, pero reaparecía cuando se encendían las lámparas. Su rostro era plácido, sólido y sonriente, y notablemente parecido al del doctor Malone, quien, si le pusieran un marco alrededor, también podría estar colgado sobre la repisa de la chimenea.

—Es agradable tener una velada tranquila de vez en cuando —dijo la señora Malone—, a pesar de que los Fripp…

Su voz se extinguió mientras se ponía las gafas y cogía el Times. Era su momento de descanso y recuperación después de la jornada de trabajo. Reprimió un bostezo a la vez que su mirada recorría las columnas del periódico.

—Era un hombre encantador —comentó distraídamente echando un vistazo a las notas de nacimientos y defunciones—. Nadie le hubiese tomado por norteamericano.

Kitty ordenó sus pensamientos. Pensaba en los Robson. Y su madre hablaba de los Fripp.

—Ella también me gustó —aventuró temerariamente Kitty—. ¿Verdad que era guapa?

—Bueno, excesivamente bien vestida, para mi gusto —repuso la señora Malone con tono seco—. Y aquel acento… —prosiguió sin dejar de mirar el periódico—. A veces apenas comprendía lo que me decía.

Kitty guardó silencio. En este punto no estaban de acuerdo. Como tampoco lo estaban en muchos otros.

De repente, la señora Malone alzó la vista.

—Sí, exactamente lo que le decía a Bigge esta mañana —dijo dejando el periódico.

—¿Qué, madre?

—Lo que dice este hombre en el editorial. —Lo tocó con el dedo—. «Con la mejor carne, pescado y caza del mundo pronto tendremos que dejar de gozar de ello, debido a que no tenemos a nadie que lo guise» —leyó en voz alta—. Esto es lo que le decía a Bigge esta mañana.

La señora Malone emitió su característico y leve suspiro. Y cuando se deseaba causar una impresión favorable a ciertas personas, como aquellos norteamericanos, siempre había algo que salía mal. En esta ocasión había sido el pescado. La señora Malone buscó su labor, y Kitty cogió el periódico.

—Es el editorial —dijo la señora Malone.

Aquel hombre siempre decía exactamente lo que la señora Malone pensaba, lo cual la consolaba y le daba una sensación de seguridad en un mundo que, según ella, iba de mal en peor.

—«Antes de la rígida y ahora universal obligatoriedad de asistencia a la escuela…» —leyó Kitty en voz alta.

—Sí, es este —corroboró la señora Malone mientras abría el costurero y buscaba las tijeras.

—«… los niños solían ser testigos del arte de guisar, lo cual, a pesar de tratarse de un arte deficiente, provocaba en ellos cierta afición y les daba algún que otro conocimiento. Ahora nada ven y nada hacen, como no sea leer, escribir, sumar, coser o hacer labor de punto».

—Exactamente —dijo la señora Malone.

Desenrolló la larga franja de tela, en la que estaba bordando un dibujo de pájaros picoteando fruta, sacado de una tumba de Rávena. Era para el cuarto de los invitados.

El editorial, con su pomposa fluidez, aburrió a Kitty. Buscó en el periódico alguna noticia que pudiera interesar a su madre. A la señora Malone le gustaba que alguien le hablara y le leyera en voz alta mientras trabajaba. Noche tras noche, su labor de bordado servía para trabar la conversación de después de la cena en agradable armonía. Una decía algo y daba un par de puntadas; miraba el dibujo, escogía otro color y volvía a dar alguna puntada. A veces el doctor Malone leía poesía en voz alta: Pope, Tennyson. Hoy, a la señora Malone le hubiera gustado que Kitty le hablara. Pero día tras día era más consciente de que tenía problemas con su hija. ¿Por qué? La señora Malone la miró. ¿Qué le

pasaba a su hija?, se preguntó. Lanzó su característico y leve suspiro.

Kitty pasó las grandes páginas. Los corderos tenían lombrices; los turcos querían libertad religiosa; se aproximaban las elecciones generales.

—El señor Gladstone… —comenzó.

La señora Malone había perdido las tijeras. Esto la irritó.

—¿Quién las habrá cogido otra vez?

Kitty se agachó para buscar las tijeras en el suelo. La señora Malone cerró el costurero, después metió la mano entre el almohadón y el armazón del sillón y de allí sacó no solo las tijeras, sino también un cortapapeles de madreperla que llevaba perdido hacía tiempo. El descubrimiento la fastidió. Demostraba que Ellen jamás sacudía debidamente el almohadón.

—Ya las tengo, Kitty —dijo.

Guardaron silencio. Ahora siempre había cierta tensión entre ellas.

—¿Lo has pasado bien en casa de los Robson, Kitty? —le preguntó reanudando su bordado.

Kitty no contestó. Pasó una página.

—Han hecho un experimento —dijo—, un experimento con luz eléctrica. —Leyó en voz alta—: «Se vio que una luz brillante salía bruscamente disparada, procedente de un profundo rayo, a través de las aguas, hacia el peñón. Todo quedó iluminado, como en plena luz del día».

Kitty hizo una pausa. Vio en el sillón de la sala de estar la brillante luz emitida por los buques. Pero se abrió la puerta y entró Hiscock con una nota en una bandeja.

La señora Malone la cogió y la leyó en silencio.

—No hay contestación —dijo luego.

Por el tono de la voz de su madre, Kitty comprendió que algo había ocurrido. Su madre se quedó sentada con la nota en la mano. Hiscock cerró la puerta.

—¡Rose ha muerto! —dijo la señora Malone—. La prima Rose. —Tenía la nota abierta sobre su rodilla—. Es de Edward —añadió.

—¿La prima Rose ha muerto? —preguntó Kitty.

Un momento antes estaba pensando en una brillante luz sobre un peñón rojo. Ahora todo parecía apagado. Hubo un instante de quietud, de silencio. Las lágrimas asomaron a los ojos de su madre.

—Precisamente cuando más la necesitaban sus hijos —dijo clavando la aguja en su bordado.

Comenzó a enrollar muy despacio la tela. Kitty dobló el Times y lo dejó sobre la mesilla, lentamente, para no hacer ruido. Solo había visto una o dos veces a la prima Rose. Kitty se sentía incómoda.

—Dame la libreta de compromisos —dijo por fin su madre.

Kitty se la entregó.

—Tendremos que suspender la cena del lunes —dijo la señora Malone mirando sus citas.

—Y la reunión con los Lathom del miércoles —murmuró Kitty, mirando por encima del hombro de su madre.

—No podemos suspenderlo todo —observó su madre secamente.

Kitty se sintió chasqueada. Pero había que escribir notas. Su madre las dictó y Kitty las copió.

¿Por qué está tan dispuesta a cancelar todos nuestros compromisos?, pensó la señora Malone mirando cómo escribía. ¿Por qué ha dejado de gustarle salir conmigo? Echó una ojeada a las notas que su hija le entregó.

—¿Por qué no te interesas más por las cosas que pasan aquí, Kitty? —le preguntó molesta, dejando las notas a un lado.

—Querida madre… —comenzó Kitty, evitando su habitual discusión.

—Pero ¿qué quieres? —insistió su madre. Había dejado la labor, estaba sentada con la espalda erguida y tenía un aspecto terrible—. Tu padre y yo solo queremos que hagas lo que desees —prosiguió.

—Querida madre… —repitió Kitty.

—Podrías ayudar a tu padre, si es que te aburre ayudarme a mí —dijo su madre—. Hace pocos días tu padre me comentó que nunca vas a verle.

Kitty sabía que su madre se refería a la historia del college que estaba escribiendo. Su padre había sugerido que Kitty podía ayudarle. Kitty volvió a ver la tinta desparramándose —había efectuado un torpe movimiento con el brazo— sobre cinco generaciones de hombres de Oxford, borrando horas y horas de exquisita labor caligráfica de su padre. Y le parecía oírle decir con su habitual ironía cortés: «La naturaleza no te ha dotado precisamente para ser universitaria, hija mía», mientras aplicaba el papel secante.

—Es verdad, no he ido a ver a padre últimamente —dijo Kitty con cierto sentimiento de culpa—. Pero es que siempre hay algo…

Kitty dudó.

—Es natural —repuso su madre—, en el caso de un hombre con la posición de tu padre…

Kitty guardó silencio. Ambas guardaron silencio. A las dos les desagradaba aquella mezquina discusión. Detestaban aquellas reiteradas escenas. Y, sin embargo, parecían inevitables. Kitty se levantó, cogió las cartas que había escrito y las dejó en el vestíbulo.

¿Qué quiere Kitty?, se preguntó la señora Malone mirando el retrato sin verlo. Cuando yo tenía su edad…, pensó, y sonrió. Qué bien recordaba estar sentada en casa en una noche de primavera como aquella, en Yorkshire, alejada de cualquier sitio. Se podía oír el ruido de los cascos de un caballo golpeando la carretera a kilómetros de distancia. Recordaba haber abierto la ventana de su dormitorio y mirar abajo, a los negros arbustos del jardín, y gritar: «¿Es esto la vida?». Y en invierno estaba la nieve. Todavía oía la nieve al desplomarse de las ramas de los árboles del jardín. Y ahí estaba Kitty, viviendo en Oxford, en el centro de todo.

Kitty regresó a la sala de estar y dio un pequeño bostezo. Se llevó la mano a la cara, en un inconsciente ademán de fatiga que conmovió a su madre.

—¿Cansada, Kitty? Ha sido un día duro. Estás pálida.

—También usted parece fatigada.

Sonaron las campanas una tras otra, empujándose, una encima de la otra, a través del aire húmedo, pesado.

—Acuéstate, Kitty —dijo la señora Malone—. ¡Escucha! Están tocando las diez.

—¿Y usted no se acuesta, madre? —preguntó Kitty, de pie junto a la silla de su madre.

—Tu padre todavía tardará un poco —respondió la señora Malone, volviéndose a poner las gafas.

Kitty sabía que era inútil intentar persuadir a su madre. Aquello formaba parte del misterioso ritual de las vidas de sus padres. Kitty se inclinó y dio a su madre un pequeño y formal beso, que era la única muestra de afecto que se daban exteriormente. Aunque se querían mucho; aunque siempre se peleaban.

—Buenas noches y que duermas bien —dijo la señora Malone—. No me gusta verte decaída —añadió rodeando a su hija con el brazo, solo por esa vez.

Cuando Kitty se marchó, la señora Malone se quedó sentada, quieta. Rose ha muerto, pensó; Rose, que tenía aproximadamente su misma edad. Volvió a leer la nota. Era de Edward. Y Edward, meditó, está enamorado de Kitty, pero

no sé si me gustaría que Kitty se casara con él, pensó cogiendo la aguja. No, con Edward no… Estaba el joven lord Lasswade… Ese sería un bonito matrimonio. Y no es que quiera que Kitty sea rica, y tampoco es que me importe el rango social, pensó mientras clavaba la aguja. No, pero lord Lasswade podría darle a Kitty lo que desea… ¿Y qué era eso? Libertad, decidió comenzando a dar puntadas. De nuevo sus pensamientos volvieron a Rose. Rose había muerto. Rose, que tenía su misma edad más o menos. Seguramente aquella fue la primera vez que la pidieron en matrimonio, pensó, aquel día que fuimos de merienda al campo. Era un día de primavera. Estaban sentados en el césped. Le pareció ver a Rose, que llevaba un sombrero negro con una pluma de gallo sobre su brillante cabello pelirrojo. Todavía la veía sonrojándose, extremadamente hermosa, cuando Abel llegó a caballo, ante la gran sorpresa de todos —estaba destinado en Scarborough—, el día que celebraron la merienda en el campo.

La casa de Abercorn Terrace estaba muy oscura. Olía intensamente a flores primaverales. Desde hacía días las coronas de flores se amontonaban, una encima de la otra, en la mesa del vestíbulo. En la penumbra —todas las persianas estaban cerradas— las flores resplandecían; y en el vestíbulo se respiraba la amorosa densidad de un invernadero. Las coronas iban llegando, una tras otra. Había lirios con anchas barras doradas, otros de garganta moteada y pegajosos de miel, tulipanes blancos, lilas blancas, flores de muchas clases, algunas con pétalos gruesos como de terciopelo, otras transparentes, delgadas como el papel; pero todas blancas y apretujadas, cabeza con cabeza, en círculos, en óvalos, en cruces, de modo que apenas parecían flores. Sujetas a ellas había tarjetas ribeteadas de negro: «Con profundo sentimiento, el mayor Brand y señora», «Con el afecto y el dolor del general Elkin y señora», «Para la muy querida Rose, de Susan». Cada tarjeta llevaba unas pocas palabras escritas.

Incluso ahora, con el coche fúnebre ya en la puerta, sonó la campanilla. Un mozo de recados trajo más lirios. En el vestíbulo se quitó la gorra, ya que unos hombres descendían trabajosamente la escalera transportando el féretro. Rose, vestida de negro intenso, empujada por su niñera, se adelantó y puso un ramillete de violetas sobre el ataúd. Pero el ramillete resbaló cuando el ataúd se balanceó al descender por los brillantes peldaños iluminados por el sol sobre los inclinados hombros de los hombres de Whiteley. La familia iba detrás del féretro.

El día era inestable, con sombras fugaces y bruscas apariciones de unos rayos de sol. El entierro comenzó al paso. Delia subió al segundo coche, con Milly y Edward, y advirtió que las casas de enfrente tenían las ventanas cerradas en muestra de condolencia, pero una criada asomó la cabeza. Los otros parecían no verla; pensaban en su madre. Cuando llegaron a la calle

principal avanzaron más deprisa, ya que el trayecto hasta el cementerio era largo. Por entre las cortinillas del coche, Delia vio perros jugando; un mendigo que cantaba; hombres que se quitaban el sombrero al paso del coche fúnebre. Cuando pasaba el coche en que iba Delia, los sombreros volvían a cubrir ya sus cabezas. Los hombres caminaban con aire diligente y despreocupado por las aceras. En las tiendas reinaba la alegría de las ropas de primavera; las mujeres se detenían y miraban los escaparates. Pero ellos deberían vestir solo de negro durante todo el verano, pensó Delia mirando los pantalones de Edward, negros como el carbón.

Apenas hablaban, o decían breves frases formales, como si ya estuvieran en la ceremonia. En cierta manera, sus relaciones habían cambiado. Los tenían más en cuenta, y eran un poco importantes también, como si la muerte de su madre les hubiera conferido nuevas responsabilidades. Pero los otros sabían cómo comportarse; solo Delia tenía que hacer un esfuerzo. Permanecía ajena, lo mismo que su padre, pensó. Cuando Martin de repente se puso a reír a carcajadas durante el té, y luego se calló con expresión de culpabilidad, Delia pensó: Esto es lo que haría papá, esto es lo que yo debiera hacer, si fuéramos sinceros.

Volvió a mirar por la ventanilla del coche. Otro hombre se quitó el sombrero, un hombre con chaqué, pero Delia no quería permitirse pensar en el señor Parnell hasta que el entierro hubiera terminado.

Por fin llegaron al cementerio. En el momento en que Delia ocupaba el sitio que le correspondía en un grupito detrás del féretro y avanzaba hacia la iglesia, quedó aliviada al percatarse de que estaba dominada por una emoción solemne compartida por todos. Había gente a uno y otro lado de la iglesia, y Delia sintió que la miraban. Entonces comenzó el servicio religioso. Un clérigo, primo de Delia, lo leyó. Las primeras palabras fluyeron con extraordinaria belleza. Delia, de pie detrás de su padre, advirtió que este se erguía y echaba los hombros hacia atrás.

«Yo soy la resurrección y la vida».

Después de estar encerrada durante los últimos días en la casa en penumbra y con olor a flores, estas claras palabras llenaron de gloria a Delia. Experimentaba sinceramente este sentimiento; era algo que se decía a sí misma. Pero luego, mientras el primo James seguía leyendo, algo se evaporó. El sentido quedó oscurecido. La mente de Delia no podía seguir las palabras. Después, en medio de la argumentación, estalló otra oleada de una belleza conocida. «Y se desvaneció repentinamente como el césped, que en la mañana es verde y crece, pero por la noche se corta, se seca y se marchita». Delia experimentaba la belleza de esto. Volvía a ser como música, pero entonces el primo James pareció apresurarse, como si no pudiera comprender del todo lo

que decía. Daba la impresión de pasar de lo conocido a lo desconocido; de lo que creía a lo que no creía; incluso su voz se alteró. El primo James tenía aspecto limpio, almidonado y planchado, como su ropa. Sin embargo, ¿qué quería decir con aquellas palabras? Delia renunció a saberlo. O se entiende o no se entiende, pensó. En este punto los pensamientos de Delia se extraviaron.

Pero no pensaré en él hasta que haya terminado, se dijo, al ver a un hombre alto que estaba a su lado, en un estrado, y se quitaba el sombrero. Fijó la vista en su padre. Vio que se llevaba un gran pañuelo blanco a los ojos y que volvía a metérselo en el bolsillo; después lo sacó de nuevo y se secó los ojos. Entonces la voz calló. Su padre se guardó por fin el pañuelo en el bolsillo. Y una vez más todos se juntaron, el pequeño grupo formado por la familia, detrás del ataúd, y la gente oscura a uno y otro lado se levantó, y les contempló, y les dejó pasar primero, y les siguió.

Fue un alivio sentir de nuevo el soplo de aire suave y húmedo que arrojaba su olor a follaje contra su cara. Pero ahora que se encontraba al aire libre, Delia volvió a fijarse en las cosas. Vio que los negros caballos de los coches fúnebres golpeaban el suelo con sus cascos; los caballos formaban pequeñas depresiones en la grava amarillenta. Recordó haber oído decir que los caballos de los entierros procedían de Bélgica, y que eran muy indómitos. Parecían indómitos, pensó Delia; tenían manchas de espuma en el cuello negro, pero Delia se reprimió. Avanzaron desperdigados, de uno en uno, de dos en dos por un sendero hasta llegar a un montón de tierra amarilla recién excavada, junto a un hoyo. Delia volvió a reparar en que los sepultureros estaban de pie, algo distanciados, rezagados, con sus palas.

Hubo un momento de espera. La gente seguía llegando y cada cual ocupaba su sitio, algunos más arriba, otros más abajo. Se fijó en una mujer desaliñada, con aspecto de pobre, que merodeaba alrededor de los grupos, y Delia se esforzó en recordar si era una antigua criada, pero no consiguió identificarla. Su tío Digby, hermano de su padre, se encontraba exactamente frente a ella, sosteniendo el sombrero de copa alta con las manos, como si de una vasija sagrada se tratara; era la viva imagen del decoro. Algunas mujeres lloraban; pero los hombres no; los hombres habían adoptado una postura; las mujeres otra, observó Delia. Luego todo volvió a comenzar. Una espléndida ráfaga de música les envolvió. «El hombre nacido de mujer». La ceremonia se había renovado; estaban otra vez agrupados, unidos. La familia se acercó un poco más a la fosa y miró fijamente el ataúd, de brillante madera y con asas de bronce, que reposaba en la tierra en espera de ser enterrado para siempre. Parecía demasiado nuevo para que lo enterraran para siempre. Delia miró el fondo de la fosa. Allí yacía su madre, dentro de aquel ataúd; la mujer a la que tanto había amado y odiado. Delia se sintió deslumbrada. Temía desmayarse; pero debía mirar; debía sentir; era la última oportunidad que se le ofrecía.

Cayó tierra sobre el ataúd; tres guijarros golpearon la dura y brillante superficie; y mientras caían, Delia se sintió poseída por una sensación de algo imperecedero; de vida mezclándose con muerte, de muerte transformándose en vida. Pues mientras miraba oyó a los gorriones que piaban más y más deprisa; oyó ruedas a lo lejos que traqueteaban cada vez más fuerte; la vida se hizo más y más próxima…

La voz dijo: «Te damos gracias de corazón porque te has complacido en sacar a nuestra hermana de las miserias de este mundo de pecado…».

¡Qué mentira!, gritó Delia en su fuero interno. ¡Qué condenada mentira! Le habían quitado el único sentimiento sincero, le habían destrozado su único momento de comprensión.

Alzó la vista. Vio a Morris y a Eleanor juntos; pero sus caras eran borrosas; los dos tenían la nariz colorada y mojada por resbaladizas lágrimas. En cuanto a su padre, estaba tan serio y rígido que le inspiró un convulsivo deseo de reír. Nadie puede sentirse así, pensó. Papá está exagerando. Ninguno de nosotros sentimos nada, pensó. Todos fingimos.

Después hubo un movimiento general; el intento de concentración había terminado. La gente se fue por diversos caminos; ahora no había intención alguna de marchar en procesión; se formaron pequeños grupos; la gente se estrechaba la mano un poco furtivamente, entre las tumbas, e incluso sonreía.

—¡Le agradezco mucho que haya venido! —dijo Edward estrechando la mano de sir James Graham, que le dio una palmadita en el hombro.

¿Debía acercarse también y darle las gracias? Las tumbas lo dificultaban. Aquello se estaba convirtiendo en una recatada y modosa reunión matutina entre tumbas. Delia dudó. No sabía qué debía hacer a continuación. Su padre se había alejado. Los sepultureros se habían adelantado; ahora apilaban las coronas de flores, ordenadas una encima de la otra; y aquella mujer que antes merodeaba se había acercado a ellos, y se inclinaba para leer los nombres en las tarjetas. La ceremonia había terminado. Llovía.

1891

El viento de otoño soplaba sobre Inglaterra. Retorcía las hojas de los árboles, que caían vacilantes al suelo, manchadas de rojo y de amarillo, o bien las hacía volar trazando amplias curvas antes de posarse en el suelo. En las ciudades, donde las ráfagas llegaban doblando las esquinas, hacía saltar un sombrero aquí; allí levantaba un velo por encima de la cabeza de una mujer. El dinero circulaba deprisa. Las calles estaban atestadas. En los inclinados

escritorios de las oficinas cercanas a Saint Paul, los oficinistas detenían la mano con la pluma sobre las páginas rayadas. Era difícil trabajar después de las vacaciones. Margate, Eastbourne y Brighton les había bronceado y tostado. Los gorriones y los estorninos, con su discordante parloteo alrededor de los aleros de Saint Martin, blanqueaban las cabezas de las esbeltas estatuas que sostenían varas y rollos de papel en Parliament Square. Soplando detrás del transbordador, el viento alzaba las aguas del Canal, estremecía los racimos de uvas en la Provenza y obligaba al perezoso joven pescador, que yacía boca arriba en su barca en el Mediterráneo, a rodar hacia un lado y agarrarse a un cable.

Pero en Inglaterra, en el norte, hacia frío. Kitty, lady Lasswade, sentada en la terraza, al lado de su marido y su perro spaniel, se arrebujó en el chal que llevaba sobre los hombros. Miraba la cumbre de la colina, donde el viejo conde había levantado un monumento en forma de apagavelas que guiaba a los buques en el mar. Había niebla en el bosque. Cerca, las damas de piedra de la terraza tenían flores escarlata en sus urnas. Un leve humo azul flotaba sobre las llameantes dalias de los largos parterres que bajaban hasta el río.

—Quemando malas hierbas —dijo Kitty en voz alta.

Entonces se oyó un golpe en la ventana, y el pequeño hijo de Kitty, con un vestido de color rosa, apareció a paso vacilante, con su caballo moteado en la mano.

En Devonshire, donde las rojas y redondeadas colinas y los inclinados valles atesoraban el aire del mar, todavía había muchas hojas en las copas de los árboles. Demasiadas, dijo Hugh Gibbs durante el desayuno. Demasiadas para cazar, dijo, y Milly, su esposa, le dejó para que fuera a su reunión. Con el cesto al brazo, Milly descendió por el bien cuidado y singular pavimento, con el balanceo propio de las mujeres embarazadas. Allí, en el muro del huerto, pendían las peras amarillas, tan hinchadas que levantaban las hojas que las cubrían. Pero las avispas las habían atacado y tenían la piel rota. Con la mano en la fruta, Milly se quedó quieta. Pop, pop, pop, oyó en el lejano bosque. Alguien estaba disparando.

El humo formaba velos sobre las cúpulas y las agujas de las ciudades universitarias. Aquí amordazaba a una gárgola; allí se pegaba a los pelados muros amarillentos. Edward, que estaba dando un enérgico y sano paseo, reparó en el olor, el sonido y el color, lo cual le hizo pensar en la complejidad de las sensaciones; pocos son los poetas que las condensan en la medida suficiente; pero forzosamente ha de haber algún verso, en latín o en griego, pensaba Edward, que resuma el contraste, cuando la señora Lathom pasó a su lado y él levantó su sombrero.

En los edificios de los tribunales de justicia, las hojas yacían secas y

angulosas sobre las losas. Morris, recordando su infancia, arrastraba los pies entre las hojas camino de su despacho, y estas se esparcían y quedaban erguidas en los albañales. En los jardines de Kensington nadie las había pisado aún, y los niños, aplastando conchas al correr, cogían un puñado, y reemprendían su carrera a través de la niebla, por las avenidas, con sus aros.

Pasando veloz sobre las colinas, en el campo, el viento empujaba grandes discos de sombra que luego se desvanecían dando paso al verde. Pero en Londres las calles estrechaban las nubes; en el East End, junto al río, la niebla era densa, y hacía que las voces de los hombres que gritaban «Compro hierros viejos, compro hierros viejos» sonaran distantes; en los suburbios, los organillos parecían tocar con sordina. El viento soplaba el humo —pues en todos los patios traseros, en el ángulo formado por el muro cubierto de hiedra que aún protegía unos cuantos geranios, se amontonaban las hojas y las llamas de largos colmillos las devoraban— hasta la calle, hasta las ventanas de las salas de estar, abiertas por la mañana. Ya que corría el mes de octubre, el nacimiento del año.

Eleanor estaba sentada al escritorio, con la pluma en la mano. Es terriblemente extraño, pensó, tocando con la punta de la pluma la hirsuta zona corroída por la tinta del lomo de la morsa de Martin, que esto haya durado tantos años. Aquel sólido objeto bien podía sobrevivirlos a todos. Y aunque Eleanor lo tirara, seguramente sobreviviría de una manera u otra. Pero no lo había tirado porque formaba parte de otras cosas, de su madre, por ejemplo… Dibujó en el papel secante; una mancha de la que surgían líneas a modo de rayos. Entonces Eleanor alzó la vista. Quemaban malas hierbas en el jardín trasero; había una corriente de humo; un olor penetrante y acre; y caían las hojas. En la calle sonaba un organillo. «Sur le pont d’Avignon», tarareó Eleanor siguiendo la música. ¿Cómo era la canción que cantaba Pippy cuando les limpiaba las orejas con un trozo de franela húmedo y resbaladizo?

«Ron, ron, ron, et plon, plon, plon», canturreó. Entonces la música cesó. El organillo se había alejado. Eleanor mojó la pluma en la tinta.

—Tres por ocho —murmuró—, veinticuatro —dijo con decisión.

Escribió la cifra en la parte baja de la página, juntó los libritos rojos y azules y los llevó al estudio de su padre.

—Aquí viene la administradora de la casa —dijo su padre con buen humor cuando entró Eleanor.

Estaba sentado en su sillón de cuero, leyendo un periódico de finanzas de color rosado.

—Aquí viene la administradora de la casa —repitió, mirando por encima de las gafas.

Cada vez se volvía más y más lento, se dijo Eleanor; y ella tenía prisa. Pero se llevaban extraordinariamente bien; eran casi como hermano y hermana. El coronel dejó el periódico y fue al escritorio.

Pero me gustaría que te dieras prisa, papá, pensó Eleanor mientras contemplaba los pausados movimientos con los que abría la cerradura del cajón donde guardaba su talonario de cheques, ya que de lo contrario voy a llegar tarde.

—La leche es muy cara —dijo él golpeando el libro con la pluma dorada.

—Sí. Y los huevos, en octubre —repuso Eleanor.

Mientras su padre extendía el cheque con sumo cuidado, Eleanor echó una ojeada alrededor de la estancia. Parecía una oficina, con sus archivos y sus cajones de documentos notariales, salvo por las representaciones de caballos que colgaban junto al hogar, y también por la copa de plata que su padre había ganado jugando al polo. ¿Se quedaría sentado allí toda la mañana, leyendo periódicos de finanzas y meditando sus inversiones?, se preguntó Eleanor. Su padre dejó de escribir.

—¿Y adónde vas ahora? —preguntó con su sonrisita astuta.

—A un comité —respondió ella.

—Un comité —repitió el coronel mientras estampaba su firma pesada y segura, y añadió—: Bueno, pues levántate y habla por ti misma. No te quedes sentada, Nell.

Y acto seguido, el coronel apuntó una cifra en un libro de contabilidad.

—¿Me acompañará esta tarde, padre? Se trata del caso de Morris, ya sabe, en el juzgado —le preguntó Eleanor justo cuando terminaba de escribir el número.

—No —dijo, y negó con la cabeza—, he de estar en la City a las tres.

—Bueno, en ese caso nos veremos durante la almuerzo —dijo Eleanor haciendo ademán de salir.

Pero el coronel levantó la mano. Quería decir algo, aunque dudaba. Se le estaba poniendo la cara un tanto carnosa y pesada, advirtió Eleanor; tenía venillas en la nariz; se estaba poniendo demasiado rubicundo y corpulento.

—Estaba pensando en ir a visitar a los Digby —dijo por fin.

El coronel se levantó y anduvo hasta la ventana. Miró el jardín trasero. Eleanor entrelazó nerviosamente los dedos.

—¡Hay que ver cómo caen las hojas! —exclamó el coronel.

—Sí, están quemando malas hierbas.

El coronel se quedó mirando el humo un instante.

—Quemando malas hierbas —repitió, y se calló, pero luego dijo lo que se había propuesto decir—: Es el cumpleaños de Maggie. Había pensado hacerle un regalito.

Guardó silencio. Eleanor comprendió que su padre quería que ella se encargara de comprar el regalo en cuestión.

—¿Qué quiere regalarle? —preguntó.

—Bueno —repuso el coronel, indeciso—, algo bonito, ya sabes… Algo que pueda ponerse.

Eleanor reflexionó. Maggie, su pequeña prima, ¿qué edad tenía, siete u ocho años?

—¿Una gargantilla, un broche? ¿Algo así? —preguntó apresuradamente.

—Sí, algo así —contestó su padre volviéndose a sentar en el sillón—. Algo lindo, algo que pueda ponerse, ya sabes.

Abrió el periódico y le hizo una breve seña con la cabeza.

—Muchas gracias, querida —le dijo mientras ella salía de la habitación.

En la mesa del vestíbulo, entre una bandeja de plata rebosante de tarjetas de visita —algunas con la punta doblada, unas grandes, otras pequeñas— y un trozo de terciopelo púrpura que le servía al coronel para limpiar su sombrero de copa, reposaba un delgado sobre extranjero, con la palabra «Inglaterra» escrita en letras grandes en un ángulo. Eleanor, con prisas, después de bajar corriendo la escalera, cogió el sobre y lo metió en el bolso, sin detenerse. Bajó la calle apresurada, trotando con un peculiar balanceo. Se detuvo en la esquina y miró con ansiedad la calzada. Entre el tráfico distinguió una forma grande; afortunadamente, era amarilla; ahí llegaba su ómnibus. Lo llamó y subió a él. Suspiró aliviada mientras se acomodaba. Ahora la responsabilidad quedaba en manos de quien llevaba el ómnibus. Se relajó; respiró el suave aire de Londres; escuchó con placer el sordo murmullo londinense. Miró a lo largo de la calle, y disfrutó con la visión de cabriolés, carros y carruajes, todos trotando en cumplimiento de un propósito. Le gustaba regresar en octubre a la plena actividad de la vida, después del verano. Había estado en Devonshire, en casa de los Gibbs. Ha salido muy bien, pensó refiriéndose al matrimonio de su hermana con Hugh Gibbs, al recordar a Milly y sus hijos pequeños. Y Hugh… Eleanor sonrió. Cabalgaba de un lado para otro en un gran caballo blanco dispersando camadas. Pero hay demasiados árboles y vacas, y demasiadas colinas en vez de una sola gran montaña, pensó. Devonshire no le gustaba. Se alegraba de estar otra vez en Londres, en lo alto de un ómnibus amarillo, con

el bolso rebosante de papeles, cuando todo comenzaba de nuevo, en octubre. Habían dejado atrás el barrio residencial; las casas estaban cambiando; se convertían en tiendas. Este era el mundo de Eleanor; aquí estaba en su elemento. La gente atestaba las calles; un enjambre de mujeres entraban y salían de las tiendas con sus cestas de la compra. Tenía algo de acostumbrado, rítmico, pensó, como las cornejas que sobrevuelan un campo, alzándose y descendiendo.

También ella iba a trabajar, y movió hacia un lado el reloj de pulsera, sin mirarlo. Después del comité, Duffus; después de Duffus, Dickson. Después el almuerzo; y el juzgado…, luego el almuerzo y el tribunal a las dos y media, repitió. El ómnibus avanzaba traqueteando por Bayswater Road. Las calles eran cada vez más pobres.

Quizá no hubiera debido encomendar el trabajo a Duffus, se dijo, pensando en Peter Street, donde Eleanor había construido casas; el tejado volvía a tener goteras; el fregadero olía mal. Pero entonces el ómnibus se detuvo; la gente bajó y subió. El ómnibus volvió a ponerse en marcha. Sin embargo, es mejor dar el trabajo a un hombre que no sea importante, pensó Eleanor, mirando los amplios escaparates de una tienda enorme, en vez de recurrir a una de esas grandes firmas. Siempre había pequeñas tiendas al lado de las grandes. Esto intrigaba a Eleanor. ¿Cómo se las arreglaban las tiendas pequeñas para ganar dinero?, se preguntó. Pero Duffus, comenzó Eleanor, y en ese momento el ómnibus se detuvo; Eleanor alzó la vista; se levantó…

«Si Duffus piensa que puede intimidarme —dijo mientras bajaba la escalera—, verá que está equivocado».

A paso rápido, por el sendero de ceniza, se dirigió al barracón de hierro galvanizado donde se celebraba la reunión. Llegaba tarde; ya estaban allí. Era la primera reunión a la que acudía después de las vacaciones, y todos le sonrieron. Judd incluso se quitó el palillo que tenía entre los dientes, una muestra de consideración que halagó a Eleanor. Aquí estamos todos otra vez, pensó sentándose en su sitio y dejando los papeles sobre la mesa.

Pero quería decir «ellos», sin incluirse. Ella no existía; ella no era nadie. Allí estaban todos: Brocket, Cufnell, la señorita Sims, Ramsden, el mayor Porter y la señora Lazenby. El mayor predicaba organización; la señorita Sims (antigua operaria de una fábrica) exhalaba condescendencia; la señora Lazenby ofrecía escribir a su primo sir John, lo cual rechazó Judd, el tendero retirado. Eleanor sonrió al tomar asiento. Miriam Parrish leía cartas. Pero por qué te matas de hambre, se preguntó Eleanor mientras escuchaba. Estaba más flaca que nunca.

Miró alrededor de la estancia, mientras se leían las cartas. Se había celebrado un baile. Del techo colgaban guirnaldas de papel rojas y amarillas.

El retrato coloreado de la princesa de Gales tenía adornos de rosas amarillas en los ángulos; una banda verde mar en el pecho, un redondeado perro amarillo en el regazo, y perlas colgando y apiñadas en los hombros. Tenía aire de serenidad, de indiferencia; un extraño comentario acerca de sus divisiones, pensó Eleanor; algo a lo que los Lazenby rendían culto; de lo que la señorita Sims se burlaba despectivamente; a lo que Judd respondía levantando las cejas y hurgándose los dientes. Si hubiera tenido un hijo, le había dicho Judd, lo hubiera mandado a la universidad. Pero Eleanor se centró en sí misma. El mayor Porter se había vuelto hacia ella.

—Señorita Pargiter —le dijo invitándola a participar, pues los dos pertenecían a la misma clase social—, todavía no nos ha dado su opinión.

Eleanor se irguió y dio su opinión. Tenía una opinión, una opinión muy concreta. Se aclaró la garganta y comenzó.

El humo que iba penetrando en Peter Street se había condensado entre la estrechez de las casas hasta formar un delgado velo gris. Pero las casas a uno y otro lado eran claramente visibles. Menos dos, a mitad de la calle, todas eran exactamente iguales, cajones de color gris amarillento, con tejado de pizarra. Allí no ocurría absolutamente nada; unos cuantos niños jugaban en la calle, dos gatos dieron la vuelta a algo en el albañal con sus zarpas. Sin embargo, una mujer asomada a la ventana buscaba aquí y allá, a un lado y otro de la calle, como si escudriñase todos los recovecos para encontrar algo con que alimentarse. Sus ojos, rapaces, codiciosos, como los de un ave de presa, también eran tristes y adormilados, parecían no tener con que saciar su hambre. Nada ocurría, nada en absoluto. Pero, a pesar de ello, la mujer fisgaba arriba y abajo, con su indolente e insatisfecha mirada. Entonces un coche dobló la esquina. La mujer lo miró. Se detuvo ante las casas de enfrente, que, con sus dinteles verdes y su placa con un girasol estampado sobre la puerta, eran diferentes de las otras. Un hombre menudo con gorra de paño se apeó y llamó a la puerta. Le abrió una mujer embarazada. La mujer negó con la cabeza; miró a uno y otro lado de la calle; luego cerró la puerta. El hombre esperó. El caballo aguardaba pacientemente, flojas las riendas y la cabeza inclinada. Otra mujer se asomó a la ventana, tenía la sotabarba blanca y un labio inferior saliente como un alero. Asomadas a la ventana, la una junto a la otra, las dos mujeres contemplaban al hombre. Era patituerto; fumaba. Las mujeres comentaron algo referente al hombre. Paseaba arriba y abajo, como si esperase a alguien. Arrojó el cigarrillo al suelo. Las dos mujeres le observaban. ¿Qué haría el hombre a continuación? ¿Daría de comer a su caballo? Pero he aquí que una mujer alta, con chaqueta y falda de tweed gris, dobló apresuradamente la esquina. Y el hombre se volvió hacia ella y se tocó la gorra con la mano.

—Lamento llegar con retraso —gritó Eleanor.

Duffus se tocó la gorra, esbozando aquella afable sonrisa que siempre gustaba a Eleanor.

—Carece de importancia, señorita Pargiter —contestó.

Eleanor siempre esperaba que Duffus no creyera que ella era una cliente cualquiera.

—Ahora lo veremos —dijo.

Detestaba aquel trabajo, pero era preciso hacerlo.

La señora Toms, inquilina de la planta baja, abrió la puerta.

Oh, Dios mío, pensó Eleanor al ver el delantal abultado, espera otro hijo, después de todo lo que le dije.

Visitaron todas las habitaciones de la casita, seguidos por la señora Toms y la señora Grove. Aquí había una grieta; allí una mancha. Duffus llevaba en la mano una regla con la que golpeaba el yeso. Lo peor de todo, se dijo Eleanor, mientras dejaba que la señora Toms hablara, es que no puedo evitar sentir simpatía por este hombre. En gran parte se debía a su acento galés; era un encantador sinvergüenza. Escurridizo como una anguila, lo sabía; pero cuando hablaba así, con aquella cantilena que a Eleanor le recordaba los valles de Gales… Sin embargo, estafaba a Eleanor en todo. En un tabique había un agujero donde se podía meter el dedo.

—Mire esto, señor Duffus, mire —dijo Eleanor deteniéndose y metiendo el dedo en el orificio.

El señor Duffus lamía un lápiz. A Eleanor le gustaba ir al taller del señor Duffus y verle cogiendo maderas y ladrillos; le gustaban las palabras técnicas que empleaba, sus palabras algo fuertes.

—Ahora iremos arriba —dijo Eleanor.

A Eleanor el señor Duffus le parecía una mosca luchando por salir de un plato. El trato con los pequeños empresarios como Duffus era delicado; podían progresar y ser los Judd del futuro, y mandar a sus hijos a la universidad; por otra parte, podían hundirse y entonces… Duffus tenía esposa y cinco hijos; los había visto en el cuarto, al fondo del taller, jugando con madejas de algodón, en el suelo. Y Eleanor siempre esperaba que la invitasen a entrar… Pero ya estaban en el piso superior, donde la pobre señora Potter yacía enferma. Eleanor llamó a la puerta y gritó con voz alegre:

—¿Podemos entrar?

No hubo contestación. La anciana era sorda como una tapia, así que entraron. La señora Potter, como de costumbre, estaba de brazos cruzados, recostada en un rincón de la cama.

—He venido con el señor Duffus a ver el techo —gritó Eleanor.

La anciana levantó la vista y comenzó a dar manotazos, como un gran simio hirsuto. Les miraba con expresión salvaje y suspicaz.

—El techo, señor Duffus —dijo Eleanor.

Señaló una mancha amarilla en el techo. Aunque la casa había sido construida hacía solo cinco años, todo necesitaba ser reparado. Duffus abrió la ventana y se asomó. La señora Potter agarró la mano de Eleanor, como si sospechara que fueran a hacerle daño.

—Hemos venido a mirar el techo —repitió Eleanor en voz muy alta.

Pero las palabras no sirvieron de nada. La anciana se embarcó en un gimiente lamento; sus palabras se juntaban en un cántico que era mitad queja, mitad maldición. Si el Señor tuviera a bien llamarla a su lado. Todas las noches le pedía que se la llevara. Todos sus hijos habían muerto. La señora Potter comenzó a decir:

—Cuando despierto por la mañana…

Eleanor intentó tranquilizarla.

—Sí, sí, señora Potter.

Pero la señora Potter le tenía las manos firmemente cogidas.

—Le pido que me lleve con Él —prosiguió.

—Son hojas en los canalones de desagüe —dijo el señor Duffus volviendo a asomar la cabeza.

La señora Potter adelantó las manos, nudosas y nervudas como las ásperas raíces de un árbol.

—Y el dolor… —dijo.

—Sí, sí… —replicó Eleanor y, dirigiéndose a Duffus, observó—: Pero aquí hay una gotera. No se trata solo de hojas secas.

Duffus volvió a asomar la cabeza.

—Haremos lo necesario para que esté más cómoda —le gritó Eleanor a la anciana.

Entonces la anciana se entregó a la adulación y la lisonja; se llevó la mano de Eleanor a los labios.

Duffus volvió a meter la cabeza dentro.

—¿Ha encontrado ya el problema? —le preguntó Eleanor secamente.

Duffus apuntaba algo en una libreta. Eleanor ansiaba irse. La señora Potter

le estaba pidiendo que le tocara el hombro. Eleanor lo hizo. La señora Potter todavía le cogía la mano. Había medicamentos en la mesilla; Miriam Parrish iba todas las semanas. ¿Por qué lo hacemos?, se preguntó Eleanor mientras la señora Potter seguía hablando. ¿Por qué la obligamos a vivir?, se preguntó mirando los medicamentos de la mesilla. No podía aguantarlo más. Retiró la mano.

—Adiós, señora Potter —gritó. No era sincera; era cortés—. Le vamos a arreglar el techo —volvió a gritar.

Cerró la puerta. La señora Groves caminaba como una oca delante de ella para enseñarle el fregadero. Detrás de las sucias orejas le colgaban unos mechones de cabello amarillo. Si tuviera que hacer esto todos los días de mi vida, pensó Eleanor mientras les seguía hacia el fregadero, me convertiría en un saco de huesos, como Miriam, con un collar de cuentas… ¿Y para qué sirve esto?, se preguntó inclinándose para olisquear el fregadero.

—Bueno, Duffus —dijo enfrentándose al hombre una vez terminada la inspección, con el hedor del fregadero todavía en la nariz—, ¿qué se propone hacer?

La ira de Eleanor iba en aumento; en gran parte por culpa de Duffus. La había estafado. Pero mientras observaba su menudo cuerpo mal alimentado y la corbata de lazo, que se le había subido hasta rebasar el cuello de la camisa, se sintió incómoda.

Duffus arrastró los pies, se sentía violento; Eleanor se dio cuenta de que iba a perder la paciencia.

—Si usted no puede arreglarlo, iré a otro —dijo secamente.

Había adoptado el tono de la hija del coronel, aquel tono de la clase media alta que tanto detestaba. Vio que Duffus se entristecía. Pero Eleanor, remachando el clavo, añadió:

—Debería estar avergonzado.

Eleanor advirtió que había impresionado a Duffus.

—Adiós —dijo con sequedad.

Eleanor notó que Duffus no le dedicaba su sonrisa zalamera. Pero hay que tratarles con firmeza, de lo contrario te desprecian, pensó mientras la señora Toms la acompañaba hacia la salida, y observó de nuevo la curva que formaba su delantal. Un grupo de chiquillos se había congregado alrededor del jaco de Duffus y lo miraban. Pero ninguno de ellos, advirtió Eleanor, se atrevía a acariciarle la cara.

Iba con retraso. Eleanor echó un vistazo al girasol de la placa de terracota.

Aquel símbolo de su infantil sentir le produjo un amargo regocijo. Había querido que simbolizara flores, campos en el corazón de Londres, pero ahora estaba agrietado. Eleanor se alejó con su característico trote bamboleante. El movimiento parecía romper la desagradable costra; liberarla de la mano de la anciana que aún sentía en su hombro. Eleanor corría, esquivaba. Las mujeres que iban de compras le cortaban el paso. Saltó a la calzada agitando la mano entre carros y caballos. El cobrador la vio, curvó el brazo alrededor de Eleanor y la subió. Había cogido su ómnibus.

Pisó a un hombre que se encontraba en un rincón y se sentó entre dos mujeres entradas en años. Jadeaba levemente; se le estaba soltando el cabello; correr la había sofocado. Echó una ojeada a los demás pasajeros. Todos tenían aspecto de ser gente asentada, entrada en años, como si ya hubieran aclarado todas sus ideas. Por alguna razón, Eleanor siempre tenía la impresión de ser la persona más joven que viajaba en el ómnibus, pero ese día, como había ganado su escaramuza con Judd, tenía la impresión de ser una persona mayor. La fila de casas grises saltaba arriba y abajo ante su vista mientras el ómnibus avanzaba traqueteando por Bayswater Road. Las tiendas se estaban transformando en casas; había unas casas grandes y otras pequeñas; tabernas y casas particulares. Y allí se alzaba la afiligranada aguja de una iglesia. Bajo el suelo había tuberías, alambres, desagües… Los labios de Eleanor comenzaron a moverse. En todas partes hay una taberna, una biblioteca y una iglesia, musitó.

El hombre a quien había pisado Eleanor la examinó; era un tipo de mujer harto conocido; con un bolso; filantrópica; bien alimentada; solterona; virgen como todas las mujeres de su clase, fría; sus pasiones todavía intactas; sin embargo, no dejaba de ser atractiva. La mujer reía… Y he aquí que alzó la mirada y se encontró con la del hombre. Había hablado sola en el ómnibus. Debía quitarse esa costumbre. Debía esperar hasta haberse cepillado los dientes. Pero, afortunadamente, el ómnibus iba a detenerse. Eleanor se apeó deprisa. Comenzó a caminar con rapidez hacia Melrose Terrace. Se sentía fuerte y joven. Después de haber estado en Devonshire, lo veía todo como si fuera la primera vez. Contempló la larga columnata de Abercorn Terrace. Las casas, con sus columnas y jardines delanteros, tenían un aspecto muy respetable. En todas las estancias que daban a la calle le pareció ver el brazo de una doncella moviéndose sobre una mesa, disponiéndola para el almuerzo. En algunos comedores ya se estaban sentando a la mesa; veía a la gente por la abertura en forma de tienda de campaña de las cortinas. Llegaría tarde al almuerzo, pensó Eleanor mientras subía los peldaños e introducía la llave en la cerradura. Entonces, como si fuera otra persona quien hablara, en su mente se formaron una palabras. «Algo bonito, algo que pueda llevar». Se quedó paralizada, con la llave dentro de la cerradura. El cumpleaños de Maggie; el regalo de su padre; se le había olvidado. Permaneció quieta un instante; luego

dio media vuelta y bajó rápidamente los escalones. Debía ir a la tienda de Lamley.

La señora Lamley, que había engordado en el curso de los últimos años, masticaba cordero frío en la trastienda cuando vio a la señorita Eleanor a través de la puerta de vidrio.

—Buenos días, señorita Eleanor —saludó saliendo a su encuentro.

—Algo bonito, algo para llevar —dijo Eleanor jadeando.

La señora Lamley advirtió que Eleanor tenía muy buen aspecto, con la piel morena, después de sus vacaciones.

—Para mi sobrina —dijo Eleanor atropelladamente—, quiero decir, para mi prima. La hija de sir Digby.

La señora Lamley dijo con tono de excusa que sus mercancías eran muy baratas.

Tenía barquitos de juguete, muñecas, relojes de oro de dos peniques… Pero nada lo bastante valioso para ofrecérselo a la hijita de sir Digby. Sin embargo, la señorita Eleanor tenía prisa.

—Esto —dijo Eleanor señalando un montón de collares de cuentas—. Esto es lo que necesito.

Parecía una baratija, pensó la señora Lamley mientras cogía un collar azul con puntos dorados, pero la señorita Eleanor tenía tanta prisa que ni siquiera le permitió envolver el collar en papel castaño.

—Ya llego tarde —dijo, y agitó cordialmente la mano.

Salió corriendo.

La señora Lamley sentía simpatía por Eleanor. Siempre era agradable. Lástima que no se casara; fue un gran error permitir que la hermana más joven se casara antes que la mayor. Pero ahora tenía que cuidar al coronel, muy avejentado ya, pensó la señora Lamley mientras regresaba al cordero en la trastienda.

—La señorita Eleanor llegará de un momento a otro —dijo el coronel cuando Crosby llevó los platos. Déjelos tapados.

El coronel estaba de espaldas a la chimenea, esperando a Eleanor. Sí, pensó, no veo por qué no.

—No veo por qué no —repitió con la vista fija en los platos cubiertos.

Mira había vuelto a entrar en escena; el otro hombre, tal como él había previsto, salió rana. ¿Y qué medidas iba a tomar él respecto a Mira? ¿Qué iba

a hacer? El coronel se dio cuenta de que de buena gana expondría la situación a Eleanor. ¿Por qué no, a fin de cuentas? Ya no es una niña, pensó el coronel; y a él no le gustaba eso de… de ocultar los problemas en un cajón. Pero la idea de contárselo a su propia hija le producía cierta timidez.

—Aquí está —dijo el coronel bruscamente dirigiéndose a Crosby, que esperaba en silencio, a su espalda.

No, no, se dijo el coronel con súbita convicción, justo cuando entraba Eleanor; no puedo hacerlo. Por alguna razón, al ver a Eleanor el coronel se dio cuenta de que no podía decírselo. Y, a fin de cuentas, pensó al advertir las arreboladas mejillas de su hija, su aspecto despreocupado, la chica tiene su propia vida. Un espasmo de celos lo estremeció. Tiene sus propios problemas, concluyó mientras se sentaban.

Eleanor empujó un collar a través de la mesa hacia el coronel.

—¿Qué es esto? —preguntó él mirándolo inexpresivo.

—El regalo para Maggie, padre —contestó ella—. He hecho lo que he podido… Me temo que es un poco de baratillo.

—Sí; está bien —dijo el coronel mirando distraídamente el collar, y luego, apartándolo a un lado, añadió—: Estoy seguro de que le gustará.

Acto seguido, comenzó a cortar el pollo.

Eleanor tenía mucho apetito; aún jadeaba un poco. Se sentía un poco «peonza», como solía decir. ¿Qué era lo que la obligaba a girar sobre sí misma alrededor de las cosas?, se preguntó mientras se servía salsa. ¿Un pivote? Había cambiado de escenario muchas veces aquella mañana; y cada uno exigió sus ajustes; poner esto delante, situar aquello al fondo. Y ahora no sentía nada; solo apetito; se había transformado en una simple comedora de pollo; en blanco. Pero mientras comía la presencia de su padre se impuso. Le gustaba su solidez, sentado ante ella, masticando el pollo metódicamente. ¿Qué habrá estado haciendo mi padre?, se preguntó Eleanor. ¿Vendiendo acciones de una sociedad para comprar acciones de otra? El coronel salió de su ensimismamiento.

—¿Qué ha pasado en la reunión del comité? —preguntó.

Eleanor se lo contó, exagerando su triunfo sobre Judd.

—Eso es lo que hay que hacer —comentó el coronel—. Hay que levantarse y dar la cara. No permitas que te dejen sentada, Nell.

A su manera, el coronel estaba orgulloso de su hija; y a Eleanor le gustaba que estuviera orgulloso de ella. Pero Eleanor no mencionó a Duffus, ni las casitas de Rigby. Al coronel no le gustaba la gente que manejaba el dinero de

forma insensata, y Eleanor no había sacado ni un penique de la inversión: todo se le iba en reparaciones. Eleanor orientó la conversación hacia Morris y su caso en el juzgado. Volvió a mirar el reloj. Su cuñada Celia le había dicho que la esperaba en el juzgado a las tres y media en punto.

—Tendré que darme prisa —dijo.

—Los abogados se las arreglan para demorarlo todo —replicó el coronel —. ¿Quién es el juez?

—Sanders Curry —respondió Eleanor.

—En ese caso, el asunto durará hasta el día del Juicio Final —dijo el coronel—. ¿En qué juzgado está? —preguntó repentinamente.

Eleanor no lo sabía.

—Crosby, por favor… —dijo el coronel.

Mandó a Crosby a buscar el Times. El coronel comenzó a abrir y volver las grandes hojas con sus torpes dedos, mientras Eleanor se comía la tarta. Cuando acabó de servir el café, el coronel ya había averiguado cuál era el juzgado que instruía el caso.

—¿Va a la City, padre? —preguntó Eleanor al dejar la taza.

—Sí. Tengo una reunión —contestó él.

Al coronel le gustaba ir a la City, fuera lo que fuese lo que tuviera que hacer.

—Es curioso que sea Curry quien juzgue el caso —dijo Eleanor mientras se levantaba.

Habían cenado con él no hacía mucho tiempo, en una casa grande y siniestra, cercana a Queen’s Gate.

—¿Se acuerda usted de aquella cena? —preguntó Eleanor ya en pie—. ¿Del viejo mueble de roble?

Curry coleccionaba cómodas de roble.

—Todas falsificadas, supongo —repuso su padre—. No corras —suplicó luego a su hija—. Coge un cabriolé… Si necesitas un poco de dinero suelto… —añadió rebuscando monedas con sus dedos mutilados.

Mientras contemplaba al coronel, Eleanor tuvo la antigua sensación infantil de que los bolsillos de su padre eran como minas de plata sin fondo, de donde salían eternamente monedas de media corona.

—Bueno, nos veremos a la hora del té —dijo cogiendo las monedas.

—No —le recordó su padre—, voy a casa de los Digby.

El coronel cogió el collar con su mano grande y peluda. Parecía una baratija.

—¿Y si lo pusiéramos en una cajita? —sugirió el coronel.

—Crosby, busque una cajita para el collar —dijo Eleanor.

Y Crosby, irradiando súbitamente importancia, se fue corriendo al sótano.

—En tal caso, nos veremos a la hora de la cena —le dijo Eleanor a su padre.

Lo cual significa, pensó Eleanor con alivio, que no estoy obligada a regresar a la hora del té.

—Sí, a la hora de cenar —contestó él.

El coronel tenía en la mano un canuto de papel, que colocó en el extremo del cigarro. Chupó. Del cigarro surgió una nubecilla. A Eleanor le gustaba el olor de los cigarros. Se quedó quieta un instante y lo aspiró.

—Y dale recuerdos a la tía Eugénie —dijo.

El coronel afirmó con la cabeza y dio una chupada al cigarro.

Tomar un coche de alquiler era un lujo que le ahorraba quince minutos. Eleanor se reclinó en un rincón y dejó escapar un leve suspiro de regocijo. Durante unos instantes su mente se quedó en blanco. Disfrutaba de la paz, del silencio y del descanso tras el ajetreo, sentada en un rincón del coche. Se sentía ajena, espectadora, mientras avanzaban al trote. La mañana había sido todo premuras, un montón de cosas que hacer. Ahora, y hasta que llegara al juzgado, podía estar sentada, sin hacer nada. El trayecto era largo, y el caballo se lo tomaba con calma; era un caballo de pelaje rojizo y áspero. Mantuvo su constante trote cansino a lo largo de Bayswater Road. Había muy poco tránsito; la gente todavía comía. Una suave niebla gris borraba las distancias; las campanillas sonaban alegres; las casas quedaban atrás. Eleanor dejó de fijarse en cómo eran las casas ante las que pasaban. Entornó los párpados y entonces, involuntariamente, vio cómo sus manos cogían una carta en la mesa del vestíbulo. ¿Cuándo? Aquella misma mañana. ¿Y qué había hecho con la carta? ¿La habría metido en el bolso? Sí. Allí estaba, sin abrir. Una carta de Martin, desde la India. La leería durante el trayecto. Estaba escrita en un papel muy delgado, con la menuda caligrafía de Martin. Era más larga de lo habitual; hacía referencia a una aventura en compañía de alguien llamado Renton. ¿Quién era Renton? Eleanor no consiguió acordarse. «Salimos al alba», leyó.

Miró por la ventanilla. El tránsito les había detenido en Marble Arch. Del

parque salían carruajes. Un caballo se encabritó, pero el cochero lo dominó.

Siguió leyendo: «Me encontré solo en plena selva».

¿Y qué hacías?, preguntó Eleanor.

Vio a su hermano; su cabello pelirrojo; su cara redonda; y aquella expresión un tanto combativa que siempre le hacía temer que cualquier día se metiera en algún lío. Y así había sucedido, al parecer.

«Me había extraviado; y el sol se ponía», leyó.

«El sol se ponía…», repitió Eleanor, echando una ojeada al frente, a lo largo de Oxford Street. El sol iluminaba los vestidos expuestos en un escaparate. Una selva era un bosque muy denso, suponía Eleanor; formada por arbolitos apiñados; de color verde oscuro. Martin se quedó solo en la selva, y el sol se ponía. ¿Qué ocurrió a continuación? «Pensé que lo mejor era quedarme donde estaba». De modo que Martin se quedó solo entre los árboles, en plena selva; y el sol se estaba poniendo. La calle que tenía enfrente, perdió sus detalles. Seguramente comenzó a hacer frío cuando el sol se puso, pensó Eleanor. Continuó leyendo. Había tenido que encender fuego. «Busqué en los bolsillos y descubrí que solo tenía dos cerillas… La primera cerilla se apagó». Eleanor vio un montón de ramitas secas y a Martin solo, observando cómo se le apagaba la primera cerilla. «Después encendí la otra y, por pura suerte, lo conseguí». El papel comenzó a arder; las ramitas prendieron; y se desplegó un abanico de fuego. Eleanor se saltó palabras, ansiosa por llegar al final… «En cierto momento, creí oír gritos, pero se extinguieron».

—¡Se extinguieron! —dijo Eleanor en voz alta.

Se habían detenido en Chancery Lane. Un policía ayudaba a una anciana a cruzar la calle, pero la calle era una selva.

—Se extinguieron —dijo Eleanor—. ¿Y después qué?

«Trepé a un árbol… Vi la senda…, el sol estaba saliendo… Me habían dado por muerto».

El coche se detuvo. Durante unos instantes Eleanor permaneció inmóvil, sentada. No veía nada, salvo arbolitos apretujados y a su hermano contemplando cómo el sol se alzaba sobre la selva. El sol se alzaba. Unas llamas bailaron por un momento sobre la vasta y fúnebre masa del juzgado. Fue la segunda cerilla la que lo consiguió, se dijo Eleanor mientras pagaba al cochero y entraba.

—¡Por fin has llegado! —gritó una mujer menuda envuelta en pieles que se encontraba junto a una de las puertas—. Pensaba que no vendrías, iba a entrar.

Era una mujer pequeña, con cara de gata, preocupada, pero muy orgullosa de su marido.

Empujaron las puertas batientes y entraron en la sala donde se juzgaba el caso. Al principio les pareció oscura y atestada. Hombres con peluca y toga se levantaban y se sentaban, entraban y salían, como una bandada de pájaros posándose aquí y allá en un campo. Todos parecían extraños. Eleanor no veía a Morris. Miró a su alrededor tratando de encontrarlo.

—Está allí —susurró Celia.

Uno de los abogados que se encontraban en primera fila volvió la cabeza. Era Morris. ¡Pero qué raro estaba con la peluca amarilla! Su mirada pasó sobre ellas sin el menor signo de que las hubiera reconocido. Tampoco Eleanor le sonrió; el solemne y austero ambiente prohibía las manifestaciones personales; había algo litúrgico en el ambiente. Desde su sitio Eleanor podía ver el perfil de Morris; la peluca le cuadraba la frente y le hacía parecer enmarcado, como si se tratara de un cuadro. Eleanor jamás lo había visto tan favorecido; con aquella frente; con aquella nariz. Miró a su alrededor. Todos tenían aspecto de cuadro; todos los abogados tenían aspecto decidido, recortado, como retratos del siglo XVIII colgados en la pared. Seguían levantándose y sentándose, riendo, hablando… De repente, una puerta se abrió de par en par. El ujier pidió silencio ante la llegada de su señoría. Se hizo un silencio; todos se levantaron; y entró el juez. Hizo una reverencia y se sentó en su lugar, debajo del león y el unicornio. Un leve estremecimiento de temor recorrió el cuerpo de Eleanor. Allí estaba el viejo Curry. ¡Pero qué transformado! La última vez que lo había visto estaba sentado a la cabecera de la mesa, durante una cena; una larga y amarilla franja de tela bordada se extendía ondulante a lo largo de la mesa; y el viejo Curry la había llevado, con una vela, a la sala de estar para que viera sus muebles antiguos de roble. Pero ahora, con su toga estaba terrible, autoritario.

Un abogado se había levantado. Eleanor intentó seguir lo que decía aquel hombre de nariz grande, pero le resultaba difícil. De todas maneras, escuchaba. Luego se levantó otro abogado, un hombrecillo pequeño, con el pecho como la pechuga de los pollos y gafas redondas de montura dorada. Leyó un documento, y después también él comenzó a dar argumentaciones. Eleanor comprendía, en parte, lo que ese abogado decía, aun cuando ignoraba qué relación guardaba con el caso. ¿Cuándo hablaría Morris?, se preguntó. Todavía no, al parecer. Como había dicho su padre, los abogados siempre demoraban las cosas. No habría sido necesario almorzar a toda prisa; con el ómnibus hubiera llegado a tiempo. Fijó la vista en Morris. Le decía algo entre risas a un hombre amarillento, sentado a su lado. Esos eran sus amigos, pensó Eleanor; esa era su vida. Recordó la pasión que Morris sentía por el ejercicio de la abogacía cuando era niño. Ella fue quien convenció a su padre; una mañana reunió valor, como si en ello le fuera la vida, y fue al estudio de su

padre… Pero ahora, con la consiguiente emoción de Eleanor, Morris se puso en pie.

Eleanor percibió que su cuñada se envaraba, dominada por el nerviosismo, y agarraba con fuerza su pequeño bolso. Morris parecía muy alto, y muy negro y blanco, cuando inició su intervención. Con una mano agarraba uno de los bordes de la toga. Qué bien conocía ese gesto de Morris, pensó Eleanor, el hábito de coger algo de manera que se viese la blanca cicatriz del corte que se había hecho bañándose. Pero Eleanor no reconoció el otro ademán, la forma de extender el brazo. Ese pertenecía a su vida pública, a su vida en los tribunales. Y su voz era extraña. Pero, de vez en cuando, y a medida que Morris iba encendiéndose durante su discurso, en su voz aparecía un matiz que hacía sonreír a Eleanor; era la voz particular de Morris. Eleanor no pudo evitar volverse levemente hacia su cuñada, como para decirle: ¡Qué propio de Morris! Pero Celia miraba fijamente al frente, a su marido. También Eleanor intentó centrar su atención en las argumentaciones. Morris hablaba con extraordinaria claridad; pronunciaba las palabras con un bello ritmo. De repente el juez le interrumpió:

—¿Debo entender que usted sostiene, señor Pargiter…?

El juez había hablado con tono cortés, pero temible, y Eleanor quedó maravillada al percatarse de cuán rápidamente Morris se calló; y de cuán respetuosamente inclinó la cabeza, mientras el juez hablaba.

¿Sabrá la respuesta?, se preguntó Eleanor, como si Morris fuera un niño, mientras se rebullía inquieta en su asiento, llevada por el temor de que su hermano se viniera abajo. Pero este tenía la contestación a punto. Sin prisas ni vacilaciones, abrió un libro; encontró el lugar; leyó un párrafo, tras lo cual el viejo Curry afirmó con la cabeza y escribió una nota en el gran libro que tenía abierto ante sí. Eleanor se sintió sumamente aliviada.

«¡Qué bien lo ha hecho!», murmuró. Su cuñada afirmó con un movimiento de la cabeza, pero no por ello dejó de agarrar con fuerza el bolso. Eleanor comprendió que podía relajarse. Miró a su alrededor. Había una extraña mezcla de solemnidad y licencia. Los abogados seguían entrando y saliendo. Estaban de pie apoyados en la pared de la sala. A la pálida luz cenital todas las caras tenían el color del pergamino, todas las facciones quedaban recortadas. Habían encendido el gas. Eleanor se fijó en el juez. Ahora estaba reclinado, casi recostado, en su gran sillón labrado, bajo el león y el unicornio, escuchando. Parecía infinitamente triste y sabio, como si las palabras lo hubiesen estado golpeando durante siglos. Entonces abrió sus pesados párpados, arrugó la piel de la frente, y la mano menuda que surgió frágilmente del enorme puño de la toga escribió unas pocas palabras en el gran volumen. Luego volvió a sumirse, con los ojos entornados, en su eterna vigilancia de las

luchas entre desdichados seres humanos. La mente de Eleanor empezó a divagar. Se reclinó contra el respaldo del duro asiento de madera y dejó que la marea del olvido la arrastrara. Varias escenas de lo ocurrido durante la mañana comenzaron a formarse en su mente; como intrusas. Judd en el comité; su padre leyendo el periódico; la anciana agarrándose a su mano; la doncella disponiendo la plata sobre la mesa; Martin encendiendo su segunda cerilla en la selva…

Eleanor se rebulló. El aire era denso; la luz, escasa; y el juez, ahora que la primera oleada de encanto había desaparecido, parecía nervioso, como si hubiera dejado de ser inmune a las flaquezas humanas, y Eleanor recordó, con una sonrisa, qué ingenua había sido en la sórdida casa de Queen's Gate en lo referente a los muebles antiguos de roble. «Esto lo encontré en Whitby», había dicho el juez. Y era falsificado. Eleanor tuvo ganas de reír, de moverse. Se levantó y musitó:

—Me voy.

Su cuñada emitió un murmullo, quizá de protesta. Pero Eleanor cruzó lo más silenciosamente que pudo las puertas batientes y salió a la calle.

La barahúnda, la confusión, la amplitud del Strand le causó una gran sensación de alivio. Sintió que se distendía. Aquí aún había luz del día; un ajetreo, un bullir, un torbellino de vida variopinta avanzó velozmente hacia ella. Era como si algo se hubiese liberado en su interior, en el mundo. Después de su concentración, le pareció que era zarandeada, que había quedado dispersa. Anduvo sin rumbo por el Strand, contemplando con placer el apresurado tránsito; las tiendas rebosantes de relucientes cadenas y de cajas de cuero; las iglesias de fachada blanca; los irregulares y mellados tejados cruzados y vueltos a cruzar por un encaje de alambres. En lo alto estaba el resplandor de un cielo acuoso pero brillante. El viento soplaba en su cara. Aspiró una bocanada de aire fresco y húmedo. Y aquel hombre, pensó Eleanor, recordando la pequeña y oscura sala del juzgado y sus rostros recortados, debe estar sentado allí todo el día, día tras día. Volvió a ver a Sanders Curry, recostado en su gran sillón, con la cara cayéndole en férreos pliegues. Todos los días, todo el día, pensó, interpretando aspectos de la ley. ¿Cómo podía soportarlo Morris? Pero él siempre quiso ser abogado.

Los coches de alquiler, los carros y los ómnibus pasaban en torrente; parecía que le echaran el aire a la cara; salpicaban de barro la acera. La gente se apretujaba y se empujaba, y Eleanor aligeró el paso para caminar a la par de los demás. Tuvo que detenerse, porque un carro giró para entrar en una de las pendientes callejuelas que conducían al río. Alzó la vista y vio las nubes moviéndose entre los tejados, nubes oscuras, preñadas de lluvia; nubes a la deriva, indiferentes. Eleanor siguió adelante.

Una vez más tuvo que detenerse en la entrada de la estación de Charing Cross. Allí se veía una amplia extensión de cielo. Vio una bandada de pájaros volando alto, volando juntos, cruzando el cielo. Los contempló. Volvió a andar. La gente a pie, la gente en coche era succionada como briznas de paja alrededor de los pilares de un puente. Eleanor tuvo que esperar. Junto a ella pasaban coches cargados de cajas.

Envidiaba a aquella gente. Le gustaría ir al extranjero, a Italia, a la India… Entonces tuvo la vaga impresión de que algo estaba ocurriendo. Los muchachos que vendían periódicos se desprendían de ellos con insólita rapidez. Los compradores se los arrancaban de las manos, los abrían y los leían mientras caminaban. Eleanor miró el arrugado cartel atravesado en las piernas de un muchacho. El cartel decía: «Muerto», con grandes letras negras.

Entonces el viento alisó el letrero, y leyó otra palabra: «Parnell».

«Muerto», repitió Eleanor. «Parnell». Por unos instantes se sintió desorientada. ¿Cómo era posible que hubiera muerto Parnell? Compró un periódico. Eso decía…

—¡Parnell ha muerto! —dijo Eleanor en voz alta.

Levantó la vista y de nuevo vio el cielo; las nubes pasaban; miró la calle. Un hombre señalaba la noticia con el dedo índice. Estaba diciendo: «Parnell ha muerto». Se regodeaba. ¿Cómo era posible que Parnell hubiera muerto? Era como si algo se esfumara en el cielo.

Eleanor avanzó lentamente hacia Trafalgar Square con el periódico en la mano. De repente la escena quedó congelada, inmóvil. Un hombre estaba pegado a una columna; un león estaba pegado a un hombre; parecían paralizados, ligados, como si jamás pudieran volver a moverse.

Entró en Trafalgar Square. En algún lugar había pájaros que parloteaban con estridencia. Se detuvo junto a una fuente, y miró la amplia taza rebosante de agua. El agua formaba ondas negras cuando el viento soplaba. En el agua había reflejos, ramas y una pálida franja de cielo. Qué extraño sueño, murmuró, qué sueño… Pero alguien la empujó. Se volvió. Debía visitar a Delia. Delia se había comprometido. Se había comprometido apasionadamente. ¿Qué era lo que decía siempre, saliendo en tromba de la casa, dejándolos a todos por la causa, por aquel hombre? ¿Justicia, libertad? Debía ir a ver a Delia. Esto sería el fin de todos sus sueños. Eleanor se volvió y detuvo un coche de alquiler.

Se inclinó hacia la ventanilla y miró el exterior. Las calles por las que avanzaban eran sumamente pobres, pensó, y además rebosantes de vicio. Allí estaba el vicio, la obscenidad, la realidad de Londres. Era llamativo a la incierta luz del atardecer. Estaban encendiendo las farolas. Los vendedores de

diarios gritaban, Parnell… Parnell. Ha muerto, se dijo Eleanor, todavía consciente de las dos palabras; una de ellas fluyendo en amplias ondas hacia arriba; la otra, paso a paso, ligada a la acera. Pero ya había llegado… Eleanor levantó la mano. Detuvo el coche ante una breve fila de postes en una callejuela. Bajó y se dirigió a la plaza.

Allí el sonido del tránsito sonaba apagado. Había un gran silencio en la plaza. En el atardecer de octubre, mientras caían las hojas, la vieja plaza marchita parecía sórdida, decrépita y dominada por la niebla. Las casas estaban arrendadas a oficinas, a sociedades, a personas cuyos nombres se leían junto a las puertas. El barrio entero le pareció extraño y siniestro. Llegó a la puerta de estilo reina Ana, con su alero profusamente labrado, y tiró de la última campanilla, la que estaba en lo más alto de la fila de seis o siete. Junto a ellas había nombres escritos, en algunos casos solamente en tarjetas de visita. Nadie acudió a la llamada. Eleanor empujó la puerta y entró. Subió la escalera con peldaños de madera y barandilla con adornos tallados, que parecía haber perdido su antigua dignidad. En los profundos alféizares de las ventanas había jarras de leche con la factura debajo. Algunas ventanas tenían el vidrio roto. Ante la puerta de Delia, en el último piso, también había una jarra de leche, pero vacía. La tarjeta de Delia estaba clavada en la puerta con un alfiler. Eleanor llamó con la mano y esperó. No oyó ruido alguno. Giró el pomo de la puerta. Estaba cerrada con llave. Se quedó quieta, aguzando el oído. A un lado se abría un ventanuco que daba a la plaza. Las palomas zureaban en las copas de los árboles. El tránsito zumbaba a lo lejos; apenas oía los gritos de los vendedores de periódicos, muerto…, muerto…, muerto… Las hojas caían. Dio media vuelta y bajó la escalera.

Anduvo por las calles. Los niños habían trazado con tiza recuadros en las aceras; las mujeres se asomaban a las ventanas altas, barriendo la calle con mirada rapaz e insatisfecha. Se alquilaban habitaciones. Solo a caballeros solteros. En las puertas había anuncios que decían «Apartamentos amueblados» o «Cama y desayuno». Eleanor intentó adivinar la clase de vida que se desarrollaba detrás de aquellas gruesas cortinas amarillas. Este era el ambiente en que vivía su hermana, pensó al doblar una esquina; debía de regresar a menudo sola y de noche. Después Eleanor volvió a la plaza y de nuevo llamó a la puerta. Pero dentro no se oía nada. Se quedó unos instantes inmóvil, contemplando cómo caían las hojas. Le llegaban los gritos de los vendedores de periódicos, y el zureo de las palomas en las copas de los árboles. Toma dos zureos, zum, zum; toma dos zureos, zum zum; to… Entonces cayó una hoja.

El tránsito en Charing Cross aumentaba a medida que el ocaso avanzaba. Las puertas de la estación engullían a gente a pie, a gente en coche. Los hombres avanzaban balanceándose a grandes zancadas, como si en la estación

hubiera un demonio que se enfureciera si lo hacían esperar. Pero aun así se detenían para arrancar un periódico de las manos del vendedor. Las nubes, separándose y amontonándose, daban paso a la luz y luego la velaban. El barro, ahora castaño oscuro, ahora dorado líquido, saltaba y salpicaba al paso de las ruedas y los cascos de los caballos, y en la barahúnda y el zumbido general el agudo parloteo de los pájaros en los aleros quedaba acallado. Los coches de caballos cascabeleaban y pasaban; cascabeleaban y pasaban. Por fin, entre los tintineantes coches de alquiler llegó uno en cuyo interior se sentaba un corpulento hombre de cara rubicunda que sostenía una flor envuelta en papel de seda: el coronel.

—¡Eh! —gritó el coronel cuando el coche pasaba el portalón.

Y por la ventana del techo del carruaje sacó una mano. El coronel se asomó y le arrojaron un periódico.

—¡Parnell! —exclamó mientras rebuscaba las gafas—. ¡Ha muerto, vive Dios!

El coche prosiguió avanzando al trote. El coronel leyó la noticia dos o tres veces. Ha muerto, dijo mientras se quitaba las gafas. Un estremecimiento de algo parecido al alivio, de algo que comportaba cierto matiz de triunfo recorrió el cuerpo del coronel mientras volvía a reclinarse en un rincón del coche. Bien, se dijo, ha muerto, ese aventurero sin escrúpulos, ese agitador culpable de todos nuestros males, ese hombre… Entonces, en el fuero interno del coronel se formó cierto sentimiento relacionado con su hija; no podía decir con exactitud de qué se trataba, pero aquello le obligó a fruncir el entrecejo. De todas maneras, ahora está muerto, pensó. ¿Cómo había muerto? ¿Se habría suicidado? No le sorprendería… De todas maneras, estaba muerto y con ello quedaba el asunto zanjado. Estaba sentado con el periódico estrujado en una mano y la flor envuelta en papel de seda en la otra, mientras el coche pasaba por Whitehall… A Parnell se le podía respetar, pensó el coronel cuando el coche pasaba ante la Cámara de los Comunes, lo cual era más de lo que cabía decir de otros individuos… Y se habían dicho muchas tonterías en lo referente a su divorcio. Miró afuera. El coche se acercaba a cierta calle donde el coronel solía detenerse y mirar a su alrededor años atrás. Volvió la cabeza y echó un vistazo a una calle que se abría a su derecha. Ahora bien, un hombre con vida pública no puede permitirse el lujo de hacer cosas así, pensó. Hizo una leve afirmación con la cabeza cuando el coche dejó atrás la calle. Y ahora Mira me ha escrito pidiéndome dinero, se dijo. El otro individuo salió rana, él sabía que ocurriría eso. Mira había perdido toda su belleza, pensaba el coronel; había engordado mucho. En fin, podía ser generoso. El coronel se puso las gafas y leyó las noticias financieras.

No cambia las cosas, la muerte de Parnell, en este momento, pensó el

coronel. Si Parnell viviera, el escándalo se habría acallado. Levantó la vista. Como de costumbre, el coche iba a tomar el camino más largo.

—¡A la izquierda! ¡A la izquierda! —gritó el coronel cuando el cochero, como siempre hacían todos, giraba por donde no debía.

En el sótano un tanto oscuro de la casa de Browne Street el criado italiano leía el periódico, en mangas de camisa, cuando la doncella entró bailando y con un sombrero.

—¡Mira qué me ha regalado la señora! —gritó la doncella.

Para disculparse del lamentable estado en que había quedado la sala de estar, lady Pargiter le había regalado un sombrero.

—¿Verdad que estoy elegante? —preguntó deteniéndose ante el espejo con el gran sombrero italiano, que parecía de vidrio labrado, inclinado a un lado de la cabeza.

Y Antonio tuvo que abandonar el periódico y pasar los brazos por la cintura de la doncella, obligado solamente por la galantería, ya que la muchacha no era una belleza y sus gestos solo parodiaban aquellos que Antonio recordaba de los pueblecitos de las colinas de la Toscana. Pero un coche de alquiler se había detenido ante la verja; dos piernas permanecían impasibles allí, y Antonio tuvo que soltar a la doncella, ponerse la chaqueta, subir la escalera y acudir a la llamada de la campanilla.

El criado se lo toma con calma, pensó el coronel mientras esperaba ante la puerta. La impresión de la muerte había quedado ya casi diluida, aunque todavía rondaba el cuerpo del coronel, sin impedirle pensar, mientras esperaba, que los dueños de la casa habían remozado los ladrillos. ¿Y de dónde habían sacado el dinero, con los gastos de la educación de tres muchachos, y con las dos hijas pequeñas? Eugénie era una mujer inteligente, desde luego, pero él hubiera preferido que tuviera una camarera en vez de aquellos palurdos italianos que parecían pasarse la vida comiendo macarrones. Entonces se abrió la puerta y, mientras subía la escalera, al coronel le pareció oír, procedente de un lugar indeterminado, una fuerte carcajada.

La sala de estar de Eugénie le gustaba, pensó mientras esperaba. Estaba desordenada. En el suelo había abundantes virutas de algo que estaban desembalando. Habían estado en Italia, recordó el coronel. Sobre la mesa había un espejo. Probablemente era uno de los objetos que Eugénie había adquirido en Italia; el tipo de cosas que se solía comprar allí; un espejo antiguo, cubierto de manchas. El coronel se enderezó el nudo de la corbata ante él.

Pero prefería un espejo donde uno pudiera verse bien, pensó mientras se

volvía. El piano estaba abierto; y una taza de té —el coronel sonrió— medio llena, como de costumbre; y aquí y allá había ramas por toda la estancia, ramas con marchitas hojas rojas y verdes. A Eugénie le gustaban las flores. El coronel se alegraba de haberse acordado de llevarle el obsequio habitual. Levantó la flor envuelta en papel de seda. Pero ¿por qué había tanto humo en la sala? Un soplo de viento barrió la estancia. Las dos ventanas del fondo estaban abiertas, y entraba el humo procedente del jardín. ¿Estarían quemando hojas?, se preguntó el coronel. Se acercó a la ventana y miró el exterior. Sí, así era, Eugénie y las dos pequeñas. Había una hoguera. Mientras el coronel miraba, Magdalena, la favorita del coronel, arrojó a la hoguera una brazada de hojas secas. Las arrojó todo lo alto que pudo, y las llamas se alzaron más. Un gran abanico de llamas rojas saltó hacia arriba.

—¡Eso es peligroso! —gritó el coronel.

Eugénie alejó a las niñas de la hoguera. Ellas bailaban emocionadas. La otra chica, Sara, pasó por debajo del brazo de su madre, cogió otra brazada de hojas secas y las arrojó al fuego. Un gran abanico de llamas rojas saltó hacia arriba. Entonces salió el criado italiano y dijo el nombre del coronel. Este dio un golpecito en la ventana. Eugénie se volvió y le vio. Contuvo a las niñas con un brazo y saludó con el otro.

—¡Quédate donde estás! ¡Ahora vamos! —gritó.

Una nube de humo le dio en plena cara al coronel; de sus ojos saltaron lágrimas; dio media vuelta y se sentó en el sillón junto al sofá. Casi al instante llegó Eugénie y se dirigió corriendo hacia el coronel, con las dos manos extendidas al frente. El coronel se puso en pie y cogió las manos de Eugénie.

—Hemos encendido una hoguera —dijo ella. Sus ojos resplandecían, y el peinado se le deshacía en bucles—. Por eso voy tan desaliñada —añadió llevándose una mano a la cabeza.

Iba desaliñada, realmente, pero estaba sumamente hermosa, pensó Abel. Una mujer bella y grande, que había engordado, como advirtió el coronel al estrecharle la mano, aunque le sentaba bien. Abel admiraba ese tipo de mujer, más que el de la linda inglesa rosada y blanca. La carne la cubría como cálida cera amarilla; tenía los ojos grandes y negros, como algunas extranjeras; y una leve curva en la nariz. Abel le entregó la camelia, su obsequio habitual. Eugénie soltó una corta exclamación mientras quitaba el papel de seda que envolvía la flor y se sentaba.

—¡Cuánto te lo agradezco! —dijo.

Sostuvo la flor ante sí unos instantes, y luego hizo lo que el coronel le había visto hacer a menudo con una flor, se puso el tallo entre los labios. Sus gestos encantaron al coronel como siempre.

—¿Has encendido una hoguera para celebrar el cumpleaños? —preguntó él—. No, no, no… —protestó—. No quiero té.

Eugénie había cogido su taza y sorbido el té frío que quedaba. Mientras el coronel la contemplaba, le vino a la memoria un recuerdo de Oriente; en los países cálidos, las mujeres se sentaban de aquel modo en la puerta, al sol. Pero aquí hacía mucho frío, con la ventana abierta y el humo penetrando en la sala. Todavía llevaba el periódico en la mano; lo dejó sobre la mesa.

—¿Ya sabes la noticia? —preguntó.

Eugénie dejó la taza y abrió un poco sus grandes ojos negros. Parecían contener inmensas reservas de emoción. Mientras aguardaba a que el coronel hablara, levantó una mano en ademán de expectación.

—Parnell —dijo Abel, lacónico—. Ha muerto.

—¿Muerto? —repitió Eugénie como un eco. Y dejó caer la mano dramáticamente.

—Sí. En Brighton. Ayer.

—¡Parnell ha muerto! —repitió Eugénie.

—Eso dicen —agregó el coronel.

La emoción de Eugénie siempre le hacía sentirse más realista y objetivo, pero le gustaba. Eugénie cogió el periódico.

—¡Pobre! —exclamó dejando caer el periódico.

—¿Pobre? —repitió él.

Los ojos de Eugénie rebosaban lágrimas. Abel estaba intrigado. ¿Se refería a Kitty O’Shea? Abel no había pensado en ella.

—Esa mujer arruinó la carrera de Parnell —observó Abel soltando un leve resoplido.

—¡Pero cuánto tuvo que amarle! —murmuró ella.

Se pasó la mano por los ojos. El coronel guardó silencio unos instantes. La emoción de Eugénie le parecía totalmente desproporcionada respecto a la causa que la había provocado; pero era genuina. Al coronel le gustaba.

—Sí —dijo con cierta sequedad—. Supongo que sí.

Eugénie volvió a coger la flor y la sostuvo entre los dedos, dándole vueltas. De vez en cuando permanecía ausente, sin embargo, Abel se sentía a sus anchas en su compañía. El cuerpo del coronel se relajó. En presencia de Eugénie se sentía liberado de cierta obstrucción.

—¡Cuánto sufre la gente…! —murmuró ella mirando la flor—. ¡Cuánto sufre, Abel! —añadió.

Se volvió y clavó los ojos en el coronel. Entró una gran bocanada de humo procedente de la otra estancia.

—¿No te molesta la corriente de aire? —preguntó el coronel mirando hacia la ventana.

Eugénie no contestó enseguida. Estaba dando vueltas a la flor. Luego reaccionó y esbozó una sonrisa.

—Sí, sí. ¡Ciérrala! —dijo con un gesto de la mano.

Abel se levantó y cerró la ventana. Cuando se volvió vio que Eugénie se había levantado y estaba ante el espejo, arreglándose el cabello.

—Hemos encendido una hoguera para celebrar el cumpleaños de Maggie —murmuró mirándose al espejo veneciano, cubierto de manchas—. Por eso, por eso… —se alisó el cabello y se prendió la camelia al vestido—, estoy tan…

Inclinó un poco la cabeza a un lado, como si quisiera averiguar el efecto que producía la flor prendida a su vestido. El coronel se sentó y esperó. Echó una ojeada al periódico.

—Parece que están poniendo sordina a muchas cosas… —comentó.

—¿No querrás decir…? —comenzó Eugénie.

Pero en ese momento se abrió la puerta y entraron las niñas. Maggie, la mayor, entró primero; la otra niña, Sara, se rezagó.

—¡Hola! —exclamó el coronel—. ¡Aquí están!

Se puso en pie. Al coronel le gustaban mucho los niños.

—¡Muchas felicidades en el día de tu cumpleaños, Maggie! —dijo.

Buscó en el bolsillo el collar que Crosby había metido en una cajita de cartón. Maggie se acercó al coronel para coger la cajita. Le habían cepillado el cabello, y llevaba un vestido limpio y de tela rígida. Cogió el paquete y lo abrió; sostuvo el collar azul y dorado, colgando de un dedo. Por un instante el coronel dudó si le gustaría o no. Colgando de su mano, parecía un tanto chillón. Y la niña guardaba silencio. Su madre dijo las palabras que la niña debería haber pronunciado:

—¡Qué bonito, Maggie! Pero ¡qué bonito!

Maggie sostenía las cuentas en la mano y no decía nada.

—Anda, dale las gracias al tío Abel por este collar tan bonito —la apremió

su madre.

—Gracias por el collar, tío Abel —dijo Maggie.

La niña había hablado con tono franco y correcto, pero el coronel sintió aflorar la duda otra vez. Le atravesó una punzada de desilusión totalmente desproporcionada. De todas maneras, la madre de Maggie puso el collar alrededor del cuello de la niña. Luego esta se volvió hacia su hermana, que contemplaba la escena desde detrás de una silla.

—Vamos, Sara —dijo la madre—, ven y saluda a tu tío.

Eugénie alargó la mano, en parte para inducir a la niña a hacer lo que le había dicho y en parte, pensó Abel, para ocultar aquella levísima deformidad que siempre le angustiaba. Cuando era un bebé, la pequeña Sara se cayó al suelo; tenía un hombro un poco más alto que el otro; esto angustiaba a Abel; no podía soportar la más leve deformidad en un niño. Sin embargo, esto no afectó el optimismo de la niña; se acercó a él, se puso un instante de puntillas sobre un pie y le dio un leve beso en la mejilla. Luego tiró del vestido de su hermana y las dos fueron corriendo a la otra habitación, entre risas.

—Van a admirar tu bonito regalo, Abel —dijo Eugénie—. ¡Cuánto las mimas! ¡Y también a mí! —añadió tocando la camelia que llevaba prendida al pecho.

—¿Crees que le ha gustado? —preguntó Abel.

Eugénie no le contestó. Había vuelto a coger la taza de té frío y tomaba sorbos con su indolente aire meridional.

—Y, ahora, dime qué es de tu vida. Cuéntamelo todo —dijo reclinándose cómodamente.

El coronel también se reclinó en su sillón. Meditó unos instantes. ¿Qué era de su vida? No le había ocurrido nada nuevo en los últimos tiempos. No obstante, siempre le gustaba impresionar un poco a Eugénie; ella sabía dar esplendor a lo que él contaba. Mientras el coronel dudaba, Eugénie comenzó a hablar:

—¡Hemos pasado unos días maravillosos en Venecia! Me llevé a las niñas. Por eso están tan morenas. No nos alojamos en el Gran Canal, detesto el Gran Canal, sino justo al lado. Dos semanas con un sol resplandeciente. Y los colores… —dudó un momento—: ¡maravillosos, maravillosos!

Trazó un arabesco con la mano. Los ademanes de Eugénie estaban dotados de gran expresión. De esta manera lo adorna todo, pensó Abel. Pero le gustaba esa actitud.

Abel llevaba años sin visitar Venecia.

—¿Encontraste gente agradable allí? —preguntó.

—Ni un alma —respondió ella—. Ni un alma. Nadie, salvo una horrorosa señorita no sé cuántos. Una de esas mujeres que hacen que te avergüences de tu país —añadió enérgicamente.

—Sí, las conozco —dijo el coronel con una risita.

—El regreso a casa desde el Lido, por la tarde —continuó ella—, con las nubes en lo alto y el agua debajo… Teníamos un balcón; nos sentábamos allí.

Hizo una pausa.

—¿Fuiste con Digby? —le preguntó el coronel.

—No, pobre Digby. Se fue de vacaciones antes, en agosto. Fue a Escocia con los Lasswade, a cazar. Cazar le sienta muy bien, ¿sabes?

Ya vuelve a adornar las cosas, pensó Abel. Pero Eugénie prosiguió:

—Háblame de la familia, de Martin y Eleanor, de Hugh y Milly, de Morris y…

Dudó. Abel sospechó que Eugénie se había olvidado del nombre de la esposa de Morris.

—Celia —dijo.

Y se calló. Deseaba contarle su problema con Mira. Pero le habló de la familia: Hugh y Milly, Morris y Celia. Y Edward.

—Parece que en Oxford está muy bien considerado —dijo ceñudo.

Estaba muy orgulloso de Edward.

—¿Y Delia? —preguntó Eugénie.

Echó un vistazo al periódico. El coronel perdió inmediatamente su afabilidad. Su expresión se volvió lúgubre y terrible, como la de un viejo toro, con la cabeza baja, pensó Eugénie.

—Quizá esto le devuelva la sensatez —dijo con severidad.

Guardaron silencio unos instantes. Oyeron risas en el jardín.

—¡Esas niñas! —exclamó Eugénie.

Se levantó y se acercó a la ventana. El coronel la siguió. Las niñas habían vuelto furtivamente al jardín. La hoguera ardía con fuerza. Una clara columna de llamas se levantaba en medio del jardín. Las niñas, riendo y gritando, bailaban a su alrededor. Había un viejo desaliñado, con aspecto de lacayo que ha vivido mejores tiempos, que llevaba un rastrillo en la mano. Eugénie abrió la ventana y gritó. Pero las niñas siguieron bailando. El coronel también se

asomó; las niñas, con su cabello al viento, parecían seres salvajes. De buena gana, el coronel hubiera bajado al jardín para saltar por encima de la hoguera, pero ya era demasiado viejo. Las llamas eran muy altas, de un dorado claro y rojo vivo.

—¡Bravo! ¡Bravo! —exclamó el coronel batiendo palmas.

—¡Diablillos! —dijo Eugénie.

Estaba tan emocionada como sus hijas, observó el coronel. Sacó la cabeza por la ventana y gritó al viejo del rastrillo:

—¡Avive el fuego! ¡Avívelo!

Pero el viejo apagaba el fuego con el rastrillo. Las ramitas quedaron esparcidas. Las llamas se habían hundido.

El viejo apartó a las niñas a empujones.

—Bueno, se acabó —dijo Eugénie con un suspiro.

Se volvió. Alguien había entrado en la habitación.

—¡Digby, no te he oído llegar! —exclamó Eugénie.

Digby estaba en pie, con una cartera en las manos.

—Hola, Digby —dijo el coronel mientras le estrechaba la mano.

Digby miró a su alrededor y preguntó:

—¿A qué se debe tanto humo?

Ha envejecido un poco, pensó Abel. Allí estaba Digby, con su chaqué, y los botones superiores desabrochados. La tela de la chaqueta estaba un poco gastada; en la parte alta de la cabeza tenía el cabello blanco. Pero era muy apuesto; a su lado el coronel se sentía corpulento, curtido por la intemperie, rudo. Estaba un poco avergonzado de que le hubiera pillado asomado a la ventana y batiendo palmas. Parece más viejo, pensó el coronel mientras estaban el uno junto al otro; y, sin embargo, tiene cinco años menos que yo. A su manera, era un hombre distinguido; situado en lo más alto de su estirpe; con título nobiliario y todo lo demás. Pero yo soy más rico, recordó el coronel con satisfacción; porque, de los dos, él siempre había sido el fracasado.

—¡Pareces muy cansado, Digby! —exclamó Eugénie sentándose. Debería tomarse unas vacaciones de verdad —añadió volviéndose hacia Abel—. Me gustaría que se lo dijeras.

Digby desprendió de un manotazo un hilo blanco que se le había pegado a los pantalones. Tosió un poco. El humo llenaba la estancia.

—¿A qué se debe tanto humo? —preguntó Digby a su esposa.

—Hemos encendido una hoguera para celebrar el cumpleaños de Maggie —repuso ella con tono de excusa.

—Ah, sí, claro.

Abel estaba irritado; Maggie era su favorita; su padre debería haberse acordado de su cumpleaños.

—Sí, Digby permite que todos nos tomemos vacaciones —dijo Eugénie volviéndose de nuevo hacia Abel—, pero él jamás se las concede. Y, después de haber trabajado todo el día en su despacho, regresa a casa con la cartera llena de papeles…

Señaló la cartera.

—No deberías trabajar después de la cena —dijo Abel—. Es una mala costumbre.

Digby estaba un poco pálido, pensó Abel. Digby hizo caso omiso de aquella efusión femenina.

—¿Has leído la noticia? —preguntó a su hermano apuntando al periódico.

—Sí. ¡Por Dios!

Le gustaba hablar de política con su hermano, aunque le molestaba un poco el aire oficial que adoptaba, como si pudiera decir más cosas, pero el deber se lo impidiera. Y luego resulta que todo sale en los periódicos el día siguiente, pensó Abel. De todas maneras, siempre hablaban de política. Eugénie, recostada en su rincón, les dejaba hablar; jamás les interrumpía. Aunque por fin se levantó y comenzó a limpiar las virutas que habían caído de la caja de embalaje. Digby dejó de hablar y contempló a su esposa. Miró el espejo.

—¿Te gusta? —le preguntó Eugénie con una mano en el marco.

—Sí —contestó Digby, aunque con una sombra de crítica en su voz—. Muy bonito.

—Solo es para mi dormitorio —observó rápidamente Eugénie.

Digby contempló cómo ella metía en la caja los trozos de papel desparramados.

—No olvides que esta noche cenamos con los Chatham —dijo.

—Lo sé. —Eugénie volvió a tocarse el cabello—. Tendré que arreglarme un poco —dijo.

¿Quiénes eran los Chatham?, se preguntó Abel. Peces gordos, gente importante, supuso no sin cierto desprecio. Digby y Eugénie se movían mucho

en esos ambientes. Abel interpretó las palabras de su hermano como una indirecta para que se fuera. Ya se habían dicho todo lo que tenían que decirse el uno al otro, él y Digby.

Sin embargo, Abel todavía esperaba poder hablar a solas con Eugénie.

—En cuanto a lo de África… —comenzó a decir Abel acordándose de otro asunto.

Pero en ese instante entraron las niñas; habían ido para dar las buenas noches a los mayores. Maggie lucía su collar, que era muy bonito, pensó Abel, ¿o acaso todo se debía a que Maggie era bonita? Sin embargo, los vestidos de las niñas, sus limpios vestidos de color azul y rosa, estaban arrugados; las hojas londinenses, sucias de hollín, que las niñas habían sostenido en sus brazos, los habían manchado.

—¡Sucias golfillas! —les dijo Abel sonriéndoles.

—¿Por qué siempre os ponéis vuestros mejores vestidos para salir a jugar al jardín? —preguntó sir Digby mientras besaba a Maggie.

Lo dijo bromeando, pero en su tono había una pizca de censura. Maggie no contestó. Tenía la vista fija en la camelia que su madre llevaba prendida en el vestido. La niña se adelantó y se quedó mirando a su madre.

—¡Y tú, menuda eres también! —dijo sir Digby señalando a Sara.

—Es el cumpleaños de Maggie —replicó Eugénie levantando de nuevo el brazo, como si quisiera proteger a la niña.

—Pues esta es una buena ocasión, creo yo —dijo sir Digby contemplando críticamente a sus hijas—, para…, en fin…, para que uno enmiende las malas costumbres.

Sir Digby había tartamudeado intentando dar a su frase un tono gracioso; pero, como solía ocurrir cuando hablaba a sus hijos, le salió torpe y un tanto pomposa.

Sara miró a su padre como si lo juzgara.

—Para… para… que uno enmiende las malas costumbres —repitió.

Sara había captado con toda exactitud el ritmo de las palabras de su padre, aunque vaciándolas de contenido. El efecto fue un tanto cómico. El coronel rió; pero le pareció que Digby se había enojado. Digby solo dio una palmadita en la cabeza a Sara cuando esta fue a desearle buenas noches; sin embargo, cuando se acercó Maggie la besó.

—¿Te has divertido en tu cumpleaños? —le preguntó atrayéndola hacia sí.

Abel aprovechó la circunstancia para iniciar la retirada.

—Pero no es necesario que te vayas tan pronto, Abel —protestó Eugénie cuando el coronel le alargó la mano.

Eugénie retenía su mano como si quisiera impedir que se fuera. ¿Qué pretendía Eugénie? ¿Quería que se quedara o quería que se fuera? La expresión de sus ojos, de sus grandes ojos negros, era ambigua.

—¿Vosotros cenáis fuera? —preguntó el coronel.

—Sí —repuso Eugénie, y dejó caer la mano de Abel.

Como Eugénie no dijo nada más, él supuso que había llegado el momento de ponerse en marcha.

—No me acompañéis, conozco el camino —dijo al salir de la sala.

Bajó la escalera bastante despacio. Se sentía deprimido y decepcionado. No había hablado a solas con Eugénie; no le había dicho nada. Quizá jamás diría nada a nadie. A fin de cuentas, pensó mientras descendía poco a poco, pesadamente, se trataba de un asunto solo suyo; carecía de importancia para cualquier otra persona. Cada cual debe solucionar sus propios problemas, pensó mientras cogía el sombrero. Echó una ojeada a su alrededor.

Sí… Aquella casa estaba repleta de objetos bellos. Dirigió una vaga mirada al gran sillón carmesí con garras doradas que había en el vestíbulo. Envidió a Digby, su casa, su esposa, sus hijos. Sintió que se estaba haciendo viejo. Todos sus hijos eran mayores; se habían independizado. Se detuvo en el umbral y contempló la calle. Estaba muy oscura; habían encendido las farolas; el otoño avanzaba; y mientras caminaba por la oscura calle barrida por el viento, ahora salpicada de gotas de lluvia, una bocanada de humo le dio en plena cara; y las hojas caían.

1907

Era mediados de verano y las noches eran calurosas. La luna, al caer sobre el agua, la volvía blanquecina, inescrutable, tanto si era profunda como somera. Cuando la luz de la luna se proyectaba sobre objetos sólidos, los cubría con un brillo y una capa plateada, de manera que incluso las hojas de los senderos del campo parecían barnizadas. A lo largo de todos los caminos que llevaban a Londres avanzaban carros lentamente; manos de hierro sostenían férreas riendas en el lento viaje de hortalizas, fruta y flores. Cargados con altos montones de cajas redondeadas llenas de coles, cerezas o claveles, parecían formar caravanas con los bienes de tribus emigrando en busca de agua, obligadas por el enemigo a encontrar nuevos pastos.

Avanzaban despacio, trabajosamente, por esta carretera, por aquella, arrimados a la cuneta. Incluso los caballos, de haber sido ciegos, habrían podido oír el murmullo de Londres a lo lejos, y los carreteros, adormilados, veían con sus ojos entornados la ígnea gasa que cubría la ciudad ardiendo eternamente. Al alba, en Covent Garden, dejaban la carga; las mesas y las tablas sobre caballetes, e incluso los adoquines, quedaban adornados, como por una celestial colada, con las coles, las cerezas y los claveles.

Todas las ventanas estaban abiertas. Se oía música. Detrás de cortinas carmesíes, que se habían quedado semitransparentes y a veces hinchadas por el viento, sonaba el eterno vals —cuando el baile ha terminado, cuando la danza se ha acabado—, como una serpiente que se ha tragado su propia cola, pues el círculo quedaba cerrado, desde Hammersmith hasta Shoreditch. Los trombones lo repetían una y otra vez ante las tabernas; los aprendices lo silbaban; las bandas lo tocaban en salas particulares donde la gente bailaba. Se sentaban alrededor de las mesillas en Wapping, en la romántica posada que se cernía sobre el río, entre almacenes de troncos, a los que las barcazas estaban amarradas. Y también en Mayfair. Cada mesa tenía su lámpara, su palio de tensa seda roja, y las flores que habían chupado su humedad a la tierra a mediodía se relajaban, y extendían sus pétalos en los búcaros. Cada mesa tenía su pirámide de fresas y su pálida y regordeta codorniz; y a Martin, después de la India, después de África, le parecía emocionante hablar con una muchacha que iba con los hombros descubiertos, con una mujer iridiscente, con verdes alas de escarabajo en el cabello, de modo que el vals las ondulaba y ocultaba a medias bajo sus amorosas languideces. ¿Importaba lo que uno decía? Esa era la pregunta, pues la muchacha miró por encima del hombro, escuchando solo a medias, cuando se acercó un hombre luciendo condecoraciones, y una señora vestida de negro y con diamantes invitó con señas a Martin a reunirse con ella en un rincón discreto.

A medida que se acercaba la noche, una tierna luz azul fue envolviendo los carros que seguían avanzando lentamente junto al bordillo de las aceras, después de rebasar Westminster, pasando ante amarillos relojes circulares, ante tenderetes de café, ante las estatuas que al alba estaban allí sosteniendo con rigidez sus bastones o rollos de papel. Y detrás iban los mendigos limpiando la calzada. Colillas, menudos fragmentos de papel de plata, mondas de naranja; barrían los restos del día y los carros seguían avanzando lentamente, y los coches de caballos avanzaban al trote, infatigables, por las sombrías calzadas de Kensington, bajo las destellantes luces de Mayfair, con señoras de alto tocado y caballeros con chaleco blanco, a lo largo de las apisonadas y secas calles que, a la luz de la luna, parecían recubiertas de plata.

—¡Mira! —dijo Eugénie cuando el coche pasó al trote por el puente en el crepúsculo veraniego—. ¿Verdad que es bonito?

Señaló el agua con la mano. Cruzaban la Serpentine; pero la exclamación de Eugénie fue solo un aparte; estaba escuchando lo que su marido le decía. Su hija Magdalena iba con ellos y miró el lugar que su madre había señalado. Allí estaba la Serpentine, roja por la luz del sol poniente; los árboles agrupados, esculpidos, perdían sus detalles; y la fantasmal arquitectura del puentecillo, blanco al final, remataba la composición del escenario. Las luces —la luz del sol y la luz artificial— se mezclaban de forma extraña.

—… Desde luego, ha puesto al gobierno en un aprieto —iba diciendo sir Digby—. Pero eso es lo que él quiere…

—Sí… Ese muchacho conseguirá ganar renombre —observó lady Pargiter.

El coche había pasado el puente. Entró en las sombras de los árboles. Ahora salió del parque y se unió a la larga fila de coches, que llevaban pasajeros vestidos de noche a teatros, a cenas, avanzando hacia Marble Arch. La luz se estaba tornando cada vez más artificial; más y más amarilla. Eugénie se inclinó y tocó algo en el vestido de su hija. Maggie levantó la vista. Pensaba que estaban hablando todavía de política.

—Así —dijo su madre, recolocando la flor en la parte delantera de su vestido.

Lady Pargiter inclinó un poco la cabeza, y miró a su hija con aprobación. Luego soltó súbitamente una carcajada y agitó la mano.

—¿Sabes quién ha tenido la culpa de que llegara tan tarde? —dijo—. Esa descarada, Sally…

Pero su marido la interrumpió. Había visto un reloj iluminado.

—Llegaremos tarde —dijo.

—Las ocho y cuarto significan las ocho y media —repuso Eugénie cuando entraban en una calle lateral.

Un silencio total imperaba en la casa de Browne Street. Un rayo de luz de la farola callejera penetraba por el montante de abanico y, un tanto caprichosamente, iluminaba una bandeja con vasos sobre la mesa del vestíbulo; un sombrero de copa; una silla con garras doradas. La silla, vacía, como si esperase a alguien, tenía un aspecto un tanto ceremonioso; parecía estar en el agrietado suelo de una antesala italiana. Pero había un completo silencio. Antonio, el criado, dormía; Mollie, la doncella, dormía; abajo, en el sótano, batía una puerta; el resto estaba en silencio.

Sally, en su dormitorio del último piso de la casa, se puso de lado y escuchó atentamente. Le había parecido oír la puerta principal de la casa. Por la ventana abierta penetró una oleada de música de baile que le impidió escuchar.

Se sentó en la cama y miró por la rendija de las cortinas. Por esta estrecha abertura pudo ver una porción de cielo; luego tejados; después un árbol en el jardín; y, por fin, las paredes traseras de las casas de enfrente, que se alzaban formando una larga hilera. Una de las casas estaba brillantemente iluminada, y por sus largas ventanas abiertas salía música. Bailaban un vals. Vio sombras girando detrás de las cortinas. Era imposible leer; era imposible dormir. Primero música; luego un estallido de conversaciones; después salió gente al jardín, las voces parlotearon, y al fin la música volvió a comenzar.

Era una calurosa noche de verano y, a pesar de lo tardío de la hora, el mundo entero parecía estar en plena actividad. El rumor del tránsito sonaba distante pero incesante.

Sobre la cama de Sally había un libro de un marrón descolorido. Pero era imposible leer; imposible dormir. Sally se recostó en la almohada con las manos detrás de la cabeza.

—Y este hombre dice que el mundo solo es… —murmuró.

Calló. ¿Qué decía aquel hombre? ¿Que el mundo solo era pensamiento?, se preguntó Sally como si ya lo hubiera olvidado. Bueno, pues, habida cuenta de que era imposible leer y era imposible dormir, Sally se permitiría a sí misma ser pensamiento. Era más fácil hacer cosas que pensarlas. Las piernas, el cuerpo, las manos, todo su ser debía ser abandonado pasivamente para que tomara parte en aquel universal proceso de pensamiento que según aquel hombre era el mundo de la vida. Sally se desperezó. ¿Dónde nacía el pensamiento?

¿En los pies?, se preguntó. Allí estaban, alzados bajo la sábana. Parecían separados, muy lejanos. Sally cerró los ojos. Luego, en contra de su voluntad, algo en su interior se endureció. Era imposible representar el papel del pensamiento. Sally se convirtió en algo; una raíz; hundida en la tierra; unas venas parecían cruzar la fría masa; del árbol surgían ramas; las ramas tenían hojas.

—… El sol brilla entre las hojas —dijo agitando el dedo.

Abrió los ojos para verificar si el sol daba en las hojas y vio el árbol real que se alzaba allí, en el jardín. Lejos de estar salpicado de luz solar, carecía por completo de hojas. Por un instante, Sally tuvo la impresión de haber sido objeto de una contradicción. Sí, ya que el árbol era negro, completamente negro.

Apoyó el codo en el alféizar y miró el árbol. Un confuso sonido de palmas surgió de la estancia donde se celebraba el baile. La música había cesado; la gente comenzó a descender la escalera de hierro que conducía al jardín iluminado por faroles azules y amarillos a lo largo del muro. Las voces

elevaron el tono. Salió más gente, y más gente. El moteado rectángulo verde estaba lleno de flotantes y pálidas figuras de mujeres con vestido de noche, de rígidas figuras en blanco y negro de hombres vestidos de etiqueta. Sally las contempló mientras entraban y salían. Hablaban y reían, pero estaban tan lejos que no podía comprender lo que decían. A veces una palabra o una risa se alzaba más que el resto, y después solo quedaba el confuso murmullo del parloteo. En el jardín de la casa de Sally todo era silencio y vacío. Un gato se deslizó furtivo por encima de un muro, se detuvo, y luego siguió su camino como atraído por una secreta finalidad. Comenzó otra pieza de baile.

—¡Otra y otra y otra vez, siempre igual! —exclamó Sally con impaciencia.

El viento, impregnado del curioso olor seco de la tierra de Londres, le dio en la cara y levantó la cortina. Tendida boca arriba en la cama, Sally vio la luna; parecía hallarse a una altura inmensa. Leves vapores cruzaban su superficie. Ahora los vapores desaparecieron y Sally vio unos relieves grabados en el disco blanco. ¿Qué serán?, se preguntó. ¿Montañas? ¿Valles? Y si son valles, se dijo entornando los párpados, habrá árboles blancos, heladas hondonadas, y ruiseñores, dos ruiseñores llamándose el uno al otro, llamándose y contestándose a través de los valles. La música de vals se apoderó de las palabras «llamándose y contestándose» y las difundió; pero, al repetirlas una y otra vez al mismo ritmo, las hizo vulgares, las destruyó. La música se entrometía en todo. Al principio resultaba emocionante, luego aburría y al final era intolerable. Sin embargo, solo era la una menos veinte.

El labio superior de Sally se levantó, como el del caballo que se dispone a morder. El librito de tapas marrones era aburrido. Alargó la mano por encima de la cabeza y cogió otro libro de la estantería de libros maltratados, sin mirar. Abrió el libro al azar, pero su vista se fijó en una de las parejas que aún estaban sentadas en el jardín, a pesar de que todos los demás habían entrado de nuevo en la casa. ¿Qué se decían?, se preguntó Sally. En el césped había algo que brillaba y Sally vio cómo la figura en blanco y negro se inclinaba y lo cogía.

—Y, en el momento de cogerlo —murmuró Sally sin dejar de mirar—, ha dicho a la señora que está a su lado: «Mire, señorita Smith, lo que he encontrado en el césped, un fragmento de mi corazón, un fragmento de mi corazón roto. Lo he encontrado en el césped, y me lo llevo al pecho». —Sally tarareó las palabras al ritmo de la melancólica música del vals—. Mi corazón está roto, este vidrio roto, porque el amor…

Se calló y echó una ojeada al libro. En la página de la dedicatoria leyó: «A Sara Pargiter, de su primo Edward Pargiter».

—Porque el amor —concluyó Sally— es lo mejor.

Buscó la página del título. «La Antígona de Sófocles, traducida en verso al inglés por Edward Pargiter», leyó.

Volvió a mirar por la ventana. La pareja se había levantado. Ahora los dos subían por la escalera de hierro. Los observó. Entraron en la sala de baile.

—Y supongamos que a mitad de un baile —murmuró—, ella lo coge, lo mira y dice: «¿Qué es esto?». Y solo es un trozo de un vidrio roto…, de un vidrio roto…

Volvió a bajar la vista al libro.

«La Antígona de Sófocles», leyó. El libro era nuevo; crujió cuando Sally lo abrió; era la primera vez que lo hacía.

Volvió a leer: «La Antígona de Sófocles, traducida en verso al inglés por Edward Pargiter». Se lo había dado en Oxford, una calurosa tarde que anduvieron vagando por capillas y bibliotecas.

—Vagando y gimiendo —tarareó mientras volvía páginas—, y me dijo levantándose del silloncito, mientras se pasaba la mano por el cabello —miró por la ventana—, «mi juventud perdida, mi juventud perdida».

Ahora el vals estaba en su momento más intenso, más melancólico.

—Con ese vidrio roto, ese corazón en la mano, marchito, me dijo… —canturreó al compás del vals.

La música cesó; hubo ruido de palmas; los bailarines salieron de nuevo al jardín.

Sally fue pasando páginas. Al principio leía una línea o dos, al azar; luego, del lío de palabras rotas surgieron escenas, rápidamente, inexactas, a medida que pasaba páginas. El cadáver insepulto de un hombre asesinado yacía como el tronco de un árbol caído, como una estatua, con un pie desnudo al aire. Se congregaban buitres. Y descendían sobre la arena de plata. A sacudidas, arrastrándose, las pesadas aves se acercaban torpemente; con un empujón de su oscilante cuello gris, saltaron —Sally, sin dejar de leer, golpeó la colcha con la mano— sobre aquel bulto. Deprisa, deprisa, deprisa, con reiteradas sacudidas, atacaron la carne ya esponjosa. Sí. Sally miró el árbol del jardín. El cadáver insepulto del hombre asesinado yacía sobre la arena. Luego, en una nube amarilla llegó como un torbellino… ¿quién? Sally pasó la página rápidamente. ¿Antígona? Llegó como un torbellino salido de una nube de polvo al lugar donde los buitres se cebaban, y arrojó arena blanca sobre el pie ennegrecido. Se quedó allí, arrojando blanco polvo sobre el pie ennegrecido. Y luego, ¡oh, maravilla!, llegaron más nubes; nubes oscuras; los jinetes saltaron al suelo; se apoderaron de ella; le ataron las muñecas con lianas; y así atada, se la llevaron… ¿Adónde?

Oyó un estallido de carcajadas en el jardín. Alzó la vista. ¿Adónde se la llevaron?, se preguntó. La gente llenaba el jardín. Sally no entendía ni una palabra de lo que decían. Las figuras entraban y salían.

—¿A la estimable corte del respetado gobernante supremo? —murmuró mientras a sus oídos llegaba alguna que otra palabra suelta, ya que aún miraba el jardín.

El hombre se llamaba Creonte. Y él fue quien la enterró. Era una noche de luna. Las palas de las chumberas eran de brillante plata. El hombre con taparrabos dio tres golpes secos con su mazo en el ladrillo. Fue enterrada viva. La tumba era un montículo de ladrillos. Solo había espacio para permanecer echada. Estirada en una tumba de ladrillos, dijo Sally. Y así termina, se dijo Sally bostezando, y cerró el libro.

Relajó el cuerpo bajo la sábana fresca y suave, y se tapó las orejas con la almohada. La sábana y la manta la envolvían con delicadeza. A los pies de la cama una larga franja del colchón se mantenía fresco. El sonido de la música de baile se amortiguó. El cuerpo de Sally cayó de repente, y llegó al suelo. Un ala oscura le rozó la mente, la detuvo un momento, la dejó en blanco. Todo —la música, las voces— se distendió y generalizó. El libro cayó al suelo. Sally dormía.

—Qué noche tan hermosa —dijo la muchacha que subía los peldaños de hierro a su acompañante.

La muchacha apoyó la mano en la barandilla. Estaba muy fría. Alzó la vista; una luz amarilla rodeaba la luna. Parecía envolverla de risa. El acompañante de la muchacha también levantó la vista, y luego subió otro peldaño sin decir nada, ya que era tímido.

—¿Irá al partido mañana? —preguntó el chico ceremoniosamente, ya que apenas se conocían.

—Si mi hermano sale a tiempo para llevarme, sí —respondió ella, y también subió otro peldaño.

Luego, cuando entraron en el salón de baile, el muchacho se despidió con una leve inclinación de la cabeza y dejó a la muchacha, pues le esperaba su pareja.

La luna que ahora había quedado libre de nubes se hallaba en un espacio desierto, como si la luz hubiera consumido la pesadez de las nubes y hubiese dejado un suelo perfectamente despejado, una pista de baile en la que disfrutar. Durante un rato, la moteada iridiscencia del cielo se mantuvo inalterada. Luego llegó un soplo de viento y una nubecilla cruzó la luna.

Se oyó un ruido en el dormitorio. Sara se puso de lado.

—¿Quién es? —murmuró.

Se sentó en la cama y se frotó los ojos. Era su hermana. Estaba en la puerta, dubitativa.

—¿Dormías? —preguntó en voz baja.

—No —repuso Sara, se frotó los ojos, los abrió y dijo—: Estoy despierta.

Maggie cruzó la habitación y se sentó en el borde de la cama. El viento agitaba las cortinas; las sábanas, resbalando, se caían de la cama. Se sintió confusa un instante. Comparado con el salón de baile, el dormitorio parecía muy desordenado. Había un vaso con un cepillo de dientes en el aguamanil; la toalla pendía arrugada de su soporte; un libro había caído al suelo. Se inclinó y cogió el libro. En aquel momento, comenzó a sonar bruscamente música en la calle. Apartó las cortinas. Las mujeres con pálidos vestidos y los hombres de blanco y negro subían apretujados la escalera camino del salón de baile. Retazos de frases y de risas llegaban del jardín.

—¿Hay baile, hoy? —preguntó.

—Sí, en la calle —respondió Sara.

Maggie miró. A aquella distancia la música sonaba romántica, misteriosa, y los colores se entremezclaban, sin ser rosados, ni blancos, ni azules.

Maggie se irguió y se quitó la flor que llevaba en el vestido. Languidecía; los blancos pétalos tenían manchas negras. Volvió a mirar por la ventana. La mezcla de luces era muy rara; había una hoja de un verde intenso; otra de un blanco resplandeciente. Las ramas se entrecruzaban a diferentes niveles. Entonces Sally rió.

—¿Alguien te ha dado un pedazo de cristal diciéndote: señorita Pargiter… mi corazón roto? —preguntó.

—No, ¿por qué? —dijo Maggie.

La flor cayó de su regazo al suelo.

—Es que pensaba —dijo Sara—. La gente en el jardín…

Agitó la mano en dirección a la ventana. Las dos guardaron un instante de silencio, escuchando la música de baile.

—¿Al lado de quién estabas sentada? —preguntó luego Sara.

—De un hombre con galones dorados.

—¿Con galones dorados?

Maggie permaneció en silencio. Se estaba habituando a la habitación; la sensación de discordancia entre el desorden de aquel dormitorio y el esplendor

del salón de baile la iba abandonando. Envidiaba a su hermana, allí, en cama, con la ventana abierta por la que entraba la brisa.

—Sí, es que iba a una fiesta —dijo Maggie.

Se calló. Algo había atraído su mirada. Una rama se balanceaba arriba y abajo movida por la brisa. Maggie sostenía la cortina para que la ventana quedara despejada. Ahora podía ver el cielo entero, y las casas, y las ramas del jardín.

—Es la luna —dijo.

Era la luna lo que tornaba las hojas blancas. Las dos miraron la luna que brillaba como una moneda de plata, perfectamente pulida, muy perfilada y dura.

—Pero si no dicen «oh, mi corazón roto», ¿qué dicen en las fiestas? —preguntó Sara.

Maggie se quitó del brazo una mota blanca que le había dejado el guante.

—Algunos dicen una cosa, otros otra —dijo mientras se levantaba.

Cogió el librito marrón que reposaba en la colcha, y alisó las sábanas. Sara cogió el libro que Maggie sostenía en la mano.

—Maggie —dijo dando golpecitos en el feo y pequeño volumen—, este hombre asegura que el mundo es solo pensamiento.

—¿De verdad? —preguntó Maggie dejando el libro en el aguamanil.

Sabía que las palabras de Sara eran un pretexto para tenerla allí hablando.

—¿Crees que es verdad? —preguntó Sara.

—Posiblemente —contestó Maggie sin pensar lo que decía.

Y alargó la mano para descorrer las cortinas.

—¿Que el mundo es solo pensamiento, dice? —repitió sujetando las cortinas abiertas.

Algo parecido había pensado cuando el coche pasaba por la Serpentine, cuando su madre la interrumpió. Había estado pensando, ¿soy esto o soy aquello? Somos todos uno o somos todos separados… Algo parecido.

—Y los árboles y los colores, ¿qué? —preguntó volviéndose.

—¿Los árboles y los colores? —repitió Sara.

—¿Habría árboles si no los viéramos? —dijo Maggie—. ¿Qué es «yo»? «Yo»…

Se calló. No sabía qué significaban sus propias palabras. Decía tonterías.

—Sí, ¿qué es «yo»? —preguntó Sara.

Agarró con fuerza la falda de su hermana, bien para evitar que se fuera, o porque quería debatir la cuestión.

—¿Qué es «yo»? —repitió.

Pero se oyó un frufrú junto a la puerta y entró su madre.

—¡Hijas mías! —exclamó la madre—. ¿Tan tarde y despiertas aún? ¿Hablando todavía?

Cruzó la habitación sonriente, esplendorosa, como si todavía se hallara bajo la influencia de la fiesta. Las joyas destellaban en su cuello y los brazos. Era extraordinariamente hermosa. Miró a su alrededor y dijo:

—Y la flor ha caído al suelo y todo está desordenado.

Cogió la flor que Maggie había dejado caer y se la puso entre los labios.

—Es que estaba leyendo, madre, es que estaba esperando —dijo Sara.

Sara cogió la mano de su madre y le acarició el brazo desnudo. Sara imitaba tan bien los modales de su madre que Maggie sonrió. Eran dos personalidades absolutamente opuestas, lady Pargiter tan suntuosa, y Sara tan angulosa. Pero está fingiendo, pensó Maggie mientras lady Pargiter permitía que su hija tirara de ella hasta dejarla sentada en la cama. La imitación había sido perfecta.

—Debes dormir, Sal —protestó la madre—. ¿Qué te dijo el médico? Que reposaras, en cama, quieta.

Lady Pargiter empujó a Sara hacia atrás, hasta dejarla con la espalda contra las almohadas.

—Ya reposo en cama y estoy quieta —dijo Sara, y levantó la vista para mirar a su madre—. Hábleme de la fiesta.

Maggie estaba muy derecha junto a la ventana. Contemplaba a las parejas que bajaban la escalera de hierro. El jardín se llenó enseguida de pálidos blancos y rosas, entrando y saliendo. Oía a medias sus palabras detrás de las de su madre sobre la fiesta.

—Ha sido una fiesta muy agradable —decía su madre.

Maggie miró por la ventana. El cuadrilátero del jardín estaba repleto de colores diferentes. Parecían mezclarse los unos con los otros hasta que entraban en la zona donde se proyectaba la luz de la casa, entonces se transformaban en señoras y caballeros vestidos de gala.

—¿No había palas de pescado? —oyó que decía Sara.

Se volvió.

—¿Quién era el señor que estaba sentado a mi lado? —preguntó.

—Sir Matthew Mayhew —repuso lady Pargiter.

—¿Quién es sir Matthew Mayhew? —dijo Maggie.

—¡Es un hombre muy distinguido, Maggie! —contestó su madre agitando la mano.

—Un hombre muy distinguido —imitó Sara.

—Efectivamente, mucho… —insistió lady Pargiter sonriendo a su hija, a la que amaba quizá debido a su hombro—. Ha sido un gran honor para ti estar sentada a su lado, Maggie —continuó—. Un gran honor —añadió con reprobación.

Se calló, como si ante sus ojos hubiera aparecido una escena. Levantó la mirada.

—Y luego —prosiguió—, cuando Mary Palmer me pregunta ¿cuál de ellas es tu hija?, veo a Maggie a kilómetros de distancia, en el otro extremo de la sala, hablando con Martin, a quien puede ver todos los días en un ómnibus.

Había acentuado las palabras de tal manera que parecieron elevarse y caer. Resaltó todavía más el ritmo golpeando con los dedos el brazo desnudo de su hija Sally.

—¡No veo a Martin todos los días! —protestó Maggie—. Desde que regresó de África no lo había visto.

Su madre la interrumpió.

—Pero, querida Maggie, no vas a las fiestas para hablar con tus primos, sino que vas a las fiestas para…

En ese momento estalló la música de baile. Los primeros acordes rebosaban una energía frenética, como si ordenaran imperiosamente a los bailarines que regresaran. Lady Pargiter se calló a mitad de la frase. Suspiró; su cuerpo parecía haberse vuelto indolente y suave. Los pesados párpados descendieron un poco sobre sus ojos grandes y oscuros. Balanceó lentamente la cabeza al compás de la música.

—¿Qué están tocando? —murmuró, y tarareando siguió la música, mientras su mano marcaba el ritmo—. Una pieza que solía bailar.

—Baílelo ahora, madre —dijo Sara.

—Sí, madre. Enséñenos cómo lo bailaba —le pidió Maggie.

—¿Sin pareja? —protestó lady Pargiter.

Maggie apartó una silla.

—Imagine a su pareja —insistió Sara.

—Bueno —dijo lady Pargiter, mientras se levantaba—. Era algo así.

Se quedó quieta un instante; con una mano recogió el extremo de su falda; curvó levemente la otra mano, en la que sostenía la flor; giró y giró sobre sí misma en el espacio que Maggie había despejado. Se movía con extremada dignidad. Todos sus miembros parecían plegarse y moverse al unísono con la cadencia y las curvas de la música, que se hizo más alta y clara a medida que lady Pargiter bailaba. Trazó círculos entre las sillas y la mesa, y luego la música cesó.

—¡Ya está! —exclamó lady Pargiter.

Su cuerpo pareció doblarse y cerrarse sobre sí mismo, cuando en un suspiro dijo «¡Ya está!» y en un solo movimiento se dejó caer en el borde de la cama.

—¡Maravilloso! —exclamó Maggie.

Sus ojos se posaron en su madre, cargados de admiración.

—Tonterías… —dijo lady Pargiter riendo y con un leve jadeo—. Soy demasiado mayor para bailar; pero, cuando era joven, cuando tenía vuestra edad…

Sentada, jadeaba.

—Usted salió bailando de la casa y pasó a la terraza, y encontró una notita doblada en su ramillete de flores… —dijo Sara acariciando el brazo de su madre—. Cuéntelo, madre.

—No, esta noche no —replicó lady Pargiter—. ¡Escuchad! Dan la hora.

Como la abadía estaba muy cerca, las campanadas llenaron el dormitorio; suave, tumultuosamente, como si el sonido fuera una bandada de suspiros que se apresurasen a subir uno encima del otro, ocultando, sin embargo, algo duro. Lady Pargiter contó. Era muy tarde.

—Cualquier día os contaré la verdadera historia —dijo mientras se inclinaba para dar a su hija las buenas noches.

—¡Ahora! ¡Ahora! —exclamó Sara reteniendo firmemente a su madre.

—No, ahora no. —Lady Pargiter rió y liberó la mano de un tirón—. Padre me está llamando.

Oyeron pasos en el pasillo, y luego la voz de sir Digby junto a la puerta.

—¡Eugénie! ¡Es muy tarde! —oyeron que decía.

—¡Voy! —gritó lady Pargiter—. ¡Voy!

Sara la cogió por la cola del vestido.

—¡Madre, no nos ha contado la historia del ramillete! —exclamó.

—¡Eugénie! —repitió sir Digby con voz perentoria—: Has cerrado con llave…

—Sí, sí, sí —dijo Eugénie—, os contaré la verdadera historia en otra ocasión.

—Terminó liberándose del agarrón de su hija.

Las besó rápidamente a las dos y salió del dormitorio.

—No nos lo contará —dijo Maggie mientras cogía los guantes.

Escucharon las voces que hablaban en el pasillo. Oían la voz de su padre. Reñía. Su voz sonaba quejosa y enojada.

—Pavoneándose arriba y abajo con la espada entre las piernas; con su sombrero de la ópera bajo el brazo y la espada entre las piernas —dijo Sara golpeando con rabia la almohada.

Las voces se alejaron hacia el piso inferior.

—¿Y tú, de quién supones que era la notita? —preguntó Maggie.

Y guardó silencio mientras observaba cómo su hermana ahuecaba las almohadas.

—¿La nota? ¿Qué nota? —preguntó Sara—. ¡Oh, la nota del ramillete! No me acuerdo —añadió.

Bostezó. Maggie cerró la ventana, corrió las cortinas. Pero dejó una rendija de luz.

—Córrelas del todo, Maggie —dijo Sara, irritada—. Que no entre ese ruido.

Se acurrucó en la cama, de espaldas a la ventana. Había alzado una barrera de almohadas junto a su cabeza para no oír la música que seguía sonando. Oprimió la cara contra la almohada. Sara parecía una crisálida envuelta en los pliegues puramente blancos de la sábana. Solo se le veía la punta de la nariz. Su cadera y sus pies se alzaban al extremo de la cama, cubiertos por una sola sábana. Emitió un profundo suspiro que casi era un ronquido; ya dormía.

Maggie avanzaba por el pasillo. Vio que había luz en el vestíbulo, abajo. Se detuvo y miró por encima de la baranda. El vestíbulo estaba iluminado. Veía la gran silla italiana, con las garras doradas, que había en el vestíbulo. Su madre había dejado el chal encima, y este caía formando suaves pliegues

dorados sobre la tapicería carmesí. Veía una bandeja con whisky y un sifón en la mesa del vestíbulo. Entonces oyó las voces de su madre y de su padre, que subían la escalera de la cocina. Habían bajado al sótano; en una casa de la misma calle, más arriba, se había cometido un robo; su madre había prometido poner una nueva cerradura en la puerta de la cocina, pero se había olvidado de hacerlo. Maggie oyó que su padre decía:

—… lo fundirán, y jamás lo recuperaremos.

Maggie bajó unos cuantos peldaños más.

—Lo siento mucho, Digby —dijo Eugénie cuando entraban en el vestíbulo—. Haré un nudo en el pañuelo; y mañana por la mañana, inmediatamente después del desayuno, iré… Sí. —Lady Pargiter cogió el chal y se lo echó al brazo—. Iré personalmente —continuó—, y le diré: «Ya estoy harta de sus excusas, señor Toye. No, señor Toye, me ha engañado ya demasiadas veces. ¡Después de tantos años!».

Se hizo un silencio. Maggie oyó el chorro del agua de soda al caer en un vaso; el choque del vidrio; y las luces se apagaron.

1908

Corría el mes de marzo y soplaba viento. Pero el viento no «soplaba». Rascaba, azotaba. Tan cruel era. Tan molesto. No solo contraía las caras y dibujaba puntos rojos en las narices, sino que levantaba faldas, mostraba piernas robustas, hacía que los pantalones descubrieran pantorrillas esqueléticas. No había redondez ni beneficio en el viento. Al contrario, tenía la curva de la guadaña que no corta el provechoso trigo, sino que destruye deleitándose en la pura esterilidad. De un solo soplo se llevaba el color, hasta un Rembrandt de la National Gallery, o un sólido rubí en un escaparate de Bond Street: un solo soplo y se los llevaba. Si nacía en algún lugar era en la isla de los Perros, entre latas tiradas junto a la tristeza de un hospicio en las afueras de una sucia ciudad. Levantaba del suelo hojas podridas, y les daba otro plazo de degradada existencia; se burlaba y mofaba de ellas, pero nada ofrecía para sustituir aquello de lo que se burlaba y mofaba. Las hojas caían. Infecundo, improductivo, cediendo solo a su gusto por la destrucción, a su poder de arrancar la corteza, la flor, y de mostrar el suelo desnudo, el viento hacía palidecer todas las ventanas; empujaba a los ancianos caballeros a hundirse cada vez más en los rincones de su club con olor a cuero, y a las ancianas señoras a quedarse sentadas, con la mirada vacía, las mejillas de cuero, sin alegría, entre las borlas y fundas de sus dormitorios y cocinas. Su

maldad triunfaba y dejaba desiertas las calles; se llevaba por delante la carne humana; y atacando directamente un cubo de basura situado ante los almacenes Army and Navy, esparcía por el suelo una multitud de sobres usados, retorcidos mechones de cabello, papeles manchados de sangre, manchados de amarillo, con tinta de letra impresa, y los mandaba revolviéndose para que se pegasen a piernas, farolas, buzones, y a que se doblaran frenéticamente sobre las barras de hierro de las verjas.

Matty Stiles, la guardesa, acurrucada en el sótano de la casa de Browne Street, alzó la vista. El polvo susurraba arrastrándose por la calle. Penetraba por debajo de las puertas, por los resquicios de las ventanas; se metía en armarios y alacenas. Pero a Matty Stiles le daba igual. Formaba parte de la grey de mujeres desafortunadas. Había creído que aquel trabajo sería seguro, que por lo menos duraría hasta finales de verano. La señora había muerto; el señor, también. Lo había conseguido por mediación de su hijo policía. La casa, con su sótano, no sería alquilada antes de Navidad, por lo menos eso le dijeron. Lo único que tenía que hacer era mostrar la casa a las personas que iban de parte del agente de la propiedad inmobiliaria. Y Matty Stiles siempre mencionaba lo húmedo que era el sótano. «Miren esa mancha en el techo». Y allí estaba la mancha, desde luego. De todas maneras, aquel señor procedente de China se encaprichó con la casa. Dijo que satisfacía sus necesidades. Tenía negocios en el centro de la ciudad. Matty Stiles pertenecía a la grey de mujeres desafortunadas… Después de tres meses tenía que dejar el trabajo e ir a vivir con su hijo en Pimlico.

Sonó un timbre. Ya podía sonar y sonar y sonar, gruñó Matty Stiles. No volvería a abrir la puerta. Había un hombre en la puerta. Veía un par de piernas delante de la verja. Que llamase cuanto quisiera. La casa había sido vendida. ¿Es que no veía el cartelito? ¿Acaso no sabía leer? ¿Estaba ciego? Matty Stiles se acurrucó más cerca del fuego, cubierto de pálida ceniza. Veía las piernas del hombre, ante la puerta, entre la jaula de los canarios y la ropa sucia que iba a lavar, pero aquel viento había avivado cruelmente su dolor de hombro. Por ella, aquel hombre podía llamar hasta derribar la casa.

Martin estaba esperando.

«Vendida», ponía en un papel de color rojo vivo pegado en el cartel del agente de la propiedad inmobiliaria.

—¡Tan pronto! —dijo Martin.

Recorrió un pequeño círculo para contemplar la casa de Browne Street. Y ya estaba vendida. El papel rojo le había impresionado. La casa ya estaba vendida, y Digby había muerto hacía tan solo tres meses… Eugénie hacía poco más de un año. Se quedó quieto unos instantes observando las ventanas negras, ahora tristemente polvorientas. Era una casa con carácter; construida

en el siglo XVIII. Eugénie había estado orgullosa de ella. Y me gustaba visitarla, pensó Martin. Pero ahora junto a la puerta había un periódico viejo, entre los hierros de la verja habían quedado atrapadas unas briznas de paja; y Martin podía ver, ya que no había cortinas, el interior de un cuarto vacío. Una mujer le observaba desde detrás de los barrotes de una jaula, en el sótano. No servía de nada seguir llamando. Martin dio media vuelta. Mientras se alejaba por la calle le invadió la sensación de que algo se extinguía.

Es un triste y sórdido final, pensó; me gustaba visitar la casa. Pero a Martin le desagradaba albergar pensamientos tristes. ¿Para qué?, se preguntó pensativo.

«La hija del rey de España —tarareó al doblar la esquina— vino a visitarme…».

¿Y hasta cuándo me tendrá la vieja Crosby esperando?, se preguntó Martin mientras pulsaba el timbre ante la puerta de la casa de Abercorn Terrace. El viento era muy frío.

Martin contemplaba la fachada parda de la mansión familiar, de un estilo corriente, pero cómoda, donde todavía vivían su padre y su hermana. Ahora Crosby se lo toma con calma, pensó tiritando por culpa del viento. Pero he aquí que la puerta se abrió, y allí estaba Crosby.

—Hola, Crosby —dijo Martin.

La mujer le sonrió mostrando sus dientes de oro. En la familia decían que Martin fue siempre su favorito, y ahora a él le gustaba pensar que así era.

—¿Cómo le va la vida? —le preguntó entregándole el sombrero.

Crosby estaba como siempre, aunque más encogida, con más aspecto de mosquito, y con sus ojos azules más saltones que nunca.

—¿Le molesta el reúma? —le preguntó Martin mientras ella le ayudaba a quitarse el abrigo.

Crosby sonrió en silencio. Martin se sentía afectuoso, y se alegraba de haber encontrado a Crosby sin grandes cambios.

—¿Y la señorita Eleanor? —dijo abriendo la puerta de la sala de estar.

La sala estaba desierta. Eleanor no se encontraba en ella. Pero había estado allí, ya que había un libro sobre la mesa. Martin observó que nada había cambiado y lo celebró. Se puso ante el fuego y contempló el retrato de su madre. En el curso de los últimos años había dejado de ser su madre; se había transformado en una obra de arte. Pero estaba sucio.

Martin fijó la vista en un oscuro rincón y pensó que allí, en el césped, antes había una flor, pero ahora solo se veía una sucia pintura marrón. ¿Y qué ha

estado leyendo Eleanor?, se preguntó. Cogió el libro que estaba apoyado en la tetera y lo miró. «Renan», leyó. ¿Y por qué Renan?, se dijo comenzando a leer mientras esperaba.

—El señor Martin, señorita —dijo Crosby abriendo la puerta del estudio de Eleanor.

Eleanor miró a su alrededor. Estaba de pie junto al sillón de su padre, sosteniendo en sus manos largas tiras de recortes de prensa, como si los hubiera estado leyendo en voz alta. Su padre tenía ante sí un tablero de ajedrez; las piezas estaban dispuestas para una partida; pero el coronel permanecía reclinado en el sillón. Parecía aletargado y un tanto triste.

—Guárdalos… Guárdalos en sitio seguro —dijo señalando los recortes con el pulgar.

Eleanor pensó que el hecho de que su padre quisiera que guardara los recortes revelaba, en cierta manera, lo mucho que había envejecido. Después de su ataque de apoplejía se había transformado en un hombre inerte y pesado; tenía la nariz y la mejillas llenas de venillas rojas. Eleanor también se sentía vieja, pesada y sin bríos.

—Ha llegado el señor Martin —repitió Crosby.

—Ha venido Martin —dijo Eleanor.

Su padre no pareció oírla. Siguió sentado, quieto, con la barbilla hundida en el pecho.

—Martin… Martin… —repitió Eleanor.

¿Quería su padre ver a Martin o no quería verlo? Eleanor esperó a que se formara su lento pensamiento. Por fin su padre emitió un leve gruñido, pero Eleanor no pudo determinar con certeza su significado.

—Le mandaré aquí después de tomar el té —dijo Eleanor.

Esperó unos instantes. Su padre se irguió y comenzó a toquetear las piezas de ajedrez. Con orgullo, Eleanor observó que su padre conservaba todavía los ánimos. Aún insistía en hacer las cosas por sí mismo.

Eleanor entró en la sala de estar, donde encontró a Martin ante el plácido y sonriente retrato de su madre. Martin sostenía un libro en la mano.

—¿Por qué lees a Renan? —le preguntó cuando ella entró. Cerró el libro y besó a su hermana—. ¿Por qué Renan? —repitió.

Eleanor se sonrojó levemente. Por alguna razón, el que Martin hubiera encontrado allí el libro abierto le avergonzaba. Eleanor se sentó y dejó los recortes de prensa sobre la mesa de té.

—¿Cómo está papá? —le preguntó Martin.

Pensó que su hermana había perdido un poco de su lozanía y, sin dejar de mirarla, observó que tenía algunos mechones grises.

—Algo tristón —repuso Eleanor, con la vista fija en los recortes de prensa —. Me pregunto quién escribirá esa clase de cosas —añadió.

—¿Qué clase de cosas? —dijo Martin.

Cogió una de las arrugadas tiras y comenzó a leer: «… alto funcionario excepcionalmente preparado…, hombre de amplia cultura…».

—Vaya, se trata de Digby… —dijo—. Artículos necrológicos… Esta tarde he pasado por delante de su casa —agregó—. La han vendido.

—¿Ya? —exclamó Eleanor.

—Estaba cerrada a cal y canto y con aspecto desolado —prosiguió Martin —. En el sótano he visto a una vieja sucia.

Eleanor se quitó una horquilla y comenzó a hurgar la mecha del hornillo del hervidor. Martin la observó en silencio unos instantes.

—Me gustaba ir a esa casa —dijo por fin—. Me gustaba Eugénie.

Eleanor se quedó quieta.

—Sí… —repuso dubitativa. Jamás se había encontrado a sus anchas en presencia de Eugénie—. Eugénie exageraba —añadió.

—¡Desde luego! —rió Martin. Recordó algo que le hizo sonreír—. Tenía menos sentido de la verdad que… Eso no sirve para nada, Nell —dijo irritado por el hecho de que Eleanor siguiera hurgando en la mecha.

—Sí, sí sirve —protestó Eleanor—. Con el tiempo, el agua hierve.

Y guardó silencio. Alargó la mano hacia el bote de té y midió la cantidad necesaria.

—Una, dos, tres, cuatro —contó.

Martin observó que Eleanor todavía utilizaba el mismo bote de plata y con la tapa que se deslizaba. Contempló cómo medía metódicamente el té, una, dos, tres, cuatro. Martin guardaba silencio.

—No podemos decir una mentira para salvar el alma —dijo de repente.

¿Por qué dirá eso?, se preguntó Eleanor.

—Cuando estuve con ellos en Italia… —dijo ella en voz alta.

Pero se abrió la puerta y entró Crosby con una especie de fuente. Dejó la puerta entornada y un perro se coló detrás de ella.

—Quiero decir… —insistió Eleanor.

Pero no podía decir lo que quería decir mientras Crosby estuviera en la sala, moviéndose.

—Ya es hora de que la señorita Eleanor tenga un hervidor nuevo —le comentó Martin a Crosby señalando el viejo hervidor de latón, con un dibujo de rosas casi borrado, que jamás le había gustado.

—A Crosby no le gustan los nuevos inventos —replicó Eleanor sin dejar de hurgar con la horquilla—. Crosby no se siente segura en el ferrocarril subterráneo. ¿No es así, Crosby?

Crosby sonrió. Siempre le hablaban en tercera persona, porque ella jamás contestaba y se limitaba a sonreír. El perro husmeó la fuente que Crosby había dejado.

—Crosby permite que ese bicho engorde demasiado —dijo Martin apuntando al perro.

—Siempre se lo digo —observó Eleanor.

—Si estuviera en su lugar, Crosby —continuó Martin—, le reduciría las raciones y le llevaría a dar un buen paseo por el parque todas las mañanas.

Crosby abrió la boca de par en par.

—¡Oh, señor Martin! —protestó, sorprendida por la brutalidad de Martin.

Crosby salió de la estancia, seguida por el perro.

—Crosby sigue igual que siempre —dijo Martin.

Eleanor había levantado la tapa del hervidor y miraba su interior. El agua todavía no tenía burbujas.

—Maldito hervidor —dijo Martin.

Cogió uno de los recortes de prensa y comenzó a formar un canuto con él.

—No, no. Papá quiere conservarlos —dijo Eleanor—. Pero no era así, ni mucho menos —añadió poniendo la mano sobre el montón de recortes.

—¿Cómo era? —le preguntó Martin.

Eleanor guardó silencio. Podía ver claramente a su tío en su imaginación; llevaba el sombrero de copa en la mano; le ponía la mano en el hombro cuando se detenían ante un cuadro. Pero ¿cómo iba a describirlo?

—Solía llevarme a la National Gallery —dijo.

—Muy culto, desde luego —observó Martin. Pero sumamente pretencioso.

—Solo lo aparentaba.

—Y siempre criticando a Eugénie por detalles sin importancia.

—Sí, pero piensa en lo que debía suponer convivir con ella —repuso Eleanor—. Aquellos ademanes…

Y Eleanor agitó la mano, aunque no como lo hacía Eugénie, pensó Martin.

—Eugénie me gustaba —dijo él—. Me gustaba ir a su casa.

Martin vio la desordenada estancia; el piano abierto; la ventana abierta; el viento agitando las cortinas, y su tía avanzando hacia él, con los brazos abiertos. «¡Qué alegría, Martin! ¡Qué alegría!», solía decir. ¿Cómo había sido la vida íntima de su tía?, pensó Martin, ¿cómo habían sido sus amores? Forzosamente los tuvo, sí, evidentemente, evidentemente.

—¿No había cierta historia sobre una carta? —empezó Martin.

Lo que quería decir era: ¿No tuvo cierta aventura con no sé quién? Pero era más difícil hablar francamente con su hermana que con otras mujeres, pues ella todavía le trataba como si fuera un muchacho. Mirando a Eleanor, Martin se preguntó si su hermana se había enamorado alguna vez.

—Sí —contestó ella—. Había una historia…

Pero en ese instante sonó el estridente timbre eléctrico. Eleanor se calló.

—Papá —dijo, y comenzó a levantarse.

—No —contestó Martin—. Iré yo. —Se levantó—. Le prometí jugar una partida de ajedrez con él.

—Gracias, Martin. Le gustará —dijo Eleanor con alivio, viendo cómo Martin se alejaba.

Y se encontró sola.

Eleanor se reclinó en su asiento. Qué terrible es la vejez, pensó; apaga todas las facultades, una tras otra, pero deja algo vivo en el centro, deja —tocó los recortes de prensa— una partida de ajedrez, un paseo en coche por el parque, una visita del viejo general Arbuthnot al atardecer.

Era mejor morir, como Eugénie y Digby, en la flor de la vida, con todas las facultades. Pero no era así, pensó mirando los recortes. «Hombre singularmente apuesto… cazaba, pescaba y jugaba al golf». No, no era así, ni mucho menos. Fue un hombre curioso, débil, sensible, aficionado a los títulos, aficionado a la pintura, y a menudo deprimido, conjeturó Eleanor, por la exuberancia de su esposa. Eleanor apartó de sí los recortes y cogió el libro. Pensó que resultaba muy raro que una misma persona causara impresiones tan diferentes en los demás. A Martin le gustaba Eugénie; y a ella le gustaba Digby. Comenzó a leer.

Siempre había querido conocer el cristianismo. Cómo había comenzado y lo que en un principio significó. Dios es amor, el reino de los cielos está en nuestro interior; mientras pasaba las páginas, se preguntó qué significaban frases como las anteriores. Aquellas palabras eran muy hermosas. Pero ¿quién las dijo?, ¿cuándo? En ese momento el pitorro del hervidor le arrojó un chorro de vapor, y apartó el recipiente. El viento estremecía las ventanas en la habitación trasera; inclinaba los pequeños arbustos que aún carecían de hojas. Aquello era lo que un hombre había dicho bajo la copa de una higuera, en una colina, pensó Eleanor. Y luego otro hombre lo escribió. Pero ¿y si lo que aquel hombre dijo es tan falso como lo que este hombre —Eleanor tocó con la cuchara los recortes de papel— dice acerca de Digby? Y aquí estoy yo, pensó con la vista fija en la porcelana guardada en la alacena holandesa, en esta sala de estar, deslumbrada por lo que dijo aquel hombre hace tantos años —ya comienza, el color de la porcelana está pasando del azul al morado—, posando la vista en aquellas montañas, en aquellos mares. Encontró el punto donde había dejado la lectura y la comenzó de nuevo.

Pero un ruido en el vestíbulo la interrumpió. ¿Habría llegado alguien? Aguzó el oído. No, era el viento. Soplaba un viento terrible. Estrujaba la casa; la oprimía con fuerza; y luego se apartaba de ella para que se derrumbara. En el piso superior una puerta batió; seguramente había una ventana abierta en el dormitorio. Una persiana repiqueteaba. Era difícil concentrarse en Renan. Sin embargo, el libro le gustaba. Desde luego, Eleanor leía con facilidad el francés, y el italiano, y un poco el alemán. ¡Pero qué amplias lagunas, cuántos espacios en blanco había en su conocimiento!, pensó Eleanor reclinándose en su asiento. Qué poco sabía de todo. Por ejemplo, esta taza. Eleanor la sostuvo ante sus ojos. ¿De qué estaba hecha? ¿De átomos? ¿Y qué eran los átomos, y cómo se mantenían unidos? La suave y dura superficie de la porcelana, con sus flores rojas, le pareció durante unos segundos un maravilloso misterio. Entonces sonó otro ruido en el vestíbulo. Era el viento, pero también una voz que hablaba. Seguramente se trataba de Martin. Aunque, ¿con quién estaría hablando?, se preguntó Eleanor. A pesar de que aguzó el oído, no comprendió lo que decía, porque el viento se lo impidió. ¿Y por qué ha dicho Martin que no podemos decir una mentira para salvar el alma?, se dijo. Martin pensaba en sí mismo; se sabía cuándo las personas pensaban en sí mismas por el tono de su voz. Quizá Martin se justificaba por haber dejado el ejército. Había sido un acto de valentía, pensó Eleanor, pero ¿no resultaba raro que Martin tuviera tanta afición a la elegancia?, reflexionó escuchando las voces. Vestía un traje nuevo, azul y con rayas. Y se había afeitado el bigote. Jamás hubiera debido ser militar, pensó Eleanor; era excesivamente tenaz… Todavía hablaban. No podía comprender lo que Martin decía, pero, a juzgar por el sonido de su voz, se le ocurrió que su hermano seguramente había tenido muchas aventuras amorosas. Sí, mientras escuchaba la voz de Martin a través de la puerta, supo

con claridad que su hermano había tenido muchas aventuras amorosas. Pero ¿con quién?, ¿y por qué dan los hombres tanta importancia a las aventuras amorosas?, se preguntó Eleanor en el momento en que la puerta se abría.

—¡Rose! —exclamó Eleanor sorprendida al ver entrar a su hermana—. ¡Pensaba que estabas en Northumberland!

—¿Pensabas que estaba en Northumberland? —Rose se rió y la besó—. Pero ¿por qué? Dije el dieciocho.

—¿Y no estamos hoy a once? —quiso saber Eleanor.

—Solo vas una semana retrasada, Nell —respondió Martin.

—¡En ese caso he puesto fechas equivocadas en todas mis cartas! —exclamó Eleanor.

Miró el escritorio con aprensión. La morsa, con su zona del lomo corroída por la tinta, ya no estaba allí.

—¿Tomas té, Rose? —preguntó.

—No. Lo que necesito es un baño —contestó Rose.

Se quitó el sombrero y se pasó los dedos por el cabello.

—Tienes muy buen aspecto —dijo Eleanor pensando en lo bella que estaba su hermana.

Pero Rose tenía un arañazo en el mentón.

—Una verdadera belleza, ¿no crees? —observó Martin riéndose de ella.

Rose levantó la cabeza como un caballo. Eleanor pensó que Martin y Rose siempre andaban lanzándose pullas. Rose era hermosa, pero a Eleanor le hubiera gustado que vistiera mejor. Llevaba una chaqueta de angora verde, una falda con botones de cuero, y sostenía un bolso reluciente. Había estado organizando reuniones en el norte.

—Necesito un baño —repitió Rose—. Voy sucia.

—¿Qué es esto? —preguntó señalando los recortes de prensa sobre la mesa —. Oh, el tío Digby —añadió como de pasada mientras los empujaba con la mano.

Digby llevaba varios meses muerto, y los recortes ya estaban amarillentos y abarquillados.

—Martin dice que han vendido la casa —dijo Eleanor.

—¿Sí? —preguntó Rose con indiferencia. Cortó un pedazo de pastel y empezó a comérselo—. Esto me quitará el apetito para cenar. Pero es que no

he tenido tiempo de almorzar.

—He aquí a una mujer de acción —la pinchó Martin.

—¿Y las reuniones? —preguntó Eleanor.

—Sí, ¿qué pasa en el norte? —intervino Martin.

Comenzaron a hablar de política. Rose había pronunciado discursos en unas elecciones parciales. Le habían arrojado una piedra; se llevó la mano al mentón. Pero le había gustado.

—Creo que les hemos dado motivos para que piensen —dijo mientras cortaba otro trozo de pastel.

Ella es quien hubiera debido ser militar, pensó Eleanor. Era el vivo retrato del viejo tío Pargiter, de Pargiter's Horse. Martin, ahora que se había afeitado el bigote y dejado sus labios al descubierto, hubiera debido ser… ¿Qué? Quizá arquitecto, pensó Eleanor. Era tan… Levantó la vista. Ahora caía granizo. Blancas varas cruzaban las ventanas de la habitación trasera; el viento sopló con fuerza; los pequeños arbustos se habían cubierto de blancura y se inclinaban bajo su peso. En el piso superior, en el dormitorio de su madre, una ventana batió. Quizá debiera subir y cerrarla, pensó Eleanor. Seguramente está entrando la lluvia.

—Eleanor —dijo Rose—. Eleanor —repitió.

Eleanor se sobresaltó.

—Eleanor está pensativa —dijo Martin.

—No, no, qué va —protestó Eleanor—. ¿Qué decías?

—Te hacía una pregunta —repuso Rose—. ¿Te acuerdas de aquella pelea que hubo cuando se rompió el microscopio? Pues bien, encontré a aquel muchacho horrible, con cara de hurón, Erridge, en el norte.

—No era horrible —protestó Martin.

—Sí lo era —insistió Rose—. Un horrible traidorzuelo. Fue él quien rompió el microscopio y quería echarme la culpa a mí. —Se volvió hacia Eleanor—. ¿Te acuerdas de la pelea?

—No la recuerdo —dijo Eleanor—. Teníamos muchas peleas —añadió.

—Esa fue una de las peores —observó Martin.

—Sí —contestó Rose.

Rose oprimió los labios. Al parecer, había recordado algo.

—Y cuando la pelea terminó —dijo dirigiéndose a Martin—, viniste al

cuarto de los niños y me pediste que fuera a cazar escarabajos en el Round Pond contigo. ¿Te acuerdas?

Hizo una pausa. Eleanor se dio cuenta de que en aquel recuerdo había algo turbio. Rose hablaba con curiosa intensidad.

—Y tú dijiste: «Te lo pediré tres veces, y si a la tercera no dices nada iré solo». Y yo me juré: «Le dejaré que vaya solo».

Sus azules ojos ardían.

—Te recuerdo igual que si te viera —replicó Martin—. Con un vestido de color rosa y un cuchillo en la mano.

—Y te fuiste —dijo Rose, que siguió hablando con reprimida vehemencia —. Y yo fui corriendo al cuarto de baño y me hice este corte.

Mostró la muñeca. Eleanor la miró. Junto a la articulación había una delgada raya blanca.

¿Cuándo se hizo Rose este corte?, pensó Eleanor. No podía recordarlo. Rose se había encerrado en el cuarto de baño y se había cortado en la muñeca. Eleanor no sabía nada de eso. Contempló la blanca cicatriz. Tuvo que sangrar.

—Rose siempre fue una exaltada —dijo Martin, y se levantó—. Siempre tuvo un temperamento endiablado —agregó.

Se quedó un momento paseando la vista por la sala de estar, atestada de horrendos muebles de los que él se hubiera desembarazado, pensó, si estuviera en el lugar de Eleanor y obligado a vivir allí. Pero quizá a ella le importaban esas cosas.

—¿Cenas fuera? —preguntó Eleanor.

Martin cenaba fuera todas las noches. A Eleanor le hubiera gustado preguntarle dónde cenaría.

Martin afirmó con la cabeza, en silencio. Eleanor pensó que Martin trataba con toda clase de gente, gente a la que ella no conocía; y él no quería hablar de esas personas. Martin se había puesto ante la chimenea.

—Hay que limpiar ese cuadro —dijo señalando el retrato de su madre—. Es un bonito cuadro —continuó observándolo con mirada crítica—, pero ¿verdad que había una flor en el césped?

Eleanor miró el cuadro. Durante largos años no había puesto los ojos de él con intención de contemplarlo.

—¿Había una flor? —preguntó.

—Sí, una florecilla azul —respondió Martin—. Recuerdo que estaba ahí

cuando era niño.

Martin se volvió. Una imagen de su infancia acudió a su memoria al ver a Rose sentada ante la mesa de té, con el puño todavía cerrado. La vio de pie, con la espalda contra la puerta de su cuarto de estudios; la cara muy roja, los labios cerrados y apretados, como estaban ahora. Rose le había pedido algo. Y él estrujó un papel, formando una bola, y lo arrojó contra Rose.

—Qué vida tan espantosa llevan los niños, ¿verdad, Rose? —dijo Martin haciéndole un gesto con la mano mientras cruzaba la sala.

—Sí —respondió Rose—. Y no pueden contárselo a nadie —añadió.

Volvió a soplar el viento y se oyó el ruido de un vidrio rompiéndose.

—¿La clase de música de la señorita Pym? —dijo Martin deteniéndose con la mano en el pomo de la puerta.

—¿La señorita Pym? —repuso Eleanor—. ¡Murió hace veinte años!

1910

En el campo era un día bastante normal; un día de la larga cadena de días que giraba a medida que los años transcurrían, pasando del verde al anaranjado; de la hierba a la cosecha. Aquel día de la primavera inglesa, ciertamente soleado, no era caluroso ni frío, aunque una nube amoratada más allá de la colina quizá trajera lluvia. Los pastos se ondulaban bajo la sombra, y luego bajo el sol.

Sin embargo, en Londres ya se sentían las prisas y presiones de la temporada social, principalmente en el West End, donde ondeaban banderas; las punteras de los bastones golpeaban el suelo; los vestidos pasaban volanderos; y las casas recién pintadas tenían las marquesinas instaladas y balanceantes cestos con geranios rojos. También los parques —Saint James, Green Park, Hyde Park— estaban preparados. Ya desde primera hora de la mañana, antes de que hubiera la posibilidad de un desfile, las sillas verdes se encontraban alineadas entre los castaños y macizos parterres, con sus ondulados jacintos, como si esperasen que algo ocurriera, que un telón fuera alzado, que la reina Alejandra llegara, saludando, a cruzar la entrada. Tenía la cara como un pétalo, y siempre lucía su clavel rojo.

Los hombres yacían en el césped, con la camisa abierta, leyendo el periódico; en el pelado calvero junto a Marble Arch se congregaban los oradores; las niñeras les contemplaban con la mirada vacía; y las madres, sentadas en el césped, vigilaban los juegos de sus hijos. En Park Lane y

Piccadilly carros, automóviles y ómnibus recorrían veloces las calles como si estas fueran tubos; se detenían y volvían a ponerse en marcha con una sacudida; como si se resolviera un rompecabezas y luego se rompiera, porque había comenzado la temporada y las calles estaban atestadas. Sobre Park Lane y Piccadilly las nubes conservaban su libertad, vagando intermitentemente, tiñendo de oro las ventanas, dejándolas luego negras, pasaban y se desvanecían, aunque en Italia el mármol, reluciendo en las canteras, veteado de amarillo, no parecía más sólido que las nubes que cubrían Park Lane.

Si el ómnibus se detenía aquí, pensó Rose mientras miraba abajo por un lado, ella se levantaría. El ómnibus se detuvo y Rose se levantó. Era una lástima, pensó al bajar a la acera y vislumbrar su propia figura reflejada en el vidrio del escarapate de un sastre, que no vistiera mejor, que no tuviera mejor aspecto. Siempre largos abrigos, chaquetas y faldas de Whiteley's. Pero así ahorraba tiempo y, a fin de cuentas, los años —Rose ya había cumplido los cuarenta— la llevaban a una a preocuparse muy poco de lo que los demás pensaran. La gente solía decir: ¿por qué no te casas? Y se metía en la vida de una diciendo: ¿por qué no haces esto o lo otro? Pero eso era antes, ahora la gente ya no lo decía.

Llevada por la costumbre, Rose se detuvo en uno de los pequeños balcones en el borde del puente. La gente siempre se detenía para mirar el río. Las aguas discurrían rápidas, de un dorado turbio esa mañana, con suaves corrientes y ondulaciones, ya que había marea alta. Y allí estaba el habitual remolcador, las habituales barcazas con lonas negras y carga de grano. Las aguas se arremolinaban al pasar bajo los arcos. Y mientras Rose estaba allí, mirando el agua, un sentimiento enterrado comenzó a disponer el caudal de modo que adquirió una forma. Y esa forma era dolorosa. Recordó que había estado allí, en la noche de cierto compromiso, llorando; habían caído sus lágrimas, y le parecía que también su felicidad había caído. Después había dado media vuelta —dio media vuelta— y había visto las iglesias, los mástiles y los tejados de la ciudad. Queda esto, se había dicho. Y, realmente, era un panorama espléndido… Miró y volvió a dar media vuelta. Allí estaban los edificios del Parlamento. En su cara se formó una extraña expresión, mitad ceño, mitad sonrisa y Rose se echó ligeramente hacia atrás, como si se hallara al frente de un ejército.

—¡Malditos charlatanes! —dijo en voz alta y asestando un puñetazo a la baranda. Un funcionario que pasaba por allí la miró sorprendido. Rose se echó a reír. A menudo hablaba en voz alta. ¿Por qué no? También eso era un consuelo, al igual que la chaqueta, la falda y el sombrero, que se encasquetaba sin mirarse al espejo. Si la gente quería reír, que riera. Siguió adelante. Hoy almorzaría con sus primas, en Hyams Place. Ella misma se había invitado, llevada por un impulso momentáneo, al coincidir con Maggie en una tienda.

Primero había oído una voz, luego había visto una mano. Y fue raro, teniendo en cuenta lo poco que se conocían —habían vivido en el extranjero—, mientras permanecía sentada junto al mostrador, antes de que Maggie la viera y solo a causa del sonido de su voz, lo fuerte que había sido el sentimiento —Rose se preguntaba si era afecto— engendrado por los vínculos de sangre. Rose se había levantado y había dicho: «¿Puedo visitarte?», a pesar de que estaba muy ocupada y le desagradaba interrumpir su jornada por la mitad. Siguió adelante. Vivían en Hyams Place, al otro lado del río, en aquella pequeña media luna formada por casas viejas con el nombre grabado en medio, ante las que tan a menudo solía pasar cuando vivía allí. En aquellos días lejanos Rose se preguntaba: ¿quién fue Hyam? Pero nunca llegó a resolver este interrogante. Siguió adelante, al otro lado del río.

La sórdida calle de la orilla sur del río era muy ruidosa. Una y otra vez sobresalía una voz de la barahúnda general. Una mujer hablaba a gritos con una vecina; un niño lloraba. Un hombre, empujando una carretilla, abría la boca y bramaba hacia las ventanas al pasar. En la carretilla llevaba armazones de camas, parrillas, atizadores y viejas piezas de hierro retorcido. Pero era imposible decir si aquel hombre vendía o compraba hierro viejo; el ritmo persistía, aunque las palabras siempre quedaban confusas.

La multitud de sonidos, el ajetreo del tránsito, las voces de los vendedores ambulantes, los gritos aislados y el griterío general llegaban hasta el piso superior de la casa de Hyams Place, donde Sara Pargiter estaba sentada ante el piano, cantando. Entonces calló y contempló cómo su hermana ponía la mesa.

—Ve y busca en los valles —murmuró mientras miraba a su hemana—, arranca todas las rosas. —Hizo una pausa—. Es muy hermoso —añadió, soñadora.

Maggie había cogido un ramillete de flores; había cortado la cinta que las unía prietamente y había puesto las flores, una al lado de otra, sobre la mesa; y ahora las estaba colocando en un jarrón de cerámica. Eran de diferentes colores, azules, blancas y púrpura. Sara observaba a Maggie mientras arreglaba las flores. De repente se echó a reír.

—¿De qué te ríes? —preguntó Maggie distraídamente.

Añadió una flor púrpura al ramo y lo miró.

—Deslumbrada en un arrebato de contemplación —dijo Sara—, protegiendo sus ojos de la luz con plumas de pavo real humedecidas por el rocío de la madrugada —señaló la mesa—, Maggie dijo —se levantó y comenzó a bailar de un lado para otro—: es lo mismo tres que dos, es lo mismo tres que dos.

Indicó la mesa puesta con tres cubiertos.

—Es que somos tres —dijo Maggie—. Viene Rose.

Sara se detuvo. Su rostro se entristeció.

—¿Viene Rose? —repitió.

—Te lo dije —contestó Maggie—. Te dije: Rose vendrá a almorzar el viernes. Y hoy es viernes. Y Rose viene a almorzar. Llegará de un momento a otro.

Maggie se levantó y comenzó a doblar una pieza de tela que yacía en el suelo.

—Es viernes y Rose viene a almorzar —repitió Sara.

—Te lo conté —dijo Maggie—. Yo estaba en una tienda. Compraba una pieza de tela. Y alguien… —Hizo una pausa para doblar con más precisión la tela, y prosiguió—: Alguien salió de detrás del mostrador y me dijo: «Soy tu prima, soy Rose». Sí, eso dijo. Y me preguntó: «¿Puedo visitarte? Cualquier día, a cualquier hora». Y entonces le dije… —Maggie puso la tela doblada sobre una silla—: Ven a almorzar.

Maggie recorrió el cuarto con la mirada para comprobar que todo estaba listo. Faltaban sillas. Sara llevó una.

—Viene Rose —dijo—, y aquí es donde se sentará. —Puso la silla junto a la mesa, orientada hacia la ventana—. Y se quitará los guantes y dejará uno a este lado y el otro al otro lado. Y dirá: «Jamás había estado en esta parte de Londres».

—¿Y qué más? —preguntó Maggie mirando la mesa.

—Y tú dirás: «Es muy cómodo para ir al teatro».

—¿Y qué más? —dijo Maggie.

—Y entonces Rose dirá con un tono un poco soñador, sonriendo, inclinando la cabeza a un lado: «¿Vas a menudo al teatro, Maggie?».

—No —replicó Maggie—. Rose es pelirroja.

—¿Pelirroja? —preguntó Sara—. Pensaba que tenía el cabello gris, y que se le escapaba un pequeño mechón por debajo del sombrerillo negro.

—No —contestó Maggie—. Tiene mucho cabello. Y de color pelirrojo.

—Cabello pelirrojo. Rose roja —espetó Sara. Giró en redondo de puntillas —. Rose, la del corazón llameante; Rose, la del pecho ardiente; Rose, la del fatigado mundo; Rose roja, roja.

Abajo, una puerta se cerró ruidosamente; oyeron pasos que subían la escalera.

—Ahí viene —dijo Maggie.

Los pasos se detuvieron. Oyeron una voz que decía:

—¿Todavía más arriba? ¿En el último piso? Muchas gracias.

Los pasos volvieron a ascender.

—Esta es la peor tortura… —comenzó a decir Sara retorciéndose las manos y arrimándose a su hermana—. Esa vida…

—No seas tan burra —respondió Maggie apartándola de un empujón mientras se abría la puerta.

Rose entró.

—Hace siglos que no nos vemos —dijo, y estrechó la mano a sus primas.

Se preguntó a santo de qué había ido allí. Todo era diferente de lo que había previsto. El cuarto revelaba pobreza; la alfombra no cubría el suelo. En un rincón había una máquina de coser, y también Maggie se veía diferente allí que en la tienda. Pero había un sillón rojo y dorado; Rose lo reconoció con alivio.

—Este sillón estaba en el vestíbulo, ¿verdad? —dijo dejando el bolso encima.

—Sí —repuso Maggie.

—Y este espejo —continuó Rose con la vista fija en el viejo espejo italiano, empañado por las manchas, que colgaba entre las dos ventanas— también estaba allí, ¿no es cierto?

—Sí —contestó Maggie—, en el dormitorio de mi madre.

Se hizo un silencio. Parecía que no tuvieran nada más que decirse.

—¡Qué piso tan bonito habéis encontrado! —dijo Rose para entablar conversación.

Se trataba de una estancia grande, y los marcos de las puertas estaban adornados con pequeños relieves.

—Pero ¿no lo encontráis un poco ruidoso? —prosiguió Rose.

El hombre gritaba bajo la ventana. Rose miró por la ventana. Al frente había una hilera de tejados de pizarra, como paraguas a medio abrir, y muy por encima de ellos se alzaba un gran edificio que, con la salvedad de las delgadas rayas negras que lo cruzaban, parecía ser todo de vidrio. Era una fábrica. El hombre aullaba en la calle, abajo.

—Sí, es ruidoso —dijo Maggie—, pero muy cómodo.

—Muy cómodo para ir al teatro —agregó Sara, en el momento de poner la carne en la mesa.

—Recuerdo que también opinaba así —dijo Rose volviéndose para mirarla — cuando vivía aquí.

—¿Has vivido aquí? —preguntó Maggie comenzando a servir costillas.

—Aquí no —contestó Rose—. A la vuelta de la esquina. Con una amiga.

—Creíamos que vivías en Abercorn Terrace —dijo Sara.

—¿Es que no se puede vivir en más de un sitio? —preguntó Rose, vagamente enojada, ya que había vivido en muchos sitios, experimentado muchas pasiones y hecho muchas cosas.

—Recuerdo Abercorn Terrace —dijo Maggie. Hizo una pausa—. Había un cuarto muy grande; y un árbol al final, y un cuadro sobre el hogar… ¿El retrato de una chica pelirroja?

Rose afirmó con la cabeza.

—Mamá cuando era joven —dijo.

—¿Y una mesa circular en medio? —siguió Maggie.

Rose afirmó con la cabeza.

—¿Y una criada con unos ojos azules muy saltones?

—Crosby. Sigue con nosotros.

Comieron en silencio.

—¿Y qué más? —preguntó Sara, como una niña que pide un cuento.

—¿Y qué más? —dijo Rose—. Pues, bueno…

Miró a Maggie, la imaginó como aquella niñita que había ido a su casa a tomar el té.

Les vio a todos sentados alrededor de la mesa; y recordó un detalle del que no se había acordado durante años: Milly solía quitarse una horquilla y hurgar con ella en la mecha del hornillo. Y vio a Eleanor sentada ante sus libros de contabilidad; y se vio a sí misma acercándose a Eleanor para decirle: «Eleanor, quiero ir a Lamley’s».

Parecía que el pasado se impusiera a su presente. Y por alguna razón quería hablar de su pasado; contar a sus primas algo de sí misma que no hubiera dicho a nadie, algo oculto. Guardó silencio, mirando las flores del centro de la mesa sin verlas. Advirtió que había un saliente grumo azul en el vidriado amarillo.

—Recuerdo al tío Abel —dijo Maggie—. Me regaló una gargantilla, una gargantilla azul con puntos dorados.

—Todavía vive —dijo Rose.

Rose pensó que hablaban de Abercorn Terrace como si fuera el escenario de una obra teatral. Hablaban como si se refiriesen a personas que eran reales, pero no del modo en que ella se sentía real. Esto la dejó intrigada; le hizo pensar que era dos personas diferentes al mismo tiempo; que estaba viviendo en dos tiempos distintos en el mismo momento. Era una niñita con un vestido rosa; y ahora estaba sentada en esa habitación. Pero se estaba armando un gran estruendo bajo las ventanas. Un carromato pasaba rugiendo. Los vasos tintinearon en la mesa. Rose se sobresaltó un poco, arrancada de los recuerdos de su infancia, y separó los vasos.

—¿No os parece muy ruidosa esta calle? —dijo.

—Sí, pero es muy cómoda para ir al teatro —repuso Sara.

Rose levantó la vista. Se había repetido. Cree que soy una vieja idiota, pensó Rose, por hacer dos veces una misma observación. Se sonrojó un poco.

¿De qué sirve intentar contar a otro el propio pasado?, se preguntó Rose. ¿Qué es el propio pasado? Miró el jarrón con el grumo azul levemente saliente sobre el vidriado amarillo. ¿Por qué he venido, si solo se ríen de mí?, pensó. Sally se levantó y quitó los platos.

—Y Delia… —empezó Maggie mientras esperaban.

Cogió el jarrón y se lo acercó. Comenzó a arreglar las flores. No atendía; estaba sumida en sus propios pensamientos. Mientras la contemplaba, Rose se dio cuenta de que Maggie le recordaba a Digby: absorta en arreglar un ramo de flores, como si arreglar flores, poner el blanco junto al azul, fuera la cosa más importante del mundo.

—Se casó con un irlandés —dijo en voz alta.

Maggie cogió una flor azul y la colocó junto a una blanca.

—¿Y Edward? —preguntó.

—Edward… —comenzaba a decir Rose cuando Sally regresó con el pastel.

—¡Edward! —exclamó esta, al oír el nombre—. ¡Oh, malditos ojos de la hermana de mi difunta esposa, marchito amparo de mi fenecida ancianidad…! —Dejó el pastel en la mesa—. Esto es Edward —dijo—. Una cita de un libro que me regaló. «Mi juventud perdida… Mi juventud perdida…».

Era la voz de Edward; a Rose le parecía oírle. Sí, pues Edward tenía aquella manera de quitarse importancia cuando en realidad tenía una excelente

opinión de sí mismo.

Pero Edward no era solo eso. Y Rose no estaba dispuesta a permitir que se rieran, porque quería mucho a su hermano y estaba orgullosa de él.

—Ahora Edward tiene poco que ver con «mi juventud perdida» —dijo.

—No creo —contestó Sara sentándose en su sitio, frente a Rose.

Guardaron silencio. Rose volvió a mirar la flor. ¿Por qué he venido?, seguía preguntándose. ¿Por qué había partido la mañana e interrumpido su jornada de trabajo, cuando advertía claramente que sus primas no deseaban verla?

—Sigue, Rose —dijo Maggie mientras servía el pastel—, sigue hablándonos de los Pargiter.

—¿De los Pargiter? —preguntó Rose.

Se vio a sí misma corriendo a lo largo de la ancha avenida a la luz de las farolas.

—No hay nada más corriente —dijo—. Una gran familia, que vivía en una gran casa…

Y, sin embargo, le parecía que ella había sido muy interesante. Guardó silencio. Sara la miró.

—No es corriente —replicó—. Los Pargiter… —Tenía un tenedor en la mano y trazó una línea en el mantel—. Los Pargiter… —repitió— siguen y siguen adelante —en ese momento el tenedor tocó el salero—, hasta que llegan a una peña —dijo—, y entonces, Rose… —volvió a mirar a Rose, que se irguió levemente— espolea a su caballo, e inmediatamente llega ante un hombre con casaca dorada, y dice: «¡Malditos sean tus ojos!». ¿No es así, Rose, Maggie? —dijo mirando a su hermana como si hubiera estado trazando el retrato de Rose en el mantel.

Es cierto, pensó Rose mientras atacaba el pastel. Esa soy yo. Tuvo de nuevo la extraña sensación de ser dos personas al mismo tiempo.

—Bueno, hemos terminado —dijo Maggie apartando el plato—. Ven y siéntate en el sillón, Rose.

Maggie se acercó al hogar y arrastró un sillón que, según observó Rose, tenía marcados en el asiento unos muelles en forma de aros.

Eran pobres, pensó Rose mirando a su alrededor. Esa era la razón por la que habían decidido vivir en aquella casa. Sí, porque era barata. Guisaban ellas mismas. Sally se había ido a la cocina para hacer el café. Rose acercó su asiento al de Maggie. Había una pieza de seda doblada encima.

—¿Te haces tú misma los vestidos? —preguntó señalando la máquina de coser del rincón.

—Sí —repuso Maggie con la vista fija en la máquina de coser.

—¿Es para ir a una fiesta? —preguntó Rose.

El tejido era de seda, verde, con difusas rayas azules.

—Mañana por la noche —contestó Maggie.

Con un gesto curioso, se llevó una mano a la cara, como si quisiera ocultar algo. Quiere ocultarse de mí, pensó Rose, igual que yo quiero ocultarme de ella.

Rose observó a Maggie; se había levantado, había cogido la seda y la máquina de coser, y estaba enhebrando la aguja. Tenía las manos grandes, delgadas y fuertes, advirtió Rose.

—Nunca he sabido hacer vestidos —dijo mientras contemplaba cómo Maggie colocaba la seda plana y lisa bajo la aguja.

Rose comenzaba a sentirse a sus anchas. Se quitó el sombrero y lo arrojó al suelo. Maggie le dirigió una mirada de aprobación. Rose era hermosa, a su estilo devastado; más como un hombre que como una mujer.

—Pero —dijo Maggie comenzando a dar vueltas a la rueda, con cierta cautela— has hecho otras cosas.

Hablaba con el tono absorto de quien está haciendo un trabajo manual. La máquina hacía un agradable zumbido cuando la aguja perforaba la seda.

—Sí, hice otras cosas —dijo Rose acariciando al gato que se había tumbado sobre sus rodillas— cuando vivía aquí. Pero hace ya años —añadió —, cuando era joven. Vivía con una amiga —suspiró— y daba clases a ladronzuelos.

Maggie no dijo nada; hacía zumbar la máquina dando vueltas y vueltas a la rueda.

—Los ladrones siempre me han gustado más que el resto de los mortales —añadió Rose al cabo de un rato.

—Sí —dijo Maggie.

—Nunca me gustó vivir en casa —continuó Rose—. Prefería vivir con independencia.

—Sí —repuso Maggie.

Rose siguió hablando.

Descubrió que le era muy fácil hablar, muy fácil. Y no tenía necesidad alguna de decir cosas inteligentes, ni de hablar de sí misma. Rose hablaba de Waterloo Road, de cómo recordaba ella esa vía, cuando entró Sara con el café.

—¿Qué es eso que decías sobre arrimarte a un hombre gordo en la Campagna? —preguntó mientras dejaba la bandeja.

—¿La Campagna? —dijo Rose—. Yo no decía nada de la Campagna.

—Es que cuando se oye hablar desde otro cuarto —dijo Sara sirviendo el café— las palabras suenan muy raras.

Dio una taza a Rose.

—Pensaba que hablabas de Italia; de la Campagna, de noches de luna.

Rose negó con la cabeza.

—Pues no. Hablábamos de Waterloo Road —dijo.

Pero ¿de qué había estado hablando? No solo de Waterloo Road. Quizá había dicho tonterías. No había hecho más que decir lo primero que se le venía a la cabeza.

—Imagino que todas las conversaciones quedarían reducidas a tonterías, si se hicieran constar por escrito —comentó removiendo el café con la cucharilla.

Maggie detuvo la máquina de coser un momento y sonrió.

—Y si no, también —dijo.

—Pero es el único medio que tenemos para conocernos los unos a los otros —protestó Rose.

Miró su reloj. Era más tarde de lo que pensaba. Se levantó.

—Debo irme —dijo—. ¿Por qué no venís conmigo? —agregó llevada por un impulso.

Maggie la miró.

—¿Adónde? —preguntó.

Rose guardó silencio.

—A una reunión —dijo por fin.

Quería ocultar aquello que más le interesaba; se sentía extraordinariamente tímida. Y, sin embargo, deseaba que sus primas la acompañaran. Pero ¿por qué?, se preguntó mientras esperaba envarada. Se hizo un silencio.

—Podéis esperarme en el piso de arriba —exclamó de repente—, y así veréis a Eleanor, veréis a Martin… A los Pargiter en carne y hueso —añadió.

Rose recordó la frase de Sara, «la caravana cruzando el desierto». Miró a Sara. Sentada en el brazo de un sillón, balanceaba el cuerpo, al tiempo que tomaba el café a sorbos y movía un pie arriba y abajo.

—¿Voy? —preguntó indecisa, sin dejar de mover el pie arriba y abajo.

Rose encogió los hombros.

—Si quieres…

—¿Me gustará? —insistió Sara moviendo aún el pie—. ¿Esa reunión? ¿Tú qué crees, Maggie? —Sara recurrió a su hermana—. ¿Voy o no voy? ¿Voy o no voy?

Maggie no dijo nada.

Entonces Sara se levantó, se acercó a la ventana y se quedó allí un instante tarareando una canción. «Ve y busca en los valles, arranca todas las rosas», canturreaba. Pasaba el hombre; gritaba: «Compro hierro viejo, compro hierro viejo». Sara se volvió de repente con una sacudida.

—Iré —dijo como si se acabara de decidir—. Me pongo cualquier cosa y voy.

Dio un salto y fue a su dormitorio. Es como uno de esos pájaros del zoológico, pensó Rose, que no vuelan, sino que van saltando sobre el césped, de un lado para otro.

Rose se volvió hacia la ventana. Pensó que aquella callejuela era deprimente. Había una taberna en la esquina. Las casas de enfrente tenían aspecto muy sórdido, y la calle era muy ruidosa. «Compro hierro viejo», gritaba el hombre bajo la ventana, «compro hierro viejo». Los niños chillaban en el arroyo; jugaban y hacían unas rayas de yeso en el suelo. Rose se quedó quieta observándolos.

—¡Pobrecillos desgraciados! —comentó.

Cogió el sombrero y le clavó enérgicamente dos agujas.

—¿No os resulta un poco molesto —dijo frente al espejo, dando un golpecito en un lado del sombrero— regresar a casa tarde, por la noche, teniendo una taberna en la esquina?

—¿Borrachos, quieres decir? —preguntó Maggie.

—Sí —dijo Rose.

Se abrochó la fila de botones de cuero de su traje sastre, y se dio una palmada aquí y otra allá, como si se dispusiera a salir.

—¿De qué hablabais? —preguntó Sara, que entraba con los zapatos en la

mano—. ¿De otra visita a Italia?

—No —repuso Maggie confusamente, porque tenía la boca llena de alfileres—. De borrachos que la siguen a una.

—De borrachos que la siguen a una —repitió Sara.

Se sentó y comenzó a ponerse los zapatos.

—A mí no me siguen —dijo.

Rose sonrió. No cabía la menor duda. Sara tenía mal color, era angulosa y sin encanto.

—Puedo cruzar el puente de Waterloo a cualquier hora del día y de la noche —continuó Sara tirando de los cordones de los zapatos—, sin que nadie se fije en mí.

En uno de los cordones se había formado un nudo; Sara lo toqueteó con dedos torpes.

—Pero recuerdo —añadió— que una mujer me dijo, una mujer muy hermosa, que era como…

—Date prisa —la interrumpió Maggie—, que Rose te espera.

—Rose me espera. Pues bien, esa mujer, al entrar en Regent's Park, me invitó a un helado. —Sara se puso en pie, e intentó que el zapato encajara en su pie—. Sí, a tomar un helado en una de esas mesillas bajo los árboles, una de esas mesillas circulares y con mantel, bajo los árboles. —Se puso a saltar con un zapato puesto y el otro pie descalzo—. Y esa mujer dijo que los ojos veían a través de todas las hojas, pasaban igual que los rayos del sol; y su helado se había derretido… ¡Su helado se había derretido! —repitió dando palmadas en el hombro a su hermana y girando de puntillas.

Rose ofreció la mano.

—¿Te quedas para terminar el vestido? —dijo—. ¿No vienes con nosotras?

Quería que Maggie la acompañara.

—No, no voy —contestó Maggie, y estrechó la mano de Rose—. Lo odiaría —agregó, y sonrió a Rose con un candor que la desconcertó.

¿Se ha referido a mí?, pensó Rose mientras bajaba la escalera. ¿Ha querido decir que me odia, cuando yo le tengo tanta simpatía?

En el pasaje que llevaba a la vieja plaza de Holborn, un hombre entrado en años, con la nariz colorada y aspecto apaleado, como si hubiera capeado durante años las inclemencias del tiempo en las esquinas de la ciudad, vendía violetas. Había puesto su tenderete alineado con una fila de postes. Los

ramilletes, prietamente ceñidos, cada uno de ellos con una orla de hojas verdes alrededor de las flores un tanto marchitas, reposaban uno al lado de otro en una bandeja; había vendido pocos.

—Lindas violetas, violetas frescas —repetía automáticamente al paso de los viandantes.

La mayoría de la gente pasaba sin mirar. Pero el hombre seguía repitiendo su fórmula como un autómata, «lindas violetas, violetas frescas», como si apenas tuviera alguna esperanza de que le compraran. Entonces se acercaron dos señoras; el hombre les ofreció las violetas y dijo una vez más «lindas violetas, violetas frescas». Una de las señoras dejó caer dos monedas en la bandeja, y el hombre levantó la vista. La otra señora se detuvo, puso la mano en el poste, y dijo:

—Y aquí te dejo.

En ese momento la señora baja y gruesa golpeó el hombro de la otra y dijo:

—¡No seas tonta!

Y la señora alta soltó una brusca carcajada, como un cacareo, cogió de la bandeja un ramillete de violetas, como si ya lo hubiera pagado; y las dos siguieron su camino. He aquí una extraña cliente, pensó el hombre; ha cogido las violetas a pesar de no haberlas pagado. Observó cómo caminaban las dos mujeres alrededor de la plaza; luego empezó a farfullar de nuevo: «lindas violetas, dulces violetas».

—¿Es aquí donde os reunís? —preguntó Sara mientras caminaban por la plaza.

Había un gran silencio. El sonido del tránsito no se oía. Los árboles aún no habían desplegado todas sus hojas, y en sus copas las palomas zureaban y se agitaban. Cuando las aves saltaban entre las ramas caían al suelo minúsculas ramitas. Un viento suave les sopló en la cara. Siguieron caminando alrededor de la plaza.

—Es esa casa —dijo Rose señalándola.

Se detuvo cuando llegaron a una casa con portal de madera labrada y muchos nombres en un lado del marco. Las ventanas de la primera planta estaban abiertas; las cortinas se agitaban, entrando y saliendo, y por las ventanas se veía una fila de cabezas, como si varias personas se hubieran sentado alrededor de una mesa para hablar.

Rose se detuvo ante el umbral.

—¿Entras o no entras? —dijo.

Sara dudó. Echó una ojeada al interior. Después, blandió su ramillete de

violetas ante la cara de Rose, y gritó:

—¡De acuerdo! ¡Adelante!

Miriam Parrish leía una carta. Eleanor trazaba rayas negras en el papel secante. Todo esto lo he oído, todo esto lo he hecho demasiado a menudo, pensaba. Miró alrededor de la mesa. Incluso las caras de las personas parecían repetirse. Allí estaba el tipo del estilo Judd, del estilo Lazenby, y allí está Miriam, pensó Eleanor, sin dejar de trazar rayas en el papel secante. Sé lo que dirá ese hombre, sé lo que dirá esa mujer, pensó mientras hacía un menudo orificio en el papel secante. Ahí llega Rose. Pero ¿quién es esa que va con ella?, se preguntó Eleanor. No la reconoció. Pero, fuera quien fuese, Rose le indicó con la mano que se sentara en un rincón, y la sesión siguió adelante. ¿Y por qué tenemos que hacer esto?, pensó Eleanor, trazando una línea recta que partía del orificio central. Levantó la vista. Alguien caminaba junto a la verja, pasando un palo por las barras y silbando; las ramas de un árbol se movían arriba y abajo, en el jardín. Las hojas estaban a punto de salir… Miriam dejó sus papeles sobre la mesa; el señor Spicer se levantó.

No hay otro modo, supongo, pensó Eleanor volviendo a coger el lápiz. Mientras el señor Spicer hablaba, Eleanor tomó una nota. Había descubierto que su lápiz podía tomar notas harto correctas mientras ella pensaba en otros asuntos. Al parecer, podía dividirse en dos. Una persona podía seguir el razonamiento, y el señor Spicer lo está exponiendo muy bien, pensó Eleanor; en tanto que la otra persona, debido a que la tarde era hermosa y había deseado ir a Kew, caminaba por un verde prado y se detenía ante un árbol florido. ¿Es un magnolio? ¿O ya no están en flor? Recordó que los magnolios no tienen hojas, sino flores blancas… Trazó una línea en el papel secante.

Ahora, Pickford…, se dijo Eleanor volviendo a levantar la vista. El señor Pickford hablaba. Eleanor trazó más rayas; las hizo más anchas. Luego levantó la mirada, porque había percibido un cambio en el tono de la voz.

—Conozco muy bien Westminster —estaba diciendo la señorita Ashford.

—¡También yo! —dijo el señor Pickford—. Llevo cuarenta años viviendo allí.

Eleanor se quedó sorprendida. Siempre había creído que el señor Pickford vivía en Ealing. Vaya, ¿conque vivía en Westminster? Era un hombrecillo perfectamente afeitado y pulido, a quien Eleanor siempre había visto, en su imaginación, corriendo con un periódico bajo el brazo para coger un tren. ¿De modo que vivía en Westminster? Es raro, pensó Eleanor.

Después siguieron discutiendo. El zureo de las palomas se hizo audible. Toma dos zureos, toma dos zureos, to… siempre zureando. Martin hablaba. Y habla muy bien, pensó Eleanor… Pero no debería ser sarcástico; pone en

guardia a la gente. Eleanor trazó otra raya.

Entonces Eleanor oyó el ruido de un automóvil en la calle; se detuvo ante la ventana. Martin dejó de hablar. Hubo un momento de expectación. Luego se abrió la puerta y entró una mujer alta con vestido de noche. Todos la miraron.

—¡Lady Lasswade! —dijo el señor Pickford levantándose y echando atrás la silla, cuyas patas rascaron el suelo.

—¡Kitty! —exclamó Eleanor.

Eleanor comenzó a levantarse, pero volvió a sentarse. Hubo un leve revuelo. Sacaron una silla para lady Lasswade, que se sentó frente a Eleanor.

—Siento haber llegado tan tarde —se disculpó—, y siento haber venido con estas ropas absurdas —añadió tocándose el chal.

Estaba rara, vestida de noche en plena luz del día. Algo brillaba en su cabello.

—¿Ópera? —le preguntó Martin mientras ella se sentaba a su lado.

—Sí —contestó ella lacónicamente.

Con movimientos que denotaban sentido práctico, puso los guantes blancos sobre la mesa. Se le abrió el chal, que dejó a la vista el vestido plateado que cubría. Realmente tenía un aspecto raro comparado con el de los demás. Pero ha tenido el detalle de venir, pensó Eleanor mientras la miraba, teniendo en cuenta que luego irá a la ópera. La sesión se reanudó.

¿Cuánto tiempo lleva casada?, se preguntó Eleanor. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que entre las dos rompimos el columpio en Oxford? Trazó otra raya en el papel secante. Ahora el punto estaba erizado de rayas.

—Discutimos el asunto en toda su integridad, con absoluta franqueza —decía Kitty.

Eleanor escuchaba. Este es el estilo que me gusta, pensó. Kitty había hablado con sir Edward en una cena… El estilo de las grandes damas, pensó Eleanor, es firme, natural. Eleanor volvió a prestar atención. Le constaba que el estilo de las grandes damas gustaba mucho al señor Pickford, pero irritaba a Martin. Este estaba quitando importancia a sir Edward y a su franqueza. Después el señor Spicer volvió a dispararse, y Kitty le hizo coro. Ahora intervino Rose. Todos discrepaban. Eleanor escuchaba. Comenzó a irritarse cada vez más. Todo quedaba reducido a lo siguiente: yo llevo razón y tú no, pensó. Aquellas rencillas solo servían para perder el tiempo. Si al menos pudiéramos llegar a algo, algo más profundo, más profundo, pensó Eleanor clavando el lápiz en el papel secante. De repente vio el único punto importante. Tenía las palabras en los labios. Abrió la boca, dispuesta a hablar.

Pero en el preciso instante en que se aclaraba la garganta, el señor Pickford cogió sus papeles y se puso en pie. Dijo que rogaba a todos que le disculparan. Debía ir al juzgado. Y se fue.

La reunión prosiguió lentamente, arrastrándose. El cenicero del centro de la mesa rebosaba colillas; el aire estaba denso de humo; después se marchó el señor Spicer; se fue la señorita Bodham; la señorita Ashford se lió prietamente una bufanda al cuello, cerró con un golpe seco su cartera de negocios y salió con pasos firmes del cuarto. Miriam Parrish se quitó las gafas y las colgó de un ganchito que llevaba cosido en la parte delantera de su vestido. Todos se iban; la reunión había terminado. Eleanor se levantó. Quería hablar con Kitty. Pero Miriam se interpuso en su camino.

—En lo tocante a vernos el próximo miércoles… —comenzó a decir Miriam.

—Sí —contestó Eleanor.

—Acabo de recordar que prometí a mi sobrina acompañarla al dentista —prosiguió Miriam.

—Para mí, el sábado también sería un buen día —dijo Eleanor.

Miriam guardó silencio. Lo pensó.

—¿Y si lo dejamos para el lunes? —propuso.

—Mandaré una nota para confirmarlo —repondió Eleanor con una irritación que nunca sabía ocultar, a pesar de que Miriam era una santa; esta se fue agitada, con aire de culpabilidad, como si fuera un perrito al que han pillado hurtando algo.

Eleanor se volvió. Los otros aún discutían.

—¡Tardarás poco en darme la razón! —decía Martin.

—¡Jamás! ¡Jamás! —replicó Kitty, y golpeó la mesa con los guantes.

Kitty estaba muy hermosa; también un poco absurda, con su vestido de noche.

—¿Por qué no has hablado, Nell? —dijo volviéndose hacia Eleanor.

—Porque… —comenzó Eleanor—. Bueno, no lo sé —añadió con poca convicción.

De repente se sintió desaliñada y sórdida al lado de Kitty, vestida de gran gala y con algo que brillaba en su cabello.

—En fin —dijo Kitty volviéndose—, debo irme. ¿Puedo llevar a alguien a algún sitio? —se ofreció, señalando la ventana.

Allí estaba su automóvil.

—¡Magnífico coche! —exclamó Martin con acento burlón, mirándolo.

—Es de Charlie —observó Kitty con cierta sequedad—. ¿Qué dices, Eleanor? —continuó volviéndose hacia ella.

—Sí, gracias. Un momento, por favor.

Eleanor se aturulló. No sabía dónde había dejado los guantes. ¿Había venido con paraguas o sin paraguas? Se sentía desorientada y desaliñada, como si de repente hubiera vuelto a ser una colegiala. Allí estaba el magnífico automóvil, y el chófer mantenía la puerta abierta, con una manta en la mano.

—Entra —dijo Kitty.

Luego entró Kitty y el chófer le puso la manta sobre las rodillas.

—Dejémosles haciendo cábalas —dijo Kitty con un ademán.

Y el automóvil se puso en marcha.

—¡Qué cabezotas son! —exclamó Kitty mirando a Eleanor—. ¡Usar la fuerza siempre es un error! ¿No crees? ¡Siempre! —repitió tapándose mejor las rodillas con la manta.

Aún estaba bajo la influencia de la reunión. Sin embargo, deseaba hablar con Eleanor. Se veían poco, y le tenía una gran simpatía. Pero Kitty era tímida, allí sentada con sus incongruentes ropas, y no podía apartar su mente de las roderas de la reunión por las que aquella seguía avanzando.

—¡Qué cabezotas son! —repitió, y a continuación comenzó a decir—: Oye, dime…

Eran muchas las cosas que deseaba preguntar; pero el motor era tan poderoso; y el automóvil entraba y salía tan suavemente del torrente circulatorio… Y antes de que hubiera tenido tiempo de decir siquiera una de las cosas que quería, Eleanor le ofreció la mano, pues habían llegado a la estación del metro.

—¿Puede parar aquí? —dijo Eleanor levantándose.

—¿Debes bajarte ya? —comenzó Kitty.

Deseaba hablar con Eleanor.

—Sí, debo, debo —respondió Eleanor—. Mi padre me espera.

Volvía a sentirse como una niña, al lado de aquella gran señora y del chófer, que mantenía la puerta abierta.

—Ven a verme… Tenemos que volver a vernos pronto, Nell —dijo Kitty

tomando su mano.

El automóvil volvió a ponerse en marcha. Lady Lasswade se reclinó en su rincón. Pensó que le gustaría ver más a menudo a Eleanor, pero jamás conseguía que fuera a cenar a su casa. No sin amargura, Kitty pensó que Eleanor siempre le decía «Mi padre me está esperando», o cualquier otra excusa. Las dos habían avanzado por caminos tan diferentes, habían llevado vidas tan distintas desde los tiempos de Oxford… La velocidad del automóvil se redujo. Tenía que ocupar su puesto en la larga cola de automóviles que avanzaba al paso, ahora deteniéndose, ahora arrancando con una sacudida, a lo largo de la estrecha calle obstruida por los carros que iban al mercado y que desembocaba en el teatro de la Ópera. Por la acera caminaban mujeres y hombres vestidos de gala. Parecían incómodos e inhibidos al avanzar entre los tenderetes de los vendedores ambulantes de fruta y pescado, con sus altos peinados y chales y capas, con sus flores en el ojal y blancos chalecos, a la luz del sol de la tarde. Las señoras caminaban con incomodidad, con sus zapatos de altos tacones; de vez en cuando se llevaban la mano a la cabeza. Los caballeros procuraban mantenerse junto a ellas, como si quisieran protegerlas. Es absurdo, pensó Kitty; es ridículo salir a la calle con vestido de noche a esta hora. Se reclinó en su rincón. Los mozos del mercado de Covent Garden, los desaliñados empleados con sus ropas de diario y las mujeres de rudo aspecto, todas con delantal, la miraban. El aire estaba impregnado de un fuerte olor a naranjas y plátanos. Pero el automóvil iba a detenerse. Se paró bajo la marquesina. Kitty empujó las puertas de vidrio y entró.

Inmediatamente experimentó una sensación de alivio. Ahora que la luz del día se había extinguido y el aire resplandecía en amarillo y carmesí, Kitty dejó de sentirse absurda. Al contrario, se sintió correcta. Las damas y los caballeros que subían la escalera iban vestidos exactamente igual que ella. El olor a naranjas y plátanos había sido sustituido por otro, por una sutil mezcla de aromas a ropa, guantes y flores que Kitty advertía con placer. La alfombra que pisaba era gruesa. Avanzó por el pasillo hasta llegar a su palco, con su tarjeta. Entró y ante ella apareció el teatro de la Ópera en su integridad. No había llegado tarde, a pesar de todo. La orquesta aún estaba afinando; los intérpretes reían, hablaban y se volvían, sentados, hacia uno y otro lado, sin dejar de afinar diligentemente sus instrumentos. Kitty se quedó de pie, contemplando la sala. En la platea reinaba la agitación. La gente pasaba, camino de sus localidades. Se sentaba y volvía a levantarse. Se quitaba las capas y saludaba a los amigos. Parecía una bandada de pájaros posándose en un campo. En los palcos, aparecían blancas figuras aquí y allá; los brazos blancos descansaban en las barandillas de los palcos; las blancas pecheras de las camisas resplandecían a su lado. El teatro entero resplandecía, coloreado de rojo, dorado y crema, y olía a ropa y a flores, y el aire se estremecía con los quejidos y los trinos de los instrumentos, con el zumbido y el murmullo de las

voces. Kitty echó un vistazo al programa que reposaba en la barandilla del palco. Iban a representar Sigfrido, su ópera favorita. En un pequeño espacio, dentro de la elaborada orla, constaban los nombres de los intérpretes. Kitty se inclinó para leerlos; en ese momento se le ocurrió un pensamiento y dirigió la mirada al palco real. Estaba desierto. Mientras Kitty miraba, la puerta de su palco se abrió y entraron dos hombres; uno de ellos era su primo Edward; el otro era un muchacho, primo del marido de Kitty.

—¿No han suspendido la función? —preguntó el joven mientras estrechaba la mano de Kitty—. Temía que la suspendieran.

Tenía un cargo en el Ministerio de Asuntos Exteriores, y una hermosa cabeza romana. Instintivamente, todos miraron el palco real. En la barandilla había programas, pero no se veía el ramillete de claveles rosados. El palco estaba vacío.

—Los médicos han perdido toda esperanza de salvarle —dijo el joven dándose importancia.

Todos imaginan que lo saben todo, pensó Kitty sonriendo ante el aire de poseedor de información privada que tenía el muchacho.

—¿Y si muere? —preguntó Kitty sin dejar de mirar el palco real—. ¿Crees que la suspenderán?

El joven se encogió de hombros. Sobre esto nada cierto sabía, evidentemente. El teatro se estaba llenando. Las luces relumbraban en los brazos de las señoras cuando estas se volvían; oleadas de luz destellaban, dejaban de destellar y volvían a destellar en dirección opuesta cuando las señoras volvían la cabeza.

Pero ahora el director se abrió paso entre la orquesta, camino de su elevado atril. Sonó una salva de aplausos; el director se volvió y saludó con una reverencia al público; dio otra vez media vuelta, todas las luces menguaron; la obertura había comenzado.

Kitty apoyó la espalda contra la pared del palco; los pliegues de la cortina mantenían su cara en la penumbra. Le gustaba tener el rostro en la penumbra. Mientras interpretaban la obertura, Kitty miraba a Edward. Al rojizo resplandor, solo podía ver el perfil de su cara; era más pesada que antes; pero Edward tenía aspecto intelectual, apuesto, y un tanto ausente mientras escuchaba la obertura. No hubiera dado buen resultado, pensó Kitty; soy demasiado… y dejó la frase inacabada. Edward no se ha casado, pensó Kitty; pero ella sí se había casado. Y tengo tres hijos. He estado en Australia. He estado en la India… La música la inducía a pensar en sí misma y en su vida, algo que rara vez hacía. La música la exaltaba; proyectaba una luz favorecedora sobre su persona, sobre su pasado. Pero ¿por qué Martin se ha

reído de mí, por el hecho de tener automóvil?, pensó Kitty. ¿De qué sirve reírse?, se preguntó.

Y he aquí que se levantó el telón. Kitty se inclinó y miró el escenario. El enano golpeaba la espada con el martillo. Martillazo, martillazo, martillazo, y seguía propinando golpes menudos, cortos y secos. Kitty escuchó atentamente. La música había cambiado. Él, pensó Kitty mirando al apuesto muchacho, sabe con exactitud lo que la música dice. El muchacho ya estaba del todo poseído por la música. A Kitty le gustaba el aire completamente absorto que se había posado en lo más alto de la inmaculada respetabilidad del muchacho, y le daba un aspecto casi severo… Pero aquí estaba Sigfrido. Kitty se inclinó. Vestido con pieles de leopardo, muy gordo, con los muslos morenos, y llevando tras él a un oso; allí estaba. A Kitty le gustaba aquel joven gordo y saltarín, con su peluca de color lino. Su voz era magnífica. Martillazo, martillazo, martillazo, prosiguió el enano. Kitty volvió a reclinarse. ¿Qué la hacía pensar aquello? Un joven que entró en un cuarto, con virutas en el cabello… cuando ella era muy joven. ¿En Oxford? Había ido a tomar el té con aquella gente; se había sentado en una dura silla; en una habitación muy sencilla; y se oían martillazos en el jardín. Y entonces entró un muchacho con virutas en el cabello. Y ella deseó que el muchacho la besara. ¿O se trataba quizá del mozo de la granja de Carter, cuando el viejo Carter apareció tan de repente, tirando de un toro con un anillo en el hocico?

Esta es la clase de vida que me gusta, pensó cogiendo sus prismáticos. Y esta es la clase de persona que soy, terminó la frase.

Entonces se llevó los prismáticos a los ojos. De repente la escena se tornó luminosa y cercana; el césped parecía gruesa lana verde; Kitty podía ver los macizos y morenos brazos de Sigfrido, relucientes de pintura. Le brillaba la cara. Dejó los prismáticos y se reclinó en su rincón.

Y la vieja Lucy Craddock… Vio a Lucy sentada ante una mesa; con su nariz roja y sus ojos pacientes y amables. «¡De modo que tampoco has trabajado esta semana, Kitty!», le decía con tono de reproche. ¡Cuánto la quería!, pensó Kitty. Y luego había regresado al pabellón; y allí estaba el árbol, con un palo sosteniéndolo en la parte media del tronco; y su madre sentada con la espalda erguida… Me gustaría no haberme peleado tan a menudo con mi madre, pensó Kitty, súbitamente consciente del paso del tiempo y de la tragedia que ello comportaba. Entonces la música cambió.

Kitty volvió a mirar el escenario. El vagabundo había entrado en escena. Estaba sentado en un banco, ataviado con una larga túnica gris; un parche se bamboleaba incómodamente sobre uno de sus ojos. Y el vagabundo siguió, y siguió, y siguió. La atención de Kitty vaciló. Echó una ojeada al rojizo teatro en penumbra; solo veía codos blancos apoyados en las barandillas de los

palcos; y aquí y allá aparecía un nítido punto de luz, nacido de la linterna con la que algunos seguían la partitura. El perfil de Edward volvió a llamar la atención de Kitty. Edward escuchaba con actitud crítica y atención. No hubiera dado buen resultado, pensó Kitty, no hubiera dado buen resultado, en absoluto.

Por fin el vagabundo se había ido. ¿Y ahora qué?, se preguntó Kitty inclinándose. Sigfrido irrumpió en escena. Allí estaba de nuevo vestido con sus pieles de leopardo, riendo y cantando. La música emocionaba a Kitty. Era magnífica. Sigfrido cogió los pedazos de la espada rota, sopló en el fuego, y dio martillazos, martillazos, martillazos. El canto, los martillazos y los saltos del fuego se producían al mismo tiempo. Más y más deprisa, más y más rítmicamente, más y más triunfalmente, Sigfrido golpeaba, hasta que por fin alzó la espada por encima de su cabeza y la bajó. ¡Crac! Y partió el yunque en dos. Entonces blandió la espada sobre su cabeza y gritó y cantó; la música se elevó más y más; y bajó el telón.

Se encendieron las luces del centro del teatro. Los colores regresaron. El teatro de la Ópera cobró vida de nuevo, con sus caras y sus diamantes, con sus hombres y mujeres. Aplaudían y agitaban los programas. El teatro entero parecía batir las alas formadas por blancos papeles cuadrangulares. Las cortinas fueron separadas y sostenidas de esta guisa por altos lacayos de calza corta. Kitty se levantó y aplaudió. De nuevo se cerraron las cortinas; y otra vez fueron separadas. Los pesados pliegues que tenían que sostener casi impedían a los lacayos tenerse en pie. Una y otra vez, separaban y sostenían las cortinas; e incluso cuando los lacayos dejaron caer las cortinas, y los cantantes habían desaparecido, y los músicos de la orquesta habían dejado sus atriles, el público seguía en pie, aplaudiendo y agitando los programas.

Kitty se volvió hacia el joven de su palco. Tenía el cuerpo inclinado sobre la barandilla. Y aún aplaudía.

—¡Bravo! ¡Bravo! —gritaba.

Se había olvidado de ella. Se había olvidado de sí mismo.

—¿Verdad que ha sido maravilloso? —dijo por fin, volviéndose hacia atrás.

Su rostro tenía una expresión extraña, como si se hallara en dos mundos a la vez y se viera en la obligación de juntarlos.

—¡Maravilloso! —coincidió Kitty.

Miró al joven con una punzada de envidia.

—Y ahora —dijo Kitty mientras recogía sus cosas— vayamos a cenar.

En la casa de Hyams Place había terminado la cena. Habían quitado el mantel; solo quedaban unas cuantas migajas y el jarrón con flores en medio de

la mesa, como un centinela. El único ruido que se oía en la habitación era el de las puntadas de una aguja al atravesar una pieza de seda, ya que Maggie cosía. Sara se sentaba encorvada en la banqueta del piano, aunque no tocaba.

—Canta algo —le dijo de repente Maggie.

Sara se volvió y tocó unas notas.

—«Blando y agito la espada en mi mano…» —cantó.

Se trataba de la letra de una pomposa marcha del siglo XIII, pero la voz de Sara era metálica y débil. Se le quebró la voz. Dejó de cantar.

Se quedó sentada en silencio, con los dedos en las teclas.

—¿Para qué cantar cuando no se tiene voz? —murmuró.

Maggie siguió cosiendo.

—¿Qué has hecho hoy? —preguntó por fin, levantando la vista bruscamente.

—He salido con Rose —respondió Sara.

—¿Y qué has hecho con Rose? —dijo Maggie con tono distraído.

Sara se volvió y la miró. Después empezó a tocar de nuevo.

—He mirado el agua desde el puente —susurró—. He mirado el agua desde el puente —tarareó al compás de la música—. El agua que corría, el agua que fluía. Que mis huesos se transformen en coral; que los peces enciendan sus linternas; y que con ellas iluminen mis ojos.

Sara se giró un poco y miró a Maggie, que no le prestaba atención. Sara guardó silencio. Volvió a mirar las teclas. Pero no vio las teclas, sino un jardín; flores; y a su hermana; y a un hombre joven, con una gran nariz, que se inclinaba para coger una flor que brillaba en la oscuridad. Y el hombre joven sostenía la flor con sus dedos, a la luz de la luna… Maggie la interrumpió.

—Has salido con Rose —dijo—. ¿Y adónde habéis ido?

Sara dejó el piano y se sentó ante la chimenea.

—Cogimos un ómnibus y fuimos a Holborn —dijo—. Y caminamos por una calle —continuó—. Y, de repente… —agitó la mano y siguió—: … sentí una palmada en el hombro. «¡Maldita embustera!», dijo Rose, y me cogió y me lanzó contra la pared de una taberna.

Maggie daba puntadas en silencio.

—Cogisteis un ómnibus y fuisteis a Holborn —repitió mecánicamente—. ¿Y después?

—Entramos en una sala —continuó Sara—. Y allí había gente, una multitud. Y yo me dije…

Sara se calló.

—¿Una reunión? —murmuró Maggie—. ¿Dónde?

—En una sala —respondió Sara—. Con luz pálida y verdosa. Una mujer colgaba ropa en un alambre, en un patio trasero; y pasó alguien golpeando las barras de la verja con un bastón.

—Sí, comprendo —dijo Maggie, y comenzó a coser más deprisa.

—Y yo me dije —prosiguió Sara—, ¿de quiénes son estas caras…?

—Una reunión —la interrumpió Maggie—. ¿Para qué? ¿Sobre qué?

—Las palomas zureaban —continuó Sara—. Toma un zureo, zum. Toma dos zureos, zum, zum, tom… Y entonces un ala oscureció el aire, y entró Kitty vestida de luz de estrellas, y se sentó en una silla.

Hizo una pausa. Maggie guardaba silencio. Durante unos instantes siguió cosiendo.

—¿Quién entró? —preguntó por fin.

—Una persona muy hermosa, vestida con luz de estrellas, y con verde en el cabello —dijo Sara—. Después —en ese momento la voz de Sara cambió e imitó el tono en que un hombre de la clase media debe saludar a una dama prestigiosa— el señor Pickford va y se levanta de un salto, y dice: «Oh, lady Lasswade, ¿por qué no se sienta aquí?». —Sara empujó una silla—. Y entonces —continuó gesticulando con las manos— lady Lasswade va y se sienta, y deja los guantes sobre la mesa —dio una palmada a un almohadón—, así.

Maggie levantó los ojos de la costura. Tenía la impresión general de una sala llena de gente; de bastones golpeando los barrotes de una verja; de ropas colgadas a secar, y de alguien con alas de escarabajo en el pelo entrando en la estancia.

—¿Y qué pasó? —preguntó.

—Entonces la marchita Rose, la espinosa Rose, la parda Rose, la amarga Rose… —Sara soltó una carcajada y terminó su frase—: derramó una lágrima.

—No, no —replicó Maggie.

Había algo raro en el relato, algo imposible. Alzó la vista. La luz de un automóvil que pasaba se deslizó por el techo. Estaba oscureciendo y ya no se veía. El farol de la taberna de enfrente proyectaba un resplandor amarillento en la estancia; una acuática forma de luces fluctuantes temblaba en el techo.

Fuera, en la calle, se oyó una bronca, unos pasos que se arrastraban, pateos, como si la policía llevara a rastras a alguien por la calle en contra de su voluntad. Unas voces le gritaban y se burlaban de él.

—¿Otra pelea? —murmuró Maggie, mientras clavaba la aguja en la tela.

Sara se levantó y se acercó a la ventana. Junto a la taberna se había congregado un grupo. Estaban echando de ella a un hombre. Salió tambaleándose. Fue a dar contra una farola y se agarró a ella. El escenario estaba iluminado por el resplandor del farol que pendía sobre la puerta de la taberna. Sara se quedó unos instantes junto a la ventana, mirando a la gente. Luego se volvió; a la luz ambigua su rostro tenía aspecto cadavérico y cansado, como si ya no fuera una muchacha, sino una vieja desgastada por una vida de partos, crápula y delincuencia. Se quedó encorvada, con las manos juntas y apretadas.

—Dentro de un tiempo —dijo Sara mirando a su hermana—, la gente, al poner los ojos en ese sitio, esa caverna, ese pequeño antro construido con barro y estiércol, se llevará los dedos a la nariz —Sara se llevó los dedos a la nariz— y dirá: «Uf… Esa gente apesta».

Se dejó caer en una silla.

Maggie la miró. Aovillada, con el cabello cayéndole sobre la cara y las manos juntas y crispadas, Sara parecía una gran mona agazapada en una caverna de barro y estiércol. Maggie repitió para sí: «Uf… Esa gente apesta». En un espasmo de asco, clavó la aguja en la tela. Era verdad, pensó; eran seres mezquinos y desagradables, impulsados por apetitos que no podían dominar. La noche rebosaba rugidos y maldiciones, violencia e inquietud, y también belleza y alegría. Maggie se levantó con el vestido en las manos. Los pliegues de seda llegaban hasta el suelo y Maggie los acarició.

—Ya está. Terminado —dijo dejando el vestido sobre la mesa.

Nada más podía hacer con sus manos. Dobló el vestido y lo guardó. Entonces el gato, que hasta aquel momento había dormido, se levantó muy despacio, arqueó el lomo y estiró todo su cuerpo.

—¿Quieres cenar, verdad? —dijo Maggie.

Fue a la cocina y regresó con un plato de leche.

—Pobre gatita —exclamó mientras ponía el plato en el suelo.

Se quedó contemplando cómo la gata se tragaba la leche a lengüetazos, poco a poco; después la gata volvió a estirarse con extraordinaria gracia.

Sara, un poco alejada, observaba a la gata. Luego la imitó.

—Pobre gatita, pobre gatita —repitió—. Parece que la mezas en la cuna,

Maggie.

Maggie levantó los brazos como si con este movimiento quisiera defenderse de un implacable destino. Después los dejó caer. Mirando a Maggie, Sara sonrió; entonces las lágrimas llenaron sus ojos, saltaron y resbalaron despacio por sus mejillas. Pero cuando Sara levantó la mano para secarse las lágrimas, se oyeron unos golpes; alguien martilleaba la puerta de la casa contigua. El martilleo cesó. Luego comenzó de nuevo, martillazo, martillazo, martillazo.

Las dos escucharon.

—Upcher ha llegado a casa borracho y quiere entrar —dijo Maggie.

Los golpes cesaron. Después volvieron a empezar.

Sara se secó los ojos con gesto rudo y enérgico.

—¡Cría a tus hijos en una isla desierta, donde solo lleguen los buques con luna llena!

—¿O no tengas hijos? —dijo Maggie.

Se abrió una ventana de par en par. Una voz de mujer insultó a gritos al hombre. Desde abajo, el hombre contestó aullando con su espesa voz de borracho. Luego la puerta se cerró de golpe.

Las dos aguzaron el oído.

—Ahora se arrimará tambaleándose a la pared y vomitará —dijo Maggie.

Oyó unos pasos que ascendían pesadamente la escalera de la casa contigua. Se hizo un silencio.

Maggie cruzó la habitación y cerró la ventana. Los grandes ventanales de la fábrica de enfrente estaban iluminados; el edificio parecía un palacio de cristal atravesado por estrechas barras negras. La mitad inferior de las casas de delante quedaba teñida por un resplandor amarillo; los tejados de pizarra relucían azules, pues el cielo se cernía como un pesado palio de luz amarilla. En la acera sonaban pasos, ya que aún caminaba gente por la calle. A lo lejos gritaba una voz ronca. Maggie se asomó. La noche era ventosa y cálida.

—¿Qué grita? —preguntó.

La voz se acercó más y más.

—¿Muerto…? —dijo Maggie.

—¿Muerto…? —dijo Sara.

Se asomaron. Pero no pudieron oír el resto de la frase. Entonces un hombre que iba empujando una carretilla les gritó:

—¡El rey ha muerto!

1911

Salía el sol. Muy despacio asomaba por el horizonte desprendiendo luz. Pero el cielo era tan amplio, tan limpio de nubes que iluminarlo requería tiempo. Poco a poco las nubes se tornaron azules; las hojas de los árboles del bosque chispearon; abajo brilló una flor; los ojos de los animales —tigres, monos, pájaros— chispearon. Lentamente, el mundo surgió de la oscuridad. El mar adquirió el aspecto de la piel de un pez de innumerables escamas, reluciente y dorado. Aquí, en el sur de Francia, los surcados viñedos tomaron luz; las pequeñas viñas se colorearon de púrpura y amarillo; y el sol, pasando entre las rendijas de las persianas, rayaba los blancos muros. Maggie, de pie junto a la ventana, contemplaba el patio y vio el libro de su marido atravesado por la sombra de la parra; y el vaso que él tenía al lado desprendía un resplandor amarillo. Por la ventana abierta entraban los gritos de los campesinos ocupados en su labor.

El sol, cruzando el Canal, vanamente atacaba la manta de espesa niebla marina. La luz penetraba con lentitud la neblina que cubría Londres; caía sobre las estatuas de Parliament Square y en el palacio, donde ondeaba la bandera, a pesar de que el rey, llevado bajo la enseña blanca y azul de la Union Jack, yacía en las cavernas de Frogmore. Hacía más calor que nunca. Los ollares de los caballos silbaban cuando bebían en los abrevaderos; sus cascos formaban relieves duros y frágiles, como si fueran de yeso, en los caminos. Los fuegos que chisporroteaban en los páramos dejaban ramitas carbonizadas al extinguirse. Corría el mes de agosto, la época de las vacaciones. Las claraboyas de las grandes estaciones ferroviarias eran globos incandescentes de luz. Los viajeros vigilaban las saetas de los redondeados relojes amarillos mientras seguían a los mozos de cuerda que empujaban las carretillas con las maletas, sujetando las correas de los perros. En todas las estaciones había trenes prestos a llevarlas a través de Inglaterra a su destino; al norte, al sur, al oeste. Ahora el guarda con la banderita en la mano alzada bajó el brazo y pasó el furgón suelto. Balanceándose, los trenes cruzaban los jardines públicos con senderos de asfalto; dejaban atrás las fábricas; salían a campo abierto. Los hombres que pescaban en los puentes alzaban la vista; los caballos avanzaban ligeros al paso; las mujeres salían a la puerta y se protegían los ojos con la mano; la sombra del humo flotaba sobre el trigo, descendía formando una voluta y quedaba prendida en un árbol. Y seguían adelante.

En el patio de la estación de Wittering esperaba la vieja victoria de la

señora Chinnery. El tren llevaba retraso; hacía mucho calor. William, el jardinero, sentado en el pescante, con su parda chaqueta de botones chapados, ahuyentaba las moscas. Las moscas eran molestas. Se habían congregado en las orejas del caballo formando menudos racimos castaños. William esgrimió el látigo; la vieja yegua piafó y sacudió las orejas, ya que las moscas habían vuelto a posarse en ellas. Hacía mucho calor. El sol caía a plomo en el patio de la estación, en los carros y las moscas y los carromatos que esperaban el tren. Por fin la señal descendió; del seto surgió una bocanada de humo; al cabo de un minuto, una riada de gente entraba en el patio, y allí estaba la señorita Pargiter, con la bolsa en la mano y una sombrilla blanca. William se llevó la mano al sombrero.

—Siento haber llegado con tanto retraso —dijo Eleanor sonriéndole, pues ya le conocía, porque iba todos los años.

Puso la bolsa en el asiento y se sentó bajo la sombra de la sombrilla blanca. El cuero que forraba el coche ardía tras la espalda de Eleanor; hacía mucho calor, más que en Toledo. Giraron por High Street; el calor parecía tener la virtud de dejarlo todo adormilado y silencioso. Los carros y carromatos, con las riendas colgantes y flojas, y las cabezas de los caballos bajas, llenaban la ancha calle. Pero después del bullicio y la barahúnda de los mercados extranjeros, qué silencioso y tranquilo parecía aquello. Algunos hombres con polainas se apoyaban en las paredes; las tiendas tenían los toldos extendidos; barras de sombra cruzaban el suelo. Tenían que recoger paquetes. Se detuvieron ante la pescadería, y les entregaron un paquete blando y húmedo. Se pararon ante la herrería, y William regresó con una hoz. Se pararon ante la droguería, pero tuvieron que esperar porque la loción no estaba preparada aún.

Eleanor se reclinó en su asiento, a la sombra de la sombrilla blanca. El aire parecía zumbar a la par que el calor. El aire parecía oler a jabón y productos químicos. Cuánto se lava la gente en Inglaterra, pensó Eleanor, con la mirada fija en el jabón amarillo, el jabón verde y el rosado en el escaparate de la droguería. En España Eleanor apenas se había lavado; solo se había secado con un pañuelo entre las blancas y secas piedras del Guadalquivir. En España todo estaba reseco y encogido. Pero aquí —Eleanor miró a lo largo de High Street— todas las tiendas rebosaban hortalizas, relucientes pescados plateados, pollos de patas amarillas y suave pechuga, cubos, rastrillos y carretillas de mano. ¡Y qué amable era la gente!

Eleanor advirtió que la gente se llevaba la mano al sombrero con mucha frecuencia, se estrechaba la mano; se detenía y hablaba en medio de la calle. Pero ya salía el droguero con una botella grande envuelta en papel de seda. La colocaron debajo de la hoz.

—¿Mucha mosca este año, William? —preguntó Eleanor al ver de qué

loción se trataba.

—Cosa mala, señorita, cosa mala —repuso William llevándose la mano al sombrero.

Según entendió Eleanor, William dijo que no habían tenido una sequía tan mala desde el año del jubileo; sin embargo, el acento de William, su cantinela y su deje del Dorsetshire hacían difícil comprender sus palabras. Después William agitó el látigo y siguieron adelante; pasaron la cruz del mercado; dejaron atrás el edificio de ladrillos rojos del ayuntamiento, con sus arcos; avanzaron por una calle con casas del siglo XVIII de ventanas arqueadas, en las que vivían médicos y abogados; pasaron por la alberca, con cadenas que unían los postes blancos y un caballo abrevando; y así salieron a campo abierto. La carretera estaba cubierta de suave polvo blanco; los setos, adornados con coronas de clemátides blancas, también parecían cubiertos por el polvo. La vieja yegua se puso al trote corto, un trote mecánico, y Eleanor se reclinó bajo la sombrilla blanca.

Todos los veranos Eleanor visitaba a Morris en casa de su suegra. Eleanor calculaba que había estado allí siete u ocho veces; pero ese año era diferente. Ese año, todo era diferente. Su padre había muerto; su casa estaba cerrada; y no estaba atada a ningún lugar. Mientras avanzaba traqueteando por ardientes senderos, pensó adormilada: ¿Qué haré ahora? ¿Vivir aquí?, se preguntó al pasar ante una muy respetable villa de estilo georgiano, a mitad de la calle. No, no quiero vivir en un pueblo, se dijo; y lo cruzaron traqueteando. Y qué voy a hacer con la casa, se dijo, mientras miraba una casa con porche, entre los árboles. Pero entonces pensó: Me convertiría en una señora con el cabello gris, dedicada a cortar flores con la tijera y a llamar a las puertas de las casas de campo. Eleanor no quería llamar a las puertas de las casas de campo. Y el clérigo —un clérigo que subía la ladera de la colina en bicicleta— la visitaría para tomar el té. Sin embargo, no quería que él tomara el té con ella. Qué ordenado y pulido era todo, pensó cuando cruzaban el pueblo. Los jardincillos resplandecían con sus flores rojas y amarillas. Entonces comenzaron a ver lugareños; toda una procesión. Algunas mujeres llevaban paquetes; había un reluciente objeto plateado en el cobertor de un cochecito de niño; y un viejo sostenía, oprimido contra el pecho, un peludo coco. Eleanor supuso que se había celebrado una fiesta; y ahora volvía la gente. Todos los asistentes a la fiesta se echaron a un lado para dejar pasar el coche al trote, y clavaron los ojos con curiosidad en la señora sentada bajo la sombrilla blanca. Llegaron a un portalón blanco; recorrieron una corta avenida al trote ligero; y, con un floreo del látigo, se detuvieron ante dos esbeltas columnas; los picaportes parecían espinosos erizos; y la puerta principal estaba abierta de par en par.

Eleanor esperó un instante en el vestíbulo. La brillante luz de la carretera la había deslumbrado. Todo parecía pálido, frágil y agradable. Las alfombras

estaban desteñidas; los cuadros, descoloridos. Incluso el almirante con su emplumado sombrero, encima de la chimenea, tenía una curiosa expresión de marchita urbanidad. En Grecia una tenía que remontarse siempre a dos mil años atrás. Aquí las cosas seguían en el siglo XVIII. Como todo lo inglés, pensó Eleanor dejando la sombrilla sobre la mesa, junto al cuenco de porcelana con pétalos de rosa secos, el pasado parecía cercano, doméstico y amable.

Se abrió la puerta.

—¡Eleanor! —exclamó su cuñada mientras entraba corriendo en el vestíbulo, con su ligera ropa veraniega—. ¡Qué alegría verte! ¡Estás muy morena! Pasa, ¡vamos a un sitio fresco!

La llevó a la sala de estar. Encima del piano había ropa de bebé blanca; unas frutas rosas y verdes relucían dentro de botes de vidrio.

—Está todo muy desordenado —dijo Celia hundiéndose en un sofá—. Acaban de irse lady Saint Austell y el obispo. —Se abanicó con una hoja de papel—. Pero ha sido un gran éxito. Hemos celebrado la tómbola en el jardín. Y hemos hecho teatro.

El papel con que se abanicaba era un programa.

—¿Una obra de teatro? —preguntó Eleanor.

—Pues sí, una escena de Shakespeare. ¿Sueño de una noche de verano? ¿Como gustéis? No me acuerdo. La señorita Green lo organizó. Afortunadamente, hemos tenido buen tiempo. El año pasado llovió a mares. ¡Y cómo me duelen los pies!

La alargada ventana daba a la zona del jardín cubierta de césped. Eleanor vio a gente arrastrando mesas.

—¡Qué aventura! —dijo.

—Sin duda —admitió Celia, jadeante—. Hemos tenido a lady Saint Austell y al obispo, pastelitos de coco y un cerdo; pero creo que todo ha estado muy bien. Se han divertido.

—¿Para la iglesia? —preguntó Eleanor.

—Sí. El campanario nuevo.

—No es una tontería.

Eleanor miró el césped. La hierba ya estaba agostada y amarilla; las matas de laurel parecían marchitas. Pasó Morris arrastrando una mesa.

—¿Lo pasaste bien en España? —le estaba preguntando Celia—. ¿Viste cosas maravillosas?

—¡Oh, sí! —exclamó Eleanor—. Vi…

Y se detuvo. Había visto cosas maravillosas, edificios, montañas y una ciudad roja en la llanura. Pero ¿cómo iba a describirlo?

—Luego tienes que contármelo todo —dijo Celia levantándose—. Ya es hora de que comencemos a arreglarnos. Pero siento tener que pedirte —añadió mientras subía un tanto penosamente la ancha escalera— que tengas cuidado a la hora de gastar agua, porque andamos muy escasos. El pozo…

Y calló. El pozo, recordó Eleanor, siempre dejaba que desear en los veranos cálidos. Recorrieron el ancho pasillo, pasaron ante el viejo y amarillento globo terráqueo, bajo el agradable cuadro del siglo XVIII, un retrato de todos los pequeños Chinnery, con largas enaguas en forma de pantalón y pantaloncillos de seda, de pie alrededor de sus padres, en el jardín. Celia se detuvo con la mano en el pomo de la puerta del dormitorio. Por la ventana abierta entraba el zureo de las palomas.

—Esta vez te vas a alojar en el cuarto azul —dijo.

Por lo general le asignaban el cuarto rosado. Celia echó una ojeada dentro.

—Supongo que no falta nada, pero… —comenzó a decir.

—Estoy segura de que no falta nada —repuso Eleanor.

Y Celia la dejó.

La doncella ya había sacado de la maleta la ropa de Eleanor. Y allí estaba, sobre la cama. Eleanor se quitó el vestido y, en su combinación blanca, empezó a lavarse metódicamente pero con cautela, pues el agua escaseaba. El sol inglés todavía le escocía en la cara, donde el sol español le había quemado la piel. El cuello estaba separado del pecho, como si se lo hubieran pintado de castaño, pensó mientras se ponía el vestido de noche ante el espejo. Se retorció la espesa melena, con su mechón gris, formando rápidamente una espiral; se puso la joya, una gota roja, como de mermelada de frambuesa congelada con una semilla de oro en el centro, alrededor del cuello; y echó una ojeada a aquella mujer a la que había tratado tan a menudo durante cincuenta y cinco años que ya había dejado de verla: era evidente que estaba envejeciendo; las arrugas le cruzaban la frente; donde antes la carne era firme ahora estaba hundida o formaba surcos.

¿Y cuál era mi principal atractivo?, se preguntó mientras se pasaba una vez más el peine por el cabello. ¿Los ojos? Sus ojos le contestaron con una risotada cuando Eleanor los miró. Los ojos, sí, pensó Eleanor. Alguien había alabado, en cierta ocasión, sus ojos. Se obligó a abrirlos, en vez de juntarlos y entrecerrarlos. Estaban rodeados de rayitas blancas, pues fruncía los párpados para evitar el resol en la Acrópolis, en Nápoles, en Granada y en Toledo. Pero

ha terminado, pensó Eleanor, la gente ya no alabará mis ojos. Y acabó de vestirse.

Se quedó un instante contemplando el seco y agostado césped. La hierba era casi amarilla; los olmos comenzaban a ponerse de color pardo; al otro lado del seto hundido rumiaban unas vacas rojas y blancas. Inglaterra desilusionaba, pensó Eleanor; era pequeña; era bonita; no, no sentía afecto hacia su tierra natal, ningún afecto. Acto seguido bajó, ya que quería ver a Morris a solas.

Pero Morris no estaba solo. Se levantó cuando Eleanor entró y le presentó a un viejo robusto y con el cabello blanco, vestido de esmoquin.

—Os conocéis, ¿verdad? —dijo—. Eleanor, sir William Whatney.

Morris enfatizó con humor el «sir», lo que dejó a Eleanor confusa por un instante.

—Por lo menos antes nos conocíamos bastante bien —dijo sir William acercándose a Eleanor, y sonrió al tomar su mano.

Eleanor lo miró. ¿Era posible que se tratara de aquel William Whatney —el buen Dubbin— que solía visitarles en Abercorn Terrace hacía años? Sí, lo era. Eleanor no lo había visto desde que se fue a la India.

¿Es que todos estamos así?, se preguntó Eleanor, apartando la vista de la cara avejentada, arrugada, roja y amarilla del que fue aquel muchacho que ella había conocido —ahora casi sin cabello—, para mirar a su hermano Morris, que estaba calvo y flaco; pero ¿acaso no se encontraba en el mejor momento de su vida, igual que ella? ¿O acaso todos se habían convertido en unos vejestorios como sir William? Entonces entraron North, su sobrino, y Peggy, su sobrina, con su madre, y todos fueron a cenar al comedor. La anciana señora Chinnery cenaba arriba.

¿Y cómo se había convertido Dubbin en sir William Whatney?, se preguntó Eleanor echándole una mirada mientras comían el pescado que les habían entregado en el húmedo paquete. La última vez que lo había visto fue… en una barca en el río. Habían ido de merienda campestre y comieron en una isla en medio del río. ¿Sería Maidenhead?

Estaban hablando de la fiesta. Craster había ganado el cerdo; la señora Grice había ganado la batea chapada de plata.

—Eso es lo que vi en un cochecito de niño —dijo Eleanor—. Me he cruzado con la gente que volvía de la fiesta —añadió.

Describió el paso de la gente. Y comentaron la fiesta.

—¿No envidia a mi cuñada? —dijo Celia dirigiéndose a sir William—.

Acaba de regresar de un viaje a Grecia.

—¡Pues claro que la envidio! —respondió sir William—. ¿En qué parte de Grecia ha estado?

—Fuimos a Atenas, luego a Olimpia, después a Delfos… —empezó Eleanor recitando la fórmula habitual.

Evidentemente, ella y Dubbin se estaban tratando con todos los formalismos habituales.

—Mi cuñado Edward también hace viajes estupendos —dijo Celia.

—¿Se acuerda de Edward? —intervino Morris—. ¿No estudiaron juntos?

—No, yo iba unos cursos por delante —contestó sir William—. Pero, desde luego, he oído hablar de él. A ver, déjenme recordar… ¿Qué es ahora? Creo que ha llegado muy alto, ¿verdad?

—En lo suyo, a lo más alto —dijo Morris.

Morris no estaba celoso de Edward, pensó Eleanor; pero su voz tenía cierto tono que le dejaba entrever que comparaba su carrera con la de Edward.

—Todos le adoraban —dijo Eleanor.

Sonrió; en su imaginación veía a Edward dando lecciones a legiones de devotas maestras de escuela acerca de la Acrópolis. Las maestras sacaban sus libretas y apuntaban todo lo que Edward decía. Él fue muy generoso; muy amable; siempre cuidó de ella.

—¿Conoció a alguien de la embajada? —preguntó sir William a Eleanor, e inmediatamente se corrigió—: Bueno, en realidad no es una embajada, ¿verdad?

—No. Atenas no es embajada —dijo Morris.

Aquí la conversación se desvió. ¿Cuál era la diferencia entre una embajada y una legación? Luego comenzaron a hablar de la situación en los Balcanes.

—Habrá problemas muy pronto allí —decía sir William.

Se volvió hacia Morris. Discutieron la situación en los Balcanes.

Eleanor dejó de prestar atención. ¿Qué había hecho ese hombre?, se preguntó. Algunas de sus palabras y gestos devolvían a Eleanor la imagen de él tal como era treinta años atrás. Al entornar los párpados se hacían visibles en él algunos vestigios del buen Dubbin. Eleanor entornó los párpados. De repente se acordó: él era quien había alabado sus ojos. «Su hermana tiene los ojos más luminosos que he visto en mi vida», había dicho. Y Morris se lo contó a ella. Eleanor había ocultado la cara tras un periódico, en el tren, para

que no vieran el placer que sentía. Ahora volvió a mirarle. Hablaba. Eleanor escuchó. Aquel hombre parecía excesivamente grande para el silencioso comedor inglés. Hablaba con voz de trueno. Necesitaba público.

Contaba una anécdota. Sus frases eran recortadas, nerviosas, como si estuvieran rodeadas de un aro, estilo que Eleanor admiraba, pero se había perdido el principio de la anécdota. El vaso de William Whatney estaba vacío.

—Sírvale más vino a sir William —ordenó Celia en un susurro a la nerviosa camarera.

En el aparador hubo un zarandeo de botellas. Celia frunció inquieta el entrecejo. Se trata de una muchacha del pueblo que no conoce el oficio, pensó Eleanor. La anécdota estaba llegando a su punto culminante, pero ella se había perdido varios fragmentos.

—… y me encontré con unos viejos pantalones de montar, bajo un palio de plumas de pavo real, y toda aquella buena gente estaba agazapada, con la frente pegada al suelo. Y yo me dije: «¡Santo Dios, si supieran que me siento como un asno redomado!». —Sostuvo el vaso en alto para que se lo llenasen —. Así nos enseñaban nuestro oficio en aquellos tiempos.

Alardeaba, desde luego; y era natural. Había regresado a Inglaterra después de haber gobernado un distrito «de la extensión de Irlanda, aproximadamente», como siempre decían todos; aunque nadie había oído hablar de él. Eleanor tenía la impresión de que durante aquel fin de semana escucharía muchas historias más que serenamente redundarían en beneficio del narrador. Pero sir William hablaba muy bien. Había hecho muchas cosas interesantes. Eleanor deseaba que también Morris contara historias. Deseaba que afirmara su personalidad, en vez de reclinarse y pasarse la mano —la mano con el corte— por la frente.

¿Me equivoqué al animarlo a dedicarse a la abogacía?, se preguntaba Eleanor. Su padre se había mostrado contrario. Pero lo hecho hecho está; Morris se casó; vinieron los hijos; y tuvo que seguir adelante, tanto si le gustaba como si no. Qué irrevocables son las cosas, pensó Eleanor. Hacemos nuestros propios experimentos, y luego ellos hacen los suyos. Miró a su sobrino North, y luego a su sobrina Peggy. Estaban sentados frente a ella, y el sol les daba en la cara. Sus rostros de aspecto saludable, en forma de huevo, eran muy juveniles. El vestido azul de Peggy se abombaba como el vestido de muselina de una niña pequeña; North todavía era un muchacho de ojos castaños y voz insegura. Escuchaba atentamente; Peggy miraba su plato. Tenía la expresión neutra de las jovencitas bien educadas cuando escuchan a sus mayores. Quizá se divirtiera, ¿o acaso se aburría? Eleanor no podía saberlo con certeza.

—Ahí va… —dijo Peggy levantado la vista de repente—. La lechuza —añadió llamando la atención de Eleanor.

Eleanor se volvió para mirar por la ventana que tenía a su espalda. No alcanzó a ver la lechuza; vio los recios árboles, dorados a la luz del sol poniente; y las vacas, moviéndose lentamente mientras cruzaban el prado pastando.

—Es tan puntual que puedes saber la hora, cuando pasa —dijo Peggy.

Entonces Celia se levantó.

—¿Dejamos a los caballeros con su política y salimos a tomar el café en la terraza? —preguntó.

Y dejaron tras la puerta a los caballeros y la política.

—Voy a buscar los prismáticos —dijo Eleanor, y fue arriba.

Eleanor quería ver la lechuza antes de que la oscuridad se lo impidiera. Cada día le interesaban más los pájaros. Seguramente era un síntoma de envejecimiento, supuso cuando entraba en el dormitorio. Soy una soltera limpia que observa a los pájaros, se dijo mientras buscaba los prismáticos. Y allí estaban sus ojos, que todavía le parecían bastante luminosos, a pesar de las arrugas que los rodeaban, los ojos que había ocultado en el tren porque Dubbin los había alabado. Pero ahora, pensó, me han clasificado como una solterona limpia que observa los pájaros. Eso es lo que creen que soy. Pero no lo soy, no, de ningún modo, se dijo Eleanor. Negó con la cabeza y apartó la vista del espejo. El dormitorio era agradable; en penumbra, civilizado y fresco en comparación con los dormitorios de las posadas extranjeras, con las paredes manchadas donde alguien había aplastado chinches y hombres peleándose bajo la ventana. Pero ¿dónde estaban sus prismáticos? ¿Los había guardado en un cajón? Se volvió para buscarlos.

—¿Ha dicho padre que sir William estuvo enamorado de ella? —preguntó Peggy mientras esperaban en la terraza.

—No lo sé —repuso Celia—, pero me hubiera gustado que se hubiesen casado. Me hubiera gustado que Eleanor hubiese tenido hijos. Habrían podido vivir aquí —añadió—. Sir William es un hombre encantador.

Peggy no dijo nada. Guardaron silencio.

Celia volvió a hablar.

—Espero que hayas sido amable con los Robinson esta tarde, a pesar de lo horribles que son.

—De todas maneras, dan unas fiestas bárbaras —dijo Peggy.

—Bárbaras, bárbaras… —se quejó su madre medio riéndose—. Querida, preferiría que no usaras el vocabulario vulgar de North… Ahí viene Eleanor… —añadió.

Eleanor entró en la terraza con los prismáticos y se sentó al lado de Celia. Todavía hacía mucho calor; y aún había luz suficiente para ver las distantes colinas.

—Volverá en cualquier instante —dijo Peggy cogiendo una silla—. Vendrá por allí, por el seto.

Señaló la oscura línea del seto que cruzaba el prado. Eleanor enfocó los prismáticos y esperó.

—Bueno —dijo Celia mientras servía el café—, tengo que hacerte una infinidad de preguntas.

Hizo una pausa. Siempre tenía muchas preguntas que hacer. No había visto a Eleanor desde el mes de abril. En cuatro meses las preguntas iban en aumento. Salieron poco a poco.

—En primer lugar… —comenzó Celia—. No. —Celia rechazó aquella pregunta en favor de otra—: ¿Qué hay de verdad en ese asunto de Rose?

—¿Qué asunto? —preguntó Eleanor con tono distraído, mientras graduaba los prismáticos—. Está oscureciendo demasiado —dijo.

Veía el campo borroso.

—Morris dice que la llevaron a un cuartelillo de la policía —dijo Celia.

Había bajado un poco la voz a pesar de que estaban a solas.

—Arrojó un ladrillo —dijo Eleanor.

Volvió a enfocar el seto con los prismáticos. Los sostuvo orientados hacia allí por si aparecía la lechuza.

—¿La meterán en la cárcel? —preguntó Peggy rápidamente.

—Esta vez, no —repuso Eleanor—. La próxima vez… ¡Ahí viene!

El ave de redondeada cabeza se acercaba balanceándose a lo largo del seto. A la luz del ocaso parecía casi blanca. Eleanor consiguió mantenerla dentro del círculo de los lentes de sus prismáticos. El ave sostenía ante sí una mancha pequeña y negra.

—¡Lleva un ratón en las garras! —exclamó Eleanor.

—Tiene el nido en el campanario —dijo Peggy.

La lechuza desapareció fuera de su campo de visión.

—Ya no la veo —dijo Eleanor.

Bajó los prismáticos. Guardaron un instante de silencio y tomaron unos sorbos de café.

Celia meditaba la siguiente pregunta; pero Eleanor se adelantó.

—Cuéntame toda la historia de William Whatney —dijo—. La última vez que lo vi era un jovenzuelo flaco que iba en barca.

Peggy se echó a reír.

—Hará mucho tiempo de eso —dijo.

—Pues no, no tanto —observó Eleanor un tanto irritada—. Bueno… —reflexionó—. Unos veinte años, veinticinco quizá.

A ella le parecía muy poco tiempo; pero fue antes de que Peggy naciera, pensó. Peggy tenía dieciséis o diecisiete años.

—¿Verdad que es un hombre encantador? —preguntó Celia—. Bueno, ya sabes, estuvo en la India. Ahora está retirado y tenemos la esperanza de que se afinque aquí, pero Morris piensa que encontrará este lugar muy aburrido.

Permanecieron sentadas en silencio, contemplando el prado. Las vacas mugían de vez en cuando mientras pastaban y avanzaban paso a paso por la hierba.

El aire les llevó el dulce aroma de las vacas y la hierba.

—Mañana también hará calor —dijo Peggy.

El cielo estaba perfectamente liso; parecía formado por innumerables átomos de un gris azulado, como el color de la capa de un militar italiano, hasta llegar al horizonte, donde había una larga franja de puro verde. Todo parecía muy asentado, muy quieto, muy puro. No había una sola nube, y aún no se veían las estrellas.

Era pequeño; era cómodo; carecía de grandeza, en comparación con España, sin embargo, ahora que el sol se había puesto, y que las copas de los árboles se juntaban en una masa uniforme, sin hojas sueltas, aquello tenía su belleza, pensó Eleanor. El prado se estaba haciendo más grande y sencillo; comenzaba a unirse al cielo.

—¡Qué hermoso! —exclamó Eleanor, como si quisiera resarcir a Inglaterra de la comparación con España.

—¡Si el señor Robinson no construye! —suspiró Celia.

Eleanor se acordó; aquella gente era el azote local; la gente rica que amenazaba con construir.

—Hoy, en la tómbola —siguió Celia—, he hecho todo lo posible para ser amable con ellos. Hay gente que no los invita; pero siempre he dicho que hay que ser cortés con los vecinos, cuando se vive en el campo. —Hizo una pausa—. Tengo que hacerte tantas preguntas —dijo.

La botella volvía a estar inclinada. Eleanor, obediente, aguardó.

—¿Todavía no te han hecho una oferta de compra de Abercorn Terrace? —le preguntó Celia.

Gota a gota iban saliendo las preguntas.

—Todavía no —repuso Eleanor—. El agente quiere que divida la casa en pisos.

Celia meditó. Y volvió al ataque.

—¿Y Maggie? ¿Para cuándo espera el hijo?

—En noviembre, me parece —dijo Eleanor—. En París —añadió.

—Espero que todo salga bien —confesó Celia—. Pero preferiría que naciera en Inglaterra. —Volvió a reflexionar—. Supongo que sus hijos serán franceses —comentó.

—Sí, franceses, supongo —respondió Eleanor.

Eleanor miraba la franja verde; se estaba desvaneciendo; se volvía azul. Se transformaba en noche.

—Todos dicen que es muy simpático —observó Celia—. Pero René… René —el acento francés de Celia era malo— no parece nombre de hombre.

—Puedes llamarle Renny —propuso Peggy pronunciándolo a la inglesa.

—Sí, pero ese nombre me recuerda Ronny, y Ronny no me gusta. Tuvimos un mozo de cuadra llamado Ronny.

—Que robaba paja —dijo Peggy.

Volvieron a quedarse en silencio.

—Qué lástima… —comenzó a decir Celia.

Pero se calló. La doncella había llegado para retirar el servicio de café.

—Hace una noche maravillosa, ¿verdad? —comentó Celia adaptando su voz a la presencia de servidumbre—. Es como si ya nunca fuera a llover. En ese caso, realmente no sé…

Y siguió parloteando sobre la sequía y la falta de agua. El pozo siempre se secaba. Eleanor, mirando las colinas, apenas escuchaba.

—Pero por ahora hay agua suficiente para todos… —oyó que Celia decía.

Por alguna razón, Eleanor dejó que la frase quedara pegada a su oído sin significado.

—Suficiente para todos, por ahora —repitió Celia.

Después de todas las lenguas extranjeras que Eleanor había oído, la frase de Celia le parecía puro inglés. Qué bello era ese idioma, pensó repitiendo para sí aquellas palabras manidas, que Celia había dicho con sencillez, aunque con cierta indescriptible sordina en la erre, ya que los Chinnery habían vivido en Dorsetshire desde tiempos inmemoriales.

La doncella se había ido.

—¿Qué estaba diciendo? —Celia retomó sin discurso—. Sí, decía qué lástima. Sí…

Les llegaron unas voces; aroma a humo de cigarro; los caballeros se acercaban. Celia se interrumpió.

—¡Aquí les tenemos! —dijo.

Acercaron sillas y las recolocaron.

Se sentaron en semicírculo, de cara al prado y a las borrosas colinas. La ancha franja verde que se extendía en el horizonte se había desvanecido. Solo había dejado un leve tinte en el cielo. La noche había quedado tranquila y fresca; ellos también parecían haberse calmado. No había necesidad de hablar. La lechuza volvió a volar sobre el prado; pudieron ver la parte blanca de sus alas contra la oscuridad del seto.

—Ahí va —dijo North, tras dar una chupada al puro, regalo de sir William, que Eleanor creía que era el primero de su vida.

Los olmos destacaban ahora totalmente negros contra el cielo. Las hojas formaban un dibujo punteado, como encaje negro calado de agujeros. Por uno de esos agujeros Eleanor vio el punto de una estrella. Levantó la vista. Había otra estrella.

—Mañana hará buen tiempo —dijo Morris mientras vaciaba la pipa golpeándola contra el zapato.

A lo lejos, en la distante carretera, se oían ruedas de carro; luego unas voces cantando a coro, voces de campesinos que regresaban a casa. Esto es Inglaterra, pensó Eleanor; tenía la impresión de hundirse lentamente en una fina masa de ramas temblorosas, colinas que se oscurecían, hojas colgando, como encaje negro punteado de estrellas. Pero un murciélago se precipitó sobre sus cabezas.

—¡Detesto los murciélagos! —exclamó Celia, llevándose nerviosamente la mano a la cabeza.

—¿De verdad? —dijo sir William—. Pues yo les tengo simpatía.

Su voz era tranquila y casi melancólica. Ahora Celia dirá: «Se te meten entre el cabello», pensó Eleanor.

—Se te meten entre el cabello —dijo Celia.

—Pero yo no tengo cabello —observó sir William.

Su cabeza calva y su rostro grande resplandecían en la oscuridad.

El murciélago bajó de nuevo, esta vez rozando el suelo a los pies de los presentes. Sintieron un soplo de aire fresco en los tobillos. Los árboles se habían integrado en el cielo. No había luna, pero las estrellas iban apareciendo. Aquí hay otra, pensó Eleanor mirando una luz que parpadeaba enfrente. Pero estaba muy baja; era demasiado amarilla; Eleanor se dio cuenta de que era otra casa, no una estrella. Y entonces Celia comenzó a hablar con sir William; ella deseaba que se afincara cerca de su casa; y lady Saint Austell le había dicho que la granja estaba en alquiler. ¿Era aquello la granja, se preguntó Eleanor mirando la luz, o era una estrella? Y siguieron hablando.

Cansada de su propia compañía, la vieja señora Chinnery había bajado temprano. Sentada en la sala de estar, esperaba. Había entrado solemnemente, pero no encontró a nadie. Ataviada con su vestido de vieja dama, de satén negro, y un gorro de encaje, la señora esperaba. Su nariz aquilina trazaba una curva sobre sus marchitas mejillas; uno de sus párpados caídos estaba rodeado de un estrecho borde rojo.

—¿Por qué no entran? —preguntó con tono quejoso a Ellen, la discreta doncella negra que permanecía tras ella.

Ellen se acercó a la ventana y golpeó los cristales. Celia se calló y volvió la cabeza.

—Es madre —dijo—. Tenemos que entrar.

Se levantó y echó atrás su silla.

Después de la oscuridad, la sala de estar con las lámparas encendidas parecía un escenario. La vieja señora Chinnery, sentada en su silla de ruedas, con la trompetilla de sorda, parecía esperar que le rindieran un homenaje. Su aspecto era exactamente igual; ni un día más vieja; tan vigorosa como siempre. Cuando Eleanor se inclinó para darle el beso de rigor, una vez más la vida adquirió sus habituales proporciones. Eleanor también se había inclinado, noche tras noche, hacia su padre. Le gustaba inclinarse; se sentía más joven. Eleanor se sabía de memoria todo el ritual. Las personas de mediana edad mostraban su deferencia hacia los muy ancianos; los muy ancianos las trataban con cortesía; y después venía el silencio de costumbre. No tenían nada que decirle; y ella tampoco tenía nada que decirles. ¿Qué ocurría a continuación?

Eleanor vio que los ojos de la vieja señora se iluminaban de repente. ¿Qué era lo que hacía que los ojos de una vieja de noventa años se tornaran azules? ¿El juego de naipes? Sí. Celia había sacado la mesa de bayeta verde; a la señora Chinnery le gustaba con pasión jugar al whist. Pero la señora Chinnery también tenía su rito, sus modales.

—No, esta noche no —dijo esbozando un leve ademán, como si quisiera empujar la mesa lejos de sí—. Estoy segura de que sir William se aburriría, ¿verdad?

Con un movimiento de la cabeza señaló al corpulento hombre que permanecía un poco alejado del círculo familiar.

—De ninguna manera, de ninguna manera —aseguró sir William con gran diligencia—. Será para mí un gran placer.

Eres un buen muchacho, Dubbin, pensó Eleanor. Y acercaron las sillas; repartieron las cartas; Morris bromeó con su suegra aullando junto a su trompetilla; y jugaron ronda tras ronda. North leía un libro; Peggy tecleaba acordes en el piano; Celia, adormilada, con la labor de bordado en las manos, se erguía con brusquedad de vez en cuando y se llevaba la mano a la boca. Por fin la puerta se abrió furtivamente. Ellen, la discreta doncella negra, se situó detrás de la silla de la señora Chinnery, a la espera. Esta fingió no darse cuenta de la presencia de Ellen, pero los otros se alegraron de que la partida terminara. Ellen se adelantó, y la señora Chinnery, rindiéndose, fue conducida en su silla de ruedas a la misteriosa habitación, en el piso superior, de la extremada vejez. Su momento de placer había terminado.

Celia bostezó sin disimulo.

—La tómbola —dijo mientras enrollaba el bordado—. Me voy a la cama. Vamos, Peggy. Vamos, Eleanor.

North se levantó de un salto para abrir la puerta. Celia encendió los candelabros de latón y comenzó a subir la escalera con cierta pesadez. Eleanor la siguió. Pero Peggy se rezagó. Eleanor oyó que cuchicheaba con su hermano en el vestíbulo.

—Vamos, Peggy —la llamó Celia por encima de la barandilla sin dejar de subir trabajosamente.

Cuando llegó al descansillo, en lo alto, se detuvo bajo el cuadro de los jóvenes Chinnery, y volvió a llamarla con cierta sequedad:

—Vamos, Peggy.

Se hizo un silencio. Entonces llegó Peggy con desgana. Obediente, dio un beso a su madre; pero no parecía tener sueño. Estaba muy hermosa y un tanto sonrojada. Eleanor comprendió sin la menor duda que Peggy no tenía

intención de acostarse.

Eleanor entró en su dormitorio y se desnudó. Todas las ventanas estaban abiertas y oía el murmullo de las copas de los árboles en el jardín. Todavía hacía tanto calor que se tumbó en camisón sobre la cama, cubierta tan solo con una sábana. La vela ardía con una llamita en forma de pera en la mesilla de noche, junto a ella. Prestaba una vaga atención los árboles del jardín; y contemplaba la sombra de una mariposa nocturna que daba vueltas y vueltas al cuarto. O me levanto y cierro la ventana o apago la vela, pensó Eleanor adormilada. No quería hacer ninguna de las dos cosas. Quería quedarse quieta. Era un alivio estar tendida en la semioscuridad, después de la conversación, después de la partida de naipes. Le parecía ver todavía las cartas cayendo; negras, rojas y amarillas; reyes, reinas y sotas; sobre una mesa de paño verde. Aletargada, miró a su alrededor. En la mesilla de noche había un bonito jarrón con flores; allí estaba el barnizado armario ropero y una caja de porcelana junto a la cama. Levantó la tapa. Sí; cuatro bizcochos y una pálida pieza de chocolate, por si tenía hambre por la noche. Celia también le había dejado libros, el Diario de un don nadie, el Ruff’s Tour in Northumberland y un extraño volumen de Dante, por si quería leer por la noche. Cogió uno de los libros, y lo dejó sobre el embozo, a su lado. Quizá porque había estado viajando, a Eleanor le parecía que el barco aún estuviera surcando los mares, o que el tren traqueteara todavía de un lado a otro, cruzando Francia. Tenía la impresión de que las cosas desfilaran hacia atrás a su lado mientras ella estaba tumbada en la cama bajo una sábana.

Pero ya no se trataba de paisajes, pensó; se trata de la vida de las personas; de la vida que cambia sin cesar.

La puerta del dormitorio rosado se cerró. William Whatney tosió en el cuarto contiguo. Eleanor le oyó cruzar la habitación. Ahora estaba junto a la ventana, fumando su último cigarro. ¿En qué piensa?, se preguntó Eleanor. ¿En la India? ¿En cuando estuvo bajo un palio de plumas de pavo real? Luego comenzó a moverse en el cuarto, desnudándose. Eleanor oyó cómo cogía un cepillo y lo volvía a dejar en el tocador. Es a él, pensó Eleanor recordando la ancha curva del mentón de William Whatney y las manchas rosadas y amarillas que tenía debajo, es a él a quien debo aquel momento, que fue de algo más que placer, en que oculté la cara tras un periódico, en un rincón de un vagón de tercera.

Ahora había tres mariposas nocturnas volando en círculos veloces junto al techo. Hacían un leve ruido, como de golpecitos, mientras daban vueltas y más vueltas, de rincón en rincón. Si dejaba la ventana abierta un rato más, el cuarto acabaría lleno de mariposas. Fuera, en el pasillo, crujió una madera. Eleanor aguzó el oído. ¿Sería Peggy que se escapaba, para reunirse con su hermano? Eleanor tenía la certeza de que algo se estaba tramando. Pero solo oía las

pesadas ramas que se movían arriba y abajo en el jardín, el mugido de una vaca, el piar de un pájaro, y después, con gran placer, la líquida llamada de una lechuza que volaba de un árbol a otro, uniéndolos con un lazo de plata.

Tendida, miraba el techo. Vio una pálida mancha de humedad. Parecía una montaña. Le recordó una gran montaña desolada de Grecia o España, una de esas montañas que parecían no haber sido pisadas desde tiempos inmemoriales.

Abrió el libro que yacía en el embozo. Esperaba que fuera el Ruff's Tour o el Diario de un don nadie, pero era el de Dante y la pereza le impidió cambiarlo. Leyó líneas sueltas aquí y allá. Pero su italiano estaba un tanto oxidado, y no alcanzó a comprenderlas. A pesar de todo, tenían un significado; era como si un gancho rascara la superficie de su mente.

Chè per quanti si dice più lì nostro

tanto possiede più di ben ciascuno.

¿Qué significaban esas palabras? Leyó la traducción.

Ya que cuanto más se dice «nuestro»

tantos más bienes posee cada cual.

Superficialmente tocadas por su mente, que contemplaba las mariposas nocturnas en el techo, y escuchaba la llamada de la lechuza, que volaba dibujando círculos de árbol en árbol mientras lanzaba su líquido grito, las palabras no mostraban su pleno significado, sino que, al contrario, parecían retener algo enroscado dentro del duro caparazón del italiano arcaico. Lo leeré un día de estos, pensó Eleanor cerrándolo. Cuando haya dispuesto lo necesario para que Crosby se retire con una pensión, cuando… ¿Debería comprar otra casa? ¿Debería viajar? ¿Debería ir, por fin, a la India? Sir William se estaba metiendo en cama en la habitación contigua, su vida había terminado; la de Eleanor estaba comenzando. No, no tengo ganas de comprar otra casa, pensó mirando la mancha del techo. Una vez más tuvo la sensación de hallarse a bordo de un barco que avanzaba suavemente cortando las olas; en un tren que traqueteaba a uno y otro lado por la vía férrea. Las cosas no pueden durar eternamente, pensó. Las cosas pasan, las cosas cambian, se dijo mirando el techo. ¿Y adónde vamos? ¿Adónde? ¿Adónde? Las mariposas volaban raudas junto al techo; el libro resbaló y cayó al suelo. Craster ganó el cerdo; pero ¿quién ganó la batea de plata?, se preguntó; hizo un esfuerzo; se puso de lado y apagó la vela de un soplo. Y reinó la oscuridad.

Era enero. Nevaba; había nevado durante todo el día. El cielo se extendía como el ala gris de un ganso de la que caían plumas sobre toda Inglaterra. El cielo no era más que un revoloteo de copos cayendo. Las sendas estaban niveladas; los hoyos, colmados; la nieve obstruía el fluir de los arroyos, oscurecía ventanas y yacía amontonada en pendiente contra las puertas. Había un leve murmullo en el aire, una débil crepitación, como si el propio aire se estuviera convirtiendo en nieve; por lo demás, todo permanecía en silencio, salvo cuando un cordero balaba, o caía nieve de una rama, o cuando la nieve, en forma de avalancha, resbalaba de un tejado londinense. De vez en cuando, un haz de luz se extendía lentamente sobre el cielo, al avanzar un automóvil a lo largo de las acalladas carreteras. Pero a medida que pasaba la noche, los copos cubrían los surcos formados por las ruedas, suavizaban hasta dejarlas en nada las marcas del tránsito, y cubrían los monumentos, los palacios y las estatuas con un grueso vestido de nieve.

Todavía nevaba cuando llegó el joven enviado por los agentes de la propiedad inmobiliaria para ver la casa de Abercorn Terrace. La nieve proyectaba un duro y blanco resplandor en las paredes del cuarto de baño, revelaba las grietas del esmalte de la bañera, así como las manchas de las paredes. Gruesas capas de nieve envolvían los árboles del jardín trasero; la nieve moldeaba suavemente todos los tejados; y seguía cayendo. Eleanor se volvió. El joven también. La luz los afeaba a los dos, pero la nieve —Eleanor lo veía a través de la ventana al final del pasillo— era bella, y seguía cayendo.

El señor Grice se volvió hacia ella cuando se disponían a bajar la escalera.

—La verdad es que, en los tiempos que corren, nuestros clientes esperan encontrar más instalaciones higiénicas —dijo el señor Grice deteniéndose ante la puerta de un dormitorio.

Por qué no dice «baños» y termina de una vez, pensó Eleanor. Bajaron la escalera despacio. Ahora Eleanor podía ver cómo nevaba a través de los vidrios de la puerta del vestíbulo. Mientras el joven bajaba, se fijó en sus orejas rojas, que destacaban sobre el alto cuello de la camisa; y en el grueso cuello no demasiado bien lavado en alguna pila de Wandsworth. Eleanor estaba enojada, pues el joven, al inspeccionar la casa, olisqueando y mirando, había puesto en entredicho la pulcritud de su familia, su humanidad, y, además, empleaba palabras largas y absurdas. Aquel joven estaba trepando a una clase superior a la suya, supuso Eleanor, mediante la utilización de palabras largas. Ahora el joven pasó cautelosamente, con una larga zancada, sobre el cuerpo del perro dormido, cogió el sombrero que había dejado en la mesa del vestíbulo y bajó los peldaños de la puerta principal; sus abotonadas botas de hombre de negocios dejaron huellas amarillas en la gruesa y blanca almohada de nieve. Un coche esperaba.

Eleanor se volvió. Allí estaba Crosby, con actitud escurridiza, arreglada con su mejor gorro y su mejor capa. Crosby había seguido a Eleanor de un lado a otro de la casa, como un perro, durante toda la mañana; el odioso momento no podía demorarse más. En la puerta, el coche esperaba a Crosby; tenían que decirse adiós.

—Causa una gran impresión de vaciedad, ¿verdad, Crosby? —dijo Eleanor mirando la sala de estar vacía.

La blanca luz de la nieve se reflejaba con dureza en las paredes. Revelaba las marcas que los muebles habían dejado en ellas, los lugares donde habían colgado cuadros.

—Así es, señorita Eleanor —respondió Crosby.

También Crosby miraba la estancia. Eleanor sabía que iba a echarse a llorar. Eleanor no quería que Crosby llorase. Y tampoco ella quería llorar.

—Todavía me parece verles a todos ustedes sentados alrededor de aquella mesa, señorita Eleanor —dijo Crosby.

Pero la mesa había desaparecido. Morris se había llevado eso; Delia, aquello; todo había sido repartido y dividido.

—Y aquel hervidor que se negaba a hervir, ¿verdad? —dijo Eleanor—. ¿Se acuerda?

Intentó reír.

—¡Oh, señorita Eleanor! —dijo Crosby negando con la cabeza—. ¡Me acuerdo de todo!

Las lágrimas ya asomaban. Eleanor apartó la vista hacia la estancia situada tras la sala de estar.

También tenía manchas en la pared, allí donde hubo las estanterías con libros; donde estuvo el escritorio. Eleanor se vio a sí misma sentada, trazando dibujos en el papel secante, perforándolo, manejando libros de contabilidad… Luego se volvió. Allí estaba Crosby. Lloraba. La mezcla de emociones resultaba realmente penosa; Eleanor estaba contenta de liberarse de aquello, pero para Crosby significaba el final de todo.

Crosby había conocido todas las alacenas, todas las baldosas, todas las sillas y mesas de aquella amplia y destartalada casa, y no desde un metro de distancia, más o menos, como las veían todos ellos, sino de rodillas, fregando y sacando brillo; había conocido las rascadas, manchas, servilletas, los tenedores, cuchillos y aparadores. Ellos y sus actividades habían formado todo el mundo de Crosby. Y ahora se iba, sola, a vivir en un cuarto en Richmond.

—De todas maneras, me parece que le gustará dejar de una vez este sótano

—dijo Eleanor saliendo de nuevo al vestíbulo.

Eleanor jamás se había dado cuenta de lo oscuro y profundo que era el sótano hasta que, al contemplarlo en compañía de «nuestro representante, el señor Grice», sintió vergüenza.

—Ha sido mi hogar durante cuarenta años —repuso Crosby.

Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. ¡Durante cuarenta años!, pensó Eleanor, sorprendida. Ella era una niña de trece o catorce años cuando Crosby llegó a la casa, con su aspecto tan tieso y tan elegante. Ahora sus azules ojillos de mosca eran saltones y tenía las mejillas hundidas.

Crosby se había inclinado para poner la correa a Rover.

—¿Está segura de que quiere llevárselo? —preguntó Eleanor mirando al viejo perro, un tanto maloliente, carrasposo y poco atractivo—. Podemos encontrarle fácilmente una buena casa en el campo.

—¡Oh, señorita, no me pida que renuncie a él! —dijo Crosby.

Las lágrimas le cortaban el habla. Se deslizaban sin cesar por sus mejillas. Y a pesar de todos los esfuerzos que hizo Eleanor, en sus ojos también brotaron las lágrimas.

—Querida Crosby, adiós —dijo Eleanor.

Eleanor se inclinó y le dio un beso. Advirtió que su piel tenía una curiosa sequedad. Pero Eleanor seguía llorando. Después Crosby, sujetando la correa de Rover, comenzó a bajar de lado los resbaladizos peldaños. Eleanor sostuvo la puerta abierta mientras miraba cómo se alejaba Crosby. Fue un momento terrible; desdichado; confuso; definitivamente malo. Crosby era tan desgraciada; y ella estaba tan contenta. Sin embargo, mientras sujetaba la puerta abierta, las lágrimas brotaron y resbalaron por sus mejillas. Todos habían vivido en aquella casa; desde allí ella despedía a Morris con la mano cuando iba a la escuela; en el pequeño jardín solían plantar azafrán. Y ahora Crosby, con su gorro negro que se cubría de copos, subió al coche que la esperaba, con Rover en brazos. Eleanor cerró la puerta y entró en la casa.

La nieve seguía cayendo mientras el coche de alquiler avanzaba por las calles. En la calzada había largas roderas amarillentas donde la gente que iba de compras había pisado la nieve hasta transformarla en una masa aguada. La nieve comenzaba a fundirse lentamente; algunas pellas resbalaban por los tejados y caían a la calle. Los chicos se arrojaban bolas de nieve; uno tiró una bola que fue a dar en el coche de alquiler. Pero cuando este entró en Richmond Green el amplio espacio era totalmente blanco. Nadie había pisado la nieve, al parecer. El césped era blanco; los árboles eran blancos; las barandillas metálicas eran blancas; las únicas manchas en todo el paisaje eran las de las

cornejas, negras y acurrucadas en lo alto de los árboles. El coche siguió avanzando al trote.

Los carros habían machacado la nieve y la habían convertido en una coagulada mezcla amarillenta en el lugar donde se detuvo el coche de alquiler, ante una casita junto al parque. Crosby, con Rover en brazos, para que no manchara el suelo con las patas, subió los peldaños. Allí estaba Louisa Burt para darle la bienvenida; y el señor Bishop, el realquilado del último piso, que había sido mayordomo. El señor Bishop se hizo cargo del equipaje, y Crosby le siguió camino de su cuartucho.

El cuarto de Crosby estaba en el piso más alto y daba al jardín. Era pequeño, pero cuando hubo deshecho las maletas le pareció bastante cómodo. Le recordaba la casa de Abercorn Terrace. Durante largos años Crosby había ido atesorando objetos diversos con vistas al día en que se retirase. Los elefantes indios, las jarritas de plata, la morsa que había encontrado en la papelera una mañana, cuando los cañones disparaban salvas durante el entierro de la vieja reina…, todo estaba allí. Dispuso esos objetos, un tanto torcidos, en la repisa de la chimenea, y cuando terminó de colgar los retratos de la familia —algunos de ellos vestidos de boda, otros con peluca y toga, y el señor Martin, de uniforme, en medio, pues era su favorito—, el cuarto parecía realmente su hogar.

Pero el caso es que, quizá por el traslado a Richmond o porque había pillado frío en la nieve, Rover se puso enfermo inmediatamente. Rechazaba la comida. Le ardía el hocico. Le había vuelto a brotar el eczema. Cuando Crosby intentó llevarlo de compras consigo, la mañana siguiente, el perro se tumbó patas arriba, como si suplicara que le dejaran en paz. El señor Bishop tuvo que decirle a la señora Crosby —en Richmond gozaba del tratamiento de cortesía— que, en su opinión, más valía quitar al pobre y simpático viejales (al decir eso acarició la cabeza de Rover) de en medio.

—Venga conmigo, querida —dijo la señora Burt poniendo el brazo en el hombro de Crosby—, y deje que Bishop se encargue de hacerlo.

—No sufrirá, se lo aseguro —continuó el señor Bishop poniéndose en pie, pues se había arrodillado.

El señor Bishop había hecho dormir para siempre a decenas de perros de la señora a quien servía.

—Solo un respingo —el señor Bishop tenía el pañuelo en la mano— y quedará listo en menos que canta un gallo.

—Es por su propio bien, Annie —añadió la señora Burt mientras procuraba llevarse de allí a Crosby.

Realmente, el pobre perro parecía estar en las últimas. Pero Crosby negó con la cabeza. Rover había agitado la cola, tenía los ojos abiertos. Vivía. En su cara apareció un destello de aquello que Crosby siempre había considerado una sonrisa. Ella sabía que el perro dependía de ella. No estaba dispuesta a dejarlo en manos de desconocidos. Pasó tres días y tres noches sentada junto a Rover; lo alimentó con cucharaditas de Brand's Essence; pero al fin Rover se negó a abrir la boca; su cuerpo adquirió cada vez más rigidez; una mosca se paseó por su hocico sin que Rover se estremeciera. Ocurrió a primera hora de la mañana, cuando los gorriones piaban en los árboles.

—Por fortuna, tiene algo con que distraerse —dijo la señora Burt cuando Crosby pasó ante la ventana de la cocina, el día siguiente al del entierro, con su mejor gorro y su mejor capa.

Como era jueves, iba a buscar los calcetines del señor Pargiter, en Ebury Street.

—Pero debería haber acabado con él hace ya mucho tiempo —añadió volviéndose hacia la pila.

A Rover le olía mal el aliento.

Crosby fue en el ferrocarril metropolitano hasta Sloane Square y luego siguió a pie. Caminaba despacio, con los codos salidos hacia los lados, como si con ello quisiera protegerse de los riesgos de las calles. Todavía tenía aspecto triste, pero salir de Richmond para ir a Ebury Street le había sentado bien. Se encontraba mejor en Ebury Street que en Richmond. Siempre le había parecido que en Richmond vivía gente un tanto ordinaria. En Ebury Street los caballeros y las señoras tenían todos el mismo aire. Crosby miraba los escaparates de las tiendas con satisfacción. Y el general Arbuthnot, que solía visitar al señor, vivía en Ebury Street, pensó Crosby cuando entraba en la lúgubre calle. El general Arbuthnot ya había muerto; Louisa le había mostrado la nota necrológica que publicaron los periódicos. Pero cuando vivía residió aquí. Crosby había llegado a la casa donde se alojaba el señor Martin. Se detuvo ante la puerta y se recolocó el gorro. Crosby siempre hablaba un poco con Martin cuando iba a recoger sus calcetines; era uno de sus placeres; y también le gustaba charlar un poco con la señora Briggs, la patrona de Martin. Hoy Crosby tendría el placer de contarle a la señora Briggs que Rover había muerto. Bajando de lado, cautelosamente, los peldaños del patio, resbaladizos por culpa del aguanieve, Crosby llegó a la puerta de servicio y tocó el timbre.

Martin estaba sentado, leyendo el periódico. La guerra en los Balcanes había terminado, pero se avecinaban más problemas, de eso estaba seguro. Pasó la página. Caía aguanieve, por lo que el cuarto estaba muy oscuro. Y le resultaba imposible leer mientras esperaba algo. Crosby estaba a punto de entrar; Martin oía voces en el vestíbulo. ¡Cuánto cotilleaban! ¡Cuánto

parloteaban!, pensó con impaciencia. Bajó el periódico y esperó. Ahora llegaba Crosby; ya tenía la mano en la puerta. Pero ¿qué iba a decirle?, se preguntó Martin. Dejó el periódico. Empleó su fórmula habitual:

—¿Qué tal, Crosby, cómo va la vida? —le preguntó cuando entró.

Crosby se acordó de Rover; las lágrimas acudieron a sus ojos.

Martin escuchó el relato; comprensivo, arrugó la frente. Luego se levantó, fue a su dormitorio y regresó con una chaqueta de pijama en la mano.

—¿Qué le parece esto, Crosby? —preguntó.

Señaló un agujero bajo el cuello, orlado de castaño. Crosby se ajustó las gafas de montura dorada.

—Una quemadura, señor —repuso con convicción.

—Un pijama nuevo; solo lo he usado dos veces —dijo Martin sosteniendo el pijama extendido.

Crosby lo tocó. Era de la más fina seda; sin ninguna duda.

—Malo, malo, malo… —dijo, y negó con la cabeza.

—¿Quiere hacerme el favor de llevar este pijama a esa señora Nosecuántos…? —continuó Martin sujetando el pijama ante sí.

A Martin le habría gustado utilizar una metáfora, pero era preciso ser muy literal y emplear el lenguaje más sencillo cuando se hablaba con la vieja Crosby.

—Y decirle que busque otra lavandera y que mande a la antigua al infierno —concluyó.

Crosby cogió el pijama estropeado y se lo llevó al pecho con ternura; el señor Martin jamás había tolerado el contacto de la lana con la piel, recordó Crosby. Martin guardó silencio. Siempre tenía que dedicar mucho tiempo a Crosby, pero la muerte de Rover había reducido considerablemente los temas de conversación.

—¿Cómo va el reúma? —le preguntó mientras ella seguía junto a la puerta del pisito, muy tiesa y con el pijama en el brazo.

Martin pensó que Crosby se había encogido notoriamente. Ella negó con la cabeza. Richmond era muy humilde en comparación con Abercorn Terrace, dijo. Y se le entristeció la cara. Martin supuso que Crosby se había acordado de Rover. Era necesario apartar ese tema de su mente; Martin no podía soportar las lágrimas.

—¿Ha visto el nuevo piso de la señorita Eleanor? —preguntó.

Sí, Crosby lo había visto. Pero los pisos no le gustaban. En su opinión, la señorita Eleanor se había echado encima demasiado trabajo.

—Y la gente esa no es digna de la señorita, señor —dijo pensando en los Zwingler, los Paravicini y los Cobb, quienes en los viejos tiempos llamaban a la puerta de servicio para llevarse la ropa usada.

Martin negó con la cabeza. No se le ocurrió nada que decir a continuación. Le molestaba profundamente hablar con los criados; le hacía sentirse poco sincero. Tanto si uno se queja, como si fanfarronea, miente, pensó.

—¿Y sigue usted tan bien como siempre, señorito Martin? —preguntó Crosby utilizando el tratamiento en diminutivo, privilegio ganado con sus largos años de servicio.

—Todavía no me he casado, Crosby.

Crosby recorrió el cuarto con la mirada. Se trataba de un piso de soltero, con sus sillones de cuero, el tablero de ajedrez sobre una pila de libros y el sifón de agua carbónica en una bandeja. Crosby se tomó la libertad de decir que estaba segura de que había multitud de excelentes señoritas que aceptarían con mucho gusto cuidar de él.

—¡Ah, pero es que me gusta mucho pasarme la mañana en cama! —repuso Martin.

—Siempre le gustó, señor —dijo Crosby sonriendo.

Y entonces Martin tuvo ocasión de sacar el reloj, acercarse rápidamente a la ventana y, como si hubiera recordado de repente que tenía una cita, exclamar:

—¡Santo cielo, Crosby! ¡Debo irme!

Y le cerró la puerta.

Era mentira. No tenía ninguna cita. A los criados siempre se les miente, pensó mientras miraba por la ventana. Los tristes perfiles de las casas de Ebury Street se percibían a través del aguanieve que seguía cayendo. Todo el mundo miente, pensó Martin. Su padre había mentido. Después de su muerte, descubrieron un paquete de cartas de una mujer llamada Mira en el cajón de su escritorio. Y también había visto a Mira, una señora robusta y respetable que necesitaba ayuda para reparar el tejado de su casa. ¿Por qué había mentido su padre? ¿Qué tenía de malo mantener a una amante? Y también él había mentido en lo tocante al piso de Fulham Road, donde solía fumar cigarros baratos y contar historietas falaces con Dodge y Erridge. Era un sistema abominable, pensó Martin, la vida familiar, Abercorn Terrace. No era de extrañar que la casa no fuera alquilada. Tenía un cuarto de baño y un sótano; y en ella habían vivido aquellas personas tan diferentes, apretujadas y

encerradas, contando mentiras.

Y entonces, mientras contemplaba por la ventana las menudas figuras que se deslizaban por el pavimento húmedo, vio a Crosby subiendo los peldaños del patio con un paquete bajo el brazo. La mujer se detuvo un instante, como un animalillo atemorizado, y miró a su alrededor antes de aventurarse a desafiar los peligros de la calle. Por fin se alejó. Martin vio cómo la nieve caía en su gorro negro mientras desaparecía. Se apartó de la ventana.

1914

Era una primavera luminosa; y el día, radiante. Incluso el aire parecía llevar un susurro cuando tocaba las copas de los árboles; el aire vibraba; se ondulaba. Las hojas eran afiladas y verdes. En el campo, viejos relojes de iglesia daban las horas con sonido ronco; el enmohecido sonido viajaba sobre los campos rojizos por la flor del trébol, y las cornejas se lanzaban hacia lo alto como impulsadas por las campanadas. Volaban en círculo y se posaban en las copas de los árboles.

En Londres todo era audaz y estridente; comenzaba la temporada; sonaban las bocinas; el tránsito rugía; las banderas se mantenían rígidas en el aire como la trucha en el arroyo. Y desde todos los campanarios de todas las iglesias de la ciudad —las de los elegantes santos de Mayfair, de los desaliñados santos de Kensington, de los broncos santos del centro— se proclamaba la hora. El aire que cubría Londres parecía un turbulento mar de sonido por el que viajaban las ondas. Pero los relojes eran irregulares, como si los santos no estuvieran de acuerdo. Había pausas, silencios… Entonces los relojes volvieron a sonar.

En Ebury Street un reloj distante y de sonido frágil daba la hora. Eran las once. Martin, junto a la ventana, miraba la estrecha calle. Brillaba el sol; Martin se encontraba de un humor inmejorable; iba a visitar a su agente de bolsa en la City. Sus asuntos marchaban bien. En cierta época, pensaba, su padre había ganado mucho dinero; luego lo perdió; después lo ganó; pero al final las cosas le fueron muy bien.

Durante unos instantes, Martin estuvo admirando a la señora elegantemente vestida, tocada con un encantador sombrero, que miraba una vasija en la tienda de antigüedades próxima a su casa. Se trataba de una vasija azul, colocada sobre una peana china, y con un brocado verde detrás. A Martin le gustaban el cuerpo abombado y simétrico, la profundidad del azul y las finas grietas del vidriado. Y la señora que contemplaba la vasija también era

adorable.

Martin cogió el bastón y el sombrero y salió a la calle. Haría a pie parte del camino hasta la City. «La hija del rey de España —tarareó al entrar en Sloane Street— vino a visitarme. Todo por…». Martin miraba los escaparates. Rebosaban vestidos de verano; elegantes modelos verdes y con gasas, y había bandadas de sombreros en lo alto de unos palos. «Todo por mi mirística de plata», canturreó mientras seguía su camino. Pero ¿qué era una mirística de plata?, se preguntó. Un poco más adelante, un organillo lanzaba su alegre y aflautada giga. El sonido del órgano daba vueltas y vueltas, se movía de aquí para allá, como si el viejo que lo tocaba medio bailara la música. Una bonita criada subió corriendo los peldaños que llevaban del jardín a la calle, y dio un penique al viejo. La suave cara italiana del hombre se cubrió de arrugas cuando se quitó el sombrero e hizo una reverencia a la chica. La muchacha sonrió y regresó a la cocina.

«… Todo por mi mirística de plata», tarareó Martin, mientras miraba entre la verja el interior de la cocina, donde se encontraban todos sentados. Parecían muy contentos, con sus teteras y su pan con mantequilla sobre la mesa de la cocina. El bastón de Martin se balanceó a uno y otro lado, como la cola de un perro alegre. Todas las personas que veía le parecían ligeras e irresponsables, saliendo de su casa, saltando a lo largo de la calle con peniques para los organilleros y peniques para los mendigos. Todos parecían tener dinero para gastar. Las mujeres formaban grupos ante los escaparates. Martin también se detuvo, para contemplar un barco de juguete; para mirar unos maletines de un amarillo vivo con hileras de botellas de plata. Pero ¿quién compuso aquella canción sobre la hija del rey de España, la canción que Pippy le cantaba, mientras le frotaba las orejas con un pedazo de felpa húmeda? Pippy solía sentarle en su rodilla y cantar con su voz ahogada e insegura: «La hija del rey de España vino a visitarme, todo por…». Y de repente la rodilla de Pippy bajaba, cedía, y él se encontraba en el suelo.

Y allí estaba Hyde Park Corner. Había mucha animación. Camiones, automóviles y autobuses descendían por la colina. Los árboles del parque tenían hojitas verdes. Los automóviles con alegres señoras de pálidos vestidos entraban ya en el parque. Todos iban a ocuparse de sus asuntos. Y Martin advirtió que alguien había escrito «Dios es amor» con tiza de color rosa en la entrada de Apsley House. Se necesita valor, pensó Martin, para escribir «Dios es amor» en la entrada de Apsley House, donde en cualquier instante podía aparecer un guardia y detenerle a uno. Pero ahí llegaba su autobús; Martin subió.

—Saint Paul —dijo mientras entregaba las monedas al cobrador.

Los omnibuses circulaban y giraban en una perpetua corriente alrededor de

la escalinata de Saint Paul. La estatua de la reina Ana parecía presidir el caos y darle un punto central, como si fuera el eje de una rueda. Daba la impresión de que la blanca señora regulara el tránsito con su cetro; que dirigiera las actividades de los hombrecillos con sombrero hongo y chaqueta negra; de las mujeres con carteras de negocios en las manos; de los camiones, camionetas y autobuses. De vez en cuando, alguna figura suelta se apartaba del caudal de viandantes, ascendía la escalinata y entraba en la iglesia. Las puertas de la catedral se abrían y cerraban constantemente. De vez en cuando una oleada de lejana música de órgano era arrojada al aire. Las palomas se contoneaban; los gorriones saltaban. Poco después del mediodía, un viejo menudo, con una bolsa de papel, se situó a mitad de la escalinata y comenzó a dar de comer a las aves. Sostenía una rebanada de pan. Sus labios se movían. Parecía invitar mimosamente a los pájaros. Pronto quedó orlado por un círculo de temblorosas alas. Los gorriones se posaban en su cabeza y en sus manos. Las palomas se contoneaban entre sus pies. Unos cuantos viandantes se habían congregado a su alrededor para ver cómo daba de comer a los pájaros. Arrojaba las migas de pan a su alrededor, trazando un círculo. Entonces una onda estremeció el aire. El gran reloj, todos los relojes de la ciudad, parecieron unir sus fuerzas; parecieron dar un chirrido que era como un aviso previo. Luego sonó la campanada. «Una», resonó. Todos los gorriones revolotearon hacia arriba; incluso las palomas se asustaron, y algunas efectuaron un corto vuelo alrededor de la cabeza de la reina Ana.

Cuando la última vibración de la campana se extinguió, Martin salió al espacio abierto que se extendía ante la catedral.

Lo cruzó y se quedó de espaldas al escaparate de una tienda, mirando la gran cúpula. Todos los pesos que equilibraban su cuerpo parecieron desplazarse. Tenía la curiosa sensación de que algo se le movía por dentro de acuerdo con la armonía del edificio; todo se enderezó, y se quedó perfectamente quieto. Ese cambio de proporciones era emocionante. Le hubiera gustado ser arquitecto. Apoyaba la espalda contra el escaparate en un intento de captar la catedral entera con claridad. Pero pasaba tanta gente que resultaba difícil. La gente chocaba con él y lo rozaba al pasar. Desde luego, era la hora de las prisas, cuando los hombres de la banca y la bolsa iban a almorzar. Pasaban por los peldaños para acortar sus trayectos. Las palomas volaban trazando círculos y volvían a posarse. Las puertas se abrían y se cerraban mientras Martin subía la escalinata. Las palomas ensuciaban los peldaños y eran una molestia, pensó. Subía despacio.

¿Quién es?, caviló mirando a una persona que estaba junto a una columna. Diría que conozco a esa mujer.

Los labios de la mujer se movían. Hablaba sola.

¡Es Sally!, pensó. Dudó. ¿Debía decirle algo? Por lo menos sería una compañía; y él estaba cansado de estar solo.

—Me gustaría saber en qué piensas, Sal —le dijo dándole un golpecito en el hombro.

Sally se volvió. La expresión de su rostro cambió al instante.

—¡Precisamente estaba pensando en ti! —exclamó.

—¡Qué mentira! —contestó él mientras le estrechaba la mano.

—Siempre que pienso en alguien, luego le veo.

Sally retrocedió con un gesto leve y extraño, como si fuera un pájaro, un ave un tanto torpe, con su capa pasada de moda. Permanecieron unos instantes en la escalinata, mirando hacia abajo, a la calle atestada. Una bocanada de música de órgano salió de la catedral, a sus espaldas, cuando las puertas se abrieron y se cerraron. El lejano murmullo eclesial resultaba vagamente impresionante, al igual que el oscuro interior de la iglesia que se veía a través de la puerta.

—¿En qué pensabas cuando…? —comenzó a decir Martin. Pero se interrumpió—. Almorcemos juntos —propuso—. Iremos a un sitio de la City.

Martin guió a Sally escaleras abajo y por una estrecha callejuela bloqueada por carros a los que arrojaban paquetes desde los almacenes. Empujaron las puertas batientes y entraron en el restaurante.

—¿Muy lleno hoy, Alfred? —preguntó amablemente Martin al camarero, que se hacía cargo de su abrigo y su sombrero y los dejaba en la alta repisa.

Martin lo conocía; a menudo almorzaba allí; y el camarero le conocía a él.

—Muy lleno, capitán —repuso el hombre.

—Bueno —dijo Martin, mientras se sentaba—. ¿Qué vamos a tomar?

En un carrito que empujaban de mesa en mesa había un enorme y dorado asado.

—Eso —contestó Sara señalándolo con la mano.

—¿Y qué vamos a beber? —preguntó Martin.

Cogió la carta de vinos y la miró.

—Elige tú —dijo Sara.

Se quitó los guantes y los puso sobre un librito de color pardo rojizo; sin duda, un libro de oraciones.

—Yo elijo el vino —dijo Martin.

¿Por qué todos los libros de oraciones tienen estampaciones rojas y doradas?, se preguntó. Escogió el vino.

—¿Y qué hacías en Saint Paul? —dijo tras despedir al camarero.

—Asistir al servicio religioso —contestó Sara.

Sara miró a su alrededor. El comedor estaba repleto, hacía mucho calor. Las paredes estaban cubiertas de hojas doradas incrustadas en una superficie castaña. Constantemente pasaba gente a su lado, que entraba y salía. El camarero les llevó el vino. Martin sirvió vino a Sara.

—Ignoraba que asistieras a los servicios religiosos —comentó con los ojos en el libro de oraciones.

Sara no dijo nada. Siguió mirando a su alrededor, observando a la gente que entraba y salía. Tomó un sorbo de vino. El color comenzaba a acudir a sus mejillas. Cogió el cuchillo y el tenedor y empezó a cortar la admirable carne de cordero. Comieron en silencio unos instantes.

Martin deseaba hacer hablar a Sara.

—¿Y qué conclusión has sacado de esto? —le preguntó tocando el librito.

Ella lo abrió al azar y comenzó a leer.

—El padre es incomprensible; el hijo es incomprensible… —Hablaba con su voz de siempre.

—Calla —la interrumpió Martin—. Alguien nos está escuchando.

Por deferencia a Martin, Sara se comportó como una señora que almuerza con un caballero en un restaurante de la City.

—¿Y qué hacías tú en Saint Paul? —le preguntó.

—Estaba deseando ser arquitecto —contestó Martin—. Pero me mandaron al ejército, y yo aborrezco el ejército —añadió enfáticamente.

—Calla. Alguien nos está escuchando —susurró Sara.

Martin lanzó una rápida mirada a su alrededor; luego se echó a reír. El camarero les estaba sirviendo una tarta. Comieron en silencio. Martin volvió a llenar el vaso de Sara. Ella tenía las mejillas sonrosadas; los ojos brillantes. Martin le envidió aquella impresión general de bienestar universal que solía darle un vaso de vino. El vino era bueno. Derribaba barreras. Martin quería hacer hablar a Sara.

—Ignoraba que asistieras a los servicios religiosos —dijo mirando el libro de oraciones—. ¿Qué piensas de ellos?

Sara también miró el librito. Luego lo golpeó con el tenedor.

—¿Qué piensan ellos, Martin? —preguntó—. La mujer que reza y el hombre de la larga barba blanca.

—Algo muy parecido a lo que piensa Crosby cuando viene a verme —respondió él.

Martin pensó en la anciana mujer junto a la puerta de su piso con la chaqueta del pijama en el brazo, y en la devota expresión de su rostro.

—Soy el Dios de Crosby —dijo mientras servía coles de Bruselas a Sara.

—¡El Dios de Crosby! ¡El omnisciente y todopoderoso señor Martin! —rió Sara.

Sara levantó el vaso hacia Martin. ¿Se estaba burlando?, se preguntó él. Esperaba que Sara no lo encontrara muy viejo.

—Te acuerdas de Crosby, ¿verdad? —dijo—. Se ha retirado y su perro se ha muerto.

—¿Retirada y el perro muerto? —repitió Sara.

Volvió a mirar hacia atrás por encima del hombro. Hablar en un restaurante era imposible; la conversación quedaba reducida a pequeños fragmentos. Los hombres de negocios, con sus trajes de rayas y sus sombreros hongos, pasaban rozándolos constantemente.

—Es una hermosa iglesia —dijo Sara volviéndose.

Ha vuelto a saltar a Saint Paul, supuso Martin.

—Magnífica —replicó—. ¿Has estado viendo las obras de arte?

Había entrado un conocido suyo. Era Erridge, el agente de bolsa. Martin alzó un dedo para llamarlo. Se levantó y fue a hablar con él. Cuando regresó, Sara había vuelto a llenar su vaso. Estaba sentada mirando a la gente, como si fuera una niña a la que hubieran llevado a ver una pantomima.

—¿Qué haces esta tarde? —le preguntó Martin.

—A las cuatro he de estar en el Round Pond. —Sara tabaleó sobre la mesa —: A las cuatro en el Round Pond.

Martin creía que Sara había entrado en la soñolienta benevolencia que sigue a una buena comida con un vaso de vino.

—¿Estás citada con alguien? —le preguntó.

—Sí. Con Maggie.

Comieron en silencio. A sus oídos llegaban fragmentos de conversaciones ajenas, en forma de frases quebradas. Luego el hombre a quien Martin había

saludado le tocó el hombro al salir.

—Miércoles a las ocho —dijo.

—De acuerdo —dijo Martin, y escribió una nota en su agenda.

—¿Y tú qué haces esta tarde? —le preguntó Sara.

—Debo ir a la cárcel, a visitar a mi hermana —constestó Martin encendiendo un cigarrillo.

—¿A la cárcel? —repitió Sara.

—Sí. Rose. Por arrojar un ladrillo —dijo él.

—Roja Rose, morena Rose —comenzó Sara alargando la mano para coger de nuevo la botella de vino—, silvestre Rose, espinosa Rose…

—No —dijo Martin poniendo la mano sobre la boca de la botella—. Ya has bebido bastante.

Un poco de vino bastaba para alterar a Sara. Y Martin debía calmar aquel nerviosismo. Había gente que les escuchaba.

—Es muy desagradable estar en la cárcel —dijo.

Sara cogió su vaso, y se quedó mirándolo, como si el motor de su cerebro se hubiera parado bruscamente. Se parecía mucho a su madre, salvo cuando reía.

A Martin le hubiera gustado hablar con ella sobre su madre. Pero hablar era imposible. Era mucha la gente que les escuchaba, y además la gente fumaba. El humo se mezclaba con el olor de la carne y cargaba el ambiente. Martin pensaba en el pasado cuando Sara exclamó:

—¡Sentada en un taburete de tres patas mientras la empapuzan con carne!

Martin se sobresaltó. ¿Estaría pensando en Rose?

—¡Y el ladrillo se estrelló! —se rió ella blandiendo el tenedor en el aire—. «Enrolla el mapa de Europa», dijo un hombre al miedoso que estaba con él. «¡No creo en el uso de la fuerza!».

Sara golpeó la mesa con el tenedor. Un hueso de ciruela saltó al aire. Martin miró a su alrededor. La gente les escuchaba. Se levantó.

—¿Nos vamos? —dijo—. Si es que has terminado, claro.

Sara se levantó y buscó la capa con la mirada.

—Sí, lo he pasado muy bien —dijo Sara cogiendo la capa—. Gracias por este excelente almuerzo, Martin.

Martin llamó al camarero, que se acercó con gran diligencia y presentó la

cuenta. Martin dejó un soberano en el platillo. Sara comenzó a meter los brazos en las mangas de la capa.

—¿Puedo ir contigo al Round Pond, a las cuatro? —le preguntó Martin mientras la ayudaba.

—¡Sí! —dijo ella volviéndose—. ¡A las cuatro en el Round Pond!

Sara empezó a caminar un poco vacilante, observó Martin, junto a los hombres de negocios que aún comían.

En ese momento, llegó el camarero con el cambio, y Martin comenzó a guardárselo en el bolsillo. Reservó una moneda para dejarla de propina. Pero, cuando iba a entregarla, se fijó en la huidiza expresión del rostro de Alfred. Levantó la cuenta; debajo había una moneda de dos chelines. Se trataba de la conocida trampa. Martin se indignó.

—¿Qué es esto? —preguntó con tono irritado.

—Ignoraba que estuviera aquí, señor —tartamudeó el camarero.

Martin sintió que se le encendía la sangre. Le pasaba lo mismo que a su padre cuando se enfurecía; es como si tuviera puntos blancos en las sienes. Se embolsó la moneda que se había propuesto dar al camarero y pasó a su lado apartando su mano. El hombre retrocedió murmurando.

—Larguémonos —dijo Martin empujando a Sara por el atestado comedor —. Salgamos de ese sitio.

Martin hizo salir a Sara apresuradamente la calle. De repente el aire denso y el cálido olor a carne del restaurante de la City se habían vuelto intolerables.

—¡Cómo odio que me estafen! —exclamó mientras se encasquetaba el sombrero—. Lo siento —se disculpó—, no debería haberte llevado a ese sitio. Es asqueroso.

Respiró aire fresco. Los ruidos de la calle y el aspecto indiferente y cotidiano de todo eran un alivio al salir del comedor caluroso y cargado. Allí estaban los carros esperando y los que avanzaban por la calle, y los paquetes que les arrojaban desde los almacenes. Salieron otra vez delante de Saint Paul. Martin alzó la vista. Allí estaba todavía el viejo, dando de comer a los gorriones. Y allí estaba la catedral. Deseó poder experimentar de nuevo la sensación de los pesos desplazándose por su interior hasta quedarse quietos luego, pero la rara emoción de correspondencia entre su cuerpo y la piedra no surgió en él. Nada sentía, salvo ira. Sara también le enojaba. Se disponía a cruzar la transitada calle. Martin alargó la mano hacia ella.

—Ten cuidado —le dijo.

Entonces cruzaron los dos.

—¿Vamos andando? —preguntó Martin.

Sara asintió con la cabeza. Comenzaron a caminar por Fleet Street. Era imposible hablar. La estrechez de la acera obligaba a Martin a subir y bajar de ella para poder mantenerse al lado de Sara. Todavía sentía la alteración producida por la ira, aunque la ira propia se estaba aplacando. ¿Qué había hecho?, se preguntó al recordarse a sí mismo pasando ante el camarero sin darle la propina. No, eso no se debe hacer, pensó; no, eso no. La gente, empujándole, le obligó a bajar de la acera. A fin de cuentas, el pobre diablo tenía que ganarse la vida. A Martin le gustaba ser generoso; le gustaba dejar a la gente con una sonrisa; y dos chelines no significaban nada para él. ¿De qué sirve pensar en eso ahora que el mal ya está hecho?, se dijo. Comenzó a tararear su cancioncilla, y luego se calló, porque se acordó de que iba con alguien.

—¡Mira, Sal! —exclamó cogiendo el brazo de Sara—. ¡Mira eso!

Señaló la pomposa figura en el Temple Bar; era tan ridícula como siempre, algo parecido a un híbrido de serpiente y ave.

—¡Mira eso! —repitió Martin riendo.

Se detuvieron un momento para contemplar las menudas y aplanadas figuras, en su incómoda situación en el frontón del Temple Bar; la reina Victoria, el rey Eduardo. Reanudaron su camino. Resultaba imposible hablar entre la multitud. Varios hombres con peluca y toga cruzaban la calle a toda prisa; algunos llevaban maletines azules; otros, maletines rojos.

—Los juzgados —dijo señalando la fría masa de adornada piedra. Tenía aspecto triste y fúnebre—. Aquí trabaja Morris —añadió alzando la voz.

Todavía se sentía molesto por haberse dejado llevar por el mal genio. Aunque esa sensación estaba desapareciendo. En su mente solo quedaba una pequeña arista de aspereza.

—¿Crees que hubiera debido ser…? —comenzó.

Quería decir «abogado», pero también quería decir «si debía hacer eso, dejarme llevar por la ira con el camarero».

—¿Qué hubieras debido ser o qué hubieras debido hacer? —le preguntó Sara inclinándose hacia él.

El rugido del tránsito le había impedido comprender las palabras de Martin. Era imposible hablar; de todas maneras, la desagradable sensación de haber perdido el dominio de sí mismo iba desapareciendo. La pequeña punzada iba quedando eficazmente neutralizada. Después se reavivó, porque Martin vio una mendiga que vendía violetas. Y aquel pobre diablo, pensó, se quedó sin propina por haber intentado engañarme… Martin fijó la vista en un

buzón de correos. Luego miró un automóvil. Era raro lo deprisa que se acostumbraba uno a ver coches sin caballos, se dijo. Antes parecían ridículos. Pasaron ante la mujer que vendía violetas. Llevaba un sombrero que le tapaba la cara. Para reparar el daño causado al camarero, Martin echó seis peniques en su platillo. Negó con la cabeza. No quería violetas; y realmente las flores estaban marchitas. Pero Martin alcanzó a ver la cara de la mendiga. Carecía de nariz; tenía el rostro sembrado de parches blancos; dos orificios con ribetes rojos sustituían las ventanillas de la nariz. La mendiga no tenía nariz, y llevaba el sombrero echado hacia delante para ocultarlo.

—Crucemos —dijo Martin bruscamente.

Cogió a Sara del brazo y la obligó a cruzar entre los autobuses. Sara debía de haber visto a menudo imágenes como aquella; él las había visto a menudo; pero nunca juntos, esa era la cuestión. Empujó a Sara hacia la acera opuesta.

—Tomaremos un autobús —dijo Martin—. Vamos.

Cogió a Sara por el codo para obligarla a caminar deprisa. Pero era imposible, un carro les obstruía el camino, y la gente cruzaba ante ellos. Se estaban acercando a Charing Cross. Aquello era como los ojos de un puente; succionaba a hombres y mujeres en vez de agua. Tuvieron que detenerse. Los vendedores de periódicos apoyaban carteles contra sus piernas. Los hombres compraban periódicos: algunos se detenían, otros los arrancaban de las manos de los vendedores. Martin compró uno, y lo llevó en la mano.

—Esperaremos aquí —dijo—. El autobús no tardará en pasar.

Un viejo sombrero de paja, con una cinta de color púrpura alrededor, pensó Martin mientras abría el periódico. La imagen persistía. Alzó la vista. El reloj de la estación siempre va adelantado, aseguró a un hombre que se apresuraba para tomar un tren. Siempre adelantado, pensó abriendo el periódico. Pero no había reloj. Se puso a leer las noticias de Irlanda. Los autobuses se detenían uno tras otro y reanudaban la marcha. Era difícil concentrarse en las noticias de Irlanda. Levantó la vista.

—Este es el nuestro —anunció cuando llegaba el autobús que esperaban.

Fueron al piso superior y se sentaron el uno junto al otro, en la parte que caía encima del conductor.

—Dos a Hyde Park Corner —dijo Martin sacando un puñado de calderilla.

Miró las páginas del periódico vespertino, pero solo se trataba de la edición de primera hora.

—No dice nada —comentó metiendo el periódico debajo del asiento—. Y ahora… —Comenzó a llenar la pipa. Bajaban suavemente la cuesta de Piccadilly—. Aquí es donde solía ir mi padre. —Se calló y señaló las ventanas

de un club con la pipa—. Y ahora —encendió una cerilla—, Sally, puedes decir todo lo que quieras, porque nadie nos escucha. Di algo —añadió arrojando la cerilla a la calle—. Algo muy profundo.

Se volvió hacia Sally. Quería que hablara. Descendieron por la pendiente; volvieron a subir. Quería que Sally hablara; o tendría que hablar él. ¿Y qué podía decir él? Martin había enterrado su sentimiento. Aunque quedaba cierta emoción. Quería que Sally hablara, pero guardaba silencio. No, pensó Martin mordiendo la boquilla de la pipa. No lo diré. Si lo hiciera, Sally pensaría que yo…

Miró a Sally. El sol llameaba en las ventanas del hospital Saint George. Sally lo miraba embelesada. ¿Por qué con este embeleso?, se preguntó Martin, en el momento en que el autobús se detenía y él se apeaba.

Desde la mañana el escenario había variado levemente. A lo lejos, los relojes tocaban las tres. Había más automóviles, más mujeres con vestidos claros de verano, más hombres con chaqué y sombrero de copa gris. Comenzaba la procesión de gente a través de las puertas hacia el interior del parque. Todos parecían estar de fiesta. Incluso las aprendizas de las modistas, con sus sombrereras, parecían participar en una ceremonia. Las sillas verdes eran arrastradas hasta el linde del Row. Había mucha gente sentada en ellas como si ocupara las localidades de un teatro. Los jinetes iban al trote hasta el término del Row; daban media vuelta al caballo; y regresaban al trote al otro extremo. El viento del oeste empujaba nubes blancas con motas doradas por el cielo. Las ventanas de Park Lane brillaban con reflejos azules y dorados.

Martin caminaba deprisa.

—¡Vamos, vamos! —exclamó—. ¡Vamos!

Siguió adelante. Soy joven, pensó; estoy en la flor de la vida. El aire olía a tierra; incluso en el parque había un suave aroma a primavera, a campo.

—Cuánto me gustaría… —dijo Martin en voz alta.

Miró a su alrededor. Había hablado al vacío. Sara se había rezagado; estaba anudándose los cordones del zapato. Pero Martin se sintió como si se hubiera saltado un peldaño al bajar una escalera.

—Qué ridículo se siente uno cuando habla solo en voz alta —dijo cuando Sara llegó a su lado.

Sara hizo un ademán.

—Pero fíjate —repuso—, es lo que todos hacen.

Una mujer de mediana edad se acercaba a ellos. Hablaba para sí. Movía los labios; manoteaba.

—Eso se debe a la primavera —dijo Martin al cruzarse con ella.

—No —le contradijo Sally—. Un invierno vine aquí y vi a un negro riéndose solo, en la nieve.

—En la nieve —repitió Martin—. Un negro.

El sol resplandecía en el césped; pasaban junto a un parterre con jacintos de muchos colores, ondulados y relucientes.

—No pensemos en la nieve —dijo Martin—. Pensemos…

Una mujer joven empujaba un cochecito de niño; de repente Martin recordó algo.

—Maggie —exclamó—. Dime. No la he visto desde que tuvo el niño. Y no conozco al francés. ¿Cómo le llamáis? ¿René?

—Renny —contestó Sara.

Sara se hallaba aún bajo la influencia del vino, del aire libre, de la gente que pasaba. También Martin se sentía disperso, pero quería terminar con ello.

—Sí. ¿Cómo es ese hombre, René, Renny?

Primero pronunció el nombre a la francesa, luego a la inglesa. Martin quería despertar a Sara. Le cogió el brazo.

—¡Renny! —repitió Sara, echó la cabeza atrás y rió—. Bueno, veamos —comenzó—. Lleva una corbata roja con lunares blancos. Y tiene los ojos oscuros. Y coge una naranja, supongamos que estamos cenando, y dice, mirándote a los ojos: «Esta naranja, Sara…».

Sara pronunció fuerte las erres. E hizo una pausa.

—Aquí hay otro que habla solo —observó.

Un hombre joven pasó junto a ellos con un abrigo abrochado hasta el cuello, como si no llevara camisa. Iba murmurando. Al cruzarse con ellos les miró ceñudamente.

—¿Y Renny? —dijo Martin—. Hablábamos de Renny —le recordó a Sara—. Coge una naranja y…

—Y se sirve un vaso de vino —siguió ella—. «¡La ciencia es la religión del futuro!» —exclamó agitando la mano como si sostuviera un vaso de vino.

—¿De vino? —preguntó Martin.

Escuchando a medias, Martin se había imaginado a un entusiasta profesor francés, una imagen a la que ahora tenía que añadir un incongruente vaso de vino.

—Sí, de vino —repitió Sara—. Su padre era comerciante —continuó—. Un hombre con barba negra; comerciante en Burdeos… Y un día —prosiguió—, cuando Renny era pequeño estaba jugando en el jardín y oyó que daban golpes en una ventana. «No hagas tanto ruido, vete a jugar más lejos», le dijo una mujer con un gorro blanco. Su madre había muerto… Y el chico tenía miedo de decirle a su padre que el caballo era demasiado grande para que él lo montara… Y le mandaron a Inglaterra…

Sara se acercó a la barandilla.

—¿Y qué pasó? —preguntó Martin poniéndose a su lado—. ¿Se comprometieron en matrimonio?

Sara guardó silencio. Martin esperó a que Sara le explicara por qué Maggie y Renny se habían casado. Esperó, pero Sara no dijo nada más. En fin, Maggie se casó con el francés y eran felices, pensó. Sintió una punzada de celos. El parque estaba lleno de parejas que paseaban. Todo parecía lozano y rebosante de dulzura. El aire les soplaba suavemente en la cara. Iba cargado de murmullos; del temblor de las ramas; del rumor de las ruedas; del ladrido de los perros, y, de vez en cuando, del intermitente canto de los tordos.

Y he aquí que junto a ellos pasó una señora hablando sola. Cuando los dos la miraron, la señora volvió la vista atrás y silbó, como si llamara a su perro. Pero el perro al que había llamado era de otra persona. El perro salió disparado en dirección opuesta. La señora oprimió los labios y apretó el paso.

—A la gente no le gusta que la miren cuando va hablando sola —dijo Sara.

Martin se sobresaltó levemente.

—Oye —exclamó—. Nos hemos equivocado de camino.

Les llegaban voces flotando por el aire.

Habían caminado en la dirección que no debían. Se encontraban cerca del pelado y pisoteado espacio donde se congregaban los oradores. Los discursos estaban en pleno apogeo. Se habían formado grupos alrededor de cada orador. Estos peroraban subidos a sus tarimas o a cajas de madera. A medida que Sara y Martin se acercaban, sus voces sonaban cada vez más fuertes.

—Escuchemos —propuso Martin.

Un hombre delgado se inclinaba hacia delante sosteniendo una pizarra. Oyeron que decía:

—Señoras y señores…

Se detuvieron ante él.

—Fijen su vista en mí —dijo.

Fijaron su vista en él.

—No tengan miedo —continuó engarfiando un dedo.

Resultaba simpático. Levantó la pizarra.

—¿Tengo aspecto de judío? —preguntó.

Dio media vuelta a la pizarra y miró la otra cara. Y oyeron que el hombre decía que su madre hacía nacido en Bermondsey, mientras se alejaban, y que su padre había nacido en la isla de… La voz se desvaneció.

—A ver este —dijo Martin.

Era un hombre corpulento que golpeaba con el puño la barandilla de su tarima.

—¡Conciudadanos! —gritaba.

Sara y Martin se detuvieron. El grupo de ociosos, chicos de recados y niñeras miraba al hombre con la boca abierta y los ojos vacíos. La mano del hombre señaló con supremo desdén la fila de automóviles que pasaban ante él. La camisa le salía por debajo del chaleco.

—Justicia y libertad —dijo Martin repitiendo las palabras que el hombre había pronunciado al compás de los golpes que daba a la barandilla.

Esperaron. Después el hombre volvió a decir lo mismo que antes.

—Pero es un buen orador —observó Martin dando media vuelta.

La voz se extinguió.

—¿Y qué estará diciendo la vieja señora?

Se acercaron. El público que escuchaba a la anciana era muy escaso. La voz de la oradora apenas se oía. Sostenía un librito en la mano y decía algo referente a gorriones. Pero su voz se debilitó hasta convertirse en un aflautado chorrito. Un grupo de niños la imitaba.

Escucharon un instante. Luego, Martin se volvió otra vez.

—Vamos, Sal —dijo poniendo la mano en el hombro de Sara.

Las voces se debilitaron más y más y más. Pronto dejaron de oírse. Siguieron avanzando por el suave terreno que se elevaba y descendía como un corte de paño verde con las rayas pardas de los senderos que tenían delante. Unos grandes perros blancos jugueteaban; entre los árboles brillaban las aguas de la Serpentine, salpicadas de barquichuelas aquí y allá. El carácter urbano del parque, el brillo del agua, la ondulación, las curvas y la composición del paraje, como si alguien lo hubiera diseñado, producían en Martin una agradable sensación.

—Justicia y libertad —dijo Martin, un poco para sí, cuando llegaron a la orilla y se quedaron allí un momento, contemplando cómo las gaviotas cortaban el aire en formas blancas con sus alas—. ¿Estás de acuerdo con lo que decía ese hombre? —le preguntó a Sara, cogiéndola del brazo para que le prestara atención, pues movía los labios hablando sola—. El hombre gordo que agitaba el brazo —añadió.

Sara se sobresaltó.

—¡Oi, oi, oi! —exclamó imitando el acento barriobajero del orador.

Sí, pensó Martin mientras reanudaban su andadura. Oi, oi, oi, oi, oi, oi, oi. Siempre lo mismo. Poca justicia y libertad habría para aquella clase de gente si el hombre gordo impusiera sus criterios. Y poca belleza.

—¿Y con la pobre señora a quien nadie escuchaba? —dijo Martin—. La que hablaba de gorriones…

A Martin le parecía ver todavía al hombre delgado que doblaba el dedo persuasivamente; al hombre gordo que extendía los brazos de tal manera que se le veían los tirantes; y a la menuda y vieja señora que se esforzaba en hacer oír su voz por encima de los silbidos y las cuchufletas. En aquella escena se mezclaban la tragedia y la comedia.

Habían llegado a la puerta que daba a los jardines de Kensington. Junto a la acera se extendía una larga fila de automóviles y carruajes. Unas sombrillas de rayas protegían las mesillas circulares a las que ya había gente sentada, esperando para tomar el té. Las camareras entraban y salían presurosas con bandejas; la temporada había comenzado. El ambiente era muy alegre.

Una señora elegantemente vestida, con una purpúrea pluma que caía lacia a un lado de su sombrero, estaba sentada tomándose un helado. El sol moteaba la mesa y daba a la mujer una curiosa transparencia, como si hubiera quedado atrapada en una red de luz, como si estuviera formada por rombos de colores flotantes. Martin estaba casi seguro de que la conocía; se quitó el sombrero, a modo de saludo. Pero la señora siguió mirando al frente; tomando su helado. No, pensó Martin; no la conocía; y se detuvo un momento para encender la pipa. ¿Qué sería del mundo, se preguntó todavía pensando en el hombre gordo que agitaba el brazo, sin «Yo» en él? Encendió la cerilla. Miró la llama, casi invisible a la luz del sol. Estuvo unos instantes dando chupadas a la pipa. Sara se había adelantado. También había quedado atrapada en las flotantes luces que se colaban entre las hojas de los árboles. Una inocencia primitiva parecía envolver la escena. Los pájaros piaban en constantes altibajos desde las ramas; el rumor de Londres rodeaba el espacio abierto con un anillo de sonido distante pero sin lagunas. Las flores rosadas y blancas de los castaños subían y bajaban al compás de los movimientos de las ramas impulsadas por la brisa. El

sol que moteaba las hojas daba a todo una curiosa apariencia de insustancialidad, como si todo estuviera quebrado en separados puntos de luz. También él, Martin, parecía estar disperso. Durante un momento su mente quedó vacía. Luego se espabiló, arrojó la cerilla y alcanzó a Sally.

—¡Vamos! —dijo—. ¡Vamos! ¡A las cuatro en el Round Pond!

Anduvieron cogidos del brazo en silencio por la larga avenida, con el palacio y la iglesia fantasma en el horizonte. Parecía que el tamaño de los seres humanos se hubiera reducido. En vez de gente adulta, ahora había muchos más niños. Abundaban los perros de todas clases. El aire estaba lleno de ladridos y chillidos. Bandadas de niñeras empujaban cochecitos por los senderos. Los niños, como imágenes de cera débilmente teñida, dormían profundamente en ellos; sus párpados de impecable lisura cubrían sus ojos de manera que parecían sellarlos totalmente. Martin bajó la vista. Los niños le gustaban. Sally tenía esa edad cuando la vio por primera vez, dormida en su cochecito, en el vestíbulo de la casa de Browne Street.

Martin se paró en seco. Habían llegado al Pond.

—¿Dónde está Maggie? —preguntó—. ¿No será esa?

Señaló a una mujer joven que estaba sacando de un cochecito a un niño, bajo la copa de un árbol.

—¿Dónde? —dijo Sara mirando en otra dirección.

Martin la señaló.

—Allí, bajo aquel árbol.

—Sí —repuso Sara—, es Maggie.

Fueron hacia allí.

—¿Seguro que es Maggie? —insistió Martin.

De repente dudaba, porque aquella mujer se comportaba con la tranquilidad de quien ignora que está siendo observado. Esto le daba cierto aire de desconocida. En un brazo sostenía al niño, y con la otra mano arreglaba las almohadas del cochecito. También estaba salpicada de rombos de luz flotante.

—Sí —dijo Martin al reconocer sus gestos—, es Maggie.

Ella se volvió y les vio.

Levantó la mano para indicarles que se acercaran sin hacer ruido. Se llevó un dedo a los labios. Se acercaron sigilosamente. Cuando llegaron junto a ella la brisa les llevó el distante sonido de las campanas de un reloj. Una, dos, tres, cuatro… Y el sonido cesó.

—Nos hemos encontrado en Saint Paul —dijo Martin en un susurro.

Arrastró dos sillas y se sentó en una. Guardaron silencio durante un instante. El niño no estaba dormido. Al cabo de un rato Maggie se inclinó y lo miró.

—No hace falta que hables bajo —dijo Maggie en voz alta—. Ya duerme.

—Nos hemos encontrado en Saint Paul —repitió Martin con su voz normal. Venía de visitar a mi agente de bolsa. —Se quitó el sombrero y lo dejó sobre el césped—. Y cuando salí —continuó— vi a Sally…

La miró. Martin recordó que Sally no le había dicho en qué estaba pensando en la escalinata de Saint Paul, cuando movía los labios.

Ahora Sally bostezaba. En vez de coger la dura sillita verde que Martin le había ofrecido, se había sentado en la hierba. Había doblado el cuerpo como un saltamontes y tenía la espalda apoyada en el tronco de un árbol. El libro de oraciones, con sus páginas rojas y doradas, descansaba en el suelo, y sobre él se doblaban algunas briznas de hierba temblorosa. Sally bostezó, se desperezó. Ya estaba medio dormida.

Martin acercó su silla a Maggie y miró la escena que tenían delante.

Estaba admirablemente compuesta. Sobre el fondo de una verde ladera, se veía la figura blanca de la reina Victoria; más allá, los ladrillos rojos del viejo palacio; la iglesia fantasma alzaba al cielo su campanario, y el Round Pond formaba una mancha azul. Unos yates participaban en una regata. Las embarcaciones se inclinaban tanto que sus velas rozaban el agua. Soplaba una brisa leve y agradable.

—¿Y de qué habéis hablado? —quiso saber Maggie.

Martin no se acordaba.

—Ha bebido más de la cuenta —dijo señalando a Sara—. Y ahora se duerme.

También él se sentía adormilado. El sol le daba en la cabeza, y, por primera vez, le parecía casi ardiente.

Entonces Martin contestó la pregunta de Maggie.

—De todo —dijo—. Política, religión, moral…

Bostezó. Las gaviotas chillaban, subiendo y bajando alrededor de una señora que les echaba comida. Maggie las observaba. Martin miró a Maggie.

—No te había visto desde que tuviste al niño —comentó.

Pensó que tener un hijo la había cambiado. La había mejorado, se dijo.

Pero Maggie observaba a las gaviotas. La señora les había arrojado un puñado de pescado, y las gaviotas se abalanzaban en círculos alrededor de su cabeza.

—¿Te gusta tener un hijo? —preguntó Martin.

—Sí —dijo ella espabilándose para contestar—, aunque ata.

—Pero es bueno tener esa clase de ataduras, ¿verdad?

A Martin le gustaban los niños. Miró al niño dormido, con los ojos sellados y el pulgar en la boca.

—¿Te gustaría tener hijos? —le preguntó Maggie.

—Es lo que me estaba preguntando —respondió— antes de…

Entonces la garganta de Sara soltó un chasquido; Martin bajó la voz hasta convertirla en un murmullo.

—Antes de encontrar a Sally en Saint Paul —dijo quedamente.

Guardaron silencio. El niño dormía; Sara dormía; la presencia de los dos durmientes parecía encerrarlos en un círculo de intimidad. Dos de los yates de la regata se acercaban el uno al otro, como si fueran a chocar; pero uno de ellos adelantó al otro. Martin los contempló. La vida había recuperado sus proporciones normales. Todo volvía a estar en su sitio. Los yates navegaban; los hombres caminaban; los niños intentaban pescar en el lago; las aguas se estremecían en ondas azules. Todo rebosaba el movimiento, la potencia y la fecundidad de la primavera.

De repente, Martin dijo en voz alta:

—El peor mal es el sentido de posesión.

Maggie lo miró. ¿Se refería a ella, a ella y al niño? No. El tono de voz de Martin le decía que no pensaba en ella.

—¿En qué piensas? —le preguntó.

—En la mujer a la que amo —respondió—. ¿No crees que el amor debiera extinguirse simultáneamente en los dos seres afectados? —Habló sin dar énfasis alguno a sus palabras, como si no quisiera despertar a los durmientes —. Pero no ocurre así, y eso es lo peor —añadió en el mismo tono.

—¿Te aburres? —murmuró Maggie.

—Estoy muerto de aburrimiento.

Martin se inclinó y extrajo un guijarro oculto entre la hierba.

—¿Y estás celoso? —susurró ella.

Su voz era muy baja y suave.

—Unos celos terribles —musitó Martin.

Sí, ahora que Maggie lo había mencionado, Martin se daba cuenta. En ese instante el niño casi despertó y alargó una mano. Maggie meció el cochecito. Sara se agitó. Su intimidad corría peligro. Martin tuvo la impresión de que quedaría destruida de un momento a otro; y deseaba hablar.

Miró a los durmientes. El niño tenía los ojos cerrados, y Sara también. Maggie y él todavía parecían cercados por un anillo de soledad. Hablando en voz baja y monótona, Martin contó a Maggie su historia; la historia de la señora; le dijo que ella quería retenerlo y que él deseaba ser libre. Se trataba de una historia normal, pero dolorosa, contradictoria. Sin embargo, mientras la contaba pudo extraer el aguijón. Quedaron los dos en silencio, con la vista fija al frente.

Estaba comenzando otra regata; había hombres agazapados en la orilla del lago, cada uno de ellos con el bastón metido en un yate de juguete. Era una imagen encantadora, alegre, inocente y un tanto ridícula. Se dio la señal, y los yates partieron. ¿Y también él tendrá que pasar por esto?, pensó Martin mirando al niño. Martin pensaba en sí mismo, en sus celos.

—Mi padre —dijo de repente, pero con voz suave— tenía una amiga… Y ella lo llamaba Bogy.

Y contó a Maggie la historia de la mujer que tenía una casa de huéspedes en Putney, aquella señora tan respetable, que había engordado y que quería que él la ayudase a reparar el tejado. Maggie rió, aunque sin hacer ruido para no despertar a los durmientes. Ambos dormían aún profundamente.

—¿Estaba enamorado de tu madre? —le preguntó Martin a Maggie.

Maggie miraba las gaviotas que recortaban formas con sus alas en la distancia azul. La pregunta pareció hundirse en lo que veía Maggie; entonces de repente le llegó a ella.

—¿Seremos hermanos, tú y yo? —conjeturó.

Y se rió en voz alta. El niño abrió los ojos y extendió los dedos.

—Lo hemos despertado —dijo Martin.

El niño se echó a llorar. Maggie tuvo que tranquilizarlo. La intimidad había terminado. El niño lloraba; los relojes comenzaron a dar la hora. La brisa les llevaba suavemente el sonido de las campanadas. Una, dos, tres, cuatro, cinco…

—Es hora de irnos —anunció Maggie al extinguirse la última campanada.

Acostó al niño en el cochecito y se volvió. Sara todavía dormía. Estaba doblada, con la espalda apoyada en el árbol. Martin se inclinó y le tiró una

ramita. Sara abrió los ojos, pero volvió a cerrarlos inmediatamente.

—No, no —protestó, cubriéndose la cabeza con los brazos.

—Es hora de irnos —dijo Maggie.

Sara se irguió.

—¿Es la hora? —Y suspiró—. ¡Qué extraño…! —murmuró. Levantó la cabeza y se frotó los ojos—. ¡Martin! —exclamó.

Miró a Martin, cernido sobre ella, con su traje azul y su bastón en la mano. Le miró como si estuviera situándole de nuevo en su campo de visión.

—¡Martin! —volvió a exclamar.

—¡Sí, Martin! —replicó él—. ¿Has oído lo que hemos estado diciendo? —preguntó.

—He oído voces —dijo Sara bostezando y negando con la cabeza—. Solo voces.

Martin guardó silencio unos instantes, mirando a Sara.

—Me voy —dijo mientras cogía el sombrero—. Voy a cenar con un primo que vive en Grosvenor Square —añadió.

Dio media vuelta y se fue.

Después de recorrer una corta distancia, Martin volvió la vista atrás y las miró. Todavía estaban sentadas junto al cochecito, bajo los árboles. Martin siguió caminando. Luego volvió a mirar hacia atrás. Se encontraba en una pendiente, por lo que los árboles quedaban ocultos. Un perro pequeño arrastraba por un sendero a una señora muy fornida que lo llevaba atado con correa. Martin ya no podía ver a Maggie y a Sara.

Una o dos horas más tarde, el sol se ponía mientras cruzaba el parque en taxi. Pensaba que se había olvidado algo, pero no sabía qué. Las escenas se sucedían y cada una borraba la anterior. Ahora estaba cruzando el puente sobre la Serpentine. El agua resplandecía a la luz del sol poniente; en el agua reposaban retorcidas manchas de luz de las farolas, y al fondo el puente enmarcaba el escenario. El taxi entró en la sombra de los árboles y se unió a la larga fila de vehículos que avanzaban en torrente hacia Marble Arch. La gente vestida de gala se dirigía a fiestas y teatros. La luz se tornaba cada vez más amarilla. La calle parecía haber sido batida hasta transformarse en una lámina de plata. Todo parecía festivo.

Pero llegaré tarde, pensó, pues el paso del taxi quedó obstruido por otros vehículos junto a Marble Arch. Miró el reloj; eran exactamente las ocho y media. Sin embargo, las ocho y media significan las ocho y cuarenta y cinco,

se dijo, en el momento en que el taxi reanudó su camino. Y cuando el taxi giraba y entraba en la plaza, había un automóvil detenido ante la puerta y un hombre se apeaba. Llego a tiempo, pensó, y pagó al taxista.

La puerta se abrió casi antes de que tocara el timbre, como si hubiera pisado un resorte. La puerta se abrió y dos criados se adelantaron para hacerse cargo de sus prendas de calle justo cuando entraba en el vestíbulo de baldosas blancas y negras. Siguió a otro hombre por la impresionante escalera de mármol blanco que formaba una amplia curva. De la pared colgaban grandes y oscuros cuadros, y en lo alto, junto a la puerta, había un cuadro amarillo y azul, con palacios venecianos y canales verde pálidos.

De Canaletto o de su escuela, quizá, pensó deteniéndose para ceder el paso al otro hombre. A continuación dijo su nombre al criado.

—El capitán Pargiter —anunció el criado con voz sonora.

Kitty estaba en la puerta. Iba vestida de etiqueta; a la moda; y con un toque de carmín en los labios. Kitty le ofreció la mano; pero Martin no se detuvo porque estaban llegando más invitados. ¿Un salón?, se preguntó, pues la estancia, con sus candelabros, su artesonado amarillo, y los sofás y sillones distribuidos por todo el espacio, tenía el aire de una grandiosa antesala. Había ya siete u ocho personas. No, hoy no saldrá bien, se dijo Martin mientras charlaba con su anfitrión, que había estado en las carreras. La cara le resplandecía como si hubiera estado al sol hasta aquel mismo instante. Casi cabía esperar, pensó Martin mientras seguía hablando, ver que llevaba un par de prismáticos colgados del cuello, de la misma forma que se le veía en la frente la marca roja del sombrero que había llevado. No, no saldrá bien, pensó Martin mientras hablaban de caballos. Oyó los gritos de un vendedor de periódicos, en la calle, y el sonido de las bocinas. Martin conservaba con claridad su sentido de la identidad de los distintos objetos y de sus diferencias. Cuando una fiesta tiene éxito, todo, cosas y sonidos, queda fundido. Miró a una vieja señora, con la cara en forma de cuña y del color de la piedra, sentada, como incrustada en un sofá. Echó una ojeada al retrato de Kitty, obra de un retratista de moda, mientras seguía hablando, apoyándose ahora en un pie, ahora en el otro, con el hombre gris, de ojos de sabueso y corteses modales, con quien Kitty se había casado, en vez de hacerlo con Edward. Entonces Kitty se acercó y le presentó a una muchacha vestida de blanco, que estaba sola, con una mano apoyada en el respaldo de un sillón.

—La señorita Ann Hillier —dijo Kitty—. Mi primo, el capitán Pargiter.

Kitty se quedó unos instantes con ellos, como si quisiera facilitar su amistad. Pero Kitty siempre estaba un poco rígida; y no hizo más que agitar su abanico arriba y abajo.

—¿Has estado en las carreras, Kitty? —le preguntó Martin, pues sabía que Kitty detestaba las carreras y siempre le gustaba burlarse un poco de ella.

—¿Yo? No, no voy a las carreras —contestó Kitty con cierta sequedad.

Kitty se volvió porque acababa de entrar otra persona, un hombre con galones dorados y una estrella.

Más me hubiera valido, pensó Martin, no venir y quedarme en casa leyendo un libro.

—¿Ha estado en las carreras? —le preguntó en voz alta a la muchacha a la que acompañaría al comedor.

La muchacha negó con la cabeza. Tenía los brazos blancos; llevaba un vestido blanco; un collar de perlas. Puramente virginal, se dijo Martin; y hace solo una hora yo estaba desnudo como un lagarto en mi baño, en Ebury Street, pensó.

—He visto un partido de polo —dijo ella.

Martin miró sus zapatos y advirtió que estaban cruzados de arrugas; eran viejos; se había propuesto comprarse un par, pero se había olvidado. Eso era lo que se le había olvidado, pensó viéndose a sí mismo otra vez dentro del taxi, cruzando el puente de la Serpentine.

Pero ya iban a bajar al comedor. Martin ofreció el brazo a la muchacha. Mientras bajaban la escalera, y Martin contemplaba los vestidos de las señoras que les precedían arrastrándose de peldaño en peldaño, pensó: ¿Y qué diablos le voy a decir a esta chica? Después cruzaron el suelo de losas blancas y negras y entraron en el comedor. Estaba armoniosamente decorado; los cuadros brillaban con las barras de luz con pantalla debajo de ellos; la mesa del comedor resplandecía; pero ni una sola luz les daba en la cara. Si esto no sale bien, pensó Martin mientras miraba el retrato de un noble con capa carmesí y una luminosa estrella que colgaba ante él, no volveré más. Después se preparó para hablar con la virginal muchacha que estaba sentada a su lado. Pero tuvo que descartar casi todos los temas de conversación que se le ocurrieron, tan joven era la chica.

—Se me han ocurrido tres temas de los que hablar —se lanzó Martin sin saber cómo iba a terminar la frase—. Las carreras, los ballets rusos… —Dudó unos instantes y prosiguió—: E Irlanda. ¿Cuál de ellos le interesa?

Desplegó la servilleta.

—Por favor —dijo la chica inclinándose un poco hacia él—, ¿puede repetirlos?

Martin se echó a reír. La muchacha tenía una encantadora manera de ladear

un poco la cabeza e inclinarse hacia él.

—Pues no hablemos de ninguno de esos temas —dijo Martin—. Hablemos de algo interesante. ¿Le gustan las fiestas?

La muchacha metía la cuchara en la sopa. Alzó la vista hacia Martin mientras levantaba la cuchara, y le miró con ojos que parecían resplandecientes piedras bajo una fina capa de agua. Son como esferas de cristal bajo el agua, pensó Martin. La chica era extremadamente hermosa.

—¡Solo he estado en tres fiestas en toda mi vida! —respondió.

Y soltó una adorable risita.

—¡No me diga! —exclamó Martin—. ¿Esta cuál es, la tercera o la cuarta?

Martin prestó atención a los ruidos de la calle. Podía oír las bocinas de los automóviles, pero se habían alejado mucho; formaban un constante rumor. La fiesta comenzaba a ir bien. Martin levantó la copa. Mientras se la llenaban, pensó que le gustaría que la muchacha dijera: «¡Qué encantador era el hombre que se sentaba a mi lado!», cuando se acostara aquella noche.

—Esta es la tercera fiesta de verdad a la que asisto —dijo la muchacha.

Había dado a la palabra «verdad» un énfasis que a Martin le pareció un tanto patético. Esta muchacha debe de haber dejado hace tres meses la guardería, pensó Martin, donde solo comía pan con mantequilla.

—Pues mientras me afeitaba —continuó Martin—, he pensado que jamás volvería a asistir a una fiesta.

Y era verdad; Martin había visto un hueco en su biblioteca. ¿Quién ha arrancado mi vida de Wren?, pensó sosteniendo la navaja en el aire; y había deseado quedarse solo en casa y leer. Pero ahora… ¿qué episodio de sus vastas experiencias podía separar para ofrecerlo a la chica?

—¿Vive en Londres? —preguntó ella.

—En Ebury Street —respondió Martin.

La muchacha conocía esa calle, porque se encontraba de camino a la estación Victoria; y ella iba a menudo a la estación Victoria, ya que su familia tenía una casa en Sussex.

—Y dígame… —prosiguió él con la sensación de que habían roto el hielo.

Pero entonces la muchacha se volvió para contestar un comentario del hombre que se sentaba al otro lado. Martin se enojó. Todo el edificio que había construido, como en un juego en el que un frágil huesecillo se engancha en otro frágil huesecillo, se había venido abajo. Ann hablaba con el otro hombre igual que si lo conociera de toda la vida; el hombre tenía el cabello como si le

hubieran pasado un rastrillo, y era muy joven. Martin guardó silencio. Miró el gran retrato colgado frente a él. Bajo el retrato había un lacayo; una fila de decantadores para servir vino tapaba los pliegues que la capa formaba en el suelo. ¿Es el tercer conde o el cuarto?, se preguntó Martin. Conocía la historia familiar en el siglo XVIII; fue el cuarto conde quien hizo el gran matrimonio. Pero a fin de cuentas, pensó mirando a Kitty que presidía la mesa, los Rigby son de mejor familia que ella. Martin sonrió; se contuvo. Solo pienso en «mejores familias» cuando ceno en sitios como este, se dijo. Miró otro cuadro; una señora con un vestido verde mar; el famoso Gainsborough. Pero en ese momento lady Margaret, la mujer que estaba sentada a su izquierda, se volvió hacia él:

—Estoy segura —dijo— de que estará de acuerdo conmigo, capitán Pargiter —Martin se dio cuenta de que lady Margaret había echado una ojeada a la tarjeta que tenía delante con su nombre antes de mencionarlo, a pesar de que se habían tratado a menudo—, en que lo que han hecho es diabólico.

Lady Margaret había hablado con tal fuerza que el tenedor que sostenía verticalmente parecía el arma con que se disponía a atacarle. Martin se arrojó de cabeza a aquella conversación. Se trataba de política, naturalmente; de Irlanda.

—Dígame, ¿usted qué opina? —preguntó la señora, tenedor en ristre.

Por un instante Martin alentó la ilusión de que también él sabía lo que pasaba entre bastidores. Bajaba el telón; se encendían las luces; y él estaba entre bastidores. Se trataba de una ilusión, desde luego; en realidad, a él solo le arrojaban los restos del festín; pero era una sensación agradable mientras duraba. Martin escuchó. Ahora lady Margaret dirigía su perorata a un caballero situado al final de la mesa. Martin lo observó. Se había cubierto la cara con una máscara de una infinita sabia tolerancia mientras lady Margaret le arengaba. El caballero ordenaba tres migas de pan junto a su plato, como si jugara a un misterioso juego de profundo significado. Parecía decir «Sí, ya…», como si lo que tenía entre los dedos fueran fragmentos del destino humano, no migas de pan. Aquella máscara podía ocultar cualquier cosa… ¿o quizá nada? De todas maneras, era una máscara muy distinguida. Pero lady Margaret también lo acorraló con su tenedor; y él levantó las cejas y apartó un poco una de las migas antes de hablar. Martin se inclinó para escuchar.

—Cuando estuve en Irlanda —empezó el hombre—, en 1880…

Hablaba con gran sencillez; les ofrecía sus recuerdos; contaba su historia a la perfección; la historia contenía en sí todo su significado, sin dejar escapar ni una sola gota. Y él había desempeñado un papel muy importante. Martin escuchaba atentamente. Era absorbente. Y aquí estamos, pensó Martin, insistiendo, insistiendo, insistiendo… Martin se echó hacia delante intentando

no perderse ni media palabra. Pero se dio cuenta de que alguien reclamaba su atención. Ann se había vuelto hacia él.

—Dígame —le preguntaba—, ¿quién es?

Ann había inclinado la cabeza a la derecha. Al parecer, la muchacha estaba convencida de que él conocía a todos los presentes. Martin se sintió halagado. Paseó la vista alrededor de la mesa. ¿Quién era? Sí, alguien a quien había tratado; alguien, conjeturó, que no se sentía a sus anchas en aquella casa.

—Le conozco… —dijo—. Le conozco…

Tenía la cara blanca y gorda; hablaba muy deprisa. Y la joven señora casada con la que hablaba le decía «comprendo, comprendo…», asintiendo levemente con la cabeza. Pero en su rostro había cierta tensión. No deberías tomarte tantas molestias, mi buen amigo, le habría dicho Martin a aquel hombre. La señora no comprende ni una palabra de cuanto le dices.

—No recuerdo su nombre —dijo en voz alta—, pero lo conocí, aunque no sé dónde. En Oxford o en Cambridge quizá…

En los ojos de Ann apareció una mirada divertida. La muchacha se había dado cuenta. Había emparejado a los dos hombres. No pertenecían a su mundo, no.

—¿Ha visto los ballets rusos? —decía.

Al parecer, Ann los había visto en compañía de su joven amigo. Y cuál es tu mundo, muchacha, pensó Martin mientras Ann vertía su caudal de adjetivos, «divino», «maravilloso», «pasmoso», etcétera. ¿Es el mundo?, se preguntó Martin. Bajó la vista a la mesa. De todas maneras, los otros mundos tenían pocas posibilidades de prevalecer sobre este. Y es un buen mundo, añadió; amplio, generoso, hospitalario. Y muy bonito. Observó los rostros a su alrededor. La cena se acercaba a su fin. Todos los invitados parecían frotados con una gamuza, como si fueran piedras preciosas; pero el esplendor parecía inherente a ellos; atravesaba la piedra. Y la piedra estaba limpiamente cortada; no había mellas ni indecisiones. Entonces la mano con guante blanco de un lacayo derribó una copa de vino al retirar los platos. Las rojas salpicaduras fueron a parar al vestido de una señora. Pero ella no movió ni un músculo; siguió hablando. Después pasó con indiferencia la servilleta limpia que le habían entregado sobre la mancha.

Eso es lo que me gusta, pensó Martin. El gesto provocó su admiración. Aquella señora era capaz de sonarse la nariz con los dedos como una campesina si le daba la gana, se dijo. Pero Ann le hablaba.

—¡Y cuando da ese salto! —exclamó, y levantó la mano con un movimiento adorable—. ¡Y luego baja!

Dejó caer la mano sobre el regazo.

—¡Maravilloso! —asintió Martin.

Había hablado con el acento correcto, pensó; lo había captado del joven cuyo cabello parecía rastrillado.

—Sí, Nijinski es maravilloso —aseguró—. Maravilloso —repitió.

—Y mi tía me ha invitado a una fiesta para que lo conozca —dijo Ann.

—¿Su tía? —preguntó Martin en voz alta.

Ann mencionó un conocido apellido.

—¿Es su tía? —dijo él.

Había situado a Ann. Aquel era su mundo. Quería hacer una pregunta a Ann, pues le parecía encantadora por su juventud y sencillez, pero era ya demasiado tarde. Ann se estaba levantando.

—Espero… —comenzó a decir Martin.

Ann inclinó la cabeza hacia él, como si deseara quedarse, captar su última palabra, su mínima palabra; pero no pudo, porque lady Lasswade se había levantado; Ann tenía que irse.

Lady Lasswade se había levantado; todos se levantaron. Todos los vestidos rosas, grises, del color del mar se alargaron, y, por un instante, las altas mujeres de pie junto a la mesa parecieron salidas del famoso Gainsborough que colgaba de la pared. La mesa, sembrada de servilletas y copas de vino, tenía un aspecto lamentable cuando se alejaron de ella. Las señoras se apiñaron un momento en la puerta; luego la menuda anciana, vestida de negro, las adelantó cojeando con notable dignidad; Kitty, que fue la última, rodeó los hombros de Ann con el brazo y se la llevó. La puerta se cerró.

Kitty se detuvo un instante.

—Espero que le haya gustado mi viejo primo —le dijo a Ann mientras subían juntas la escalera.

Al pasar ante un espejo, Kitty se llevó la mano al vestido y alisó algo.

—¡Me ha parecido encantador! —exclamó Ann—. ¡Qué bonito es ese árbol!

Había hablado de Martin y del árbol exactamente en el mismo tono. Se detuvieron un instante para contemplar el árbol cubierto de flores rosadas que había en una maceta de porcelana junto a la puerta. Algunas de las flores estaban totalmente abiertas; otras aún eran capullos. Mientras lo miraban cayó un pétalo.

—Es cruel tenerlo aquí —dijo Kitty—, con este calor.

Entraron. Mientras cenaban los criados habían abierto las puertas plegables y habían encendido las luces de la estancia contigua, lo que causaba a los presentes la impresión de entrar en una sala recién construida para ellos. Un gran fuego ardía entre dos majestuosos morillos; pero el fuego parecía más cordial y decorativo que cálido. Dos o tres señoras se habían situado enfrente, y abrían y cerraban los dedos, para recibir en ellos el calor; pero se apartaron para dejar sitio a la dueña de la casa.

—¡Cuánto me gusta este retrato suyo, Kitty! —exclamó la señora Aislabie mirando el retrato de lady Lasswade cuando era joven.

En aquella época lady Lasswade era muy pelirroja; llevaba un cesto con rosas. Parecía altiva pero tierna, surgida de una nube de muselina blanca.

Kitty le echó una ojeada y se volvió.

—A una nunca le gustan sus propios retratos —comentó.

—¡Pero es su viva imagen! —dijo otra señora.

—¡Ya no! —repuso Kitty rechazando el cumplido con una carcajada un tanto forzada.

Después de cenar las mujeres siempre se alababan los vestidos o su aspecto unas a otras, pensó Kitty. No le gustaba quedarse con las mujeres después de cenar; le cohibía. Se quedó muy tiesa entre las demás, mientras los criados iban de un lado para otro con las bandejas del café.

—A propósito, espero que el vino… —Kitty hizo una pausa para servirse café—, el vino no le haya manchado el vestido, Cynthia —le dijo a la joven casada que había hecho frente al desastre con tanta serenidad.

—Es un vestido maravilloso —añadió lady Margaret acariciando los pliegues de satén dorado con el índice y el pulgar.

—¿Le gusta? —preguntó la joven.

—Es completamente maravilloso. No he hecho más que mirarlo durante toda la noche —dijo la señora Treyer, una mujer de aspecto oriental, con una pluma que le flotaba detrás de la cabeza a juego con su nariz, que era judía.

Kitty observó a las mujeres que admiraban el maravilloso vestido. Eleanor se hubiera encontrado fuera de su ambiente, pensó. Eleanor había declinado su invitación a la cena. Esto la había enojado.

—Dígame —las interrumpió lady Cynthia—, ¿quién era ese hombre que estaba sentado a mi lado? En su casa siempre se conoce a gente interesante —añadió.

—¿El hombre sentado a su lado? —dijo Kitty. Pensó unos instantes—. Tony Ashton —respondió.

—¿El mismo que ha dado unas conferencias sobre poesía francesa en Mortimer House? —intervino la señora Aislabie—. Tenía muchísimas ganas de asistir. Me han dicho que fueron maravillosamente interesantes.

—Mildred fue —dijo la señora Treyer.

—¿Y por qué estamos en pie? —preguntó Kitty.

Con un ademán señaló los asientos. Kitty solía hacer cosas así, tan bruscamente que a sus espaldas la llamaban «la Granadera». Todas se dispersaron aquí y allá, y Kitty, después de observar las diversas agrupaciones, se sentó junto a su anciana tía Warburton, que se había entronizado en el gran sillón.

—Cuéntame cosas de mi encantador ahijado —dijo la anciana señora.

Se refería al segundo hijo de Kitty, que se encontraba en la armada en Malta.

—Está en Malta… —comenzó a decir Kitty.

Se sentó en una silla y fue contestando las preguntas de su tía. Pero la tía Warburton encontraba que el fuego era demasiado fuerte. Levantó su mano sarmentosa.

—Priestley quiere que nos asemos —dijo Kitty.

Kitty se levantó y fue hacia la ventana. Las señoras sonrieron cuando cruzó la estancia y abrió la alargada ventana. Por un instante, al separar las cortinas, Kitty miró la plaza. La acera estaba salpicada de sombras de hojas y manchas de luz de las farolas; el habitual policía se balanceaba al andar; los habituales hombrecillos y mujercitas, empequeñecidos por la distancia, se apresuraban junto a las verjas. Kitty les veía caminar deprisa, en dirección opuesta, cuando se cepillaba los dientes por la mañana. Abandonó la ventana y se sentó en una banqueta baja, al lado de la tía Warburton. La mundana anciana era sincera, a su manera.

—¿Y el pequeño sinvergüenza pelirrojo al que tanto quiero? —preguntó.

Era su favorito, el muchacho que estudiaba en Eton.

—Ha tenido problemas —contestó Kitty—. Le castigaron con una azotaina.

Kitty sonrió. El chico también era su favorito. La vieja señora esbozó una sonrisa. Le gustaban los chicos que se metían en líos. La anciana tenía la cara en forma de cuña, amarillenta, con algún que otro pelo en el mentón; contaba

más de ochenta años; pero estaba sentada como si cabalgara sobre un brioso corcel, pensó Kitty mientras observaba sus manos. Eran bastas, con los nudillos grandes; al moverlas, sus anillos desprendían chispas rojas y blancas.

—¿Y tú, querida —le dijo con una astuta mirada bajo sus hirsutas cejas—, tan ocupada como de costumbre?

—Sí, como de costumbre —respondió Kitty evitando los viejos y sagaces ojos, pues hacía en secreto cosas que no merecían la aprobación de las señoras presentes.

Todas las señoras hablaban. A pesar de que las conversaciones parecían animadas, a los oídos de Kitty tenían un sonido insustancial. Era una charla de peloteo, que se mantendría hasta que se abriera la puerta y entraran los caballeros. Entonces cesaría. Ahora hablaban de una elección parcial. Oyó que lady Margaret contaba una historia que cabía presumir sería un tanto obscena, al estilo del siglo XVIII, ya que la señora había bajado la voz.

—… la puso boca abajo y la abofeteó —oyó que ella decía. Siguió el gorjeo de las risas.

—Estoy tan contenta de que él interviniera a pesar de todo —dijo la señora Treyer. Todas las voces se acallaron.

—Soy una vieja pesada —dijo la tía Warburton poniéndose una de las sarmentosas manos en un hombro—, pero te voy a pedir que cierres esa ventana.

El aire le daba en su reumática articulación.

Kitty se acercó a grandes pasos a la ventana. ¡Esas malditas mujeres!, se dijo. Cogió un palo largo con un gancho al final, que estaba en pie junto a la ventana, y tiró; pero la ventana estaba atascada. A Kitty le hubiera gustado despojar a aquellas mujeres de sus vestidos, sus joyas, sus intrigas y su chismorreo. La ventana se cerró bruscamente. Ann estaba de pie sin nadie con quien hablar.

—Venga a charlar con nosotras, Ann —le dijo Kitty haciéndole una seña.

Ann cogió un taburete y se sentó a los pies de la tía Warburton. Hubo un instante de silencio. A la vieja tía Warburton no le gustaban las muchachas jóvenes, pero estaban emparentadas.

—¿Dónde está Timmy, Ann? —preguntó.

—En Harrow —respondió Ann.

—Sí, claro, vosotros siempre habéis ido a Harrow —comentó la tía Warburton.

Y entonces la vieja señora, con la bella cortesía que simulaba por lo menos caridad humana, halagó a la muchacha diciéndole que se parecía a su abuela, que había sido una famosa belleza.

—¡Cuánto me hubiera gustado conocerla! —exclamó Ann—. Dígame, ¿cómo era?

La vieja señora comenzó a seleccionar sus recuerdos; solo era una selección; un relato parcial y entre comillas; porque era una historia que no se podía contar a una muchacha vestida de satén blanco. Kitty no atendía. Si Charles se quedaba mucho más tiempo abajo, pensó Kitty, echando una ojeada al reloj, ella perdería el tren. ¿Podía confiar a Priestley la misión de transmitir un mensaje al oído a Charles? Les concedería diez minutos más; volvió a prestar atención a la tía Warburton.

—¡Forzosamente tuvo que ser maravillosa! —decía Ann.

Estaba sentada con las manos entrelazadas alrededor de las rodillas y mirando la cara de la anciana e hirsuta viuda. Por un instante, Kitty sintió lástima. El rostro de Ann llegaría a ser como el de aquellas mujeres, pensó observando el grupo en el otro extremo de la estancia. Sus caras tenían expresión fatigada, preocupada; sus manos se movían inquietas. Sin embargo, son valerosas, pensó Kitty, y generosas. Daban tanto como tomaban. A fin de cuentas, ¿tenía Eleanor derecho a despreciarlas? ¿Había hecho Eleanor con su vida más de lo que había hecho Margaret Marrable? ¿Y yo qué?, pensó. ¿Y yo qué? ¿Quién tiene razón?, se preguntó. ¿Quién no la tiene? Por fortuna, en ese momento se abrió la puerta.

Entraron los caballeros. Lo hicieron con desgana, bastante despacio, como si acabaran de callarse y ahora tuvieran que adaptarse al salón. Estaban algo congestionados y todavía reían, como si hubieran interrumpido la conversación por la mitad. Fueron entrando; el distinguido anciano cruzó la estancia con el aire de un buque que entra en puerto, y todas las señoras se agitaron, aunque sin levantarse. El juego había terminado; el peloteo de frases había acabado. Aquellas mujeres eran como gaviotas en busca de pescado, pensó Kitty. Hubo un alzamiento y aleteo general. El gran hombre se hundió lentamente en un sillón, al lado de su vieja amiga lady Warburton. Juntó los dedos de una y otra mano por las yemas y, como si reanudara una conversación interrumpida la noche anterior, comenzó:

—¿Bien…?

Sí, pensó Kitty, había algo… ¿humano?, ¿civilizado?, no encontraba la palabra que le hubiera gustado en el hecho de que la anciana pareja conversara tal como lo había hecho en el curso de los últimos cincuenta años… Hablaban. Lo tenían todo dispuesto para añadir otra frase a la historia que estaba

terminando, o estaba a medias, o acababa de empezar.

Pero allí estaba Tony Ashton, solo, sin ninguna frase que añadir a la historia. Así que Kitty se acercó a él.

—¿Ha visto a Edward recientemente? —le preguntó, como de costumbre, Tony Ashton.

—Sí, hoy —contestó ella—. He almorzado con él. Y hemos dado un paseo por el parque.

Kitty calló. Habían paseado por el parque. Un tordo cantaba; se habían detenido para escucharlo. «Es el sabio tordo que canta dos veces la misma canción…», había dicho Edward. «¿De verdad?», había preguntado Kitty inocentemente. Y la frase resultó ser una cita.

Kitty se había sentido un poco tonta. Oxford siempre la hacía sentirse así. Oxford le desagradaba; sin embargo, respetaba a Edward; y también a Tony, pensó mirando a este último… Era un esnob en la superficie, y un humanista en el fondo… Aquella gente era exigente consigo misma… pero Kitty salió de su ensimismamiento.

A Tony Ashton le hubiera gustado hablar con alguna mujer aguda, como la señora Aislabie o Margaret Marrable. Pero las dos estaban ocupadas, y daban réplicas con notable vivacidad. Se hizo un silencio. Kitty pensó que no era una buena anfitriona; siempre tenía ese problema cuando daba una fiesta. Allí estaba Ann, que no tardaría en ser acaparada por un joven al que Kitty conocía. Pero Kitty le hizo una seña. Ann se acercó al instante, sumisa.

—Venga —dijo Kitty—, le voy a presentar al señor Ashton. Ha estado dando conferencias en Mortimer House —añadió—, sobre…

Kitty dudó.

—Mallarmé —apuntó Tony Ashton con su extraña voz chillona, como estrangulada.

Kitty se alejó, y Martin se le acercó.

—Una muy brillante recepción, lady Lasswade —le dijo con su fatigosa ironía habitual.

—¿Esto? ¡Oh, no! —repuso Kitty con brusquedad.

Aquello no era una recepción. Sus recepciones nunca eran brillantes. Martin intentaba burlarse de ella, como de costumbre. Kitty bajó la vista y se fijó en sus zapatos viejos.

—Ven y habla un poco conmigo —le dijo recobrando el antiguo afecto por la familia.

Divertida, advirtió que Martin estaba un poco sonrosado, quizá «demasiado animado», como solían decir las niñeras. ¿Cuántas «recepciones» serían precisas, se preguntó Kitty, para transformar a su irónico e inflexible primo en un obediente miembro de la sociedad?

—Sentémonos y hablemos de cosas sensatas —dijo Kitty, hundiéndose en un pequeño sofá.

Martin se sentó a su lado.

—Dime, ¿cómo está Nell? —preguntó Kitty.

—Te manda recuerdos —respondió Martin—, y me ha dicho que tiene muchas ganas de verte.

—Entonces, ¿por qué no ha venido esta noche? —dijo ella.

Kitty estaba ofendida. No podía evitarlo.

—Porque no tenía la horquilla adecuada para la ocasión —repuso Martin riendo y con la vista fija en sus zapatos.

Kitty también los miró.

—Como puedes ver, mis zapatos carecen de importancia —dijo Martin—. Pero soy un hombre.

—Cuánta tontería… —comenzó Kitty—. Qué importa…

Pero Martin miraba a su alrededor, a los grupos de mujeres bellamente vestidas. Luego miró el cuadro.

—Ese horrible pintarrajo que hay encima de la chimenea —dijo con la vista fija en la muchacha pelirroja—, ¿quién lo hizo?

—Lo he olvidado… No lo miremos —respondió ella—. Más vale que hablemos.

Entonces Kitty se calló. Martin paseaba la vista por la sala. Estaba atestada; había mesillas con fotografías; adornados muebles con jarrones de flores; y paneles de brocado amarillo incrustados en las paredes. Kitty tuvo la impresión de que Martin criticaba la estancia, y también a ella.

—Me gustaría coger un cuchillo y rasparlo y quitarlo todo —dijo.

Pero ¿para qué?, pensó. Si quitaba un cuadro, su marido le diría: «¿Dónde está el retrato del tío Bill montado en el jamelgo?». Y habría que volver a colgarlo.

—Es como un hotel, ¿verdad? —continuó.

—Como el salón de una taberna —precisó Martin.

Martin ignoraba por qué siempre deseaba herir a Kitty; pero lo deseaba; no cabía la menor duda.

—Me estaba preguntando —prosiguió bajando la voz— a santo de qué esa gente tiene un cuadro así… —señaló el retrato con la cabeza— cuando está en posesión de un Gainsborough…

—¿Y a santo de qué —lo interrumpió ella bajando también la voz para imitar el tono entre despectivo y humorístico de Martin— venir a cenar lo que te ofrece esa gente, cuando tú la desprecias?

—¡No la desprecio! ¡En absoluto! —exclamó Martin—. Me divierto enormemente. Me gusta verte, Kitty —añadió. Era verdad. Kitty siempre le había caído bien—. No te has olvidado de tus parientes pobres. Eso es muy amable por tu parte.

—Ellos sí se han olvidado de mí —replicó Kitty.

—Bueno, si te refieres a Eleanor… —dijo Martin—. Ya sabes que es un bicho raro.

—Todo es tan… —comenzó Kitty.

Pero algo no funcionaba en la fiesta; Kitty se detuvo a media frase.

—Ven, tienes que atender a la señora Treyer —dijo mientras se levantaba.

¿Y por qué debe uno hacer esas cosas?, se preguntó Martin mientras seguía a Kitty. Él quería hablar con Kitty; no tenía nada que decirle a aquella arpía de aspecto oriental, con la pluma de faisán flotando detrás de su cabeza. De todas maneras, si bebes el buen vino de la noble condesa, se dijo Martin efectuando una reverencia, estás obligado a atender a sus invitados menos deseables. Acompañó a la puerta a la señora Treyer.

Kitty regresó a la chimenea. Atizó las brasas y ascendieron unas chispas veloces. Estaba irritable, inquieta. El tiempo pasaba; si se quedaban mucho más perdería el tren. Miró disimuladamente y advirtió que faltaba poco para que las agujas del reloj marcaran las once. La fiesta terminaría pronto; era solo el preludio de otra fiesta. Sin embargo, todos hablaban y hablaban, como si no fueran a irse jamás. Echó una ojeada a aquellos grupos que parecían inmóviles. Entonces el reloj emitió una sucesión de petulantes campanadas agudas y, al dar la última, se abrió la puerta y entró Priestley. Con sus inescrutables ojos de mayordomo y un movimiento del índice llamó la atención de Ann Hillier.

—Es mi madre que ha venido a buscarme —dijo Ann mientras cruzaba la estancia levemente agitada.

—¿Se va con ella? —preguntó Kitty.

Retuvo unos instantes la mano de Ann. ¿Por qué?, se preguntó Kitty observando el bello rostro, vacío de pensamiento y de carácter, como una página sin nada escrito, salvo la juventud. Retuvo su mano unos instantes.

—¿Debe irse? —preguntó.

—Sí, lo siento —respondió Ann, retirando la mano.

La gente se puso en pie, hubo un movimiento general, un aleteo de gaviotas de plumas blancas.

Martin oyó que Ann decía a aquel joven cuyo cabello parecía peinado con un rastrillo:

—¿Viene con nosotros?

Se fueron juntos. Al pasar junto a Martin, que le tendía la mano, Ann solo le dedicó una levísima inclinación de cabeza, como si la imagen de Martin ya se hubiera borrado de su mente. Martin quedó anonadado; la intensidad de sus sentimientos era absolutamente desproporcionada respecto a lo que los había provocado. Sintió un intenso deseo de irse con ellos a donde fuera. Pero no le habían invitado; a Ashton sí; y este les seguía.

¡Menudo individuo servil!, se dijo con una amargura que le sorprendió. Por un instante sintió una rara punzada de celos. Al parecer, todos iban a otra fiesta. Martin rondó por ahí un poco inhibido. Solo quedaban los viejos. Pero no, incluso el gran hombre se iba a otra fiesta. Solo se quedaba la anciana dama. La anciana cruzaba la sala con pasos torpes del brazo de Lasswade. Quería confirmar algo que había dicho referente a una miniatura. Lasswade la había descolgado de la pared; la sostenía bajo la luz de una lámpara para que la dama pudiera emitir su veredicto. ¿Aquel que iba montado en el jamelgo era el abuelo o el tío William?

—Siéntate, Martin, y hablemos —dijo Kitty.

Martin se sentó, aunque tenía la impresión de que Kitty deseaba que se fuera. Martin la había visto mirar el reloj. Hablaron un momento. La anciana dama regresó; estaba demostrando, sin dejar lugar a la más leve duda, basándose en su incomparable acervo de anécdotas, que el señor montado en el jamelgo forzosamente tenía que ser el tío William, y no el abuelo. La señora se iba. Pero se lo tomó con calma. Martin esperó hasta que la señora, apoyándose en el brazo de su sobrino, llegó casi a la salida de la estancia. Martin dudó; ahora estaban solos; ¿debía irse o debía quedarse? Pero Kitty se había levantado; le ofrecía la mano.

—Vuelve pronto y hablaremos a solas —dijo.

Martin tuvo la impresión de que le echaban. Esto es lo que la gente siempre dice, se dijo, mientras bajaba despacio la escalera detrás de lady

Warburton. Vuelve. Pero no sé si lo haré… Lady Warburton bajaba la escalera como un cangrejo, agarrándose con una mano a la barandilla y con la otra al brazo de Lasswade. Martin procuró rezagarse. Se detuvo para contemplar una vez más el Canaletto. Buen cuadro; pero era una copia, se dijo. Se asomó a la barandilla y vio las losas blancas y negras abajo, en el vestíbulo.

La fiesta había salido bien, se dijo cuando descendía peldaño tras peldaño hasta llegar al vestíbulo. A ratos; a trompicones. Pero ¿había valido la pena?, se permitió preguntarse mientras dejaba que el lacayo le ayudase a ponerse el abrigo. Las puertas de la calle estaban abiertas de par en par. Pasaban una o dos personas; miraron con curiosidad al interior de la casa, a los lacayos, al gran vestíbulo iluminado, a la anciana señora que se detuvo un momento en las losas blancas y negras. La señora se estaba abrigando. Aceptaba la capa con el forro púrpura; luego las pieles. Un bolso se balanceaba en su muñeca. Llevaba cadenas colgadas; y en los dedos las protuberancias de los anillos. Su cara angulosa, de color piedra, surcada de arrugas y llena de pliegues, surgía de un suave nido de pieles y encajes. Los ojos aún eran luminosos.

El siglo XIX se dispone a acostarse, se dijo Martin contemplando cómo la vieja señora bajaba torpemente los peldaños del brazo del lacayo. La ayudaron a subir al coche. Después Martin estrechó la mano de aquel buen hombre, su anfitrión, que había bebido solo lo preciso, y se alejó por Grosvenor Square.

Arriba, en el dormitorio del piso más alto de la casa, Baxter, la doncella de Kitty, miraba por la ventana cómo se iban los invitados. Ahora salía la anciana señora. Deseaba que se fueran todos cuanto antes; si la fiesta se alargaba su pequeño paseo corría peligro. Al día siguiente Baxter haría una excursión río arriba con su novio. Volvió la cabeza y miró alrededor. Lo tenía todo preparado: el abrigo de la señora, la falda y el bolso con el billete dentro. Hacía rato que habían dado las once. Baxter esperaba junto al tocador. En los tres espejos articulados se reflejaban recipientes de plata, polveras, peines y cepillos. Baxter se inclinó y se miró al espejo; aquel sería el aspecto que tendría al día siguiente en la excursión río arriba. Luego se irguió; oyó pasos en el pasillo. La señora llegaba. Y allí estaba.

Lady Lasswade entró quitándose los anillos de los dedos.

—Siento haberme retrasado tanto, Baxter —dijo—. Ahora tengo que darme prisa.

Sin hablar, Baxter le desabrochó el vestido; diestramente lo hizo resbalar hasta dejarlo a los pies de su señora y se lo llevó. Kitty se sentó ante el tocador y se quitó los zapatos empujándolos con el otro pie. Los zapatos de satén siempre eran excesivamente apretados. Echó una ojeada al reloj del tocador. Tenía el tiempo justo.

Baxter le daba el abrigo. Ahora le daba el bolso.

—Ahora el sombrero —dijo Kitty.

Se inclinó para verse en el espejo al ponerse el sombrero. Aquel sombrerito de viaje de tweed, colocado sobre su cabello, la transformaba en una persona totalmente diferente; en la persona que le gustaba ser. Vestida de viaje, se dijo que acaso había olvidado algo. Por un instante su mente quedó en blanco. ¿Dónde estoy?, se preguntó. ¿Qué estoy haciendo? ¿Adónde voy? Sus ojos se fijaron en el tocador; recordó vagamente otra habitación y otra época, cuando era una muchacha. ¿Fue en Oxford?

—¿El billete, Baxter? —dijo distraídamente.

—Está en el bolso, señora —le recordó Baxter.

Kitty llevaba el bolso en la mano.

—Bueno, ya lo tengo todo —concluyó, mirando a su alrededor, y por un momento se sintió compungida—. Gracias, Baxter, y espero que mañana se divierta en… —Kitty dudó, ignoraba qué hacía Baxter en su día libre—, en el teatro —añadió a la ventura.

Baxter esbozó una extraña sonrisita mal reprimida. La tímida cortesía de las doncellas molestaba a Kitty; le molestaban sus rostros inescrutables y compuestos. Pero eran muy útiles.

—Buenas noches —le dijo a Baxter desde la puerta del dormitorio, pues Baxter había retrocedido como si sus obligaciones con la señora terminaran ahí. Otra persona se ocupaba de ella en la escalera.

Kitty fue a la sala de estar, por si acaso su marido se encontraba allí. Pero la estancia estaba desierta. La lumbre todavía ardía; las sillas estaban dispuestas en círculo, y parecían contener aún el esqueleto de la fiesta entre sus brazos vacíos. Pero el automóvil esperaba a Kitty en la puerta.

—¿Llegaremos a tiempo? —le preguntó al chófer mientras le ponía la manta sobre las rodillas.

Y se pusieron en marcha.

En la noche clara y tranquila se veían todos y cada uno de los árboles de la plaza; unos eran negros y otros presentaban extrañas manchas de una artificial luz verde. Por encima de los arqueados brazos de las farolas se levantaban haces de negrura. A pesar de que faltaba poco para la medianoche, apenas parecía que fuera de noche, sino más bien una especie de día etéreo y sin cuerpo, debido a las muchas farolas que había en las calles; pasaban automóviles; por las limpias y secas aceras pasaban hombres con bufanda blanca y los abrigos ligeros abiertos, y muchas casas estaban aún iluminadas,

ya que todos ofrecían fiestas. La ciudad fue cambiando mientras circulaban suavemente por Mayfair. Las tabernas cerraban; aquí había un grupo congregado junto a un farol en una esquina. Un borracho cantaba tartajeando a gritos una canción; una muchacha que había bebido más de la cuenta, con una pluma bamboleándose ante sus ojos, se balanceaba agarrada a una farola… Pero los ojos de Kitty solo registraban lo que veía. Después de las conversaciones, el esfuerzo y las prisas, Kitty no podía añadir nada a lo que miraba. Y avanzaban deprisa. Ahora habían tomado una curva y el automóvil se deslizaba a toda velocidad por una larga e iluminada avenida, con grandes tiendas cerradas. Las calles estaban casi desiertas. El reloj amarillo de la estación indicaba que aún les sobraban cinco minutos.

Justo a tiempo, se dijo Kitty. La habitual alegría invadió a Kitty cuando entró en el andén. Desde una gran altura se derramaba una luz difusa. Los gritos de los hombres y el choque metálico de los vagones al ser enganchados resonaban en el inmenso vacío. El tren esperaba; los viajeros se disponían a iniciar la marcha. Algunos estaban en el andén con un pie en el estribo sorbiendo en gruesas tazas, como si temieran alejarse de sus asientos. Kitty recorrió el andén con la vista y vio la máquina recibiendo el agua de una manguera. La máquina parecía todo cuerpo, todo músculo; e incluso el cuello había quedado incorporado al redondeado volumen del cuerpo. Aquello era un tren; a su lado los demás parecían juguetes. Kitty inhaló el aire sulfuroso, que le dejó un regusto ácido en la garganta, como si ya tuviera el aroma del norte.

El empleado de la compañía de ferrocarriles la había visto y se acercaba a ella con el silbato en la mano.

—Buenas noches, señora —dijo el empleado.

—Buenas noches, Purvis. He llegado bastante puntual —repuso Kitty mientras el empleado abría la puerta de su vagón.

—Sí, señora. Justo a tiempo.

El empleado cerró la puerta. Kitty paseó la vista por el cuartito iluminado donde iba a pasar la noche. Todo estaba dispuesto. La cama, hecha; la sábana superior abierta en un doblez; el bolso en el asiento. El empleado pasó junto a la ventana con la banderita en la mano. Un hombre que por un pelo no había perdido el tren cruzaba corriendo el andén, con los brazos abiertos. Se oyó un portazo.

Justo a tiempo, pensó Kitty, de pie en su compartimiento. Entonces el tren dio un suave tirón hacia delante. Kitty apenas podía creer que un monstruo tan grande fuera capaz de iniciar tan delicadamente un viaje tan largo. Después vio el depósito de agua de la estación que se deslizaba hacia atrás.

¡Nos vamos! ¡Nos vamos!, se dijo reclinándose en la silla.

Todas las tensiones desaparecieron de su cuerpo. Estaba sola. Y el tren avanzaba. La última farola del andén quedó atrás. La última figura del andén quedó atrás.

¡Qué divertido!, se dijo, como si fuera una niña que hubiera burlado la vigilancia de la niñera y se hubiera escapado. ¡Nos vamos!

Se quedó quieta un momento, sentada en su bien iluminado compartimiento; después dio un tirón a la pantalla de la ventanilla, que saltó hacia arriba. Las luces alargadas se deslizaban hacia atrás; luces de fábricas y almacenes; luces en oscuras callejuelas. Luego aparecieron sendas de asfalto; más luces en los jardines públicos; después arbustos, y un seto en un campo. Estaban dejando Londres atrás; alejándose de aquel estallido de luz que, a medida que el tren se adentraba velozmente en la oscuridad, parecía contraerse hasta convertirse en un círculo de fuego. El tren se precipitó en un túnel con un rugido. Parecía que representara una amputación; ahora Kitty había quedado separada de aquel círculo de luz.

Contempló el estrecho cuartito donde estaba aislada. Todo temblaba levemente. Había una débil vibración perpetua. Kitty tenía la impresión de estar pasando de un mundo a otro; aquel era el momento de la transición. Permaneció inmóvil unos instantes; luego se desnudó y se quedó quieta con la mano en la pantalla de la ventanilla. Ahora el tren había cogido su marcha; cruzaba los campos a toda velocidad. Unas pocas luces distantes parpadeaban aquí y allá. En los grises campos veraniegos se alzaban grupos de árboles negros; las praderas estaban cubiertas de vegetación veraniega. La luz de la locomotora reveló un quieto rebaño de vacas; y un seto de espino. Ahora estaban en pleno campo.

Kitty bajó la pantalla de la ventanilla y se encaramó a la litera. Se tendió en aquella especie de estante, un tanto duro, con la espalda tocando una pared del vagón, de modo que sentía una débil vibración en la cabeza. Tumbada, escuchaba el rumor del tren, ahora que había cogido su marcha. Kitty era transportada suavemente, pero con energía, a través de Inglaterra hacia el norte. No tengo nada que hacer, pensó, nada, nada, nada, salvo dejar que me lleven. Se volvió y bajó la pantalla azul de la lámpara. En la oscuridad, el sonido del tren aumentó; su rugido y sus vibraciones parecieron adquirir un ritmo sonoro regular que le rastrillaba la mente y la limpiaba de pensamientos.

Ah, pero no todos desaparecen, pensó mientras, inquieta, se daba la vuelta en la litera. Algunos aún despuntaban. Ya no soy una niña, pensó Kitty, fija la vista en la luz bajo la pantalla azul. Los años cambiaban las cosas; destruían cosas; amontonaban cosas, preocupaciones y quimeras; y allí estaban de nuevo. Algunos fragmentos de conversaciones regresaban a su mente; se le aparecían imágenes. Se vio a sí misma en el momento de levantar de un tirón

la pantalla de la ventanilla; vio los pelos en el mentón de la tía Warburton. Vio a las mujeres levantándose y a los hombres entrando. Kitty suspiró, al tiempo que daba otra vuelta en la litera. Todas visten igual, pensó Kitty; todas llevan la misma vida. ¿Y cuál es la buena?, pensó revolviéndose intranquila en la litera. ¿Y cuál es la mala? Dio otra vuelta.

El tren la transportaba velozmente. El sonido era más profundo; se había transformado en un rugido constante. ¿Cómo dormir? ¿Cómo dejar de pensar? Se puso de espaldas a la luz. Y ahora, ¿dónde estamos?, se preguntó. ¿Dónde se encuentra el tren en este momento? Ahora, murmuró, cerrando los ojos, pasamos ante la casa blanca de la colina; ahora pasamos por el túnel; ahora cruzamos el puente sobre el río… Se quedó un instante en blanco; sus pensamientos se espaciaron; se hicieron confusos. El pasado y el presente se mezclaron. Vio a Margaret Marrable tocando el vestido con las puntas de los dedos, pero tiraba de un toro con una anilla en el hocico… Esto es un sueño, se dijo abriendo los ojos; gracias a Dios, dijo volviendo a cerrarlos, esto es un sueño. Y se puso en manos del tren, cuyo rugido ahora se volvió apagado y lejano.

Sonó un golpe en la puerta. Durante unos instantes, tumbada, se preguntó a santo de qué el dormitorio temblaba tanto; después la situación se clarificó; iba a bordo del tren; se encontraba en el campo; se acercaba a la estación. Se levantó.

Se vistió deprisa y salió al corredor. Aún era temprano. Contempló los campos que desfilaban, al galope, hacia atrás. Eran los campos pelados y angulosos del norte. Aquí la primavera llegaba tardíamente; en los árboles, las hojas aún no estaban abiertas del todo. El humo descendía y envolvía algún que otro árbol en una nube blanca. Cuando el humo se levantaba, Kitty pensaba en lo hermosa que era la luz; clara y precisa, blanca y gris. La tierra no tenía la suavidad y el verdor del sur. Pero aquí estaba el paso a nivel, aquí el gasómetro; entraban en la estación. El tren redujo la marcha y poco a poco todos los faroles de la estación se quedaron quietos.

Bajó del tren e inhaló una profunda bocanada de aire frío y duro; el automóvil la esperaba; en cuanto lo vio recordó que era el nuevo; un regalo de cumpleaños de su marido. Kitty todavía no había viajado en él. Cole se llevó la mano a la gorra.

—Quítele la capota, Cole —dijo Kitty.

Y Cole quitó la rígida capota nueva. Luego Kitty se sentó al lado de Cole. Poco a poco, pues el motor parecía latir intermitentemente, arrancando y deteniéndose y volviendo a arrancar, iniciaron el camino. Cruzaron el pueblo; las tiendas todavía estaban cerradas; las mujeres fregaban a gatas los peldaños de las puertas de las casas; en los dormitorios y en las salas de estar las

cortinas permanecían aún corridas; había muy poco tránsito. Solo pasaban traqueteando los carros de los lecheros. Los perros correteaban por el centro de las calles, yendo y viniendo de sus asuntos. Cole tenía que tocar la bocina una y otra vez.

—Con el tiempo aprenderán, señora —dijo en el momento en que un perro grande, mezcla de razas, esquivaba el automóvil.

En el pueblo Cole condujo con cautela; pero en cuanto salieron de él, aceleró. Kitty vio el salto de la aguja en el indicador de velocidad.

—¿No tiene que forzar el motor? —preguntó escuchando el suave ronroneo del motor.

Cole levantó el pie para demostrar lo suavemente que oprimía el acelerador. Luego volvió a pisar el pedal y el automóvil recuperó la velocidad. Corrían demasiado, pensó Kitty; pero la carretera, en la que tenía clavada la vista, estaba desierta. Solo se cruzaron con dos o tres pesados carros de campesinos; y los hombres que los llevaban se acercaron a la cabeza del caballo y la cogieron cuando pasaron. La carretera se extendía ante ellos de color blanco perlado; los setos estaban erizados de las puntiagudas hojitas primaverales.

—La primavera va muy atrasada aquí —dijo Kitty—. Vientos fríos, supongo.

Cole afirmó con la cabeza. Carecía totalmente de los serviles modales del criado londinense; Kitty se encontraba a sus anchas en su compañía; con él podía guardar silencio. El aire parecía tener diferentes ráfagas de calor y de frío; ahora era dulce; ahora (pasaban ante el patio de una granja) llevaba un fuerte olor acre, derivado del amargo olor del estiércol. Kitty se echó hacia atrás y se sujetó el sombrero mientras ascendían velozmente por la falda de una colina.

—No conseguirá que llegue a la cumbre, Cole —dijo Kitty.

La velocidad disminuyó un poco; estaban subiendo la conocida colina de Crabbs, con roderas amarillentas en aquellos tramos donde los carreteros habían tascado los frenos. En los viejos tiempos, cuando Kitty viajaba en coche de caballos, al llegar a ese punto solían bajar y seguir a pie. Cole no decía nada. Kitty sospechaba que se disponía a hacer una demostración de la excelencia del motor. El automóvil subía con facilidad. Pero la ladera era larga; había un tramo más llano; y luego volvía a empinarse. El motor del automóvil flaqueó. Cole le dio ánimos. Kitty vio cómo balanceaba levemente el cuerpo adelante y atrás, como si animara a un caballo. Kitty sintió la tensión de sus músculos. Perdieron velocidad y el automóvil casi se detuvo. Pero no, ya estaban en lo alto de la colina. ¡El automóvil lo había conseguido!

—¡Buen trabajo! —exclamó Kitty.

Cole no respondió; pero Kitty sabía que estaba muy orgulloso del éxito.

—Con el coche viejo no lo hubiéramos conseguido —dijo Kitty.

—Bueno, pero el pobre no tenía la culpa.

Era un hombre muy humano, como le gustaban a ella, pensó Kitty; silencioso, reservado. Siguieron adelante velozmente. Ahora pasaban ante la casa de piedra gris donde la vieja señora loca vivía sola con sus pavos reales y sus perros sabuesos. La dejaron atrás. Ahora el bosque se alzaba a su derecha y el viento les llegaba silbando entre los árboles. Es como el mar, pensó Kitty cuando miró al pasar una senda verde oscuro con manchas amarillas de luz del sol. Siguieron adelante. Ahora los montones de hojas de un castaño rojizo, en el linde de la carretera, coloreaban de rojo los charcos.

—¿Ha llovido? —preguntó Kitty.

Cole afirmó con la cabeza. Llegaron al alto risco, con el bosque debajo, y allí, en un claro, entre los árboles, se alzaba la torre gris del castillo. Kitty siempre esperaba el momento de verla, y la saludaba como saludaría a un amigo, agitando la mano. Ahora ya estaban en tierras de su propiedad. Los portalones tenían grabadas sus iniciales; sobre las puertas de las posadas colgaba el escudo de la familia. Cole miró el reloj. La aguja del indicador de velocidad volvió a saltar.

Corremos demasiado, se dijo Kitty. Pero le gustaba sentir el viento azotándole la cara. Habían llegado a la puerta del pabellón. La señora Preedy la mantenía abierta; llevaba en brazos a un niño pequeño de cabello blanco. Cruzaron velozmente el parque. Un ciervo levantó la cabeza y huyó saltando ágilmente un arbusto.

—Menos de un cuarto de hora. Trece minutos, señora —dijo Cole cuando trazaron una amplia curva para detenerse ante la puerta.

Kitty se quedó un momento en pie, mirando el automóvil. Puso la mano sobre el capó. Estaba caliente. Le dio una palmadita.

—Se ha portado muy bien, Cole —dijo—. Se lo diré al señor.

Cole sonrió; era feliz.

Kitty entró. No encontró a nadie. Había llegado antes de lo previsto. Cruzó el gran vestíbulo con enlosado de piedra, con la armadura y los bustos, y entró en el cuarto donde se servía el desayuno.

Al entrar la luz verde la deslumbró. Tuvo la impresión de encontrarse dentro de una esmeralda. Fuera todo era verde. Las estatuas de grises señoras francesas se alzaban en la terraza, con sus cestos en las manos, pero los cestos

estaban vacíos. En verano las flores se chamuscarían. El verde césped descendía formando anchas bandas entre los recortados tejos; luego se sumergía en el río y después subía la colina coronada por el bosque. Ahora en el bosque había un rizo de niebla, la ligera bruma de primera hora de la mañana. Mientras Kitty miraba, una abeja zumbó junto a su oído; creyó oír el murmullo del agua del río sobre las piedras; las palomas zureaban en las copas de los árboles. Era la voz de primera hora de la mañana, la voz del verano. Pero se abrió la puerta. Aquí estaba el desayuno.

Kitty desayunó. Reclinada en la silla, se sentía cálida, recogida y cómoda. Y no tenía nada que hacer, absolutamente nada. Era dueña del día entero. También esto le gustaba. De repente la luz del sol entró en la habitación y extendió una ancha franja luminosa en el suelo. Fuera iluminaba las flores. Una mariposa pasó revoloteando tras el vidrio de la ventana; Kitty observó que se posaba en una hoja, y allí se quedó, abriendo y cerrando las alas, como si se regodeara al recibir el sol. Kitty la miró. El polvo de sus alas era de suave rojo óxido. Y volvió a emprender el vuelo. Después, gracias a una mano invisible que lo dejó pasar, entró el perro chow chow; fue directamente hacia Kitty; le olisqueó la falda y se tumbó en una brillante mancha de sol.

¡Bruto sin corazón!, pensó Kitty; pero la indiferencia del perro le agradaba. A fin de cuentas, él tampoco le pedía nada. Kitty alargó la mano para coger un cigarrillo. ¿Y qué diría Martin, pensó al coger la cajita esmaltada que pasó del azul al verde cuando la abrió? ¿Horrorosa? ¿Vulgar? Probablemente, pero ¿qué importaba lo que dijera la gente? Aquella mañana las críticas le parecían ligeras como el humo. ¿Qué importaba lo que dijera Martin, lo que dijeran todos, lo que dijera cualquiera, si ella tenía un día entero a su disposición, si se encontraba a solas? Y allá están, todavía durmiendo en sus casas, pensó Kitty, de pie junto a la ventana, contemplando la hierba verde grisácea, después de sus bailes, después de sus fiestas… La idea le gustó. Tiró el cigarrillo y fue al piso superior a cambiarse de ropa.

El sol era mucho más fuerte cuando Kitty volvió a bajar. El jardín ya había perdido su aire de pureza; ya no había niebla en el bosque. Kitty oyó el chirrido de la segadora de césped cuando salió a la terraza. La jaca con herraduras de caucho iba y venía por la hierba dejando tras de sí una pálida estela. Los pájaros emitían su canto desperdigado. Los estorninos, de plumaje reluciente, picoteaban el césped. El rocío brillaba de color rojo, violeta y dorado en las temblorosas puntas de las briznas. Era una perfecta mañana de mayo.

Kitty paseó despacio por la terraza. Cuando pasó junto a las alargadas ventanas de la biblioteca, miró hacia dentro. Todo estaba recogido y cubierto. Pero la larga estancia parecía más digna y solemne de lo habitual, y sus proporciones, armónicas; los libros pardos, que formaban largas hileras,

parecían existir en silencio, con dignidad, por sí mismos, para sí mismos. Kitty abandonó la terraza y empezó a bajar por el largo sendero de césped. El jardín estaba desierto; solo había un hombre, en camisa, ocupado con un árbol; pero Kitty no sentía ninguna necesidad de hablar. El chow chow la seguía; también el perro iba en silencio. Dejó atrás los parterres y llegó junto al río. Allí se detenía siempre, en el puente, con las espaciadas balas de cañón. El agua la fascinaba. Las rápidas aguas del río norteño procedían de los páramos; aquel río jamás era tranquilo y verde, jamás profundo y plácido como los ríos del sur. Era veloz, presuroso. Las aguas saltaban, rojas, amarillas y marrón claro, sobre los guijarros del fondo. Kitty apoyó los codos en la baranda, y observó el agua arremolinándose en el ojo del puente; vio que formaba diamantes y agudas flechas sobre las piedras. Escuchó. Distinguía los diferentes sonidos del agua en verano e invierno; ahora corría veloz, presurosa.

Pero el chow chow se aburría y siguió adelante. Kitty le siguió. Subió por el sendero verde hacia el monumento en forma de apagavelas en lo alto de la colina. Todos los senderos del bosque tenían su propio nombre. Estaba la senda de los Guardas, el paseo de los Enamorados, la milla de las Señoras, y aquí estaba la correría del Conde. Pero antes de entrar en el bosque, Kitty se volvió y contempló la casa. Se había detenido infinidad de veces en ese punto; el castillo tenía un aspecto solemne y gris; aquella mañana estaba dormido, con los postigos cerrados y sin bandera en el asta. Parecía muy noble, antiguo, y duradero. Después Kitty se internó en el bosque.

Mientras paseaba bajo los árboles, tuvo la impresión de que se había levantado viento. El aire silbaba en las copas de los árboles, pero debajo imperaba el silencio. Las hojas secas crujían bajo los pies de Kitty; y entre ellas brotaban las pálidas flores primaverales, las más hermosas del año, flores azules y flores blancas que temblaban en los almohadones de musgo verde. La primavera siempre era triste, pensó Kitty; traía malos recuerdos. Todo pasa, todo cambia, pensó mientras subía por el estrecho sendero entre los árboles. Nada de cuanto la rodeaba le pertenecía; su hijo heredaría; la esposa de su hijo pasaría por aquellos parajes después de ella. Quebró una ramita; cogió una flor y se la puso entre los labios. Pero ella estaba en la flor de la vida, y era vigorosa. Siguió adelante. El terreno formaba una empinada cuesta; al posar las recias suelas de sus zapatos en el suelo, Kitty sentía que sus músculos eran fuertes y flexibles. Arrojó la flor lejos de sí. Los árboles se distanciaban cada vez más a medida que Kitty ascendía. De repente, entre dos rayados troncos de árbol, vio el cielo extraordinariamente azul. Entró en el calvero en lo alto de la colina. El viento cesó; el campo se extendía amplio a su alrededor. Kitty tuvo la impresión de que el cuerpo se le encogía, de que sus ojos se ensanchaban. Se arrojó al suelo, y contempló el ondulado paisaje que subía y bajaba sucesivamente, cada vez más lejos, hasta que, en un lugar remoto, llegaba al mar. Sin cultivar, deshabitado, existiendo por sí mismo y para sí mismo, sin

casas ni ciudades, así parecía el paisaje desde lo alto. Oscuras cuñas de sombra y claras anchuras de luz se alternaban las unas junto a las otras. Y entonces, mientras Kitty miraba, la luz se movió y la oscuridad se movió; las luces y las sombras viajaban sobre las colinas y los valles. Un profundo murmullo cantaba en sus oídos. La propia tierra cantaba un estribillo para sí, ella sola. Kitty escuchaba tumbada. Era totalmente feliz. El tiempo había dejado de existir.

1917

Era una noche de invierno muy fría, tan silenciosa que el aire parecía helado, y, como no había luna, petrificada con la quietud de un cristal que cubriera toda Inglaterra. Las albercas y las acequias estaban congeladas; los charcos formaban vidriados ojos en los caminos, y el hielo levantaba resbaladizas protuberancias en las aceras. La oscuridad se pegaba a las ventanas; los pueblos se habían fundido con el campo abierto. No brillaban luces, salvo cuando un foco rastreaba el cielo y se detenía aquí y allá, como si quisiera estudiar cierta mancha nubosa.

—Si el río está ahí —dijo Eleanor deteniéndose en la oscura calle junto a la estación—, Westminster debe estar allá.

El autobús en el que había llegado Eleanor, con sus silenciosos pasajeros de aspecto cadavérico bajo la luz azul, ya había desaparecido. Eleanor dobló una esquina.

Iba a cenar con Renny y Maggie, que vivían en una de las recónditas callejuelas que se hallaban bajo la sombra de la abadía. Eleanor siguió adelante. Ya casi podía ver el extremo de la calle. Las farolas tenían un halo de luz azul. Con la linterna, Eleanor iluminó un nombre en la esquina de una calle. Volvió a esgrimir la linterna. En esta ocasión, iluminó un muro de ladrillos; después la masa verde oscuro de una enredadera. Por fin, el número treinta, el número que Eleanor buscaba, apareció bajo la luz de la linterna. Golpeó la puerta y tocó el timbre al mismo tiempo, pues la oscuridad parecía apagar los sonidos a la par que la visión. Eleanor sentía el peso del silencio mientras esperaba. Después la puerta se abrió y una voz de hombre dijo:

—¡Adelante!

El hombre cerró la puerta rápidamente, como para evitar que la luz saliera al exterior. Todo parecía extraño allí, después de haber estado en la calle: el cochecito de niño en el vestíbulo, los paraguas en el paragüero, la alfombra, los cuadros. Todo parecía intensificado.

—Adelante —volvió a decir Renny.

Y condujo a Eleanor a una sala de estar resplandeciente de luz. En el cuarto había otro hombre; Eleanor se sorprendió, porque esperaba encontrarlos solos. Era un hombre a quien no conocía.

Durante un instante Eleanor y el hombre se miraron en silencio. Hasta que Renny dijo:

—Te presento a Nicholas…

Pero Renny no pronunció claramente el apellido, que era tan largo que Eleanor no lo captó. Un apellido extranjero, pensó. Un extranjero. Evidentemente, aquel hombre no era inglés. Estrechó la mano de Eleanor e hizo una reverencia como suelen hacer los extranjeros, y luego siguió hablando, como si le hubieran interrumpido en mitad de una frase que quisiera terminar…

—Estábamos hablando de Napoleón… —dijo volviéndose hacia Eleanor.

—Ya —contestó ella.

En realidad, no tenía la menor idea de lo que el hombre había dicho. Supuso que estaban en plena discusión sobre algo. Pero la discusión terminó sin que ella comprendiera ni media palabra, salvo que hacía referencia a Napoleón. Se quitó el abrigo y lo dejó. Dejaron de hablar.

—Voy a decirle a Maggie que has llegado —dijo Renny.

Les dejó bruscamente.

—¿Hablaban de Napoleón? —preguntó Eleanor.

Y miró al hombre cuyo apellido no había oído. Era muy moreno; tenía la cabeza redonda y los ojos oscuros. Se preguntó si aquel hombre le gustaba o no. No lo sabía.

Les he interrumpido, pensó Eleanor, y no tengo nada que decir. Estaba deslumbrada y había cogido frío. Acercó las manos abiertas a la lumbre. Era un fuego de verdad, las llamas envolvían los leños y recorrían los relucientes arroyuelos de resina. En su casa solo quedaba una débil llamita de gas.

—Napoleón —dijo mientras se calentaba las manos, sin pretender expresar nada.

—Estábamos estudiando la psicología de los grandes hombres —dijo el desconocido—. Estudiándola a la luz de la ciencia moderna —añadió con una breve carcajada.

Eleanor deseó que la discusión hubiera sido sobre un tema más a su alcance.

—Muy interesante —dijo tímidamente.

—Sí, siempre y cuando supiéramos algo al respecto —replicó él.

—Siempre y cuando supiéramos algo al respecto —repitió Eleanor.

Se hizo un silencio. Eleanor se sentía toda ella entumecida, no solo las manos, sino también el cerebro.

—La psicología de los grandes hombres —dijo, pues no deseaba que aquel hombre la tomara por tonta—, ¿de eso hablaban?

—Decíamos… —empezó el hombre.

Y se calló. Eleanor pensó que probablemente le costaba resumir la conversación, ya que habían estado hablando durante bastante tiempo, a juzgar por los periódicos esparcidos por ahí y las colillas que había en la mesa.

—Yo decía —prosiguió el hombre— que nosotros, las personas corrientes, poco sabemos; y que si nosotros no sabemos, ¿cómo vamos a hacer religiones, leyes que…? —El hombre agitó las manos como suelen hacer quienes tropiezan con dificultades idiomáticas. Que…

—Que cuadren —terminó ella.

Eleanor le proporcionó una palabra más corta, estaba segura de ello, que la palabra de diccionario que empleaban siempre los extranjeros.

—Que cuadren, que cuadren —dijo el hombre aceptando la palabra y repitiéndola como si de esa manera agradeciera la ayuda de Eleanor.

—Que cuadren —confirmó Eleanor.

Ignoraba de qué estaban hablando. Entonces, de repente, mientras se inclinaba hacia delante para calentarse las manos en la lumbre, las palabras se juntaron flotando en su mente y formaron una frase comprensible. Le parecía que lo que había dicho el hombre era: «No podemos hacer religiones y leyes que cuadren porque no sabemos nada al respecto».

—¡Qué raro que usted haya dicho eso! —exclamó sonriendo—. ¡Eso es precisamente lo que yo pienso muy a menudo!

—¿Y por qué es raro? —preguntó él—. Todos creemos lo mismo, lo que pasa es que no lo decimos.

—Esta noche, al venir aquí en el autobús —comenzó a decir Eleanor—, le daba vueltas a esta guerra. Y yo no pienso de esta manera, pero otra gente sí…

Se interrumpió. El hombre parecía un tanto desorientado. Eleanor supuso que probablemente no había comprendido bien lo que el hombre había dicho; y que ella no se había expresado con claridad.

—Quería decir que —volvió a comenzar—, mientras venía hacia aquí, en el autobús…

Pero en ese momento entró Renny.

Llevaba una bandeja con vasos y botellas.

—Es una gran cosa ser hijo de un comerciante de vinos —dijo Nicholas.

La frase parecía una cita de una gramática francesa.

Hijo de un comerciante de vinos, repitió Eleanor para sí mientras miraba las mejillas rojas, los ojos oscuros y la nariz grande de Renny. Eleanor pensó que el otro hombre seguramente era ruso. ¿Ruso, polaco o judío? No tenía ni idea de lo que era, ni de quién era.

Eleanor bebió; notó como si el vino le acariciara un nudo en la espina dorsal. Entonces entró Maggie.

—Buenas noches —dijo haciendo caso omiso de la reverencia del extranjero, como si le conociera tan bien que no hiciera falta saludarle—. Papeles, papeles, papeles —protestó mirando el desorden del suelo.

El suelo estaba sembrado de papeles.

—Cenaremos en el sótano —prosiguió volviéndose hacia Eleanor—, porque no tenemos servidumbre.

Empezó a bajar la estrecha y empinada escalera.

—Pero, oiga, Magdalena —dijo Nicholas cuando ya estaban en la pequeña sala de techo bajo donde habían servido la cena—, Sara dijo: «Nos encontraremos mañana por la noche en casa de Maggie». Y no ha venido.

Nicholas estaba de pie; los otros se habían sentado.

—Ya vendrá —aseguró Maggie.

—Voy a llamarla por teléfono —dijo Nicholas.

Salió del cuarto.

—Es mucho más agradable no tener servidumbre, ¿verdad? —comentó Eleanor cogiendo su plato.

—Una mujer viene a lavar la ropa —observó Maggie.

—Y vivimos sumergidos en la suciedad —dijo Renny. Cogió un tenedor y examinó el espacio entre las púas—. Por casualidad, este tenedor está limpio.

Y lo dejó.

Volvió a entrar Nicholas. Parecía preocupado.

—No está —le dijo a Maggie—. Ya he llamado, pero no contesta.

—Probablemente viene de camino —respondió ella—. O se ha olvidado.

Maggie sirvió un plato de sopa a Nicholas. Pero este se quedó quieto mirando el plato. Se le habían formado arrugas en la frente. No intentaba disimular su ansiedad. No tenía reparos.

—¡Ahora! —exclamó de repente interrumpiendo la conversación de los otros—. Ya ha llegado.

Nicholas dejó la cuchara y esperó. Alguien bajaba lentamente los empinados peldaños.

Se abrió la puerta y entró Sara. Parecía aterida de frío. Tenía las mejillas medio blancas y medio rojas, y parpadeaba como si estuviera deslumbrada después de haber caminado por las calles de luz azulada. Ofreció la mano a Nicholas, que se la besó. Pero Eleanor observó que no llevaba anillo de pedida.

—Sí, vivimos sumergidos en la suciedad —dijo Maggie mirando a Eleanor, que vestía ropa de diario—. Y vamos vestidos con harapos —añadió, porque le colgaba un hilo dorado de la manga mientras servía la sopa.

—Estaba pensando que tu vestido es muy bonito —comentó Eleanor, que había observado el vestido de Maggie, plateado y con hilos dorados—. ¿Dónde lo compraste?

—En Constantinopla, a un turco —respondió Maggie.

—A un turco fantástico, con turbante —murmuró Sara acariciando la manga del vestido mientras cogía su plato.

Sara aún parecía deslumbrada.

—Me parece recordar estos platos —dijo Eleanor mirando los pájaros de color púrpura que decoraban su plato.

—Estaban en el aparador, en la sala de estar, en casa —contestó Maggie—. Pero me pareció una tontería tenerlos en un aparador.

—Rompemos uno todas las semanas —dijo Renny.

—Pero durarán hasta que termine la guerra —observó Maggie.

Eleanor advirtió que una curiosa expresión de máscara cubría la cara de Renny en el momento en que Maggie pronunciaba la palabra «guerra». Igual que todos los franceses, pensó Eleanor, ama apasionadamente a su patria. Pero de una forma contradictoria, se dijo mirándolo. Renny guardaba silencio. Su silencio la oprimía. Aquel silencio tenía algo tremendo.

—¿Y por qué te has retrasado tanto? —preguntó Nicholas volviéndose hacia Sara.

Había hablado con tono de dulce reproche, como si Sara fuera una niña. Le sirvió vino.

Eleanor estuvo tentada de decirle a Sara: ten cuidado, el vino se sube a la cabeza. Eleanor había pasado meses sin probar el vino. Ya se sentía un poco confusa, un poco mareada. Se debía a la luz, después de la oscuridad; a la conversación, después del silencio; quizá a la guerra, que eliminaba barreras.

Pero Sara bebió. De repente estalló:

—Por culpa de ese maldito idiota.

—¿Maldito idiota? —preguntó Maggie—. ¿Cuál de ellos?

—El sobrino de Eleanor, North —contestó Sara—. El sobrino de Eleanor, North. —Sara adelantó el vaso hacia Eleanor, como si se dirigiese a ella—. North… —Y sonrió—. Estaba en casa, sola. Y ha sonado el timbre. Traen la colada, me he dicho. He oído pasos subiendo la escalera. Y era North… North… —Se llevó la mano a la cabeza, como si saludara—: Y se ha puesto así… Y yo le he preguntado: «¿Qué diablos significa esto?». Ha pegado un taconazo, y ha dicho: «Me voy al frente esta misma noche. Soy teniente de…», ni me acuerdo, del real Regimiento de Cazadores de Ratas o algo parecido… Y ha colgado el gorro en el busto de nuestro abuelo. Y le he dado té. «¿Cuántos terrones necesita un teniente de los Reales Cazadores de Ratas?», le he preguntado. «Uno. Dos. Tres. Cuatro…».

Sara fue dejando caer migas de pan sobre la mesa. Y al caer, cada una parecía subrayar su amargura. Parecía más vieja, más desgastada; y, a pesar de que reía, estaba amargada.

—¿Quién es North? —preguntó Nicholas.

Pronunció la palabra «North», como si se tratara del punto cardinal.

—Un sobrino mío. Hijo de mi hermano Morris —le dijo Eleanor.

—Y allí se quedó sentado —prosiguió Sara—, con su uniforme de color barro, y su fusta o lo que fuese entre las piernas, con las orejas sobresaliendo a uno y otro lado de su cara rosada, su cara de tonto, y contestando: «Bueno», «bueno», «bueno», a todo lo que yo le decía. Hasta que he cogido las tenazas y el atizador —Sara cogió el cuchillo y el tenedor— y he tocado «Dios salve al rey, feliz y glorioso, y que largo tiempo reine sobre nosotros…».

Sara esgrimía el cuchillo y el tenedor como si fueran armas.

Siento que se haya ido, pensó Eleanor. Ante sus ojos apareció una imagen, la de un muchacho alegre y bueno, fumando un cigarro en la terraza. Lo

siento… Entonces se formó otra imagen. Ella estaba sentada en la misma terraza; pero ahora el sol se ponía; llegó una doncella y dijo: «¡Los soldados defienden sus líneas con la bayoneta calada!». Así fue como se enteró de la guerra, tres años atrás. Y había pensado, dejando la taza de café en la mesilla: No ocurrirá, si puedo evitarlo, abrumada por un absurdo pero vehemente deseo de proteger aquellas colinas; había mirado las colinas, más allá del prado… Ahora miró al extranjero que estaba sentado frente a ella.

—¡Qué injusta eres! —decía Nicholas a Sara—. Dominada por los prejuicios, de miras estrechas e injusta —remachó dándole golpecitos con el dedo en la mano.

Nicholas había dicho lo que Eleanor pensaba.

—Sí, no es natural… —comenzó a decir Eleanor—. ¿Serías capaz de permitir, sin hacer nada para evitarlo, que los alemanes invadieran Inglaterra? —continuó volviéndose hacia Renny.

Eleanor lamentó inmediatamente haber hablado; y sus palabras no eran las que hubiera querido decir. Renny tenía una expresión que parecía de sufrimiento, ¿o era de enfado?

—¿Yo? —replicó Renny—. Trabajo en la fabricación de bombas.

Maggie estaba de pie tras él. Había llevado la carne.

—Trínchala —dijo.

Renny tenía la vista fija en la carne que Maggie le había puesto delante. Cogió el cuchillo y comenzó a trincharla mecánicamente.

—Ahora, la niñera —le recordó Maggie.

Renny cortó otra porción.

—Sí —dijo Eleanor con torpeza mientras Maggie se llevaba el plato. No sabía qué decir. Habló sin pensar—. Terminémosla lo antes posible, y luego…

Miró a Renny, que guardó silencio y apartó la vista. Renny escuchaba lo que decían los otros, como si quisiera eximirse de la obligación de hablar.

—Paparrucha, paparrucha… —decía Nicholas—. No hables esa maldita paparrucha, eso es lo que has dicho.

Eleanor observó que tenía las manos grandes y limpias, con las uñas muy recortadas. Pensó que quizá fuera médico.

—¿Qué significa paparrucha? —preguntó Eleanor volviéndose hacia Renny.

Eleanor no había oído jamás esa palabra.

—Es americano —dijo Renny—. Es americano —repitió señalando a Nicholas con la cabeza.

—No —dijo Nicholas volviéndose—. Soy polaco.

—Su madre era princesa —añadió Maggie como si se burlara de él.

Eso explica el sello que lleva en la cadena, pensó Eleanor. Nicholas lucía un gran sello antiguo de oro colgado de la cadena.

—Sí, era princesa —dijo Nicholas, muy serio—. Pertenecía a una de las familias más nobles de Polonia. Pero mi padre era un hombre corriente, un hombre del pueblo… Hubieras debido dominar tus impulsos —agregó dirigiéndose otra vez a Sara.

—Efectivamente —suspiró ella—. Pero entonces él tiró de las riendas y dijo: «Adiós para siempre, adiós para siempre».

Sara alargó la mano y se sirvió otro vaso de vino.

—No bebas más —dijo Nicholas apartando la botella. Y, volviéndose hacia Eleanor, explicó—: Sara se veía a sí misma subida a una torre, agitando un pañuelo blanco hacia un caballero con armadura.

—Y la luna se alzaba sobre un tenebroso páramo —murmuró Sara tocando un pimentero.

El pimentero es el tenebroso páramo, pensó Eleanor mirándolo. Algo envolvía las siluetas de las cosas y las dejaba levemente borrosas. Era el vino; era la guerra. Parecía que las cosas se hubieran quedado sin piel, que se hubieran liberado de cierta dureza superficial; incluso el sillón con garras doradas, que Eleanor estaba mirando, parecía poroso; parecía irradiar cierto calor, cierto encanto mientras Eleanor lo miraba.

—Recuerdo ese sillón —le dijo a Maggie—. Y tu madre… —añadió. Pero siempre veía a Eugénie en movimiento, y no sentada—. Y a tu madre bailando.

—Bailando —dijo Maggie.

—Bailando —repitió Sara. Comenzó a golpear la mesa con el tenedor como si tocara el tambor—. Cuando yo era joven, solía bailar —tarareó—. Todos los hombres me amaban, cuando yo era joven… Rosas y lilas florecían, cuando yo era joven. ¿Te acuerdas, Maggie?

Sara miró a su hermana como si las dos recordaran lo mismo. Maggie afirmó con un movimiento de la cabeza.

—En el dormitorio. Un vals.

—Un vals —dijo Eleanor.

Sara golpeaba la mesa a ritmo de vals. Eleanor comenzó a tararear al compás de los golpes:

—Tachín tachín, tachín tachín…

Un largo y hueco sonido gimió en el exterior.

—No, no… —protestó Eleanor como si alguien le hubiera dado una nota falsa.

Pero el sonido volvió a gemir.

—¿Una bocina de niebla? —preguntó—. ¿En el río?

Pero Eleanor sabía muy bien de qué se trataba.

La sirena volvió a gemir.

—¡Los alemanes! —exclamó Renny—. ¡Los malditos alemanes!

Renny dejó el cuchillo y el tenedor, con exagerada expresión de aburrimiento.

—Otro ataque aéreo —dijo Maggie levantándose.

Salió del cuarto; y Renny la siguió.

—Los alemanes —dijo Eleanor cuando la puerta se cerraba.

Se sentía igual que si un aburrido individuo hubiese interrumpido una conversación interesante. Los colores comenzaron a palidecer. Había estado mirando el sillón rojo. El sillón perdió su esplendor mientras Eleanor lo miraba, como si su luz se hubiera apagado.

Oyeron el ruido de ruedas pasando veloces por la calle. Todo parecía discurrir muy deprisa. Oyeron pasos repiqueteando en la acera. Eleanor se levantó y separó un poco las cortinas. El sótano estaba más bajo que la calle, y solo vio piernas y faldas que caminaban tras la barandilla. Pasaron dos hombres muy deprisa; luego pasó una vieja, cuya falda se balanceaba a uno y otro lado.

—¿No debiéramos invitarles a entrar? —dijo Eleanor volviéndose.

Pero cuando volvió a mirar afuera, la vieja ya había desaparecido. Y los hombres también. Ahora la calle estaba desierta. Las casas de enfrente tenían las cortinas corridas. Eleanor también las corrió cuidadosamente. Al regresar a su sitio le pareció que la mesa, con la alegre porcelana y la lámpara, estuviera rodeada de un círculo de intensa luz. Volvió a sentarse.

—¿La impresionan los ataques aéreos? —le preguntó Nicholas mirándola con expresión inquisitiva—. La gente reacciona de muy diferentes maneras.

—No, en absoluto —contestó ella.

Para demostrar a Nicholas que estaba tranquila, Eleanor habría desmigado una rebanada de pan; pero, como no sentía miedo, le pareció innecesario hacerlo.

—Las posibilidades de que le den a uno son muy pocas —dijo—. ¿Qué estábamos diciendo? —agregó.

Tenía la impresión de que habían estado hablando de algo extremadamente interesante, pero no recordaba qué. Guardaron silencio un momento. Luego oyeron pasos en la escalera.

—Los niños —dijo Sara.

Oyeron el sordo sonido de un cañonazo, a lo lejos.

Entonces, entró Renny.

—Coged los platos —dijo—. Y venid conmigo.

Les llevó a la bodega. Era grande. Con el techo abovedado y las paredes de piedra, tenía un húmedo aspecto eclesiástico. En una zona guardaban carbón y en la otra, vino. La luz, situada en el centro, hacía destellar el carbón amontonado; en las estanterías de piedra había botellas tumbadas, envueltas en paja. Había un mohoso olor a vino, paja y humedad. En contraste con el comedor, allí hacía frío. Sara entró con edredones y batas que había sacado de las habitaciones superiores. Eleanor agradeció poder envolverse en una bata azul. Se abrigó con la bata y se sentó con el plato en las rodillas. Hacía frío.

—¿Y ahora qué? —dijo Sara levantando la cuchara.

Todos parecían esperar que ocurriese algo. Entró Maggie con un pastel de ciruelas.

—Más vale que acabemos de cenar —dijo.

Pero había hablado con demasiada sensatez; los niños la preocupaban, supuso Eleanor. Estaban en la cocina. Los había visto al pasar.

—¿Duermen? —preguntó.

—Sí, pero si los cañones… —contestó Maggie mientras servía el pastel.

Se oyó otro cañonazo. Este sonó mucho más fuerte.

—Han rebasado las defensas —dijo Nicholas.

Comenzaron a comer el pastel.

Retumbó otro cañonazo. Esta vez se oyó una especie de ladrido en la explosión.

—Hampstead —dijo Nicholas.

Se sacó el reloj del bolsillo. El silencio era profundo. No ocurría nada. Eleanor miró los bloques de piedra del techo abovedado. Vio una telaraña en un rincón. Se oyó otro cañonazo. Fue acompañado del suspiro del aire al levantarse. Esta vez la explosión sonó justo encima de sus cabezas.

—El Embankment —dijo Nicholas.

Maggie dejó el plato y se fue a la cocina.

Había un profundo silencio. No ocurría nada. Nicholas miró el reloj como si quisiera cronometrar los cañonazos. Nicholas tenía algo raro, pensó Eleanor. ¿Algo sacerdotal, médico? Llevaba un sello colgado de la cadena del reloj. El número de la caja que tenía enfrente era el 1397. Eleanor se fijaba en todo. Ahora los alemanes debían de estar encima de ellos. Eleanor sentía una curiosa pesadez encima de su cabeza. Uno, dos, tres, cuatro, contó mirando la piedra gris verdosa. Entonces sonó un estallido violento y seco, como el del relámpago que cruza el cielo. La telaraña osciló.

—Están encima de nosotros, dijo Nicholas levantando la vista.

Todos miraron hacia arriba. En cualquier instante podía caer una bomba. Reinaba un silencio mortal. En medio del silencio oyeron la voz de Maggie en la cocina.

—No es nada. Dad media vuelta y seguid durmiendo —decía con tono muy calmado y tranquilizador.

Uno, dos, tres, cuatro, contó Eleanor. La telaraña se balanceaba. Esa piedra se puede caer, pensó Eleanor con la vista fija en uno de los bloques. Se oyó otro cañonazo. Más débil, más lejos.

—Ha terminado —dijo Nicholas.

Cerró la tapa del reloj con un chasquido. Y todos se rebulleron en sus duros asientos, como si hasta ese momento hubieran estado envarados.

Entró Maggie.

—Ha terminado —dijo.

(«Se ha despertado un momento, pero se ha vuelto a dormir; el bebé ni se ha despertado», le dijo a Renny en voz baja). Maggie se sentó y cogió el plato que Renny tenía para ella.

—Y ahora terminemos el pastel —dijo con su voz normal.

—Y vamos a tomar un poco más de vino —anunció Renny.

Examinó una botella; luego, otra; por fin tomó una tercera botella y la

limpió cuidadosamente con el faldón de la bata. La puso sobre una caja de madera y todos se sentaron alrededor, en círculo.

—No ha sido gran cosa, ¿verdad? —preguntó Sara.

Sostenía el vaso en la mano e inclinaba la silla hacia atrás.

—Pero hemos pasado miedo —contestó Nicholas—. Mira lo pálidos que estamos todos.

Se miraron. Envueltos en edredones y batas, con el fondo de la piedra gris verdosa, todos parecían blancos, verdosos.

—También es por la luz —dijo Maggie—. Eleanor —agregó mirándola— tiene aspecto de abadesa.

La bata de color azul oscuro, que ocultaba los frívolos adornos de su vestido, unas hombreras de terciopelo y encaje, le sentaba bien. Su rostro de mujer de mediana edad estaba arrugado como un guante al que los movimientos de la mano han imprimido una multitud de finas líneas.

—¿Voy despeinada? —dijo Eleanor llevándose la mano al cabello.

—No, no te lo toques —respondió Maggie.

—¿De qué hablábamos antes del ataque aéreo? —preguntó Eleanor.

De nuevo tenía la impresión de que estaban diciendo algo muy interesante cuando fueron interrumpidos. Pero se había producido una ruptura total; nadie recordaba lo que estaban diciendo antes.

—Bueno, ahora ya ha terminado —dijo Sara—. Así que brindemos a la salud… ¡No, brindemos por el mundo nuevo! —exclamó.

Y levantó el vaso trazando un arabesco en el aire. De repente, todos sintieron deseos de hablar y reír.

—¡Por el mundo nuevo! —gritaron todos levantando los vasos y brindando.

Los cinco vasos, llenos de un líquido amarillo, se unieron formando un ramillete.

—¡Por el mundo nuevo! —gritaron todos, y bebieron.

El líquido amarillo subía y bajaba dentro de los vasos.

—¡Y ahora, Nicholas, un discurso! —dijo Sara, y dejó su vaso en la caja con un golpecito—. ¡Un discurso!

—¡Señoras y señores! —comenzó él levantando la mano en ademán de orador—. ¡Señoras y señores!

—No queremos oír discursos —le interrumpió Renny.

Eleanor quedó defraudada. Le hubiera gustado escuchar un discurso. Pero Nicholas pareció aceptar con humor la interrupción; se sentó sonriendo y afirmando con la cabeza.

—Vayamos arriba —dijo Renny, y apartó la caja de un empujón.

—¡Y salgamos de esta bodega! —exclamó Sara estirando los brazos—. De esta cueva de barro y estiércol…

—¡Escuchad! —la interrumpió Maggie; levantó la mano—. Me ha parecido oír los cañones otra vez…

Escucharon. Los cañones todavía disparaban, pero muy lejos. El ruido era como el de las olas rompiendo en una playa remota.

—Solo matan a otra gente —exclamó Renny con furia.

Atizó una patada a la caja.

—Debes permitirnos pensar en otra cosa —protestó Eleanor.

La máscara volvía a cubrir el rostro de Renny.

—Qué tonterías dice Renny, qué tonterías —le dijo Nicholas a Eleanor en un aparte—. Solo niños disparando fuegos artificiales en el jardín trasero —murmuró mientras la ayudaba a quitarse la bata.

Subieron la escalera.

Eleanor entró en la sala de estar. Parecía más amplia de lo que recordaba, muy espaciosa y cómoda. Había periódicos en el suelo; la lumbre ardía con fuerza; estaba caliente; era alegre. Eleanor se sentía muy cansada. Se hundió en un sillón. Sara y Nicholas se habían rezagado. Los otros ayudaban a la niñera a llevar a los niños a la cama, suponía Eleanor. Se reclinó en el sillón. Todo parecía de nuevo sereno y natural. Una sensación de gran calma la dominaba. Era como si le hubieran concedido un nuevo plazo, pero, privada de algo personal por la presencia de la muerte, ahora se sentía… Dubitativamente, buscó la palabra adecuada. ¿«Inmune»? ¿Era esta la palabra? Inmune, dijo Eleanor mirando un cuadro sin verlo. Inmune, repitió. En el cuadro había una montaña y un pueblo, quizá en el sur de Francia; quizá en Italia. Había olivos; y blancos tejados agrupados en una ladera. Inmune, repitió sin dejar de mirar el cuadro.

Oyó unos pasos amortiguados en el piso superior; supuso que Maggie y Renny volvían a acostar a los niños. Se oyó un leve chillido, como si un pajarillo adormilado piara en su nido. Después de los cañonazos, había una gran sensación de paz e intimidad. Pero entonces entraron todos.

—¿Se han inquietado los niños? —preguntó irguiéndose.

—No —contestó Maggie—. Han dormido todo el rato.

—Pero quizá hayan tenido sueños —observó Sara acercando una silla.

Todos callaron. Había un gran silencio. Los relojes que daban solemnemente la hora en Westminster también habían enmudecido.

Maggie cogió el atizador y golpeó los leños. Las chispas ascendieron como locas por la chimenea, formando un torrente de ojos dorados.

—Esto me hace… —comenzó a decir Eleanor.

Se calló.

—¿Qué? —quiso saber Nicholas.

—Recordar la infancia —terminó Eleanor.

Se acordaba de ella misma, de Morris y de Pippy; pero si lo hubiera explicado a los demás, ninguno de ellos hubiese comprendido lo que quería decir. Guardaron silencio. De repente, en la calle sonó una clara y aflautada nota.

—¿Qué es eso? —preguntó Maggie.

Se había sobresaltado; miró hacia la ventana; iba a levantarse.

—Los cornetines —dijo Renny alzando la mano para que no se moviera.

Los cornetines volvieron a sonar junto a la ventana. Luego los oyeron más lejos, en la misma calle. Luego, más distantes aún, en la otra calle. Casi inmediatamente regresó el ruido de las bocinas y las ruedas de los automóviles, como si el tránsito se hubiera liberado y la habitual vida nocturna de Londres se hubiese reanudado.

—Ha terminado —dijo Maggie.

Maggie se reclinó en la silla; durante unos instantes pareció muy cansada. Después cogió un cesto y comenzó a zurcir un calcetín.

—Me alegro de estar viva —dijo Eleanor—. ¿Es malo eso, Renny? —le preguntó.

Eleanor quería que Renny hablase. Tenía la impresión de que atesoraba inmensas emociones que no sabía expresar. Renny no contestó. Se apoyaba en un codo, fumaba un cigarrillo y tenía la vista fija en el fuego.

—He pasado la noche en una bodega llena de carbón mientras otras personas intentaban matarse unos a otros sobre mi cabeza —dijo de repente.

Luego alargó un brazo y cogió un periódico.

—Renny, Renny, Renny —le dijo Nicholas, como si estuviera reprendiendo con dulzura a un niño travieso.

Renny siguió leyendo. Los bocinazos y el rumor de las ruedas de los automóviles se habían juntado formando un constante ruido.

Mientras Renny leía y Maggie zurcía la estancia permanecía en silencio. Eleanor contemplaba las llamas, que recorrían venas de resina, se alzaban y se extinguían.

—¿En qué piensas, Eleanor? —la interrumpió Nicholas.

Me llama Eleanor y me tutea, pensó, me parece bien.

—En el mundo nuevo —dijo en voz alta—. ¿Crees que será mejor? —preguntó.

—Sí, sí —contestó él asintiendo con la cabeza.

Habló bajo, como si no quisiera molestar a Renny, que leía, a Maggie, que zurcía, o a Sara, que estaba reclinada en el sillón, medio dormida. Ellos dos parecían mantener una charla íntima, privada.

—Pero cómo… —empezó Eleanor—, cómo podemos mejorarnos a nosotros mismos…, vivir más… —Bajó la voz, como si temiera despertar a los que dormían—. Vivir más naturalmente…, mejor… ¿Cómo podemos?

—Todo es una cuestión… —Nicholas calló; se acercó a Eleanor—. Una cuestión de aprender. El alma…

Volvió a interrumpirse.

—Sí. ¿El alma…? —le apremió Eleanor.

—El alma, el ser íntegramente considerado… —comenzó a explicar Nicholas. Ahuecó las palmas de las manos, como si entre las dos quisiera encerrar una esfera—. Desea su expansión, desea la aventura, desea formar… nuevas combinaciones, ¿verdad?

—Sí, sí. —dijo Eleanor como si quisiera confirmarle que sus palabras eran correctas.

—En tanto que ahora —Nicholas se enderezó; juntó los pies; parecía una vieja señora atemorizada por un ratón— vivimos así, tensos, atados en un nudo pequeño y prieto, ¿verdad?

—En un nudo, un nudo, sí, es verdad. —Asintió con la cabeza.

—Cada cual forma su propio y pequeño compartimiento; cada cual con su propia cruz o su propio libro sagrado; cada cual con su fuego, con su esposa…

—Que zurce calcetines —terció Maggie.

Eleanor se sobresaltó. Tenía la impresión de haber estado contemplando el futuro. Pero les habían oído. La intimidad había terminado.

Renny arrojó el periódico al suelo.

—Tonterías, todo tonterías —dijo.

Eleanor no pudo determinar si Renny se refería al periódico o a lo que habían estado diciendo. Pero charlar en privado era ya imposible.

—Entonces, ¿por qué los compras? —preguntó señalando los periódicos.

—Para encender el fuego —repuso Renny.

Maggie se echó a reír y dejó el calcetín que había estado zurciendo.

—¡Ya está! —exclamó—. ¡Zurcido!

Volvieron a guardar silencio mirando el fuego. Eleanor deseaba que el hombre al que ella llamaba Nicholas siguiera hablando. Quería preguntarle cuándo llegaría ese mundo nuevo. ¿Cuándo seremos libres? ¿Cuándo viviremos aventureramente, íntegramente, y no como tullidos encerrados en una caverna? Le parecía que aquel hombre había liberado algo en su interior; sentía no solo una nueva dimensión en el tiempo, sino nuevas potencias, algo desconocido. Eleanor contempló el cigarrillo de Nicholas, que subía y bajaba. Entonces Maggie cogió el atizador y golpeó los leños. Otro torrente de chispas de corazón rojo se lanzó chimenea arriba. Seremos libres, seremos libres, pensó Eleanor.

—¿Y tú? ¿Qué has pensado en ese rato? —se interesó Nicholas poniendo la mano en la rodilla de Sara. Ella se sobresaltó—. ¿O es que te has dormido? —añadió.

—He oído lo que decíais —respondió Sara.

—¿Y qué hemos dicho? —preguntó él.

—Habéis hablado del alma elevándose como se elevan las chispas por la chimenea —dijo ella.

Las chispas salían volando por la chimenea.

—Has dado en el blanco —dijo Nicholas.

—Es que la gente siempre dice lo mismo —dijo Sara riendo; se espabiló e irguió la espalda—. Aquí tenemos a Maggie, que no dice nada. A Renny, que dice: «Todo tonterías». A Eleanor, que dice: «Es exactamente lo que pensaba»… Y a Nicholas, a Nicholas… —Le dio una palmada en la rodilla—: A Nicholas, que debería estar en la cárcel, y que dice: «¡Queridos amigos, perfeccionemos el alma!».

—¿Debería estar en la cárcel? —preguntó Eleanor mirándolo.

—Porque ama —empezó a decir Sara. Hizo una pausa—. Porque ama al otro sexo, al otro sexo, ¿sabes? —dijo quitando importancia a sus palabras y gesticulando con la mano como hacía su madre.

Por un segundo, un agudo estremecimiento de repugnancia recorrió la piel de Eleanor, como si un cuchillo se la hubiera rajado. Luego se dio cuenta de que no había ocurrido nada importante. El temblor se extinguió. Debajo había… ¿qué? Miró a Nicholas. Este la observaba.

—¿Me hace eso antipático a tus ojos, Eleanor? —le preguntó él un tanto dubitativo.

—¡En absoluto! —exclamó espontáneamente Eleanor.

Durante toda la velada Eleanor se había ido formando varias opiniones respecto a Nicholas; ahora esta, ahora la otra, luego la de más allá; pero al fin todas convergieron formando una sola idea: Nicholas le gustaba.

—En absoluto —repitió.

Nicholas le dirigió una leve reverencia. Eleanor se la devolvió. Pero el reloj de la repisa de la chimenea daba las horas. Renny bostezaba. Era tarde. Eleanor se puso en pie. Se acercó a la ventana, separó las cortinas y miró hacia fuera. Todas las casas seguían con las cortinas corridas. La fría noche invernal era casi negra. Era como mirar el centro de una piedra de color azul oscuro. Aquí y allá una estrella taladraba el azul. Eleanor experimentó un sentimiento de inmensidad y paz, como si algo se hubiera consumado…

—¿Quieres que te busque un taxi? —la interrumpió Renny.

—No, regresaré andando —contestó volviéndose—. Me gusta caminar por Londres.

—Te acompañamos —dijo Nicholas—. Vamos, Sara.

Sara estaba reclinada en el sillón, y balanceaba arriba y abajo un pie.

—No quiero irme —dijo despidiéndolo con la mano—. Quiero quedarme; quiero hablar; quiero cantar… un himno de alabanzas… un canto de acción de gracias…

—Toma el sombrero y el bolso —le contestó Nicholas dándole sus cosas —. Vamos —le dijo cogiéndola por un hombro y empujándola hacia la puerta —. Vamos.

Eleanor se acercó a Maggie para despedirse.

—También me gustaría quedarme —dijo—, tenemos mucho de que hablar.

—Pero yo quiero acostarme, quiero acostarme —protestó Renny.

Y llevándose las manos a la cabeza, bostezó. Maggie se levantó.

—Ahora te acostarás —le dijo riéndose.

—No te molestes en acompañarme abajo —protestó Eleanor al ver que Renny le abría la puerta de la sala.

Pero Renny insistió. Es muy grosero y, al mismo tiempo, muy cortés, pensó Eleanor mientras lo seguía por la escalera. Un hombre que experimenta muchos sentimientos diferentes, todos apasionadamente, todos al mismo tiempo, pensó… Pero habían llegado al vestíbulo. Allí estaban Nicholas y Sara.

—Deja ya de reírte de mí, Sara —le decía Nicholas mientras se ponía el abrigo.

—Y tú deja de sermonearme —replicó ella abriendo la puerta de la calle.

Renny sonrió a Eleanor durante el instante en que permanecieron junto al cochecito de niño.

—Son la encarnación de los buenos modales —comentó.

—Buenas noches —dijo Eleanor, y, sonriendo, le estrechó la mano.

Este es el hombre, pensó Eleanor con una súbita oleada de convicción mientras salía al helado aire nocturno, con quien me hubiera gustado casarme. Eleanor identificó un sentimiento que jamás había experimentado. Pero tiene veinte años menos que yo, se dijo, y está casado con mi prima. Por un segundo lamentó el paso del tiempo y las circunstancias de la vida que la habían apartado de todo aquello. En su imaginación evocó una escena: Maggie y Renny sentados ante el fuego del hogar; un matrimonio feliz, pensó, eso es lo que he estado viendo todo el rato. Un matrimonio feliz. Alzó la vista mientras caminaba por la oscura callejuela siguiendo a los otros dos. Un ancho haz de luz, como la pala de un molino de viento, barría lentamente el cielo. El haz de luz parecía recoger todo lo que ella sentía y expresarlo de una forma amplia y sencilla, como si otra voz hablara en otro idioma. Entonces, el haz de luz se detuvo y examinó una rizada porción de cielo, un punto sospechoso.

¡El ataque aéreo!, se dijo Eleanor. ¡Me he olvidado del ataque aéreo!

Los otros dos habían llegado al cruce, y allí esperaban.

—Me he olvidado del ataque aéreo —dijo Eleanor en voz alta, cuando los alcanzó.

Era sorprendente, pero cierto.

Se encontraban en Victoria Street. La calle se alejaba trazando una curva, y

parecía más ancha y oscura de lo habitual. Algunas figuras menudas caminaban presurosas por las aceras: aparecían durante un instante a la luz de una farola y luego volvían a desaparecer, sumidas en la oscuridad. Había muy poca gente en la calle.

—¿Funcionan como de costumbre los autobuses? —preguntó Eleanor.

Todos miraron alrededor. En aquel instante no transitaba ni un solo vehículo por la calzada.

—Esperaré aquí —dijo.

—En ese caso, me voy —anunció Sara bruscamente—. ¡Buenas noches!

Sara agitó la mano y se fue. Eleanor dio por supuesto que Nicholas la acompañaría.

—Esperaré aquí —repitió.

Pero Nicholas no se movió. Sara ya se había perdido de vista. Eleanor miró a Nicholas. ¿Estaba irritado? ¿Se sentía desdichado? Lo ignoraba. Pero entonces una voluminosa forma surgió de la oscuridad; los faros estaban tapados con pintura azul. Dentro iba gente silenciosa, sentada apretujadamente, bajo la luz azulada todos tenían aspecto cadavérico e irreal.

—Buenas noches —dijo Eleanor estrechando la mano de Nicholas.

Cuando volvió la vista atrás vio a Nicholas todavía en la acera. Aún tenía el sombrero en la mano. Se le veía alto, imponente y solitario, allí solo, mientras los focos recorrían el cielo.

El autobús se puso en marcha. Eleanor se dio cuenta de que estaba mirando a un viejo, de pie en un rincón, que comía algo que sacaba de una bolsa de papel. El viejo levantó la vista y sus miradas se cruzaron.

—¿Quiere ver cuál es mi cena de hoy, señora? —preguntó el hombre alzando una ceja sobre sus ojos seniles, aguados y chispeantes.

Y le mostró, para que lo inspeccionara, una rebanada de pan con una tajada de carne fría o salchicha.

1918

Un velo de niebla cubría el cielo del mes de noviembre; era un velo con múltiples pliegues, de tan fina urdimbre que formaba una sola densidad. No llovía, pero aquí y allá la niebla se condensaba en las superficies, humedecía los caminos y dejaba las calzadas resbaladizas. Aquí y allá, sobre una brizna

de hierba o en el borde de una hoja, colgaba inmóvil una gota de agua. No soplaba viento y reinaba la calma. Los sonidos que llegaban a través del velo, el balar de los corderos y el croar de las ranas, quedaban amortiguados. El rugido del tránsito se transformaba en un gruñido. De vez en cuando, como si una puerta se abriera y se cerrara, o el velo se partiera y se volviera a unir, el rugido atronaba y luego se debilitaba.

Crosby, cojeando por el sendero de asfalto que cruzaba Richmond Green, musitó:

—Sucio animal.

Le dolían las piernas. Ahora no llovía, pero la niebla cubría por completo el amplio espacio abierto; y como no tenía a nadie cerca, podía hablar para sí en voz alta.

—Sucio animal —volvió a musitar.

Crosby había adquirido la costumbre de hablar solo. No veía a nadie; y el final del sendero quedaba borrado por la niebla. Reinaba un gran silencio. Solo las cornejas agrupadas en las copas de los árboles soltaban de vez en cuando un leve y extraño gruñido, y una hoja moteada de negro caía al suelo. La cara de Crosby se crispaba al caminar, como si los músculos se hubieran acostumbrado a protestar, involuntariamente, de los males y dificultades que la torturaban. Crosby había envejecido mucho en los últimos cuatro años. Se la veía tan pequeña y encorvada que parecía difícil que pudiera cruzar el amplio espacio abierto, bajo el sudario de la blanca niebla. Pero Crosby tenía que ir a High Street para hacer sus compras.

—Sucio animal —volvió a musitar.

Aquella mañana Crosby había tenido unas palabras con la señora Burt sobre el baño del conde. El conde había escupido en el baño, y la señora Burt le había dicho a Crosby que lo limpiara.

—Sí, sí, conde… Tan conde como tú —prosiguió Crosby.

Ahora hablaba con la señora Burt.

—Estoy plenamente dispuesta a complacerla, señora Burt —prosiguió.

Incluso aquí, en la niebla, donde gozaba de la libertad de decir lo que le viniera en gana, Crosby adoptaba un tono conciliador, porque sabía que querían desembarazarse de ella. Crosby agitó la mano en la que no llevaba la bolsa de la compra cuando dijo a Louisa que estaba dispuesta a complacerla. Siguió cojeando.

—Y muy poco me importaría irme —añadió con amargura, y eso se lo dijo solo a sí misma.

No era ningún placer seguir viviendo en aquella casa; pero no tenía otro sitio adonde ir; y los Burt lo sabían muy bien.

—Y estoy plenamente dispuesta a complacerla —repitió en voz alta, tal como se lo había dicho a la señora Burt.

La verdad era que Crosby ya no podía trabajar como antes. Le dolían las piernas. Hacer la compra consumía todas sus energías, por no hablar ya de limpiar baños. Sin embargo, ahora todo había quedado reducido a un lo tomas o lo dejas. En sus buenos tiempos, Crosby hubiera mandado a paseo a toda aquella gente.

—Gentuza…, gentecilla… —murmuró.

Ahora Crosby se dirigía a la criada pelirroja que ayer se fue de la casa, sin previo aviso. Esa chica conseguiría otro empleo fácilmente. Eso no le preocupaba. Así que a Crosby le tocó limpiar el baño del conde.

—Sucio animal, sucio animal —repitió.

Los pálidos ojos azules de Crosby llamearon de impotencia. Volvió a ver los rastros de flema que el conde había dejado pegados a un lado de la bañera. El conde, aquel belga que se daba el título a sí mismo.

—Yo trabajaba para la gente noble, y no para puercos extranjeros como tú —le dijo sin dejar de cojear.

El rugido del tránsito se fue intensificando a medida que Crosby se acercaba a la fantasmal línea formada por los árboles. Ya veía las casas detrás de los árboles. Sus claros ojos azules se esforzaban en atravesar la niebla mientras se dirigía hacia la valla metálica. Solo sus ojos parecían expresar una indómita decisión; no estaba dispuesta a ceder; quería sobrevivir. La suave niebla se disipaba. Sobre el sendero de asfalto reposaban purpúreas hojas húmedas. Las cornejas emitían sus gruñidos y se rebullían en las copas de los árboles. Ahora, entre la niebla surgió la oscura línea de la valla metálica. El rugido del tránsito en High Street sonaba cada vez más alto. Crosby se detuvo y apoyó la bolsa en la valla antes de entrar en batalla con la multitud que iba de compras a High Street. Tendría que dar codazos y empujar, y sería zarandeada hacia aquí y hacia allá; y le dolían los pies. Poco les importaba que una estuviera comprando o no, pensó; y a menudo alguna grosera sin vergüenza la apartaba de su sitio con un empujón. Crosby volvió a pensar en la criada pelirroja, jadeando un poco, con la bolsa en la valla. Le dolían las piernas. De repente, la alargada nota de una sirena flotó en el aire, con su melancólico quejido; después se oyó una explosión apagada.

—Otra vez los cañones —musitó Crosby mirando al cielo gris pálido con desolada irritación.

Las cornejas, asustadas por el fuego de artillería, alzaron el vuelo y trazaron círculos alrededor de las copas de los árboles. Se oyó otra sorda explosión. Un hombre que pintaba las ventanas de una casa subido a una escalera de mano se detuvo con el pincel en la mano y miró alrededor. Una mujer que caminaba por la calle, con una barra de pan que sobresalía más de la mitad de su envoltorio de papel, también se detuvo. Ambos esperaban que ocurriera algo. De las chimeneas surgieron penachos de humo que luego descendieron. Los cañones volvieron a disparar. El hombre de la escalera dijo algo a la mujer de la acera. Esta afirmó con la cabeza. Después el hombre mojó el pincel en la pintura y siguió pintando. La mujer reanudó su camino. Crosby reunió ánimos y, vacilante, cruzó la calle hacia High Street. Los cañones rugían y las sirenas gemían. La guerra había terminado, le dijo alguien a Crosby cuando se puso en la cola ante la tienda de comestibles. Los cañones rugían y las sirenas gemían.

Los días presentes

Era un atardecer de verano; el sol se ponía; el cielo todavía estaba azul, aunque con un matiz dorado, como si un sutil velo, una gasa, lo cubriera, y aquí y allá, en la amplitud dorada y azul, se extendía suspendida la isla de una nube. En los campos, los árboles se alzaban majestuosamente cubiertos con sus innumerables hojas color oro. Corderos y vacas, blanco perla y de manchas de colores, estaban tumbados o avanzaban pastando por la hierba semitransparente. Una cenefa de luz lo rodeaba todo. Del polvo de las carreteras se alzaba un vapor dorado rojizo. Incluso las casitas de ladrillos rojos junto a las principales carreteras habían devenido porosas, incandescentes de luz, y las flores en los jardines de las granjas, de color lila y rosado cual vestidos de algodón, resplandecían veteadas, como si irradiasen una luz interior. Las caras de las gentes que se encontraban junto a la puerta de sus casas o que caminaban por las calles tenían todas el mismo resplandor rojizo cuando miraban al sol poniente.

Eleanor salió de su piso y cerró la puerta. El resplandor del sol que se ponía en Londres iluminó su rostro, y por un momento quedó deslumbrada y miró los tejados y los campanarios que se alzaban bajo la luz. Había gente hablando en su casa, y Eleanor quería tener unas palabras en privado con su sobrino. North, el hijo de su hermano Morris, que acababa de regresar de África y Eleanor apenas lo había visto a solas. Aquella tarde había acudido mucha gente: Miriam Parrish; Ralph Pickersgill; Antony Weed; Peggy, la sobrina de Eleanor; y, para colmo, aquel hombre tan parlanchín, su amigo Nicholas Pomjalovsky, a quien todos llamaban Brown para abreviar. Eleanor

casi no había podido cruzar una palabra con North a solas. Permanecieron un instante en el luminoso rectángulo de sol que había en el suelo de piedra del pasillo. Dentro, las voces seguían hablando. Eleanor le puso la mano en el hombro.

—Cuánto me alegra volver a verte —dijo—. No has cambiado nada.

Y le miró. Todavía veía rastros del alegre muchacho de ojos castaños en aquel corpulento hombre de rostro profundamente tostado y con el cabello algo gris en las sienes.

—No permitiremos que regreses a esa horrenda granja —continuó comenzando a descender la escalera con él.

North sonrió.

—Tampoco usted ha cambiado —dijo.

Eleanor parecía llena de energía. Había estado en la India. Tenía la cara tostada por el sol. Con el cabello blanco y las mejillas morenas, aparentaba menos edad, a pesar de que debía de contar más de setenta años, pensó North. Bajaron la escalera cogidos del brazo. Había seis tramos de peldaños de piedra, pero Eleanor insistió en bajar con North hasta la calle para despedirle.

—Y ten cuidado, North —dijo Eleanor cuando llegaron al vestíbulo. Se detuvo en el umbral—. Conducir en Londres —añadió— no es lo mismo que conducir en África.

Allí estaba el pequeño coche deportivo de North; por delante de la puerta, bajo la luz del atardecer pasó un hombre gritando: «Reparo sillas y cestos».

North negó con la cabeza; su voz quedó ahogada por la del hombre que gritaba. Miró un cartel con nombres que colgaba en una pared del vestíbulo. En él se indicaba los que se hallaban en casa y los que no con una meticulosidad que divirtió un poco a North después de haber estado en África. La voz del hombre que gritaba «Reparo sillas y cestos» se extinguió lentamente.

—Bueno, adiós, Eleanor —dijo volviéndose hacia ella—. Nos veremos después.

Subió a su automóvil.

—Oye, North… —exclamó Eleanor al recordar de repente algo que quería decir a su sobrino.

Pero North había puesto en marcha el motor; no oyó la voz de su tía. Agitó la mano, despidiéndose de ella. Eleanor estaba en lo alto de los peldaños de la puerta, y el viento agitaba su cabello. El automóvil se puso en marcha con una sacudida. Eleanor volvió a agitar la mano justo cuando el automóvil tomaba la

curva.

Eleanor sigue igual que siempre, pensó North. Un poco más excéntrica, quizá. Con la sala llena de gente —la pequeña habitación estaba atestada—, Eleanor había insistido en enseñar a North su nueva ducha. «Das la vuelta a esa llave, y mira», le había dicho. Innumerables agujas de agua salieron disparadas. North se echó a reír. Luego se sentaron en el borde de la bañera.

Pero los automóviles que tenía detrás tocaban insistentemente la bocina. ¿Por qué?, se preguntó. Luego se dio cuenta de que le pitaban a él. La luz del semáforo había cambiado; ahora era verde, y North obstruía el paso. Puso el coche en marcha, con una violenta sacudida. Aún no dominaba el arte de conducir en Londres.

El ruido de Londres seguía pareciéndole ensordecedor, y la velocidad a que la gente conducía era tremenda. Pero era emocionante, después de haber estado en África. Incluso las tiendas, pensó North, mientras pasaba velozmente ante filas de escaparates con grandes vidrios, eran maravillosas. En las aceras había puestos de fruta y flores. Por todas partes reinaba la abundancia, la profusión… Otra vez apareció la luz roja; North frenó.

Miró a su alrededor. Se encontraba en Oxford Street; la gente atestaba las aceras; se empujaba; se aglomeraba ante los escaparates que aún estaban iluminados. Después de África, la alegría, el color, la variedad pasmaban a North. Durante todos esos años, se dijo North mientras miraba una flotante bandera de seda transparente, había estado en contacto con las materias primas, en bruto; pieles y lanas; pero aquí veía el producto acabado. Un armario forrado de cuero amarillo lleno de botellas de plata llamó su atención, pero la luz volvía a ser verde. Arrancó con una sacudida.

Hacía solo diez días que North había regresado a Londres, por lo que tenía la mente hecha un lío. Le parecía que no había parado de hablar, de estrechar manos, de decir «Hola, qué tal». En todas partes surgía gente; su padre; su hermana; ancianos que se levantaban de su sillón y le decían: «¿No te acuerdas de mí?». Los niños que él había dejado en el parvulario eran ahora jóvenes crecidos que iban a la universidad; las muchachitas con trenzas se habían convertido en señoras casadas. Todo aquello aún lo confundía; la gente hablaba muy deprisa; y seguramente creía que él era muy lento, pensó North. Tenía que apartarse de la gente hacia una ventana y preguntarse: «¿Qué, qué, qué pretenden decir con eso?».

Por ejemplo, esa tarde, en casa de Eleanor, había un hombre con acento extranjero que exprimía el limón en el té. North se preguntó quién podía ser aquel hombre. «Es uno de los dentistas de Nelly», le dijo Peggy, su hermana, con expresión de asco en los labios. Sí, ya que todos sabían de antemano lo que debían decir; todos tenían frases preparadas. Pero Peggy se refería al

hombre que guardaba silencio sentado en un sofá. Y North le preguntaba por el otro, el que exprimía limón en el té. «Le llamamos Brown», murmuró Peggy. ¿Y por qué le llamaban Brown, si era extranjero?, se extrañó North. De todas maneras, todos veían la soledad y el salvajismo de un modo romántico —«Me hubiera gustado hacer lo que usted ha hecho», le dijo un hombrecillo llamado Pickersgill—, salvo aquel hombre, Brown, que había hecho un comentario interesante. «Si no nos conocemos a nosotros mismos, ¿cómo vamos a conocer a los demás?», le había dicho. Habían hablado de dictadores; de Napoleón; de la psicología de los grandes hombres. Pero se encendió la luz verde: adelante. Volvió a salir disparado. Y después, la señora con los pendientes en forma de aro le había hablado de las bellezas de la naturaleza. North miró el nombre de la calle que se abría a su izquierda. Iba a cenar con Sara, pero no sabía muy bien qué trayecto debía seguir. Solo había oído la voz de Sara diciéndole por teléfono: «Ven y cenaremos juntos, Milton Street cincuenta y dos, encontrarás mi nombre en la puerta». Estaba cerca de la Torre. Pero era difícil clasificar a aquel hombre, Brown, así de buenas a primeras. Hablaba extendiendo los dedos de las manos y con la locuacidad de aquellos que al final terminan siendo unos latosos. Y Eleanor iba de un lado para otro, sosteniendo una taza, y hablando a la gente de su ducha. North quería que la gente hablara con concreción. Conversar le gustaba. Le gustaban las conversaciones serias sobre temas abstractos. «¿Es buena la soledad; es mala la sociedad?». Esto era interesante; pero la gente siempre iba saltando de un asunto a otro. Cuando aquel hombre corpulento dijo: «El confinamiento en soledad es la mayor tortura que infligimos», la vieja flaca con el cabello crespo dijo inmediatamente, con voz aflautada, y poniéndose la mano sobre el corazón: «¡Debiera ser abolido!». La vieja visitaba prisiones, al parecer.

¿Dónde diablos estoy ahora?, se preguntó North mientras miraba el nombre de la calle en la esquina. Alguien había pintado con tiza un círculo en la pared, con una línea quebrada dentro de él. North miró la larga perspectiva ante sí. Puerta tras puerta, ventana tras ventana, se repetían las mismas formas. Todo quedaba cubierto por un resplandor rojo amarillento, ya que el sol se estaba poniendo tras el polvo londinense. Todo quedaba teñido por un cálido matiz amarillo. Por las aceras pasaban carretillas de mano rebosantes de frutas y flores. El sol doraba las frutas; las flores tenían un apagado esplendor. Había rosas, claveles y también lirios. Le hubiera gustado parar el coche y comprar un ramillete para Sally. Pero los vehículos que iban detrás tocaban la bocina. Siguió adelante. Un ramo de flores en la mano, pensó, suavizaría la incomodidad del encuentro y de las habituales frases que tendrían que decirse. «Qué alegría verte», «Has engordado», y todo lo demás. Solo había oído la voz de Sara por teléfono, y la gente había cambiado, con paso de aquellos años. North no sabía con certeza si aquella era la calle o no; dobló despacio la esquina y entró en ella. Entonces detuvo el automóvil; luego volvió a arrancar.

Aquella era Milton Street, una calle oscura, con casas viejas que ahora se ofrecían en alquiler, por pisos, pero que habían conocido mejores tiempos.

North dijo: «Pares a este lado, impares al otro lado». Camiones y carros impedían el paso por la calle. North tocó la bocina. Se paró. Volvió a tocarla. Un hombre se acercó a la cabeza del caballo, se trataba de un carro de carbón, y el caballo empezó a avanzar con paso pesado. El número cincuenta y dos estaba allí, un poco más adelante. North sorteó los obstáculos y detuvo el automóvil ante la puerta.

En la calle se oía una voz chillona, la voz de una mujer que hacía escalas musicales.

En qué calle más sucia vive, pensó North todavía sentado en el coche, ante el que pasó una mujer con una jarra bajo el brazo; y sórdida añadió, y vulgar. Paró el motor; bajó y miró los nombres escritos en la puerta. Estaban uno encima del otro; ya en tarjetas de visita, ya grabados en placas de latón: Foster, Abrahamson, Roberts; S. Pargiter estaba casi en lo más alto, grabado en una tira de aluminio. North tocó uno de los muchos timbres. Nadie contestó. La mujer seguía cantando escalas, subiendo de tono lentamente. El humor viene y se va, pensó North. Él escribía versos; ahora el humor había vuelto de nuevo, mientras esperaba. Oprimió el timbre dos, tres veces, con fuerza. Pero no contestó nadie. Entonces empujó la puerta; estaba abierta. En el vestíbulo se percibía un olor curioso; olor a guiso de verduras; y el aceitoso papel castaño que cubría las paredes oscurecía el espacio. North subió la escalera de la casa que en otros tiempos había sido la residencia de un caballero. La barandilla era de madera labrada, pero ahora la habían pintado con un barniz amarillo barato. Subió despacio y se paró en el descansillo sin saber a qué puerta debía llamar. Ahora North siempre se encontraba ante puertas de casas desconocidas. Tenía la impresión de que no era nadie y no estaba en ningún lugar concreto. Desde la calle llegaba la voz de la cantante que iba ascendiendo, como si las notas fueran una escalera; luego la cantante calló con idolencia, lánguidamente, extinguiendo la voz que no era más que puro sonido. Entonces North oyó a alguien que reía, dentro de la casa.

Es la voz de Sally, se dijo. Pero hay alguien con ella. Se sintió irritado. Esperaba encontrarla sola. La voz hablaba, y no contestó cuando North llamó. Con mucha cautela, North abrió la puerta y entró.

—Sí, sí, sí —decía Sara.

Arrodillada, hablaba por teléfono, pero estaba sola. Cuando vio a North, levantó la mano y le sonrió; aunque mantuvo la mano alzada como si por culpa del ruido que había hecho se hubiera perdido lo que le estaban diciendo.

—¿Qué? ¿Qué? —dijo Sara por teléfono.

North guardó silencio, contemplando las figuras de sus abuelos sobre la repisa del hogar. Observó que no había flores. Lamentó no haberle llevado un ramo. Escuchó lo que decía Sara; se esforzó en averiguar de qué hablaba.

—Sí, ahora te oigo… Sí, tienes razón. Ha venido alguien… ¿Quién? North. Mi primo de África.

Ese soy yo, pensó North. «Mi primo de África». Esta es mi tarjeta de identificación.

—¿Que le conoces? —decía Sara. Hubo una pausa. Luego preguntó—: ¿Tú crees?

Sara se volvió y lo miró. North pensó que seguramente hablaban de él. Se sintió incómodo.

—Adiós —dijo Sara.

Y colgó el auricular.

—Dice que te ha conocido esta noche —le dijo acercándose a él y estrechándole la mano—. Y que le has gustado —agregó sonriendo.

—¿Quién era? —preguntó; se sentía violento, pero no le había llevado flores.

—Un hombre al que has conocido en casa de Eleanor —contestó ella.

—¿Un extranjero? —dijo North.

—Sí. Brown —repuso ella mientras le acercaba una silla.

North se sentó en la silla que le había ofrecido Sally, y ella se acurrucó enfrente, sentada sobre sus pies. North recordó aquella postura; Sara regresaba a su memoria por partes; primero la voz; después la postura; pero había algo que seguía oculto.

—No has cambiado —dijo North.

Se refería a la cara. Una cara anodina no cambia; mientras que las caras bonitas se marchitan. No parecía ni joven ni vieja; pero sí desaliñada; y el cuarto, con el carrizo de la Pampa en un tiesto, puesto en un rincón, estaba desordenado. A North le pareció un cuarto de alquiler arreglado en un instante, apresuradamente.

—Tú tampoco —respondió Sara, mirando a North.

Daba la impresión de que Sara trataba de conciliar dos versiones diferentes de North; la versión del teléfono, quizá, y la de él sentado en la silla. ¿O había más versiones? Ese conocer a la gente a medias, ese ser conocido a medias, esa sensación del ojo recorriendo la carne, como una mosca arrastrándose, qué

incómoda es, pensó North; pero inevitable, después de esos años. Las mesas estaban atestadas de objetos; North dudó, sosteniendo el sombrero en la mano. Sara le sonrió, mientras North seguía sentado ante ella, con el sombrero en la mano, vacilante.

—¿Quién es ese joven francés del cuadro —dijo Sara—, que sostiene un sombrero de copa?

—¿Qué cuadro? —preguntó North.

—El de ese joven sentado con expresión de desconcierto, con el sombrero en la mano —contestó ella.

North dejó el sombrero encima de la mesa, pero lo hizo con torpeza. Un libro cayó al suelo.

—Mil perdones —dijo.

Probablemente, cuando Sara le comparó con el desconcertado joven del cuadro, quiso decirle a North que era torpe; sí, North siempre había sido torpe.

—Este no es el mismo piso al que fui la última vez, ¿verdad? —preguntó North.

North reconoció un sillón, un sillón con patas en forma de garras doradas; vio el piano de siempre.

—No —repuso Sara—, aquel piso estaba al otro lado del río. El piso al que fuiste a despedirte.

North se acordó. Había visitado a Sara la tarde antes de partir para el frente; y había colgado la gorra en el busto del abuelo de los dos, busto que había desaparecido. Y Sara se rió de él.

—¿Cuántos terrones de azúcar necesita un teniente del Regimiento de Cazadores de Ratas de Su Real Majestad? —le había preguntado burlona. A North le pareció volver a ver a Sara echando terrones de azúcar en su té. Y se pelearon. Y North se fue. Recordaba que fue la noche del ataque aéreo. Recordaba aquella oscura noche; los focos que barrían lentamente el cielo; y que se detenían aquí y allá, para estudiar una zona sospechosa; caían menudos fragmentos de metralla; y la gente se deslizaba por las calles azulencas casi desiertas. North fue a cenar con su familia, en Kensington; se despidió de su madre; y no volvió a verla jamás.

La voz de la cantante interrumpió los pensamientos de North. «Aaaaah, oooooh, aaaaah, oooooh», cantaba lánguidamente, subiendo y bajando escalas al otro lado de la calle.

—¿Lo hace todas las noches como esta? —preguntó él.

Sara negó con la cabeza. Las notas llegaban lentas y sensuales a través del ambiente de la bulliciosa velada. La cantante parecía disponer de todo el tiempo del mundo; podía descansar en cada intervalo.

North observó que no había ningún indicio de cena; solo un plato con fruta sobre el barato mantel de casa de huéspedes, que ya lucía alguna mancha de grasa amarillenta.

—¿Por qué siempre escoges barrios míseros…? —comenzó a decir North, ya que había niños chillando en la calle, cuando se abrió la puerta y entró una muchacha con un manojo de cuchillos y tenedores. La habitual maritornes de las casas de huéspedes, pensó North; con las manos rojas y una de esas achulapadas cofias blancas que las criadas de las casas de huéspedes se clavan en el pelo cuando el huésped tiene un invitado. En presencia de aquella muchacha estaban obligados a conversar.

—He estado en casa de Eleanor —dijo North—. Allí es donde he conocido a tu amigo Brown.

La muchacha armaba ruido al dejar sobre la mesa los tenedores y los cuchillos que llevaba en un manojo.

—Eleanor, ah, Eleanor… —dijo Sara.

Pero observaba a la desmañada muchacha que merodeaba alrededor de la mesa; la chica respiraba con dificultad.

—Eleanor acaba de regresar de la India —dijo North.

También él observaba a la muchacha mientras ponía la mesa. Ahora la chica dejaba una botella de vino entre la barata vajilla de casa de huéspedes.

—Sí, haciendo la loca alrededor del mundo —murmuró Sara.

—E invitando al más extraño grupo de viejos chochos —añadió North.

Se acordó del hombrecillo de vivaces ojos azules que dijo que le hubiera gustado visitar África; y de la flaca mujer con abalorios que visitaba cárceles, al parecer.

—Y ese hombre, tu amigo… —comenzó a decir North.

En ese momento la criada salió del cuarto, pero dejó la puerta abierta, lo cual era indicio de que se disponía a volver.

—Nicholas —dijo Sara terminando la frase de North—, a quien tú llamas Brown.

Se hizo un silencio.

—¿Y de qué habéis hablado? —preguntó Sara.

North se esforzó en recordarlo.

—De Napoleón; de la psicología de los grandes hombres; de que si no nos conocemos a nosotros mismos, cómo vamos a conocer a los demás…

Se calló. Le costaba recordar lo dicho, aunque había sido solo una hora antes.

—En cuyo caso —dijo Sara, y alargó una mano y tocó un dedo de North, exactamente tal como había hecho Brown—, ¿cómo podemos hacer leyes y religiones que cuadren, que cuadren, si no nos conocemos a nosotros mismos?

—¡Eso, eso! —exclamó North.

Sara había captado a la perfección el estilo de Brown; el leve acento extranjero; la repetición de la palabra «cuadren», que Brown decía como si no supiera emplear con total seguridad las palabras sencillas y cortas del inglés.

—Y Eleanor va y dice —prosiguió Sara—: «¿Podemos perfeccionarnos, perfeccionarnos a nosotros mismos?», sentada en el borde del sofá.

—De la bañera —rió North corrigiendo a Sara—. Habéis tenido esa conversación en alguna ocasión —añadió. Esa era exactamente la sensación que North había tenido. Como si ya hubieran hablado alguna vez—. Y, luego, hemos discutido… —siguió.

Pero entró la chica. Ahora llevaba platos; platos con los bordes azules, platos baratos de casa de huéspedes.

—Sobre la sociedad o la soledad, sobre qué es mejor —terminó la frase North.

Sara mantenía la vista fija en la mesa.

—¿Y qué decidiste —preguntó con el aire distraído propio de la persona que mediante los sentidos superficiales observa cómo se hace algo, pero que, al mismo tiempo, piensa en otros asuntos—, tú que has vivido solo tantos años —la chica volvió a salir del cuarto—, en compañía solamente de tus corderos, North?

Sara se interrumpió, porque un trombón comenzó a tocar en la calle y, como la mujer seguía practicando escalas, parecían dos personas que intentaban expresar divergentes opiniones sobre el mundo en general al mismo tiempo. La voz ascendía; el trombón se lamentaba. Sara y North se echaron a reír.

—Sentado en el porche —prosiguió Sara—, contemplando las estrellas.

North levantó la vista. ¿Estaba citando a alguien? North recordó que había escrito a Sara poco después de haber salido de Inglaterra.

—Sí, contemplando las estrellas —dijo.

—En el porche sentado en silencio —añadió Sara.

Por la calle pasó un camión y, por unos instantes, todos los sonidos quedaron borrados.

—Y entonces… —continuó Sara cuando el camión se alejó ya lo suficiente. Hizo una pausa como si se refiriese a otra cosa que North también hubiera escrito—. Ensillaste un caballo —dijo—, ¡montaste y te fuiste!

Sara dio un salto y North vio por primera vez su cara plenamente iluminada. Llevaba una mejilla tiznada, cerca de la nariz.

—¿Sabes que llevas la cara tiznada? —dijo mirándola.

Sara se llevó la mano a la mejilla que no era.

—Esta no, la otra —dijo North.

Sara salió del cuarto sin mirarse al espejo. De lo cual podemos deducir, se dijo North igual que si estuviera escribiendo una novela, que la señorita Sara Pargiter jamás ha suscitado el amor de los hombres. ¿O sí? North no lo sabía. Aquellas deleznables instantáneas dejaban mucho que desear, aquellos retratos superficiales que uno hace, cual una mosca que, arrastrándose sobre una cara, siente que aquí está la nariz, aquí está la frente.

North se acercó a la ventana. El sol seguramente se estaba poniendo, pues la casa de ladrillos de la esquina se sonrojó con un color rosa amarillento. Una o dos ventanas altas habían quedado doradas. La chica estaba en el cuarto, y esto lo confundía. El ruido de Londres todavía le molestaba. Sobre el sordo fondo del ruido del tránsito, de las ruedas rodando y de los frenos gimiendo, más cerca se elevaba el alarido de una mujer súbitamente alarmada por su hijo, el monótono grito de un vendedor de verduras; y a lo lejos tocaba un organillo. El organillo se calló, y volvió a tocar. Escribía a Sara, pensó North, muy avanzada la noche, cuando me sentía solo, cuando era joven. Se miró en el espejo. Vio su cara tostada por el sol, con anchos pómulos y pequeños ojos castaños.

La muchacha había desaparecido hacia la parte inferior de la casa. La puerta estaba abierta. Al parecer, no ocurría nada. North esperó. Se sentía un extraño. Después de todos estos años, pensó, ellos se habían emparejado, se habían establecido, estaban ocupados en sus asuntos. Los encontraba hablando por teléfono, recordando otras conversaciones; salían del cuarto; lo dejaban solo. North cogió un libro y leyó una frase: «Una sombra como un ángel de luminoso cabello…».

En el instante siguiente entró Sara. Pero, al parecer, habían surgido obstáculos que entorpecían el normal discurrir de los aconteceres. La puerta

estaba abierta; la mesa puesta; pero no ocurría nada. Los dos esperaban de espaldas a la chimenea.

—Qué raro ha de ser —Sara retomó la conversación— regresar después de tantos años de ausencia, como caído de un avión, desde las nubes.

Señaló la mesa como si fuera el campo donde North hubiera aterrizado.

—Y en tierra desconocida —dijo North e, inclinándose, tocó un cuchillo sobre la mesa.

—Y encontrar a la gente hablando —añadió Sara.

—Hablando, hablando… —dijo North—. De dinero y de política —añadió y dio una leve y perversa patada al atizador que tenía a sus espaldas con el tacón.

Entonces la muchacha volvió a entrar. Caminaba con aire importante, nacido al parecer del plato que llevaba, ya que estaba cubierto con una gran tapa metálica. La muchacha levantó la tapa con un movimiento que tuvo algo de arabesco. Debajo había una pierna de cordero.

—Vamos a cenar —dijo Sara.

—Tengo hambre —observó North.

Se sentaron, y Sara cogió el cuchillo de trinchar y efectuó una larga incisión, de donde brotó un riachuelo de líquido rojizo; la carne estaba poco hecha. Sara la miró.

—El cordero no debe quedar así —dijo—. El buey sí, pero el cordero no.

Los dos contemplaron el líquido rojo que descendía hasta el fondo del plato.

—¿Qué hacemos? —preguntó Sara—. ¿Lo devolvemos o nos lo comemos tal como está?

—Nos lo comemos —respondió North—. He comido carne en peores condiciones —añadió.

—En África… —dijo Sara levantando las tapaderas de las fuentes de verduras.

En una había una machacada masa de hojas de col, rodeada de turbia agua verde; en la otra, patatas amarillas con aspecto de estar duras.

—En África, en la selvática África —siguió Sara mientras servía col a North—, en aquella granja donde vivías, a la que nadie iba durante meses y meses, cuando te sentabas en el porche escuchando…

—A los corderos —terminó él.

North cortaba en tiras su porción de cordero. Estaba duro.

—Y nada rompía el silencio —prosiguió Sara sirviéndose patatas—, salvo el ruido de un árbol al derrumbarse, de una roca al desprenderse de la ladera de una lejana montaña…

Sara miró a North, como si quisiera comprobar la veracidad de las frases de las cartas de North que estaba citando.

—Sí —dijo North—, aquello era muy silencioso.

—Y hacía mucho calor —añadió ella—. Un calor ardiente al mediodía. Y un viejo mendigo llamó a tu puerta.

North afirmó con la cabeza. Volvió a verse a sí mismo: un hombre joven, y muy solo.

—Y entonces… —volvió a comenzar Sara.

Pero pasó un camión enorme y la calle retumbó. Algo traqueteó en la mesa. Las paredes y el suelo parecieron temblar. Sara separó dos vasos que se rozaban y tintineaban. El camión se alejó. Ahora era un rumor que se desvanecía más y más.

—Y los pájaros —prosiguió Sara—, los ruiseñores cantando a la luz de la luna.

North se sentía incómodo ante las imágenes evocadas por Sara.

—¡Sin duda escribí muchas tonterías! —exclamó—. ¡Hubieras debido rasgar estas cartas!

—¡No! ¡Eran cartas hermosas! ¡Cartas maravillosas! —replicó Sara levantando el vaso.

North recordó que Sara se achispaba con solo medio vaso de vino. Le brillaban los ojos y tenía las mejillas sonrosadas.

—Y entonces —siguió— tuviste un día de fiesta y, en un carro sin ballestas, recorriste traqueteando una carretera blanca y con baches hasta el poblado más próximo…

—A más de noventa kilómetros de distancia —precisó North.

—Y entraste en un bar, y conociste a un hombre que vivía en el rancho vecino… —Sara dudó, temerosa de haber empleado una palabra errónea, y preguntó—: ¿Rancho?

—Rancho, sí, rancho. Fui al pueblo y me tomé una copa en el bar…

—¿Y después? —preguntó ella.

North se echó a reír. Había ciertas cosas que no le había contado. Guardó silencio.

—Entonces dejaste de escribirme —dijo Sara, y dejó el vaso en la mesa.

—Sí, dejé de escribir cuando olvidé cómo eras —contestó él, mirándola—. Y tú también dejaste de escribir —añadió.

—Sí, también —confirmó Sara.

El trombón había cambiado de sitio y ahora gemía lúgubremente bajo la ventana. El fúnebre sonido, como el de un perro que aúlla a la luna con la cabeza echada hacia atrás, llegaba flotando hasta ellos. Sara agitó el tenedor en el aire, siguiendo el compás del trombón.

—Nuestros corazones rebosantes de lágrimas, nuestros labios rebosantes de risa, nos cruzamos en la escalera… —Sara cantaba arrastrando las palabras siguiendo los gemidos del trombón—. Nos cruzamos en la escaleeeeera…

Pero entonces el trombón siguió a ritmo de giga.

—Él camino del dolor y yo camino de la dicha —cantó Sara a ritmo de giga—, él camino de la dicha y yo camino del dolor, nos cruzamos en la escaleeeeeera…

Sara dejó el vaso en la mesa.

—¿Más cordero? —preguntó.

—No, gracias —contestó North mirando aquel fibroso objeto, un tanto desagradable, que todavía sangraba en el plato.

El plato, con una cenefa de hojas de sauce, estaba rayado por arroyuelos de sangre. Sara alargó la mano y tocó el timbre. Lo tocó una vez. Y volvió a tocarlo. No acudió nadie.

—Tus timbres no funcionan —dijo North.

—No, los timbres no suenan —contestó Sara sonriente—, y los grifos no manan.

Golpeó el suelo. Esperaron. No fue nadie. El trombón gemía en la calle.

—Pero me escribiste cierta carta —dijo North mientras esperaban—, una carta de enojo, una carta cruel…

North la miró. Sara había levantado el labio superior como el caballo que se dispone a morder. North también recordaba eso.

—¿Sí? —dijo Sara.

—La noche que regresaste del Strand —le recordó.

Entonces entró la criada con el pudin. Era un pudin muy adornado, casi transparente, de color rosa, con pompones de nata.

—Lo recuerdo —dijo Sara clavando la cuchara en aquella temblorosa gelatina—. ¿Una tranquila noche de otoño, todas las luces encendidas, y la gente pasando por las calles con coronas mortuorias en las manos?

—Sí. —North afirmó con la cabeza—. Eso es.

—Y yo me dije… —Sara hizo una pausa—. ¿Esto es el infierno, estamos condenados?

North afirmó con la cabeza. Sara le sirvió una porción de pudin.

—Y yo —dijo North al coger su plato— me encontraba entre los condenados.

North clavó la cuchara en la temblorosa masa que Sara le había servido.

—Cobarde, hipócrita, con la fusta en la mano y la gorra encasquetada…

North parecía citar una carta que le había escrito Sara. Hizo una pausa. Sara le sonrió.

—¿Y cuál fue la palabra, la palabra que utilicé? —le preguntó como si se esforzara en acordarse.

—Insensato —le recordó North.

Sara afirmó con la cabeza.

—Y me fui al puente —continuó mientras levantaba la cuchara a medio camino de la boca—, y me detuve en uno de esos salientes que no sé cómo se llaman, y me incliné sobre el agua, y miré el agua…

Fijó la vista en el plato.

—Cuando vivías en el otro lado del río —le recordó North.

—Quieta, miré abajo —siguió Sara mirando el vaso que sostenía delante de ella— y pensé: agua que corre, agua que fluye, agua que refleja y retuerce las luces; luz de luna, luz de estrellas…

Bebió y guardó silencio.

—Entonces vino el automóvil —rememoró North.

—Sí, el Rolls-Royce. Se detuvo a la luz del farol, y allí iban sentadas…

—Dos personas —le recordó North.

—Dos personas. Sí. Él fumaba un puro. Era un inglés de clase alta con una gran nariz, vestido de gala. Y ella, sentada a su lado, con una capa adornada con pieles, aprovechó la pausa bajo la luz del farol para levantar la mano —

Sara levantó la mano— y pintar aquel hoyo, su boca.

Sara tragó la cucharada de pudin.

—¿Y la perorata? —la invitó a seguir North.

Sara negó con la cabeza.

Los dos guardaron silencio. North había terminado el pudin. Sacó la pitillera. Salvo un plato de fruta de aspecto un tanto marchito, manzanas y plátanos, al parecer no había más comida.

—De jóvenes éramos muy locos, Sal —dijo North encendiendo el cigarrillo—, y escribíamos parrafadas incendiarias.

—Al alba, mientras los gorriones piaban —dijo acercando la fuente de fruta.

Comenzó a pelar un plátano, como si se quitara un suave guante. North cogió una manzana y la mondó. La espiral de la piel se enroscaba en su plato como la piel de una serpiente, pensó North; y la piel del plátano era como un dedo de guante desgarrado.

Ahora la calle estaba silenciosa. La mujer había dejado de cantar. El que tocaba el trombón se había alejado. La hora de tránsito intenso había pasado, y en la calle no había nadie. North miró a Sara, que ahora se comía el plátano a mordisquitos.

Recordó que Sara, cuando acudía a la fiesta del 4 de junio, en Eton, llevaba la falda mal puesta. Tenía el cuerpo torcido; y él y Peggy se reían de ella. No se había casado, y North se preguntaba por qué. North amontonó los trozos de piel de manzana en su plato.

—¿A qué se dedica ese hombre que manotea? —preguntó bruscamente.

—¿Así? —dijo Sara, y manoteó.

—Sí. —North afirmó con la cabeza.

Sí, se refería a aquel hombre, uno de esos parlanchines extranjeros que tienen una teoría para cada cosa. Sin embargo, a North le había gustado, desprendía cierto aroma; emitía un agradable sonido; su cara flexible y dúctil se movía de una manera divertida; tenía la frente redondeada; buenos ojos; y era calvo.

—¿A qué se dedica? —volvió a preguntar North.

—A hablar del alma —contestó Sara, y sonrió.

Una vez más, North se sintió un extraño: tantas eran las conversaciones que habrían mantenido aquellos dos; tanta la intimidad.

—Del alma —continuó Sara cogiendo un cigarrillo—. Conferencias —añadió, y lo encendió—. Diez chelines y seis peniques por una silla en primera fila. —Expulsó el humo del cigarrillo—. También se puede entrar, en general, por media corona. —Sara expulsó más humo—. Pero no se oye tan bien. Solo pescas la mitad de la lección del maestro —concluyó riendo.

Ahora Sara se burlaba de aquel hombre; le hacía parecer un charlatán. Sin embargo, Peggy había dicho que Sara y aquel extranjero eran íntimos. La imagen del hombre que había conocido en casa de Eleanor cambió ligeramente, como un globo que se aparta de un soplo.

—Pensaba que era amigo tuyo —dijo North.

—¿Nicholas? —dijo—. ¡Le amo!

Los ojos de Sara ciertamente resplandecían. Se fijaron en un salero, con tal expresión de embeleso que North volvió a sentirse desorientado.

—Le amas… —comenzó a decir.

Pero en este instante sonó el teléfono.

—¡Aquí está! —exclamó Sara—. ¡Es él! ¡Es Nicholas!

Había hablado con voz muy irritada.

El teléfono volvió a sonar.

—¡No estoy en casa! —dijo Sara.

El teléfono sonó de nuevo.

—¡No estoy! ¡No estoy! ¡No estoy! —repitió Sara al compás de los timbrazos.

Sara no tenía intención de contestar. North ya no podía aguantar más las cuchilladas de la voz de Sara y del timbre del teléfono. Se acercó al aparato. Hubo un momento de silencio mientras North sostenía el aparato en la mano.

—Dile que no estoy —dijo Sara.

—Diga —respondió North.

Se hizo un silencio. North miró a Sara, que estaba sentada en el borde de la silla, balanceando un pie arriba y abajo. Luego habló una voz.

—Soy North —contestó él—. Estoy cenando con Sara… Sí, se lo diré… —Volvió a mirar a Sara—. Está sentada en el borde de una silla —dijo—, con la cara tiznada, y balancea un pie arriba y abajo.

Eleanor estaba de pie con el teléfono en la mano. Sonrió y, durante un instante, después de colgar el auricular, siguió sonriendo antes de volverse

hacia su sobrina Peggy, que había cenado con ella.

—North está cenando con Sara… —dijo sonriendo al imaginar el pequeño cuadro telefónico compuesto por dos personas, en el otro extremo de Londres, una de ellas sentada en el borde de la silla y con la cara tiznada—. Está cenando con Sara —repitió.

Pero su sobrina no sonrió, pues no había visto el cuadro y además estaba un poco irritada, porque en plena conversación Eleanor se había levantado bruscamente y había dicho:

—Voy a llamar a Sara, para que no se olvide.

—¿Ah, sí? —dijo Peggy, con tono distraído.

Eleanor regresó y se sentó.

—Decíamos… —comenzó.

—Lo ha hecho limpiar —dijo Peggy al mismo tiempo.

Mientras Eleanor hablaba por teléfono, Peggy había estado mirando el retrato de su abuela, que colgaba encima del escritorio.

—Sí —Eleanor miró hacia atrás, por encima del hombro—. Sí ¿Ves la flor caída sobre el césped? —preguntó.

Se volvió de nuevo y contempló el cuadro. La cara, el vestido, el cesto con flores, todo resplandecía suavemente, fundiéndose cada elemento en el otro, como si la pintura fuera una tersa capa de esmalte. Había una flor —una pequeña mota azul— en el césped.

—La suciedad la ocultaba —dijo Eleanor—. Pero no recuerdo haber reparado en ella cuando era niña. A propósito, si necesitas un buen especialista en la limpieza de cuadros…

—Pero ¿se parece a ella? —la interrumpió Peggy.

Alguien le había dicho a Peggy que era igual que su abuela, y ella no quería parecerse a ella. Le gustaría ser morena y de aspecto aquilino, aunque, en realidad, tenía los ojos azules y la cara redonda como su abuela.

—Tengo la dirección guardada no sé dónde —prosiguió Eleanor.

—No se moleste, no se moleste —dijo Peggy irritada por la costumbre que tenía su tía de añadir siempre detalles innecesarios.

Peggy suponía que esa costumbre se debía la edad: los años aflojaban las tuercas y hacían que el aparato de la mente chirriara y traqueteara.

—¿Se parece? —volvió a preguntar.

—Tal como la recuerdo, no —respondió Eleanor mirando otra vez el cuadro—. Quizá cuando yo era niña. Pero no, me parece que ni siquiera en mi niñez. Lo más interesante —continuó— es que aquello que antes se consideraba feo, como, por ejemplo, el cabello pelirrojo, hoy lo consideramos bonito. Por eso, a menudo me pregunto… —Eleanor dio una chupada a su puro, y terminó—: ¿qué es lo bonito?

—Sí —dijo Peggy—, de eso hablábamos.

Efectivamente, cuando a Eleanor se le ocurrió de repente que tenía que llamar a Sara para recordarle la fiesta, estaban hablando de su infancia, de lo mucho que habían cambiado las cosas; a una generación le parecían buenas ciertas cosas y a otra, otras. A Peggy le gustaba hacer hablar a Eleanor de su pasado; aquel pasado le parecía muy tranquilo y seguro.

—¿Cree que hay una norma? —le preguntó deseando que volviera a lo que estaban diciendo.

—Es lo que me pregunto —repuso Eleanor distraídamente; pensaba en otros asuntos—. ¡Qué irritante! —exclamó de repente—. Estaba a punto de decir algo, algo que quería preguntarte. Y entonces he pensado en la fiesta de Delia; después North me hizo reír, al decirme que Sally estaba sentada en el borde de una silla, con la nariz tiznada, y eso me ha hecho olvidarlo. —Eleanor negó con la cabeza—. No sé si has tenido alguna vez la sensación de que cuando estás a punto de decir algo y te interrumpes, lo que ibas a decir se te queda clavado aquí —Eleanor se golpeó la frente—, y bloquea todos los otros pensamientos. Y conste que carecía de importancia —añadió.

Eleanor paseó por la estancia un momento.

—Me rindo, me rindo —dijo negando con la cabeza—. Voy a arreglarme. Entretanto, llama un taxi.

Eleanor se metió en el dormitorio. Poco después se oyó correr el agua.

Peggy encendió otro cigarrillo. Si Eleanor iba a lavarse, lo cual parecía probable a juzgar por el ruido procedente del dormitorio, no era necesario apresurarse en lo del taxi. Echó una ojeada a las cartas que se encontraban en la repisa de la chimenea. En la parte alta de una de ellas había unas señas: «Mon Repos, Wimbledon». Uno de los dentistas de Eleanor, pensó Peggy. Quizá aquel hombre con el que Eleanor iba a buscar ejemplares de plantas en Wimbledon. Un hombre encantador. Eleanor le había hablado de él. «Dice que cada diente es distinto de los demás, que no hay dos dientes iguales. Y, en cuanto a las plantas, lo sabe todo…». Era difícil conseguir que Eleanor siguiera hablando de su infancia.

Peggy cruzó la habitación y cogió el teléfono; dio el número. Hubo una

pausa. Mientras esperaba, se miró las manos, que sostenían el aparato. Eficientes, en forma de concha, abrillantadas pero no pintadas; son una mezcla, pensó Peggy mirándose las uñas, de ciencia y… Pero, en ese instante, una voz dijo:

—Número, por favor.

Y Peggy dio el número.

Volvió a esperar. Mientras estaba sentada donde antes se había sentado Eleanor, vio el cuadro telefónico que esta había visto: a Sally, sentada en el borde de la silla, con la cara tiznada. Qué insensata, pensó con amargura, y un estremecimiento le recorrió un muslo. ¿Por qué sentía aquella amargura? Peggy se enorgullecía de ser sincera —era médico—, y le constaba que aquel estremecimiento significaba amargura. ¿La envidiaba porque era feliz, o quizá sentía el gruñido de una ancestral mojigatería, y desaprobaba esas amistades con hombres que no amaban a las mujeres? Miró el retrato de su abuela, como si le preguntara su opinión. Pero el cuadro había adquirido la inmunidad propia de la obra de arte; la abuela, sentada contemplando las rosas, parecía indiferente a lo que ahora considerábamos el bien o el mal.

—Diga —respondió una voz que le hizo pensar en serrín y un barracón.

Peggy dio las señas, y colgó el auricular justo cuando entraba Eleanor, ataviada con una capa árabe, de un dorado rojizo, y un velo plateado cubriéndole el cabello.

—¿Cree que llegará el día en que veamos a través del teléfono? —dijo Peggy levantándose.

Peggy pensaba que la principal belleza de Eleanor radicaba en su cabello y en sus ojos oscuros matizados de plata, que le daban un bello aspecto de anciana profetisa, de raro pájaro viejo, venerable y divertido al mismo tiempo. En el curso de sus viajes se le había tostado la piel, de modo que su cabello parecía más blanco aún.

—¿Qué dices? —preguntó Eleanor, que no había comprendido la pregunta de Peggy sobre el teléfono.

Peggy no la repitió. Esperaron al taxi junto a la ventana. Estaban la una al lado de la otra, en silencio, mirando el exterior, pues debían llenar un silencio, y el espectáculo que se veía desde la ventana, que por su altura dominaba los tejados, las plazas y los rincones de los jardines traseros hasta la línea azul de las colinas a lo lejos, servía, como si fuera otra voz hablando, para llenar el silencio. El sol se ponía; una nube, arqueada como una pluma roja, reposaba en el azul. Eleanor miró abajo. Resultaba extraño ver a los taxis doblando esquinas, recorriendo esa calle y la otra, y no oír el ruido que hacían. Aquello

era como un mapa de Londres; una parte del mapa que se extendía bajo su vista. El día veraniego se extinguía; se estaban encendiendo las luces, luces rosadas, todavía aisladas, pues el resplandor del ocaso aún se hallaba en el aire. Eleanor señaló el cielo.

—Ahí vi por primera vez un avión, ahí, entre esas chimeneas —dijo.

Había altas chimeneas, chimeneas de fábricas, lejanas; y se veía un gran edificio —¿la catedral de Westminster, quizá?— por encima de los tejados.

—Estaba aquí, mirando —siguió Eleanor—. Seguramente fue poco después de trasladarme a este piso. Recuerdo que era verano, y vi una mancha negra en el cielo, y dije a alguien, me parece que era Miriam Parrish, sí, seguro, era ella, porque vino a ayudarme en el traslado… Y, a propósito, espero que Delia se haya acordado de invitarla…

Sí, advirtió Peggy, era la vejez, que la llevaba de una cosa a la otra.

—Le dijo a Miriam… —le recordó.

—Le dije a Miriam: «¿Es un pájaro? No, me parece que no puede ser un pájaro, es demasiado grande. Pero se mueve». Y de repente se me ocurrió la idea. ¡Es un avión! ¡Y lo era! No sé si sabes que hacía poco que los aviones habían conseguido cruzar el Canal. Estaba pasando unos días contigo en Dorset cuando lo lograron; recuerdo que lo leí en el periódico y que alguien, creo que fue tu padre, dijo: «¡El mundo jamás volverá a ser como era!».

—Bueno… —dijo Peggy, y se echó a reír.

Iba a decir que los aviones no tenían tanta importancia, en parte porque le gustaba socavar la fe de sus mayores en la ciencia, y en parte porque la credulidad de sus mayores la divertía, y también porque Peggy quedaba todos los días impresionada por la ignorancia de los médicos, cuando Eleanor suspiró.

—Oh, Dios… —dijo en un murmullo.

Y se alejó de la ventana.

De nuevo la vejez, pensó Peggy. Una ráfaga había abierto alguna puerta, una de las millones de puertas que había habido en los setenta y tantos años de Eleanor; y por la puerta entró un pensamiento doloroso; lo cual Eleanor ocultó al instante —se había acercado al escritorio y toqueteaba los papeles—, con la humilde generosidad, la dolorosa humildad de los viejos.

—¿Qué le pasa, Nell…? —empezó Peggy.

—Nada, nada —respondió Eleanor.

Había visto el cielo; y el cielo estaba sembrado de imágenes que había

contemplado muy a menudo; y cualquiera de ellas podía destacar entre todas las demás cuando miraba el cielo. Ahora, como había hablado con North, el cielo evocó la guerra; le hizo recordar que ella había estado una noche junto a aquella ventana contemplando los focos antiaéreos. Había llegado a casa después de un ataque; había cenado en Westminster, con Renny y Maggie; habían tenido que bajar a la bodega; y Nicholas, a quien Eleanor conoció aquella noche, dijo que la guerra carecía de importancia. «Somos niños jugando con fuegos artificiales en el jardín trasero…», era la frase de Nicholas que Eleanor recordaba; y recordaba que, sentados alrededor de una caja de madera, habían brindado por un mundo nuevo. «¡Un nuevo mundo, un nuevo mundo!», había gritado Sally, golpeando la caja con la cuchara como si fuera un tambor.

Eleanor se volvió hacia el escritorio, rasgó una carta y la arrojó a la papelera.

—Sí —dijo mientras revolvía los papeles, como si buscase algo—, no sé nada de aviones, y jamás he subido a uno; y, en cuanto a los automóviles, te digo que podría prescindir de ellos. Poco faltó para que me atropellara uno, ¿no te lo he contado? Fue en Brompton Road. Por mi culpa, yo estaba mirando… Y la radio es una lata; los vecinos de abajo la ponen después de desayunar; pero, por otra parte, el agua caliente, la luz eléctrica; y esos nuevos… —Hizo una pausa—. ¡Aquí está! —exclamó, y golpeó con la mano el papel que había estado buscando—. Si esta noche encontramos a Edward, hazme recordar que… Haré un nudo en el pañuelo… —Abrió el bolso, sacó un pañuelo de seda y procedió solemnemente a hacer un nudo con él—. Hazme recordar que debo preguntarle por el chico de Runcorn.

Sonó el timbre.

—El taxi —dijo Eleanor.

Miró a su alrededor para comprobar que no olvidaba nada. De repente se quedó paralizada. Le había llamado la atención el periódico vespertino que yacía en el suelo, con su gran titular y la borrosa fotografía. Lo cogió.

—¡Qué cara! —exclamó mientras aplanaba el periódico sobre la mesa.

Por lo que Peggy podía ver, a pesar de que era corta de vista, se trataba de la habitual fotografía borrosa de los periódicos vespertinos, se veía a un hombre gordo gesticulando.

—¡Maldito bruto! —gritó bruscamente Eleanor.

Rasgó el papel con un solo movimiento de la mano y lo arrojó al suelo. Peggy se sobresaltó. Un leve escalofrío le recorrió la piel cuando el periódico se rasgó. La palabra «maldito» en labios de su tía la había escandalizado.

Inmediatamente lo ocurrido la divirtió; pero, a pesar de todo, se había alarmado. Cuando Eleanor, que era tan reservada en el uso del inglés, decía «maldito» y luego «bruto», quería decir mucho más de lo que Peggy y sus amigos decían con las palabras que empleaban. Y el gesto de rasgar el periódico… Qué grupo tan extraño forman, pensó Peggy mientras bajaba la escalera detrás de Eleanor. La capa de tono dorado rojizo de su tía saltaba de peldaño en peldaño. Peggy también había visto a su padre estrujar el Times y quedarse sentado, temblando de rabia, porque alguien había dicho algo en el periódico. ¡Qué extraño!

¡Y cómo lo había rasgado!, pensó Peggy medio riendo, y trazó con la mano el mismo ademán que había trazado Eleanor. Su figura todavía parecía rígida por la indignación. Sería sencillo, pensó, sería satisfactorio, pensó siguiendo a Eleanor en su descenso, tramo tras tramo de peldaños de piedra, ser así. La estrecha cenefa de la capa de Eleanor golpeaba los peldaños. Bajaban notablemente despacio.

«Fíjese en mi tía —se dijo Peggy, comenzando a adaptar la escena presente a una discusión que había sostenido con un hombre en el hospital—, fíjese en mi tía, que vive sola, en una especie de piso para obreros, en lo alto de seis tramos de escaleras». Pero Eleanor se detuvo.

—Oye —le dijo—, ¿será posible que haya dejado la carta arriba? ¿La carta de Runcorn, referente al chico, que quiero mostrarle a Edward? —Abrió el bolso—. No. Aquí está.

La carta estaba en el bolso. Siguieron bajando la escalera.

Eleanor dio las señas al taxista y se dejó caer con una sacudida en un rincón del taxi. Peggy la miró con el rabillo del ojo.

Había sido la fuerza que Eleanor puso en sus palabras lo que impresionó a Peggy, no las palabras en sí mismas. Parecía que todavía creyese apasionadamente —ella, la vieja Eleanor— en las cosas que el hombre había destruido. Una generación maravillosa, pensó Peggy, mientras iban en el automóvil. Creyentes…

—Es que —Eleanor interrumpió sus pensamientos, como si quisiera explicar sus propias palabras— esto significa el fin de todo aquello que nos importaba.

—¿La libertad? —preguntó Peggy, dudosa.

—Sí. La libertad y la justicia.

El taxi avanzaba por las callecitas decentemente respetables, en las que cada casa tenía su balconcillo, su jardincito y nombre propio. Mientras el coche entraba en la gran arteria, la escena del piso se formó por sí misma en la

mente de Peggy, tal como la hubiera contado al hombre del hospital. Peggy decía: «De repente perdió los estribos, cogió el periódico y lo rasgó, sí, eso hizo mi tía, que tiene más de setenta años». Peggy echó una ojeada a Eleanor para comprobar los detalles.

—Vivíamos aquí —la interrumpió su tía.

Con la mano señaló una larga calle constelada de farolas que se abría a la izquierda. Peggy miró, y apenas pudo vislumbrar la imponente, larga y recta avenida, con su sucesión de pálidas columnas y breves escalinatas. La repetición de las columnas y la simetría de la arquitectura tenían incluso una pálida y pomposa belleza, al multiplicarse una columna estucada tras otra a lo largo de la calle.

—Abercorn Terrace —dijo Eleanor—. El buzón —murmuró al pasar por delante.

¿Por qué se habrá fijado en el buzón?, se preguntó Peggy. Se había abierto otra puerta. La vejez forzosamente ha de tener infinitas avenidas, que se alejan y se alejan hasta sumirse en tinieblas, suponía Peggy, y ahora se abría una puerta, y luego otra.

—¿Verdad que la gente…? —comenzó a decir Eleanor.

Y se calló. Como de costumbre, había comenzado la frase por el punto equivocado.

—¿Sí? ¿Qué? —preguntó Peggy.

Aquella incoherencia le molestaba.

—Iba a decir que el buzón de correos me ha hecho pensar… —volvió a comenzar Eleanor.

Pero se calló y rió. Renunció a explicar las razones del orden en que los pensamientos acudían a su mente. Había un orden, sin duda alguna; pero costaba tanto tiempo descubrirlo, y Eleanor sabía que el vagar de aquí para allá de su pensamiento enojaba a Peggy, ya que la mente de los jóvenes es muy rápida.

—Ahí solíamos cenar tu padre y yo —dijo de repente señalando con la cabeza una casa grande, en la esquina de una plaza—. El hombre con quien estudiaba. ¿Cómo se llamaba? Llegó a juez… Solíamos cenar ahí, los tres. Morris, mi padre y yo… En aquellos tiempos ofrecían grandes recepciones. Siempre con juristas. Y aquel hombre coleccionaba muebles viejos de roble… Casi todos falsificados —añadió riendo.

—Solían cenar… —comenzó a decir Peggy.

Deseaba que Eleanor regresara al pasado. Era tan interesante; tan seguro;

tan irreal aquel pasado de los años ochenta, y, para Peggy, tan hermoso en su irrealidad…

—Hábleme de su juventud —comenzó a decir.

—Vuestras vidas son mucho más interesantes de lo que lo fueron las nuestras —respondió Eleanor.

Peggy no dijo nada. Avanzaban por una calle muy iluminada y concurrida; aquí manchada de color rubí por las luces de los cines; allí manchada de amarillo por los alegres escaparates con vestidos de verano, pues las tiendas, si bien cerradas, estaban aún iluminadas, y los viandantes todavía contemplaban los vestidos, las bandadas de sombreros en lo alto de palos cortos, las joyas.

Cuando mi tía Delia viene a la ciudad, se dijo Peggy continuando aquella historia de Eleanor que estaba contando a su amigo del hospital, dice: «Tenemos que hacer una fiesta». Y todos se juntan. Les gusta. En cuanto a Peggy, odiaba las fiestas. Prefería quedarse en casa o ir al cine. Es el sentido familiar, añadió Peggy observando a Eleanor, como si quisiera percibir otro detalle para añadirlo al retrato de una solterona victoriana. Eleanor miraba por la ventanilla. Se volvió.

—¿Y qué tal fue el experimento con el conejillo de Indias? —preguntó.

Peggy se quedó perpleja. Luego se acordó y se lo contó a Eleanor.

—Comprendo. A fin de cuentas, no demostró nada. Y tenéis que volver a empezar. Es muy interesante. Y ahora cuéntame…

Había otro problema que intrigaba a Eleanor.

Las cosas que desea que le expliquen, dijo Peggy a su amigo del hospital, son o bien tan sencillas como dos y dos son cuatro, o bien tan difíciles que no hay nadie en el mundo capaz de explicarlas. Y si le preguntas cuántos son ocho por ocho —Peggy dirigió una sonrisa al perfil de su tía recortado contra la ventanilla—, se golpea la frente y dice… Pero, una vez más, Eleanor la interrumpió.

—Te agradezco mucho que hayas venido —le dijo dándole una palmadita en la rodilla.

(¿Pero es que le di a entender que odiaba tener que ir?, pensó Peggy).

—Es una manera de ver a gente —prosiguió Eleanor—. Y ahora que ya comenzamos a ser mayores (no tú, nosotros), a nadie le gusta perderse esas oportunidades.

Siguieron adelante. ¿Y cómo interpretar eso correctamente?, se preguntó Peggy en un intento de añadir otra pincelada al retrato. ¿Era «sentimentalismo»? O, al contrario, ¿era bueno experimentar esos

sentimientos… natural… justo? Peggy negó con la cabeza. No sirvo para retratar a las personas, le dijo a su amigo del hospital. Las personas son muy difíciles… Eleanor no es tal como he dicho, en absoluto, continuó Peggy dando un leve manotazo al aire, como si quisiera borrar un perfil erróneamente trazado. Y mientras lo hacía su amigo del hospital desapareció.

Estaba a solas con Eleanor en el taxi. Y pasaban por delante de casas. ¿Dónde comienza Eleanor y dónde termino yo?, pensó Peggy. Siguieron adelante. Eran dos seres vivos que cruzaban Londres en taxi; dos chispas de vida contenidas en cuerpos separados; y esas chispas de vida encerradas en cuerpos separados estaban, en esos momentos, pasando en automóvil por delante de un cine. Pero ¿qué es este momento; qué somos nosotros? El problema era demasiado difícil de resolver. Peggy suspiró.

—Eres tan joven que no puedes experimentarlo —dijo Eleanor.

—¿Experimentar qué? —preguntó Peggy con un ligero sobresalto.

—Eso de ir a reuniones. De no perder la oportunidad de ver a la gente.

—¿Joven? —dijo Peggy—. Jamás llegaré a ser tan joven como usted. —Dio unas palmaditas en la rodilla de su tía—. Divirtiéndose en la India… —Rió.

—Oh, la India… Ahora la India no es nada —replicó Eleanor—. Viajar es muy fácil. Basta con comprar el billete, subir al barco… Lo que quiero ver, y no quiero morirme sin haberlo visto, es algo diferente… —Agitó la mano hacia la ventanilla del taxi. Pasaban ante unos edificios públicos; unas oficinas —. Quiero ver otra clase de civilización. El Tíbet, por ejemplo. He leído un libro escrito por… ¿cómo se llama?

Eleanor hizo una pausa, distraída por el espectáculo de la calle.

—¿Verdad que la gente lleva vestidos bonitos actualmente? —comentó señalando a una muchacha rubia acompañada por un hombre joven vestido de etiqueta.

—Sí —contestó Peggy distraídamente, mirando la cara pintada y el echarpe de vivos colores; el chaleco blanco y el bien peinado cabello.

Todo distrae a Eleanor, todo le interesa, pensó.

—¿Vivían ustedes reprimidos cuando eran jóvenes? —dijo recordando vagamente una escena de su infancia; a su abuelo con relucientes muñones en lugar de dedos; y una sala de estar alargada y oscura.

Eleanor la miró. Estaba sorprendida.

—¿Reprimidos? —repitió.

Pensaba tan poco en sí misma que la pregunta la había sorprendido.

—Oh, comprendo, comprendo lo que quieres decir —añadió al cabo de un instante.

Un cuadro, otro cuadro, había surgido a la superficie. Allí estaba Delia, de pie en medio de la estancia; oh, Dios mío, oh, Dios mío, decía Delia; un coche de alquiler se había detenido ante la casa contigua; y Eleanor observaba cómo Morris —¿era Morris?— se alejaba por la calle para echar una carta al buzón… Eleanor guardó silencio. No quiero regresar al pasado, pensaba. Quiero el presente.

—¿Adónde nos lleva? —dijo Eleanor mirando a la calle.

Habían llegado a la zona oficial de Londres, a la zona iluminada. La luz caía sobre las anchas aceras, sobre blancos y brillantemente alumbrados edificios oficiales, sobre una pálida iglesia de aspecto escarchado. Los anuncios aparecían y desaparecían. Había una botella de cerveza; vertía cerveza; paraba; volvía a verter. Habían llegado a la zona de los teatros, con la chillona agitación de siempre. Hombres y mujeres vestidos de gala pasaban por el centro de la calzada. Los taxis se detenían y volvían a arrancar. Y el que llevaba a Eleanor y a Peggy también tuvo que detenerse. Se paró en seco junto a una estatua; las luces resplandecían sobre su cadavérica palidez.

—Siempre la asocio con un anuncio de paños higiénicos —dijo Peggy contemplando la figura de una mujer con uniforme de enfermera y la mano levantada.

Eleanor quedó escandalizada unos instantes. Le pareció que un cuchillo le cortaba la piel, y le dejaba una oleada de sensaciones desagradables; pero al cabo de un momento se dio cuenta de que el cuchillo no había tocado nada sólido en su cuerpo. Ha dicho eso porque Charles, su hermano, un muchacho agradable y aburrido, murió en la guerra, pensó Eleanor al percatarse de la amargura que había en la voz de Peggy.

—Es lo único hermoso que se dijo durante la guerra —comentó Eleanor al leer las palabras inscritas en el pedestal.

—Pues fue muy poco —observó Peggy secamente.

El taxi seguía clavado en el mismo sitio.

La detención parecía tenerlas presas bajo la luz de un pensamiento que las dos deseaban apartar de la mente.

—¿Verdad que la gente lleva vestidos bonitos actualmente? —dijo Eleanor señalando a otra muchacha rubia con una larga capa reluciente y a otro hombre joven vestido de etiqueta.

—Sí —repuso Peggy con sequedad.

¿Por qué no se divierte más esta chica?, se dijo Eleanor. La muerte del hermano de Peggy había sido muy triste, pero Eleanor siempre había estimado que North era, con mucho, el más interesante de los dos. El taxi avanzó entre el tránsito y se adentró en una calle lateral. Ahora se detuvo ante una luz roja.

—Me gusta que North haya regresado —dijo Eleanor.

—Sí, también a mí —contestó Peggy—. Dice que no hablamos más que de dinero y de política —añadió.

Peggy hace reproches a North porque no le mataron; pero con esto se equivoca, pensó Eleanor.

—¿De verdad? —preguntó—. Pero en ese caso…

Un cartelón de anuncio de un periódico, con grandes letras negras, pareció terminar la frase iniciada por Eleanor. Se acercaban a la plaza donde vivía Delia. Eleanor comenzó a preparar el bolso. Echó una ojeada al taxímetro, comprobando que el precio había subido notablemente. El taxista había seguido el trayecto más largo.

—A su tiempo, llegará a destino —dijo Eleanor.

Se deslizaban despacio alrededor de la plaza. Eleanor esperó pacientemente, con el bolso en la mano. Vio una franja de cielo negro entre los tejados. El sol se había puesto. Durante unos instantes el cielo pareció el tranquilo cielo que cubre los campos y los bosques.

—Tendremos que girar en la otra dirección, y eso es todo —dijo Eleanor —. No soy impaciente —añadió cuando el taxi giró—. Se debe a haber viajado. Cuando una se ve obligada a mezclarse con toda clase de gente en los barcos, o en esos hoteles pobres donde hay que alojarse, junto a un camino sin asfaltar…

El taxi rodaba despacio, buscando, pasando ante una casa tras otra.

—Deberías ir allá, Peggy —dijo Eleanor—, deberías viajar; los nativos son muy bellos; van medio desnudos; y navegar río abajo a la luz de la luna. Es esta casa.

Eleanor golpeó el vidrio que les separaba del taxista y el taxi aminoró su velocidad.

—¿Qué decía? No soy impaciente, no, porque la gente es muy amable, muy buena, en el fondo… Por eso, si la gente normal, la gente normal como nosotros…

El taxi se detuvo ante una casa con las ventanas iluminadas. Peggy se

inclinó hacia delante y abrió la puerta. Saltó a la calle y pagó al taxista. Eleanor salió con dificultad después de Peggy.

—No, no, Peggy, no… —comenzó a decir.

—Lo he llamado yo —protestó Peggy.

—Pero insisto en pagar mi parte —dijo Eleanor abriendo el bolso.

—Era Eleanor —dijo North.

Dejó el teléfono y se volvió hacia Sara, que todavía balanceaba el pie arriba y abajo.

—Me ha encargado que te dijera que fueras a la fiesta de Delia —dijo.

—¿A la fiesta de Delia? ¿Y por qué? —preguntó Sara.

—Porque son viejos y quieren que vayas —repuso North, de pie junto a Sara.

—La vieja Eleanor, la viajera Eleanor, Eleanor la de la loca mirada… —musitó Sara—: ¿Iré, no iré, iré, no iré? —tararareó mirando a North—. No —dijo poniendo los pies en el suelo—, no iré.

—Debes ir —dijo North irritado por el comportamiento de Sara; la voz de Eleanor aún sonaba en sus oídos.

—¿De verdad debo ir? —dijo sirviendo el café—. En ese caso —continuó mientras entregaba una taza a North y al mismo tiempo cogía un libro—, lee hasta que nos vayamos.

Sara se volvió a sentar enroscada, con la taza de café en la mano.

Ciertamente, todavía era pronto. Pero por qué, se preguntó North mientras abría de nuevo el libro y pasaba páginas, se resiste a ir. ¿Tiene miedo?, pensó. Miró a Sara aovillada en el sillón. Llevaba un vestido viejo. North volvió a fijar la vista en el libro, aunque apenas vio las letras. Sara no había encendido la luz.

—Sin luz no puedo leer —dijo.

Había oscurecido muy pronto en la calle, porque las casas estaban muy cerca unas de otras. Pasó un automóvil, y una luz se deslizó por el techo.

—¿Quieres que encienda la luz? —preguntó Sara.

—No —contestó North—. Procuraré recordar algo.

Y North comenzó a recitar en voz alta el único poema que sabía de memoria. En la penumbra las palabras tenían un sonido extremadamente bello, pensó North, quizá debido a que no se veían el uno al otro.

Al terminar la estrofa, North guardó silencio.

—Sigue —le dijo Sara.

North volvió a comenzar. En el cuarto las palabras parecían presencias reales, sólidas e independientes; aunque Sara escuchaba, las palabras quedaban alteradas por su contacto con ella. Pero North, al terminar la segunda estrofa,

Cuán grosera es la sociedad

ante esta deliciosa soledad,

oyó un ruido. ¿Había sonado dentro o fuera del poema?, se preguntó. Dentro, pensó, y decidió proseguir; pero entonces Sara levantó la mano. North se calló. Oyó unos pasos pesados junto a la puerta. ¿Iba a entrar alguien? Sara tenía la vista fija en la puerta.

—El judío —murmuró.

—¿El judío? —preguntó North.

Escucharon. Ahora North podía distinguir los ruidos. Alguien estaba abriendo grifos; alguien se estaba bañando en la habitación de enfrente.

—El judío está tomando un baño —dijo Sara.

—¿El judío está tomando un baño? —repitió North.

—Y mañana habrá una raya de grasa alrededor de la bañera —dijo ella.

—¡Maldito judío! —exclamó North.

La imagen de una línea de grasa procedente del cuerpo de un desconocido en la bañera del cuarto contiguo le asqueaba.

—Sigue —pidió Sara, y repitió los dos últimos versos—: «Cuán grosera es la sociedad, ante esta deliciosa soledad».

—No —replicó North.

Escucharon el ruido del agua. El hombre tosía y se aclaraba la garganta, mientras se bañaba.

—¿Y quién es ese judío? —quiso saber North.

—Abrahamson, traficante de sebo —contestó Sara.

Escucharon.

—Se va a casar con una linda muchacha que trabaja en una sastrería —añadió.

A través de los delgados tabiques oían los sonidos muy claramente.

Resoplaba mientras se frotaba con la esponja.

—Y deja pelos en la bañera —concluyó Sara.

North sintió que un estremecimiento recorría su cuerpo. Los pelos en la comida, los pelos en recipientes, los pelos ajenos le ponían enfermo.

—¿Compartís el mismo cuarto de baño? —preguntó.

Sara afirmó con la cabeza.

North exclamó algo parecido a «puaj».

—Puaj, eso es lo que dije —dijo Sara riendo—, puaj, cuando entré en el cuarto de baño una fría mañana de invierno. —Agitó la mano—: Puaj, puaj…

Guardó silencio.

—¿Y qué pasó? —preguntó North.

—Después —continuó Sara tras tomar un sorbo de café—, regresé a la sala de estar. Y el desayuno estaba ya servido. Huevos fritos y una tostada. Lydia con la blusa sesgada y el cabello suelto. Los parados cantando himnos debajo de la ventana. Y yo me dije… —agitó la mano—: «Sucia ciudad, ciudad sin fe, ciudad de peces muertos y de gastadas sartenes», pensando en las orillas del río cuando baja la marea —explicó.

—Sigue. —North asintió con la cabeza.

—Así que me puse el sombrero y el abrigo, y salí de casa corriendo, furiosa —prosiguió—. Me fui a un puente y allí me dije: «¿Soy un hierbajo arrastrado de aquí para allá por la marea que sube dos veces al día sin sentido?».

—¿Sí? —la invitó North a continuar.

—Y pasaba gente; los que se contonean; los que van de puntillas; los bobalicones; los que tienen ojos de hurón; los tocados con sombrero hongo, el innúmero y servil ejército de obreros. Y me dije: «¿Debo unirme a vuestra conspiración? ¿Manchar mi mano, la mano sin mancha…?».

North veía brillar la mano de Sara mientras esta la agitaba en la penumbra de la sala de estar.

—«¿Y seguir afirmando, y servir a un amo; solo por culpa de un judío en mi bañera, solo por culpa de un judío?».

Sara irguió la espalda y rió, excitada por su propia voz, que sonaba a ritmo de trote corto.

—Sigue, sigue —dijo North.

—Pero yo tenía un talismán, una brillante piedra preciosa, una luminosa esmeralda. —Sara cogió un sobre que había en el suelo—. Una carta de presentación. Y dije al correveidile con pantalones del color de la flor del melocotón: «Permítame entrar, oh, señor», y ese hombre me guió a lo largo de corredores purpúreos por todos lados, hasta llegar a una puerta, una puerta de caoba, y llamó; y una voz dijo: «Adelante». ¿Y qué encontré allí? —Hizo una pausa—. A un hombre fornido y con las mejillas rojas —siguió—. Sobre su mesa, tres orquídeas en un jarrón. Que te puso en la mano, pensé, mientras el automóvil aplastaba la grava al partir tu esposa. Y en la pared, sobre el hogar, el retrato de siempre…

—¡Alto ahí! —la interrumpió North—. Has llegado a una oficina. —Golpeó la mesa—. Estás entregando una carta de presentación, ahora bien, ¿a quién?

—¡Oh! ¿A quién? —rió Sara—. Al hombre con los pantalones de raya diplomática. «Conocí a su padre en Oxford», me dijo mientras jugueteaba con un secante, adornado en un extremo con una carretilla. Pero qué es lo que a usted le parece imposible, le pregunté, mirando al hombre de caoba, totalmente afeitado, con las orejas sonrosadas, alimentado con cordero…

—O sea, el hombre de la oficina del periódico —quiso comprobar North—, que conocía a tu padre. ¿Y qué más?

—Se oía un murmullo y un chirrido. Las grandes máquinas rodaban; entraban muchachitos con largas hojas; hojas negras; manchadas; húmedas de tinta de imprenta. «Discúlpeme un momento», me dijo, e hizo una nota al margen. «Pero el judío está en mi bañera», dije. El judío…, el judío…

Sara se calló bruscamente y vació el vaso.

Sí, pensó North, esa es la voz; esa es la actitud; y el reflejo en la cara de los demás; pero hay algo verdadero…, quizá en el silencio. Sin embargo, no había silencio. Podían oír al judío haciendo ruidos sordos en el cuarto de baño; parecía saltar, ahora sobre un pie, ahora sobre el otro, mientras se secaba. Entonces abrió la puerta y le oyeron subir la escalera. La tubería comenzó a emitir huecos sonidos de gárgaras.

—¿Qué hay de verdad en lo que me has contado? —le preguntó North a Sara.

Pero ella se había sumido en el silencio. North suponía que las palabras verdaderas —las verdaderas palabras se juntaban flotando y formaban una frase en la mente de North— significaban que Sara era pobre; que tenía que trabajar para vivir; pero la excitación con que había hablado, debida quizá al vino, había creado otra persona; otra semblanza que era preciso incorporar para formar un todo.

Ahora había silencio en la casa, solo roto por el sonido del agua de la bañera yéndose por el desagüe. Una forma acuática fluctuaba en el techo. Las farolas de la calle, cuyas llamas subían y bajaban levemente, daban a las casas de enfrente un curioso matiz rojo pálido. El rugido del día se había extinguido; no traqueteaban carros en la calle. Los vendedores de hortalizas, los organilleros, la mujer que practicaba escalas, el hombre que tocaba el trombón, todos se habían alejado con sus carretillas, habían cerrado los postigos y habían bajado la tapa de sus pianos. Tan grande era el silencio que North, por un instante, creyó encontrarse en África, sentado en el porche a la luz de la luna.

—Acuérdate de la fiesta —dijo. Se levantó y tiró el cigarrillo. Se desperezó y miró el reloj—. Es hora de ir allí —avisó—. Anda, ve a arreglarte —le pidió.

Porque si asistes a una fiesta, pensó North, es absurdo llegar cuando los demás se van. Y la fiesta había empezado ya, sin duda.

—¿Qué decía, Nell? ¿Qué decía? —preguntó Peggy para distraer a Eleanor y evitar que le pagara su parte del viaje en taxi, mientras se hallaban ya ante la puerta de la casa—. La gente normal, la gente normal, ¿qué debiera hacer?

Eleanor, que aún andaba buscando en su bolso, no contestó.

—No puedo permitirlo —dijo—. Toma, toma…

Pero Peggy apartó de sí la mano de Eleanor, y las monedas cayeron al suelo. Las dos se inclinaron al mismo tiempo y sus cabezas chocaron.

—No te molestes —dijo Eleanor mientras una moneda se alejaba rodando —, la culpa es mía.

La doncella mantenía la puerta abierta.

—¿Dónde dejamos las capas? —le preguntó Eleanor—. ¿Aquí?

Pasaron a un cuarto de la planta baja que, si bien era un despacho, había sido dispuesto para que sirviera de guardarropía. Sobre la mesa había un espejo, y delante del espejo había bandejas con horquillas, peines y cepillos. Eleanor se puso ante el espejo y se echó una rápida ojeada.

—¡Parezco una gitana! —dijo, y se pasó un peine por el pelo—. Con tanto sol he quedado como una negra.

Después cedió el sitio a Peggy y esperó.

—Me pregunto si este es el cuarto… —dijo Eleanor.

—¿Qué cuarto? —preguntó Peggy ensimismada, pues estaba concentrada en su cara.

—El cuarto donde nos reuníamos.

Eleanor miró a su alrededor. Al parecer, el cuarto aún se utilizaba como despacho o estudio; pero ahora en las paredes había placas de agentes de la propiedad inmobiliaria.

—No sé si Kitty vendrá —musitó Eleanor.

Peggy, fija la vista en el espejo, no contestó.

—Ahora Kitty rara vez viene al centro. Solo en ocasiones como bodas y bautizos —prosiguió Eleanor.

Peggy trazaba una línea alrededor de sus labios con un tubo de algo.

—Y de repente conoces a un hombre joven de dos metros de altura, y te das cuenta de que es el hijo menor —decía Eleanor.

Peggy seguía absorta en su rostro.

—¿Y tienes que hacer esto siempre que te dispones a ver a gente? —le preguntó Eleanor.

—Si no lo hiciera, daría miedo —contestó Peggy.

A Peggy le parecía que la tirantez de la piel alrededor de sus labios y de sus ojos era visible. Jamás se había sentido de un humor menos propicio para asistir a una fiesta.

—¡Oh, qué amable! —exclamó Eleanor.

La doncella le había entregado una moneda de seis peniques.

—Y, ahora, Peggy —dijo ofreciéndole la moneda—, deja que pague mi parte.

—No sea tonta —repuso Peggy apartándole la mano.

—La idea de coger un taxi fue mía —insistió Eleanor. Peggy se encaminó hacia la puerta—. Porque no me gusta ir a las fiestas ahorrando dinero —continuó, siguiendo a Peggy con la moneda en la mano—. ¿Recuerdas a tu abuelo? Siempre decía: «No dejes que una buena embarcación se estropee por ahorrarte un bote de alquitrán». Cuando iba de compras con él —prosiguió mientras empezaban a subir la escalera—, siempre decía: «Enséñeme lo mejor que tenga».

—Sí, lo recuerdo —afirmó Peggy.

—¿De verdad? —preguntó Eleanor. A Eleanor le gustaba que recordaran a su padre—. Parece que han alquilado habitaciones —añadió mientras seguían subiendo.

Había puertas abiertas.

—Aquí tiene despacho un abogado —observó mirando unos cajetines para documentos jurídicos, con nombres pintados en blanco—. Sí, ahora comprendo lo de la pintura, lo del maquillaje —continuó volviéndose hacia su sobrina—. Estás más bonita. Como iluminada. Me gusta que las mujeres jóvenes se pinten. Pero no me gustaría pintarme. Me sentiría embadurnada. ¿Se dice así, es correcta la palabra? ¿Y qué voy a hacer con los seis peniques, si tú no los aceptas? Hubiera debido dejarlos abajo, en el bolso.

Subieron más y más.

—Supongo que han abierto estas habitaciones —continuó Eleanor cuando llegaron al inicio de una larga alfombra roja— por si se junta demasiada gente en esa sala tan pequeña de Delia. La fiesta apenas ha comenzado. Hemos llegado demasiado pronto. Todos están arriba. Les oigo hablar. Vamos. ¿Entro yo primero?

Se oía murmullo de voces detrás de una puerta. Una doncella se puso delante de las dos.

—La señorita Pargiter —dijo Eleanor.

—¡La señorita Pargiter! —gritó la doncella abriendo la puerta.

—Anda, ve a arreglarte —dijo North.

Cruzó el cuarto y buscó a tientas el interruptor. Lo tocó, y la luz situada en el centro del cuarto se encendió. Faltaba la pantalla, que había sido sustituida por un papel verdoso retorcido alrededor de la bombilla, en forma de cono.

—Anda, ve a arreglarte —repitió North.

Sara no contestó. Había cogido un libro y fingía leerlo.

—Ha matado al rey —dijo—. ¿Qué hará a continuación?

Cerró el libro, dejando un dedo entre las páginas, y miró a North, lo cual, según le constaba a este, era un recurso para demorar el momento de comenzar a actuar. North tampoco deseaba ir a la fiesta. De todas maneras, si Eleanor quería que fuesen… North dudó y miró el reloj.

—¿Qué hará a continuación? —repitió Sara.

—Algo teatral —repuso North escuetamente—. Algo que contraste —continuó recordando algo que había leído—. Es la única forma de continuidad —añadió, a la ventura.

—Bueno, a ver, sigue leyendo —dijo Sara entregándole el libro.

North lo abrió al azar.

—El escenario de la acción es una isla rocosa en medio del mar —describió.

Hizo una pausa. Siempre, antes de proseguir la lectura, tenía que imaginarse la escena; dejar aquello al fondo; dejarla bien asentada; traer esto al primer término. Una isla rocosa en medio del mar, se dijo, en ella había lagos verdes, matas de hierba plateada, arena, y a lo lejos la suave imagen de las olas rompiendo. North abrió la boca para leer. Entonces oyó un ruido a su espalda; notó una presencia, ¿en lo que leía o en el cuarto? Levantó la vista.

—¡Maggie! —exclamó Sara.

Allí estaba Maggie, en el marco de la puerta abierta, vestida de noche.

—¿Dormíais? —dijo Maggie entrando en el piso—. Hemos estado llamando y llamando.

Les sonreía, divertida, como si hubiera despertado a dos seres dormidos.

—¿Se puede saber por qué te tomas la molestia de tener timbre, si está siempre estropeado? —preguntó un hombre que estaba detrás de Maggie.

North se levantó. Al principio, apenas les reconoció. La visión superficial era extraña, superpuesta al recuerdo que tenía de ellos, tal como les había visto años atrás.

—Los timbres no suenan y de los grifos no mana agua —dijo con torpeza—. O no deja de manar —añadió, pues el agua del baño seguía borboteando en la tubería.

—Afortunadamente, la puerta estaba abierta —dijo Maggie.

Se acercó a la mesa, con la vista fija en los trozos de piel de manzana y en el plato de fruta mustia. Cierta clase de belleza, pensó North, se marchita; y otra, North miró a Maggie, aumenta con la edad. Maggie tenía el cabello gris; sus hijos serían ya mayores, supuso North. Pero ¿por qué razón las mujeres oprimen los labios cuando se miran al espejo?, se preguntó. Maggie se estaba mirando al espejo. Y oprimía los labios. Luego cruzó la estancia y se sentó en el sillón junto a la lumbre.

—¿Y por qué ha llorado Renny? —preguntó Sara.

North le miró. Tenía manchas de humedad a uno y otro lado de su gran nariz.

—Porque hemos visto una obra de teatro muy mala —dijo Renny—, y me gustaría beber algo —añadió.

Sara se acercó a una alacena y comenzó a hacer tintinear los vasos.

—¿Leíais? —preguntó Renny mirando el libro, que había caído al suelo.

—Estábamos en una isla rocosa, en medio del mar —contestó Sara mientras dejaba los vasos sobre la mesa.

Renny empezó a servir whisky.

Ahora lo recuerdo, pensó North. La última vez que lo había visto fue antes de ir a la guerra. Fue en una casita, en Westminster. Se sentaron ante la lumbre. Y un niño jugó con un caballo pinto. Y North había envidiado la felicidad de aquella gente. Y hablaron de ciencia. Renny había dicho: «Les ayudo a fabricar balas», y una máscara había cubierto la cara de Renny. Un hombre que hacía balas; un hombre que amaba la paz; un científico; un hombre que lloraba…

—¡Basta! —gritó Renny—. ¡Basta!

Sara había derramado el agua de soda en la mesa.

—¿Cuándo regresaste? —preguntó Renny cogiendo su vaso y mirando a North con los ojos todavía húmedos de lágrimas.

—Hace una semana, más o menos —respondió él.

—¿Vendiste la granja? —dijo Renny.

Renny se sentó con el vaso en la mano.

—Sí, la vendí —contestó North—. Pero todavía no sé si me quedaré o regresaré —añadió, cogiendo su vaso y levantándolo hasta la altura de los labios.

—¿Dónde estaba tu granja? —preguntó Renny inclinándose hacia North.

Y hablaron de África.

Maggie les miraba mientras bebían y hablaban. El retorcido cono de papel que cubría la luz eléctrica tenía manchas extrañas. La luz moteada daba un tinte verdoso a sus caras. Renny aún tenía dos surcos de humedad a los lados de la nariz. La cara de Renny era toda ella salientes y hoyos; la cara de North era redonda, con nariz achatada, y de color azulenco junto a los labios. Maggie arrastró un poco la silla donde se sentaba para contemplar las dos cabezas, una al lado de la otra. Eran muy diferentes. A medida que hablaban de África, las dos caras fueron cambiando, como si se hubiera dado un tirón a una fina malla que hubiese debajo de la piel y los diferentes pesos de las caras hubieran caído en diferentes hoyos. Un ligero temblor recorrió el cuerpo de Maggie, como si también los diferentes pesos de su cuerpo hubieran cambiado de situación. Pero algo había en la luz que la intrigaba. Miró a su alrededor. Seguramente ardía una farola abajo, en la calle. Su luz, que subía y bajaba, se mezclaba con la luz eléctrica cubierta por el verdoso cono de papel moteado. Esto era lo que… Maggie se sobresaltó; una voz había llegado hasta ella.

—¿A África? —dijo mirando a North.

—A la fiesta de Delia —repuso él—. Te he preguntado si nos acompañabais.

Maggie no había estado escuchando.

—Un momento —terció Renny.

Levantó la mano como un guardia que quisiera detener el tráfico. Y volvieron a hablar de África.

Maggie se reclinó en el sillón. Detrás de las cabezas de los dos hombres se alzaba la curva de caoba de los respaldos de sus asientos. Y detrás de las curvas de los respaldos había un jarrón de cristal ondulado, con borde rojo; luego la línea recta de la repisa del hogar, con pequeños cuadrados blancos y negros; y después tres palos coronados de suaves plumas amarillas. Maggie paseó la vista de un objeto a otro. Iba de aquí para allá, recogiendo, cosechando, uniendo las diversas partes en un todo, cuando, en el instante en que iba a culminar la concreción de la forma, Renny exclamó:

—¡Estamos obligados! ¡Estamos obligados!

Renny se había levantado. Había apartado de sí el vaso de whisky. Parecía alguien al mando de una unidad militar, pensó North; tan enfática era su voz, tan imperativa su apostura. Sin embargo, solo se trataba de asistir a la fiesta de una mujer vieja. ¿O acaso siempre había algo, pensó North mientras se levantaba y buscaba con la mirada el sombrero, que salía a la superficie de forma inadecuada e inesperada, desde las profundidades de las personas, y convertía actos normales y palabras normales en expresiones de todo su ser, de manera que North, ahora, mientras se volvía para seguir a Renny e ir a la fiesta de Delia, se sentía como si cruzara el desierto a caballo para socorrer a una guarnición sitiada?

North se detuvo con la mano en la puerta. Sara acababa de salir del dormitorio. Se había cambiado; iba vestida de noche; en su aspecto había algo raro, ¿quizá el vestido de noche resultaba incongruente con ella?

—Estoy lista —dijo Sara mirándolos a todos.

Se inclinó y cogió el libro que North había dejado caer al suelo.

—Debemos irnos… —dijo volviéndose hacia su hermana.

Dejó el libro en la mesa; al cerrarlo le dio una triste palmadita.

—Debemos ir allá —repitió, y siguió a los otros escaleras abajo.

Maggie se puso en pie. Miró otra vez la triste habitación. Vio el tiesto de terracota con el carrizo de la Pampa; el jarrón verde con el borde ondulado; las

sillas de caoba. Sobre la mesa había un plato con fruta; las pesadas y sensuales manzanas estaban al lado de los amarillos y manchados plátanos. Era una extraña combinación, lo redondo y lo alargado, lo rosado y lo amarillo. Apagó la luz. La habitación quedó casi a oscuras, con la salvedad de una forma aguada que fluctuaba en el techo. En esa irreal luz evanescente solo se veían los perfiles; fantasmales manzanas, fantasmales plátanos, y el espectro de una silla. El color regresaba despacio, a medida que sus ojos se acostumbraban a la oscuridad, y regresaba la sustancia… Se quedó quieta un instante, mirando. Entonces una voz gritó:

—¡Maggie! ¡Maggie!

—¡Ya voy! —gritó ella.

Y comenzó a bajar la escalera detrás de los otros.

—¿Su nombre, señorita? —preguntó la doncella a Peggy, que se había rezagado detrás de Eleanor.

—Señorita Margaret Pargiter —dijo Peggy.

—¡Señorita Margaret Pargiter! —gritó la doncella hacia la sala.

Se oía un rumor de voces, las luces brillaban ante sus ojos, y Delia fue a su encuentro.

—¡Peggy! —exclamó—. ¡Cuánto me alegra que hayas venido!

Entró; pero se sentía chapada, cubierta de una piel fría. Habían llegado demasiado pronto, en la sala casi no había nadie. Solo unas cuantas personas, que hablaban en voz muy alta, como si quisieran llenar la estancia. Fingen —pensó Peggy, mientras estrechaba la mano de Delia y se adentraba en la habitación— que va a ocurrir algo agradable. Vio con gran claridad la alfombra persa y el hogar labrado, pero había un espacio desierto en medio del cuarto.

¿Qué hay que hacer en esta ocasión particular?, se preguntó Peggy, como si fuera a prescribir un tratamiento a un paciente. Tomar notas, se dijo. Y meterlas en una botella envuelta en brillante paño verde. Toma notas y el dolor desaparecerá. Toma notas y el dolor desaparecerá, se repitió allí sola, de pie. Delia pasó presurosa junto a ella. Hablaba, pero lo hacía sin pensar.

—Me parece muy bien que vosotros, los que vivís en Londres… —decía.

Pero lo molesto de tomar nota de lo que la gente dice, prosiguió Peggy mientras Delia pasaba junto a ella, es que la gente no habla más que de tonterías, pensó mientras se arrimaba a una pared. Y he aquí que llegó su padre. Se detuvo en la puerta; levantó la cabeza como si estuviera buscando a alguien, y avanzó tendiendo la mano.

¿Y qué es esto?, preguntó Peggy, ya que la visión de su padre, con sus zapatos un tanto viejos, le había producido una sensación directa y espontánea. ¿Esta súbita y cálida oleada?, se preguntó mientras le examinaba. Contempló cómo su padre cruzaba la estancia. Sus zapatos siempre producían un extraño efecto en Peggy. En parte era sexualidad y en parte lástima, pensó. ¿Se le puede llamar «amor»? Pero Peggy se impuso la obligación de moverse. Ahora que ya me he drogado hasta el punto de alcanzar una relativa insensibilidad, se dijo, cruzaré audazmente el cuarto; iré al encuentro del tío Patrick, que está junto al sofá, hurgándose los dientes, y le diré, ¿qué le diré?

Mientras cruzaba la sala se le ocurrió una frase, sin que hubiera razón o sonido que lo justificara: «¿Cómo se encuentra el hombre que se cortó los dedos del pie con un hacha?».

—¿Cómo se encuentra el hombre que se cortó los dedos del pie con un hacha? —preguntó pronunciando las palabras exactamente tal como las había pensado.

El apuesto y viejo irlandés se inclinó, ya que era muy alto, y ahuecó la mano, pues era duro de oído. El hombre repitió:

—¿Hacket? ¿Hacket?

Peggy sonrió. Los peldaños entre cerebro y cerebro deberían construirse muy bajos, si queremos que el pensamiento los suba, reflexionó.

—Se cortó los dedos del pie con el hacha cuando yo pasaba una temporada en su casa —dijo.

Peggy recordaba que la última vez que había pasado una temporada en casa de sus tíos en Irlanda el jardinero se había herido un pie con un hacha.

—¿Hacket? ¿Hacket? —repetía su tío.

Parecía desorientado. Por fin comprendió.

—¡Sí, los Hacket! —dijo—. ¡Sí, el viejo Peter Hacket!

Al parecer, en Galway había unos Hacket, y el error de su tío, que Peggy no se tomó la molestia de corregir, fue beneficioso, porque puso en funcionamiento la verborrea del viejo, que le contó historias de los Hacket, mientras estaban sentados el uno al lado del otro en el sofá.

Una mujer adulta, pensó Peggy, cruza Londres para hablar con un viejo sordo acerca de los Hacket, de quienes dicha mujer ignoraba la existencia, cuando en realidad quería interesarse por el jardinero que se cortó el dedo de un pie con un hacha. ¿Realmente importa? ¿Hacha o Hacket? Peggy se echó a reír, por suerte cuando su tío terminaba un chiste, de modo que su risa pareció correcta. A la gente le gusta tener a alguien con quien reírse, pensó Peggy. El

placer compartido es mayor. ¿Sucede lo mismo con el dolor?, se preguntó. ¿Es esta la razón por la que todos hablamos tanto de dolencias? ¿O sea que compartir realidades las aminora? Causa dolor, causa placer a otro ser, y extendiendo su superficie disminuyen uno y otro… Pero entonces Peggy perdió el hilo. Su tío no paraba de contar viejas historias. Suave y metódicamente, como el hombre que monta un jamelgo todavía capaz pero un tanto fatigado, el tío Patrick se había lanzado a recordar viejos tiempos, viejos perros, viejos recuerdos que adquirían forma poco a poco, a medida que el tío Patrick se animaba más y más, y se convertían en imágenes de la vida en el campo. Mientras escuchaba a medias, a Peggy le pareció que contemplaba una marchita fotografía de jugadores de críquet; de grupos de cazadores en la escalinata de una mansión campestre.

¿Cuánta gente escucha?, se preguntó Peggy. Aquel «compartir» era, en buena medida, una farsa. Hizo un esfuerzo para prestar atención.

—¡Sí, buenos tiempos aquellos, buenos! —decía el tío Patrick.

Sus fatigados ojos se habían iluminado.

Peggy contempló una vez más la fotografía de hombres con polainas y de mujeres con anchas faldas, de pie en los amplios y blancos peldaños, con perros tumbados a sus pies. Pero el tío Patrick se había lanzado de nuevo.

—¿Has oído hablar alguna vez a tu padre de un hombre llamado Roddy Jenkins, que vivía en una casita blanca, a la derecha de la carretera? —le preguntó—. Bueno, da igual, porque me parece que ya debes saber esta historia —añadió.

—No —repuso Peggy, levantando los ojos como si consultara las fichas de la memoria—. Cuéntemela.

Y le contó la historia.

Sirvo, pensó Peggy, para recopilar datos. Pero para determinar lo que constituye a una persona —ahuecó la mano—, la circunferencia, no, para eso no sirvo. Allí estaba la tía Delia. La observó mientras iba de un lado para otro. ¿Qué sé sobre ella? Que lleva un vestido con puntos dorados; que tiene el cabello ondulado, que antes era pelirrojo y que ahora es blanco; que es hermosa; que está desgastada; que tiene un pasado. Pero ¿qué pasado? Se casó con Patrick… La larga historia que Patrick le contaba quebraba la superficie de la mente de Peggy, como los remos que se hunden en el agua. Nada podía cuajar. También había un lago en la historia, ya que se trataba de una cacería de patos.

Se casó con Patrick, pensó Peggy mientras miraba la cara de su tío, una cara curtida por la intemperie y por la vida, y de cabello ralo. ¿Por qué Delia

se casó con Patrick?, se preguntó. ¿Cómo se las arreglan en lo tocante al amor, a tener hijos? La gente que se toca entre sí, que asciende en una nube de humo, de humo rojo. La cara de su tío le recordaba la roja piel de grosella, con sus pelitos dispersos. Pero ninguna de las arrugas de su cara era lo bastante marcada, pensó, para explicar cómo se habían juntado los dos y habían tenido tres hijos. Eran arrugas producidas por la caza; arrugas nacidas de las preocupaciones; ya que los viejos tiempos habían terminado, decía ahora. Ahora tenían que apretarse el cinturón.

—Sí, a todos nos pasa lo mismo —dijo Peggy distraídamente.

Giró la muñeca con disimulo para ver la hora. Solo habían pasado quince minutos. Pero la sala se estaba llenando de gente a la que Peggy no conocía. Había un indio con un turbante rosa.

—Bueno, te estoy aburriendo con esas viejas historias —le dijo su tío negando con la cabeza.

Peggy tuvo la impresión de que su tío estaba ofendido.

—¡No, no, no! —protestó; se sentía muy incómoda.

Y el tío Patrick volvió a lanzarse, aunque esta vez por cortesía, creía Peggy. El dolor siempre supera al placer en la proporción de dos a uno, pensó Peggy; en todas las relaciones sociales. ¿O es que soy una excepción, un ser peculiar?, se preguntó, ya que todos los demás parecían la mar de felices. Sí, se dijo mirando al frente y volviendo a sentir tirante la piel alrededor de los labios y los ojos, a causa del cansancio producido por haber atendido a una parturienta hasta tarde, yo soy la excepción; dura; fría; encarrilada ya; solamente una doctora.

Descarrilar es muy desagradable, pensó, antes de que llegue el frío de la muerte, como botas heladas que el frío inclina… Inclinó el cuello para escuchar. Sonreír, inclinarse, fingir que una se divierte cuando se aburre, qué doloroso es, pensó. Todos los caminos, cada camino es doloroso, pensó mirando al indio del turbante rosa.

—¿Quién es? —preguntó Patrick señalando con la cabeza al indio.

—Uno de los indios de Eleanor, supongo —contestó Peggy, y pensó: Ojalá las piadosas fuerzas de las tinieblas pudieran solucionar la externa presencia del nervio de la sensibilidad, y yo pudiera levantarme y…

Se hizo un silencio.

—En fin, no tengo ningún derecho a retenerte aquí, escuchando mis viejas historias… —dijo el tío Patrick.

Su apaleado jamelgo, con las rodillas rotas, se había detenido.

—Dígame una cosa, ¿el viejo Biddy tiene todavía aquella tiendecilla en la que comprábamos caramelos? —le preguntó Peggy.

—El pobre hombre… —comenzó Patrick.

Se había puesto en marcha otra vez. Todos sus pacientes decían eso, pensó Peggy. Descansar… descansar… dejadme descansar. Cómo aliviar; cómo dejar de sentir; esos eran los gritos de la mujer que daba a luz; descansar, dejar de ser. En la Edad Media, pensó Peggy, era la celda; el monasterio; ahora es el laboratorio; las profesiones; no vivir; no sentir; ganar dinero, siempre dinero, y, al final, cuando sea vieja y esté fatigada como un caballo, no, como una vaca, sí, ya que parte de lo que el viejo Patrick decía se había impuesto en la mente de Peggy.

—No hay mercado para el ganado, en absoluto… ¡Mira, ahí está Julia Cromarty!

Y el tío Patrick agitó la mano, una mano grande y de articulaciones flojas, para saludar a una encantadora compatriota.

Peggy se quedó sola, sentada en el sofá. Su tío se había levantado y se había alejado, tendiendo ambas manos para saludar a una vieja con aspecto de pájaro que había entrado parloteando.

Se quedó sola. Se alegraba de estar sola. No sentía el menor deseo de hablar. Pero de repente había alguien de pie junto a ella. Era Martin. Se sentó a su lado. La actitud de Peggy cambió totalmente.

—¡Hola, Martin! —lo saludó con cordialidad.

—¿Has cumplido tus deberes para con el viejo rocín? —le preguntó él.

Se refería a las historias que el viejo Patrick siempre les contaba.

—¿Tenía cara de aburrida? —le preguntó Peggy.

—Bueno —repuso Martin echándole un vistazo—, no parecías entusiasmada.

—Es que a estas alturas ya sé cómo acaban tales historias —se excusó Peggy mirando a Martin.

Últimamente, Martin había cogido la costumbre de peinarse el cabello hacia arriba, como un camarero. Nunca miraba a Peggy a la cara. Jamás se sentía totalmente a sus anchas con ella. Ella era su médico; y sabía que Martin temía al cáncer. Peggy estaba obligada a distraerle para que no pensara: ¿Estará Peggy viendo síntomas?

—Me preguntaba cómo es que esos dos llegaron a casarse —dijo Peggy—. ¿Estaban enamorados? —Hablaba sin ton ni son, para entretenerlo.

—Patrick sí, desde luego.

Martin miró a Delia. Estaba junto a la lumbre, hablando con el indio. Todavía era una mujer muy hermosa, por su apostura, por sus ademanes.

—Todos estábamos enamorados —dijo Martin mirando de soslayo a Peggy. La joven generación era muy seria.

—Por supuesto —repuso ella sonriendo.

A Peggy le gustaba aquella eterna búsqueda del amor, un amor tras otro, en que Martin vivía empeñado, le gustaba la valentía con que intentaba seguir agarrado a la volandera cola, la resbaladiza cola de la juventud… Incluso ahora, y a pesar de ser él.

—Pero vosotros —continuó Martin, y estiró las piernas, y se subió los pantalones—, quiero decir vuestra generación, no sabéis lo que os perdéis… No sabéis lo que os perdéis… —repitió.

Peggy esperó.

—Al amar solamente a vuestro propio sexo —añadió él.

A Martin le gustaba reafirmar su juventud de esta manera, pensó Peggy; decir cosas que él creía actuales.

—Yo no pertenezco a esta generación —dijo Peggy.

—Bueno, bueno… —rió Martin encogiéndose de hombros, y miró a Peggy con el rabillo del ojo.

Casi no sabía nada de la vida privada de Peggy. Pero la muchacha parecía seria; parecía fatigada. Trabaja demasiado, pensó Martin.

—Sigo mi camino —dijo Peggy—, voy sobre roderas. Me lo ha dicho Eleanor esta noche.

O, al contrario, ¿no había sido ella quien le había dicho a Eleanor que estaba «reprimida»? Una de las dos cosas.

—Eleanor es una vieja alegre —comentó Martin—. Mírala —la señaló.

Allí estaba Eleanor, vestida de rojo, hablando con el indio.

—Acaba de regresar de la India —añadió Martin—. Un regalo de Bengala, supongo —dijo refiriéndose a la capa roja.

—Y el próximo año se va a China —anunció Peggy—. Pero —continuó; Delia pasaba ante ellos—, ¿ella estaba enamorada?

Lo que la gente de vuestra generación llamabais estar enamorado, añadió para sí.

Martin movió la cabeza de un lado a otro y oprimió los labios. Peggy recordó que a Martin siempre le había gustado observar cierta maliciosa reticencia.

—No lo sé. En el caso de Delia no lo sé —dijo—. Estaba la causa, ya sabes, lo que en aquellos tiempos ella llamaba la causa. —Martin torció el gesto—. Ya sabes, Irlanda. Parnell. ¿Has oído hablar alguna vez de un hombre llamado Parnell? —preguntó.

—Sí —dijo Peggy—. ¿Y Edward?

Edward acababa de llegar; también tenía un aspecto muy distinguido, en su meditada y consciente sencillez.

—Edward, sí —repuso Martin—. Edward estaba enamorado. Seguramente sabes la vieja historia, la historia de Edward y Kitty.

—¿La que se casó con…? ¿Cómo se llama? ¿Lasswade? —murmuró Peggy cuando Edward pasaba frente a ellos.

—Sí, se casó con el otro, con Lasswade. Pero Edward estaba enamorado, muy enamorado —susurró Martin—. Pero tú… —Le echó una mirada rápida. Peggy tenía algo que le daba escalofríos—. Claro, tienes tu profesión… —añadió.

Martin miró al suelo. Pensaba en su temor al cáncer, supuso Peggy. Martin temía que ella hubiera percibido un síntoma.

—Buenos, los médicos son todos unos ilusos —observó Peggy a la ligera.

—¿Por qué? Ahora la gente vive más tiempo que antes, ¿no es cierto? —dijo Martin—. Y muere con menos dolor, por lo menos.

—Hemos aprendido algún truco —concedió Peggy.

Martin fijó la vista al frente, con tal expresión que a Peggy le dio lástima.

—Usted llegará a los ochenta, si es que quiere —dijo.

Martin la miró.

—¡Soy totalmente partidario de llegar a los ochenta! —exclamó—. Quiero ir a América. Quiero ver los edificios americanos. Soy así, ¿comprendes? Disfruto de la vida.

Y la disfrutaba enormemente.

Debe de haber rebasado ya los sesenta, aventuró Peggy. Pero se conservaba maravillosamente; estaba fresco y lozano como un hombre de cuarenta con su señora de color canario en Kensington.

—Pues yo no lo sé —dijo Peggy en voz alta.

—Vamos, vamos, Peggy, no me digas que no disfrutas… ¡Mira, ahí viene Rose!

Rose se acercó. Se había transformado en una mujer muy corpulenta.

—¿Verdad que quieres llegar a los ochenta? —le dijo Martin.

Martin tuvo que repetir dos veces la pregunta. Rose se había quedado sorda.

—¡Naturalmente! —contestó Rose cuando comprendió lo que le decía Martin.

Rose los miró de frente. Echaba la cabeza hacia atrás de una forma rara, pensó Peggy, como si fuera un militar.

—¡Naturalmente! —repitió sentándose bruscamente en el sofá, a su lado.

—Bueno, en ese caso… —comenzó a decir Peggy. Y calló. Recordó que Rose era sorda. Tenía que gritar—. En sus tiempos la gente no hacía tanto el loco como ahora —gritó.

Pero dudaba mucho que Rose la hubiera oído.

—Quiero ver lo que ocurrirá —dijo Rose—. Vivimos en un mundo muy interesante —agregó.

—Tonterías —le dijo Martin, burlón—. Quieres vivir porque te gusta vivir —aulló junto al oído de Rose.

—Y no me avergüenzo —dijo ella—. Amo al prójimo, a todo el mundo.

—Lo que amas es pelearte con el prójimo —aulló Martin.

—¿Imaginas qué conseguirás irritarme y hacerme chillar a estas horas de la noche? —replicó ella dándole un par de palmadas en el brazo.

Ahora hablarán de su infancia; de trepar por los árboles del jardín trasero, pensó Peggy, y de que pegaban tiros a los gatos de alguien. Cada individuo había dejado una línea marcada en sus mentes, pensó Peggy, y a lo largo de esa línea surgían siempre las mismas palabras. La mente seguramente está cruzada de líneas, como la palma de la mano, se dijo Peggy mirándose.

—Rose siempre fue pura dinamita —comentó Martin volviéndose hacia Peggy.

—Y siempre me echaban la culpa de todo —dijo Rose—. El cuarto de estudio era todo para él. ¿Y dónde podía yo ir? «¡Anda, lárgate y vete a jugar al cuarto de los niños!».

Rose agitó la mano.

—Y Rose se fue al cuarto de baño, y se hizo un corte en la muñeca con un cuchillo —recordó Martin, alegremente burlón.

—No, eso fue por culpa de Erridge, por lo del microscopio —le corrigió Rose.

Son como gatitos intentando morderse la propia cola, pensó Peggy; giran y giran sobre sí mismos. Pero eso es lo que les gusta; para eso acuden a las fiestas. Martin siguió burlándose de Rose.

—¿Y dónde has dejado tu cintajo rojo? —le preguntaba.

Peggy recordó que a Rose le habían concedido una condecoración por su actuación durante la guerra.

—¿Es que no somos dignos de verte con las plumas de guerra? —seguía pinchándole Martin.

—Envidia, eso es lo que tiene —observó Rose volviéndose hacia Peggy—. En su vida ha dado golpe.

—Pues trabajo, trabajo… —se defendió Martin—. Me paso todo el día sentado en un despacho…

—¿Y qué haces? —preguntó Rose.

De repente se quedaron en silencio. Aquella escena había terminado, la vieja escena hermano-hermana. Ahora lo único que podían hacer era retroceder y volver a comenzar con lo mismo.

—Oye —dijo Martin—, tenemos que cumplir con nuestras obligaciones.

Se levantó. Se separaron.

«¿Qué haces?», dijo Peggy mientras cruzaba la sala. «¿Qué haces?», repitió. Se sentía audaz, temeraria; todo lo que hiciera carecía de importancia. Anduvo hasta la ventana y separó las cortinas. Había estrellas, enquistadas en hoyuelos, en el cielo azul-negro. Una hilera de chimeneas se recortaba contra el cielo. Y las estrellas. Inescrutable, eterno, indiferente, estas eran las palabras; las palabras justas. Pero yo no lo siento, dijo Peggy mirando las estrellas. Entonces, ¿para qué fingirlo? Lo que realmente parecen, pensó levantando la vista para mirarlas, son pequeños trocitos de acero cubiertos de escarcha. Y la luna —allí estaba— era una bruñida tapadera de platos. Pero ella no sentía nada, ni siquiera después de haber reducido la luna y las estrellas a esto. Se volvió y se encontró cara a cara con un hombre joven a quien creía conocer, pero cuyo nombre no recordaba. El hombre tenía la frente hermosa, pero el mentón aplastado, y era pálido y fofo.

—Hola, buenas noches —le dijo Peggy.

¿Se apellidaba Leacock o Laycock?

—La última vez que nos vimos —dijo Peggy— fue en las carreras.

Incongruentemente, relacionaba a aquel joven con un campo de Cornualles, con muros de piedra y potros indómitos saltando.

—No, ese fue Paul —respondió el joven—. Mi hermano Paul.

Lo dijo con cierta aspereza. ¿A qué se dedicaba pues aquel joven para que se sintiera tan por encima de su hermano Paul?

—¿Vive en Londres? —le preguntó Peggy.

El chico afirmó con la cabeza.

—¿Escribe? —aventuró Peggy.

Pero ¿por qué, solo por ser escritor, Peggy recordó haber visto su nombre en los periódicos, hay que echar la cabeza atrás cuando se contesta «Sí»? Peggy prefería a Paul; tenía un aspecto saludable; y el que estaba ante ella tenía la cara rara; cara trabajada, tensa de nervios, fija.

—¿Poesía? —preguntó Peggy.

—Sí.

Pero ¿por qué mordía esta palabra como si fuera una cereza clavada en un palo?, pensó Peggy. Nadie se acercaba a ellos. No les quedaba más remedio que sentarse el uno al lado del otro, en unas sillas contra la pared.

—¿Y cómo se las arregla, si trabaja en un despacho? —dijo Peggy.

Al parecer, lo hacía en su tiempo libre.

—Mi tío… —comenzó a decir él—. ¿Le conoce?

Sí, un agradable hombre normal y corriente; fue muy amable con ella en cierta ocasión, por algo referente a un pasaporte. El chico, desde luego, a pesar de que Peggy solo le escuchaba a medias, se burlaba descaradamente de su tío. En ese caso, ¿por qué trabajaba en su despacho? Mi familia, decía él… cazaba. La atención de Peggy comenzó a navegar a la deriva. Aquello ya lo había oído antes. El chico prosiguió: yo, yo, yo. Era como el pico de un buitre picoteando, o como una aspiradora limpiando, o como un timbre de teléfono sonando. Yo, yo, yo. Pero el chico no lo podía evitar, no podía teniendo aquella cara de egoísta tensa por los nervios, pensó Peggy mirándole. No podía liberarse de sí mismo, alejarse de sí. Estaba unido a la rueda con cadenas de hierro. Tenía que mostrar, tenía que exhibir. Pero ¿por qué permitírselo?, se preguntó Peggy mientras el chico seguía hablando. ¿Qué me importan sus «yo, yo, yo»? ¿O su poesía? Más valdrá que me lo sacuda de encima, se dijo Peggy, y se sintió como una persona a quien le han chupado la sangre y se ha quedado

con los centros nerviosos pálidos. Peggy se relajó. El joven advirtió que Peggy no le tenía simpatía. El chico la consideraba estúpida, supuso Peggy.

—Estoy fatigada —se disculpó ella—. He pasado la noche en vela —explicó—. Soy médico.

El fuego desapareció del rostro del muchacho en el instante en que ella habló en primera persona. Con esto lo he conseguido, ahora se irá, pensó Peggy. Él no puede ser «tú», tiene que ser «yo». Peggy sonrió, porque el chico se levantó y se fue.

Peggy se volvió y se acercó a la ventana. Qué lamentable espectáculo, pensó; atrofiado, marchito, frío como el acero, duro como el acero, pelado como el acero. Y yo también, pensó contemplando el cielo. Las estrellas parecían sembradas al azar en el cielo, con la salvedad, a la derecha, encima de las chimeneas, de la colgante y fantasmal carretilla. ¿Cómo la llamaban? Peggy no se acordaba. Las contaré, pensó regresando a sus anotaciones, y comenzó a contar, una, dos, tres, cuatro… cuando una voz exclamó a su espalda:

—¡Peggy! ¿No te silban los oídos?

Peggy se volvió. Era Delia, naturalmente, con su afabilidad, su imitación del lisonjero comportamiento irlandés.

—Pues hubieran debido silbarte —dijo Delia poniéndole una mano en el hombro—, por lo que acaba de decir de ti. —Señaló a un hombre de cabello gris—. ¡Y cómo ha cantado tus alabanzas!

Peggy miró hacia donde señalaba. Allí estaba su profesor, su maestro. Sabía que su maestro la consideraba inteligente. Y Peggy suponía que realmente lo era. Todos lo decían. Muy inteligente.

—Me ha contado… —comenzó Delia, pero se interrumpió—. Ayúdame a abrir esta ventana —dijo—. Hace demasiado calor aquí.

—Deje, ya la abriré yo —contestó Peggy.

Dio un tirón a la falleba, pero la ventana no se movió, pues era vieja y no encajaba bien en el marco.

—Espera, Peggy —dijo alguien que se acercaba tras ella.

Era su padre. Puso la mano en la ventana, la mano con la cicatriz. Tiró, y la ventana se abrió.

—Gracias, Morris, así está mejor —dijo Delia—. Le decía a Peggy que hubieran debido silbarle los oídos —volvió a comenzar—. «¡Mi discípulo más brillante!», eso es lo que ha dicho de ella —continuó—. Te aseguro que me he sentido muy orgullosa. «Es mi sobrina», le he dicho. No lo sabía…

Esto, dijo Peggy, esto es placer. El nervio que recorría su espina dorsal pareció estremecerse cuando la alabanza llegó a los oídos de su padre. Cada emoción afectaba a un nervio diferente. Un desprecio rozaba el muslo; el placer electrizaba la espina dorsal, y también afectaba a la vista. Las estrellas se habían suavizado; temblaban. Su padre le rozó el hombro cuando bajó la mano; pero ninguno de los dos habló.

—¿Quieres que abra la otra hoja? —preguntó él.

—No, así está bien —contestó Delia—. El cuarto se estaba calentando demasiado —comentó—. Comienza a llegar gente. Tendrán que utilizar la habitación de abajo —añadió—. ¿Quiénes son esos de ahí fuera? —Delia señaló la calle.

Delante de la casa, de espaldas a las barandas de la plaza, había un grupo de gente con trajes de noche. Morris miró y dijo:

—Creo que reconozco a uno de ellos —dijo Morris mirando fuera—. Ese es North, ¿verdad?

—Sí, es North —respondió Peggy, también mirando.

—¿Por qué no suben? —preguntó Delia dando golpecitos en la ventana.

—Debéis ir y verlo por vosotros mismos —decía North.

Le habían pedido que les contara cómo era África. North había contado que había montañas y llanuras; era silenciosa, había dicho, y los pájaros cantaban. Se calló; resultaba difícil describir un país a gente que no había estado en él. Entonces se abrieron las cortinas de la casa de enfrente y tres cabezas se asomaron a la ventana. Miraron las tres cabezas recortadas en la ventana. Estaban de espaldas a las barandas de la plaza. De los árboles colgaban sobre sus cabezas cascadas de hojas negras. Los árboles se habían integrado en el cielo. De vez en cuando, al pasar la brisa entre ellos, las copas de los árboles parecían agitarse y desplazarse un poco. Una estrella brillaba entre las hojas. También había silencio; el murmullo del tránsito se espesaba formando un lejano zumbido. Junto a ellos se deslizó un gato; durante un segundo vieron el luminoso verde de sus ojos; luego la luz se extinguió. El gato cruzó la zona iluminada y desapareció. Alguien volvió a dar golpecitos en la ventana y a gritar:

—¡Entrad!

—¡Adelante! —dijo Renny, y arrojó el cigarro entre los arbustos que tenía a su espalda—. Adelante. Debemos entrar.

Subieron la escalera y pasaron por delante de puertas de despachos y largas ventanas que daban a los jardines traseros de las casas. A diferentes niveles, varios árboles de tupida copa extendían sus ramas; las hojas, aquí de brillante

verde bajo la luz artificial, allá oscuras en la sombra, se movían arriba y abajo impulsadas por la leve brisa. Después llegaron a la zona privada de la casa, donde habían puesto la tira roja de la alfombra; y un rugido de voces sonaba detrás de una puerta, como si hubiera un rebaño de ovejas encerrado allí. Después les llegó la ondulada música de una pieza de baile.

—Ahora —dijo Maggie tras detenerse un instante ante la puerta.

Dio los nombres a la doncella.

—¿Y usted, señor? —le preguntó la doncella a North, que se había rezagado.

—El capitán Pargiter —contestó North tocándose la corbata.

—¡Y el capitán Pargiter! —gritó la doncella.

Delia estuvo con ellos al instante.

—¡Y el capitán Pargiter! —exclamó mientras se les acercaba cruzando presurosa la sala—. ¡Cuánto me alegra que hayáis venido!

Les cogió las manos al azar, aquí la izquierda, allí la derecha, con su izquierda, con su derecha.

—Cuando os he visto en la plaza —dijo—, he pensado que seguramente erais vosotros. Me ha parecido reconocer a Renny, pero en cuanto a North no estaba tan segura. ¡El capitán Pargiter! —Delia estrujó la mano de North—. ¡Eres todo un desconocido! ¡Pero muy bienvenido! Veamos, ¿a quién conocéis?, ¿a quién no conocéis?

Delia miró a su alrededor, agarrando con una mano el echarpe, un tanto nerviosa.

—Veamos, aquí están vuestros tíos y vuestras tías; y vuestros primos; y vuestros hijos y vuestras hijas. Sí, Maggie, hace poco he visto a tus dos vástagos, tu adorable pareja. No sé dónde están, ahora… Ocurre que todas las generaciones de nuestra familia se han mezclado, primos y tías, tíos y hermanos, aunque quizá eso sea bueno…

Se calló con cierta brusquedad, como si se le hubiera agotado aquel filón. Dio un tirón al echarpe.

—Ahora van a bailar —dijo señalando al muchacho que ponía otro disco en el gramófono—. Va bien para bailar —agregó, refiriéndose al aparato—. Pero no para escuchar música. —En un instante se había tornado sencilla y espontánea—. No puedo soportar la música de gramófono. Aunque la música de baile ya es harina de otro costal. Y la gente joven debe bailar, ¿no creéis? Me parece bien que baile. Bailad o no bailéis, como queráis.

Delia agitó la mano.

—Sí, como queráis. —Su marido repitió sus palabras.

Estaba al lado de Delia; las manos le colgaban delante, como un oso del que cuelgan los abrigos en un hotel.

—Como queráis —repitió, agitando las zarpas.

—North, ayúdame a apartar las mesas —dijo Delia—. Si van a bailar, querrán tener espacio. Y vamos a enrollar las alfombras.

Delia apartó una mesa del paso. Luego cruzó la sala para arrimar una silla a la pared.

Ahora se cayó un jarrón, y un chorro de agua empapó una alfombra.

—¡Da igual! ¡Da igual! ¡No importa! —exclamó Delia adoptando el aire de una alocada ama de casa irlandesa.

Pero North se agachó y procuró secar un poco el agua.

—¿Y qué pretendes hacer con ese pañuelo de bolsillo? —le preguntó Eleanor; se había unido al grupo con su amplia capa roja.

—Colgarlo de una silla para que se seque —dijo North, y se alejó.

—¿Y tú, Sally? —dijo Eleanor retirándose hacia la pared, ya que iban a bailar—. ¿Vas a bailar? —le preguntó mientras se sentaba.

—¿Bailar yo? No, voy a dormir —repuso Sally bostezando.

Y se sentó en un almohadón, al lado de Eleanor.

—Supongo que no vas a las fiestas para dormir —rió Eleanor bajando la vista hacia ella.

Eleanor volvió a ver el cuadro que había visto a través del teléfono. Pero no distinguía el rostro de Sally, solo la parte superior de su cabeza.

—Ha cenado contigo, ¿verdad? —le dijo a Sally cuando North pasó por delante de ellas con el pañuelo—. ¿De qué habéis hablado? —preguntó.

Eleanor vio a Sally sentada en el borde de una silla, balanceando un pie arriba y abajo, y con la nariz tiznada.

—¿De qué hemos hablado? —replicó Sara—. De ti, Eleanor.

Constantemente les pasaba gente por delante; les rozaban las rodillas; comenzaban a bailar. La escena mareaba un poco, pensó Eleanor reclinándose en la silla.

—¿De mí? ¿De qué cosas mías? —preguntó.

—De tu vida —respondió Sara.

—¿De mi vida? —repitió Eleanor.

Las parejas comenzaban a girar y retorcerse lentamente ante ellas. Eleanor supuso que aquello que bailaban era un fox-trot.

Mi vida, se dijo Eleanor. Qué raro, era la segunda vez que alguien hablaba de su vida aquella noche. Y en realidad no tengo vida propia, pensó. ¿La vida no debería ser algo que uno pudiera producir y dominar? Una vida de más de setenta años. Pero yo solo tengo el momento presente. Allí estaba, viva, escuchando un fox-trot. Miró a su alrededor. Vio a Morris, a Rose, a Edward con la cabeza echada atrás, hablando con un hombre al que ella no conocía. Aquí soy la única persona, pensó Eleanor, que recuerda que Edward se sentó en el borde de mi cama para llorar aquella noche, la noche en que se anunció el compromiso matrimonial de Kitty. Sí, los recuerdos acudían a su mente. Una larga senda vital se extendía a sus espaldas. Edward llorando, la señora Levy hablando; la nieve caía; un girasol con una grieta; el ómnibus amarillo recorriendo al trote Bayswater Road. Y yo me dije: Soy la persona más joven que va en este ómnibus. Pero ahora sería la más vieja… Millones de recuerdos acudían a su mente. Los átomos se separaban bailando y luego formaban una masa. Pero ¿cómo componían aquello que la gente denominaba una vida? Apretó las manos y sintió la dureza de las monedas que guardaba. Quizá en el centro de esa vida hay un «yo», pensó; un nudo, un centro; y una vez más se vio a sí misma sentada a la mesa, dibujando en el papel secante, haciendo agujeritos de los que salían rayas. Y fueron acudiendo y acudiendo recuerdos; una cosa sucedía a otra, una escena borraba la anterior. Y luego te dicen, pensó Eleanor, «¡Hemos hablado de ti!».

—Mi vida… —dijo Eleanor en voz alta, pero más bien para sí.

—¿Sí? —exclamó Sara levantando la vista.

Eleanor se calló. Había olvidado la presencia de Sara. Pero había alguien que escuchaba sus palabras. Por eso debía poner en orden sus pensamientos; luego debía buscar palabras. Pero no, pensó, no puedo encontrar palabras; no puedo contárselo a nadie.

—¿No es ese Nicholas? —preguntó mirando a un hombre notablemente corpulento que estaba junto a la entrada de la sala.

—¿Dónde está? —preguntó Sara, pero miró en otra dirección.

Nicholas desapareció. Quizá se había equivocado. Mi vida ha sido la vida de otra gente, pensó Eleanor; la vida de mi padre, la de Morris, las de mis amigos, la de Nicholas… Recordó algunos fragmentos de una conversación con Nicholas. Fue en una ocasión que almorzaba o cenaba con él, pensó. En

un restaurante. Había un loro con una pluma rosada en una jaula sobre el mostrador. Y estuvieron hablando —era después de la guerra— sobre el futuro; sobre la educación. Y Nicholas no quería que yo pagara el vino, recordó bruscamente, a pesar de que fui yo quien lo pidió.

Alguien se detuvo ante ella. Eleanor levantó la vista.

—¡En este instante estaba pensando en ti! —exclamó.

Era Nicholas.

—Buenas noches, señora —dijo haciéndole una reverencia a su estilo extranjero.

—¡En este instante estaba pensando en ti! —repitió Eleanor.

Realmente era como una parte de sí misma, una parte hundida que volvía a la superficie.

—Ven y siéntate a mi lado —dijo, y acercó una silla.

—¿Sabes quién es ese hombre que está sentado al lado de mi tía? —dijo North a la chica con la que bailaba.

—No sé quién es tu tía —repuso la chica—. No conozco a nadie aquí.

El baile había terminado y todos comenzaron a caminar hacia la puerta.

—Ni siquiera conozco a la dueña de la casa —dijo la chica—. Me gustaría que me indicaras quién es.

—Es aquella, allí.

Señaló a Delia, vestida de negro y con estrellas doradas.

—¿Es esa? —preguntó la chica mirándola—. ¿Es esa señora la que me ha invitado?

North no había captado el nombre de la chica, y la chica no conocía a nadie. North se alegraba. Eso le hacía verse de una forma diferente, le estimulaba. Acompañó a la muchacha hacia la puerta. North quería evitar a sus parientes. Principalmente quería evitar a su hermana Peggy; pero allí estaba ella, sola, junto a la puerta. North miró hacia otro lado; llevó a su pareja lejos de la puerta. Tenía que haber un jardín o una azotea, pensó North, donde poder sentarse a solas. La muchacha era extremadamente hermosa y joven.

—Vamos abajo —le dijo.

—¿Y qué pensabas de mí? —preguntó Nicholas sentándose al lado de Eleanor.

Eleanor sonrió. Allí estaba Nicholas, con su traje de etiqueta un tanto mal

cortado, con el sello grabado con el escudo de su madre, la princesa, y su cara cetrina y arrugada, que siempre le hacía pensar en un animal de piel flácida y peludo, feroz con los demás, pero amable con ella. ¿Y qué había estado pensando con respecto a él? Había pensado en él en términos generales; no podía arrancar fragmentos de aquel todo. Eleanor recordó que el ambiente del restaurante estaba cargado de humo.

—Recordaba que en cierta ocasión cenamos en el Soho —dijo—. ¿Te acuerdas?

—Recuerdo todas las veladas que he pasado contigo.

Pero la mirada de Nicholas era un poco vaga. Tenía la atención dispersa. Miraba a una señora que acababa de entrar; una señora bien vestida, de espaldas a unas estanterías con libros, preparada para cualquier emergencia. ¿Si no puedo describir mi propia vida, cómo voy a poder describirle a él?, pensó Eleanor. Ya que ignoraba cómo era Nicholas; solo sabía que le gustaba verle; que su presencia la liberaba de la obligación de pensar; y que daba a su mente una pequeña sacudida. Nicholas miraba a la señora. Esta parecía haber quedado apresada por sus ojos, parecía vibrar bajo la mirada de Nicholas. Y de repente Eleanor tuvo la impresión de que aquello ya había ocurrido antes. Aquella noche, en aquel restaurante, entró una muchacha, que se quedó vibrando junto a la puerta. Eleanor sabía con toda exactitud lo que iba a decir Nicholas. Lo había dicho antes, en el restaurante. Nicholas iba a decir: es como una pelota en lo alto de la fuente de una pescadería. Mientras Eleanor lo pensaba, Nicholas lo dijo. ¿Acaso todo se repite con solo pequeñas diferencias?, pensó Eleanor. Si así es, ¿hay una pauta, un tema que se reitera, como en la música; en parte recordado, en parte previsto? ¿Una pauta gigantesca, que se percibe solo un instante? Esta idea le encantó, la idea de que había una pauta. Pero ¿quién la hace? ¿Quién la piensa? La mente de Eleanor se extravió. No pudo terminar sus pensamientos.

—Nicholas… —dijo.

Deseaba que él terminara sus reflexiones; que se hiciera cargo de ellas y las llevara a la superficie sin romperlas; que las hiciera bellas, enteras, unitarias.

—Dime, Nicholas… —comenzó a decir.

Pero no tenía idea de cómo iba a terminar la frase, ni de qué era lo que quería preguntar. Nicholas estaba hablando con Sara. Ella escuchaba. Nicholas se reía de ella. Nicholas señalaba los pies de Sara y decía:

—¡Mira que ir a una fiesta con una media blanca y la otra azul!

—La reina de Inglaterra me invitó a tomar el té —tarareó Sara al compás

de la música—, y ¿cuáles me pondré? ¿Las rosas o las doradas? Ya que mis medias están todas agujereadas.

Esa es su forma de amarse, pensó Eleanor, escuchando a medias sus risas, sus pullas. Otra porción de la pauta, pensó Eleanor utilizando su idea medio formulada para imprimir un sello a la escena. Y si esta manera de amarse difiere de la antigua, no por ello deja de tener su encanto; era un «amor» diferente del antiguo amor, quizá, pero ¿era peor? De todas maneras, pensó, están conscientes el uno del otro; viven cada cual en el otro; y qué otra cosa es el amor, se preguntó Eleanor mientras escuchaba sus risas.

—¿Es que nunca puedes actuar por ti misma? —decía Nicholas—. ¿Es que nunca puedes siquiera elegir las medias por ti misma?

—¡Nunca! ¡Nunca! —repuso Sara riendo.

—Eso se debe a que no tienes vida propia —le dijo él—. Vive en un sueño —añadió volviéndose hacia Eleanor—, sola.

—El profesor suelta su sermoncito —se burló Sara, y le puso la mano en la rodilla.

—Sara canta su cancioncilla —rió Nicholas cogiendo la mano de Sara.

Pero son felices, pensó Eleanor. Se ríen el uno del otro.

—Dime, Nicholas… —volvió a comenzar Eleanor.

Pero se iniciaba un nuevo baile. El caudal de parejas regresaba a la sala. Despacio, atentamente, con cara seria, como si participaran en un místico rito que les aislara de otros sentimientos, los danzantes comenzaron a trazar círculos ante ellos, rozando otra vez sus rodillas y casi pisándoles los dedos de los pies. Y entonces alguien se detuvo ante ellos.

—Ahí tenemos a North —dijo Eleanor al levantar la vista.

—¡North! —exclamó Nicholas—. ¡North! Nos hemos conocido esta noche —añadió ofreciendo la mano a North—, en casa de Eleanor.

—Ciertamente —contestó North con tono muy cordial.

Nicholas casi aplastó los dedos de North, que no volvió a notarlos por separado hasta que retiró la mano. Fue un apretón efusivo; pero a North le gustó. También él se sentía efusivo. Le resplandecían los ojos. Había perdido totalmente su mirada de desorientación. Su aventura iba por buen camino. La muchacha había escrito su nombre en la agenda de North. Y le había dicho: «Ven a verme mañana a las seis».

—Buenas noches, Eleanor —dijo North inclinándose sobre su mano—, tiene un aspecto muy joven. Está extremadamente hermosa. Ese vestido le

sienta muy bien —añadió mirando su capa india.

—Lo mismo te digo, North —repuso Eleanor.

Examinó a North. Pensó que jamás lo había visto tan apuesto y vigoroso.

—¿No bailas? —le preguntó.

La música era muy animada.

—No, a menos que Sally me conceda este honor —contestó North inclinándose ante Sara con exagerada cortesía.

¿Qué le habrá ocurrido?, pensó Eleanor. Qué apuesto y feliz parece…

Sally se levantó. Ofreció la mano a Nicholas.

—Bailaré contigo —dijo.

Se quedaron unos momentos esperando, y luego se alejaron trazando círculos.

—¡Qué pareja tan rara forman! —exclamó North.

Y mientras contemplaba a Sally y a Nicholas, torció el gesto en una extraña sonrisa.

—¡Y no saben bailar! —añadió.

Se sentó al lado de Eleanor, en la silla que Nicholas había dejado vacante.

—¿Por qué no se casan? —le preguntó.

—¿Y por qué han de casarse? —replicó Eleanor.

—Todo el mundo debería casarse. Y el tipo me gusta, a pesar de que me parece un poco… Un poco anticuado, quizá… —sugirió North mientras contemplaba cómo Nicholas y Sara bailaban en círculos con cierta torpeza.

—¿Anticuado? —repitió Eleanor—. ¿Lo dices por el sello? —añadió mirando el sello de oro que se balanceaba en el aire, mientras Nicholas bailaba —. No, no es anticuado —continuó en voz alta—. Es…

Pero North no le prestaba atención. Miraba a una pareja en el otro extremo de la estancia. Estaban junto a la lumbre. Los dos eran jóvenes; los dos guardaban silencio; parecía que una poderosa emoción les hubiera inmovilizado en aquella postura. Mientras North los miraba, recordó cierta emoción referente a sí mismo, referente a su propia vida, y dispuso otro fondo para aquella pareja o para él, un fondo que no era el hogar, ni la estantería con libros, sino rugientes cataratas, nubes pasando veloces, y los dos se encontraban en lo alto de un abismo sobre un torrente…

—El matrimonio no es para todos —le interrumpió Eleanor.

North se sobresaltó.

—No, claro que no —asintió.

Miró a Eleanor. No se había casado. ¿Por qué? Se había sacrificado por su familia, supuso North, por el abuelo sin dedos. Entonces el recuerdo de una terraza, de un cigarro y de William Whatney acudió a la mente de North. ¿No sería esta la tragedia de Eleanor, haber estado enamorada de William Whatney? North miró a Eleanor con afecto. En aquel instante sentía cariño por todo el mundo.

—¡Qué suerte haberla encontrado sola, Nell! —dijo poniendo la mano en la rodilla de Eleanor.

Eleanor se sintió conmovida; sentir la mano de North en su rodilla le agradaba.

—¡Querido North! —exclamó.

A través del vestido notaba la excitación de North; era como un perro atado con correa; tirando hacia delante, con todos sus nervios erectos, notaba Eleanor mientras North apoyaba la mano en su rodilla.

—¡Pero no te cases con la mujer equivocada! —le dijo.

—¿Yo? —preguntó él—. ¿Y por qué me lo dice?

North se preguntó si Eleanor le había visto acompañando a aquella muchacha abajo.

—Oye, dime… —empezó Eleanor.

Quería preguntarle, fría y sensatamente, ahora que estaban solos, cuáles eran sus proyectos; pero mientras hablaba vio que la expresión de su rostro cambiaba; en la cara de North apareció un exagerado gesto de horror.

—¡Milly! —dijo North entre dientes—. ¡Maldita Milly!

Eleanor lanzó una rápida mirada por encima del hombro. Su hermana Milly, voluminosa, con los ropajes propios de su sexo y clase, se acercaba a ellos. Había engordado mucho. Para disimular su gordura, llevaba los brazos cubiertos con velos adornados con cuentas. Tan gordos eran aquellos brazos que a North le recordaron la imagen de unos gruesos y pálidos espárragos acabados en punta.

—¡Eleanor! —exclamó Milly.

Todavía conservaba restos de la perruna devoción de una hermana menor hacia la mayor.

—¡Milly! —contestó Eleanor, aunque sin tanta cordialidad.

—¡Qué alegría verte, Eleanor! —dijo Milly, con una risita de vieja; sin embargo, había cierta deferencia en su voz—. ¡Y a ti, North!

Milly ofreció a North su mano pequeña y gordezuela. North advirtió que los anillos se hundían en los dedos, como si la carne hubiera crecido a su alrededor. La visión de la carne cubriendo los diamantes asqueó a North.

—Cuánto me alegra que hayas regresado… —dijo Milly sentándose despacio en su silla.

A North le pareció que todo quedaba apagado y sin brillo. Milly los había envuelto en una red; les hacía sentirse miembros de una misma familia; North estaba obligado a pensar en los parientes comunes; pero era una sensación irreal.

—Vivimos en casa de Connie —dijo Milly.

Habían ido con motivo de un partido de críquet. North bajó la cabeza y fijó la vista en sus zapatos.

—Y todavía no nos has dicho ni media palabra de tus viajes —prosiguió Milly.

Caen y caen, siguió pensando North mientras escuchaba el parloteo húmedo que iba cayendo en forma de preguntitas de su tía, y en su caída lo mojan todo. Pero North se encontraba tan optimista que incluso conseguía conferir cierto tintineo a las palabras de Milly. Ahora ella le preguntaba si las tarántulas pican y si las estrellas brillan. ¿Y qué haré mañana por la noche?, se preguntó North, pues la tarjeta que llevaba en el bolsillo del chaleco asomó por propia voluntad, haciendo caso omiso de aquellas escenas asociadas entre sí que desvirtuaban el momento presente. Vivían en casa de Connie, siguió diciendo Milly, que esperaba a Jimmy, que regresaba de Uganda… Y en la mente de North se formaron unas cuantas palabras, debido a que North vio un jardín y una habitación, y la palabra que oyó a continuación fue «adenoideo», que es una palabra buena, se dijo North, si se la separa de su contexto; una palabra con cintura de avispa; que se estrechaba en su parte media; con abdomen duro, brillante, metálico, adecuada para describir el aspecto de un insecto… Pero he aquí que un gran volumen se acercó; formado sobre todo por un chaleco blanco con rayas negras; y Hugh Gibbs quedó junto a ellos. North se puso en pie de un salto para ofrecerle su silla.

—Mi querido muchacho, ¿no pretenderás que me siente en eso? —dijo Hugh menospreciando la silla un tanto endeble que North le ofrecía—. Tendrás que encontrar algo un poco más sólido —añadió, y miró a su alrededor con las manos en la cintura cubierta por el chaleco blanco.

North empujó un sillón hacia Hugh, que se sentó cautelosamente.

—Chu, chu, chu —dijo al sentarse.

Y North observó que Milly contestaba:

—Tut, tut, tut.

En eso quedaban resumidos treinta años de matrimonio: tut, tut, tut y chu, chu, chu. Parecía la inarticulada masticación de los animales de un corral. Tut, tut, tut, chu, chu, chu, como el ruido que hacen las bestias al pisar la paja del establo; o cuando se revuelcan en el primitivo páramo, prolíficos, grandes, medio conscientes, pensó North mientras escuchaba distraídamente el alegre parloteo que de repente se pegó a él.

—¿Cuánto pesas, North? —le preguntó su tío midiéndole con la mirada.

Lo examinó de la cabeza a los pies, como si fuera un caballo.

—Tenemos que fijar un día para que nos visites —intervino Milly—, cuando los chicos estén en casa.

Le estaban invitando a pasar unos días en Towers, en el mes de septiembre, para ir a una caza familiar. Los hombres cazaban y las mujeres bregaban con innumerables niños, y North miró a Milly como si fuera capaz de comenzar a bregar con los jóvenes, incluso allí, sentada en aquella silla. Y aquellos niños tendrían más hijos, otros niños; y los otros niños tendrían vegetaciones adenoideas, amigdalitis. La palabra había aparecido de nuevo, pero ahora no le sugería nada. North se hundía; se hundía bajo el peso de aquella pareja; incluso el nombre que llevaba en el bolsillo palidecía. ¿No podía hacer nada para evitarlo?, se preguntó. Nada, salvo una revolución, pensó. La idea de la dinamita, de montones de pesada tierra estallando, de la tierra alzándose en el aire en una nube en forma de árbol acudió a su mente, procedente de la guerra. Pero aquello no eran más que paparruchas, pensó North; la guerra era una paparrucha. La palabra de Sara volvió a su mente, paparrucha. ¿Y qué queda? North advirtió la presencia de Peggy. Estaba hablando con un desconocido. Vosotros, los médicos, los científicos, pensó North, ¿por qué no ponéis un pequeño cristal en un vaso, algo que tenga forma de estrella y sea afilado, y les obligáis a tragarlo? Sentido común; inteligencia; en forma de estrella y afilado. Pero ¿lo tragarían? Miró a Hugh. Hinchaba y deshinchaba las mejillas cuando decía tut, tut, tut y chu, chu, chu. ¿Lo tragarías?, le preguntó North en silencio.

Hugh se volvió hacia él otra vez.

—Espero que te quedes en Inglaterra, North —le dijo—, aunque supongo que se vive bien allá.

Y así regresaron a África y a la escasez de puestos de trabajo. El optimismo de North iba menguando. La tarjeta ya no irradiaba imágenes. Las hojas húmedas caían. Las hojas húmedas caen y caen y caen y todo lo cubren,

murmuró North para sí, y miró a su tía, carente de color, con la salvedad de una mancha castaña en la frente; y el cabello también sin color, excepto en una mancha como la yema de huevo. North sospechó que su tía tenía que estar íntegramente descolorida, como una pera pasada. Y el propio Hugh —con la manaza sobre la rodilla— estaba cubierto, como empaquetado, de carne de buey cruda. North se fijó en Eleanor. Su rostro tenía una expresión tensa.

—Sí, lo han estropeado —decía Eleanor, que hablaba ahora con voz átona —. Villas recién construidas en todas partes. —Al parecer había estado recientemente en el Dorsetshire—. Villas pequeñas y rojas junto a la carretera.

—Sí, eso me ha impresionado —dijo North haciendo un esfuerzo para ayudar a Eleanor—. Han estropeado Inglaterra, en el tiempo que he estado fuera…

—Pero no advertirás muchos cambios en nuestro pequeño rincón del mundo, North —dijo Hugh.

Había hablado con orgullo.

—No. Hemos tenido suerte —intervino Milly—. Allí hay varias fincas grandes. Hemos tenido suerte —repitió—. Menos con el señor Phipps —agregó soltando una áspera risita.

North despertó. Milly sentía lo que decía. Había hablado con una amargura que le confería realidad. Y no solo ella se había convertido en un ser real, sino que el pueblo, la gran casa, la pequeña casa, la iglesia y el círculo de viejos árboles también aparecieron ante North totalmente revestidos de realidad. Sí, pasaría unos días con ellos.

—Es nuestro clérigo —dijo Hugh—. Muy buena persona, a su manera, pero pomposo, muy pomposo… Ya sabes, cirios y todas esas cosas…

—Y su esposa… —comenzó Milly.

Entonces, Eleanor suspiró. North la miró. Se estaba durmiendo. Una expresión fija, un gesto cuajado cubría su cara. Por un instante, se pareció terriblemente a Milly; el sueño sacaba a la superficie el parecido familiar. Después abrió los ojos de par en par; los mantuvo abiertos con un esfuerzo de la voluntad. Pero era evidente que no veía nada.

—Debes venir a casa y ver si te gusta aquello —dijo Hugh—. ¿Qué te parece la primera semana de septiembre?

Hugh se balanceaba de un lado a otro, como mecido por su propia benevolencia. Parecía un viejo elefante dispuesto a arrodillarse. Y si se arrodilla, ¿cómo diablos se las arreglará para levantarse?, se preguntó North. Y si Eleanor se duerme y se pone a roncar, ¿qué voy a hacer yo, aquí sentado entre las rodillas del elefante?

North buscó con la mirada una excusa que le permitiera irse.

Maggie se acercaba sin mirar adónde iba. La vieron. A North le habría gustado gritarle: «¡Cuidado, cuidado!», pues Maggie se encontraba en la zona peligrosa. Los largos y blancos tentáculos que los cuerpos amorfos dejaban flotando para poder atrapar su alimento apresarían a Maggie. Sí, la habían visto. Estaba perdida.

—¡Mira, ahí está Maggie! —exclamó Milly levantando la vista.

—¡Cuánto tiempo sin verte! —dijo Hugh tratando de ponerse en pie.

Maggie tuvo que detenerse; tuvo que poner su mano en aquella informe zarpa. Con la última onza de energías que le quedaba, procedente de la tarjeta con la dirección que llevaba en el chaleco, North se puso en pie. Estaba dispuesto a salvar a Maggie de la contaminación de la vida familiar.

Pero Maggie hizo caso omiso de North. De pie, contestaba los saludos con perfecta compostura, como si utilizara un equipo especialmente ideado para resolver problemas de emergencia. Oh, Dios mío, se dijo North, es tan mala como ellos. Maggie actuaba fríamente, con poca sinceridad. Ahora hablaban de sus hijos.

—Sí, ese es el benjamín —decía Maggie señalando a un muchacho que bailaba con una chica.

—¿Y la chica? —preguntó Milly mirando a su alrededor.

North se inquietó. Esta es la conspiración, se dijo; es la apisonadora que suaviza, que borra; que, aplastando, forma identidades; que cumple su función en los bailes. North escuchó. Jimmy estaba en Uganda; Lily estaba en Leicestershire; mi chico, mi chica… decían. Pero no les interesaban los hijos de los demás, observó North. Solo los suyos; su propiedad; los que eran carne de su carne y sangre de su sangre, a los que estaban dispuestos a proteger con las garras desenvainadas de la ciénaga primitiva, pensó North, mientras miraba las pequeñas y gordezuelas zarpas de Milly, incluso Maggie, sí, Maggie. Porque ella también hablaba de mi chico, mi chica. Así, ¿cómo podemos ser civilizados?, se preguntó North.

Eleanor roncaba. Daba cabezadas sin el menor disimulo, sin poderlo evitar. La inconsciencia es un poco obscena, pensó North. Eleanor tenía la boca abierta; y la cabeza inclinada a un lado.

Pero ahora le había llegado el turno a North. Se había abierto el abismo del silencio. Hay que llenarlo, pensó, alguien debe decir algo, ya que de lo contrario la sociedad humana dejará de existir. Hugh dejaría de existir; Milly dejaría de existir. North se disponía a esforzarse en encontrar algo que decir, algo con que llenar el inmenso vacío de aquellas fauces primitivas, cuando

Delia, llevada por el inconsecuente deseo de las anfitrionas de interrumpir siempre, o bien divinamente inspirada de caridad humana, North ignoraba de qué se trataba, llegó gesticulando.

—¡Los Ludby! —exclamaba—. ¡Los Ludby!

—¿Dónde están? ¡Los queridos Ludby! —dijo Milly.

Y todos se levantaron dificultosamente, y todos se fueron, porque, al parecer los Ludby rara vez salían de Northumberland.

—Bueno, Maggie… —dijo North volviéndose hacia Maggie.

Pero entonces Eleanor emitió un chasquido, procedente de la parte más profunda de su garganta. Su cabeza cayó hacia delante. El sueño, ahora que dormía profundamente, le había dado dignidad. Parecía tranquila, lejana, entregada a esa calma que a veces da a los durmientes aspecto de muertos. Estuvieron sentados en silencio unos instantes, solos, en privado.

—¿Por qué, por qué, por qué? —dijo North al fin, haciendo un gesto como si arrancara manojos de hierba de la alfombra.

—¿Por qué qué? —le preguntó Maggie.

—Los Gibbs —murmuró North.

Los señaló con la cabeza, estaban hablando junto a la lumbre. Ingentes, obesos, informes, a North le parecían una parodia, un disfraz, una excrecencia que había sepultado la forma interior, el fuego interior.

—¿Qué les ocurre? —preguntó North.

Maggie también los miró. Pero no dijo nada. Las parejas pasaban bailando despacio ante ellos. Una muchacha se detuvo, y su ademán, al levantar la mano, tuvo inconscientemente aquella gravedad propia de los muy jóvenes anticipando la bondad de la vida que conmovía a North.

—¿Por qué? —extendió el pulgar hacia los jóvenes—, siendo, como son, tan adorables…

Maggie también miró a la muchacha que volvía a fijar en la parte delantera de su vestido una flor que se había desprendido. Maggie sonrió. No dijo nada. Después, de manera solo medio consciente, repitió la pregunta de North sin darle ningún sentido.

—¿Por qué?

North se desanimó por unos instantes. Tuvo la impresión de que Maggie se negaba a ayudarle. Y North quería que Maggie le ayudara. ¿Por qué no le quitaba aquel peso que llevaba en las espaldas, y le daba aquello que tanto deseaba, seguridad, certidumbre? ¿Porque también ella era deforme, como

todos los demás? North le miró las manos. Eran manos fuertes; manos bellas; pero cuando se tratara de «mis» hijos, de «mis» posesiones, pensó North mientras veía cómo los dedos se engarfiaban levemente, aquellas manos darían un zarpazo en el vientre, o los dientes se clavarían en el suave vello del cuello. No podemos ayudarnos el uno al otro, pensó, todos somos deformes. Sin embargo, a pesar de lo desagradable que era para él bajarla de la cumbre donde la había situado, quizá Maggie tuviera razón, pensó North, y resulta que transformamos a ciertas personas en ídolos, conferimos a tal hombre o a tal mujer el poder de guiarnos, con lo que solo aumentamos su deformidad y nos rebajamos.

—Voy a pasar unos días con ellos —dijo North en voz alta.

—¿En Towers? —preguntó ella.

—Sí —contestó North—, durante la temporada de caza de septiembre.

Maggie no le escuchaba. Tenía la vista fija en él. Le daba la sensación de que Maggie le estaba relacionando con otra cosa. Le miraba como si no fuera él, sino otra persona. North volvió a sentir aquella incomodidad que experimentó cuando Sally le describió por teléfono.

—Lo sé —dijo tensando los músculos de la cara—. Soy como el retrato del francés que sostiene el sombrero.

—¿Que sostiene el sombrero?

—Y que engorda.

—Sostiene un sombrero… ¿Quién sostiene un sombrero? —dijo Eleanor abriendo los ojos.

Desorientada, miró a su alrededor. Como su último recuerdo, y parecía de solo un segundo atrás, era el de Milly hablando de cirios en una iglesia, forzosamente tenía que haber ocurrido algo. Milly y Hugh habían estado allí, pero habían desaparecido. Se había producido una laguna, una laguna colmada por la dorada luz de los cirios de llama vacilante, y por una sensación que Eleanor no podía determinar.

Despertó del todo.

—¿Qué tonterías estáis diciendo? —exclamó—. ¡North no sostiene ningún sombrero! Y no está gordo —añadió—. Ni mucho menos, ni mucho menos —repitió dándole afectuosas palmadas en la rodilla.

Eleanor se sentía muy feliz. Casi siempre el sueño nos deja el rastro de una imagen soñada en la mente, al despertar permanece una escena, una figura. Pero aquel sueño, aquel pasajero trance, en el que los cirios se balanceaban y alargaban, no le había dejado nada salvo una sensación; una sensación, no una

imagen.

—North no sostiene un sombrero —repitió.

Los dos se rieron de ella.

—Has estado soñando, Eleanor —dijo Maggie.

—¿De verdad? —preguntó ella.

Ciertamente, en la conversación se había recortado un profundo abismo. Eleanor no recordaba de qué habían hablado. Allí estaba Maggie, pero Milly y Hugh se habían ido.

—He dado un par de cabezadas y nada más —dijo Eleanor—. Pero ¿qué vas a hacer, North? ¿Qué proyectos tienes? —le preguntó, hablando deprisa—. Maggie, no podemos permitirle que regrese a aquella horrenda granja.

Eleanor deseaba parecer muy pragmática, en parte porque quería demostrar que no había dormido y en parte porque ansiaba proteger aquella extraordinaria sensación de felicidad que todavía la embargaba. Si la hurtaba a la observación ajena, la sensación podía perdurar, creía Eleanor.

—Habrás ahorrado lo suficiente, ¿verdad? —preguntó en voz alta.

—¿Ahorrado? —dijo North.

¿A santo de qué, se cuestionó North, las personas que se dormían siempre se empeñaban en demostrar que estaban totalmente despiertas?

—Cuatro o cinco mil —contestó al azar.

—Bueno, pues es suficiente —insistió Eleanor—. Al cinco por ciento, al seis por ciento…

Intentó hacer mentalmente la operación. Pidió ayuda a Maggie.

—Cuatro o cinco mil, ¿cuánto pueden rendir, Maggie? Lo suficiente para vivir, ¿verdad?

—Cuatro o cinco mil… —repitió Maggie.

—Al cinco o al seis por ciento —la ayudó Eleanor.

Ni siquiera en los mejores momentos era Eleanor capaz de calcular algo mentalmente; pero por alguna razón le parecía muy importante tener datos concretos. Abrió el bolso, sacó una carta y cogió un lapicito casi gastado.

—Anda, calcúlalo.

Maggie cogió la carta y trazó en ella unas cuantas líneas con los restos del lápiz, como si quisiera probarlo. North miró por encima del hombro de Maggie. ¿Estaba resolviendo el problema que le habían planteado, estaba

realmente pensando su vida, la de North, sus necesidades? No. Maggie dibujaba, al parecer, una caricatura —North miró— de un hombre corpulento, con chaleco blanco. Maggie hacía comedia. North se sintió un poco ridículo.

—Anda, no seas tonta —dijo.

—Es mi hermano —repuso Maggie señalando con la cabeza el hombre del chaleco blanco—, solía llevarnos a dar paseos a lomos de un elefante.

Y añadió unos toques al chaleco.

—Oye, que hablamos seriamente —protestó Eleanor—. Si quieres vivir en Inglaterra, North, si quieres…

North la interrumpió secamente.

—No sé lo que quiero —dijo.

—¡Ah, bueno! —replicó Eleanor.

Y se echó a reír. Su sensación de felicidad regresó, así como su infundado optimismo. Tenía la impresión de que todos eran jóvenes, con el futuro por delante. Nada estaba fijado; nada era conocido; la vida se abría libremente ante ellos.

—¿Verdad que es extraño? —exclamó—. ¿Verdad que es raro? ¿No se deberá a esto que la vida sea un constante, no sé, no sé cómo llamarlo, digamos un constante milagro? Me refiero a que —intentó explicarse al ver la desorientada expresión de North— se dice que la ancianidad es así, pero no es así. Es diferente, es muy diferente. Y lo mismo puedo decir de mi niñez, y de mi juventud. Mi vida ha sido siempre un constante descubrimiento, un milagro.

Eleanor se calló. Volvía a divagar. Después de aquel sueño sentía la cabeza ligera.

—¡Allí está Peggy! —exclamó contenta de poder agarrarse a algo sólido —. ¡Miradla! ¡Leyendo un libro!

Peggy, aislada en cuanto el baile comenzó ante las estanterías con libros, se quedó lo más cerca que pudo de ellas. A fin de disimular su soledad, cogió un libro. Tenía las tapas de cuero verde y, como pudo advertir al darle vueltas en sus manos, con estrellitas doradas estampadas. De lo cual me alegro, pensó Peggy dando vueltas al libro, porque así parecerá que admiro la encuadernación… Pero no puedo quedarme aquí, admirándola. Abrió el libro. Este libro me revelará lo que estoy pensando, se dijo, mientras lo abría. Los libros abiertos al azar siempre lo hacen.

«La médiocrité de l’universe m’étonne et me révolte», leyó. Era esto. Exactamente esto. Siguió leyendo. «… La petitesse de toutes choses m’emplit

de dégoût…». Peggy levantó la vista. Le estaban pisando las puntas de los pies. «… La pauvreté des êtres humains m’anéantit…». Cerró el libro y lo devolvió a la estantería.

Exactamente, se dijo.

Dio la vuelta al reloj que llevaba en la muñeca y lo miró disimuladamente. El tiempo pasaba. Una hora tiene sesenta minutos, se dijo. Dos horas son ciento veinte minutos. ¿Cuántos minutos tendría que seguir allí? ¿No podía irse todavía? Vio a Eleanor que le hacía señas. Había devuelto el libro a la estantería. Se dirigió hacia ellos.

—Peggy, ven a hablar con nosotros —gritó Eleanor sin dejar de hacerle señas.

Cuando llegó junto a ellos, Peggy preguntó:

—¿Sabe qué hora es, Eleanor? —preguntó al acercarse a ellos. Señaló su reloj—. ¿No cree que es hora de irse?

—Me he olvidado de la hora —dijo Eleanor.

—Y mañana estará fatigadísima —protestó Peggy, de pie a su lado.

—¡Los médicos, siempre los médicos! —se burló North—. ¡La salud, la salud, la salud! —exclamó—. Pero la salud no es un fin en sí misma —dijo mirándola.

Peggy no le hizo caso.

—¿Piensa quedarse hasta el final? —le preguntó a Eleanor—. Esto puede durar toda la noche.

Peggy miró las parejas que se retorcían y giraban al compás de la música del gramófono, como un animal que muriera en lenta pero exquisita angustia.

—Pero es que nos estamos divirtiendo —dijo Eleanor—. Procura divertirte tú también.

Eleanor señaló el suelo, a su lado. Peggy se dejó caer al suelo. Sabía que Eleanor había querido decirle, deja de pensar, de analizar, de meditar. Disfruta del momento, pero ¿cómo podía disfrutar del momento?, se preguntó mientras, sentada en el suelo, se cubría los pies con la falda. Eleanor se inclinó y le dio un golpecito en el hombro.

—Quiero hacerte una pregunta —le dijo Eleanor para que participara en la conversación, pues parecía muy triste—, ya que eres médico y entiendes de esas cosas, ¿qué significan los sueños?

Peggy se echó a reír. Otra de las preguntas de Eleanor. ¿Realmente dos y dos son cuatro?, y ¿cuál es la naturaleza del universo?

—No me refiero exactamente a los sueños —añadió Eleanor—, sino a las sensaciones, las sensaciones que se experimentan mientras se duerme.

—Mi querida Nell —repuso Peggy levantando los ojos para mirarla—, no sé cuántas veces se lo he dicho. Los médicos saben muy poco acerca del cuerpo, y absolutamente nada acerca de la mente.

Peggy volvió a bajar la vista.

—Siempre he dicho que eran unos farsantes —dijo North.

—¡Qué lástima! —se lamentó Eleanor—. Esperaba que pudieras explicarme…

Eleanor se inclinaba hacia el suelo. Peggy advirtió que tenía las mejillas sonrosadas; se había alterado; pero ¿por qué se había alterado?

—¿Explicar, qué? —preguntó.

—Oh, nada… —contestó Eleanor.

Le he dado un chasco, pensó Peggy.

Peggy volvió a mirar a Eleanor. Tenía los ojos brillantes y las mejillas sonrosadas, ¿o era solo el bronceado de su viaje a la India? Y en la frente resaltaba una venilla. Pero ¿qué motivo podía tener para estar alterada? Peggy apoyó la espalda en la pared. Desde su posición, sentada en el suelo, tenía una extraña visión de los pies de la gente; pies apuntando hacia aquí, pies apuntando hacia allá; zapatos de charol; escarpines de satén; medias y calcetines de seda. Bailaban rítmica e insistentemente al compás del fox-trot. Y qué hay del cóctel y del té, me dijo él, me dijo él, parecía repetir la música una y otra vez. Y las voces pasaban por encima de su cabeza. A sus oídos llegaban extrañas y breves ráfagas de conversaciones… En Norfolk, mi cuñado tiene un yate… Fue una victoria total… La gente decía tonterías en las fiestas. Y, a su lado, Maggie hablaba, North hablaba, Eleanor hablaba. De repente, Eleanor agitó la mano.

—¡Ahí está Renny! —decía—, Renny, a quien nunca veo; Renny, al que quiero tanto… Ven a charlar con nosotros, Renny.

Y un par de zapatos cruzó el campo de visión de Peggy y se detuvo ante ella. Renny se sentó al lado de Eleanor. Peggy apenas veía la línea de su perfil; la gran nariz, la flaca mejilla. Y qué hay del cóctel y del té, me dijo él, me dijo él, machacaba la música; las parejas pasaban bailando. Pero el grupito de gente sentada en sillas hablaba sobre su cabeza; y reía.

—Sé que estarás de acuerdo conmigo… —decía Eleanor.

Entre sus párpados entornados, Peggy advirtió que Renny se volvía hacia ella. Vio su flaca mejilla; su gran nariz; observó que Renny llevaba las uñas

muy recortadas.

—Depende de lo que estuvieras diciendo —observó Renny.

—¿Qué estábamos diciendo? —se preguntó Eleanor.

Ya se había olvidado, sospechó Peggy.

—Que todo ha mejorado —oyó que decía Eleanor.

—¿Desde tu infancia?

Esta, pensó Peggy, es la voz de Maggie.

A continuación una voz procedente de una falda con un lazo rosa en el borde le interrumpió.

—Ignoro a qué se debe, pero la verdad es que ahora el calor no me afecta tanto como antes.

Peggy levantó la vista. El vestido tenía quince lazos de color rosa, limpiamente cosidos, ¿y aquella cabecita de santa, aquella cabecita de oveja que remataba el conjunto, no era la de Miriam Parrish?

—Lo que quiero decir es que nosotros mismos hemos cambiado. Somos más felices, somos más libres… —decía Eleanor.

¿A qué llama «felicidad», a qué llama «libertad»?, se preguntó Peggy volviendo a apoyar la espalda en la pared.

—Fijémonos, por ejemplo, en Renny y Maggie —oyó que continuaba Eleanor.

Y se calló. Pero luego continuó:

—¿Te acuerdas, Renny, de la noche del ataque aéreo? ¿La noche que conocí a Nicholas y que nos sentamos en la bodega? Pues, mientras bajaba la escalera me dije: «He aquí un matrimonio feliz».

Hubo otra pausa.

—Y me dije —prosiguió Eleanor, y Peggy vio que ponía la mano en la rodilla de Renny—: «Si hubiera conocido a Renny, cuando yo era joven…».

Se calló. ¿Quiere decir que se hubiera enamorado de él?, se preguntó Peggy. Una vez más la música se entrometió, me dijo él, me dijo él.

—No, nunca… —oyó que decía Eleanor—. No, nunca…

¿Decía que nunca se había enamorado, que jamás quiso casarse?, se preguntó Peggy. Ahora reían.

—¡Pero si parece una muchacha de dieciocho años! —oyó a North.

—¡Y me siento como una muchacha de dieciocho años! —exclamó Eleanor.

Pero mañana por la mañana estará destrozada, pensó Peggy mirándola. Eleanor estaba congestionada, y tenía las venas de la frente hinchadas.

—Me siento… —dijo, y se calló. Se llevó la mano a la cabeza—. ¡Como si hubiera estado en otro mundo! ¡Tan feliz! —exclamó.

—Fantasías, Eleanor, fantasías —replicó Renny.

Ya me imaginaba que Renny diría esto, pensó Peggy con extraña satisfacción. Veía el perfil de Renny, sentado al otro lado de la rodilla de su tía. Los franceses son gente lógica, con sentido común, se dijo Peggy. De todas maneras, ¿por qué no dejar que Eleanor tenga sus fantasías, si le gusta?

—¿Fantasías? ¿Qué quieres decir con eso? —preguntaba Eleanor.

Estaba inclinada hacia delante; tenía una mano levantada como si quisiera que hablara Renny.

—Que siempre hablas del otro mundo —contestó él—. ¿Por qué no de este?

—¡Pero si me refería a este mundo! Quería decir: feliz en este mundo, feliz entre gente viva.

Eleanor hizo un ademán con el cual parecía querer abarcar el heterogéneo grupo congregado en la estancia, a los jóvenes, a los viejos, a los que bailaban, a los que hablaban; a Miriam con sus lazos rosados, y al indio con su turbante. Peggy se recostó en la pared. ¡Feliz en este mundo, pensó, feliz entre personas vivas!

La música cesó. El muchacho que se había dedicado a poner discos en el gramófono se había ido. Las parejas se separaron y comenzaron a dirigirse, empujándose, hacia la puerta. Iban a comer algo, quizá; iban a salir en masa al jardín trasero para sentarse en las sucias y duras sillas. La música que había estado formando surcos en su mente había cesado. Hubo un momento de calma, un silencio. A lo lejos oía los ruidos nocturnos de Londres; sonó una bocina; gemía una sirena en el río. Los distantes sonidos, que sugerían la existencia de otros mundos, otros mundos ajenos al mundo presente, mundos de gente trabajando, afanándose, en el corazón de la oscuridad, en las profundidades de la noche, indujeron a Peggy a repetir las palabras de Eleanor: Feliz en este mundo, feliz entre gente viva. Pero ¿cómo se puede ser «feliz», se preguntó Peggy, en un mundo rebosante de desdichas? En todos los carteles de todas las esquinas se encuentra la muerte; o peor, la tiranía, la brutalidad, la tortura, la decadencia de la civilización, el fin de la libertad. Nosotros nos guarecemos aquí bajo una hoja que será destruida. Y luego viene

Eleanor y dice que el mundo es mejor, porque dos personas, entre millones y millones, son «felices». La vista le había quedado fija en el suelo; ahora estaba desierto, salvo por un retal de muselina arrancada de alguna falda. ¿Y por qué me fijo en todo?, se preguntó Peggy. Cambió de postura. ¿Por qué he de pensar? No quería pensar. Quisiera que hubiera pantallas, como las de las ventanillas de los vagones de ferrocarril, que se bajaran para evitar la luz y tapar la mente. La pantalla azul que se baja durante un viaje nocturno, se dijo Peggy. Pensar constituía una tortura, ¿por qué no renunciar al pensamiento, para vagar y soñar? Pero las desdichas del mundo, rumió, me obligan a pensar. ¿O se trataba de una pose? ¿No sería que se veía a sí misma en la favorecedora actitud de quien señala su propio corazón sangrante, para quien las desdichas del mundo significan desdicha? Cuando en realidad, pensó, no amo al prójimo. Una vez más vio la acera con brillos de rubí, y las caras apiñadas ante la puerta del cine; caras apáticas, pasivas; caras de personas drogadas por los placeres baratos; que ni siquiera tenían la valentía de ser ellas mismas, sino que debían disfrazarse, imitar, fingir. Y aquí, en esta sala, pensó, fijando la vista en una pareja… Pero no quiero pensar, repitió; obligaría a su mente a quedar en blanco y a reposar, y a aceptar en silencio, con tolerancia, todo lo que sucediera.

Escuchó. Desde arriba le llegaban retazos de la conversación, «… En Highgate los pisos tienen cuarto de baño», decían. «… Tu madre… Digby… Sí, Crosby todavía vive…». Era una charla familiar, y disfrutaban con ella. ¿Y cómo puedo yo disfrutar con esto?, se preguntó Peggy. Se sentía muy cansada; tenía la piel tensa alrededor de los ojos; un lazo le oprimía con fuerza la cabeza. Se esforzó en imaginar que se hallaba lejos, en la oscuridad del campo. Pero era imposible; reían. Peggy abrió los ojos, desesperada por sus risas.

Renny reía. Tenía una hoja de papel en la mano; había echado la cabeza atrás; abría la boca de par en par. Y de ella surgía un sonido, ¡ja, ja, ja! Eso es risa, se dijo Peggy. Ese es el sonido que hace la gente cuando se divierte.

Peggy observó a Renny. Sus músculos comenzaron a estremecerse involuntariamente. No podía evitar la risa. Alargó la mano, y Renny le entregó la hoja de papel. Estaba doblada; habían estado jugando. Cada uno de ellos había dibujado una parte diferente de un dibujo. En lo alto había una cabeza de mujer que parecía la reina Alejandra, cubierta de un amasijo de ricitos; luego venía un cuello de pájaro; el cuerpo de un tigre; y unas recias patas de elefante cubiertas con enaguas de niña remataban el dibujo.

—Esto lo he dibujado yo… Esto lo he dibujado yo… —dijo Renny señalando las patas, de las que colgaba una larga cinta.

Y Peggy rió, rió y rió; no podía evitar la risa.

—¡La cara que botó mil buques! —exclamó North indicando otra parte del monstruo.

Todos volvieron a reír. Peggy se calló; sus labios se alisaron. Pero la risa había producido un extraño efecto en ella. La había relajado, la había aumentado. Sentía que existía, o, mejor dicho, veía no un lugar, sino un estado del ser en el que la risa era real, era felicidad real, y en que este mundo roto estaba entero; entero, inmenso y libre. Pero ¿cómo podía explicarlo?

—Oíd… —comenzó.

Deseaba expresar algo que consideraba muy importante; sobre un mundo donde la gente era íntegra y libre… Pero se reían; y ella hablaba en serio.

—Oíd… —volvió a comenzar.

Eleanor paró de reír.

—Peggy quiere decirnos algo —anunció.

Los otros se callaron, pero lo hicieron precisamente cuando no era necesario. Aunque Peggy no tenía nada que decir en aquel momento, estaba obligada a hablar.

—Bueno —empezó de nuevo—, pues resulta que estáis todos hablando de North…

North la miró sorprendido. Peggy no quería decir eso, pero ahora había comenzado y debía proseguir. Los demás la observaban sorprendidos como pájaros con el pico abierto.

—Acerca de cómo ha de vivir, dónde ha de vivir… —continuó ella—. ¿Y de qué sirve hablar de esto, qué utilidad puede tener?

Peggy miró a su hermano. Se sentía poseída por un sentimiento de animosidad. North todavía sonreía, pero su sonrisa se borró ante la mirada de Peggy.

—¿Para qué sirve? —dijo Peggy enfrentándose a él—. Te casarás. Tendrás hijos. ¿Y qué harás entonces, dime? Ganar dinero. Escribir libritos para ganar dinero.

Peggy se había expresado mal. A pesar de que había querido decir algo impersonal, había hablado en términos personales. De todas formas, ya estaba hecho; ahora debía seguir desbarrando.

—Escribirás un librito y luego otro librito —dijo con brutalidad—, en vez de vivir de una forma diferente, diferente.

Se calló. Todavía tenía la visión, pero no la había aprehendido. Solo había arrancado un pequeño fragmento de lo que quería decir, y ya había enojado a

su hermano. Sin embargo, aún colgaba frente a ella, aquella cosa que había visto y que no había dicho. Pero Peggy se dejó caer de golpe contra la pared, y se sintió liberada de cierta presión; el corazón le latía con fuerza; tenía las venas de la frente hinchadas. No lo había dicho, aunque lo había intentado. Ahora podía descansar, ahora podía pensar y alejarse de ellos bajo la sombra de su ridículo, que carecía de fuerza para ofenderla, y refugiarse en el campo. Con los párpados entornados, tenía la impresión de hallarse en una terraza, al anochecer; una lechuza subía y bajaba, subía y bajaba; su ala blanca destacaba contra la oscuridad del seto; oía a los campesinos cantando y el traqueteo de las ruedas en la carretera.

Después, poco a poco, la confusa mancha adquirió nitidez; Peggy vio las líneas de las estanterías enfrente; el retal de muselina en el suelo; y dos grandes pies, con unos zapatos tan apretados que se marcaban los juanetes, se detuvieron ante ella.

Por un instante nadie se movió; nadie habló. Peggy se quedó sentada. No deseaba moverse, no deseaba hablar. Quería descansar, estar apoyada, soñar. Se sentía muy cansada. Luego se detuvieron otros pies, y el borde de una falda negra.

—¿Es que no queréis bajar a cenar? —preguntó una vocecilla riendo entre dientes.

Peggy alzó la vista. Era su tía Milly, con su marido al lado.

—La cena está servida abajo —dijo Hugh—, la cena está servida abajo.

Y se fueron.

—¡Qué prósperos se han vuelto! —exclamó la voz de North burlándose de ellos.

—Son buenas personas —protestó Eleanor.

Otra vez el sentimiento de familia, advirtió Peggy. Luego aquella rodilla tras la que se había refugiado se movió.

—Debemos ir —dijo Eleanor.

Espere, espere, habría deseado implorarle Peggy. Tenía que preguntarle algo; algo que quería añadir a su estallido, ya que nadie la había atacado, nadie se había reído de ella. Pero era inútil; las rodillas se habían estirado; la capa roja se había alargado; Eleanor se había puesto en pie. Buscaba su bolso o el pañuelo; hurgaba entre los almohadones de su sillón. Como de costumbre, había extraviado algo.

—Siento ser una vieja pesada —se disculpó.

Sacudió un almohadón; cayeron unas monedas al suelo. Una moneda de

seis peniques cruzó rodando la alfombra, llegó junto a un par de zapatos plateados y cayó plana.

—¡Mira, mira! ¡Allí! ¡Es Kitty! —exclamó Eleanor.

Peggy miró. Una hermosa mujer, entrada en años, con el cabello blanco rizado y algo que brillaba entre el peinado, estaba de pie en la puerta, mirando a su alrededor, como si acabara de llegar y buscara a la dueña de la casa, que no estaba presente. A sus pies era adonde había caído la moneda de seis peniques.

—¡Kitty! —repitió Eleanor.

Fue hacia ella con las manos extendidas. Todos se pusieron en pie. Peggy se levantó. Sí, había terminado; había quedado destruido, sintió Peggy. En cuanto algo se unía, se quebraba. Peggy se sentía desolada. Y entonces tiene que recoger los fragmentos y construir algo nuevo, algo diferente, pensó, y cruzó la sala y se reunió con el extranjero, el hombre a quien ella llamaba Brown y cuyo verdadero nombre era Nicholas Pomjalovsky.

—¿Quién es esa señora que entra en un salón como si fuera la dueña del mundo entero? —preguntó Nicholas a Peggy.

—Es Kitty Lasswade —respondió Peggy.

Como Kitty estaba en la puerta, no podían salir.

—Siento haber llegado tardísimo —oyeron que decía con su habitual tono claro y autoritario—, pero he estado en el ballet.

Esa es Kitty, ¿verdad?, se dijo North observándola. Era una de aquellas viejas damas fornidas y algo masculinas que le repelían levemente. Creyó recordar que era la esposa de uno de nuestros gobernadores, ¿o quizá de un virrey de la India? Al mirarla, la imaginó haciendo los honores en el palacio del gobernador. «Siéntese aquí. Siéntese allá. Y usted, joven, espero que haga mucho ejercicio». North conocía el paño. La señora tenía la nariz corta y recta, y los ojos azules, muy separados. Seguramente fue impresionante en la década de 1880, pensó North; con un ajustado vestido de montar a caballo; tocada con un sombrerito adornado con una pluma; quizá había tenido una aventura con un ayudante de campo; y luego había sentado la cabeza, se había vuelto dictatorial, y contaba historias de su pasado. North aguzó el oído.

—¡Pero no le llega a la suela de la zapatilla a Nijinski! —decía Kitty.

Exactamente lo que esperaba de ella, pensó North. Echó una ojeada a los libros de las estanterías. Cogió uno y lo sostuvo boca abajo. Un librito y luego otro librito, la burla de Peggy regresó a su mente. Aquellas palabras le habían molestado con una intensidad totalmente desproporcionada con su significado superficial. Peggy se había revuelto contra él con tremenda violencia, como si

le despreciara; Peggy le había parecido a punto de sufrir un estallido de lágrimas. North abrió el librito. ¿Era en latín? Leyó una frase y dejó que nadara en su mente. Allí estaban las palabras, hermosas aunque sin significado, pero componiendo una forma: nox est perpetua una dormienda. North recordó el consejo de su profesor. Fíjate en la palabra larga que remata la frase. Las palabras flotaban, sin embargo, justo cuando iban a revelar su significado hubo un movimiento en la puerta. El viejo Patrick había llegado a pasos torpes, había ofrecido galantemente el brazo a la viuda del gobernador general, y con un curioso aire de anticuada ceremonia habían empezado a bajar la escalera. Los demás salieron detrás. La joven generación secundaba a la vieja, se dijo North mientras devolvía el libro a la estantería y seguía a los otros. Lo que pasaba, observó North, es que tampoco eran tan jóvenes; Peggy —tenía hebras blancas en el cabello— estaría en los treinta y siete, ¿o quizá treinta y ocho?

—¿Qué? ¿Te diviertes, Peg? —preguntó North al encontrarse con Peggy cuando bajaba detrás de los otros.

North sentía cierta hostilidad hacia ella. Le parecía amargada, desilusionada y muy crítica con todos, especialmente con él.

—Baja tú primero, Patrick —oyeron que exclamaba lady Lasswade con su voz fuerte y afable—, porque esta escalera no es adecuada… —hizo una pausa mientras adelantaba una pierna probablemente afectada de reúma— para los ancianos que… —hizo otra pausa mientras bajaba otro peldaño— han estado arrodilladas en la hierba húmeda, matando babosas.

North miró a Peggy y se echó a reír. No esperaba que la frase terminara de aquella manera, pero las viudas de virreyes, pensó, siempre tienen jardines, siempre matan babosas. Peggy también sonrió. No obstante, North se sentía incómodo con ella. Le había atacado. A pesar de todo, estaban el uno al lado del otro.

—¿Has visto al viejo William Whatney? —preguntó Peggy volviéndose hacia North.

—¡No! —exclamó él—. ¿Todavía vive la vieja morsa con los bigotes blancos?

—Es ese.

Junto a la puerta había un anciano con chaleco blanco.

—La vieja Tortuga de Juguete —dijo North.

Tenían que recurrir a sus expresiones infantiles, a los recuerdos de aquellos tiempos para acortar las distancias, para superar su hostilidad.

—¿Recuerdas…? —comenzó a decir North.

—¿La noche de la pelea? —terminó Peggy—. La noche que me descolgué por la ventana, con una cuerda…

—Y cenamos en el viejo castro romano… —añadió North.

—Y jamás nos hubieran descubierto si aquel repelente soplón no nos hubiera delatado —recordó Peggy mientras bajaba un peldaño.

—Aquella bestezuela de ojos rosados…

No se les ocurrió nada más que decir mientras, bloqueados, esperaban que los otros avanzaran, uno junto al otro. Y él le leía a su hermana las poesías que escribía en el desván donde guardaban las manzanas, o mientras paseaban arriba y abajo, entre los rosales, recordó North. Y ahora no tenían nada que decirse.

—Perry —dijo cuando, al bajar otro peldaño, recordó de repente el nombre del muchacho de ojos rosados que les había visto regresar a casa por la mañana y les había delatado.

—Alfred —añadió Peggy.

Todavía sabía ciertas cosas sobre él, pensó North, todavía tenían algo muy profundo en común. Por eso, pensó, Peggy había conseguido ofenderle con lo que le dijo en presencia de los otros acerca de «escribir libritos». Era el pasado en común de los dos condenando el presente de North. La miró.

Malditas mujeres, pensó, son tan duras; carecen de imaginación. Malditas sean sus mentalidades mezquinas e inquisitivas. ¿De qué les valía la «educación» recibida? En el caso de Peggy, solo había servido para inducirla a criticar y a censurar. La vieja Eleanor, a pesar de sus vaguedades e inconsecuencias, valía diez veces lo que Peggy, por lo menos. Peggy no era ni carne ni pescado, pensó North echándole una ojeada; no estaba de moda ni pasada de moda.

Peggy se dio cuenta de que North la miraba y apartaba la vista. Sabía que North la censuraba por algo. ¿Sería por las manos? ¿El vestido? No, todo se debía a que ella le había criticado, pensó. Sí, pensó mientras bajaba otro peldaño, ahora me hará trizas; ahora voy a recibir el pago debido por haberle dicho que escribiría «libritos». Se tarda entre diez y quince minutos en recibir la respuesta, pensó; y la respuesta será algo que nada tendrá que ver con lo anterior, pero que será desagradable, y mucho. La vanidad de los hombres es inconmensurable. Peggy esperó. North volvió a mirarla. Ahora me está comparando con la chica con quien le he visto hablar, se dijo Peggy, y volvió a ver aquella cara hermosa y dura. North se comprometerá con una muchacha de labios rojos, y se convertirá en un ganapán. North debe hacerlo, pensó, y yo no puedo. No, yo siempre me siento culpable. Incluso en el castro romano me

decía sin parar: Lo pagaré, lo pagaré, pensó. Ella no tendría hijos, y él engendraría pequeños Gibbs, más pequeños Gibbs, se dijo Peggy mirando la puerta de un despacho de abogacía, a no ser que la chica prefiera a otro y lo deje antes de que pase un año… El abogado se llamaba Adridge, advirtió Peggy. Pero no estoy dispuesta a anotar más cosas; voy a divertirme, decidió de repente. Peggy puso la mano en el brazo de North.

—¿Has conocido a alguna persona divertida esta noche? —le preguntó.

North adivinó que su hermana le había visto en compañía de la muchacha.

—Una muchacha —repuso lacónicamente.

—Ya la he visto —dijo Peggy.

Apartó la vista.

—Me ha parecido bella —añadió observando con atención un grabado a todo color de un pájaro con un gran pico, que estaba colgado en la escalera.

—¿Quieres que os presente? —preguntó North.

Por lo visto a él le importaba su opinión. ¿O no? Peggy tenía aún la mano en el brazo de North; notó algo duro y tenso debajo de la manga, y el contacto con la carne de North, que le recordaba la cercanía de los seres humanos, y también su lejanía, de modo que cuando alguien quería ayudar ofendía, a pesar de que todos se necesitaban unos a otros, le causó tal tumulto de sensaciones que apenas pudo evitar exclamar a grandes voces: ¡North! ¡North! ¡North! Pero no, no debo volver a hacer el ridículo, pensó.

—Cualquier día, pasadas las seis —dijo Peggy en voz alta, mientras bajaba cautelosamente otro peldaño.

Habían llegado al pie de la escalera.

Detrás de la puerta de la sala donde iban a cenar se oía el rugido de las voces. Peggy retiró la mano del brazo de North. La puerta se abrió bruscamente.

—¡Cucharas, cucharas, cucharas! —gritó Delia moviendo los brazos en retórico ademán, como si todavía estuviera en la sala declamando para alguien.

Advirtió la presencia de sus sobrinos.

—¡North, sé buen chico y ve a buscar las cucharas! —gritó alargando las manos hacia él.

—¡Cucharas para la viuda del gobernador general! —vociferó North, que había captado la actitud de Delia e imitaba su dramático gesto.

—¡En la cocina, en el sótano! —exclamó Delia agitando el brazo en dirección a la escalera de la cocina—. Ven, Peggy, ven —dijo cogiendo la mano de Peggy entre las suyas—. Estamos todos sentándonos para cenar.

Delia entró violentamente en la sala de la cena. Estaba atestada. Había gente sentada en el suelo, en sillones, en taburetes de oficina. Se habían dispuesto largos escritorios y pequeñas mesillas para máquina de escribir. Estaban sembradas de flores, cubiertas de flores. A la buena de Dios, alguien había arrojado sobre las mesas claveles, rosas, margaritas.

—Siéntate en el suelo, en cualquier sitio —ordenaba Delia agitando la mano indiscriminadamente.

—Ahora traen cucharas —le dijo lady Lasswade, que bebía sopa en un tazón.

—No quiero cuchara —repuso Kitty.

Inclinó el tazón y sorbió.

—No, no, tú no —dijo Delia—, pero otros querrán.

North reapareció con un manojo de cucharas, y Delia se hizo cargo de ellas.

—¿Quién quiere cuchara y quién no? —preguntó blandiendo el manojo de cucharas ante ella.

Algunos querrán cuchara y otros no, pensaba Delia.

La gente como ella, se dijo, no quería cucharas; los otros, los ingleses, sí. Delia siempre había hecho esa distinción entre la gente.

—¿Cuchara? ¿Cuchara? —ofrecía paseando la mirada por la atestada estancia, no sin cierta satisfacción.

Advirtió que había gente de todas clases. Esa había sido siempre su ambición; mezclar a la gente; prescindir de los absurdos convencionalismos de la vida inglesa. Y esa noche lo había conseguido, pensó. Allí había aristocracia y plebe; gente vestida de gala y gente vestida de diario; gente que bebía la sopa en tazones y gente que esperaba que les proporcionaran una cuchara mientras la sopa se enfriaba.

—Dame una cuchara —le dijo su marido levantando la vista hacia ella.

Delia frunció la nariz. Por enésima vez, su marido había destrozado sus sueños. Creyendo que se casaba con un salvaje rebelde, se casó con el caballero rural que más respetaba al rey y más admiraba al Imperio británico, en parte precisamente por su condición de caballero rural que, todavía ahora, conservaba una magnífica figura.

—Una cuchara para tu tío —ordenó secamente a North, y lo envió hacia él con todo el manojo.

Después se sentó al lado de Kitty, que se tomaba la sopa como una niña en una merendola. Kitty dejó el tazón vacío entre las flores.

—Pobres flores… —dijo cogiendo un clavel que había sobre el mantel; se lo puso entre los dientes—. Se te morirán, Delia. Necesitan agua.

—Las rosas estaban baratas hoy —observó Delia—. Por dos peniques podías comprar un ramo, en una carretilla de Oxford Street.

Delia cogió una rosa roja y la puso bajo la luz, con lo que quedó esplendente, veteada, casi traslúcida.

—¡Qué rico es este país, Inglaterra! —exclamó dejando la rosa en la mesa.

Cogió su tazón.

—Es lo que siempre te digo —le recordó Patrick limpiándose los labios—. El único país civilizado del mundo —añadió.

—Pues yo pensaba que estábamos al borde de una crisis —dijo Kitty—, aunque esta noche en el Covent Garden no lo parecía.

—Sí, sí, es verdad —suspiró Patrick siguiendo el curso de sus propios pensamientos, lamento tener que decirlo, pero nosotros somos salvajes, comparados con vosotros.

—No será feliz hasta que hayamos recuperado el castillo de Dublín —se burló Delia.

—¿No os gusta la libertad de que gozáis ahora? —dijo Kitty mirando al extraño viejo, cuya cara siempre le recordaba la imagen de una grosella peluda, aunque su cuerpo era magnífico.

—A mi parecer, nuestra nueva libertad es peor que nuestra antigua esclavitud —respondió Patrick sin dejar de juguetear con un mondadientes.

Política, como de costumbre, dinero y política, pensó North al oír por casualidad la anterior conversación, mientras iba de un lado para otro con la última cuchara.

—¿No me dirás ahora que tantas luchas han sido en vano, Patrick? —preguntó Kitty.

—Ven a Irlanda y lo verás por ti misma, señora —repuso Patrick con tristeza.

—Todavía es pronto, es muy pronto para juzgar —observó Delia.

Su marido miró a lo lejos con los tristes e inocentes ojos de un viejo perro

de caza para quien las cacerías han terminado. Pero Patrick no podía fijar la vista mucho rato.

—¿Quién es ese muchacho de las cucharas? —preguntó poniendo los ojos en North, que estaba ante ellos, esperando.

—North —dijo Delia—. Ven y siéntate con nosotros, North.

—Buenas noches, señor —dijo Patrick.

Se conocían, pero Patrick ya se había olvidado.

—¿El hijo de Morris? —preguntó Kitty volviéndose bruscamente.

Kitty estrechó la mano de North con cordialidad. Este se sentó y tomó un sorbo de sopa.

—Acaba de regresar de África. Allí trabajaba en una granja —dijo Delia.

—¿Y qué impresión te ha causado la vieja Inglaterra? —le preguntó Patrick inclinándose afablemente hacia él.

—Hay mucha gente —dijo North paseando la mirada por la sala—. Y todo el mundo habla de dinero y de política.

Era su frase comodín. Ya la había repetido unas veinte veces.

—¿Has estado en África? —le preguntó lady Lasswade—. ¿Y por qué dejaste la granja?

Lady Lasswade lo miraba a los ojos y había hablado exactamente tal como North esperaba: de una forma demasiado imperiosa para su gusto. ¿Y a ti qué te importa, vejestorio?, se dijo.

—Ya estaba harto de ella —repuso en voz alta.

—¡Y yo que hubiera renunciado a todo con tal de dedicarme a una granja! —exclamó lady Lasswade.

Esto resultaba un poco incongruente, pensó North. También lo eran sus ojos; lady Lasswade hubiera debido llevar gafas y no las llevaba.

—¡Pero en mi juventud no estaba permitido! —dijo ella con tono airado.

Tenía las manos recias y la piel áspera, pues se dedicaba a la jardinería, recordó North.

—No, no lo estaba —dijo Patrick—. Y a mi juicio —continuó golpeando la mesa con un tenedor—, sería motivo de satisfacción, de gran satisfacción, que las cosas volvieran a ser como antes. ¿De qué nos ha servido la guerra? A mí me ha arruinado.

Patrick negó con la cabeza con melancólica tolerancia.

—Lo lamento —dijo Kitty—. Pero, desde mi punto de vista, los tiempos pasados fueron malos, perversos, crueles…

La pasión había vuelto azules los ojos de lady Lasswade. ¿Y qué me dices del ayuda de campo y del sombrerito con la pluma?, pensó North.

—¿No estás de acuerdo conmigo? —agregó Kitty volviéndose hacia Delia.

Pero Delia hablaba por delante de ella con alguien sentado en la mesa contigua, empleando de forma un tanto exagerada su sonsonete irlandés. Creo recordar esta sala, pensó Kitty; una reunión; una discusión. Pero ¿sobre qué? La fuerza, la violencia…

—Mi querida Kitty. —Patrick interrumpió sus pensamientos dándole un par de golpecitos en la mano con su gran zarpa—. Hay otro ejemplo de lo que te estaba diciendo. Todas esas señoras que han conseguido el derecho a votar —dijo volviéndose hacia North—, ¿viven por ello mejor?

Kitty pareció furiosa por unos instantes; luego sonrió.

—No, no discutiremos, viejo amigo —le dijo a Patrick dándole una palmadita en la mano.

—Es lo mismo que pasa con los irlandeses —siguió Patrick.

North advirtió que Patrick se disponía a hacer el recorrido de sus pensamientos habituales, igual que un viejo caballo sin bríos.

—Se alegrarían de volver a formar parte del Imperio, se lo aseguro. Pertenezco a una familia —le dijo a North— que ha servido a su patria y a su rey durante trescientos…

—Colonos ingleses —terció Delia con cierta sequedad.

Y volvió a su sopa. Este es el tema por el que se pelean cuando están a solas, pensó North.

—Llevamos trescientos años en el país —continuó Patrick siguiendo la ronda de sus pensamientos, con la mano en el brazo de North—. Y un viejo como yo, un viejo chocho como yo…

—Tonterías, Patrick —intervino Delia—. En mi vida te he visto tan joven. Si parece que tenga cincuenta años, ¿verdad, North?

Pero Patrick negó con la cabeza.

—Ya no volveré a cumplir los setenta —dijo con sencillez—. Pues un viejo como yo, no puede menos que preguntarse… —prosiguió, y dio unas palmadas en el brazo a North— cómo es posible que habiendo como hay tan buena voluntad… —señaló vagamente con la cabeza un cartel clavado en la pared—, y cosas tan agradables…

Quizá se refería a las flores, pero lo cierto era que su cabeza daba sacudidas involuntariamente.

—¿A santo de qué estos individuos se empeñan en liarse a tiros entre sí? No pertenezco a sociedades, ni firmo eso… —Señaló el cartel—. ¿Cómo lo llamáis? ¿Manifiestos? Lo único que hago es visitar a mi amigo Mike, o a Pat, que son buenos amigos míos, y… —Se agachó y se cogió un pie con la mano —. ¡Dios, estos zapatos! —se quejó.

—¿Te aprietan? —dijo Kitty—. ¡Quítatelos!

¿Por qué habían llevado a aquella casa al pobre vejestorio, y por qué le habían metido los pies en aquellos zapatos estrechos?, se preguntó North. Realmente, nadie le hacía caso. Ahora volvió a levantar los ojos e intentó recuperar el hilo de lo que estaba diciendo con la expresión del cazador que ve bandadas de pájaros levantarse en semicírculo alrededor del ancho y verde campo. Pero los pájaros estaban fuera del alcance de la escopeta. Patrick no podía recordar en qué punto se había quedado.

—Y hablamos, sentados alrededor de la mesa —dijo.

Sus ojos se suavizaron y quedaron ausentes, como si el motor se hubiera parado y su mente se deslizara en silencio.

—Los ingleses también hablan —dijo North a la ligera.

Patrick afirmó con la cabeza y miró distraídamente a un grupo de gente joven. Lo que los demás decían no le interesaba. Su mente ya no podía acomodarse a otros ritmos. Su cuerpo seguía dotado de bellas proporciones; era su mente lo que había envejecido. Diría lo mismo una y otra vez, y cuando lo hubiera dicho hurgaría con un palillo entre los dientes, y se quedaría sentado, con la vista fija al frente. Allí estaba ahora, sentado, sosteniendo una flor entre el índice y el pulgar, sin fuerza, sin mirarla, como si su mente siguiera resbalando… Pero Delia intervino.

—North tiene que dejarnos porque ha de hablar con sus amigos —dijo.

Como muchas esposas, Delia se daba cuenta de cuándo su marido se ponía pesado, pensó North al levantarse.

—No esperes a que te presenten —dijo Delia agitando la mano.

Su marido ratificó estas palabras mientras golpeaba la mesa con la flor:

—Haz lo que te dé la gana, haz lo que te dé la gana.

North se alegraba de haber dejado aquella mesa. Pero ¿adónde ir? Al mirar a su alrededor, volvió a darse cuenta de que era un extraño. Allí todos se conocían. Estaba cerca de un grupito de hombres y mujeres jóvenes, y advirtió que todos utilizaban el nombre de pila o el mote. Todo el mundo formaba ya

parte de un grupito, comprendió mientras escuchaba sin moverse. Deseaba oír lo que decían; pero no que le arrastraran a la conversación. Escuchó. Discutían. De política y dinero, se dijo, de política y dinero. Esta frase siempre era útil. Sin embargo, North no alcanzaba a comprender la discusión, que ya era acalorada. Nunca, nunca me he sentido tan solo, pensó. El viejo tópico referente a la soledad en medio de la multitud era cierto; sí, ya que las montañas y los árboles le aceptan a uno; los seres humanos le rechazan. Se volvió, y fingió leer las características de una hermosa finca que se vendía en Bexhill, en aquel cartel que Patrick, por alguna razón, había llamado «manifiesto». Leyó: «Agua corriente en todos los dormitorios». A sus oídos llegaban retazos de conversación. Este es de Oxford, este es de Harrow, prosiguió North al reconocer giros del habla adquiridos en la escuela secundaria y en la universidad. A North le parecía que todavía contaban chistecitos que solo ellos comprendían sobre el triunfo de Jones en el salto de longitud; o sobre el viejo Foxy, o como fuese que llamaran al rector. Oír hablar de política a aquellos muchachos era lo mismo que oír hablar a escolares. «Yo tengo razón… tú no la tienes». Cuando él tenía la edad de aquellos muchachos estaba en las trincheras, y veía cómo morían los hombres. Pero ¿había sido eso una buena educación? North movió nervioso los pies. A la edad de aquellos chicos, pensó North, él se encontraba solo en una granja situada a más de noventa kilómetros de cualquier otro hombre blanco al cuidado de un rebaño de ovejas. Pero ¿había sido eso una buena educación? De todas maneras, mientras escuchaba a medias su polémica, observaba sus ademanes y se fijaba en su jerga, a North le parecía que todos pertenecían a la misma especie. Escuelas para privilegiados y universidad, concluyó tras examinarlos observándolos por encima del hombro. Pero ¿dónde estaban los barrenderos, los poceros, las costureras, los estibadores? Delia, a pesar de enorgullecerse de mezclar gentes de todas clases, solo invitaba a catedráticos y duquesas, pensó North. Y quizá también a vagos y gorrones.

North se volvió. Un muchacho de aspecto simpático, de cara aniñada, nariz pecosa, vestido con un traje de diario, le estaba mirando. North pensó que a poco que se descuidara también él quedaría absorbido por aquella clase de gente. Nada más fácil que ingresar en una sociedad, o que firmar lo que Patrick llamaba un «manifiesto». Pero North no tenía fe en ingresar en sociedades y firmar manifiestos. Volvió a fijar su atención en la hermosa residencia, con un jardín de casi media hectárea y agua corriente en todos los dormitorios. Mientras fingía leer, pensó que la gente se reunía en salas alquiladas. Y uno de ellos se subía a una tarima. Y entonces se hacía el gesto de quien maneja la palanca de una bomba; el gesto de retorcer ropa mojada; y luego la voz, extrañamente disociada de la menuda figura y tremendamente ampliada por el altavoz, bramaba y retumbaba en la sala: ¡Justicia! ¡Libertad! Desde luego, por unos instantes, sentado entre rodillas apretadas, una oleada

de emoción, un agradable estremecimiento le recorría la piel; pero, a la mañana siguiente, se dijo North mientras volvía a mirar el cartel del agente de la propiedad inmobiliaria, no queda ni una idea, ni una frase con la sustancia suficiente para alimentar a un gorrión. ¿Qué quieren decir con «Justicia y libertad»?, se preguntó North, todos esos agradables jóvenes con doscientas o trescientas libras al año. Algo va mal, pensó North; media una laguna, una falla, entre la palabra y la realidad. Si quieren reformar el mundo, ¿por qué no empiezan allí mismo, en el centro, por ellos mismos? North se volvió, y se encontró de manos a boca con un anciano con chaleco blanco.

—¡Hola! —dijo North ofreciéndole la mano.

Era su tío Edward. Parecía un insecto cuyo cuerpo hubiese sido devorado y solo le quedaran las alas y el caparazón.

—Me alegra mucho que hayas regresado, North —dijo Edward. Y le estrechó cordialmente la mano—. Me alegra mucho —repitió.

Edward estaba cohibido. Estaba flaco y frágil. Su cara parecía labrada con una multitud de delicados instrumentos; como si hubiera permanecido al aire libre en una noche invernal y se hubiese helado. Echó la cabeza atrás, como un caballo al mascar el bocado; pero se trataba de un caballo viejo, con ojos azules, al que el bocado ya no molestaba. Sus movimientos se debían a la costumbre, no a sus reacciones. ¿Y qué habría hecho aquel hombre durante aquellos años?, se preguntó North mientras se miraban. ¿Se había dedicado a corregir y anotar ediciones de Sófocles? ¿Qué ocurriría si cualquier día se publicaba una edición expurgada de Sófocles? ¿Qué harían aquellos hombres consumidos, de los que solo quedaba el caparazón?

—Estás más lleno —dijo Edward mirando a North de la cabeza a los pies —. Estás más lleno.

Edward exhibía una sutil deferencia. Edward, el humanista, rendía tributo a North, el soldado. Sí, pero les costaba trabar conversación. Edward parecía muy reservado, pensó North; a fin de cuentas, algo le había mantenido alejado del mundanal ruido.

—¿Por qué no nos sentamos? —dijo Edward como si deseara hablar con North seriamente de algo interesante.

Buscaron con los ojos un lugar tranquilo. Edward no había desperdiciado el tiempo hablando con viejos perros de caza o levantando la escopeta, pensó North mientras miraba a su alrededor para ver si por casualidad había un lugar tranquilo donde pudieran sentarse y hablar. Solo había dos sillas de oficina libres, junto a Eleanor, en un rincón.

Eleanor les vio y les llamó.

—¡Edward! Recuerdo que quería preguntarte algo, pero… —comenzó.

Fue un alivio que la conversación con el ilustre profesor se demorara por la intervención de aquella impulsiva e insensata anciana. Eleanor sostenía un pañuelo en la mano.

—Hice un nudo —decía.

Efectivamente, el pañuelo estaba anudado.

—Pero ¿para qué hice el nudo? —continuó levantando la mirada.

—Es una admirable costumbre hacer nudos en los pañuelos —dijo Edward con su tono cortés y cuidado mientras se sentaba con rigidez junto a Eleanor —. Aunque es aconsejable, al mismo tiempo…

Se calló. Esto es lo que me gusta de él, pensó North ocupando la otra silla: siempre dejaba las frases a medias.

—Hice el nudo para recordar… —dijo Eleanor, llevándose la mano a su espesa mata de cabello blanco.

Se interrumpió. ¿Qué es lo que le da este aspecto tan calmo y estable?, pensó North mirando disimuladamente a Edward, que esperaba con ejemplar serenidad que su hermana recordara por qué había hecho un nudo en el pañuelo. Había algo definitivo en Edward; dejaba sus frases inacabadas. No se había preocupado por la política ni por el dinero, pensó North. Había en él algo sellado, inalterable. ¿Serían la poesía y el pasado? Pero en el momento en que North lo miró, Edward sonrió a su hermana.

—¿Y bien, Nell? —dijo.

La sonrisa era serena y tolerante.

Entonces intervino North, pues Eleanor seguía pensando en el nudo.

—En El Cabo conocí a un hombre que le admiraba muchísimo, tío Edward —dijo, y recordó el apellido—. Se llamaba Arbuthnot —agregó.

—¿R. K.? —preguntó Edward.

Edward se llevó la mano a la cabeza y sonrió. La halagadora frase de North le había gustado. Era vanidoso, era quisquilloso —North volvió a mirarlo de soslayo para examinarlo mejor—, era un hombre de prestigio arraigado. Todo él cubierto por el suave y brillante barniz que adorna a aquellos que ejercen la autoridad. Sí, ya que actualmente era… ¿qué? North no se acordaba. ¿Profesor? ¿Director? En fin, una persona que había adoptado una actitud invariable, de la que ahora ya no se podía liberar. Sin embargo, R. K. Arbuthnot había dicho, emocionado, que Edward era el hombre a quien más debía en el mundo.

—Afirmó que era usted el hombre a quien más debía en el mundo —dijo North en voz alta.

Edward quitó importancia al elogio, pero le gustó. Tenía la costumbre de llevarse la mano a la cabeza de una manera que North recordaba de otros tiempos. Y Eleanor le llamaba Nigs. Eleanor se reía de él; prefería a los fracasados como Morris. Y allí estaba Eleanor, sentada con el pañuelo en la mano, sonriendo irónica y disimuladamente al impulso de un recuerdo.

—¿Y qué proyectos tienes? —dijo Edward—. De todas maneras, te mereces un descanso.

Sus modales tenían cierto matiz halagador, pensó North, como los del director de la escuela que da la bienvenida a un exalumno que la visita tras haber destacado en la vida. Pero es sincero; no dice cosas que no piensa, lo cual también resulta alarmante, pensó North. Guardaron silencio.

—Delia ha reunido aquí a mucha gente estupenda, ¿no crees? —comentó Edward volviéndose hacia Eleanor.

Los tres miraron a los diferentes grupos. Los claros ojos azules de Edward contemplaron la escena con cortesía, pero con sorna. ¿En qué piensa?, se preguntó North. Algo hay detrás de esa máscara. Algo que le ha mantenido alejado de esa confusión. ¿El pasado? ¿La poesía?, pensó North mirando su nítido perfil. Le parecía más hermoso de lo que recordaba.

—Me gustaría dar un repaso a los clásicos —dijo North de repente—. Aunque en realidad poco puedo repasar —añadió atolondradamente, con temor al maestro.

Al parecer, Edward no lo oyó. Estaba ocupado en levantar el monóculo y dejarlo caer para examinar mejor aquella extraña mezcolanza de gentes. Su cabeza descansaba, levantada la barbilla, en el respaldo de la silla. La multitud, el ruido, y el sonido de cuchillos y tenedores entrechocando hacían innecesario hablar. North dirigió otra furtiva mirada a Edward. El pasado y la poesía, se dijo, de esto es de lo que quiero hablar, pensó. Quería decirlo en voz alta. Pero Edward era tan completo y con tanta personalidad, era un hombre tan en blanco y negro, tan lineal, con su cabeza echada hacia atrás y apoyada en el respaldo de la silla, que costaba hacerle preguntas.

Ahora Edward hablaba de África, cuando North quería hablar de poesía y del pasado. Eso, pensó North, estaba encerrado dentro de aquella hermosa cabeza, que parecía la de un muchacho griego encanecido; el pasado y la poesía. En ese caso, ¿por qué no abrir la cabeza? ¿Por qué no compartir su contenido? ¿Cuál es el error de este hombre?, pensó North, mientras contestaba las preguntas típicas de un inteligente ciudadano inglés que Edward le formulaba sobre África y el estado del país. ¿Por qué no puede dejarse ir?

¿Por qué no puede tirar de la cuerda de la ducha? ¿Por qué es tan cerrado y helado? Porque es un sacerdote, un tratante en misterios, pensó North sintiendo su frialdad; el custodio de bellas palabras.

Pero Edward le estaba hablando.

—Tenemos que concertar una cita —le decía—, para el próximo otoño.

También lo había dicho con toda seriedad.

—Sí… —dijo North en voz alta—. Me gustaría mucho… En otoño…

Y vio ante sí una casa con habitaciones sombreadas por las enredaderas, criados deslizándose por ella, jarras de vino y alguien ofreciendo una caja de buenos cigarros.

Unos jóvenes desconocidos, que pasaban con bandejas en las manos, les ofrecieron diversos bocados.

—Muchas gracias, qué amable —dijo Eleanor tomando un vaso.

North cogió un vaso que contenía un líquido amarillento. Supuso que se trataría de alguna especie de vino blanco. Tenía burbujitas que subían desde el fondo y estallaban en la superficie. North se quedó mirando cómo subían y estallaban las burbujas.

—¿Quién es esa muchacha tan linda que está en el rincón, hablando con ese joven? —preguntó Edward inclinando la cabeza.

Su tono fue benévolo y cortés.

—¿Verdad que son adorables? —dijo Eleanor—. Es exactamente lo que pensaba… Todos son tan jóvenes… Es la hija de Maggie… ¿Y quién es ese que habla con Kitty?

—Es Middleton —repuso Edward—. ¿No le recuerdas? Forzosamente tuviste que conocerle, en los viejos tiempos.

Charlaban, reposando a sus anchas. Sentados al sol, pensó North, charlan con calma cuando la jornada ha terminado; Eleanor y Edward, cada cual en su hornacina, con el fruto en las manos, tolerantes, seguros de sí mismos.

Contempló las burbujas que ascendían y estallaban. Para ellos, pensó North, es lo correcto; ya han vivido su día, pero para mí no, para mi generación no. A él le esperaba una vida que discurría como un chorro (North contemplaba las burbujas que subían), como una fuente, la fuente que salta con fuerza; otra vida, una vida diferente. Sin salas de reunión ni altavoces con ecos; sin desfilar marcando el paso detrás de los jefes, en rebaño, en grupos, en sociedades, protegido. No, era preciso comenzar desde dentro y permitir que el diablo asumiera su forma externa, pensó North mientras contemplaba a

un hombre joven con una hermosa frente y un mentón débil. Sin camisas negras, sin camisas verdes, sin camisas rojas, siempre posando ante el público; todo eso no son más que paparruchas. ¿Por qué no derribar barreras y simplificar? Pero un mundo, pensó North, que fuera todo él gelatina, una masa, sería un mundo como un pastel de arroz, un mundo como una colcha blanca. Mantener los emblemas y divisas de North Pargiter, el hombre del que Maggie se ríe; el francés que sostiene el sombrero en la mano; pero, al mismo tiempo, avanzar, crear una nueva onda en la conciencia humana, ser la burbuja y la corriente, la corriente y la burbuja —yo y el mundo juntos—, y North levantó el vaso. Anónimamente, dijo, contemplando el claro líquido amarillo. Pero ¿qué pretendo yo, para quien las ceremonias son sospechosas, y para quien la religión ha muerto; yo, que no encajo, como dijo aquel hombre, en ningún sitio?, se preguntó. Hizo una pausa. Tenía el vaso en la mano, y en la mente una frase. ¿Cómo puedo hacerlo, yo, pensó —y miró a Eleanor, que estaba sentada con un pañuelo de seda en las manos—, si no sé qué es lo sólido, qué es verdad; en mi vida, en la vida de los demás?

—El chico de Runcorn —exclamó de repente Eleanor. El hijo del portero de mi casa —dijo.

Deshizo el nudo del pañuelo.

—El hijo del portero de tu casa —repitió Edward.

Los ojos de Edward eran como un campo donde reposa el sol de invierno, pensó North levantando la vista, el sol de invierno al que ya no le queda calor aunque sí tiene cierta pálida belleza.

—Bueno, me parece que ahora se les llama supervisores —dijo Eleanor.

—¡Cómo detesto esa palabra! Portero es correcto en inglés, ¿no? —dijo Edward con un leve estremecimiento.

—Siempre digo lo mismo —continuó Eleanor—. El hijo del portero de mi casa… Bueno, pues quiere cursar estudios superiores, o quieren que los curse. Por eso pensé que si te veía te preguntaría al respecto…

—Claro, claro… —contestó Edward amablemente.

Está bien, dijo North para sí. Esta ha sido la voz humana con su tono natural de conversación. Claro, claro, repitió.

—Quiere cursar estudios superiores, ¿verdad? —prosiguió Edward—. ¿Qué exámenes ha aprobado?

¿Qué exámenes ha aprobado, eh?, repitió North. Sí, lo repitió, pero con sentido crítico, como si fuera actor y crítico a la vez; North escuchaba, aunque también comentaba. Observó el claro líquido amarillo donde las burbujas subían más y más despacio, una a una. Eleanor ignoraba qué exámenes había

aprobado el chico. ¿Y en qué pensaba yo?, se preguntó North. Tuvo la impresión de que había estado en medio de la selva; en el corazón de las tinieblas; abriéndose paso hacia la luz; pero sus únicos instrumentos para abrirse paso eran frases inacabadas, palabras sueltas, y con ellas tenía que abrirse camino entre la maleza formada por los cuerpos humanos, las voces y las voluntades humanas, que se cernían sobre él, que le ataban, que le cegaban… Escuchó.

—Dile que venga a verme —concedió Edward con tono animado.

—Eso es pedirte demasiado, Edward —protestó Eleanor.

—Para eso estoy —repuso Edward.

También este es el tono de voz correcto, pensó North. Sin caparazón. Y las palabras «caparazón» y «caperuza» chocaron y se mezclaron en su mente, formando una sola palabra que no era tal palabra. Lo que quiero decir es, siguió North mientras tomaba un sorbo de vino blanco, que debajo de eso está la fuente; la sabrosa nuez. El fruto, la fuente que todos llevamos dentro; Edward; Eleanor; por lo tanto, ¿a santo de qué ponernos un caparazón encima, además? North levantó la vista.

Un hombre muy corpulento se había detenido ante ellos. El hombre se inclinó y, muy cortésmente, cogió la mano de Eleanor. Tuvo que doblar el espinazo porque su blanco chaleco cubría una formidable barriga.

—¡Ay! —dijo el hombre con una voz cuya dulzura contrastaba con su corpulencia—. Lo haría con sumo gusto, pero mañana debo asistir a una reunión, a las diez de la mañana.

Le habían invitado a sentarse con ellos. El hombre caracoleaba como un caballo arriba y abajo sobre sus menudos pies.

—¡Pues no vayas! —exclamó Eleanor sonriéndole como sonreía a los amigos de su hermano cuando era joven, pensó North.

¿Por qué Eleanor no se había casado con uno de aquellos amigos de su hermano?, se preguntó North. ¿Por qué ocultamos todo aquello que es importante?, se preguntó.

—¿Y dejar a todos mis directores esperándome? ¿Con lo que el cargo representa para mí? —decía el viejo amigo.

Y se volvió con la agilidad de un elefante amaestrado.

—Parece que haya pasado muchísimo tiempo desde que actuó en la tragedia griega, ¿verdad? —observó Edward—. Con una toga —añadió sonriendo mientras seguía con la vista la bien redondeada persona del gran magnate de los ferrocarriles que cruzaba entre la multitud con notable

celeridad, debido a que era hombre de mundo—. Es Chipperfield, el gran hombre de la industria ferroviaria —le dijo a North—. Persona muy notable —prosiguió—. Hijo de un obrero de los ferrocarriles. —Edward separaba sus frases con breves pausas—. Lo ha conseguido todo por sí mismo… Una casa encantadora… Perfectamente restaurada… Ochenta o ciento veinte hectáreas, me parece… Cacerías en su finca… Me pide consejos sobre libros… Compra maestros antiguos.

—Compra maestros antiguos —repitió North.

Las precisas y breves frases parecían formar una pagoda; con sobriedad y justeza; y por aquel edificio circulaba un extraño aliento de burla matizada de afecto.

—Falsos, me parece —observó riendo Eleanor.

—Bueno, más valdrá que no entremos en ese aspecto del asunto —replicó Edward con una breve carcajada.

Guardaron silencio. La pagoda se alejó flotando. Chipperfield había desaparecido tras la puerta.

—¡Qué bien sabe esta copa! —dijo Eleanor por encima de la cabeza de North.

North veía el vaso de ella a la altura de su cabeza, en la rodilla de Eleanor. En la superficie del líquido flotaba una hoja verde.

—Espero que no se suba a la cabeza —agregó levantando el vaso.

North volvió a coger su vaso. ¿Qué pensaba la última vez que lo miré?, se preguntó. Se le había formado un atasco en la frente, como si hubieran chocado dos pensamientos e impidieran el paso a los demás. Tenía la mente en blanco. Balanceó líquido de un lado a otro del vaso. Se encontraba en medio de un bosque oscuro.

—De manera, North…

Se espabiló sobresaltado al oír su propio nombre. Era Edward. North se inclinó hacia delante, con una sacudida.

—… que quieres dar un repaso a los clásicos, ¿verdad? —continuaba Edward—. Me alegra saberlo. Hay mucha sustancia en las obras de los antiguos. Pero la joven generación… —hizo una pausa— no parece estar interesada en ellos.

—¡Qué tontería! —dijo Eleanor—. Hace pocos días estaba leyendo un clásico…, el que tú tradujiste. ¿Cuál era? —Hizo una pausa. Siempre olvidaba los nombres—. Uno sobre una chica que…

—¿Antígona? —aventuró Edward.

—¡Sí! ¡Antígona! —exclamó ella—. Y me dije exactamente lo que tú has dicho, Edward, qué gran verdad, qué bello…

Eleanor se calló, como si temiera proseguir. Edward afirmó con la cabeza. Se quedó quieto. De repente, echó la cabeza atrás y dijo unas palabras en griego:

—Οὔτοι συνέχθειν, ἀλλὰ συμφιλεῖν ἔφυν.

North levantó la vista.

—Tradúzcalo —pidió.

Edward negó con la cabeza.

—Es la lengua —dijo.

Edward guardó silencio. Es inútil, pensó North. No puede decir lo que quiere decir; tiene miedo. Todos tienen miedo; miedo a que se rían de ellos; miedo a delatarse. Y este también tiene miedo, pensó North mirando al joven de la hermosa frente y el mentón pequeño que gesticulaba con excesivo énfasis. Todos nosotros tememos a los demás, pensó; pero ¿de qué tenemos miedo? De las críticas, de las risas, de las personas que piensan de manera diferente. Me teme porque soy un granjero (North volvió a ver su rostro redondeado, los salientes pómulos y los ojos pequeños y castaños). Y yo le temo a él porque es inteligente. Miró la frente amplia, encima de la cual los cabellos ya comenzaban a escasear. Eso es lo que nos separa, pensó; el miedo.

North se rebulló. Deseaba levantarse y hablar con aquel joven. Delia le había dicho: «No esperes a que te presenten». Pero resultaba difícil dirigirse a un desconocido y decirle: «¿Qué es este nudo que llevo en mitad de la frente? Deshazlo». Pues North ya estaba cansado de pensar solo. Pensar solo tiene la virtud de formar nudos en mitad de la frente; pensar solo crea imágenes, imágenes tontas. El hombre se alejaba. North pensó que tenía que hacer aquel esfuerzo. Sin embargo, vacilaba. Se sentía atraído y repelido, repelido y atraído. Comenzó a ponerse en pie; pero antes de que pudiera levantarse del todo alguien golpeó una mesa con un tenedor.

Un hombre corpulento, sentado a una mesa en un rincón, golpeaba la mesa con un tenedor. Estaba echado hacia delante como si quisiera llamar la atención, como si se dispusiera a pronunciar un discurso. Era el hombre a quien Peggy llamaba Brown; los otros, Nicholas; y cuyo verdadero nombre North ignoraba. Quizá estuviera un poco ebrio.

—¡Señoras y señores! —dijo el hombre—. ¡Señoras y señores! —repitió alzando la voz.

—¿Qué es esto? ¿Un discurso? —dijo Edward con sarcasmo.

Se volvió un poco en la silla; levantó el monóculo, que colgaba de una cinta negra como si fuera una condecoración extranjera.

La gente zascandileaba con platos y vasos en la mano. Se sentaban desmadejadamente en los almohadones que había en el suelo. Una muchacha se cayó de cabeza.

—¿Te has hecho daño? —le preguntó un hombre joven, y alargó la mano hacia ella.

No, no se había hecho daño. Pero aquella interrupción distrajo la atención del discurso. Se había levantado un zumbido de voces, parecido al de las moscas sobre el azúcar. Nicholas se volvió a sentar. Parecía absorto contemplando la piedra roja de su anillo; o las flores sembradas aquí y allá; las flores blancas, cerúleas, las pálidas, semitraslúcidas flores, las flores carmesí tan abiertas que mostraban su centro dorado, y los pétalos que habían caído entre los cuchillos y tenedores de alquiler, entre los vasos baratos de la mesa. Entonces reaccionó.

—¡Señoras y señores! —comenzó.

Golpeó la mesa con el tenedor. Hubo una momentánea calma. Rose cruzó la sala.

—¿Vas a pronunciar un discurso? —preguntó a Nicholas—. Adelante, me encanta escuchar discursos.

Se sentó al lado de Nicholas y puso la mano junto al oído, un poco ahuecada, como un militar. El zumbido de voces estalló de nuevo.

—¡Silencio! —exclamó Rose.

Cogió un cuchillo y golpeó la mesa.

—¡Silencio! ¡Silencio!

Golpeó de nuevo la mesa.

Martin cruzó la estancia.

—¿Por qué arma Rose tanto ruido? —preguntó.

—¡Estoy pidiendo silencio! —repuso Rose agitando el cuchillo ante las narices de Martin—. ¡Este caballero quiere pronunciar un discurso!

Pero Nicholas se había sentado y examinaba su anillo con ecuanimidad.

—¿Verdad que es la viva imagen del tío Pargiter, el del jamelgo? —dijo Martin poniendo la mano en el hombro de Rose y volviéndose hacia Eleanor, como si quisiera que esta confirmara sus palabras.

—¡Y a mucha honra! —exclamó Rose blandiendo el cuchillo ante la cara de Martin—. Estoy orgullosa de mi familia, orgullosa de mi país, y orgullosa de…

—¿De tu sexo? —la interrumpió Martin.

—¡Sí, señor! —afirmó Rose—. ¿Y tú qué? —continuó dándole golpecitos en el hombro—. ¿Orgulloso de ti mismo, supongo?

—¡Chicos, chicos, no os peleéis! —gritó Eleanor, y adelantó un poco la silla donde se sentaba—. Siempre se peleaban esos dos —dijo—. Siempre, siempre.

—Siempre fue una repelente fierecilla —aseguró Martin sentándose en el suelo y mirando a Rose—, con el cabello de punta sobre la frente.

—Y con un vestidito de color rosa —añadió Rose.

Se sentó bruscamente con el cuchillo en la mano, apuntando hacia el techo.

—Un vestidito rosa, un vestido rosa… —repitió como si las palabras trajeran un recuerdo a su mente.

—Va, empieza el discurso, Nicholas —dijo Eleanor volviéndose hacia él.

Nicholas negó con la cabeza.

—Hablemos de vestiditos de color rosa —replicó sonriente.

—En la sala de estar de Abercorn Terrace, cuando éramos niños —dijo Rose—. ¿Recuerdas?

Rose miró a Martin, que afirmó con la cabeza.

—En la sala de estar de Abercorn Terrace —dijo Delia.

Delia iba de mesa en mesa con una gran jarra de vino blanco. Se detuvo ante ellos.

—¡Abercorn Terrace! —exclamó mientras llenaba un vaso. Echó la cabeza atrás y, por unos instantes, pareció pasmosamente joven, hermosa y desafiante —. ¡Era un infierno! —soltó—: ¡Un infierno! —repitió.

—Vamos, Delia, vamos… —protestó Martin, adelantando su vaso para que se lo llenara.

—Era un infierno —dijo Delia, sin acento irlandés, hablando con sencillez mientras servía vino—. Ya sabes —continuó mirando a Eleanor—. Cuando voy a Paddington siempre digo al conductor que dé un rodeo.

—Bueno, basta ya —la interrumpió Martin.

El vaso estaba lleno.

—También yo lo odiaba… —comenzó a decir Martin.

Pero en ese momento, Kitty Lasswade avanzó hacia ellos. Llevaba el vaso frente a ella como si fuera un trofeo.

—¿Qué es lo que odia Martin ahora? —preguntó encarándose a él.

Un cortés caballero acercó una sillita dorada y Kitty se sentó.

—Martin siempre ha odiado —observó levantando el vaso para que se lo llenaran—. ¿Qué odiabas, Martin, aquella noche que cenaste con nosotros? —le preguntó—. Recuerdo lo mucho que me irritaste.

Kitty le sonrió. Martin se había vuelto como un querubín; sonrosado y regordete; con el cabello peinado hacia atrás igual que un camarero.

—¿Odiar yo? Jamás he odiado a nadie —protestó Martin—: Mi corazón rebosa amor, mi corazón rebosa dulzura —rió agitando el vaso hacia Kitty.

—Tonterías —dijo Kitty—. Cuando eras joven lo odiabas todo… —Hizo un amplio ademán—. Odiabas mi casa… Mis amigos…

Calló y emitió un leve suspiro. Volvía a verles, los hombres entrando en la estancia, las mujeres tocando este o aquel vestido con el índice y el pulgar. Ahora ella vivía sola, en el norte.

—Y me atrevería a decir que ahora vivo mejor —agregó, como si hablara para sí—, con solo un chico para cortar la leña.

Se hizo un silencio.

—Y, ahora, dejemos que siga con su discurso —dijo Eleanor.

—Sí, adelante con el discurso —dijo Rose.

Rose volvió a golpear la mesa con el cuchillo; él empezó a levantarse de nuevo.

—¿Va a pronunciar un discurso? —preguntó Kitty volviéndose hacia Edward, que había acercado su silla a la suya.

—El único lugar donde actualmente se practica la oratoria como arte… —comenzó Edward. Entonces se calló, acercó un poco más su silla a la de Kitty, se puso las gafas—. Es la iglesia.

Por eso no me casé contigo, se dijo Kitty. Aquella voz, aquella voz pedante, ¡evocaba tan vívidamente los recuerdos en su mente! El árbol medio caído; la lluvia; los gritos de los estudiantes; el sonido de las campanas; su madre y ella…

Pero Nicholas se había puesto en pie. Había efectuado una profunda inhalación, que le había hinchado la pechera de la camisa. Una de sus manos

jugueteaba con la cadena del reloj; la otra avanzaba en ademán retórico.

—¡Señoras y señores! —volvió a comenzar—. En el nombre de todos aquellos que tan agradablemente han pasado esta noche…

—¡Habla, habla! —gritaron los jóvenes que estaban junto a la ventana.

(«¿Es extranjero?», musitó Kitty al oído de Eleanor).

—En el nombre de todos aquellos que tan agradablemente han pasado esta noche —repitió Nicholas en voz más alta—, quiero dar las gracias a nuestros anfitriones.

—No, hombre, no me dé las gracias —dijo Delia, que pasaba junto a ellos con la jarra vacía.

Una vez más, el discurso se vino abajo. Forzosamente ha de ser extranjero, se dijo Kitty, ya que carece de timidez. Allí estaba el orador, con el vaso de vino en la mano, sonriendo.

—Siga, siga —le dijo Kitty—. No les haga caso.

Estaba predispuesta a escuchar un discurso. Los discursos eran una buena cosa en las fiestas. Les daban tono. Les añadían el toque final. Kitty golpeó la mesa con el vaso.

—Me parece muy amable por su parte —dijo Delia intentando seguir su camino a empujones, pero Nicholas le había puesto la mano en el brazo—, aunque no quiero que me dé las gracias.

—Delia —arguyó Nicholas sin soltarla—, no es una cuestión de lo que usted quiere, sino de lo que nosotros queremos.

Agitando la mano, Nicholas prosiguió:

—Es pertinente y justo, cuando nuestros corazones rebosan gratitud…

Ahora comienza a calentarse, pensó Kitty. Me atrevería a decir que es todo un orador. La mayoría de los extranjeros lo son.

—Cuando nuestros corazones rebosan gratitud… —repitió Nicholas tocándose un dedo.

—¿Gratitud por qué? —preguntó una voz bruscamente.

Nicholas volvió a callarse.

(«¿Quién es ese hombre moreno? —preguntó Kitty al oído a Eleanor—. Me lo he estado preguntando durante toda la velada». «Renny —musitó Eleanor—. Renny», repitió).

—¿Por qué? —siguió Nicholas—. Eso es precisamente lo que os voy a

decir.

Hizo una pausa y aspiró una profunda bocanada de aire, que otra vez le hinchó el chaleco. Sus ojos resplandecían; parecía rebosar una espontánea benevolencia subterránea. Pero entonces una cabeza se asomó a la mesa; una mano cogió un puñado de pétalos, y una voz gritó:

—¡Roja Rose, espinosa Rose, valerosa Rose, morena Rose!

Y los pétalos fueron arrojados en forma de abanico a la robusta anciana sentada en el borde de una silla. Rose levantó la vista sorprendida. Le habían caído pétalos encima. Los sacudió con la mano de los lugares más prominentes de su persona donde se habían posado.

—¡Gracias! ¡Gracias! —exclamó; cogió una flor y con ella golpeó enérgicamente el borde de la mesa—. Pero quiero escuchar el discurso —dijo mirando a Nicholas.

—No, no —dijo él—, no es momento para discursos.

Y volvió a sentarse.

—En ese caso, bebamos —dijo Martin, y levantó el vaso—. Brindemos por la Pargiter del Jamelgo de Pargiter.

Dejó el vaso en la mesa con un trompazo.

—Si brindáis, yo también haré un brindis —dijo Kitty—. Brindo por Rose. Rose es una gran chica —añadió levantando el vaso—. Pero estaba equivocada. La violencia es siempre detestable. ¿No estás de acuerdo conmigo, Edward?

Kitty dio una palmadita en la rodilla de Edward. Me olvidé de la guerra, murmuró medio para sí misma.

—De todas maneras —dijo en alta voz—, Rose tuvo la valentía de obrar de acuerdo con sus convicciones. Fue a parar a la cárcel. ¡Brindo por ella!

Y Kitty bebió.

—Lo mismo digo de ti, Kitty —contestó Rose haciéndole una reverencia.

—Rompió la ventana de aquel individuo —se burló de ella Martin—. Y después ella lo ayudó a romper las ventanas de otra gente. ¿Dónde tienes la condecoración, Rose?

—En una caja de cartón sobre la repisa de la chimenea —contestó Rose—. No conseguirás irritarme a estas horas, querido.

—Me gustaría que dejarais a Nicholas terminar su discurso —terció Eleanor.

Cruzando el techo, acalladas y lejanas, llegaron las notas preliminares de otro baile. Los jóvenes se tomaron apresuradamente lo que quedaba en sus vasos, se levantaron y comenzaron a trasladarse arriba. No tardaron en oírse los pasos sordos, pesados y rítmicos.

—¿Otro baile? —preguntó Eleanor.

Era un vals.

—Cuando éramos jóvenes —dijo mirando a Kitty—, solíamos bailar.

La música pareció apoderarse de las palabras de Eleanor y repetirlas: cuando era joven solía bailar, solía bailar…

—¡Y cómo lo odiaba! —respondió Kitty mirándose los dedos, cortos y de piel áspera—. ¡Qué agradable es no ser joven! ¡Qué agradable no prestar atención a lo que la gente pueda pensar!… Ahora una puede vivir como quiera —añadió—, ahora que una tiene setenta años. —Hizo una pausa. Levantó las cejas como si hubiera recordado algo—. Lástima que una no pueda volver a vivir —dijo.

Y volvió a callarse.

—¿Nos vamos a quedar sin discurso, al final, señor…? —preguntó mirando a Nicholas, cuyo nombre ignoraba.

Nicholas estaba sentado, con la vista benévolamente perdida al frente; sus manos se movían entre los pétalos.

—¿Para qué? —dijo—. ¿Para qué? Nadie quiere escucharme.

Prestaron atención al ruido de los pies arriba, y a la música que repetía, según le parecía a Eleanor, «cuando era joven solía bailar, y todos los hombres me amaban cuando era joven…».

—¡Quiero oír el discurso! —dijo Kitty con su tono autoritario.

Era verdad; Kitty quería algo que apenas sabía lo que era, algo que diera tono, que diera el toque final. Pero no quería recuerdos, no quería volver al pasado. El presente; el futuro; eso quería.

—¡Allí está Peggy! —exclamó Eleanor mirando alrededor de la sala.

Peggy estaba sentada en el borde de una silla comiéndose un bocadillo de jamón.

—¡Peggy, ven! —le gritó Eleanor—. ¡Ven y habla con nosotros!

—¡Habla en nombre de la joven generación, Peggy! —dijo lady Lasswade estrechándole la mano.

—Yo no pertenezco a la joven generación —dijo Peggy—. Y, además, ya

he pronunciado un discurso —continuó—. Arriba me he puesto en ridículo —añadió dejándose caer al suelo, a los pies de Eleanor.

—En ese caso, North… —dijo Eleanor observando la raya que partía el cabello de North cuando este se sentó en el suelo a su lado.

—Sí, North —dijo Peggy mirándolo por encima de las rodillas de Eleanor—. North dice que no hablamos más que de política y de dinero. Me gustaría que nos dijera qué debemos hacer.

North se sobresaltó. Atontado por la música y las voces, se había adormilado. ¿Qué debemos hacer?, se preguntó, espabilándose. ¿Qué debemos hacer?

Se irguió de una sacudida. Vio la cara de Peggy, que le miraba. Ahora sonreía, estaba alegre; le recordó la cara de su abuela, en el cuadro. Pero la vio tal como la había visto arriba, colorada y tensa, como si Peggy fuera a echarse a llorar. Su cara era verdadera; sus palabras, no. Pero solo sus palabras volvieron a él —para vivir de una forma diferente, diferente—. North meditó. Eso es lo que requiere valentía; decir la verdad. Peggy esperaba atentamente la reacción de North. Los viejos ya hablaban de sus asuntos.

—Es una casita muy linda —decía Kitty—. Antes vivía allí una vieja loca. Tienes que pasar unos días conmigo, Nell. En primavera…

Peggy miraba a North por encima del borde del bocadillo de jamón.

—Lo que has dicho es verdad, una gran verdad… —balbuceó North.

North se corrigió, lo que Peggy había querido decir, y no lo que había dicho, era verdad; su convicción, no sus palabras. Ahora North sentía las convicciones de Peggy; y no se referían a él; se referían a otra gente; a otro mundo, a un mundo nuevo…

Los viejos tíos y tías parloteaban por encima de la cabeza de North.

—¿Cómo se llamaba aquel hombre de Oxford que tanto me gustaba? —decía lady Lasswade.

North vio el plateado cuerpo de lady Lasswade inclinado hacia Edward.

—¿El hombre que te gustaba en Oxford? —repetía Edward—. Yo creía que jamás te había gustado nadie en Oxford.

Todos rieron.

Pero Peggy esperaba, con la vista fija en North. Él volvió a ver el vaso, con las burbujas subiendo; volvió a sentir la opresión de un nudo en la frente. Le hubiera gustado que alguien, infinitamente sabio y bueno, pensara por él, contestara en su nombre. Pero el hombre joven de la alta frente se había

desvanecido.

«Vivir de una manera diferente…, diferente», repitió North. Esas fueron las palabras de Peggy; no coincidían plenamente con lo que quería decir él; no obstante, tenía que utilizarlas. Bueno, también yo me he puesto en ridículo, pensó mientras una desagradable sensación le recorría la espalda, como si un cuchillo se la cortara. Apoyó la espalda en la pared.

—¡Sí, era Robson! —exclamó lady Lasswade.

Su voz de trompeta sonó por encima de la cabeza de North.

—¡Cómo se olvidan las cosas! —prosiguió—. Claro que era Robson… Ese, ese era el apellido. ¿Y la chica a la que yo tenía tanta simpatía? ¿Nelly? La chica que quería estudiar medicina…

—Creo que murió —contestó Edward.

—Murió…, se murió… —dijo lady Lasswade. Guardó unos instantes de silencio—. Bueno, a ver si pronuncias tu discurso —continuó bajando la vista para mirar a North.

North se echó atrás. Se acabaron los discursos para mí, pensó. Todavía tenía el vaso en la mano. Todavía estaba medio lleno de líquido amarillo pálido. Ya no subían burbujas. El vino era claro y no se movía. Quietud y soledad, pensó North; silencio y soledad… Esta es la única situación en que la mente es libre, ahora.

Silencio y soledad, repitió; silencio y soledad. Sus párpados se entornaron. Estaba cansado; estaba desorientado; la gente hablaba; la gente hablaba. Se separaría, se generalizaría, imaginaría que yacía en un amplio espacio, en una llanura azul con montañas en el lejano horizonte. Estiró los pies. Los corderos pastaban; arrancaban la hierba despacio; avanzaban primero una rígida pata, y luego otra. Parloteaban, parloteaban. North no comprendía lo que decían. Entre sus párpados entornados veía manos que sostenían flores, manos delgadas, manos hermosas; pero eran manos que no pertenecían a nadie. ¿Y eran flores lo que sostenían las manos? ¿O montañas? ¿Montañas azules con zonas violáceas? Después cayeron pétalos. Rosados, amarillos, blancos, con sombras violáceas, caían los pétalos. Caen y caen, y todo lo cubren, murmuró. Y había el pie de una copa de vino; el borde de un plato; un cuenco con agua. Las manos siguieron cogiendo flor tras flor; esto era una rosa blanca; esto era una rosa amarilla; esto era una rosa con valles violáceos en los pétalos. Allí colgaban los pétalos, múltiples, de infinitos colores, desmayándose sobre el borde del cuenco. Y caían pétalos. Allí yacían, violáceos o amarillos, menudas chalupas, botes en el río. Y él flotaba, se dejaba llevar por la corriente en una chalupa, en un pétalo, río abajo, hacia el silencio y la soledad…, que es la mayor tortura, las palabras regresaron a North como si una voz las hubiera

pronunciado, que los seres humanos pueden infligir…

—¡Despierta, North! ¡Queremos escuchar tu discurso! —lo interrumpió una voz.

La roja y hermosa cara de Kitty se cernía sobre él.

—¡Maggie! —exclamó North irguiéndose.

Ella era quien estaba allí, sentada, poniendo flores en el agua.

—Sí, es su turno. A Maggie le toca hablar —dijo Nicholas apoyando la mano en la rodilla de Maggie.

—¡Habla, habla! —la apremió Renny.

Pero Maggie negó con la cabeza. La risa se apoderó de ella y estremeció su cuerpo. Maggie reía, con la cabeza hacia atrás, como si la hubiera poseído un amable espíritu externo, que la obligaba a inclinarse y a erguirse; como un árbol, pensó North, se inclina y se agita al impulso del viento. No más ídolos, no más ídolos, no más ídolos, y su risa parecía tintinear como si innumerables campanillas colgaran del árbol, y North también rió.

Las risas cesaron. Los pies golpeaban el suelo, bailaban en el piso de arriba. Sonó una sirena en el río. Un camión pasó rugiente por la calle, a lo lejos. Se oía un rumoroso torrente de sonido; parecía que algo hubiera sido liberado; parecía que la vida del día estuviera a punto de iniciarse, y era el coro, el grito, el piar, la agitación con que Londres saludaba al alba.

Kitty se dirigió a Nicholas.

—¿Y de qué hubiera tratado su discurso, señor…? Lo siento, no sé su apellido —dijo—. El discurso que fue interrumpido.

—¿Mi discurso? —contestó Nicholas riendo—. ¡Hubiera sido un milagro! ¡Una obra maestra! Pero ¿cómo se puede hablar con constantes interrupciones? Comienzo, voy y digo: Demos las gracias. Y Delia va y dice: No me des las gracias. Vuelvo a comenzar. Y digo: Demos las gracias a alguien… Y viene Renny y dice: ¿Gracias de qué? Vuelvo a empezar y fíjese —señaló a Eleanor con el dedo—, Eleanor se ha dormido como un tronco. ¿De qué hubiera servido?

—Siempre sirve para algo… —comenzó a decir Kitty.

Kitty seguía deseando algo, un toque final, algo que diera tono, pero no sabía qué. Y se estaba haciendo tarde. Tenía que irse.

—Dígame, en privado, lo que hubiera dicho en el discurso, señor… —le pidió a Nicholas.

—¿Lo que hubiera dicho? Pues hubiera dicho…

Se calló y estiró la mano; se tocó cada uno de los dedos. Y habló:

—En primer lugar, iba a dar las gracias a nuestros anfitriones. Luego, hubiera dado las gracias a esta casa —señaló con la mano toda la sala, en cuyas paredes colgaban los anuncios de los agentes de la propiedad inmobiliaria—, que ha alojado a los enamorados, a los creadores, a hombres y mujeres de buena voluntad. Y, por fin —cogió el vaso— me proponía brindar por la raza humana. Sí, por la raza humana —continuó llevándose el vaso a los labios—, que se encuentra ahora en su infancia, con el deseo de que alcance la madurez. ¡Señoras y señores! —exclamó empezando a levantarse mientras se le hinchaba el chaleco—. ¡Por esto brindo!

Dejó el vaso sobre la mesa con un trompazo. Se rompió.

—¡Es el vaso número trece que se rompe esta noche! —exclamó Delia deteniéndose ante ellos—. Pero no importa, no importa. Son muy baratos esos vasos.

—¿Qué es muy barato? —murmuró Eleanor.

Eleanor entreabrió los ojos. ¿Dónde se encontraba? ¿En qué cuarto? ¿En cuál de los innumerables cuartos? Siempre hubo cuartos; siempre hubo gente en los cuartos. Siempre, desde el principio de los tiempos… Oprimió las manos sobre las monedas que guardaba, y una vez más se sintió invadida y penetrada por una oleada de felicidad. ¿Se debería a que esto había sobrevivido —esa aguda sensación (estaba despertando)—, y el otro objeto, el objeto sólido —Eleanor vio una morsa corroída por la tinta— se había desvanecido? Abrió los ojos de par en par. Allí estaba; viva; en esta sala; con gente viva. Vio todas las cabezas formando un círculo. Al principio, sin identidad. Luego las reconoció. Allí estaba Rose; allí estaba Martin; allí estaba Morris. Este último se había quedado casi totalmente calvo. Y su cara tenía una palidez curiosa.

Al mirar a su alrededor, Eleanor advirtió que todas las caras estaban curiosamente pálidas. Las luces eléctricas habían perdido su esplendor; los manteles parecían más blancos. La cabeza de North, que se encontraba sentado en el suelo, a sus pies, estaba rodeada de blanco. Llevaba la pechera de la camisa un poco arrugada.

North, sentado en el suelo a los pies de Edward, con las manos enlazadas alrededor de las rodillas, se estremecía con leves sacudidas. North levantó la vista al rostro de Edward, como si quisiera pedirle algo.

—Tío Edward —Eleanor oyó que North le decía—. Explíqueme…

Parecía un niño pidiendo que le contaran un cuento.

—Verá —siguió, otra sacudida estremeció su cuerpo—, usted es un

humanista. Hábleme de los clásicos, ahora. De Esquilo, Sófocles, Píndaro…

Edward se inclinó hacia él.

—Y del coro —dijo.

North volvió a estremecerse.

Eleanor se inclinó hacia los dos.

—Del coro —repitió North.

—Mi querido muchacho —oyó Eleanor que le decía al tiempo que le sonreía con benevolencia— no me pidas eso. Jamás destaqué gran cosa en esta materia. Si de mi voluntad hubiera dependido… —Edward hizo una pausa y se pasó la mano por la frente—. Hubiera sido…

Una carcajada ahogó sus palabras. ¿Qué dijo que hubiera querido ser? Eleanor no oyó sus últimas palabras.

Forzosamente ha de haber otra vida, pensó mientras se dejaba caer contra el respaldo del sillón, exasperada. Y no en sueños, sino aquí y ahora, en esta sala, con gente viva. Tenía la impresión de encontrarse en el borde de un precipicio, de pie, con el cabello echado hacia atrás por el viento; estaba a punto de aprehender algo que se le escapaba por muy poco. Forzosamente ha de haber otra vida, aquí y ahora, repitió. Esto es demasiado breve, está demasiado fragmentado. No sabemos nada, ni siquiera acerca de nosotros mismos. Solo comenzamos a comprender, pensó, ahora esto, ahora aquello. Ahuecó las manos que reposaban en su regazo, tal como Rose había ahuecado su mano junto a la oreja. Mantuvo las manos ahuecadas; tenía la impresión de que quería encerrar en ellas el momento presente; retenerlo; quería llenarlo más y más, con el pasado, con el presente, con el futuro, hasta dejarlo resplandeciente, íntegro, brillante, con profunda comprensión.

—Edward… —comenzó, tratando de llamar su atención.

Pero Edward no le hizo caso; estaba contando a North una vieja historia universitaria. Es inútil, pensó abriendo las manos. Ha de caer. Ha de caer. ¿Y luego? También para ella llegaría la noche sin fin, las infinitas tinieblas. Miró hacia delante, como si viera que frente a ella se abría un túnel negro, muy largo. Pero mientras pensaba en la oscuridad, algo la desorientó; en realidad, amanecía. Las cortinas se habían puesto blancas.

En la estancia hubo un movimiento general.

Edward se volvió hacia Eleanor.

—¿Quiénes son? —le preguntó señalando la puerta.

Eleanor miró. En la puerta había dos niños. Delia les había puesto las

manos en los hombros, como si quisiera infundirles confianza. Los llevaba hacia la mesa para darles algo de comer. Los niños parecían avergonzados y torpes.

Eleanor miró las manos de los niños, su ropa, la forma de sus orejas.

—Los hijos de los porteros, me parece —dijo.

Sí, Delia cortaba porciones de pastel para ellos, y eran porciones grandes, como las que hubiera cortado si aquellos niños hubieran sido hijos de amigos suyos. Los niños cogieron las porciones de pastel y las observaron con una curiosa mirada fija, como si estuvieran orgullosos de ellas. Pero quizá estaban atemorizados porque Delia los había sacado del sótano para llevarlos al salón.

—¡Vamos! ¡A comer! —les dijo Delia, dándoles una leve palmadita.

Los niños comenzaron a masticar despacio, mirando solemnemente a su alrededor.

—¡Hola, chicos! —gritó Martin haciéndoles señas.

Los niños le miraron con solemnidad.

—¿No tenéis nombre? —les preguntó Martin.

Los niños siguieron comiendo en silencio. Martin comenzó a hurgar en uno de sus bolsillos.

—¡Hablad! —exclamó—. ¡Hablad!

—A la joven generación no le gusta hablar —terció Peggy.

Ahora los niños volvieron los ojos hacia ella; pero siguieron masticando.

—Mañana no hay colegio, ¿verdad? —les preguntó Peggy.

Los niños negaron con la cabeza.

—¡Viva! —exclamó Martin, que tenía unas monedas en la mano, sujetas entre el índice y el pulgar—. Si cantáis una canción os daré seis peniques.

—Eso. ¿Os han enseñado alguna canción en el colegio? —preguntó Peggy.

La miraron, pero siguieron en silencio. Habían dejado de comer. Eran el centro de un grupito. Durante un instante, los niños pasearon la mirada por los mayores que les rodeaban. Después, se atizaron recíprocamente un codazo y rompieron a cantar:

Etho passo tanno hai,

Fai donk to tu do,

Mai to, kai to, lai to see

Toh dom to tuh do…

Así sonaba. No se comprendía ni media palabra. Los deformados sonidos subían y bajaban como si siguieran una tonada. Cesaron.

Los niños estaban quietos, con las manos a la espalda. Después, en un súbito impulso, atacaron la estrofa siguiente:

Fanno to par, etto to mar,

Timin tudo, tido,

Foll to gar in, mitno to par,

Eido, tedo, meido…

Cantaron la segunda estrofa con más fuerza que la primera. El ritmo parecía balancearse, y las incomprensibles palabras se juntaban formando casi un solo chillido. Los mayores no sabían si llorar o reír. Tan ásperas eran las voces de los niños; tan horroroso el acento.

De nuevo rompieron a cantar:

Chree to gay ei,

Geeray didax…

Y se callaron. Al parecer, a mitad de la estrofa. Se quedaron quietos sonriendo, silenciosos, con la vista fija en el suelo. Nadie sabía qué decir. Aquel canto tenía algo horrible, era tan chillón, tan discordante, tan carente de significado. Entonces el viejo Patrick se levantó con torpeza.

—¡Muy bien, muy bien! Muchas gracias, pequeños —dijo con su tono amable mientras jugueteaba con un mondadientes.

Los niños le sonrieron e iniciaron la retirada. Cuando pasaron junto a Martin, les puso las monedas en las manos. Después corrieron hacia la puerta.

—¿Qué diablos han cantado? —preguntó Hugh Gibbs—. Confieso que no he comprendido ni media palabra.

Gibbs metió las manos a uno y otro lado del enorme chaleco blanco.

—Es el acento de los barrios bajos, supongo —dijo Patrick—. Ya sabéis, es lo que se enseña en la escuela ahora.

—Ha sido… —comenzó Eleanor.

¿Qué había sido? Los niños, allí, quietos, se habían mostrado muy dignos; sin embargo, luego hicieron aquel horrendo ruido. El contraste de sus caras y sus voces fue pasmoso; era imposible hallar una sola palabra que expresara el conjunto.

—¿Hermoso? —dijo volviéndose hacia Maggie, con una nota interrogante en su voz.

—Extraordinario —afirmó Maggie.

Pero Eleanor no sabía con certeza si las dos pensaban en lo mismo.

Recogió los guantes, el bolso y dos o tres monedas, y se puso en pie. Una extraña luz pálida llenaba la estancia. Los objetos parecían levantarse de su sueño, abandonar su disfraz, y revestirse de la austeridad propia de la vida cotidiana. La sala estaba siendo preparada para cumplir su función de despacho de un agente de la propiedad inmobiliaria. Las mesas se transformaban en mesas de oficina; sus patas eran patas de mesa de oficina, y sin embargo seguían aún sembradas de platos y vasos, de rosas, lirios y claveles.

—Debo irme —dijo cruzando la sala.

Delia se había acercado a la ventana. Abrió las cortinas de un tirón.

—¡El alba! —exclamó con un tono algo melodramático.

En el otro lado de la plaza surgieron las formas de las casas. Todas las cortinas estaban corridas; todavía parecían profundamente dormidas a la pálida luz de la mañana.

—¡El alba! —dijo Nicholas levantándose y desperezándose.

También se acercó a la ventana. Renny le siguió.

—Y, ahora, la peroración —dijo Renny al lado de Nicholas junto a la ventana—. El alba, el nuevo día…

Señaló los árboles, los tejados, el cielo.

—No —replicó Nicholas sujetando la cortina—. Te equivocas. No habrá peroración. ¡No! —declaró extendiendo el brazo—. Porque no ha habido discurso.

—Pero está saliendo el sol —observó Renny indicando el cielo.

Era verdad. El sol había salido. Entre las chimeneas, el cielo era extraordinariamente azul.

—Me voy a la cama —anunció Nicholas después de una pausa; se volvió —. ¿Dónde está Sara? —preguntó mirando a su alrededor.

Sara estaba aovillada en un rincón, con la cabeza apoyada en la mesa, evidentemente dormida.

—Magdalena, despierta a tu hermana —dijo Nicholas volviéndose hacia Maggie.

Maggie miró a Sara. Después cogió una flor que había en una mesa y se la arrojó. Sara entreabrió los ojos.

—Es hora de irnos —dijo Maggie tocándola en el hombro.

—¿Ya es hora? —suspiró Sara.

Bostezó y se desperezó. Miró a Nicholas como si tratara de volver a incorporarlo a su campo visual. Luego se echó a reír.

—¡Nicholas! —exclamó.

—¡Sara! —contestó él.

Se sonrieron. Nicholas la ayudó a ponerse en pie y Sara se apoyó con gesto inseguro en su hermana, y se frotó los párpados.

—Qué extraño… —murmuró mirando a su alrededor—. Qué extraño…

Allí estaban los platos sucios y los vasos de vino vacíos; los pétalos y las migas de pan. Bajo la luz mezclada tenían un aspecto prosaico pero irreal; cadavérico pero brillante. Y allí, contra la ventana, formando un grupo, se encontraban los viejos hermanos y hermanas.

—¡Mira, Maggie! —musitó Sara volviéndose hacia su hermana—. ¡Mira!

Sara indicaba a los Pargiter, junto a la ventana.

El grupo de la ventana, los hombres ataviados de gala en blanco y negro, las mujeres con sus vestidos carmesí, dorados y plateados, tuvieron por un instante cierto aire de grupo escultórico, un cincelado en piedra. Las ropas formaban pliegues de estatua. Luego se movieron; cambiaron de postura; comenzaron a hablar.

—¿Quieres que te acompañe, Nell? —decía Kitty Lasswade—. He venido en automóvil.

Eleanor no contestó. Miraba las casas con las cortinas corridas del otro lado de la plaza. Las ventanas tenían manchas doradas. Todo parecía limpio, fresco y virginal. Las palomas iban de un lado para otro en las copas de los árboles.

—He venido en automóvil —repitió Kitty.

—Escucha… —dijo Eleanor levantando la mano.

Arriba habían puesto en el gramófono el «Dios salve al rey»; pero Eleanor se refería a las palomas; zureaban.

—Son palomas torcaces, ¿verdad? —preguntó Kitty.

Kitty inclinó la cabeza a un lado para escucharlas. Toma dos zureos, zum,

zum, toma dos zureos… to…, así zureaban.

—¿Palomas torcaces? —dijo Edward llevándose una mano al oído.

—Ahí, en las copas de los árboles —dijo Kitty.

Las palomas verdes y azules saltaban de una rama a otra, picoteando y zureando para sí.

Morris se sacudió unas migas del chaleco.

—Menuda hora de andar todavía despiertos por ahí unos viejos chochos como nosotros —comentó—. No había visto salir el sol desde… desde…

—¡Pero cuando éramos jóvenes, nos importaba un pimiento pasar la noche en blanco! —dijo el viejo Patrick, y le propinó una palmada en la espalda—. Recuerdo que iba a Covent Garden y compraba flores para cierta señora…

Delia sonrió, como si hubiera recordado una aventura romántica, suya o de otras personas.

—Y yo… —comenzó a decir Eleanor.

Se calló. Vio una jarra de leche vacía y hojas cayendo. Entonces corría el otoño. Ahora era verano. El cielo estaba azul pálido; en los tejados los matices purpúreos destacaban contra el azul; las chimeneas de ladrillos eran de puro rojo. Un aire de etérea calma y sencillez lo envolvía todo.

—Y los autobuses y el metro no funcionan —dijo Eleanor volviéndose—. ¿Cómo voy a regresar a casa?

—Podemos ir andando —propuso Rose—. Caminar no nos hará ningún daño.

—Y menos en una hermosa mañana de verano —dijo Martin.

Un soplo de brisa recorrió la plaza. En el silencio pudieron oír el rumor de las ramas al levantarse levemente, al caer, y de repente las ramas lanzaron una oleada de luz verde al aire.

Entonces la puerta se abrió violentamente. Fueron entrando las parejas, una tras otra, agrupándose alegres, despeinadas, en busca de las capas y los sombreros, y para despedirse.

—¡Gracias por haber venido! —exclamó Delia volviéndose hacia ellos con las manos extendidas—. ¡Gracias! ¡Gracias! —gritó—. ¡Y mira el ramo de Maggie! —dijo cogiendo un ramo de flores multicolor que Maggie le ofrecía —. ¡Te ha quedado precioso! —aseguró—. ¡Míralo, Eleanor! —Se volvió hacia su hermana.

Pero Eleanor les daba la espalda. Miraba un taxi que se deslizaba despacio

alrededor de la plaza. Se detuvo ante una casa, dos puertas más allá.

—¿Verdad que son hermosas? —dijo Delia sosteniendo las flores.

Eleanor se sobresaltó.

—¿Las rosas? Sí… —contestó.

Pero Eleanor miraba el taxi. Un hombre joven se había apeado; pagaba al taxista. Tras él se había apeado una muchacha, con un vestido de viaje de lana ligera. El hombre había metido la llave en la puerta de la casa.

—Un momento —murmuró Eleanor mientras el hombre abría la puerta y los dos quedaban un momento en el umbral—. ¡Un momento! —repitió cuando la puerta se cerró con un sordo y breve golpe detrás de la pareja.

Entonces Eleanor se volvió hacia el interior de la sala.

—¿Y ahora qué? —dijo mirando a Morris, que bebía las últimas gotas de un vaso de vino—. ¿Y ahora…? —preguntó tendiéndole ambas manos.

El sol había salido, y encima de las casas el cielo tenía un aire de extraordinaria belleza, sencillez y paz.

Freeditorial

¿Te gustó este libro?
Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es